

TESIS DOCTORAL

Geopolítica española

De los orígenes al retorno al sur en el siglo XXI

Autor:

D. José Luis Cabello Rodríguez

Directores:

Dr. D. Enrique San Miguel Pérez

Dra. D^a. Cristina del Prado Higuera

Programa de Doctorado en Ciencias Sociales y Jurídicas

Escuela Internacional de Doctorado

Madrid, 2020

AGRADECIMIENTOS

Para llegar a concluir esta Tesis han sido necesarios los esfuerzos de muchas personas. Algunas han colaborado de forma consciente y entusiasta, otras, como, Mr. Jourdain hablando en prosa sin saberlo, han contribuido a su realización siendo comprensivos con que les dedicase menos tiempo del que se merecen o simplemente con su compañía y los destellos de una conversación inteligente.

Entre estos destaca mi esposa María de la Luz y mis compañeros del Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional.

De entre los primeros, es justo destacar a mis directores de Tesis: Cristina del Prado Higuera y Enrique San Miguel Pérez, cuyo apoyo, aliento y guía he sentido constantemente.

A todos ellos, mi agradecimiento y respeto.

1. ÍNDICE

1. ÍNDICE.....	7
2. INTRODUCCIÓN.....	15
2.1. Presentación.....	15
2.2. Hipótesis.....	23
2.3. Metodología.....	27
3. MARCO TEÓRICO.....	33
3.1. Concepto de Estrategia.....	33
3.2. Aproximación histórica al concepto.....	35
3.3. Las formas y medios de la Estrategia.....	45
3.3.1. La acción no bélica.....	46
3.3.2. La acción bélica.....	48
3.3.3. Reflexiones.....	51
3.4. El Sistema Estratégico.....	53
3.5. Factores de la Estrategia.....	58
3.5.1. El factor humano.....	60
3.5.1.1. El factor humano. El elemento individual.....	63

3.5.1.2. El factor humano. El elemento colectivo.....	66
3.5.1.3. El factor humano. El elemento organizativo	69
3.5.1.4. El factor humano. Análisis.....	71
3.5.1.4.1. La Primera Guerra Mundial. El cambio del modelo en Occidente.....	71
3.5.1.4.2. Las Guerras Napoleónicas	86
3.5.1.4.3. La Guerra Anglo – Zulu de 1879	89
3.5.2. El factor físico	94
3.5.2.1. El factor físico. Análisis histórico	101
3.5.2.2. El terreno como soporte de la población humana. La extensión física de los actores estratégicos.....	102
3.5.2.3. El factor físico. Los recursos naturales	106
3.5.2.4. El factor físico. El medio como elemento en las operaciones militares ...	109
3.5.2.5. El factor físico. La posición.....	111
3.5.3. Geoestrategia	117
3.5.4. Los espacios marítimo y aéreo.....	118
3.5.4.1. El espacio marítimo.....	119
3.5.4.2. El espacio aéreo	124
3.5.4.2.1. El espacio próximo a la Tierra como nicho estratégico	127
3.6. Consideraciones al Marco Teórico.....	131

4. ESTRATEGIA Y GEOPOLÍTICA ESPAÑOLAS. DESARROLLO HISTÓRICO HASTA EL SIGLO XX	135
4.1. La Península Ibérica como elemento estratégico en la antigüedad clásica	135
4.1.1. Inicios remotos. Grecia y la conformación del espacio mediterráneo	136
4.1.2. Roma y la aparición de la geopolítica del Mediterráneo	141
4.2. La Península como elemento estratégico en la Edad Media	149
4.2.1. Primer poder peninsular. Los Visigodos	149
4.2.2. El Islam	152
4.2.3. La Reconquista	157
4.3. América y la estrategia de la Monarquía Hispánica.....	168
4.3.1. Conceptos estratégicos de España y Portugal	169
4.3.2. El problema de la legalidad	170
4.3.3. La Conquista.....	172
4.4. Estrategia imperial	176
4.4.1 Génesis del sistema imperial	176
4.4.2. Los adversarios.....	180
4.4.2.1. Francia.....	181
4.4.2.2. Holanda	182
4.4.2.3. Inglaterra.....	185

4.4.3. El compromiso Habsburgo	187
4.5. El factor mediterráneo.....	190
4.5.1. El Imperio Turco en el espacio estratégico hispánico.....	192
4.5.2. El Sistema Mediterráneo.....	194
4.6. Estrategia y visión geopolítica entre el XVIII y el XIX. 1701 – 1814.....	197
4.6.1. Proximidad a Francia	197
4.6.2. Enfrentamiento con Francia	201
4.7. Estrategia y Geopolítica en el XIX. 1814 – 1876	205
4.8. La época Isabelina y la I República.....	213
4.8.1. La situación interior	213
4.8.2. Las intervenciones exteriores.....	216
4.9. Estrategia y Geopolítica en la Restauración.....	220
4.9.1. Los Estados Unidos	221
4.9.2. El Caribe español.....	223
4.9.3. El sistema España – Estados Unidos.....	227
5. ESTRATEGIA Y GEOPOLÍTICA ESPAÑOLAS. DESARROLLO HISTÓRICO 1899 - 1945.....	237
5.1. La Estrategia española tras el Desastre. 1898 - 1918.....	237
5.1.1. La situación española	237

5.1.2. El sistema estratégico europeo 1900 – 1914.....	241
5.1.3. El factor mediterráneo y africano.....	244
5.1.4. Consideraciones	254
5.2. Marruecos y la Geopolítica y Estrategia españolas	256
5.2.1. Razones de una presencia.....	256
5.2.2. El camino hacia el Protectorado.....	260
5.2.3. Marruecos y Francia	270
5.3. La Primera Guerra Mundial.....	277
5.3.1. El camino a la guerra	277
5.3.2. La situación estratégica durante la Gran Guerra	281
5.4. De Versalles a la II República, 1919 – 1930.....	291
5.4.1. Marruecos, crisis y solución	291
5.4.2. El Mediterráneo.....	301
5.5. Estrategia y visión geopolítica de la II República.....	312
5.6. 1936 – 1945. Escenarios y Estrategia.....	322
5.6.1. Estrategia en España y Europa durante la Guerra Civil	322
5.6.2. Estrategia del Régimen de Franco durante la Segunda Guerra Mundial	330

6. ESTRATEGIA Y GEOPOLÍTICA ESPAÑOLAS. DESARROLLO HISTÓRICO 1945 / 1975.....	341
6.1. 1945 a 1975. Nuevos horizontes.....	341
6.1.1. La visión desde el aislamiento.....	341
6.1.2. Evolución hacia el fin del aislamiento.....	354
6.1.3. El proceso militar.....	372
6.1.4. Resultados geopolíticos.....	382
6.2. 1953 a 1959. La lenta retirada.....	387
6.2.1. El final del Protectorado en Marruecos.....	387
6.2.2. Conflictos iniciales con Marruecos. Ifni y el Sahara.....	394
6.2.3. Repliegue y geopolítica.....	405
6.3. 1959 a 1975. Un valor menguante.....	408
6.3.1. Los “restos”.....	414
6.3.2. El final de una era.....	423
6.3.2.1. La prórroga de los Acuerdos.....	425
6. 4. Consideraciones geopolíticas.....	437
7. ESTRATEGIA Y GEOPOLÍTICA ESPAÑOLAS. DESARROLLO HISTÓRICO 1975 / 2010.....	441
7.1. La Estrategia de la Democracia.....	441

7.2. España en el mundo Post – Soviético.....	450
7.3. Consideraciones geopolíticas.....	456
8. Conclusiones.....	461
9. BIBLIOGRAFÍA.....	475

2. INTRODUCCIÓN

2.1. Presentación

Para Kant el espacio y el tiempo son formas de conocimiento “*a priori*”, los ejes en los que se asienta el conocimiento sensible y sobre los que se construye la experiencia humana y la primera aproximación a un sistema en que basar el conocimiento. Aunque los avances de las ciencias no han mostrado que nuestros sentidos no nos dicen todo acerca del mundo exterior, en cuanto que la imagen que nuestros sentidos nos proporcionan de la realidad física es matizable en el mundo de las partículas subatómicas y de los ámbitos del espacio más allá de nuestro planeta, con los paradigmas complementarios del sistema estándar de partículas y la relatividad general respectivamente, la intuición a nuestra escala del tiempo y el espacio ordenados a través de la historia y la geografía nos proporcionan un modelo de comprensión de la actividad humana que resulta bastante útil.

Por eso la ordenación cronológica de los acontecimientos y su situación en el ámbito geográfico terrestre son básicos en el conocimiento de cualquier actividad de ese “animal político”, al decir aristotélico, que es el ser humano. Pero los humanos no son solo “políticos” por vivir en una *polis* a la manera de los antiguos griegos o en un estado – nación como nosotros. Nuestra “*politicidad*” viene de la necesidad evolutiva de vivir en una comunidad y de encontrar en ella, sea cual fuese ésta, la satisfacción de nuestras necesidades, desde las más básicas para el sostenimiento vital hasta las más complejas para el desarrollo en cualquier aspecto. Así, la sociedad humana no es posterior ni anterior sino paralela al desarrollo de sus individuos. Cualquier construcción apriorística sobre las sociedades humanas, sin tener en cuenta en su conjunto estos procesos de evolución, tanto biológico como en el ámbito de las dinámicas sociales internas, estará incompleto o, más frecuentemente, acabará cayendo en la falacia de tratar de que los hechos cuadren con las teorías, retorciéndolos en lo necesario,

y no buscar paradigmas que expliquen los hechos y que tendrán que ir cambiando cuando el conocimiento de ellos vaya siendo más profundo.

Dentro de este esquema: importancia de la ubicación espacio – temporal de los acontecimientos históricos y búsqueda de herramientas de análisis de éstos para llegar a modelos explicativos de la actividad humana, aunque difícilmente para predecirla, se pueden entender las investigaciones estratégicas y dentro de estas, uno de sus métodos de análisis, la geopolítica. En los acontecimientos históricos se busca comprender la dinámica de los enfrentamientos entre los grupos humanos y la influencia que en ellos tiene la posición relativa de cada uno de los grupos que de alguna forma se ve afectado por dicho enfrentamiento.

Los modelos que tratan de aplicar directamente paradigmas de una ciencia en otra suelen introducir distorsiones que los hacen inaplicables. El intento de introducir el paradigma evolutivo en las ciencias sociales, asimilando a los grupos animales con individuos en un sistema que les obliga a la lucha por la supervivencia, estaba viciado por errores fundamentales. Las formas más complejas de vida no son “superiores” en el sentido de que representen un escalón más en el camino hacia un fin determinado. Junto a formas de vida con modelos biológicos recientes, en el sentido geológico, como lo puede ser la humana, otras han mantenido la misma estructura de organización biológica durante periodos larguísimos de tiempo hasta el punto de considerarse “fósiles vivientes” demostrando, en el entorno en el que viven, que sus modelos sigue siendo tan exitoso como hace cientos de millones de años. Los “darwinistas sociales” pensaron que las estructuras humanas, fueran organizaciones políticas o civilizaciones, que dominaban en cada momento, demostraban la “superioridad” de esos modelos frente al resto y reflejaban el éxito, la superioridad del grupo étnico sobre el que sustentaba.

La experiencia demuestra que la única constante es el cambio. Cada paso en el desarrollo de un sistema modifica a su vez el entorno y puede acabar convirtiendo en un callejón sin salida un camino inicialmente exitoso. El caso de China, y en general la evolución del sistema de naciones de Asia oriental, es una muestra. Naciones europeas y americanas organizadas según el sistema denominado “occidental” fueron capaces de imponer la dependencia estratégica y económica a todo el área, imponiendo regímenes de colonia, protectorado o

simplemente influyendo dentro de un país, a través de sus élites o de las disputas internas, sin tener que administrarlo formalmente. En 1919, tras la firma del Tratado de Versalles, esta situación se encontraba en su apogeo. Cien años después no queda ni rastro de esa situación y la influencia económica china se extiende por todo el globo. La situación tras la Primera Guerra Mundial, puede explicarse, no da ninguna evidencia sobre superioridades étnicas, y no lo hace porque no existen. Las diferencias se pueden explicar en términos de acceso o no a determinadas tecnologías, niveles de desarrollo económico, de nivel educativo, de cohesión y estabilidad social y de complejidad de modelos sociales y su adaptación a las circunstancias del entorno.

La globalización, por ejemplo, ha ampliado los entornos de los países hasta dimensiones que implican nuevos modelos de adaptación a influencias muy variadas y de capacidad de respuesta a retos estratégicos que cambian a una velocidad nunca antes vista. Factores, como la selección y formación de las élites, que siempre han sido de la máxima importancia y cuyo éxito ha caracterizado a las potencias dominantes y que normalmente han mantenido una larga vigencia temporal, se ven hoy en cuestión cada vez con más frecuencia para adaptarse a los nuevos flujos de información y métodos de toma de decisiones. El ritmo de innovación tecnológica impone retos al mantenimiento de un nivel educativo eficiente que proporcione personal capaz de sostenerlo y mantener la ventaja o la posición en la competición económica mundial.

Y, en este mundo, al igual que en los denominados sistemas caóticos, uno de los retos para su comprensión es encontrar las constantes que determinan el cambio, aquellos elementos que lo impulsan y que guían el movimiento. Ya se ha indicado el riesgo de trasplantar procedimientos y fenómenos de las ciencias naturales a las ciencias sociales, pero el enfoque sistémico no es uno de ellos. Aunque más extendido en los estudios de ingeniería, como dice Ricardo Torrón Durán, el sistema es entendido como “un conjunto dinámico de elementos en interrelación”¹, es decir, un “conjunto evolutivo de elementos y relaciones”. Aquí lo que prima es no solo describir el proceso de cambio, la cronología; sino

¹ Ricardo Torrón Durán. *Análisis de Sistemas 01. Monografías - Serie Azul*. ISDEFE. Madrid. 1997, pág. 135.

además ponerlo en relación con otros elementos a su vez dinámicos y como entre ellos se interrelacionan.

Aparece así un enfoque sistémico en el estudio de las actividades humanas relacionadas con la interacción entre grupos a cuenta de los asuntos estratégicos, es decir, los puntos de fricción por intereses encontrados que dos o más grupos consideran que afectan de forma notable a su supervivencia física o al modo de vida y los valores que les son propios. Nos encontraríamos así con la Estrategia. La racionalización de la toma de decisiones en sistemas variables formados por comunidades humanas que van apareciendo o desapareciendo según el resultado de acontecimientos bélicos, o de las circunstancias interiores.

Es decir, la estrategia aparece así como un “modo de pensar”², algo subjetivo en cuanto que los niveles de decisión en este campo suelen ser reducidos en todas las sociedades. Puede parecer entonces que se trata de un hacer aleatorio, de algo que surge en cada uno de los sujetos que en un momento y una sociedad se han enfrentado a una toma de decisiones y lo han hecho sin método y sin que en el transcurso de los acontecimientos exista ni regularidades ni sistemas. Una práctica caprichosa frente a un suceder imprevisible. Y sin embargo, desde las antigüedades, al menos las de China y la clásica greco – latina, los fenómenos a los que se enfrentan las colectividades, los sujetos políticos, o más propiamente dicho, los actores estratégicos, y las decisiones que comportaban junto a la crítica de estas en función de sus resultados, ha sido objeto de una meticulosa recopilación y ordenación para tratar de servir de guía a los decisores futuros.

La visión tradicional de este saber, de estas compilaciones, es que apoyaban fundamentalmente a los jefes militares. Esto se debe a que las jefaturas política y militar, esta última considerándola en el nivel de ejecución, han estado unidas durante la mayor parte de la historia. Desde la *Ilíada* a la epopeya napoleónica, la historia occidental está llena de personajes que unen el liderazgo político de sus comunidades con el de los correspondientes ejércitos en el campo de batalla.

² Miguel Alonso Baquer. *¿En qué consiste la Estrategia?* Secretaría General Técnica. Ministerio de Defensa. Madrid. 2000, pág. 31.

La Estrategia, la ciencia del Jefe, ha tenido hasta nuestros días esa pátina de exclusividad castrense que, sin embargo, va desapareciendo, para situarse en niveles de dirección política. Lo que tradicionalmente se ha denominado estrategia, referida a actividades en el campo de batalla, o en la zona de operaciones en los conflictos modernos donde las acciones son mucho menos claras que antaño, ha recibido el apellido de “militar” para circunscribirla al ámbito de las operaciones y marcar el nivel en que los objetivos de éstas enlazan con los objetivos políticos. A su vez la “Estrategia” ha quedado para designar el estudio de la decisión al más alto nivel político en las sociedades democráticas y en el que no se consideran solo los medios y procedimientos militares para hacer frente a las amenazas, sino que ellas se analizan con un enfoque general y se tratan de atajar con todos los recursos de que dispone el estado, combinándolos y coordinándolos para alcanzar una solución lo más favorable posible. Cuando se habla de sociedad y decisores no hay que olvidar que una comunidad política puede encontrarse situada en el marco de una alianza con otras y buscar en conjunto la resolución de determinado tipo de problemas.

Si ya tenemos el sujeto, la comunidad política sintetizada en sus niveles de decisión, y el objeto, lidiar con los conflictos con otras comunidades, de forma aislada o en alianza con otras con las que se comparten intereses y objetivos, ahora cabe preguntarse por las herramientas para optimizar las decisiones, teniendo en caso que en los sistemas considerados la variabilidad de los factores puede generar engañosas semejanzas. Los registros de situaciones anteriores han de tener en cuenta quién plantea la amenaza, su estructura social, su tecnología, nivel de desarrollo educativo, cultura, valores, estructura de poder y grado de autonomía de los niveles encargados de tomar y llevar a la práctica las decisiones estratégicas. Ante tal número de variables, en una primera aproximación, está claro que un saber estratégico ha de articular herramientas de análisis que le ayuden a sistematizar el registro histórico.

Surge así la geopolítica. Inicialmente, como hija de las corrientes del darwinismo social que trataba de asimilar la historia de las interacciones entre los intereses de los grupos humanos a la lucha por la vida y la supervivencia de los seres vivos en el marco de la selección natural, entendida como la lucha y la dominación de los más “fuertes” sobre los “débiles”. Una de las formas de

explicar esta lucha era mediante la disputa del espacio necesario para permitir la expansión del tamaño de un grupo y a su vez obtener los recursos para la vida de una población creciente. Las primeras formulaciones, como la de Halford John MacKinder partían de concepción del mundo "*in abstracto*". El tablero definía el juego y el mundo se dividía en regiones que quedaban jerarquizadas en función de un constructo determinista. Si se dominaba el espacio entre el Volga y el Yangtze, el dominio sobre el globo estaba asegurado. Es fácil ver que, siendo fundamental, y en ocasiones determinante, el protagonista es el ser humano sus poblaciones, sus estructuras y sus luchas, que encontrarán en el medio físico un condicionante, pero que en virtud del factor tecnología van modificando el medio y su importancia relativa. A partir de la denominada "Revolución neolítica" el hombre empezó a fijarse al terreno, éste dejó de ser un elemento variable en la experiencia vital de los grupos humanos para ir adquiriendo un carácter casi sagrado para la mayoría de los grupos pasando su posesión y acceso a ser fuente de conflictos. La agricultura significó la domesticación de la geografía y no solo la espera en la benevolente contribución del ciclo natural de las estaciones para asegurar el sustento.

La evolución tecnológica ha ido poniendo progresivamente en contacto a cada vez más actores entre sí, complicando de forma notable los sistemas al aumentar exponencialmente sus participantes y crear, a su vez, un creciente número de subsistemas. Pero, a pesar de todo, la posición de los grupos que disputan por unos intereses apetecidos por todos los componentes de un sistema estratégico sigue siendo importante a la hora de analizar dicho sistema y las posibilidades de cada uno de los componentes de dicho sistema. De hecho el sistema global ha ido ampliándose en sucesivas expansiones permitidas por los avances de la técnica y contemplando cómo los poseedores de la superioridad tecnológica, a veces en armamentos, otras en transportes, comunicaciones o generación de bienes y servicios, se han convertido en hegemones que han ido sucediéndose.

También existe una relación entre la posición de un miembro de un sistema estratégico y las fuentes de recursos naturales que en un momento dado sustenten la tecnología dominante. Si bien, inicialmente, la superficie cultivable, dados los bajos rendimientos de la agricultura hasta épocas recientes, era una de las principales fuentes de poder al asegurar el sostenimiento de poblaciones

amplias que eran origen de ejércitos y flotas masivos, las sucesivas oleadas tecnológicas fueron haciendo que el acceso a recursos minerales, especialmente fuentes de energía, resultase determinante en los conceptos estratégicos de los actores de cada sistema, especialmente de aquellos que aspiraban a dominarlos.

Aparece pues una importancia, si no determinante, si decisiva de la posición geográfica en cada momento histórico para entender los choques de intereses, no necesariamente bélicos, y las maneras que cada grupo organizado tiene para afrontarlos, apareciendo un concepto geoeconómico como componente de la geopolítica.

Así, el análisis de las posiciones geográficas no se refiere solo a riesgos e intereses estratégicos en términos de amenazas militares, sino que abarca la totalidad de los intereses, riesgos y oportunidades de una comunidad política. La homogeneidad política, cultural, religiosa y económica con los grupos limítrofes; las posibilidades de acceso y salida de su territorio, y el momento tecnológico de su entorno, influyen de forma poderosa en las decisiones y líneas de actuación para la vida y el desarrollo de cada entidad humana organizada políticamente.

Cabe preguntarse si en este análisis solo se pueden incluir los estados – nación tal y como los conocemos en el continuo euroasiático. Si bien la historia de las decisiones y los conceptos estratégicos tiene como protagonistas fundamentales a los estados de cualquier tamaño, desde las más pequeñas polis griegas a los imperios más extensos que se han extendido por más de un continente, hay que reconocer que agrupaciones humanas con niveles de organización muy básicos, a veces con un modo de vida con escasa ligazón al terreno o decididamente sin relación con él pero cohesionados por una ideología política o una fe religiosa, han desempeñado papeles relevantes en sistemas estratégicos en que la mayoría de los elementos eran estados en el sentido “clásico” del término.

Sin embargo, todos los actores no estatales, no ligados al terreno o de bajo grado de complejidad en la organización, están relacionados con otros que si son estados inmersos en sistemas estratégicos. Los pueblos nómadas lo son en cuanto que otros dejaron de serlo y generaron el concepto de frontera al adoptar procedimientos de obtención de recursos ligados a un solar determinado que

defendían de otros grupos. Siempre formaron parte de la ecuación estratégica y en ocasiones fueron el factor fundamental. En todo caso, el componente geográfico ha sido determinante en estas interacciones. Respecto a grupos no estatales de adscripción religiosa o política, hay que buscar en dinámicas internas de actores estatales o de sistemas estratégicos su inserción en el análisis geopolítico. En cualquier caso, las simpatías o enemistades que estos grupos encuentran, amén de afinidades ideológicas, casi nunca están alejadas de preocupaciones estratégicas que tienen que ver con la geopolítica de alguno de los miembros del sistema estratégico donde se inserta el actor o actores en cuyo seno se han desarrollado.

2.2. Hipótesis

Con estos criterios teóricos se presenta un estudio que espacialmente está centrado en la Península Ibérica. Su espacio está dividido entre dos estados – nación tradicionales, España y Portugal, amén de Andorra, que no supone relevancia alguna en el orden geográfico, económico, demográfico o militar en relación a los otros dos y un territorio dependiente de un estado, el Reino Unido, que si bien es ajeno al área en cuestión, ha sido mantenido por el rédito estratégico que supone la posesión de la plaza de Gibraltar.

Pero esto no ha sido siempre así. Si el conocimiento de la existencia de la Península se remonta a tiempos bíblicos y es reseñada por los más tempranos geógrafos, su entrada en la historia de los grandes enfrentamientos estratégicos se realiza con la lucha entre dos poderes extrapeninsulares, las repúblicas romana y cartaginesa, en el marco de una lucha por la supremacía en el Mediterráneo occidental. Aparece aquí un sistema, elementos dinámicos que se interrelacionan, entre territorio y poderes establecidos en él a través del tiempo hasta llegar a la configuración actual.

Por otra parte, hay que establecer una base teórica sobre la importancia y consecuencias de la posición geográfica de los poderes, en este caso los peninsulares, en relación con los otros que se establecen a distancias que, en cada momento, el desarrollo tecnológico permite una interacción efectiva, es decir, que a la confrontación de intereses se añada la capacidad de actuar el uno sobre el otro. A este concepto que interrelaciona posición, intereses, poder y confrontación se le ha denominado geopolítica. Y en este sentido, si se determinan las constantes geopolíticas que a través de la historia han caracterizado a los actores políticos peninsulares, veremos que existen tres direcciones, tres ejes, que determinan tanto las direcciones de proyección de poder, que conformarían las posibilidades geoestratégicas, como, igualmente importante, la capacidad de que poderes en las proximidades puedan ejercer su acción sobre la península. Estos ejes aparecen inicialmente configurados en la dirección norte-sur, que traza el eje Europa – África que atraviesa la Península

y determina las relaciones geográficas de los grupos humanos que la han habitado desde los poblamientos más antiguos; compartiendo ambos un espacio, el Mediterráneo occidental, que ha sido tanto espacio para interacciones con Europa como con el norte de África.

A este eje, sobre el que se asientan los vectores europeo y africano, se suma desde hace cinco siglos un eje atlántico que ha unido a los poderes peninsulares con el continente americano, primero a través de un lento proceso de conquista y poblamiento y luego mediante una interacción económica con países de lenguas y cultura ibérica. También se han manifestado en este eje las consecuencias de las crisis de intereses con poderes europeos, y posteriormente ha sido el eje sobre el que la potencia de los Estados Unidos se ha proyectado sobre la totalidad de Europa afectando a España de forma notable, sobre todo a partir de finales del siglo XIX.

Estos tres ejes, estas direcciones, que apuntan a tres grupos de poderes, los asentados en Europa, los del norte de África y los de América, configuran y definen la geopolítica de la Península Ibérica y más en concreto de España, como actor estratégico que se ve inmersa en varios sistemas estratégicos que a su vez se yuxtaponen.

Es casi imposible categorizar la importancia que han tenido en la historia de España estos ejes. Algunos han actuado durante más tiempo y la intensidad y trascendencia del influjo es discutible; depende en qué momento temporal nos fijemos este balance es variable. Históricamente el eje sur, el que conecta la Península con el continente africano ha sido determinante en la conformación de los dos estados peninsulares, España y Portugal. Durante toda la Edad Media y en los albores de la Moderna y ha sido también fundamental durante el siglo XX por que ha servido de conexión indirecta con los ejes europeo y atlántico, así como donde España ha tenido que dirimir situaciones estratégicas comprometidas que no han dejado de tener consecuencias en su desarrollo político interno.

En un momento en que parecen haber desaparecido las amenazas militares directas contra el territorio español y cuando las relaciones comerciales y financieras suponen el objetivo en el que se pone el foco en las relaciones

internacionales, parece que África tiene un escaso potencial geopolítico. Ni la estructura económica de los países del área del Magreb parece apuntar a una oportunidad de inversión comparable a la de otras áreas. Los conflictos que en ellos se desarrollan, tanto los debidos a la debilidad de las estructuras de gobierno frente a la tensión social, étnica y religiosa como a tensiones heredadas de la época colonial, parecen circunscritos a esa área; solo el problema de la inmigración irregular parece que pueda afectar a España, pero sin llegar en cifras a la presión ejercida sobre otras zonas de Europa.

Sin embargo, la experiencia histórica demuestra que los silencios en este eje no son prolongados y que las amenazas se generan a tan corta distancia de las costas españolas que las tecnologías más simples son capaces de hacerlas cruzar el área entre las islas Canarias, el estrecho de Gibraltar y las islas Baleares hacia la Península o las islas. Dada la situación geográfica, los poderes tanto estatales como no estatales en presencia en la zona del norte de África siempre mantienen un nexo geopolítico permanente con España ya que ésta los circunda y los conecta físicamente con el resto de Europa. En esto consiste la persistencia de la posición relativa. Cuando el poder asentado en esta zona fue Francia, España estuvo en su órbita económica, cultural y política de forma forzosa. La presencia británica en Gibraltar, sin coartar inicialmente el interés español, si supone una presencia que añade complejidad a los intereses que se mueven en la zona. El Estrecho se convierte así en un área donde el interés nacional español puede verse mediatizado fácilmente.

Sin embargo, a pesar de todas las consideraciones anteriores, los esfuerzos en acción exterior españoles están descompensados hacia los otros dos ejes. Europa recibe, por mor de la integración, la atención preferente, ya que España no solo es una referencia geográfica, es también parte de un proyecto político y económico aunque peligrosamente carente de proyección estratégica. En ninguna crisis mundial la posición europea es asertiva excepto para el envío de ayuda humanitaria. La prueba de que el sur parece ser un asunto incómodo es la incapacidad de afrontar de manera coordinada y efectiva el problema de la inmigración irregular a través del Mediterráneo. El eje atlántico nos proyecta sobre un área de posibles oportunidades económicas con unos riesgos elevados y una competencia creciente junto con la relación, siempre desequilibrada, con

Geopolítica española. De los orígenes al retorno al sur en el siglo XXI

los Estados Unidos. Sin embargo, el sur parece ser el vector menos atendido y sin embargo se puede formular la siguiente hipótesis:

¿Es el vector sur de la geopolítica española un componente fundamental de la estrategia española?

2.3. Metodología

Una vez planteada la hipótesis caben dos enfoques, uno prospectivo y otro histórico. En el primero se trataría de presentar, a partir de los hechos, cuál podría ser el futuro de las amenazas de una forma cuantitativa, o por número o por peligrosidad, asignándose una escala de ponderación a las que, en el momento presente pudiesen predecirse. Ello exigiría acudir a cualquiera de las metodologías prospectivas acreditadas, Delphi o Impactos cruzados por ejemplo, la selección de expertos y el tratamiento de las encuestas que se formularan a dichos expertos. Esto llevaría o bien a modelos extremadamente complejos donde el número de escenarios considerados acabase por convertirlo en demasiado susceptible de variar en poco tiempo o, por el contrario, a una comparación entre ejes que, por fuerza, debería ser sencilla y que podría introducir sesgos en la formulación de las encuestas.

Se ha preferido obviar esta metodología y emplear una cualitativa. Si se trata de buscar características parece posible detectarlas a través del estudio del desarrollo histórico de la geopolítica para los diferentes poderes asentados en la península para ver cuál ha sido el eje que ha acumulado más riesgos, no de una forma estadística, sino bajo un enfoque descriptivo. Se pretende evitar un estudio que arranque de la situación actual, obviando las causas remotas y por tanto se desperdicie información que pueda llevar a conclusiones útiles para la verificación de la hipótesis.

Hay que tener en cuenta que el estudio va a seguir una metodología deductiva. Puesto que las formulaciones teóricas de la teoría estratégica y de la geopolítica son recientes, primer tercio del siglo XIX para la primera e inicios del XX para la segunda, no existen documentos oficiales anteriores a estos momentos en las que se formulen de alguna forma la visión estratégica o el concepto geopolítico que pudieran haber tenido los gobiernos españoles de cada momento. Sin embargo es posible, a la luz de los hechos históricos, apreciar tendencias estratégicas y visiones geopolíticas.

Volvemos a encontrar aquí el problema de la ponderación de las amenazas a la seguridad de los poderes peninsulares, españoles en definitiva. Es posible que la recurrencia de una amenaza con poca capacidad de afectar al desarrollo de la vida interna del estado sea menos peligrosa que la materialización en una única ocasión de una amenaza que pudiese repetirse en el futuro. Es decir, para ver dónde se han acumulado más riesgos existenciales para España a lo largo del tiempo con posibilidad de seguir albergándose en el futuro, obligando a la atención del estado a dicho eje.

Una primera cuestión surge del periodo histórico que se debe abarcar, por cuanto la configuración de los actores estratégicos, poderes y estados que han tenido su asiento en lo que hoy es el territorio español ha sido muy diversa a través de la historia. Esta misma diversidad de actores, que a su vez ha determinado los sistemas estratégicos en los que el territorio se ha visto incluido, y dividido, hace que sea la amplitud del mismo el que descubra regularidades. Acotar el estudio solo a determinados periodos habría supuesto la dificultad de determinar cuáles deberían ser excluidos y en virtud de qué criterios y el riesgo de perder información en el proceso.

Un repaso a más de dos mil años de historia parece excesivo para un trabajo de unas características, como una tesis doctoral, que se supone ha de ser preciso en la definición de su objetivo. Sin embargo, en este caso el periodo no es el objeto del estudio. No se trata de un manual de historia militar, de historia de las relaciones internacionales españolas o de historia de España a secas. En este caso la historia, la sucesión cronológicamente ordenada de acontecimientos, sirve para detectar las pautas en las relaciones estratégicas entre los actores asentados en la Península Ibérica y sus proximidades, los sistemas que se tejen, su permanencia en el tiempo o no y su evolución. No es la parte fundamental del trabajo el relato de los hechos históricos, sino explicación en términos estratégicos y de su inclusión en un constructo geopolítico cuyo desarrollo es la parte inicial de esta tesis.

Hay que señalar que en las partes iniciales del relato, los actores estratégicos no están establecidos en la Península, pues forma parte de sus imperios o áreas de influencia. Pero aunque no pueden considerarse antecesores de la realidad

política que más adelante se denominará España, si que es importante para deducir las constantes que la geografía impone a los actores estratégicos.

Ello nos remite a que, si se ha determinado el eje temporal, habrá que determinar el componente geográfico; es decir, el espacio sobre el que se va a estudiar la sucesión histórica de actores estratégicos. Si la hipótesis está referida a España es lógico que se examine el papel geopolítico de todos los territorios que forman o han formado parte de los actores estratégicos hegemónicos en la Península Ibérica en algún momento. Unos apenas han desempeñado papel alguno por la brevedad de su relación o lo alejado de la Península y lo difícil, o imposible, que hacían la tecnología de la época correspondiente su inclusión en un esquema estratégico coherente, convirtiéndose en simples proveedores de recursos, con sus propias dinámicas defensivas. Otros, como las islas Canarias o Baleares, se han convertido en partes fundamentales del discurso estratégico, transformándose en los nexos de unión con sistemas estratégicos adicionales como el subsahariano o el Mediterráneo oriental.

La extensión del poder hispánico ha sido tan variable como variadas las formas de gobierno, dinastías y en cada momento el tándem actor político – territorio ha formado la base estratégica que ha ido encajando en varios sistemas estratégicos, locales, regionales o globales. La interacción entre extensión y estrategia es clara. La primera ha ido determinando los sistemas en que se incluía el cuerpo político y a su vez cada sistema ha generado una visión geopolítica determinada, estableciendo prioridades en las relaciones con otros poderes e influyendo en la asignación de recursos para hacer frente a las amenazas que se han estimado más peligrosas en cada momento. Por ejemplo, la extensión geográfica ha influido en la ponderación de las visiones terrestre o marítima y en la distribución de los recursos militares para cada una de ellas en función del tipo de territorio a proteger y de los adversarios a los que enfrentarse.

En esta variación también se pueden encontrar pautas en las respuestas a los problemas que el medio geográfico y la tecnología han ido presentando. Las diversas extensiones dominadas desde la Península han supuesto diversas articulaciones o visiones o, en ocasiones, la imposibilidad de articularlas, por lo que su dispersión hacía imposible articular un pensamiento estratégico coherente que las abarcase a todas. En ocasiones se ha ejercido la

administración sobre territorios que han supuesto la entrada en sistemas estratégicos que desequilibraban las capacidades y las prioridades dominantes en la formulación estratégica del poder del momento, al introducir a España en esquemas geoestratégicos de proyección de poder para los que no estaba preparada, o simplemente no se podían atender con los medios del momento.

Por eso hay que confrontar a cada momento histórico, y cada actor político a cada sistema estratégico, con los espacios geográficos en los que se desarrolla y que son cambiantes, ya que solo así se pueden al final encontrar pautas y extraer conclusiones que hagan ver cómo el análisis geopolítico es capaz de responder a la Hipótesis planteada.

2.4. Estado de la Cuestión

Los estudios sobre asuntos de seguridad y defensa han tenido un desarrollo notable en España a partir de los años noventa del pasado siglo, aunque casi hasta el último cuarto del siglo XX se consideraban casi exclusivamente circunscritos al ámbito estrictamente militar. Importantes autores militares desarrollaron teorías estratégicas, como el general Miguel Alonso Baquer, más próxima a la filosofía y a la historia que a establecer un cuerpo sistemático de los estudios estratégicos. Ya decía el Almirante Eliseo Álvarez Arenas que:

“La interpretación bélica de la historia es teoría aún pendiente del debido desarrollo.”³.

Así, además de la faceta que se podría llamar conceptual, los estudios estratégicos han estado enfocados frecuentemente a una visión puramente histórica, casi de simple erudición, en las que se realizan estudios detallados de guerras, campañas y batallas con una atención pormenorizada a los detalles de organización, armamento y procedimientos de combate. Ciertamente es que la historia militar ha sido vista como la forma de extraer, mediante su análisis exhaustivo, de constantes en los procedimientos operativos en el campo de batalla o de modelos de liderazgo efectivo cuyo estudio resulte inspirador para las sucesivas generaciones de cuadros de mando. Por otra parte, aún autores como Juan Beneyto que titula a su libro *Historia Geopolítica Universal*⁴, se refieren a la relación de los actores políticos con el medio físico, entendido este como algo fijo, pero no en cuanto a la posición relativa entre esos actores y a la influencia que una extensión variable del medio físico sobre el que ejercen su acción influye, a su vez, en su acción política, en este caso estratégica.

Por otra parte, los autores que han tratado de geopolítica lo han hecho desde el enfoque de articular un método de análisis de la situación estratégica en un

³ Eliseo Álvarez Arenas. *Investigaciones estratégicas*. Madrid. 1985, pág. 195.

⁴ Juan Beneyto. *Historia Geopolítica Universal*. Editorial Aguilar. Madrid. 1972.

momento dado, como medio de apoyo a la decisión estratégica o como justificación de decisiones en este sentido. Al respecto, cabe mencionar el clásico *El Gran Tablero Mundial* de Zbigniew Brzezinski⁵, en el que se analiza la hegemonía norteamericana a finales del siglo XX.

Este trabajo pretende aportar un enfoque en el que el medio físico sea algo más que un elemento pasivo. La posesión del mismo y el disfrute de sus recursos interacciona con la sociedad que se asienta en él y se crea entre medio y actores estratégicos dinámicas cuyo análisis a lo largo del tiempo puede explicar patrones de relevancia en direcciones de interacción con otros poderes.

.

⁵ Zbigniew Brzezinski. *El Gran Tablero Mundial*. Paidós. Barcelona. 1997.

3. MARCO TEÓRICO

3.1. Concepto de Estrategia

Estrategia es una palabra de uso común, quizás por eso su significado más técnico se ha diluido en el empleo de acepciones más frecuentes. La extensión en el uso del término ha hecho que desde el mundo empresarial al deportivo o al de las relaciones humanas su uso se haya extendido con el sentido de la manera o los procedimientos para obtener algo, lo que le da una significación de instrumento, de sucesivos pasos que se siguen para alcanzar un objetivo.

Sin embargo, su sentido original es muy distinto. La palabra tiene su etimología en el latín *strategia* y esta, a su vez, del griego *στρατηγία*, literalmente la ciencia o el conocimiento propio del “estratego”, del jefe militar. Y es en este marco de significado al que se refiere el siguiente estudio⁶. Se trata, por tanto, de un proceso intelectual por el que el sistema de toma de decisiones de una sociedad, de cualquier tamaño o modelo de organización interna, adopta prioridades sobre cómo afrontar amenazas entre las que se incluye el empleo de algún tipo de coerción, bien sea física, económica o psicológica, sin necesidad de que el proceso de interacciones este regulado.

⁶ Sin embargo, para autores como Lawrence Freedman, el término excede a los ámbitos puramente castrenses o relacionados con la violencia, argumentando que “Un duelo es también una mala metáfora para explicar la estrategia, porque el duelo sugiere un lucha que concluye con un solo vencedor. Sin embargo, los conflictos pueden resolverse con el establecimiento de intereses compartidos o forjando una coalición vencedora con el socio más accesible y cercano. Como ambos movimientos pueden exigir negociaciones complejas, puede ser un reto convencer a los que tenemos detrás de la necesidad de hacer algunas concesiones que pueden resultar rentables o al menos prudentes. Así pues, el territorio de la estrategia es la negociación y la persuasión, al igual que las amenazas y la presión, se recurre tanto a los efectos psicológicos como a los físicos, y a las palabras como a los hechos. Esta es la razón por la que la estrategia es el arte esencial de la política. Y se trata de conseguir de una situación concreta más de lo que el equilibrio inicial de fuerzas podría sugerir. Es el arte de crear poder.” *Estrategia, Una Historia*, Esfera de los Libros, Madrid. 2016, pág. 17. El autor, como es consecuente a este razonamiento, incluye en su estudio la estrategia para alcanzar objetivos en el marco estrictamente “político”.

Es decir, la estrategia requiere la adopción de decisiones que, en principio, no tienen más objeto que el sobreponerse a otro cuerpo social, con un grado de organización y complejidad variable, en muchas ocasiones muy distintos entre los diversos actores implicados, con el que se pugna por un bien real o intangible, pero que se considera necesario para alcanzar, mantener o mejorar un nivel de supremacía en un sistema competitivo frente a otros grupos.

A lo largo de este capítulo se van a introducir los conceptos de estrategia y geopolítica, junto con varios otros relacionados con ellos, y su recíproca relación, para poder crear un marco en el que analizar determinados acontecimientos históricos y llegar a conclusiones respecto a la influencia en la estrategia española de las posiciones relativas de los diferentes centros de poder con los que se ha relacionado o lo está haciendo en estos momentos o en un futuro previsible.

3.2. Aproximación histórica al concepto

En el principio era la estrategia. La geopolítica vino mucho más tarde. A lo largo de la evolución humana es seguro que los grupos de cazadores – recolectores habían desarrollados procedimientos establecidos y contrastados por la experiencia para asegurar su supervivencia tanto en el plano de la supervivencia física de sus miembros, como el del mantenimiento de la cohesión del grupo. Técnicas de caza, pesca, recolección de alimentos vegetales, y en general el procesamiento de los recursos alimenticios, se sumaban a regulaciones sobre el reparto de dichos recursos, la vida en común, el reparto de tareas por sexos y edades y todo el conjunto de normas que asegurasen una convivencia con el mínimo de conflictividad interna y el máximo de cohesión, que servían para constituir la base de la pervivencia y progreso del grupo hacia niveles de vida más estables, imbricando la supervivencia de cada individuo con la del grupo.

En este estadio de sociedades sumamente simples no existía más finalidad que la de la supervivencia de la especie humana a través de la del grupo. El liderazgo en este estadio, fuese cual fuese su estructura y el procedimiento por el que se alcanzase y mantuviese esa condición, atendería a la coordinación de esfuerzos y combinación de capacidades individuales para conseguir el objetivo inmediato del sustento físico de cada individuo y el funcionamiento del grupo, ambos íntimamente relacionados. El conocimiento del entorno era mínimo, comparado con el de épocas posteriores⁷, y conceptualizado a través de mitos en ausencia de explicaciones científicas.

⁷ El pobre conocimiento del medio no implica desconocimiento del entorno inmediato. Así podemos concluir que “A semejanza de los monos antropomorfos actuales, los homínidos no deambulaban de manera irreflexiva por su territorio. Es cierto que la caza, el acceso a cadáveres de animales y la recolección suponen siempre una parte aleatoria, de azar, pero la explotación de los recursos requiere el uso de diversos útiles que no se encuentran forzosamente cerca de la materia prima. El descubrimiento de talleres de talla atestiguan que se efectuaban expediciones con el único fin de fabricar útiles. [...] Por otra parte el descubrimiento de talleres de despiece revela a menudo un verdadero acondicionamiento del territorio y la creación de los escondites de útiles y de medios de transporte. [...] El transporte de los útiles, los frutos de la recolección, así como de los productos de la caza y del carroñeo, dan lugar a nuevas organizaciones sociales que confieren una importancia considerable al reparto de los lugares y los recursos.” Arlette Berthelet, Jean Chavaillon y Pascal Piq. Capítulo 7 “Homínidos y útiles. Los comienzos de la Prehistoria”, de la obra *Los Orígenes de la Humanidad*, Espasa. Madrid. 2004, Tomo I, págs. 323

En este contexto la naturaleza supone la primera amenaza para las sociedades humanas: los cambios climáticos alteraban las zonas de caza y recolección de vegetales de una forma impredecible y que tenían consecuencias devastadoras para estos grupos reducidos. El origen de la observación y elaboración de un conocimiento descriptivo de los ciclos naturales se inicia en esta fase temprana como un medio de poder desarrollar una comprensión del medio que permitiese una mínima sistematización en la toma de decisiones.

La ausencia de tecnología reducía drásticamente la capacidad de cada grupo de enfrentarse a los fenómenos naturales por nimios que fueran. Llegar a un curso de agua suponía la abundancia de determinados recursos en una de sus orillas, pero, a la vez, en ocasiones, la dificultad casi insalvable de cruzarlo para aprovechar los que se encontrasen en la otra.

Lo reducido de la densidad de población hacía que el contacto con otros grupos se redujese a ocasionales encuentros en las zonas que concentraban mayores posibilidades de acceso a recursos. También se producirían encuentros más o menos regulados para evitar que una endogamia excesiva lastrara la carga genética de las generaciones sucesivas, favoreciendo un entorno reproductivo abierto que redundase en beneficio de los grupos que se viesan envueltos en tales relaciones.

La violencia se produciría más a nivel interno que debido a los encuentros, infrecuentes, con otros grupos, aunque el registro arqueológico muestra que en ocasiones estos encuentros eran tremendamente destructivos⁸. El factor de la

– 324. La opinión de los autores es pues que el conocimiento del entorno físico más próximo se convierte desde el principio en un requisito y vehículo de la culturización, lo que no significa que haya un conocimiento exhaustivo de la situación relativa respecto a otros grupos y de las implicaciones de la relación con ellos.

Avanzando en el tiempo, en la Antigüedad clásica las visiones del mundo proporcionadas por los estudios geográficos, siguen pobladas de seres fantásticos y poblaciones mitológicas. Todavía en la famosa obra de Pausanias *Descripción de Grecia* en el siglo II encontramos que “El espacio minuciosamente recorrido desde un punto de vista topográfico es tan solo el escenario privilegiado donde acontecen y emergen otro tipo de realidades más sutiles que deben mucho más a la imaginación compartida de la comunidad que a la contemplación de sus simples vestigios más inmediatos” F. Javier Gómez Espelósín. “Introducción General” de: *Pausanias, Descripción de Grecia*. Gredos, Madrid. 2002, pág. XX. La relación entre el conocimiento geográfico físico y humano y las decisiones estratégicas es constante, pero limitado hasta que aquél es lo más completo posible.

⁸ Ver el relato de los restos hallados en la Necrópolis 117, a tres kilómetros de Wadi Halfa en Sudán, en Arther Ferril. *Los orígenes de la guerra*. Ediciones Ejército. Madrid. 1987, págs. 38 –

competencia humana era más fácilmente comprensible y se le podía introducir con más capacidad de éxito en el banco de memoria colectiva que ayudase a la toma de decisiones que eran elementales y repetitivas.

Como dice Lawrence Freedman:

“Unos patrones similares se han atisbado en las llamadas guerras primitivas entre humanos, aunque lo que se hace pasar por estrategia parece haber sido más bien «costumbre y tradición» y en la actualidad solo puede inferirse «a partir de la conducta y los efectos de la guerra». Las estrategias parecen haber sido sobre todo violencia desatada, arrasando al enemigo mediante batallas convencionales, incursiones y saqueos, normalmente con pocas bajas pero también con sorprendentes masacres en ciertas ocasiones. La victoria siempre era total: las riquezas y la comida se saqueaban, las casas y los campos se destruían, las mujeres y los niños se asesinaban o se capturaban. El apoyo logístico de esas algaradas era mínimo, y no era posible embarcarse en largos combates o extensas maniobras, porque tanto la comida como el armamento se agotaban enseguida. Era muy difícil defenderse, ya que la seguridad era normalmente muy pobre y los pequeños grupos que se movían por la noche eran difíciles de detectar, y los atacantes siempre tenían la posibilidad de retirarse si las circunstancias parecían desfavorables. Según Azar Gat, siempre resultaba beneficioso evitar la guerra abierta. Antes de intentar cometer un asesinato, lo mejor era coger a las víctimas «indefensas, relativamente desarmadas y, sobre todo, con poca capacidad para hacer daño a los atacantes». Estos factores conducían a un patrón bélico «sorprendentemente uniforme», manifestado en el seno de «toda sociedad de cazadores recolectores y de las primeras civilizaciones agrícolas estudiadas»⁹.

Es decir, nos encontramos con un sistema de competencia total, donde las disputas por los recursos se resuelven empleando una violencia total y por sorpresa, buscando minimizar siempre las pérdidas propias. No significa que todos los contactos fueran forzosamente violentos, pero cuando se decidía acudir al expediente de la violencia esta era ejercida de forma resolutiva.

La complejidad creciente de las sociedades llevó a un pensamiento estratégico más elaborado cuando las sociedades pasaron de la caza y la recolección a la

39. Claramente un grupo humano fue atacado por otro en el neolítico y sufrió un número considerable de pérdidas de todas las edades.

⁹ Lawrence Freedman. *Estrategia. Una Historia*. Editorial Crítica. Madrid. 2016, pág. 35.

agricultura y ganadería. Las necesidades de cuidado de la tierra y el ganado a tiempo completo hicieron que las labores manuales que se atendían por todos los miembros del grupo pasaran a ser desempeñadas por individuos especializados¹⁰. La condición de guerrero, que en las sociedades de cazadores recolectores se atribuye de forma general a sus miembros masculinos que siempre iban armados, tuvo que especializarse conforme las tareas agrícolas iban demandando una dedicación más exclusiva durante la “Revolución Neolítica”, que supone el paso del nomadismo a la progresiva sedentarización, que permite, y exige, liberar brazos de las tareas de proveer el sustento.

El hecho de que ahora la situación relativa de los grupos humanos podía sistematizarse gracias a sus emplazamientos fijos fue creando un cocimiento de sus posiciones¹¹, de los movimientos estacionales de los grupos que aún mantenían alguna forma de nomadismo y de la situación de los recursos naturales a los que se podía tener acceso. Aparecía así un conocimiento geográfico incipiente, no exento, como ya se ha apuntado, de elementos fantásticos, que se sumó, junto con los procedimientos operativos al acervo con el que hacer frente a la toma de decisiones para mantener la afluencia de recursos a cada comunidad y su supervivencia frente a todo tipo de amenazas, ahora fundamentalmente humanas. Este conocimiento no solo se aplicó a soluciones violentas: creó vínculos comerciales que en Eurasia abarcaban ambos continente y prueba de ello es la rápida expansión de las sucesivas

¹⁰ “Lo que es evidente es que con el nacimiento de la civilización nos han llegado documentos sobre el uso de grandes ejércitos nacionales a una escala mucho mayor que cualquiera de las que podamos imaginar en tiempos prehistóricos. Estos avances se debieron, en parte, a la tremenda explosión demográfica producida por el regadío y el cultivo de los valles de los grandes ríos, y en parte también al poder y a la autoridad políticos de los nuevos gobernantes que fueron un subproducto de ese fenómeno complejo que se llama los orígenes del Estado”. Arther Ferril. *Los orígenes de la guerra*. Ediciones Ejército. Madrid. 1987, pág. 60.

¹¹ “La explicación podría estar en el desarrollo de un sistema económico basado en la existencia de excedentes de producción, una vez superada la fase de autoabastecimiento, que permitiría la existencia de redes económicas regionales y el ascenso al poder de los primeros jefes. Este sistema propiciaría un proceso de interacción social en régimen de reciprocidad, como recientemente ha propuesto Vicent, que actuaría como vehículo de difusión de la cultura material y, a la vez, de ideas y recursos tecnológicos. Se trata de una acción desarrollada de aldea a aldea basada en la producción excedentaria de productos alimentarios y artesanales, adecuada a un modelo de sociedad tribal que, a la postre, conduciría al nacimiento del rango político y al liderazgo instituido. De esta forma, los jefes aldeanos del Neolítico pleno serían los antecesores de las jefaturas del Calcolítico y los promotores de las «sociedades complejas» de la Edad de los Metales.” Jorge Juan Eiroa. *Nociones de Prehistoria General*. Ariel Prehistoria. Barcelona. 2009, pág. 330.

mejoras en la metalurgia hasta llegar al acero, y el empleo de minerales procedentes de tierras remotas.

El conocimiento de las posiciones relativas de los demás grupos humanos se va configurando como una necesidad para la supervivencia, los encuentros ya no son descritos en función de una probabilidad sino de una segura recurrencia en el tiempo. La difusión de las sucesivas culturas líticas y cerámicas confirman este contacto a largas distancias aunque fuera de forma sucesiva. Si un grupo sabe dónde se encuentran los otros, cada uno de ellos sabe recíprocamente localizar al primero. Las mayores probabilidades de que una amenaza se materializara pasa de referirse a factores naturales a otros grupos humanos, con lo que los procesos de decisiones pasan de serlo frente a fenómenos físicos impredecibles a tener en cuenta, fundamentalmente la interacción con otros grupos humanos, lo que significa que se pasa de enfrentarse a fenómenos físicos a hacerlo a voluntades, anhelos, miedos y necesidades, con lo que en los sistemas de tomas de decisiones de las sociedades se fue abriendo una vena lógica que estudiaba a los demás en función del pensamiento propio.

Aproximadamente sobre el IV milenio a. d. C. aparecen los primeros estados y con ellos una nueva clase de dirigentes que tienen que atender, básicamente, a proporcionar seguridad a la sociedad. Se trata del primer servicio, y prácticamente el único, que proporcionaba el estado en este estadio de desarrollo. La seguridad era proporcionada frente a otros grupos humanos a través de los sistemas militares, frente a las necesidades diarias mediante sistemas legislativos y frente a las fuerzas de la naturaleza y como refuerzo de las seguridades anteriores a través del factor religioso, ejerciendo el liderazgo como intermediario o representante del sistema de divinidades locales¹². La estrategia dejó de ser la búsqueda de la simple eliminación del contrario tanto en

¹² “Algunas religiones fusionaban un clan humano, fenómenos naturales como las piedras y los pájaros y personas míticas ancestrales en una clasificación totémica, distinguiéndola de configuraciones parecidas. De ahí que la acción religiosa fuera la participación en este mundo, no la intervención sobre él. Sin embargo, a medida que iba surgiendo el grupo social delimitado, apareció una segunda fase. Se concibieron las regularidades emergentes de cooperación económica, militar y política como *nomos*, como sentimiento del orden y el significado último del cosmos. Ahora los dioses estaban ubicados *dentro*, en una relación privilegiada con el clan, el linaje, la aldea o la tribu. La sociedad domesticó a la divinidad. Ahora podría aplicarse la teoría de la religión de Durkheim, que se examinará en capítulos ulteriores: la religión era meramente la sociedad «alargada idealmente hasta las estrellas».” Michael Mann. *Las fuentes del poder social*. Alianza Editorial. Madrid. 1991, pág. 78.

el exterior como en el interior de cada sociedad, a menudo fuera del alcance y las capacidades de cada actor, y con ello empezó un pensamiento estratégico complejo.

Hablar de estrategia es hablar de amenazas. Aparece aquí la operativización del concepto *estrategia* como la ciencia y el arte del que toma las decisiones para enfrentarse a las amenazas y mantener la existencia y la prosperidad del resto. Este éxito viene asociado con la legitimidad. Si en la experiencia de cada grupo el conflicto aparece como inevitable, si la lucha por los recursos y el mantenimiento de un modo de vida va a suponer que antes o después se enfrente a la necesidad, la voluntad y la determinación de otros, la justificación de una capa dominante, y en muchas ocasiones su supervivencia física, se asienta en una toma de decisiones correcta y en una implementación de las mismas con éxito que justifica su posición de dominio, la continuación de las instituciones y su prolongación en el tiempo ¹³.

Visto cual ha sido el origen social del concepto, ahora hay que pasar de la simple etimología antes expuesta al desarrollo de definiciones más precisas que tratan de acotar el objeto de la estrategia y quiénes son los encargados de practicarla. La lista de definiciones es amplia, como lo son los matices que se quieren dar a la palabra. Generalmente se la asocia siempre al empleo de la fuerza militar, inmediatamente asociada a la idea de política.

Clausewitz, en su magna obra *De la Guerra*, la definió como “la utilización del combate o la amenaza del mismo para los propósitos de la guerra”¹⁴. Continuando que “debe conocer el combate mismo, en relación con sus posibles

¹³ “No falta, con todo, una típica dicotomía: junto con el experimentado cobra perfil el valiente. Así el individuo más hábil en la caza o en el combate – visto como una forma de caza – se destaca del grupo porque logra una peculiar atracción singularmente cerca de los jóvenes (este podía ser, en la interpretación de Ortega, el origen deportivo del Estado). El poderoso por el prestigio de su experiencia o su valentía encuentra pronto la ayuda del mago. Surge así la raíz carismática. La devoción al heroísmo, la ejemplaridad o la santidad de una persona se configura como un típico mecanismo de control. La dominación carismática, como señaló Weber, se establece por medio de las cualidades extraordinarias del jefe. El reconocimiento que recibe en principio se refuerza por coincidencias, comprobaciones o atribuciones que vienen a rodearle de un prestigio casi taumatúrgico. Juegan en ello los magos y los sacerdotes, y así se explica cuan pronta y extensamente se configuran grupos dominantes de índole sacropolítica”. Juan Beneyto. *Historia Geopolítica Universal*. Aguilar. Madrid. 1972, pág. 13.

¹⁴ Carlos von Clausewitz. *De la Guerra*. Ediciones Ejército. Madrid. 1980, pág. 153.

resultados, y también considerar las fuerzas morales y de la inteligencia que son las más importantes en el empleo del combate”. Para comprender el significado completo de lo anterior hay que recordar su famosa definición de guerra como “la política por otros medios”¹⁵. Vemos así a la estrategia constituyéndose en un puente entre la política, la acción de gobierno que él entiende por medios pacíficos, algo que no tiene que estar cercano a los ejércitos¹⁶; con el empleo de la fuerza del estado para alcanzar un fin mediante el empleo de la violencia armada.

Aparece en esta serie de asociaciones la palabra política y lo hace separada de la estrategia, dirigiéndola y rigiendo el quehacer bélico, el combate, hacía un objetivo que no se circunscribe ni se comprende en términos puramente militares. Aparece en este momento la duda de cuáles son los objetivos y campos de actuación de cada una¹⁷. Si entendemos la política como la acción

¹⁵ Esta es quizás la más conocida y genial frase del autor prusiano. En realidad es el título del párrafo XXIV del capítulo primero de su obra *De la Guerra*. Merece la pena considerarlo en su totalidad “Vemos, pues, que la guerra no constituye simplemente un acto político, sino un verdadero instrumento político, una continuación de la actividad política, una realización de ésta por otros medios. Lo que resta de peculiar en la guerra guarda relación con el carácter igualmente peculiar de los medios que utiliza. El arte de la guerra en general, y el jefe que la conduce en cada caso particular, pueden determinar que las tendencias y los planes políticos no encierren ninguna compatibilidad con estos medios. Esta exigencia no resulta baladí; pero, por más que se imponga poderosamente en casos particulares sobre los designios políticos, debe considerársela siempre sólo como una modificación de esos designios, ya que el propósito político es el objetivo, mientras que la guerra constituye el medio, y nunca el medio cabe ser pensado como desposeído de objetivo”. Carlos von Clausewitz. *Opus cit*, pág. 43, y pensar en la capital importancia de la relación de fin y medio entre política y acción bélica y en las consecuencias de invertir esta relación.

¹⁶ El razonamiento de Clausewitz sobre este asunto continua a través del capítulo I del libro III de su obra, para concluir que lo más destacable no son la maniobras en las batallas de Federico II de Prusia durante la campaña de 1760, sino su capacidad de mantener claro el objetivo de esta “llevar a Silesia al seguro puerto de una paz garantizada”. Es decir, que el objetivo político de incluir Silesia en Prusia fue la guía de su actividad como Rey y como General, dosificando las energías y capacidades del reino, que en principio parecían no ser suficientes para alcanzar aquél. *Ibidem*, pág. 153.

¹⁷ El general Miguel Alonso Baquer en su obra: *¿En qué consiste la Estrategia?* Secretaría General Técnica del Ministerios de Defensa. Madrid. 2000, pág.16, dice al respecto que:” La estrategia desde entonces pone en relación a un actor responsable con una situación cargada de peligros, a un sujeto con un objetivo – al estratega con la victoria. Se desarrolla, pues, en condiciones adversas. No se identifica con la Ética o filosofía de la acción en tanto buena o mala, deseable o punible, ni con la Política o búsqueda del bienestar de una comunidad jerarquizada en gobernantes y gobernados. La estrategia de por bien sentados los principios éticos y los ideales políticos de la comunidad. Se aplica al modo de sortear o eludir una amenaza real en una coyuntura concreta. A la pregunta fundamental del momento ¿Qué tenemos que hacer? contesta diciendo que hay que emprender una acción, concretamente, el hacer que disuelve la amenaza con el mínimo daño. El objeto de la Estrategia radica en «decir un hacer» en forma de designio. Contrariamente el objeto de la Táctica, como el de la Logística, es el hacer mismo, todo él, decía

de gobierno a través de un determinado sistema político, está claro que en esa acción están incluidas los cálculos para enfrentarse a todos los posibles factores que se oponen a la consecución de los objetivos de dicha acción, sea ésta la consecución de riqueza y prestigio de un soberano, el mantenimiento de un determinado orden social o económico o la puesta en práctica de un programa de gobierno que auspicia un partido elegido democráticamente.

La estrategia proporciona el esquema mental para identificar amenazas, determinar las formas de conjurarlas, elegir de entre ellas el método más indicado en cada momento y llevarlo a la práctica. En todo este proceso aparecen procesos de tomas de decisiones, unipersonales, colectivas o representativas, que van añadiendo complejidad al análisis.

De forma parecida las sociedades y las organizaciones políticas que las vertebran se han visto inmersas en un proceso de complejidad creciente conforme los desarrollos tecnológicos con los que se han respondido a determinados desafíos planteaban otros nuevos. Las relaciones económicas se han ido haciendo más intrincadas entre individuos, profesiones y países; los modelos familiares y sociales han evolucionado y, en general, los procesos de interdependencia entre individuos y sociedades se han generalizado y se han extendido en todas las dimensiones, haciendo que soluciones que se atisbaban como fáciles y amparadas por la experiencia en épocas pasadas hayan dejado de ser efectivas.

El general francés André Beaufre hace una definición más conceptual. Para él, la estrategia es “el arte de la dialéctica de las voluntades que emplean la fuerza para resolver su conflicto”¹⁸. Vemos que para Beaufre la estrategia necesita de tres componentes, mucho más genéricos que para Clausewitz, un conjunto de voluntades, a las que no atribuye una dimensión específica, de hecho hace referencia a la definición de Foch, la simple “oposición de dos voluntades”¹⁹ a la

Napoleón, ejecución en estado puro.” Aunque esta reflexión deja a los medios de la estrategia el abanico puramente militar, lo que hoy no se comprende al ser la acción del estado una, es perfectamente válida la reflexión respecto al entorno de amenaza y la necesidad de la acción. ¿Cómo? Mediante todos los recursos a disposición del actor estratégico.

¹⁸ General Beaufre, *Introducción a la estrategia*. Ediciones Ejército. Madrid. 1980, pág. 49.

¹⁹ *Ibíden*. La definición del mariscal Ferdinand Foch es fruto de su tiempo y su entorno y reducía los sistemas estratégicos a la dialéctica entre dos naciones o dos bloques, ya que su percepción

que pretende mejorar, pero de la lectura se extrae que es una voluntad *política*, aunque no se especifica que esta sea la expresión de las necesidades de un estado, como actor estratégico vamos a encontrarnos sociedades humanas en cualquier grado de organización.

Aparece también una dialéctica, un enfrentamiento, una concurrencia en un mismo objeto y como tercer elemento uno tan vago como el primero: la *fuerza*. ¿Significa ésta exclusivamente la violencia? No lo parece. Cualquier grupo humano tiene a su disposición recursos para ejercer la fuerza sin que signifiquen inicialmente el empleo de la violencia. La simple amenaza de su uso, la influencia en los mercados a través del abastecimiento de materias primas, las sanciones económicas, las campañas en organismos internacionales y las acciones en el ciberespacio nos indican que más allá de la fuerza militar clásica existe una amplia gama de posibilidades de enfrentarse a una voluntad adversa.

Existe un medio paradigmático, que aunque mantiene su existencia material parece haber perdido vigencia intelectual, de la fuerza sin violencia, el arma nuclear. Sus efectos son tan extensos, destructivos y poco selectivos, que aunque puedan proporcionar la anulación del enemigo difícilmente alcanzan un objetivo fuera de su propio espacio de empleo, es decir, la disuasión por su existencia, lo que constituye una paradoja, al subordinarse la estrategia y la política a la simple existencia en la panoplia de al menos dos contendientes de una cantidad notable de armas nucleares con sus correspondientes vectores, que hacen complicado la obtención de objetivos tangibles a pesar de alcanzarse la victoria. Es el supremo ejemplo de la acción ejercida solo por la posesión de un medio de combate, no de su uso²⁰.

era la de una estrategia con un hacer puramente bélico. Remitía a la política los juegos y las alianzas previas al conflicto.

²⁰ Escribía al respecto Lawrence Freeman en 1983, en su libro *La Evolución de la Estrategia Nuclear*, Secretaría General Técnica, Ministerio de Defensa. Madrid. 1992, pág. 483, durante uno de los periodos álgidos de la Guerra Fría: “Después de 35 años de intentos de interpretar estrategias nucleares se llega forzosamente a la conclusión de que ha habido un movimiento hacia el análisis de cuestiones de segundo y tercer orden. Si el pensamiento estratégico en el futuro sólo va a consistir en las permutaciones de los viejos concepto como respuesta frente a las nuevas posibilidades militares, o en la necesidad de negociaciones para controlar el armamento en un intento desesperado para preservar el *statu quo*, entonces es posible que se haya llegado a un punto muerto. Puesto que en el punto en que nos encontramos la estabilidad depende más bien de la antítesis de la estrategia que de su apoteosis- ante la amenaza de que las cosas se escapen de las manos – de que cabe la posibilidad de que actuemos de manera

En todos los autores vemos cómo el concepto de estrategia pasa por unir dos niveles: uno de decisión, donde se encuentran las instancias políticas, en el más amplio sentido de la palabra, encargadas de tomar las decisiones respecto a los fines y otro ejecutivo, que incluye el militar, donde se articulan y emplean los medios. Aunque los cometidos se aúnen en la misma persona en un sistema personalista, el proceso siempre es el mismo: identificar unos objetivos forzosamente generales y decidir sobre el empleo de unos medios que los materializan mediante sucesivos logros. Las diferencias conceptuales se basan en los momentos del análisis. Clausewitz escribe a la sombra de Napoleón y Beaufre en la resaca de Indochina, Argelia y la efervescencia de la Guerra Fría.

Aparece una generalización de los medios de la estrategia, que para su materialización no necesita solo del empleo de las fuerzas militares. La experiencia histórica demuestra que a veces la disuasión ejercida por los medios militares es tan eficaz para alcanzar objetivos, o negarlos al adversario, como su empleo. La existencia de actores estratégicos que carecen de fuerzas militares organizadas, o un nivel significativo de ellas, lleva a procedimientos de “guerra menor” que aplican la violencia a una escala distinta de la de las operaciones militares convencionales y que desde el terrorismo a la guerra híbrida suelen emplearse para enfrentarse a enemigos superiores en medios, con una carga menor de limitaciones legales y morales a la hora de aplicar la fuerza, posibilitando, sin embargo la consecución de objetivos políticos reales. La realidad muestra cómo en la dialéctica estratégica los procedimientos de coerción no militares son igualmente eficaces.

irracional, posiblemente de forma inadvertida, podríamos poner en marcha un proceso que en su desarrollo y conclusión se escaparían del control y comprensión humana.” La preocupación que expresa el autor respecto a que las armas nucleares tengan consecuencias fuera del alcance de la experiencia y la comprensión humana sigue sujetando su uso incluso por actores estratégicos que parecen no obedecer a los planteamientos culturales europeos, y sigue limitando a la disuasión su empleo por todos sus poseedores y generando la “estrategia antitética” pues se convierte en el *decir de un no hacer*.

3.3. Las formas y medios de la Estrategia

Si atendemos ahora a los modos de implementar la fuerza para alcanzar los fines estratégicos nos encontraremos con dos modos básicos que tienen mucho que ver con las capacidades y comprensión de la estrategia por cada ente que la desarrolla. En primer lugar, el caracterizado por un uso de la violencia física según los patrones culturales del actor estratégico en cuestión y, en segundo, los procedimientos que hacen uso de amenazas que aun no suponiendo efectos materiales directos, si pueden tenerlos en otros órdenes, sociales, morales, políticos o económicos; a veces, haciendo una presión sobre el enemigo más fuerte que la violencia tradicional.

Desde las formas de organización social sedentaria más primitivas a nuestros días una de las características de la organización ha sido la de un uso sistemático y regulado de la violencia y la coerción que ha sido el fruto de las interacciones entre las sociedades en conflicto en un momento y lugar determinados. El concepto de los medios a emplear y las características de su empleo son propias de cada forma política y cada momento histórico con la tecnología disponible como regulador de todas ellas.

No solo la tecnología en armamentos ha sido determinante en los procesos estratégicos. Si se piensa en los sucesivos inventos que han desarrollado la agricultura hasta que los rendimientos de la tierra han eliminado la posibilidad de hambrunas debido a las inclemencias meteorológicas o las plagas, vemos cómo elementos aparentemente ajenos a la actividad estratégica como el arado con reja metálica, el collarón en la tracción animal, el motor de combustión interna, los avances en la química de los plaguicidas o la ingeniería genética, han ido creando unas condiciones de generación de alimentos que han reducido, por una parte, los conflictos que en otras épocas eran recurrentes ante los problemas de abastecimientos y han permitido, por otra, la concentración de grandes ejércitos y su aprovisionamiento por una proporción muy reducida de la población. Los avances en los transportes de todo tipo han ido poniendo en

relación sociedades y actores políticos que en otros tiempos no habrían tenido capacidad de relación estratégica.

La tecnología también ha ido proporcionando elementos de lucha cada vez más destructivos para los actores estratégicos sin tener que recurrir a la eliminación física de poblaciones o la destrucción física de los recursos y elementos que constituyen el soporte de sus vidas, identidad y futuro. Así, el abanico de la violencia se ha ido ampliando paulatinamente y de la forma de la guerra hoplítica que exigía el contacto físico y la eliminación directa del adversario, se ha podido pasar a diseminar la confusión en una sociedad y la desconfianza en los liderazgos que la vertebran por medio de la difusión de campañas insidiosas a través de las redes sociales, o erosionar el nivel de vida de una sociedad a través de sanciones o del simple anuncio de ellas por parte de un actor con suficiente peso en el sistema de intercambios en el que ambos estén inmersos.

3.3.1. La acción no bélica

Tradicionalmente, a la línea de acción que evitaba los enfrentamientos directos entre el potencial máximo de los contendientes se la ha denominado “indirecta”, como si se pretendiera atribuirle una importancia menor con dicho calificativo. Una comprensión tradicional, casi atávica, de las relaciones internacionales, atribuía siempre a la capacidad de “choque” de un actor estratégico con otro mediante sus colectivos militares organizados la máxima expresión de la capacidad estratégica. Cuando no se acudía a este procedimiento y se utilizaban métodos en los que el tiempo o el espacio se relativizaban, se achacaba a falta de adhesión a determinadas reglas o a la lógica del débil.

De hecho, el vocablo estrategia se ha asociado siempre, guiado de una interpretación etimológica, al ámbito militar.

Sin embargo, las “acciones insidiosas y multiformes” están teniendo cada vez, en nuestra experiencia histórica, consecuencias más profundas en el entorno estratégico actual. Las guerras de guerrilla que dieron forma a las guerras de liberación de algunas colonias, las guerras civiles en países subdesarrollados donde se produjeron enfrentamientos directos entre bloques en la guerra fría y

el terrorismo, en todas sus manifestaciones y variedad de fines, han demostrado que los actores estratégicos no tienen que recurrir al máximo empleo de la fuerza; que las antes llamadas “operaciones menores” pueden tener un carácter y un alcance absolutamente estratégicos.

El panorama estratégico más reciente parece rebosante de esta aproximación indirecta. No solo los procedimientos de acciones de reducido impacto táctico pero gran desgaste sobre el enemigo se han generalizado a través de una ubicua aplicación de procedimientos de guerrilla y terrorismo por parte de grupos de todo tipo: religiosos, étnicos o políticos, que tienen que hacer frente a fuerzas militares de estados organizados más poderosos.

También se ha producido un cambio del paradigma político - estratégico a nivel global. Ni la adopción de medidas distintas a las militares se ve como signo de una política débil, los regímenes de embargos y sanciones económicas han tenido durante un tiempo consecuencias notables, ni el coste económico o social de aquéllas es tolerable para la mayoría de los países. Las guerras comerciales del presente tienen efectos patentes y, en ocasiones, demoledores.

A esto hay que sumar el salto en las relaciones estratégicas provocado por el desarrollo de la tecnología, cuyo desarrollo más reciente y poderoso ha sido la aparición y desarrollo de la lucha en el ciberespacio. Los enfrentamientos virtuales tienen las siguientes características:

- Baja trazabilidad. Por lo que es difícil atribuirlo a un actor en concreto, pudiendo eludirse con facilidad responsabilidades legales.
- Consecuencias desproporcionadas. Si un ataque convencional está caracterizado por la letalidad del medio empleado, cantidad de explosivo, número y alcance del personal y sistemas empleados, los ataques en el ciberespacio pueden tener consecuencias devastadoras no solo para las fuerzas militares, sino para las infraestructuras, los sistemas económicos y políticos y las poblaciones con un mínimo de personal y recursos puestos en juego.
- Persistencia. Lo barato de la organización, equipamiento y mantenimiento en el tiempo de la acción en el ciberespacio le proporcionan una capacidad muy superior a la de los medios militares tradicionales,

podiendo mantenerse la acción ofensiva por tiempo indefinido sin costos elevados.

Ello hace que, sin empeñar las capacidades generales de un actor estratégico, a veces incluso negando su participación, pueda actuar sobre el conjunto de los adversarios de una forma que hasta la generalización de la sociedad de la información era impensable. El empleo de las redes sociales para la difusión de noticias, verdaderas o falsas, la posibilidad de denegar a un adversario el empleo de recursos y servicios vitales para su vida diaria o su seguridad, han hecho del espacio virtual una dimensión de valor estratégico.

La estrategia ha tenido, merced a estas formas, un salto conceptual importante. Si su etimología remite al general en jefe, al *estrategos* de la Grecia clásica, ahora ese mando supremo aparece, en numerosas ocasiones, investido de ropas civiles. La imagen de un presidente occidental monitorizando en tiempo real operaciones militares a miles de kilómetros, rodeado de sus asesores civiles y militares, es la prueba palpable de cómo la tecnología, la situación actual del mundo en términos tecnológicos, económicos y sociales, pone en manos del estado una cantidad de resortes que permiten al poder civil considerar las opciones militares como una más entre las disponibles para enfrentarse a las amenazas; a veces ni siquiera lo hará de forma exclusiva.

Así, los gobernantes combinarán acciones militares y no militares en diversos niveles y sobre diversos actores para conseguir el objetivo propuesto y alejar cualquier amenaza sobre su consecución.

3.3.2. La acción bélica

El modo tradicional de empleo de la violencia se extiende por el espectro de una violencia organizada a través de armas tradicionales y por actores estatales, o protoestatales, con enfrentamientos directos entre las fuerzas militares, o equivalentes, de las partes enfrentadas. Esta forma ha determinado la imagen más extendida del término estrategia, al menos en la cultura occidental.

Los periodos extendidos de fragmentación de las sociedades en occidente, que históricamente exceden a los de unidad, han llevado a los actores estratégicos de los sucesivos sistemas en los que se ha configurado nuestro entorno cultural a buscar un grado de organización militar cada vez más complejo, acorde con las sociedades que iban adoptando un grado creciente de complicación organizativa en cualquier dimensión que se considere: económica, tecnológica, comercial y cultural.

Los choques entre los actores han tenido un creciente número de participantes y complejidad técnica, conforme la tecnología iba sustituyendo la fuerza muscular por otros medios con los que ofender, defenderse y derrotar al adversario.

Este modo directo, con un creciente grado de ritualización, que no se ha perdido desde las guerras micénicas²¹, ha sido el que ha regido la teoría y la práctica de la fuerza aplicada a la resolución de los conflictos entre actores de variados tipos. Los estados, salvo casos muy puntuales, sobrevivían a las guerras: cambiaban las dinastías, de lo que China puede ser un paradigma, pero el enfrentamiento bélico a gran escala tiene una amplia tradición como recurso sistemático de la estrategia en cualquier sistema que se considere.

En la cúpula del modo “directo” o tradicional estarían aquellas en las que se empleasen las armas nucleares a cualquier escala. La misma existencia de las armas nucleares dio origen a unas estrategias específicas por parte de los países que las poseen y que pasaron de la ausencia de su duda en su empleo si se consideraba necesario, cuando la posesión de tales armas era un monopolio norteamericano y la potencia empleada permitía una utilización en el marco de

²¹ “La preocupación americana por la pronta recuperación de los cuerpos de sus soldados no es única, pero les coloca junto a pueblos con los que les sorprendería estar asociados: por ejemplo los griegos clásicos y homéricos (a los romanos les preocupaba mucho menos) o a las tribus de las tierras altas de Papúa – Nueva Guinea. Se trata de pueblos que combaten de una forma que consideramos ritualizada, es decir, que permiten que sus creencias les dicten modos de lucha mucho menos eficientes que lo recomendable. [...] por muy primitiva o moderna que sea la maquinaria de guerra, las creencias íntimas de los hombres de cualquier época o lugar desempeñan su papel en el modo en que combate” J.E. Lendon. *Soldados y Fantasmas*. Editorial Ariel. Barcelona. 2005, págs. 16 y 17. No solo la aplicación práctica de la fuerza militar, el hecho de la decisión del empleo de la misma por parte de un actor ha tenido en muchas ocasiones un carácter ritual en su declaración, desde las puertas del templo de Jano en la antigua Roma a las formalidades actuales que exigen un reconocimiento internacional explícito del *casus belli* para legitimar la respuesta.

operaciones similares a las llevadas a cabo en la Segunda Guerra Mundial, a la práctica reducción de su funcionalidad a la amenaza de su empleo, base de la disuasión durante la Guerra Fría, al alcanzar ambos bloques un número de cabezas y capacidad de lanzamiento similares, cuyo recurso eliminaban toda posibilidad de victoria provechosa y por tanto la privaban de finalidad²².

Parece como si la aparición de las armas nucleares hubiera producido una ruptura en la tradición estratégica occidental, pero solo institucionalizó lo que hasta ese momento había sido una fase previa a un conflicto bélico o una actitud prepotente. La disuasión irrumpió en la escena estratégica, apropiándose del pensamiento estratégico y haciendo que las decisiones, que de forma convencional se escalonaban a través de las cadenas de mando militar, se tomaran ahora al más alto nivel.

Además del impacto tecnológico, el organizativo ha sido importante en el pensamiento estratégico. Aunque desde el siglo XVIII las combinaciones estratégicas habían implicado, más o menos, territorios metropolitanos y dependencias de variado estatus: colonias, protectorados o países títeres, el desarrollo de los medios de comunicación y transporte posibilitó la movilización de recursos humanos y materiales por parte de los actores que poseían sistemas imperiales en choques cada vez más amplios y globales, que incluían consideraciones estratégicas cada vez más complejas. El respaldo, y la necesidad, de los territorios dependientes llevaba cada vez más a la visión geopolítica y a pensar que, en ocasiones, guerras menores en escenarios remotos podían ser provechosas y que guerras totales en los escenarios metropolitanos se podrían sostener con el respaldo externo.

El concepto creciente de legalidad internacional²³, sobre todo a partir de la II Guerra Mundial, ha llevado a un empleo muy selectivo de la violencia interestatal, siendo más frecuente la intraestatal.

²² "A veces, como en el caso de una superpotencia ante una aventura que puede terminar en una guerra nuclear, pensar estratégicamente también significa saber cuándo no jugar." Avinash K. Dixit y Barry J. Nalebuff. *Pensar Estratégicamente*. Antoni Bosch Editor. Barcelona. 1992, pág. 12.

²³ La Carta de las Naciones Unidas es el ejemplo más significativo de esta tendencia. En el caso español se puede ver el tenor de la "Declaración unilateral española en aceptación de la

3.3.3. Reflexiones

Resumiendo, si tradicionalmente la idea de estrategia ha estado asociada al empleo de la fuerza militar, el empleo de otras formas de coerción se realizaba siempre en relación a ella. Los bloqueos, las trabas al comercio, la especulación financiera, los juegos de alianzas que complicaban los cálculos militares e imponían costosas carreras de armamentos al adversario, se suponían subordinados al principal objeto que consistía en la victoria de las armas, a la que todas las otras formas debían ayudar. Sin embargo, vemos como la consecución de objetivos estratégicos, cómo la recuperación de un territorio, con Hong Kong, como caso paradigmático, se puede conseguir sin que la fuerza del poder militar sea un elemento más, no el principal, para conseguir el objetivo. Anteriormente se ha visto cómo el arma nuclear acabó por desplazar la guerra como instrumento para la consecución de objetivos estratégicos. En su lugar las otras formas de acción se han impuesto empleándose la fuerza más como potencia que como acto.

Además, hoy la tecnología de comunicaciones permite que las decisiones políticas se trasladen desde el mando político hasta los más sencillos ejecutantes sin tener que pasar por los sistemas de organización tradicional, justificados en parte por la tecnología que empleaban los sistemas de mando y control. Las estructuras se “achatan”, reduciéndose el número de niveles de decisión, y las decisiones se trasladan al campo práctico de forma rápida, a veces inmediata, con un flujo de información y acción hasta ahora desconocido.

Si recapitulamos, veremos que hemos establecido varias premisas que pueden ayudar a establecer una definición precisa de estrategia. Su objeto no está ligado únicamente a la acción militar, más bien la une a todos los resortes de los que un actor estratégico está dotado para lograr sus fines. Se ve cómo se va perfilando el principio de subordinación, de operatividad respecto a la política de

jurisdicción obligatoria del Tribunal Internacional de Justicia”. BOE 275 de 16 de noviembre de 1990.

la estrategia. Luego ese elemento de relación deberá formar parte de la definición para conseguir que esta refleje la posición relativa de ambas.

La estrategia alcanza los objetivos de la política, pero no solo, como decía Beaufre, mediante la fuerza militar, sino mediante la concurrencia de todos los recursos de un actor estratégico. Naturalmente falta por determinar frente a quién o qué han de emplearse los recursos. Se necesita "el otro", una voluntad encarnada en un actor adverso que rivalice por un objetivo en disputa.

3.4. El Sistema Estratégico

La estrategia sirve para llevar a la práctica las políticas que establecen la forma de defender los objetivos que el actor estratégico determina como vitales, haciendo desistir a los adversarios de sus amenazas o contrarrestándolas en caso de que se materialicen y cómo adquirir y asegurar aquéllos que considera necesarios para el cumplimiento de sus fines. Naturalmente, cada política se lleva a la práctica según planes concretos que se redactan según normas precisas, pero la denominación de estrategia debe reservarse para los asuntos en los que se ventila la supervivencia y logro de finalidades superiores de una colectividad.

A esta colectividad es a la que hemos venido denominando actor estratégico. Está dotada de un grado variable de organización, incluso puede que los demás actores no le reconozcan este estatus, pero su capacidad de influir en un sistema estratégico determinado le conferirá su título de tal. No se tiene que ceñir solo a actores estatales. La historia nos muestra numerosos ejemplos de actores no estatales. Incluso se encuentran sistemas estratégicos, como en las sociedades indígenas de América y África, donde el grado de organización social no había llegado a los niveles de complejidad de Europa y Asia, de las mismas características. Como ejemplo reciente se puede considerar el sistema estratégico creado por la Guerra Civil Siria, donde estados como Siria, Irán, Turquía, Israel y Rusia se codean con coaliciones internacionales, entidades paraestatales no reconocidas internacionalmente, grupos insurgentes e incluso una organización unánimemente reconocida como terrorista pero que creó estructuras estatales en los territorios bajo su control; se han disputado el territorio y la población de la República Árabe de Siria en medio de enfrentamientos con procedimientos directos, indirectos e híbridos en la búsqueda de objetivos muy diversos, pero vitales o al menos muy importantes para todos los participantes.

Estos conflictos de intereses se darán en lo que se puede denominar un sistema estratégico, que puede definirse como el conjunto de actores que pugnan por

alcanzar o preservar objetivos de interés común, enfrentándose en los niveles que crean conveniente aplicando los medios y procedimientos al alcance de cada uno.

En la pugna para conseguir los objetivos los diversos actores recurrirán a todos sus recursos e intentarán que las actividades ajenas jueguen a su favor mediante los correspondientes juegos de alianzas. También pueden llegar a la conclusión de que es necesario compartir para solventar debilidades temporales o de forma definitiva para evitar su exclusión total de los beneficios de la posesión del mismo. Matemáticamente se podría expresar como un conjunto de juegos de suma cero o de no suma cero, según la capacidad de interactuar de cada participante, con una complejidad creciente en cuanto a su formulación y resolución conforme aumentan el número de actores y de objetivos en liza.

A su vez ningún sistema estratégico se encuentra absolutamente aislado, siempre está influido por otros sistemas cercanos o de índole superior en cuanto al poder de sus actores y capacidad de influencia de otros sistemas. Esta visión sistémica ayuda a revelar la verdadera complejidad a que tienen que hacer frente los sistemas de tomas de decisión estratégica cualquiera que sea su estructura y funcionamiento. El sistema estratégico del Índico y de Oriente Medio ha tenido una repercusión en el sistema Mediterráneo en forma de inmigración con repercusiones que se han dejado sentir en las políticas internas de países europeos y en la forma en que estos y, por consiguiente, la Unión Europea en su conjunto, han afrontado las relaciones con los países de los sistemas inicialmente mencionados.

Una aproximación esquemática a lo que sería un sistema estratégico es la que muestra la figura.

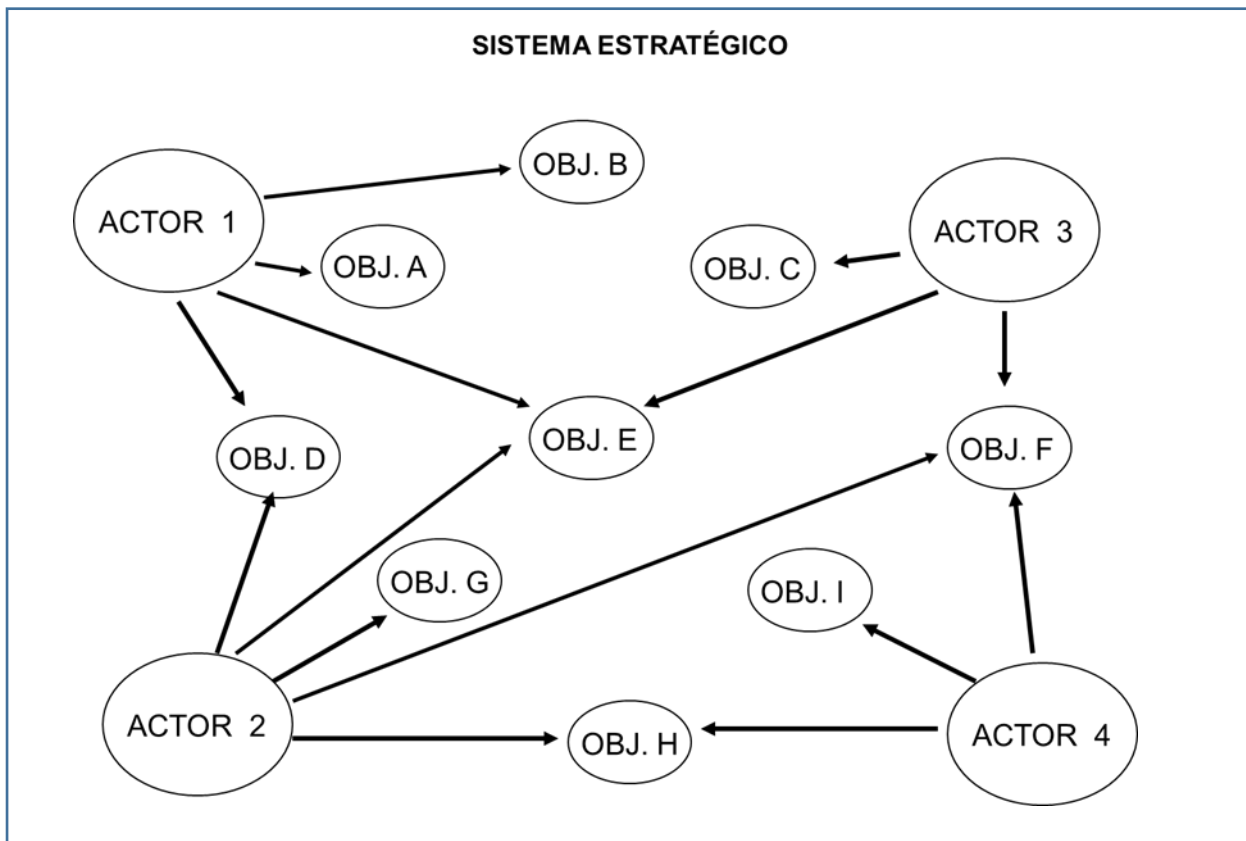


Fig. 1 Sistema Estratégico. Fuente: Elaboración propia.

Se ha mencionado que la estrategia operativiza, dentro de las políticas posibles, el sector de la Seguridad y Defensa. Hay que establecer cuál es el objeto de ambas, que tipo de problemas de una colectividad tratan de asegurar y que nivel de organización social permite su establecimiento.

En primer lugar hay que determinar quién debe sentirse seguro y frente a quién. Evidentemente han de ser las mismas colectividades humanas a las que anteriormente se ha adjudicado el título de "actores estratégicos". Son sociedades humanas con un grado de organización que les obliga a competir con otras por objetivos vitales. Desde territorios de caza a colonias, desde la supervivencia de un grupo con una identidad hasta una aspiración de hegemonía

militar o religiosa global, los grupos humanos van chocando con otros y tratan de solventar de forma favorable para sus intereses esos choques. A partir de ahí se genera una percepción del “otro”, del adversario que disputa la solución a una necesidad. Es esta percepción de amenaza, de riesgo, que genera la existencia de otros, la que fuerza la existencia de actividades encaminadas a conjurarlas.

Dependiendo del grado de complejidad de organización estas actividades comprenden desde la simple disputa física cuando se produce el enfrentamiento, como podría ser en las comunidades indígenas del Amazonas, a elaboradas políticas de alianzas para neutralizar las hipotéticas ventajas de un adversario en una confrontación, como en el caso del mosaico europeo previo a la primera Guerra Mundial. Independientemente en ambos escenarios la amenaza de perder algo considerado vital, el alimento básico o los territorios dentro y fuera de Europa necesarios para asegurar la carrera comercial, fue algo que se consideró vital por los sistemas decisorios y que fue aceptado por los individuos como tal. En ambos casos, el enfrentamiento estuvo precedido por estructuras que creaban recursos humanos y materiales para la lucha mediante rituales de iniciación al grupo de los guerreros o mediante complejos sistemas de reclutamiento y movilización de personal, materiales y recursos.

La seguridad buscada es pues frente a los demás, que disputan bienes, materiales o inmateriales, y para asegurar su consecución en esta pugna se articula la defensa de los intereses del grupo empleando los recursos necesarios para asegurar la victoria. Estos recursos incluyen la fuerza, pero no excluyen ningún otro y pueden llegar a soluciones ventajosas de compartir cuando la posesión en exclusiva se convierte en excesivamente onerosa. Lógicamente se impone una gradación en los objetivos, ya que nadie es capaz de asegurar absolutamente todas sus necesidades y objetivos frente a todas las amenazas.

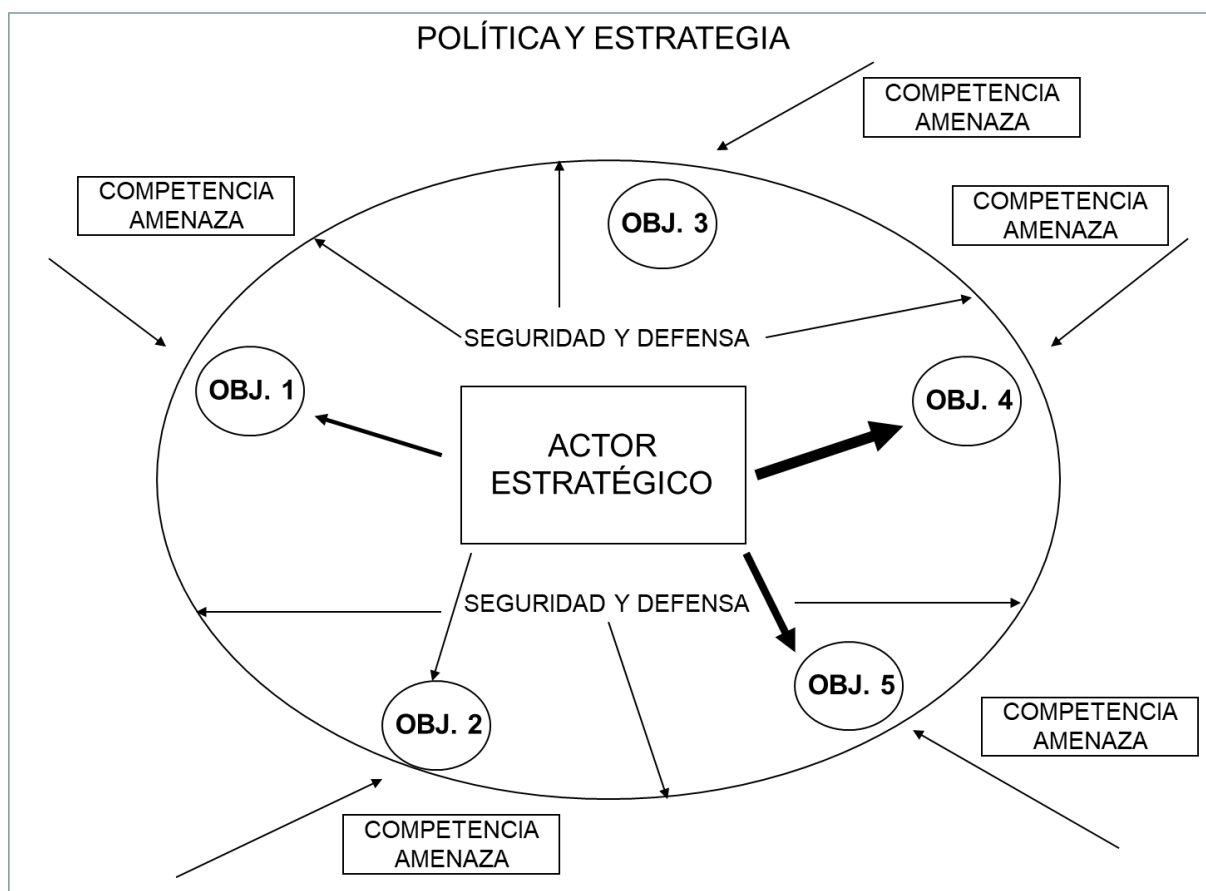


Fig. 2 Actor Estratégico. Fuente: Elaboración propia.

La identificación de estos objetivos y necesidades y su priorización, así como los adversarios que se oponen a la consecución de cada uno, constituye el objeto de la Política.

Parece que ya estén todos los elementos necesarios para la definición. Podríamos pues definir a la estrategia como:

“Ciencia y arte de la aplicación de un conjunto de principios, deducidos de la experiencia histórica, que permiten materializar las necesidades de seguridad y defensa de una colectividad mediante todos sus fuerzas y recursos, a pesar de la oposición de otras.”.

3.5. Factores de la Estrategia

Una vez establecida la definición de estrategia se debe encontrar cuáles son los factores que, según se ha establecido en la definición, se pueden deducir de la experiencia histórica y que deben tenerse en cuenta para que la decisión estratégica tenga coherencia con la decisión política y sea capaz de ofrecer posibilidades de materializarse con éxito.

Estos factores deben de estar, por otra parte, implícitamente contenidos en la definición. En una primera aproximación las variables determinantes de toda estrategia deben ser:

- El grupo que la produce
- El objeto que se disputa
- El adversario al que se enfrenta

En resumen, vemos que la estrategia se basa en las características de dos grupos humanos organizados y en el objeto que se disputan. Luego lo primero que habrá que analizar son las características de los grupos humanos en cuanto sujeto de un sistema estratégico. De ambos, lo primero que habría que estudiar es su sistemas de decisión y, en cada momento, sus líderes. Evidentemente, no es lo mismo enfrentar dos sistemas personalistas entre sí que uno personalista y otro participativo y, aún dentro de estos, la personalidad y percepción de la situación de los líderes es fundamental a la hora de determinar estrategias. Una personalidad dubitativa en medio de un sistema decisonal complejo puede no ser la personalidad idónea para dirigir una estrategia compleja o que exija una solución a través de sacrificios.

Analizar los grupos en su contexto estratégico implica tener en cuenta las características particulares de cada sociedad enfrentada. Este análisis básicamente debe determinar su cohesión, capacidad de sacrificio e identificación con el objeto del conflicto. Habrá que realizar un balance de las fuerzas materiales disponibles y de las alianzas actuales y futuras que pueden darse en dicho sistema. Igualmente, es importante determinar la trayectoria histórica de ambos contendientes en relación con situaciones semejantes y si

es el primer conflicto que se origina entre ambos por el objeto determinado o es uno más de una serie definida.

El objeto en torno al cual se produce el conflicto debe ser analizado según sea algo material, un territorio, una ventaja económica, una población, una posición de dominio en un sistema estratégico; o algo inmaterial como prestigio, orgullo, idealismo o fanatismo religioso. En cualquier caso, debe estudiarse cuáles son las razones que lo han convertido en objeto de conflicto. Si analizamos las razones por las que Japón atacó a Estados Unidos en 1941, encontraremos no solo la percepción de que la política de bloqueo norteamericana a las aspiraciones de Japón en China y Asia Oriental constituía un freno a las aspiraciones expansionistas que la cúpula nipona consideraba imprescindibles para asegurar un horizonte económico próspero. Para la mentalidad japonesa tradicional ceder suponía la humillación de retirarse sin haber cruzado las armas y eso era impensable. Además se daba el caso de que al inicio de la expansión japonesa en China ningún país occidental con colonias en Extremo Oriente había puesto objeciones; al sentido del honor tradicional japonés se superponía el sentimiento de haber sido burlados, de que la congelación de activos y el embargo de petróleo por Estados Unidos a los cuatro años de acción en China eran una burla. Una cosa era resultar batido en el campo de batalla o reconocer la superioridad militar adversaria, como en el caso de la apertura de los puertos por Perry en 1836: otra era ser derrotado por el chantaje económico. El caso anterior ilustra la necesidad de que los estudios de todo lo dicho hasta el presente no pueden hacerse por separado. Deben hacerse relacionando términos semejantes en los tres ámbitos indicados: situación propia, adversarios y objeto. El propósito es extraer consecuencias que vayan conformando la estrategia a adoptar, comparándola con posibles situaciones parecidas pasadas que puedan resultar ilustrativas.

En definitiva tenemos dos grupos de elementos. Humanos, que habrá que analizar de forma individual en su cúpula dirigente y de forma colectiva sus poblaciones y en la relación entre ambos y con el medio a través de su organización. Físicos, ya sean espacios u objetos concretos, en donde se desarrolla el enfrentamiento o cuya consecución es el objeto de la estrategia, pudiendo coincidir. Estos dos factores, humano y físico, habrá que considerarlos

en una perspectiva histórica y, a su vez, relacionándolos entre sí. La aparente dificultad del método propuesto, con un conjunto casi infinito de variables interactuando entre sí se simplifica por medio del factor definitivo que es la finalidad política de la estrategia. Ella representará el criterio de pertinencia que permitirá ordenar la importancia de los elementos o grupos interrelacionados.

3.5.1. El factor humano

Suele ser el factor determinante, pues la estrategia ha de articularse para oponerse a una voluntad, lo que excluye a las simples fuerzas de la naturaleza, determinada a impedir la consecución de los fines de otra. Y la voluntad exige un grado de consciencia y conocimiento de la realidad exclusivamente humano. En este punto sigo la idea ya expuesta de “dialéctica de voluntades”; sin ésta no hay estrategia; habrá previsión, procedimiento y método, pero las causas naturales no son predecibles en su desencadenamiento y, por lo tanto, no se puede hacer una estrategia contra la tierra.

Conocer cómo piensa el adversario es la primera premisa para poder establecer una hipótesis de su actuación y determinar la manera de conjurarla. A la vez, es el factor de más difícil análisis en cuanto a la descomposición en elementos que hagan más asequible y riguroso su estudio y a la relación de esos elementos con otros del sistema estratégico. La dificultad principal estriba en que, a la hora de percibir a un grupo humano, el modelo que se aplica es el propio, con lo que las conclusiones suelen ser erróneas por aplicarse unos principios incorrectos. La propia cultura, tradiciones y educación se alzan como los principales obstáculos para comprender al otro.

Lo que para una visión occidental se puede considerar la aplicación de una diplomacia preventiva, desde la perspectiva de la cultura árabe se puede considerar como un signo de debilidad y producirse resultados como que Sadam Hussein creyese que Occidente no haría nada ante la invasión de Kuwait. El problema fue que la cultura política de una parte impedía analizar a la otra, se actuó como si la idea de que todos los hombres son iguales significase que todos los hombres pensasen y sintiesen igual. Para los talibanes el acoger físicamente

a Bin Laden era algo que se imponía como una obligación cultural y religiosa fuese cual fuese el coste y, desde luego, nunca creyeron que pasaría de bombardeos aéreos que tendrían sobre el país el mismo impacto mínimo que habían tenido campañas mayores en Vietnam del Norte, por el mismo motivo de la ausencia de objetivos rentables.

Dentro del factor humano cabe considerar su articulación política, porque dará la forma en que se forman las voluntades de actuar, el grado de participación del pueblo en los asuntos públicos y los mecanismos de decisión estratégicos; los grupos de presión, las relaciones entre ellos, sus debilidades y su grado de cohesión, sus élites y cómo se seleccionan y forman. En una palabra, hay que analizar los aspectos del grupo adversario sobre los que se puede actuar para hacer que cese la voluntad de oposición a los objetivos propios. Si pensamos en las campañas de Napoleón I, se puede ver cómo los diferentes estados europeos presentaban comportamientos dispares a la derrota y la ocupación. El núcleo de la resistencia prusiana fue su ejército, el de la española el pueblo en su conjunto, el de Austria la dinastía Habsburgo y el de Rusia la figura del Zar.

Derrotado el ejército prusiano no fue necesaria ni siquiera la ocupación total del territorio para que se produjera la capitulación. En España, a pesar de las sucesivas derrotas del ejército regular, las guerrillas consiguieron crear una situación difícil para el ejército francés que permitió su derrota de forma convencional por el cuerpo expedicionario británico. La posición de servidumbre del campesinado prusiano, el sentido de la disciplina social y el inmenso prestigio que el ejército tenía en aquella sociedad impedían que se produjese un movimiento similar al español.

Vemos como en España un Jena²⁴ no hubiera bastado, porque no había un ejército que cimentase la sociedad y privarle del monarca lo deificó a los ojos

²⁴ Al contrario que en España donde los soberanos, desde Felipe V, no habían ejercido el mando del Ejército en el campo, en Prusia "Para una cultura política tan centrada en las proezas militares, las derrotas de Jena y de Auerstädt y la rendición que siguió fueron definitivas. Representaron un fracaso en el núcleo del sistema. El propio rey era un oficial con mando (aunque no especialmente dotado) que había servido en regimientos desde la infancia y se había propuesto que lo vieran cabalgando de uniforme por delante de los regimientos que avanzaban. Los príncipes adultos de la familia real eran, todos ellos, comandantes bien conocidos. El cuerpo de oficiales era la clase dominante agraria de uniforme. Ahora había un interrogante respecto al orden político de Prusia." Christopher Clark. *Prusia el reino de hierro*. La Esfera de los Libros. Madrid. 2006, pág. 383.

del pueblo, que no aceptaba una casa real impuesta, rechazada por una Iglesia que tenía una influencia omnímoda sobre él.

Además, y a diferencia de lo sucedido en España, Prusia conservó su dinastía y su forma de gobierno anterior. Sin la motivación de la usurpación la situación se asemejaba más a la situación tradicional de una derrota cualquiera²⁵, desagradable, pero que guardaba todos los formalismos de la época. Si el ejército y el rey se habían rendido, y la paz firmada, no había motivo para otra cosa que volver a la vida anterior. Los oficiales que no aceptando este estado de cosas pasaron al servicio de Rusia fueron, como el mismo Clausewitz, expulsados del ejército para castigar su indisciplina. Solo la proclama de Federico Guillermo III "A mi pueblo" dará carta legal a las hostilidades populares en una sociedad rígidamente estructurada que se llevarán a cabo por cuerpos de voluntarios bajo mando militar y con un control estricto de los nombramientos de oficiales²⁶, nada que ver con el localismo de las guerrillas españolas en cuya regulación y coordinación las Juntas provinciales y la Central siempre anduvieron muchos pasos por detrás de conseguir algún resultado tangible.

Algo similar ocurrió en Austria, donde la permanencia del monarca asegura la pervivencia del estado pese a todas las derrotas, la ocupación de la capital y el forzado cambio institucional que supuso la desaparición de la estructura del Sacro Imperio para devenir en el Imperio Austriaco, desde 1867 Austrohúngaro.

En el caso ruso, la situación cuasi - feudal de su sociedad hará que, mientras el Zar mantenga su libertad de movimientos, las victorias de Napoleón, incluida la conquista de la capital, no sean decisivas. La identificación casi mística del Trono con la Iglesia Ortodoxa Rusa y la capacidad de absorber canjeando espacio por

²⁵ Como ejemplo de esta concepción patrimonialista basta recordar el " He perdido una batalla y he de pagar con una provincia " de Francisco José de Habsburgo tras la batalla de Solferino 1859, refiriéndose al coste político de aquella derrota. En efecto, con las conversaciones de Villafranca y el Tratado de Zúrich, cedió Lombardía.

²⁶ "Redactada por Theodor Gottfried Hippel, nacido en Königsberg, que se había unido a la cancillería a las órdenes de Hardenberg en 1811, «A mi pueblo» se hallaba cuidadosamente a medio camino entre la retórica insurreccional de los patriotas radicales y el orden jerárquico del absolutismo tradicional [...] El edicto del 21 de abril que creaba la *Landstrum* (ejército territorial) fue, quizás, la expresión más radical de estas semanas – declaraba que los oficiales del ejército territorial debían ser elegidos, aunque la posibilidad de ascender al rango de oficial quedaba restringida a ciertos grupos sociales y profesionales." Christopher Clark. *Opus cit*, pág. 444.

tiempo le proporcionaron a Rusia una resistencia imposible de vencer con el estilo napoleónico de campaña fulgurante.

El problema de Napoleón es que trató a todos los estados europeos por igual, pretendiendo obtener de ellos cosas distintas. Sin embargo, cuando la diferencia entre culturas era apreciable, como en el caso de la expedición a Egipto, supo explotar correctamente las diferencias culturales a su favor, e interpretar las consecuencias que tendrían para su estrategia. El trato que tuvo respecto a la cultura islámica supo granjearle la pasividad de un pueblo cansado del gobierno despótico de los mamelucos y para el que los franceses, al menos, no representaban un empeoramiento de las condiciones de vida.

Vista la principal dificultad práctica para el análisis del factor humano, se puede pasar a efectuar la descomposición de sus elementos. Éstos, se pueden clasificar en: Individual, Colectivo y Organizativo.

3.5.1.1. El factor humano. El elemento individual

El elemento individual se refiere a las personas con trascendencia en los procesos de decisión de las partes enfrentadas. Naturalmente, el sistema de decisión determinará la influencia de este factor según sea el número de individuos que intervengan y el grado de discrecionalidad en su acción. Evidentemente el estudio de la personalidad de Carlos XII de Suecia puede ser un factor vital para comprender los acontecimientos del Báltico y Escandinavia durante finales del siglo XVII y principios del XVIII, pero a la hora de evaluar la administración de un presidente norteamericano hay muchas personalidades que analizar para comprender por qué se toman las decisiones.

La toma de decisiones es una tarea que se ha ido haciendo compleja en las sociedades cuyos líderes debían adoptarlas. Cuando la simple fuerza física o el recuerdo de un número de situaciones parecidas en el pasado, proporcionado por la edad, permitían el acceso a los círculos de decisión, el grupo estaba primando la habilidad o la experiencia en situaciones de supervivencia que fueran sensiblemente parecidas. Cuando la naturaleza del problema era novedosa se alcanzaban los límites de efectividad de este sistema.

Estos sistemas elementales fueron sufriendo un proceso de sacralización e incluso de divinización que se sucedieron en gran parte de las comunidades del creciente fértil, ya que las noticias históricas nos hablan de reyes-sacerdotes o de reyes asociados a la divinidad local como vicarios suyos. Ya fuera como oficiantes o como representantes, su autoridad se hacía proceder directamente de la divinidad, que le confería la legitimidad. Es casi imposible hacer generalizaciones en este aspecto, pero este argumento del poder divino, o incluso de la misma divinidad de líder, solo se empezó a desmoronar en nuestro ámbito cultural con la Revolución Francesa, perdurando en otras hasta bien entrado el siglo XX. Incluso en la dictadura comunista de Corea del Norte la dinastía gobernante ha sido sacralizada en un curioso culto a la personalidad, impensable en los sistemas socialistas occidentales. Estos hechos, dan una idea del peso del elemento individual en la historia²⁷.

En todo grupo humano la selección y formación de las élites ha constituido siempre un factor básico para asegurar su supervivencia. Tradicionalmente, la autoprotección entre los miembros de estos grupos hacía que se protegiesen de los no pertenecientes a ellos, haciendo que decisores y ejecutores adquiriesen unas maneras, características y valores propios, amén de los comunes por pertenecer todos a un grupo determinado.

En ocasiones, como en el caso de la nobleza europea de los siglos XVIII y XIX, estos rasgos sociales han creado vínculos de pertenencia entre miembros del mismo nivel en sociedades diferentes que entre los individuos pertenecientes a una misma sociedad. Los estratos sociales que ejercían funciones directoras aceptaban de grado la misión y el esfuerzo que suponía, porque era la justificación de su existencia y mantenían una escala social con promoción muy restringida a las verdaderas posiciones de decisión. El orgullo del hidalgo castellano en Cuba, del samurái japonés en Manchuria o del *junker* prusiano en Francia, su conciencia de pertenecer a la élite social, pese a que su situación

²⁷ Para un modelo de como se pudo llegar a la monarquía hereditaria en Egipto y Mesopotamia, desde formas más primitivas y difusas de toma de decisiones ver: Henri Frankfort, *Reyes y Dioses*. Alianza Editorial. Madrid. 1998. El autor sugiere que desde formas más participativas, la necesidad de decisiones acertadas y sobre todo oportunas, dadas por la complejidad del entorno estratégico, las relaciones con otros grupos humanos, los gobernantes investidos con plenos poderes por tiempo limitados, vieron progresivamente aumentado la frecuencia y duración de sus mandatos, hasta que se hicieron permanentes.

económica fuese más bien modesta, se suponía que les impelía al más exacto cumplimiento de los deberes que, por nacimiento, les correspondían.

Como dice John Keegan refiriéndose a la constitución del Ejército de voluntarios de Kitchener:

“ El Ministerio de la Guerra no estaba dispuesto a conceder comisiones a no ser que los aspirantes pudiesen probar su aptitud.....Los oficiales tenían que ser caballeros...en el Norte Industrial, el Midlands Oeste , el Sur de Gales y la Baja Escocia, existían comunidades populosas y productivas sin casi ningún estrato profesional y por tanto sin ninguna clase de oficiales. Los hombres jóvenes con las necesarias cualificaciones.... estaban concentrados en el sur y oeste y en media docena de las ciudades principales.... Era casi siempre un encuentro entre extraños. Algunas veces casi fue un encuentro entre extranjeros”²⁸ .

Y, sin embargo, la valía y determinación de esas unidades fueron determinantes en la I Guerra Mundial. La estructura del Ejército Británico en 1916 era un calco de la estructura social en la patria. Los hombres obedecían a los oficiales, además de los motivos militares obvios, porque estos eran de la clase que generaba sus jefes en la oficina, los dueños de las fábrica, las minas o las empresas donde trabajaban, a los que estaban acostumbrados a obedecer.

Las sociedades democráticas occidentales han sustituido este “nobleza obliga” de sangre por lealtades más transversales pero que, al fin y al cabo, tratan de asegurar el celo en el cumplimiento de los deberes, aunque por otros criterios más en consonancia con su propia estructura social, entre el personal dirigente con una procedencia, educación y pensamientos diversos.

La permeabilidad social, una elevada conciencia de los problemas, un elevado nivel de exigencia en su resolución y unos mecanismos de participación ciudadana muy efectivos, han generado en Occidente otros tipos de líderes para otros mecanismos de toma de decisiones. En esencia se trata de obtener la confianza del electorado para después actuar con unos mecanismos de apoyo en la toma de decisiones a la medida de las posibilidades de cada nación. Estos mecanismos, como en el siglo XIX le sucedió a los gobernantes y jefes militares, son cada vez más complejos y en ocasiones, al estar profesionalizados,

²⁸ John Keegan, *El rostro de la Batalla*, Ediciones Ejército. Madrid. 1990, págs. 244 – 245.

jerarquizados, actúan de manera autónoma, produciéndose distorsiones entre los elementos organizativo e individual del sistema.

Aparece aquí un elemento diferenciador entre los decisores que puede llevar a planteamientos estratégicos desastrosos cuando las diferencias de cultura, educación, extracción social y método de llegada a los puestos de decisión, civiles o militares, hacen que las percepciones de la situación y las evaluaciones de los riesgos sean dispares y contradictorias.

Durante la Guerra Fría, las cúpulas políticas y militares de ambos lados compartían una raíz cultural y su comprensión de los términos de victoria y derrota se centraba en aspectos materiales. El liderazgo de un actor estratégico con armas nucleares y una visión mística del destino de su sociedad puede desencadenar acciones de consecuencias trágicas llevado por un concepto de victoria, como consecución de sus objetivos estratégicos, totalmente diferente.

3.5.1.2. El factor humano. El elemento colectivo

Los elementos colectivos se refieren a las sociedades que se ven inmersas en un entorno estratégico. El objetivo es determinar su grado de compenetración con el sistema decisor y su capacidad de soportar el esfuerzo de acarrear con los costes una estrategia, bélica o no, que permita alcanzar unos fines políticos. Su grado de desarrollo social, político y económico; su adscripción cultural e ideológica; sus relaciones e integración con la cúpula dirigente y los hechos históricos que puedan constituir su referente de percepción y análisis de la situación, la percepción de su posición en el sistema estratégico y la importancia que se conceda al objetivo en disputa, así como los agentes generadores de opinión pública.

Cuando un pueblo no percibe el conflicto como algo realmente importante su comportamiento a todos los niveles supone una rémora para las intenciones de sus dirigentes, lo que hace que los mecanismos de conformación de la opinión pública sean un factor a considerar. El ejemplo más claro se ve en las reticencias y divisiones de las sociedades occidentales a la hora de proporcionar respaldo político o financiero a decisiones estratégicas comprometidas o costosas

económicamente, aunque no supongan acciones militares, como en el caso de las sucesivas crisis del Golfo Pérsico y Afganistán.

La falta de protagonismo político de amplias capas de la sociedad durante buena parte de la historia ha oscurecido este factor. Poco importaba cómo fuera un pueblo, lo importante eran sus clases dirigentes y sus gobernantes. Esto llevó a tópicos que simplificaban las actitudes y aptitudes de los pueblos para la política y la guerra. Y, sin embargo, la historia, la cultura y las características físicas y sociales de los pueblos condicionan muchas veces las posibilidades de una estrategia.

Los norteamericanos fueron capaces de levantar, en las dos guerras mundiales, capacidades militares eficaces en periodos de tiempo muy cortos, gracias a su elevado nivel educativo y a la calidad de vida de su pueblo. La lealtad y espíritu de sacrificio del campesino ruso chocó en la I Guerra Mundial con el contraste entre analfabetismo y creciente tecnología, lo que supuso que la eficacia operativa de las unidades rusas fue muy baja en relación con las alemanas y solo se pudo comparar con la ineficaz maquinaria militar austrohúngara.

Significativamente, en la época colonial, en los ejércitos europeos las unidades indígenas eran muchas veces consideradas como élite, aunque sus componentes perteneciesen a pueblos y razas que se consideraban como “inferiores” o “decadentes”. El hecho es que cuando la brecha que suponía las diferencias educativas, de calidad de vida y la pobreza de liderazgo se subsanaban a través de un largo periodo de servicio y de la inmersión en la cultura europea, junto con una buena paga y beneficios sociales que los elevaban sobre la media de sus sociedades de origen, marroquíes, punyabíes o argelinos, demostraban ser tan buenos, o mejores, que cualquier militar europeo.

Sin embargo, cuando la percepción de amenaza es general, pese a que se produce una concienciación a todos los niveles, esta no siempre es favorable a las soluciones que se ofrecen desde los gobiernos, baste recordar las agrias polémicas en Europa durante la Guerra Fría a cerca de la instalación de los misiles norteamericanos de alcance intermedio.

El convencimiento general de la población de que la guerra entre los bloques era una posibilidad, a la que el enfrentarse diariamente no restaba dramatismo, llevó

a muchos a pensar que lo más sensato sería no acumular más armas tácticas en Europa Occidental para evitar que la posibilidad de resolver una crisis militar fuera del continente norteamericano, sin tener que recurrir a los sistemas de misiles intercontinentales, llevase a la política estadounidense a posiciones más agresivas y aumentaran las probabilidades del enfrentamiento directo. Sin embargo, desde un punto de vista estratégico la opción era la correcta.

Al crear las condiciones para unas tablas militares en Europa, aún a costa de grandes pérdidas civiles, invalidaba la posibilidad de la única alternativa soviética, el ataque masivo, para conseguir negociar sobre hechos consumados antes de que se destapase la Caja de Pandora nuclear – estratégica, y prolongaba el statu – quo que estaba permitiendo superar al bloque soviético en todos los aspectos. El análisis de los manifestantes de los años ochenta no tenía en cuenta el que los dirigentes soviéticos habrían realizado para llegar a esa decisión.

Cabe preguntarse por la influencia en las decisiones estratégicas de las poblaciones que no tienen participación en las decisiones de gobierno, lo cual ha sido lo más frecuente a lo largo del tiempo, siendo, incluso hoy, una minoría los grupos, desde los más informales a los estados, donde existen mecanismos de participación efectivos.

La respuesta es que no hay una norma, aunque hay ejemplos sobrados en la historia para ilustrar que decisiones equivocadas pueden provocar estallidos de violencia social que acaben con el sistema que las ha tomado.

Las derrotas han supuesto consecuencias, las revoluciones en Rusia en 1905 y 1917 fueron precedidas de desastres en las guerras Ruso – Japonesa y Primera Mundial respectivamente. Ni el régimen casi místico de unión pueblo – Zar sobrevivió a decisiones erróneas. La derrota de Annual supuso un golpe mortal al régimen de la Restauración que sucumbió a una huida hacia delante con la Dictadura del General Primo de Rivera. La constatación de que esto no es una ley universal la tenemos en la respuesta, ya expuesta, de la Nación española a la invasión francesa, que soportó una serie de derrotas casi constantes durante todo el conflicto y que propició el retorno al gobierno absoluto. El fracaso en la gestión y las derrotas militares se consideraba en la China imperial como la

retirada a la dinastía del “mandato del cielo” y creaba una ventana de oportunidad para una nueva legitimidad.

En definitiva, las poblaciones, tomen o no parte en las decisiones de sus líderes son el elemento que materializa las decisiones y su capacidad, o la ausencia de ella, para llevarlas a la práctica, son determinantes a la hora de la toma de decisiones estratégicas.

3.5.1.3. El factor humano. El elemento organizativo

Por último, hay que considerar los elementos organizativos. En primer lugar su complejidad organizativa, que dará mayor o menor importancia a los factores individuales y colectivos y determinará la relación entre ambos. La simplicidad de la organización de las colectividades de cazadores y recolectores determina una importancia vital del jefe y normalmente una capacidad de decisión fuera de toda discusión, además el grado de involucración de los individuos en la operativización de las decisiones era total ya que normalmente afectaban al nivel de supervivencia individual.

Cuantos más elementos consultivos se van sumando a la sencilla figura del jefe primitivo, normalmente como consecuencia de la complejidad de la organización para satisfacer objetivos que se van alejando de la simple supervivencia, más complejo se vuelve el factor individual.

Así se puede observar en la evolución de la organización de las polis griegas desde el *basileus* de los tiempos heroicos a los sistemas depurados de Atenas y Esparta. La evolución de la organización de Roma en sus tres fases, Monarquía, República e Imperio, refleja esta complejidad de organización creciente y como el número de individuos con capacidad de influir realmente en los asuntos va creciendo de forma absoluta.

El grado de complejidad de un grupo humano determina también su capacidad de consecución de objetivos cada vez más alejados de las necesidades básicas, a la vez que refleja el éxito en la solución de los problemas primarios, para ir buscando otro tipo de metas o considerar que las actividades de otros grupos amenazan esa consecución. La construcción de las pirámides revela que el

problema de la alimentación de los obreros estaba suficientemente resuelto como para dedicar una parte importante de la población masculina a la construcción de los monumentos, y no poner en peligro la existencia del reino por distraer una mano de obra imprescindible para la alimentación.

La posibilidad de que la construcción fuese estacional no restaría ningún mérito, sino todo lo contrario: significa que el Estado era capaz de organizar la agrupación y disgregación de obreros eficazmente. También en el primitivo ejército romano de ciudadanos soldados – agricultores, la constitución de las legiones exigía una actividad estacional, para asegurar los suministros básicos a la población, que a su vez condicionaba la extensión de las actividades militares. Igualmente, la guerra zulú de 1879 tuvo lugar antes del comienzo de la recolección de la cosecha para evitar que el bando desfavorecido por la brecha tecnológica pudiese emplear tácticas dilatorias.

Otra parte significativa del elemento organizativo de una sociedad lo constituye su desarrollo económico. La expresión hacia el exterior de la situación económica lo constituye el comercio que refleja el grado de éxito al generarse excedentes que se pretenden intercambiar para satisfacer necesidades de productos de los que no se dispone, o simplemente suntuarias.

Ello denota su grado de dominio del espacio físico y del tipo y extensión de las relaciones con otros grupos. Normalmente, el grado de desarrollo tecnológico de una sociedad explicará sus necesidades de determinados recursos, cómo los obtiene y a su vez si ese abastecimiento es un factor determinante en su estrategia en función de la posición de ese grupo humano en el espacio y la de sus potenciales adversarios. El comercio, a su vez, genera necesidades políticas que demandan respuestas estratégicas, y constituye la respuesta a otras. Es un aspecto a tener en cuenta, ya que su articulación y características pueden suponer una vulnerabilidad importante en un actor de un sistema estratégico.

3.5.1.4. El factor humano. Análisis

A lo largo de la historia, el aspecto que más ha primado en el sistema estratégico ha sido el componente de decisión individual, encarnado en las estructuras de toma de decisiones y las de asesoramiento y apoyo. Lo más frecuente es que, desde las instancias de poder, se determinase, sin intervención de los administrados, el rumbo de la comunidad y las características de las relaciones con otros. La participación efectiva de los ciudadanos en los asuntos, y sobre todo en los relativos a las relaciones exteriores, de seguridad y de defensa, de la comunidad, es algo hoy posible para menos de la mitad de la población mundial, y en Europa oriental, la Federación Rusa y buena parte de Latinoamérica se trata de una situación muy reciente. El canon estratégico occidental está formado en su mayor parte por personajes que ejercieron a la vez el mando militar y el político sin restricciones. Solamente a partir del siglo XX contemplamos cómo aparece una dirección política efectiva, electa y responsable ante los ciudadanos, que se relaciona en un sistema de toma de decisiones con una cúpula militar profesional que la asesora y ejecuta sobre el campo de batalla sus órdenes y directrices.

Los análisis siguientes no van en orden cronológico, sino de mayor a menor desarrollo organizativo de los contendientes. De un choque industrial, a uno agrícola y a otro mixto donde se enfrentan sociedades de grados de desarrollo económico y tecnológico radicalmente dispares.

3.5.1.4.1. La Primera Guerra Mundial. El cambio del modelo en Occidente

En el análisis de la Gran Guerra hay que partir de cómo se forjó el modelo de toma de decisiones político – estratégicas de uno de los principales actores del sistema estratégico europeo de principios del siglo XX: el Imperio Alemán.

Para analizar a este actor, es conveniente remontarse a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, cuando Alemania era solo un concepto geográfico y el

reino alemán militar por excelencia era Prusia²⁹. La forma política del Estado prusiano era la de una monarquía absoluta basada en una concepción piramidal de la sociedad, vertebrada en torno a la clase de propietarios rurales, fundamentalmente del este, que había constituido el territorio de la orden de los Caballeros Teutónicos antes de la reforma protestante.

El Estado prusiano mantendrá durante toda su historia, y lo transmitirá al resto de Alemania³⁰, el carácter conservador de una sociedad donde la tradición, más que fuente de derecho, se constituye en el derecho mismo. Tendría que ser un cataclismo, como lo fue la derrota a manos de Napoleón, lo que produjese la certeza de la obsolescencia del modelo heredado de Federico II y permitiese que apareciesen corrientes reformistas dentro de la estructura del mismo Estado. Éstas estaban encabezadas por Stein en lo político y por Scharnhorst y Gneisenau³¹ en lo militar, del que Carl von Clausewitz fue el producto más

²⁹ “Si observamos Alemania en vísperas de la Revolución Francesa, nos quedaríamos realmente sorprendidos ante la extraordinaria contradicción entre el alto nivel cultural u el retraso político, económico y social de este país respecto a sus vecinos occidentales. [...] De hecho, la totalidad de los estados alemanes permanecía sumisa al absolutismo monárquico, al que el luteranismo político proporcionaba la doctrina de la obediencia a una autoridad instituida por Dios a causa del pecado original, y que se vio fortalecido por argumentos de la filosofía del Derecho natural, así como los argumentos de la “razón de Estado” y la práctica del mercantilismo económico.” Jacques Droz. *Historia de Alemania*. Vicens – Vives. Barcelona. 1973. Tomo I, pág. 9.

³⁰ “El régimen político alemán instaurado en 1871 se presentaba como un compromiso entre la herencia feudal, incluso absolutista, y los valores modernos liberales y democráticos. El Imperio era una confederación formada por veinticinco estados de dimensiones muy desiguales: cuatro reinos y, el resto, grandes ducados, principados y ducados, así como tres ciudades libres (Alsacia-Lorena, territorio del Imperio, gozaba de un estatuto especial). ¿Alianza de príncipes o verdadero Estado nacional? Una u otra cosa o las dos, según se interprete. Los estados disponían de cierta autonomía, cada uno tenía su soberano, Gobierno y Parlamento. Pero Prusia era “más igual” que todos los otros juntos: sumaba el 60% del territorio y de la población del país. El rey de Prusia era también emperador de Alemania y su primer ministro, canciller del Imperio. La influencia de Prusia era, así pues, abrumadora... y no en sentido democrático. Venía de una larga tradición militarista y autoritaria. Resistió hasta el final contra el sufragio universal: el Parlamento prusiano era elegido por sufragio universal desigual e indirecto basado en tres niveles de renta, lo que favorecía a la aristocracia terrateniente y a la alta burguesía. Los estados o, más bien, los príncipes enviaban delegados al Consejo Federal (*Bundesrat*). La democracia, tanta como había, se concentraba en el Reichstag, el Parlamento de toda Alemania, el único elegido por sufragio universal (masculino), igual y directo.” Lucian Boia. *La Tragedia alemana. 191 – 1945*. Los Libros de la Catarata. Madrid. 2018, pág. 14

³¹ “Por lo tanto, la Comisión de Reorganización Militar se dedicó, según palabras de Scharnhorst, a «unir el ejército y la nación en un lazo más estrecho» [...] De tal suerte el ejército prusiano pasaba a ser, con la familia y la escuela, uno de los pilares del estado.[...] A la muerte en 1813 de Scharnhorst [...] le sucedió August Wilhelm von Gneisenau. El nuevo jefe del Alto Estado Mayor instituyó las importantes prácticas de «responsabilidad conjunta» y «directiva general.» Barry Leach. *El Alto Estado Mayor Alemán*. Editorial San Martín. Madrid. 1973, págs. 12 a 14. El paso del ejército profesional a la “nación en armas” y de la capacitación profesional a través de un programa de estudios en vez de la pertenencia a la nobleza y el favor obtenido en la Corte,

notable, y fueron blanco de *junkers* incluso antes de la finalización de las guerras contra Napoleón.

La transposición simple de la sencilla y paternalista monarquía militar absoluta al complicado entramado institucional del *Reich* acarrió un concepto de la guerra como instrumento más en manos de un sistema decisional personalista, ya que este había surgido en mitad de la guerra contra Francia y había sido proclamado en territorio extranjero por monarcas alemanes y sus ejércitos, con la consecuencia de que la toma de decisiones se seguía encomendando, en última instancia, a la personalidad, aleatoria de todo punto, del monarca.

Si la Constitución trataba de establecer un equilibrio entre las dinastías reinantes y el poder imperial en las cuestiones de vida política y administrativa diaria, el ámbito militar quedó, salvo algunos flecos en Baviera, sometido enteramente al ámbito de decisión de los emperadores, y no hay que olvidarlo, reyes de Prusia.

Para remediar la vulnerabilidad que suponía, para el sistema de toma de decisiones, el que se encontrasen en manos de una sola persona que ostentaba esa posición solo por su nacimiento, se había creado el Estado Mayor. Su jefe, aunque no tenía ninguna posición institucional, tenía acceso directo al monarca. La competencia técnica del jefe de Estado Mayor, que debía guiar al comandante en jefe efectivo en el campo de batalla, se suponía una garantía del éxito militar exclusivamente³².

El problema era que el gobierno respondía ante el Rey de Prusia, y más adelante ante el *Káiser*, y no ante una instancia parlamentaria. La consecuencia era que, si bien se había solucionado el problema militar, el político seguía en el mismo punto, no había un "jefe de estado mayor político". El canciller se sometía a la voluntad del monarca, de una forma que las directrices que tendrían que ser

fueron objeto de recelos y críticas en la nobleza prusiana y vistos como una amenaza a su papel dirigente.

³² ««Responsabilidad conjunta» [...] significaba que cada jefe de estado mayor compartía con su comandante las responsabilidades de las decisiones expresadas en órdenes. En caso de discrepancia, aquel podía comunicar sus opiniones directamente al jefe del Alto Estado Mayor. Esta medida reforzó el espíritu de unidad en todos los estados mayores y permitió a sus miembros hacer valer su autoridad colectiva por encima de unos comandantes irresponsables o ineptos.» Barry Leach. *Opus cit*, pág. 13. Cómo los jefes de las unidades de entidad cuerpo de ejército y superiores podían serlo en razón de su pertenencia a alguna casa reinante, era fundamental asegurar la profesionalidad de las decisiones a esos niveles.

implementadas por la administración civil acababan siendo tomadas de la forma personalista que se había considerado imprudente, incluso por la corona, para las operaciones militares.

El efecto perverso de mantener a toda costa el sistema social en la organización militar, manteniendo un papel al que la nobleza había renunciado en otros países, acabó por elevar al jefe de Estado Mayor a la cabeza de la planificación estratégica, sin sujeción ni relación con los diplomáticos. Ya en la Guerra Franco – prusiana las diferencias entre Moltke, jefe de Estado Mayor, y Bismarck, canciller, pusieron a prueba el sistema.

El argumento de Bismarck para un trato menos severo a Francia en los días de éxito de 1871 era impecable desde el punto de vista estratégico. No solo pensaba en la victoria militar del momento sino que se preocupaba de establecer una sólida posición para el mañana, oponiéndose a someter a Francia a una rendición humillante, pues todo exceso supondría que el sentimiento de revancha francés y la necesidad de mantener siempre la vigilancia en el oeste supondrían una rémora para un “destino manifiesto” de la Alemania unificada en el este³³. Moltke, por el contrario, no admitió ninguna interferencia política y se encargó de dejar claro que la conducción de las operaciones militares era algo que le competía en exclusiva sin que otros condicionamientos que fueran los puramente castrenses debiesen ser tenidos en cuenta³⁴.

A pesar de todo, entre la creación del Imperio y la dimisión de Bismarck en 1890, el canciller mantuvo al ejército bajo control. La debilidad de este nuevo actor estratégico, que asumía la hegemonía militar en Europa, era el elemento organizativo. Su sistema político era un espejismo de monarquía parlamentaria

³³“Bismarck decía que «el objeto de un ejército es destruir las fueras enemigas. El propósito de la guerra es conseguir la paz en unas condiciones que estén de acuerdo con la política del país»”.Hew Strachmn. *Ejércitos europeos y conducción de la guerra*. Ediciones Ejército. Madrid. 1985, pág. 190.

³⁴ “Moltke aceptaba que la diplomacia era crucial al empezar y terminar las guerras, Pero, dentro de ese marco, «la estrategia no tiene más elección que esforzarse por alcanzar el más alto objetivo posible con los medios existentes. La mejor forma de que la estrategia coopere con la diplomacia es actuando únicamente por fines políticos, pero haciéndolo con una completa independencia de acción » [...] Dicho de otro modo: Moltke se había apartado ostensiblemente de la postura de Clausewitz [...] La guerra, pues, una vez empezada deja de ser un instrumento político y se convierte en un medio con su propio fin: la victoria completa.” *Ibidem*, págs.190 y 191.

donde el gobierno era responsable ante el *Káiser* pero no ante el parlamento, lo que significaba que en última instancia la voluntad del soberano resultaba decisiva. Mientras el trono estuvo ocupado por el muy capaz Guillermo I y el primer ministro fue Otto von Bismarck el sistema funcionó bien. Pero, y aquí radicaba su debilidad, dependía exclusivamente de la personalidad y capacidad de tres personas, el Rey de Prusia y Emperador de Alemania, su canciller y el jefe de Estado Mayor.

Cuando al cabo de treinta años estos puestos pasaron a ser ocupados por un soberano de muy escasa capacidad política, un primer ministro sin carácter y un jefe de Estado Mayor con tendencias depresivas, el destino de Europa se precipitó en el abismo³⁵. Ningún sistema de frenos y contrapesos sociales o políticos se había constituido para equilibrar una dirección deficiente.

Eso significó a la postre la perversión de la filosofía de Clausewitz, la guerra dejó de ser la política por otros medios, es decir; un medio más, aunque no el único, en manos del Estado, para convertirse en el instrumento que guiaba a la política.

El planeamiento que realizó el conde Von Schlieffen, sucesor de Moltke en la jefatura del Estado Mayor, partía de la base de que, de cualquier manera, habría que declarar la guerra a Francia, fuesen cuales fuesen las circunstancias de una crisis general en Europa³⁶. Como el sistema militar alemán, al igual que todos los europeos, a excepción del británico, estaba basado en la existencia de un ejército de reemplazo y de unos cálculos de fuerzas que dependían de la movilización, ésta se planeó sin reparar en las consecuencias que su anuncio tendría en la gestión de una crisis.

³⁵ "Bismarck, a la sazón retirado, se inquietó al ver en peligro su política de alianza y escribió en sus memorias que «el deseo del Alto Estado Mayor de librar una guerra preventiva tenía su origen en el espíritu que semejante institución estaba obligada a fomentar y que él por su parte no deseaba ver desaparecer. La única cuestión estaba en lo que pudiera suceder cuando hubiera un jefe de Estado Mayor agresivo, combinado con un monarca débil e incompetente y un canciller sin perspectiva política y sin autoridad». La pregunta de Bismarck obtuvo respuesta en 1914 cuando el Estado mayor puso en marcha el plan Schlieffen e invadió Bélgica". Barry Leach. *Opus cit*, pág. 18.

³⁶ En el periodo entre el final del Tratado de Reaseguro y la derrota rusa contra Japón, el plan osciló hacia el este, considerando que era en el este donde se concentraba la fuerza más formidable, mientras que en el oeste, Francia podía ser contenida. Tras el Tratado de Portsmouth en 1905, la debilidad rusa indujo a volver a la idea de la guerra contra Francia.

Pero lo más grave es que, desde que Schlieffen³⁷ formulase su plan, que incluía inicialmente la violación de las neutralidades de Luxemburgo, Bélgica y Holanda, el gabinete no había sido informado. Ni el primer ministro ni el ministro de Asuntos Exteriores habían tenido oportunidad de expresar dudas o de acondicionar la diplomacia a la eventualidad buscando alianzas o pactos que evitasen las hostilidades y facilitasen la conducción de las operaciones, menos aún rechazar el plan u objetar las consecuencias de todo orden que pudiesen derivarse de su aplicación. Sintomáticamente fue Moltke, el sucesor de Schlieffen, quien en 1911 descartó la violación de la neutralidad de Holanda, en función de motivos políticos y económicos, y todo esto sin que el ministro de exteriores supiese una palabra.

Pero, y ahí radicaba lo increíblemente irresponsable y absurdo de ese planeamiento, se daba por hecho el que se iba a producir la guerra en dos frentes y que los rusos tardarían más que los franceses en llevarla a cabo, por lo que el grueso del ejército alemán se desplegaría contra Francia y la atacaría a través de Bélgica. ¿Qué sucedería si la crisis se circunscribía al este? Nadie lo sabía ni se preocupó de tomar en cuenta esta posibilidad. Si había un pacto militar entre Francia y Rusia desde 1894 se actuaría en función de la hipótesis más probable³⁸. Esto significaba que era el Estado Mayor y no el Ministerio de

³⁷ “El conde Alfred von Schlieffen, el jefe del Estado Mayor alemán de 1891 a 1906, se había educado, como todos los oficiales alemanes, en el precepto de Clausewitz: «El corazón de Francia está situado entre Bruselas y París».⁴⁶ Éste era un axioma difícil de cumplir, pues la ruta hacia la que señalaba quedaba obstaculizada por la neutralidad belga, que Alemania, al igual que las otras cuatro grandes potencias europeas, había garantizado a perpetuidad. En la firme creencia de que la guerra era inevitable y de que Alemania había de entrar en la misma en las condiciones más óptimas para asegurarse el éxito, Schlieffen decidió que el problema belga desapareciera para Alemania.” Barbara Tuchman. *Los Cañones de Agosto*. Pninsula. Barcelona. 2004, pág. 49.

³⁸ “La firme determinación de Francia de vengarse quedaba patente en su afán por alcanzar un poderío militar semejante al de Alemania. En 1870 se había enfrentado sola al poderío de Prusia y había demostrado sus deficiencias. Tras semejante experiencia aleccionadora, se puso a buscar activamente cualquier posible aliado que, además, pudiera proporcionarle apoyo militar. El fracaso de Alemania a la hora de renovar el tratado de Reaseguro con Rusia le brindó la oportunidad de llenar aquel vacío, y en 1892 Francia firmó convenientemente su alianza con el imperio del zar. Aunque dicha alianza tenía un carácter esencialmente defensivo, garantizando el apoyo mutuo en caso de que se produjera una agresión por parte de Alemania, las posteriores negociaciones militares que entablaron las dos potencias pusieron de manifiesto la importancia de asegurar una rápida concentración de fuerzas con el objetivo concreto de obligar a Alemania a librar batallas simultáneas en dos fronteras: la occidental y la oriental.” Peter Hart. *La Gran Guerra (1914-1918)*. Crítica. Barcelona. 201, pág. 24.

Exteriores quien tomaba decisiones sobre relaciones internacionales, además de mantener a los políticos en la ignorancia de los planes militares.

El tratado Franco-Ruso, una profecía autocumplida en el sentido que oficializaba la sensación de cerco germana, fue fruto de la desidia alemana por mantener el sistema Bismarck y acarreó el imposible de los dos frentes. La presencia británica, originada en las conversaciones de Estados Mayores tras la "Entente" de 1904, tuvo más que ver con la carrera naval con Gran Bretaña, una provocación del todo innecesaria³⁹, que con un deseo británico de verse envuelto en los asuntos del continente. En 1887 el gobierno británico comunicó al belga que no haría nada si su neutralidad se viese forzada en una de las recurrentes crisis franco-germanas. Pero en 1887 la pujanza comercial alemana no amenazaba como en 1914 a los intereses británicos. De todas formas, sin el absurdo determinismo del plan Schlieffen, apenas modificado por Moltke, de que una contienda con Rusia significase la invasión inmediata de Francia, violando la neutralidad belga, es dudoso que Gran Bretaña se hubiese lanzado a la campaña al carecer el gobierno de argumentos que presentar al parlamento.

Daba igual el motivo, aunque la chispa original saltase en Sarajevo y la extensión al continente fuera debida a la *solidaridad nibelunga* de Alemania hacia Austria – Hungría: la guerra se inició por parte alemana con el "*Nach Paris*". Señal inequívoca de que fuese cual fuese el origen de la crisis la situación final deseada era debilitar a Francia durante otros cuarenta años y aminorar sus ansias de recuperar Alsacia y Lorena. Lo que Schlieffen buscaba era una victoria "decisiva" sobre Francia, hacer su trabajo y hacerlo bien. Lo que sucediese después, cómo

³⁹ "Desde 1873 hasta 1900, la marina de Alemania no fue concebida para afrontar la posibilidad de una «guerra naval contra grandes potencias». Pero a partir de 1900 fue otra la norma. «La protección de la industria y el comercio alemanes en las condiciones actuales —decía el preámbulo del documento— solo puede hacerse con el auxilio de una flota al servicio de Alemania, de tal manera que, incluso para el adversario más poderoso, la guerra naval entrañase los riesgos necesarios para hacer dudosa la supremacía de dicho adversario». La determinación de la potencia militar más fuerte del continente para llegar a ser al mismo tiempo, como mínimo, la segunda potencia naval era un acontecimiento de primera magnitud en los asuntos mundiales. Si ello se llevaba a efecto, significaría, sin duda alguna, la reproducción de aquellas situaciones que habían demostrado, en épocas anteriores de la historia, ser de una significación pavorosa para los habitantes de las islas Británicas." Winston Churchill. *La Crisis Mundial. 1911 – 1918*. De Bolsillo. Barcelona. 2014, pág. 26.

se ajustase la paz, con qué beligerantes y cuáles fuesen las consecuencias políticas, no era asunto suyo.

Para mayor insania, todo este sin sentido estratégico se había montado para forzar a un reticente *Káiser* a reducir las exenciones al servicio militar y disponer desde tiempos de paz de más unidades con las que completar la maniobra imposible. El miedo a más obreros con entrenamiento militar y más burgueses con comisiones de oficiales de la reserva, la “vulgarización” de lo que se suponía que debía de ser el privilegio de un grupo social, llevó a no completar jamás los Cuerpos de Ejército necesarios. El sistema político y social de la Alemania Guillermina llevaba en sí mismo la semilla de su destrucción.

Como muestra de todo lo anterior Corelli Barnett presenta en su obra⁴⁰ *Las Riendas de la Guerra* la kafkiana escena que se desarrolló en el palacio de Berlín el día en que el *Káiser* firmaba la orden de movilización. Cuando el Jefe de Estado Mayor Von Moltke, sobrino del vencedor de Sedan y Königgratz, estaba a punto de llegar a su cuartel general para poner en marcha la maquinaria que estaba engrasada y prevista desde hacía veinte años, fue requerido de nuevo a palacio. Ante su sorpresa el *Káiser* le anunció que el embajador en Gran Bretaña, el príncipe Lichnowsky, le acababa de comunicar que Londres ofrecía la neutralidad francesa cambio de no iniciar operaciones en el oeste. Guillermo II ordenó a su estupefacto Jefe de Estado Mayor que detuviese la movilización sobre el frente francés y el ataque a Bélgica, el sistema de fuertes de Lieja debía estar solucionado para cuando la movilización hubiese acabado y el grueso estuviese dispuesto para la marcha, por lo que se realizaba con unidades existentes al completo desde tiempo de paz. A su vez debía de cambiarse el despliegue hacia el este para hacer frente exclusivamente a Rusia.

Para sorpresa y desmoralización de los presentes, Moltke manifestó la absoluta imposibilidad de hacer lo que se le pedía; de hecho la 16ª División de infantería “Tréveris” se encontraba ya invadiendo Luxemburgo para asegurar los enlaces ferroviarios. El plan alemán ya llevaba retraso de casi un día por la indecisión del *Kaiser* a la hora de firmar la orden de movilización general debido a sus intentos de frenar la guerra, después de no haber hecho nada por evitarla. Una vez

⁴⁰ Corelli Barnett .*Las Riendas de la Guerra*. Ediciones Ejército. Madrid. 1989.

puesta en marcha la máquina militar se la podía parar de forma absoluta, pero de ninguna manera se la podía hacer variar el rumbo trazado desde hacía tantos años.

Destrozado psicológicamente, cuando por fin se encontró en su despacho, ordenó la redacción de los telegramas que indicaban el cambio de frontera en la que se debía efectuar la concentración. Cuando le fueron presentados se negó a firmarlos. Su instinto y su estructura mental no podían aceptar que la planificación cuidadosa de un selecto grupo de profesionales de las armas fuese modificada por los políticos. La siguiente notificación que recibió de su "Supremo Señor de la Guerra" fue la de mantener los planes al desmentirse las noticias de Londres. Había estado a punto de producirse el colapso de la movilización y de todos los planes de guerra alemanes por una decisión que tenía como base una noticia sin confirmación, lo que habla del grado de ineficacia del sistema de toma de decisiones alemán.

Este ejemplo nos muestra la delicada relación entre personalidades en los niveles de decisión individual y la influencia del elemento organizativo. El hecho fue que Alemania se embarcó en una guerra en dos frentes porque así lo decidió su Estado Mayor años antes de la crisis de agosto de 1914, fuese cual fuese el motivo y la localización de la crisis la respuesta militar sería única. Así, el que no se hiciesen planes alternativos demuestra que no importaba el trabajo de la diplomacia.

Las consecuencias de la combinación de una organización hecha para otros tiempos y unas personalidades inadecuadas para sus cargos no se circunscribieron, como es lógico, al inicio de la crisis. La ausencia de unos objetivos claros de guerra se arrastró durante toda la duración de la campaña. No se pudieron formular propuestas de paz atrayentes porque no se tenía claro cuál era la situación final, distinta del *status quo* anterior, que se buscaba con la victoria, una vez que estuvo claro en el invierno de 1914 que la contienda no sería rápida ni decisiva. Finalmente el propósito fue simplemente agotar al adversario para que formulase sus propuestas de paz. La campaña submarina de 1917 tuvo este objetivo y sin embargo, tal como el canciller Bethman-Hollweg pronosticase, lo que se consiguió fue un efecto de rechazo en los países

neutrales y la entrada en guerra de los Estados Unidos, lo que imposibilitaba la estrategia del desgaste por parte de Alemania.

Si la capacidad industrial y el potencial humano de Norteamérica se hacían patentes en el frente occidental la suerte de Alemania y sus aliados estaría echada, así que se decidió dar la suprema batalla antes de que eso sucediese. El problema de base seguía siendo el desastroso planteamiento político y estratégico de la dirección alemana. Como Barnett cita:

“Ludendorff en sus memorias se queja de la ausencia de un hombre fuerte en Berlín; y sin embargo, como demuestra la forma como se comportó con Bethman y sus sucesores, él era la última persona que habría tolerado una dirección política de la guerra”⁴¹.

Para rematar el colmo de despropósitos, la estrategia alemana para 1918 se debatió en una reunión a la que asistió Ludendorff, los Jefes de Estado Mayor de los dos Grupos de Ejército del frente Occidental y los representantes del Estado Mayor General; ningún representante político asistió, la estrategia alemana sería discutida por un grupo selecto de militares. Si no había una solución militar decisiva que avalase un “*diktat*” por parte de Berlín, se supone que habría que llegar a conversaciones con los aliados, cosa que ya habían rechazado. Como el objetivo político era inviable, la estrategia que lo trató de implementar, el batir en profundidad a la Fuerza Expedicionaria Británica, era inútil aún en el caso de conseguirse el éxito operacional. Las posiciones de Lloyd George o de Clemenceau podían verse amenazadas por un revés militar, pero era dudoso que, salvo que se produjese un colapso militar total, y Alemania no estaba en condiciones de lograr que los aliados llegasen a él, ellos, o los gabinetes que los sucediesen, estuviesen dispuestos a firmar ninguna paz

La victoria militar táctica soluciona problemas o consigue objetivos operacionales o de estrategia militar, no soluciona problemas estratégicos y menos políticos. Los alemanes consiguieron romper el frente británico y casi desbandar el 5º Ejército de sir Hubert Gough. Sin embargo, no se produjo el esperado derrumbe psicológico en el ámbito político. Ludendorff no había comprendido que un gobierno como el británico o el francés nada tenían que

⁴¹ Corelli Barnett. *Opus cit.*, pág. 358.

ver con el ruso: el grado de adhesión, dado por el sistema democrático, hacía que una revolución fuese imposible, pese a los motines franceses de 1917. Los elementos colectivo y organizativo de los aliados se sumaban para hacer inviable la estrategia alemana de última hora, si es que puede recibir este nombre. Desde el principio la dirección alemana había sido errónea.

Según el modelo propuesto, al analizar los actores estratégicos enfrentados en el sistema europeo en 1914 en cuanto a su factor humano se pueden hacer las siguientes consideraciones:

La Alemania Guillermina contaba con unas personalidades de gran preparación profesional y acendrado patriotismo pero su debilidad estaba en el elemento organizativo del factor humano. La constitución alemana era un intento de equilibrar el autoritarismo tradicional prusiano con un parlamentarismo que satisficiera las ansias de representatividad y de avance social representadas fundamentalmente por el Partido Socialdemócrata. El resultado fue que, si bien en el interior se llegó a un consenso social aceptable, la política exterior y la de defensa quedaron fuera de todo control y en manos del soberano. Era cuestión de tiempo que alguien inestable, ambicioso o incapaz ocupase el trono, con consecuencias desastrosas, tratándose de un soberano que además de reinar gobernaba.

El que una institución como el Estado Mayor General, que contaba con el máximo prestigio profesional y el absoluto reconocimiento internacional, al punto de ser referente de muchos de los que se fueron creando en el resto de los países, alcanzase una relevancia política que sus fundadores nunca le atribuyeron, es otro de los factores negativos de la organización política del *Reich*. Ajeno a todo control político, (el Ministerio de la Guerra, ocupado siempre por un general, tenía como misión gestionar los medios para que los planes fuesen factibles pero no los discutía) desarrolló planes bélicos para atender a hipótesis de planeamiento que, debido a la influencia que tenía sobre el soberano, acabaron por convertirse en un segundo Ministerio de Exteriores, al escoger los enemigos y obviar neutralidades. Aunque tradicionalmente los estados mayores realizan planes de contingencia sobre todos los supuestos en que la nación se pueda ver envuelta, estos no condicionan la política y solo son

tenidos en cuenta los que, en cada momento, el gobierno considera útiles. Schlieffen y Moltke rebasaron ampliamente esos límites. Lo grave era que el *Káiser* amparaba el sistema y creía que era lo correcto. Sin embargo, su elemento colectivo, su sociedad, resultó ser extraordinariamente resistente. De 1914 a 1916 soportó las bajas y el descenso de la calidad de vida admirablemente. Solo durante el último año de guerra su moral fue en descenso, apareciendo los primeros síntomas graves de indisciplina en el ejército tras el fracaso de la “ofensiva de la paz” en 1918.

Barnet⁴² llega a afirmar que la Primera Guerra Mundial, en su conjunto, tenía causas pero ningún objetivo. Y sin objetivos no hay política ni estrategia. Desde luego que en la crisis de Sarajevo Alemania no tenía ningún interés nacional en juego. La guerra con Rusia no era automática aún en el caso de un conflicto entre Viena y San Petersburgo. La alianza franco-rusa era una preocupación y resultaba lógico que se planease la guerra con ella; lo que no resultaba lógico era que se deseara. De hecho, se le declaró la guerra a Francia sin ningún motivo real. Aunque se ganase la guerra, lo único que se habría ganado habría sido tiempo, pero no se había resuelto la situación de debilidad estratégica, que tanto preocupaba a los alemanes, y que procedía del factor físico. Alemania estaba entre sus dos enemigos terrestres y con sus rutas marítimas bajo la espada de Damocles de la “*Home Fleet*” británica.

Si comparamos los niveles de decisión individual de los actores principales: Alemania y Austria-Hungría por los centrales y Francia, Gran Bretaña y Rusia por los aliados vemos que los Imperios centrales y el Ruso tenían un sistema parecido de selección y formación de élites, basados fundamentalmente en la pertenencia a una aristocracia que detentaba unos espacios de poder que en otras partes de Europa hacía cincuenta años que estaba perdiendo de forma inexorable. Igualmente sus sistemas políticos, en el plano organizativo, eran tan autoritarios que permitían que las decisiones más descabelladas se llevasen a cabo sin que ningún mecanismo moderador las pusiese en evidencia.

⁴² Corelli Barnet. *Opus cit.*, pág. 53.

El Reino Unido presentaba un sólido sistema parlamentario y un sistema social que, pese a su rigidez aparente, permitía el acceso a la clase alta mediante la incorporación a la baja nobleza de los elementos más notables y exitosos de la sociedad. El pueblo británico era notablemente homogéneo y con un nivel educativo que proporcionaba un buen material para un ejército profesional. Acostumbrados a confiar en su gobierno y en que sus fuerzas armadas solucionasen los problemas coloniales eficazmente, respondieron masiva y con entusiasmo a la petición de voluntarios cuando la Fuerza Expedicionaria Británica casi desapareció en las batallas iniciales de 1914.

Francia presentaba todas las ventajas del acceso por méritos dentro de un sistema tradicionalmente abierto. Todos los soldados llevaban el bastón de mariscal y todos los egresados del sistema superior de educación la banda presidencial en sus carteras. La idea de la meritocracia napoleónica, reflejo de la propia trayectoria vital de su creador, había cuajado en la administración y en el ejército. Las obras de cada uno se convertirían en su principal activo. La administración civil, apolítica y profesional, permitió que las debilidades constitucionales, que no daba pie a la constitución de mayorías estables, incuenta gobiernos entre 1873 y 1914⁴³, no tuviesen demasiada repercusión en el crecimiento general de la nación.

La reivindicación territorial sobre Alsacia y Lorena empujó a la Tercera República a una política exterior desafiante frente al Imperio Alemán, pero su grado de desarrollo económico y su baja natalidad, que había forzado el restablecimiento del servicio militar de tres años⁴⁴, la había llevado al acertado convencimiento de que sin la intervención rusa el choque con el grueso del ejército alemán podría serle desfavorable y verse privada de más territorio o renunciar definitivamente a las provincias orientales, y su actitud en las crisis marroquíes demuestra lo inseguro de su posición.

⁴³ Hermann Kinder y Werner Hilgemann. *Atlas Histórico Mundial*. Editorial Istmo. Madrid. 1983. Tomo II, pág. 117.

⁴⁴ General J.E. Valluy. *La Primera Guerra Mundial*. Carrogio Ediciones. Barcelona. 1986. Tomo I, pág. 29.

La conclusión de esta primera comparación es que mientras los imperios centrales tenían unos sistemas organizativos débiles, cuando no rematadamente nefastos desde el punto de vista organizativo, los aliados presentaban una disparidad irreconciliable entre Rusia y el bloque franco británico. En este aspecto era correcta la teoría alemana de acabar con Francia primero y de forma decisiva en caso de guerra. El tiempo correría seguramente en contra de San Petersburgo, que se desintegraría, cosa que había estado a punto de suceder en 1905 tras la derrota frente al Japón y la consecuente revolución, lo que no podía esperarse de los aliados occidentales.

Sin embargo, para Alemania solo contaban los factores militares y el volumen de fuerzas que los rusos podían poner sobre el campo era la verdadera preocupación de Berlín. Con un elemento colectivo del factor humano desastroso, motivado por el ínfimo nivel educativo, el escaso desarrollo industrial y unas estructuras sociales semif feudales, el volumen del ejército ruso no se correspondía con su eficacia, como se demostró en las batallas de Tannenberg y los Lagos Masurianos, y solo en los austriacos, con una situación social casi tan complicada como la suya, aunque por otros motivos, encontraron adversarios aún más incompetentes.

Austria-Hungría, causante directa de toda la crisis, era un mosaico organizativo y colectivo unido en la persona del emperador y rey apostólico. Su debilidad estructural aconsejaba, más que a nadie, excepto tal vez a Rusia, la prudencia. Su expansión balcánica sería siempre detenida por ésta por todos los medios, pero no se hubiera atrevido sin el apoyo de Berlín, que no tenía nada que ganar. Los tratados de la *Entente* establecían que Rusia atacaría a Alemania si Alemania atacaba a Francia, y que Francia atacaría a Alemania si Alemania intervenía militarmente en apoyo de Austria contra Rusia, por lo que la neutralidad alemana en la crisis de Sarajevo hubiera circunscrito territorialmente el problema, impedido que el gabinete británico tuviese argumentos para pedir la guerra en el parlamento y seguramente paralizado la ejecución de los tratados franco-rusos. Al final la participación de los Imperios Ruso y Austro-Húngaro en una contienda que excedía a sus posibilidades estructurales supuso la desaparición política de ambos.

Como se puede ver, la formulación de estrategias en la crisis que desencadenó el asesinato del archiduque Francisco Fernando fue muy anterior a este hecho y no guardaba, en algunos casos, relación alguna con la situación internacional concreta en la que se desarrolló.

Cada bloque recelaba del otro y trataba de perjudicar su política exterior (demostraciones alemanas en Marruecos o el apoyo germano a los Boers durante su contienda con Gran Bretaña), pero desde el final de la guerra Franco-Prusiana, por espacio de casi cincuenta y cinco años, evitaron la guerra. Los objetivos políticos se mantuvieron durante este periodo y determinaron la conformación de alianzas.

Francia mantenía inalterada su decisión de reincorporar Alsacia y Lorena al solar patrio. Alemania de barrer para siempre la amenaza francesa y ocupar el lugar en el reparto colonial que cría que le correspondía. Rusia seguía con la pretensión, desde Pedro el Grande, de alcanzar el Bósforo y Constantinopla. Austria-Hungría deseaba mantener su expansión balcánica ¿Por qué no estalló la guerra antes?

Básicamente, porque mientras la parte más débil del sistema, la dirección política de Alemania, estuvo en manos de Guillermo I y Federico III y, sobre todo, mientras la cancillería del *Reich* estuvo en manos de Bismarck, el sistema alemán funcionó muy bien. Era un sistema personalistas con las personas adecuadas.

Cuando Guillermo II llegó al trono la situación se desequilibró, porque el sistema carecía de respuestas para un monarca inepto. Austria era demasiado débil para lanzarse a ninguna aventura sin el respaldo alemán y Rusia había sido demasiado débil desde su enfrentamiento con Japón para mostrar una política agresiva sin la seguridad de la intervención francesa.

A diferencia de la Guerra Fría el sistema era demasiado sensible a las individualidades, fundamentalmente en su sector oriental; la consecuencia fue que en apenas ocho días la apreciación personal de Guillermo II de que Francia y Rusia no irían a la guerra por Serbia, ya que no estaban preparadas⁴⁵, fue

⁴⁵ General J.E. Valluy. *Opus cit.*, págs. 36 y 37.

suficiente para desencadenar la locura. Las alianzas funcionaron mecánicamente, todos vieron la oportunidad de sacar provecho o pensaron que era inasumible faltar al compromiso.

Nadie articuló un pensamiento estratégico, las situaciones finales se dibujaron con la evolución de los acontecimientos. Versalles fue el fruto de la suprema venganza y la suprema improvisación. Es dudoso que Gran Bretaña y Francia se hubiesen fijado inicialmente en las colonias alemanas o los dominios árabes de Turquía. Y, sin embargo, cuando se vieron ante la oportunidad, se abalanzaron sobre Namibia, Siria, Palestina o Togo.

Peor fue la intervención norteamericana, impregnada de idealismo y desconocimiento de la realidad humana y social de Europa, la que llevó a un escenario impensado para la Europa de postguerra. Hasta el último año de guerra lo que se trató en las negociaciones secretas de paz fue una imposible situación en la que todos pareciesen haber ganado algo; la ya mencionada falta de objetivos claros en los contendientes puso en evidencia que después de millones de bajas no se podía volver a la casilla de salida y pedir perdón a las poblaciones por infringirles unos sufrimientos intolerables. El final fue la aniquilación del vencido, ya que no cabía presentar otra cosa en las retaguardias victoriosas con lo que se estableció el origen de la siguiente guerra.

3.5.1.4.2. Las Guerras Napoleónicas

Se ha expuesto cómo el factor humano puede ser determinante a la hora de configurar una estrategia o una “no-estrategia”. Otro ejemplo clave en la historia es la estrategia napoleónica. En este caso el factor individual está formado casi exclusivamente, en el lado francés, por la persona y la personalidad de Napoleón I. Pero no hubiera bastado la personalidad de Napoleón para conseguir sus victorias ni para diseñar un sistema que pretendió sustituir el equilibrio tradicional en Europa por el de la hegemonía de una sola nación. Guibert⁴⁶, el padre del

⁴⁶ Jacques Antoine Hypolyte, Conde de Guibert. General Francés (1743 – 1790). Su obra más importante es el *Essai général de tactique*, publicado en 1770.

sistema divisionario del ejército francés, escribía ya durante la época de Luis XVI:

“Supongamos que surge en Europa un pueblo vigoroso; un pueblo de genios, lleno de recursos y políticamente muy bien formado; un pueblo que, junto a tan relevantes cualidades posea una milicia nacional organizada y disponga de un plan de engrandecimiento al que se atenga de manera continua; un pueblo que sepa como hacer una guerra barata y aprovechar las victorias. Semejante pueblo no se vería obligado a limitar sus combates a cálculos financieros. Lo veríamos sojuzgar a sus vecinos y derrocar a nuestras débiles constituciones del mismo modo que el viento del norte inclina los frágiles juncos.”⁴⁷.

Lo que Guibert veía era que para superar el modelo estratégico del antiguo régimen, basado en la concepción patrimonialista del estado por las dinastías reinantes, era necesaria una transformación social importante. Habla de una “milicia nacional” para significar que el instrumento de esta manera de operar había de trascender a los ejércitos reales del modelo dieciochesco. Señala que debe de haber “un plan de engrandecimiento”, es decir, una política exterior definida, cuya estabilidad proporcione coherencia al modelo estratégico que lo desarrolle y evite que bandazos políticos impidan “aprovechar las victorias”.

Todo esto lo dará la Revolución Francesa.

“La guerra con restricciones constituía uno de los más altos logros del siglo XVIII. Pertenece a una clase de plantas de invernadero que solo pueden darse en una civilización aristocrática y cualitativa [...] se trata de una de las cosas hermosas que hemos perdido con la Revolución Francesa”⁴⁸.

Ha cambiado el elemento organizativo del factor humano, aún revestido por las denominaciones de evocación romana, a las que la República quiere imitar, de Directorio y Consulado. Incluso bajo el manto del Imperio, el viejo orden de cosas, la sociedad estamental, ha desaparecido y permite que el elemento colectivo extienda todas sus energías. Aun manteniendo el principio monárquico, la sociedad francesa se siente dueña de su destino.

⁴⁷ JFC. Fuller. *Batallas Decisivas del Mundo Occidental*. Ediciones Ejército. Madrid. 1979. Tomo II, pág. 392.

⁴⁸ JFC Fuller. *La Dirección de la Guerra*. Ediciones Ejército. Madrid. 1984, pág. 28.

Falta por analizar el elemento individual. De nuevo Guibert profetizará sobre el hecho:

“Dejemos que aparezca – tiene que aparecer – un gran genio. Se beneficiará, por así decirlo, del conocimiento de toda la comunidad, creará o perfeccionará el sistema político, se pondrá a la cabeza de la máquina y le dará el impulso necesario para ponerla en movimiento.”⁴⁹.

Pero, como en el caso de la Alemania de la I Guerra Mundial, el sistema que formaban los componentes del elemento humano tenía un gran punto débil. Todo dependía de demasiados pocos hombres, en realidad de uno, y no había freno técnico ni para su genio ni para sus errores. El mayor fue que no creó un sistema de mando eficaz por debajo de él. Sus mariscales eran perfectamente capaces para cumplir sus instrucciones, pero fracasaban lastimosamente en cuanto se les confería un mando independiente. Esto se hizo patente con más crudeza durante los Cien Días, cuando su planeamiento militar fue más ambicioso y donde la exigencia a los mandos subordinados fue mucho mayor.

El problema básico de la estrategia napoleónica lo resumió el mismo cuando dijo

“Entre viejas monarquías y una joven república siempre tiene que existir cierto espíritu hostil. En la situación presente (durante el consulado) cada tratado de paz no significa más que un breve armisticio: creo que mi destino será pelear casi continuamente.”⁵⁰.

La consolidación del Imperio necesitaba de un periodo de lucha pero no podía mantener un enfrentamiento constante, no había una situación final viable y, sobre todo, Gran Bretaña mantuvo su comercio intacto. Pese a los intentos de bloqueo político y militar, siguió controlando el mercado de la deuda a nivel mundial. La consecuencia fue que pudo armar sucesivas coaliciones hasta que Francia se agotó. La victoria militar continua era imposible porque sus recursos disminuían en una proporción mucho mayor que la de sus adversarios.

⁴⁹ H.E.W. Strachan. *Ejércitos Europeos y la conducción de la Guerra*. Ediciones Ejército. Madrid. 1985, pág. 84.

⁵⁰ David G. Chandler. *Austerlitz 1805*. Ediciones del Prado. Madrid. 1994, pág. 6.

Las capacidades militares del imperio se fueron agostando inevitablemente. En la campaña de Leipzig, y en la invasión de Rusia, las pérdidas de caballos fueron fatales⁵¹, sin Caballería no había posibilidad de exploración antes de la batalla ni de persecución después de ella, caso de que hubiese resultado favorable. El nivel de instrucción fue descendiendo a medida que los veteranos escaseaban y era necesario reemplazarlos con premura e incluso la misma destreza operacional de Napoleón sufrió un descenso en la calidad. Lo que había conseguido como general del Ejército de Italia mandando 36.000 hombres lo intentó hacer con 600.000 en Rusia. Con los medios de mando y control de la época y el deficiente sistema de Estado Mayor de Napoleón, el que los acontecimientos respondiesen a sus planes era una cuestión que entraba de lleno en lo aleatorio.

Napoleón no solo modificó las fronteras de Europa, buscó tronos para sus hermanos, intentó desplazar a Gran Bretaña de su primacía financiera y amenazó con organizar un sistema europeo cuya estabilidad radicaba en la supremacía francesa. Nadie habría aceptado aquello. Como la situación final, que se fue modificando con el transcurso de los acontecimientos, como demuestra el transferir a José desde Nápoles a España, era inaceptable para las grandes monarquías europeas y las imposiciones políticas y económicas a los derrotados, e incluso a los aliados, eran cada vez menos soportables, la dinámica bélica se tornó imposible y finalmente dio al traste con el Imperio.

3.5.1.4.3. La Guerra Anglo – Zulú de 1879

Otro ejemplo más donde se pueden rastrear con facilidad los efectos del factor humano en las decisiones y composiciones estratégicas es el conflicto entre Gran Bretaña y la nación zulú en 1879. En él se ve la importancia de la personalidad y el liderazgo, incluso en los sistemas que se suponen más participativos.

⁵¹ Peter Hofschoer. *Leipzig 1813*. Ediciones del Prado. Madrid. 1994, págs. 8 y 16.

El ámbito decisonal zulú se centraba en un monarca absoluto que delegaba funciones, como el mando en campaña del ejército, en una aristocracia que, como la prusiana de la monarquía Hohenzollern, al asumir la dirección táctica, pagaba un tributo de sangre por su poder.

El reino zulú, conformado en los primeros años del siglo XIX por el caudillo guerrero Shaka kaSenzangakhoma, poseía todos los elementos de una nación. Asentado en un territorio sobre el que el rey ejercía la soberanía, era habitado por una población, en este caso de una gran homogeneidad racial, con una cultura que la socializaba en unos valores y un modelo de organización agrícola – militar comparable al de la monarquía romana.

Se puede afirmar que la nación Zulú, en cuanto que actor estratégico, estaba personificada en la voluntad y la capacidad de su rey, auxiliado e influido por su círculo familiar y por los jefes guerreros, que determinaba las acciones para responder a las necesidades que la conducción del devenir social plantease en cada momento.

Básicamente se empleaba el ejército como una estructura que vertebraba la sociedad y que constituía el núcleo histórico de la nación. Era la primera institución, tanto en importancia como en el orden cronológico, del reino, y constituía la base de su potencia y su garantía de supervivencia. De hecho, la superioridad sobre sus vecinos venía dada por el hecho único de sus procedimientos de combate en el conjunto de las sociedades africanas de la época.⁵²

El oponente era de una complejidad infinitamente mayor. Fruto de una expansión constante desde el siglo XVII, el Imperio Británico se encontraba en su fase de esplendor. A diferencia del sistema de voluntad personal descrito, la articulación política era el resultado de una evolución constante que derivaba desde un sistema personalista hacia otro participativo, en el que los partidos políticos agrupaban intereses que se correspondían con los de capas cada vez más amplias de la población.

⁵² John Keegan. *Historia de la Guerra*. Editorial Planeta. Barcelona. 1993, pág. 52.

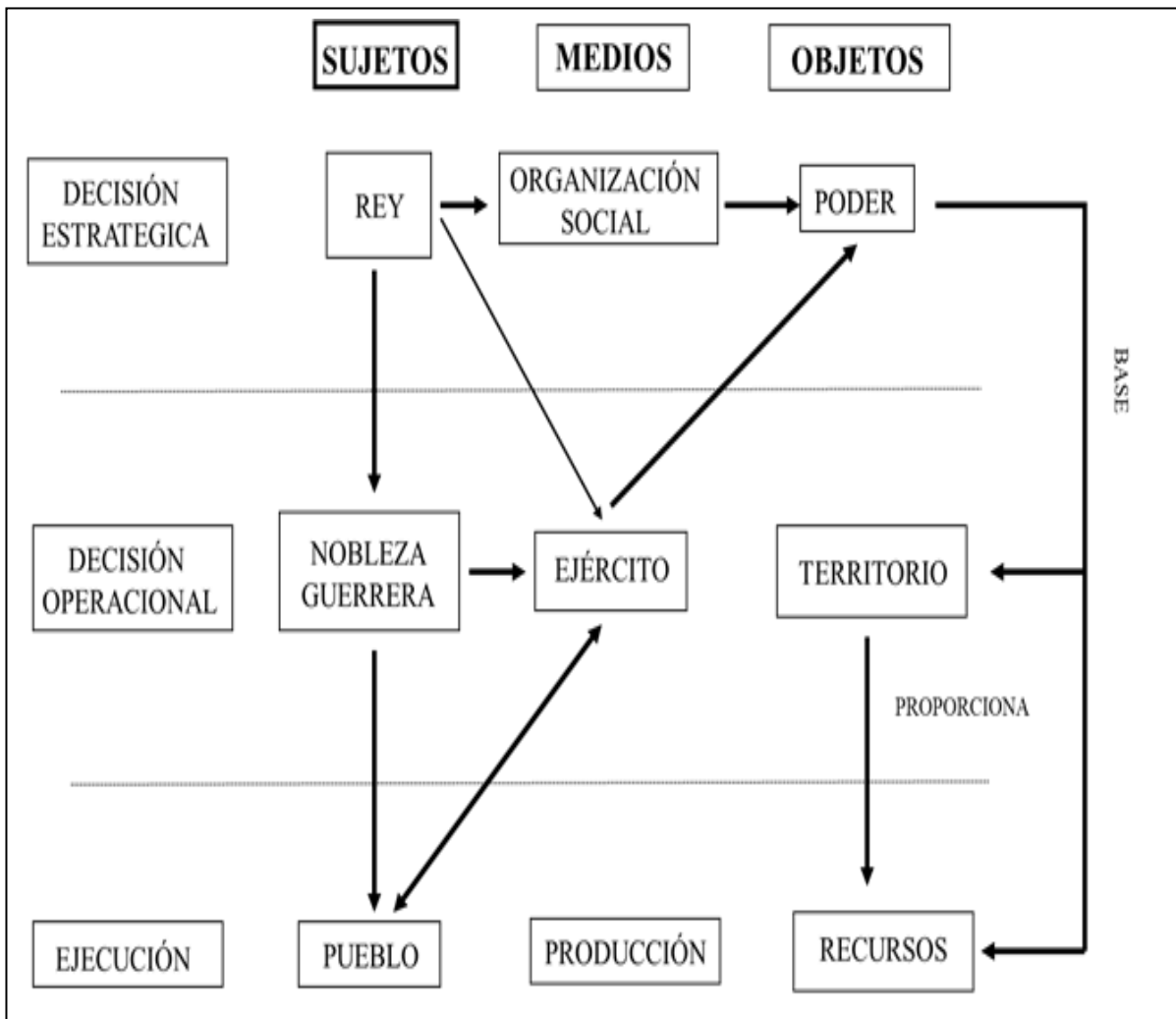


Fig.nº 3 Esquema de relaciones en la nación Zulú. Fuente: Elaboración propia.

Los gobiernos resultantes pretendían recoger los temores, ansiedades y esperanzas colectivas, resumirlos y operativizarlos en un programa electoral, atractivo tanto para los niveles más populares como para los sectores con poder económico o de "sugerencia" cultural. Era una sociedad que, lejos de presentar una uniformidad, era plural en su composición racial, cultural y religiosa, con una gran variedad, aunque muy bien regulada, de estatutos territoriales de colonias, dominios y protectorados distribuidos por todo el globo.

Como consecuencia, las decisiones que se tomaran en Westminster solo podían ser de índole general, asumiendo la responsabilidad del detalle los sistemas de

toma de decisión locales. Esta "delegación" constituía un poderoso condicionante en el estado de las comunicaciones en la segunda mitad del siglo XIX, como lo serían en el sistema de mando napoleónico e incluso durante las primeras fases de la I Guerra Mundial. Sujetos a las limitaciones de la telegrafía o del correo marítimo, la información era escasa, sesgada y proporcionaba elementos de decisión muy imprecisos cuando los acontecimientos se desarrollaban fuera del contexto europeo.

De esta forma, los encargados de representar el poder de Londres sobre el terreno disponían de una autonomía y una responsabilidad mucho mayor de la que oficialmente les atribuían las leyes. Así, según la posición personal en los grupos de presión y los partidos, tanto en el ámbito local como en el conjunto, la importancia del territorio en el conjunto del Imperio y en cada momento y la organización política de este, las decisiones que se tomaran, en el seno de las políticas generales del Gabinete Británico, eran una cuestión que podía depender en mayor o menor medida de la personalidad de los responsables locales. Se ve aquí una imbricación de los elementos individual y organizativo en el sistema estratégico británico. No solo eran importantes las élites que decidían en Londres, la calidad de sus administradores civiles y militares repartidos por todo el Imperio, que exigía un sistema descentralizado de decisiones en asuntos locales, era fundamental.

La situación decisional era pues totalmente asimétrica. Frente a una voluntad personal que podía asumir la situación y sus responsabilidades como un todo con relativa facilidad, se oponía un sistema complejo, que manejaba un número muy elevado de variables y en el que el grado de incertidumbre de cada factor se veía magnificado por la distancia, lo precario de las comunicaciones y la necesidad de adoptar decisiones parciales en plazos de tiempo que no admitían más que la "conducción por procedimiento"⁵³.

“Las continuas disputas entre los británicos, los bóers (descendientes de los primitivos colonos holandeses) y varios grupos de africanos, condujeron a continuas guerras minúsculas, que constituían una sangría para los departamentos de Guerra y

⁵³ Procedimiento de mando usado cuando existen dificultades o imposibilidad de comunicación entre el centro de conducción y los encargados de la ejecución.

el Tesoro. En la década de los 70, trataron de resolver estos conflictos adoptando una política conocida como Confederación, que proponía unir a los distintos grupos rivales blancos y negros bajo una única autoridad británica.

En 1877 se designó a sir Henry Bartle Frere como nuevo alto comisionado para Sudáfrica, con la intención expresa de llevar a cabo la Confederación. Frere se convenció rápidamente de que el reino zulú representaba la amenaza más seria para lograrla. Llegó a obsesionarse con la idea de que Cetshwayo⁵⁴ estaba detrás de la ola de desórdenes que se extendió por toda la población negra de Sudáfrica, y comenzó a preparar el terreno para una operación militar [...] Sin embargo en esos momentos, el Gobierno de la metrópoli se encontraba envuelto en una crisis en los Balcanes⁵⁵ y en una guerra seria en Afganistán⁵⁶, oponiéndose a una nueva guerra en África. Se dijo a Frere que tratara a los zulúes con espíritu de indulgencia. Sin embargo, su política había ido demasiado lejos como para abandonarla y Frere continuó con sus planes.

En marzo de 1878 el teniente general sir Frederic Thesiger [...] estaba convencido de que era inevitable la guerra con los zulúes. Frere tenía ahora los medios [...] y todo lo que necesitaba era una excusa. Manipulando el pobre sistema de comunicaciones esperaba presentar al Gobierno un «fait accompli».⁵⁷

Se ve como factores tan aleatorios como el " honor nacional" y las perspectivas de proyección de carrera influyeron notablemente en la conducción de una crisis que en principio no hubiera requerido el recurso a las armas.

Al final, las voluntades de ambas naciones quedaron vinculadas a las personalidades de Cetshwayo, Frere y Lord Chelmsford. Los factores personalidad, espacio y tecnología, una suma de los elementos individual y organizativo del factor humano más el factor físico, habían acabado por igualar sistemas decisionales que, de partida, resultaban antagónicos. Es difícil no suponer que si el problema hubiese surgido entre Gran Bretaña y una potencia europea, como en el caso del incidente de Fashoda, la supervisión por parte del gobierno británico no hubiese sido infinitamente más exacta y sus

⁵⁴ Cetshwayo kaMpande (1826 – 1884), rey de la nación Zulú entre 1872 y 1879, en que fue depuesto tras la derrota frente a los británicos.

⁵⁵ En febrero de 1878 había estallado la guerra entre Grecia y Turquía.

⁵⁶ La Segunda Guerra Afgana entre 1878 y 1880.

⁵⁷ Ian Knight y Ian Castle. *La Guerra Zulú de 1879*. Ediciones del Prado. Madrid. 1994, págs. 6 y 8.

representantes hubiesen sido más escrupulosos a la hora de implementar sus propias apreciaciones. Por ejemplo, no es fácil imaginar a Allenby tomando decisiones de calado político en Arabia durante la Primera Guerra Mundial sin consultar con Londres.

De alguna forma, parece como si los encargados civil y militar del territorio pensasen que el problema era tan nimio que entraba dentro de unas atribuciones no escritas. Así, lo que en un principio parecía un enfrentamiento entre Gran Bretaña y el proporcionalmente diminuto reino Zulú, aparece como un asunto entre los gobernantes de una parte del Imperio, nombrados expresamente desde Londres, con unas instrucciones generales que intentaron llevar a la práctica según sus visiones personales de la situación. El factor organizativo británico, que atendía con eficacia a un imperio global, se vio superado por el factor individual al carecer de la tecnología de comunicaciones adecuada. La desproporción entre los actores evitó las consecuencias negativas de un personalismo agresivo que se han visto en anteriores análisis.

3.5.2. El factor físico

En este epígrafe se engloba el terreno tanto como espacio físico donde se asienta la población como elemento objeto de conflictos que se originan en los sistemas estratégicos, como en el caso de las luchas por determinados recursos naturales. Existe una interacción continua entre la presencia humana, los recursos y la posición relativa entre los grupos humanos y éstos, determinando zonas de interés y la aparición de las fronteras como expresión de la capacidad de los diferentes grupos humanos de dominar el medio frente a los otros. A esto hay que sumar siempre la tecnología para poner en relación los grupos humanos y las diferencias en el nivel de la misma entre los diferentes grupos.

La dimensión estratégica del espacio físico tiene varias vertientes:

- El terreno como soporte de la población humana, en cuanto configura la extensión física de los estados u otros actores estratégicos.
- Los recursos naturales, susceptibles de ser origen de conflicto.
- El terreno como elemento pasivo y modificable en las operaciones militares de todo tipo.

- El terreno en relación con su posición global respecto a otros espacios físicos, determinante de relaciones que conforman lo que se ha llamado la geopolítica.
- El terreno considerado, en función de su posición global, como base y condicionante de la proyección, desde él, de vectores de influencia del poder que lo domina, determinando realidades geoestratégicas.
- Los espacios marítimos y aéreos como prolongación del terrestre y nexo de unión entre ellos, los actores políticos y los recursos.
- El espacio próximo a la Tierra como nicho estratégico selectivo, ya que su acceso solo es posible para los que tienen acceso a los niveles más desarrollados de tecnología, desde el que es posible el acceso a todos los demás.
- El espacio cibernético, intangible pero ligado, en última instancia, a soportes físicos ubicados en espacios geográficos concretos.

El medio físico, por sí, carece de valor, es su relación con los grupos humanos lo que le da valor estratégico. Y es en este punto, cuando se consideran las relaciones entre los grupos humanos, sus formas de enfrentarse a las amenazas que generan las estrategias y la disposición, distancia y posibilidades de ellas cuando nace la Geopolítica.

La geopolítica surge inicialmente en el siglo XIX de la mano del pensamiento darwinista social, que construía un escenario para que los estados y los pueblos llevaran a cabo su lucha por la supervivencia, de la que los más aptos resultaban los vencedores. Esta visión generaba un espacio geográfico en el que se situaban espacios y recursos naturales que conformaban un tablero y a la vez constituían los premios del juego.

El geógrafo sueco Rudolf Kjellén la formula a finales del siglo XIX como una parte de cuatro disciplinas que van a explicar el estado como actor definitivo y sustancial de la experiencia política y vital. A la geopolítica, la relación con los vecinos, se le sumarian la sociología, la política y la geoeconomía. Entre todas van a dar la explicación del presente y la proyección hacia el futuro en el que se va a sustentar cada hecho nacional, dando origen a una ciencia política que ve al hecho estatal como un todo.

Si los estados ejercen su autoridad legal a través de la fuerza que materializan sus instituciones es solo dentro de sus fronteras. Aparece una suerte de topología política donde esas fronteras están vivas y deben buscar una expansión o resignarse a una contracción que llevará indefectiblemente a la desaparición del sujeto político que se sustenta y sustenta a la vez a la población.

Aparece pues un determinismo⁵⁸ originado por la asimilación de las ciencias naturales por las humanidades, que justifican la teoría política imperialista con la visión de la lucha por la supervivencia y la supervivencia de los más aptos, a los que se considera mejores o superiores y llamados por ello de forma predeterminada a la victoria y al dominio sobre los menos aptos, a los que califica de sociedades, estados o pueblos inferiores. Esto, a su vez, se convertiría en un beneficio para los derrotados que así tendrían acceso a formas superiores de tecnología, organización social y desarrollo cultural.

Así aparece, por ejemplo, el concepto de “*Lebensraum*”, de espacio vital, creado por el geógrafo alemán Friedrich Ratzel. Para él las fronteras vivas se engrandecen para los pueblos superiores a través de luchas, como lo demuestra el caso de su patria que ha pasado de un conglomerado de estados a uno más grande en forma de Imperio que se engrandece a costa de sus vecinos más débiles, confirmando así no solo la superioridad militar sino la política y cultural de Alemania.

⁵⁸ Hay que situar el nacimiento de la geopolítica en su contexto cultural, En el principio del siglo XX parece que consolida un mecanicismo newtoniano que puede explicar la realidad a todos los niveles y al que se adapta perfectamente la idea de que el darwinismo es asimismo determinista. Como ejemplo veamos lo que dice respecto a la sociología John H. Goldthorpe en *La sociología como ciencia de la población*, Alianza Editorial. Madrid. 2017, pág. 14.

“En 1800, por citar a Hacking (1987: 52), «estamos en el mundo determinista que Laplace nos escribe tan acertadamente.» Aunque continua matizando que: “En 1936 estamos firmemente anclados en un mundo que es en última instancia indeterminado... El azar que, para Hume, no era ‘nada real’ era, para von Neumann, tal vez la única realidad”. Mezcla aquí la indeterminación cuántica con las Ciencias Sociales, quizás para señalar cómo las ciencias han pasado de un paradigma determinista u otro estadístico.

Sin embargo, para Jaime Vicens Vives no existe ese determinismo. “Por tanto existe para toda sociedad organizada un campo de *posibilidades*, nacido de la concurrencia geográfica, de la tradición histórica y de la necesidad presente; ocupar este campo plenamente geopolítico no es nunca una imposición ciega, sino voluntad libre, percepción y tensión social de aquella sociedad.[...] En este sentido la Geopolítica es una ciencia opuesta al fatalismo.” *España, Geopolítica del Estado y del Imperio*. Editorial Yunque. Barcelona. 1940, pág. 11. La geografía no determina a los pueblos; éstos, sus líderes, instituciones y miembros, toman decisiones en un contexto y sufren influencias pero nada está determinado *a priori*.

Pero va a ser un británico, Sir Halford John Mackinder, quien le dé plena carta de naturaleza a la disciplina. La teoría geopolítica clásica de Mackinder⁵⁹ realizaba una clasificación del globo en zonas independientemente de las poblaciones humanas que en él se asentasen. Definió zonas a las que llamó "Tierras Corazón" (El Centro de Siberia y el Africa Subsahariana) que hoy carecen de influencia ninguna y cuya posesión no se disputa ningún poder global.

Su razonamiento de "Quién domina Europa Oriental domina la Tierra Corazón, quien domina la Tierra Corazón domina la Isla Mundo y quien domina la Isla Mundo domina el Mundo" se ve refutada por la realidad histórica de que desde hace doscientos años son los pueblos asentados en las tierras que él denominó en 1904 "de la media Luna", o la "tierra costera europea" en 1919, quienes han llevado la batuta de los asuntos mundiales, sucediéndose británicos y norteamericanos en la superioridad y perdiendo constantemente los actores estratégicos situados en Europa Central cotas de poder y significación.

Mackinder supuso que la posición central del área pivote, la invulnerabilidad que presenta respecto a cualquier potencia marítima debido a su lejanía de cualquier costa accesible y la abundancia de recursos que concentra, harían de ella el área desde la que una potencia continental pudiese dominar el conjunto euroasiático y africano. Por desgracia, lo riguroso del clima y la lejanía de las grandes arterias de comunicación que suponen los mares y las costas accesibles han hecho que la región, hasta el día de hoy, no se caracterice por la influencia en los asuntos mundiales. Una tierra no es poseedora de valor solo por su posición, sino por las facilidades que ofrece al asentamiento humano y a su rápido desarrollo social.

De parecida manera, los recursos naturales solo son significativos en función de su necesidad para una determinada sociedad. El coltán, que se erigió como uno de los minerales básico para la tecnología de las comunicaciones del siglo XXI permaneció ignorado hasta que ésta se desarrolló y los territorios de Centroáfrica en los que se obtiene, y que soportan agrias disputas alimentadas por los

⁵⁹ Fernando Frade Merino. *Introducción a la Geopolítica*. Compañía Bibliográfica Española. Madrid. 1969, pág. 105.

beneficios de su explotación, conocieron días en los que eran deseados por otros productos.

La posesión de los recursos, o la garantía de su acceso mediante el comercio en condiciones aceptables o la negación de ambas cosas al adversario, constituye uno de los objetivos básicos de todos los actores estratégicos. La generalización del uso de los motores de combustión interna supuso que todas las cadenas de bases de carboneo, establecidas por las potencias con intereses de alcance global a lo largo y ancho de los mares, tuvieran que ser revisadas, ya que la autonomía de los buques las convertían en innecesarias. Algunas, como Gibraltar, se mantuvieron; otras se abandonaron como tales, caso de Port Stanley en las Malvinas, pero estas estaciones de abastecimiento de combustible se mantuvieron sobre las principales rutas de navegación existentes y en algunos casos las redefinieron. Oriente Medio y la Península Arábiga adquirieron una relevancia, a partir de la Primera Guerra Mundial, que nunca sospecharon sus antiguos dominadores turcos, y el abastecimiento de petróleo pasó a convertirse tanto en un origen de conflictos como un arma en manos de los países productores.

Sin embargo, el hecho que más ha pesado en la historia y aprecio de la disciplina fue el impulso que recibió del alemán Karl Haushofer. El profesor Haushofer y la geopolítica disfrutaron de gran influencia en el Tercer *Reich*, ya que conceptos como el del *Lebensraum*, el espacio vital, y la Tierra Corazón, proporcionaban una justificación teórica a la política de expansión hacia el este como manifestación de la necesidad y la voluntad de una supuesta raza aria que defendía su existencia y reclamaba sus derechos hacia Oriente. Sin embargo Haushofer siempre se opuso al enfrentamiento con la Unión Soviética, lo que le apartó de los círculos de poder primero y le llevó al campo de concentración tras el atentado del 20 de julio de 1941.

La consecuencia de la identificación entre el nacionalsocialismo y la geopolítica supuso el descrédito de la disciplina a partir del final de la Segunda Guerra Mundial. Se supuso que el determinismo que anunciaba la geopolítica en cuanto a la inevitabilidad de la lucha entre estados y la victoria de los más fuertes

suponía una amenaza a la frágil paz que mantuvo a la guerra como fría⁶⁰. En un momento en que el empleo de las armas nucleares centraba la estrategia de las grandes potencias, cualquier doctrina que considerase el enfrentamiento entre pueblos e ideas como algo inevitable y normal no gozaba de popularidad en los círculos académicos y políticos que lo que trataban era precisamente cómo evitar una catástrofe atómica.

Y sin embargo, de ese mismo dilema entre horror y/o derrota surgió una nueva revalorización de la geopolítica. La Guerra Fría produjo conflictos a lo largo y ancho del globo que era preciso atender por las superpotencias con mayor o menor urgencia o nivel de participación⁶¹. Volvieron a dibujarse en el mapa líneas y puntos y se desempolvaban constantes históricas para entender por qué uno de los dos grandes actuaba en una zona y cómo conjurar esa amenaza.

Si Kaplan pudo decir que la Geografía se vengaba⁶², era porque en el tiempo en que la Guerra Fría había casi monopolizado los asuntos internacionales, las

⁶⁰ En la obra “*Estrategia Militar Soviética*” del mariscal Vasili Danilovich Sokolovsky, publicada en España en 1981 por Ediciones Ejército, del Servicio de Publicaciones de Estado Mayor del Ejército, la palabra Geopolítica se menciona una sola vez, en la página 47 cuando dice, refiriéndose a las causas de los conflictos que: “ Los representantes del planteamiento burgués y metafísico de la guerra, que niegan su esencia clasista, han atacado estas proposiciones científicas marxistas, y lo siguen haciendo. No se dan cuenta de que la causa de cualquier guerra reside en la política seguida por el estado antes de la guerra y no en la «constitución psicológica » del hombre, en la superpoblación terrestre (maltusianismo y neo – maltusianismo) o en la geopolítica racista”. Es decir, para el pensamiento militar soviético la geopolítica era errónea por su carácter de disciplina fascista, al no asignar a las condiciones sociales la importancia capital y si a la posición relativa de grupos humanos y recursos.

⁶¹“Es ya un lugar común mencionar el resurgimiento de la geopolítica, como disciplina, a partir de los años setenta del siglo XX. Volvieron a aparecer trabajos en cuyo título se recogía su carácter geopolítico, y se renovaron (o reaparecieron, según el caso) los métodos y las teorías geopolíticas. En definitiva, se produjo la reaparición de una geopolítica conservadora, pero también una renovación radical.

En la nueva geopolítica que podríamos denominar conservadora destaca en esos años el papel de Henry Kissinger, que puso de nuevo en circulación el término, aunque con un sentido un tanto genérico, aplicándolo a los aspectos globales de las relaciones internacionales. Pero quizás fueran los trabajos de Colin S. Gray los más representativos de esta corriente, que se reclamaba heredera intelectual de la geopolítica tradicional y de sus prácticas ligadas a la actividad militar de los Estados. Gray se proponía orientar la política exterior de los Estados Unidos, al igual que otros autores como Ray S. Cline o Zbigniew Brzezinski. Y con una orientación conservadora similar se fundó en París en 1982 el *Institute International de Géopolitique*, con el objetivo de mostrar lo que consideraban «tendencias hegemónicas soviéticas y la necesidad que tiene la OTAN de reforzarse y hacer frente al supuesto peligro”. *Re-pensando la geopolítica: la renovación de la disciplina y las aportaciones de John A. Agnew*, Prólogo de Heriberto Cairo a : John A. Agnew. *Geopolítica: una re-visión de la política mundial.*, Editorial TRAMA, Madrid. 2005.

⁶² El título del libro completo es “*La venganza de la Geografía. Cuando los mapas condicionan los destinos de las naciones*”. Todas las referencias están hechas a la edición de RBA. Barcelona. 2012.

capacidades del armamento nuclear habían convertido a la estrategia en una cuestión matemática sobre un escenario plano, sobrevolado de trayectorias de misiles. Ya se habían olvidado las personas, las sociedades y los países. Y de repente volvieron en forma de conflictos que en Europa eran desconocidos por dos generaciones, como las guerras de desmembración de Yugoslavia. Acontecimientos como los de Ruanda devolvieron a la comunidad internacional las tensiones étnicas que las luchas anticolonialistas parecían haber superado, y la necesidad de poner en relación personas, pueblos y lugares ha vuelto a ser imprescindible para conocer y para actuar.

Igualmente, John Agnew habla de una “imaginación geopolítica”⁶³, aunque quizás fuera más acertado hablar de un imaginario político, tradicional occidental y de los cambios que ha sufrido. Y es que, si bien tras el *impasse* bipolar se nos ha desvelado un mundo diverso, las formas de tratar de comprenderlo recuerdan a las de épocas pasadas. El presidente de los Estados Unidos George Bush declaró en 2002 no solo una guerra contra el terrorismo sino que identificó a un eje del mal formado por Irak, Irán y Corea del Norte. Más allá de lo acertado como concepto estratégico, el término recordaba demasiado al eje Berlín – Roma – Tokio, como forma de visualizar un grupo de estados con agendas distintas, pero caracterizados por su enfrentamiento a los Estados Unidos.

Los intentos de rediseñar las sociedades de Irak y Afganistán tras las caídas de sus regímenes por la intervención de Estados Unidos y sus aliados recuerdan a cómo se acometió después de 1945 la transformación de las sociedades alemana y japonesa en democracias liberales. Los nulos resultados recuerdan que no solo la geografía se venga, también lo hacen la historia y las sociedades. Tratar de analizar esas relaciones entre pueblos, lugares y tiempo es el objeto de la geopolítica.

Podemos, finalmente, concluir con Colin Flint que la Geopolítica:

“Emplea componentes de la geografía humana para examinar el uso y las implicaciones del poder”.⁶⁴.

⁶³ El párrafo recoge el ejemplo expuesto en: John A. Agnew. *Opus cit*, pág. 20.

⁶⁴ Colin Flint. *Introduction to Geopolitics*. Routledge. New York, USA. 2006, pág. 27.

Es decir: es el vínculo entre la distribución de los actores estratégicos y su participación como tales en el / los sistemas estratégicos en los que participe y su impacto en las comportamientos / estrategias de los demás.

3.5.2.1. El factor físico. Análisis histórico

El medio físico es el soporte de la presencia y las actividades humanas⁶⁵. Las condiciona, en ocasiones de forma absoluta, y desde luego exige una capacidad de adaptación, que, en ocasiones, imprime carácter a los rasgos del factor humano de la estrategia. Piénsese, por ejemplo en la condición de los pueblos isleños, como los británicos o los japoneses, y su percepción del mundo a través de las posibilidades de sus islas y la necesidad de conseguir una gran parte de sus recursos vitales en zonas fuera de su dominio inmediato. En otras ocasiones, como en las selvas tropicales de África y América del Sur y el Ártico, las condiciones de vida son tan duras que toda actividad no directamente relacionada con la supervivencia no ha conseguido más que un pálido desarrollo. Las posibilidades de subsistencia son tan reducidas que los grupos humanos son muy reducidos, lo que impide desarrollos sociales de gran complejidad, permaneciendo lo más sencilla posible, centrándose en la supervivencia individual y del grupo como tal, generándose dinámicas de alta competitividad entre grupos por los recursos.

Asimismo, factores como la fertilidad del suelo, temperatura media, régimen de lluvias, relieve, hidrografía y proximidad al mar pueden determinar una zona apta para el asentamiento de poblaciones numerosas, que desarrollen sociedades complejas con elevados desarrollos tecnológicos, cuanto más se alejan de la lucha por la supervivencia y nuevos parámetros, como el comercio y la tecnología crean, a su vez, nuevas interacciones con el medio.

Realizar un análisis histórico del medio físico en relación a la política y la estrategia es realizar la descripción de múltiples iteraciones. Los nombres de las batallas se suceden sobre los mismos pasos de montañas y los mismos ríos a

⁶⁵ “Es muy cierto que el espacio no crea por sí solo historia, pero no lo es menos que el hombre y la sociedad sin la tierra tampoco la crean. Es una unión indisoluble, vital. Jaime Vicens Vives. *Opus cit*, pág. 13.

través de los siglos. La situación de las aglomeraciones urbanas se sucede en los mismos emplazamientos durante milenios. Y el clima impone muchas veces los modos de actuar: piénsese en las sucesivas tierras quemadas que encontraron Carlos XII de Suecia, Napoleón o Hitler al invadir Rusia. La respuesta desde Pedro I a Stalin fue la misma, convertir el espacio en tiempo y enfrentar al invasor al descalabro logístico que supone afrontar un invierno ruso cuando los abastecimientos hay que traerlos desde Europa Central y Oriental.

De forma significativa, las constantes de la geoestrategia rusa, la organización de sus vectores de proyección de poder⁶⁶, lo han sido a través de regímenes políticos, al mantenerse en los espacios inmediatos, su “extranjero próximo”. La percepción de amenaza por el elemento individual del factor humano ruso no ha cambiado durante los siglos.

3.5.2.2. El terreno como soporte de la población humana. La extensión física de los actores estratégicos

La población de cualquier actor estratégico se asienta sobre un territorio. Esto no significa que todos los grupos humanos que constituyen actores estratégicos tengan un territorio continuo, caso del pueblo palestino, con una diáspora de 4 millones de personas a lo largo y ancho del globo. Ni siquiera el que dispongan de uno garantiza que tenga visos de convertirse en Estado, como los kurdos, cuya continuidad sobre un espacio geográfico se ve cortada por fronteras preexistentes y, aunque tienen relevancia estratégica en los conflictos de medio oriente, carecen de una estructura política única y reconocida a nivel internacional. Sin embargo, la relación entre la población y el terreno si configura, cuando menos, características fundamentales.

El geopolítico norteamericano Isaias Bowman (1878–1950), que fue el Especialista Territorial en Jefe durante los trabajos del tratado de Versalles,

⁶⁶ Estos vectores, igual que los constructos matemáticos, tienen origen, dirección e intensidad. Las zonas desde las que se proyecta el poder, el medio a través del que se materializan: fuerza militar, influencia comercial, cultural o política, una intensidad del esfuerzo en cada aspecto considerado y un punto geográfico, población o sector económico o institución política a los que se dirigen.

manifestaba al respecto que los estados debían ser viables, para lo que necesitaban en primer lugar fronteras seguras. En su afán de conseguirlas, en el caso de Hungría, llegó a dividir pueblos para que el trazado correspondiese con una línea clara y defendible. Similar criterio tenía Bowman respecto a los recursos para garantizar la viabilidad de los nuevos entes territoriales surgidos de la I Guerra Mundial, lo que condujo a buscar la complementariedad de recursos, que llevaría a que poblaciones se quedaran sin Estado⁶⁷.

También tiene gran influencia la distribución de cultivos y su tipología, ya sean de consumo, aquellas especies vegetales que constituyen la base de la dieta, o comerciales para dedicar las cosechas a la exportación. Una de las causas de las hambrunas de Etiopía a finales del siglo XX, es que se dedicaron cantidades crecientes de las mejores tierras al cultivo del café. Mientras los precios del café se mantuvieron altos los agricultores etíopes fueron capaces de comprar comida con los beneficios pese a no cultivar semillas comestibles. Cuando los precios cayeron se vieron sin beneficios y sin grano con lo que las sequías encontraron una población sin excedentes alimentarios con que afrontarla. Esto, a su vez, condujo a la moderación de las exigencias para firmar un acuerdo con Eritrea en diciembre de 2000, ya que 10 de sus, entonces 62 millones de habitantes sobrevivían de la ayuda exterior⁶⁸. Una agricultura más conservadora hubiese conducido a resultados estratégicos distintos.

La superficie cultivable, en relación con la población y la productividad de dichas zonas, constituye un elemento fundamental. Cuando la producción interior es incapaz de asegurar el suministro alimentario de la población aún con buenas cosechas, se generan políticas agresivas como en el caso de Japón desde finales del siglo XIX y principios del XX, que vio en la conquista de territorio cultivable en China la única salida a las estrecheces crónicas de su población campesina.

⁶⁷ Escuela Superior del Ejército. Escuela de Estado Mayor. *Guion de Geopolítica y Geoestrategia*. Madrid. 1995, págs. 71 y 72.

⁶⁸ *Estado del Mundo 2002*. Editorial Akal. Madrid. 2001, pág. 162.

Y es que el archipiélago japonés ni en las mejores condiciones, producía alimentos suficientes para satisfacer las necesidades de una población en constante aumento y eso generó inestabilidad tanto en el interior como en su entorno geográfico. Lo que se tradujo en una emigración, fundamentalmente hacia los Estados Unidos, o en políticas agresivas destinadas a la obtención de recursos o los territorios que los sustentan.

El Japón de principios del siglo XX se encontró, recién incorporado al sistema económico mundial, sin más mercado que el interno para situar sus productos, en un momento en que el nivel de vida no aseguraba una demanda interna suficiente para la expansión. Su respuesta fue la adquisición de territorios en Asia a los que convirtió en protectorados económicos, como Corea o el Manchukuo, los que empezó no solo a explotar en su beneficio, sino a colocar a sus excedentes de población. En esto, Japón no hizo sino seguir la tendencia de adquisición de colonias como medios de ampliar, o bien las zonas de obtención de materias primas, o bien mercados, caso de que la población de la colonia tuviese capacidad adquisitiva suficiente.

Países como Alemania, cuyas colonias en África, Asia y Oceanía antes de la I Guerra Mundial no representaban más que el 6% de la población del *Reich*⁶⁹ difícilmente podían hacer de estas extensiones, aunque supusiesen el 84 % de su extensión territorial, un mercado para sus productos, que mantenían un competencia ventajosa con los británicos en los mercados occidentales, consiguiendo sin embargo áreas de abastecimientos de materias para su tejido industrial.

Es significativo el caso del estado de Israel, cuyo concepto de la territorialidad es una de las causas fundamentales de la permanencia en el tiempo de la situación de conflicto de Oriente Medio. Israel surge inicialmente como una población sin Estado para convertirse en un movimiento que, a partir de la Declaración Balfour, por la que el Gobierno Británico se mostraba favorable al

⁶⁹ Hermann Kinder y Werner Hilgemann *Atlas Histórico Mundial*. Ediciones Istmo. Madrid. 1983. Tomo II, pág. 120.

establecimiento de un hogar nacional judío en Palestina, inició una colonización agresiva de la tierra prometida bíblica.

Lo cierto es que el asentamiento de estos colonos acabó resultando traumático para los árabes, que veían como tierras que antes eran eriales pasaban a vergeles, pero que sobre todo veían cómo la proporción de población empezaba a desequilibrarse con el crecimiento de la minoría judía⁷⁰. La creación de la Agencia Judía en 1923 fue el primer eslabón para la fundación del Estado de Israel, basado en la partición del Mandato británico de Palestina. El problema era que la mayoría de la población era palestina, musulmana y cristiana, y que, fundamentalmente, poseían la tierra, eran agricultores y pastores y no estaban dispuestos a venderla a nadie, porque constituía su medio de vida.

El nuevo Estado optó por la expulsión, aprovechando la guerra de 1948 – 1949, para crear espacio a sus futuros ciudadanos que, habiendo sobrevivido al Holocausto, desconfiaban de seguir viviendo en Europa. Sin embargo, mientras que en las zonas dominadas por los árabes no quedó un solo judío, en las dominadas por Israel 200.000 palestinos siguieron viviendo. Israel ha podido hacer la paz con Egipto y Jordania, que renunciaron a Gaza y Cisjordania en beneficio de los palestinos, pero el problema de las fronteras y los asentamientos, que hacen imposible un Estado palestino viable, siguen envenenando su existencia, y la de los palestinos que aspiran a un estado independiente y a un retorno de los refugiados que Israel ve como una amenaza. En este caso, la delimitación de fronteras aceptadas, y respetadas por todos y, lo que aún es más problemático, el reconocimiento de ambas comunidades al

⁷⁰ "Frente a una idea que se popularizaría con posterioridad, el sionismo tuvo un contenido popular y socializante, mientras que los grandes magnates y potentados judíos eran más bien reticentes al mismo. Al tiempo que crecía la inmigración judía también se incrementaba la población árabe, que pasó en 1917-1947 de 600.000 a 1.200.000 habitantes. La violencia empezó a predominar en las relaciones entre las dos partes en 1929. En 1931, Mac Donald declaró el propósito del Gobierno británico de no restringir la inmigración judía y, como consecuencia inmediata, las agresiones entre las dos comunidades se incrementaron de manera notable. A partir de 1939, es decir, en el mismo momento de la generalización de la persecución nazi, los británicos empezaron a equilibrar su apoyo a los israelíes con el otorgado a los árabes. La clara mayoría de la población seguía siendo árabe: suponía el 80% en 1930 y el 70% en 1940, pero probablemente el cambio en las proporciones fue visto por los árabes como un peligro." <https://www.artehistoria.com/es/contexto/la-primera-guerra-árabe-israelí>. Consultado marzo 2019.

derecho de la otra de poseer tierras y organizarse políticamente, constituye la clave del conflicto.

Se encuentran igualmente estados minúsculos cuya existencia responde a necesidades jurídicas, políticas o económicas, cuya importancia no tiene nada que ver con su extensión. El caso del Estado Vaticano, que otorga a la Iglesia Católica una personalidad jurídica y política única entre las religiones del mundo, es un caso significativo. Otros lo son los llamados paraísos fiscales, islas de impunidad económica y legal pero de casi imposible eliminación, ya que los ingresos de sus actividades, y la opacidad de ellas, los hacen invulnerables a los tradicionales sistemas de presión económica, salvo quizás en el caso de las Islas Palau⁷¹.

Se puede concluir que la extensión de un país condicionará al grupo humano que en él se asienta en función del grado de desarrollo que le permita, no solo con los recursos, sino en función del tamaño del grupo humano respecto a esos recursos y, fundamentalmente, respecto a la consistencia y estabilidad de las fronteras. Casos como el polaco, antes de estar Polonia en el espacio de seguridad y estabilidad que representa la Europa Central Post-soviética, donde la agricultura es capaz de soportar a una población mucho más elevada de la que lo ha habitado, pero cuyas fronteras han sido indefendibles militarmente, representan la evidencia de que el contenido geográfico ha de tener un continente político y militar creíbles.

3.5.2.3. El factor físico. Los recursos naturales

La división del Nuevo Mundo por el Tratado de Tordesillas supuso la exclusividad de la posesión de los recursos americanos para España y Portugal, fundamentalmente los metales preciosos, por lo que su transporte a la Península fue constantemente interferido por las naciones rivales de las monarquías ibéricas. La posesión y el disfrute de las materias primas obligaron a España a

⁷¹ Las Islas Palau han sido acusadas de blanqueo de dinero procedente de la Mafia rusa por la OCDE, por lo que tuvo que adoptar medidas para evitar sanciones. *El Estado del Mundo 2002*. Editorial Akal. Madrid 2001, pág. 332.

mantener una Batalla del Atlántico de casi trescientos años. Se puede establecer un paralelismo con la estrategia naval contemplada en el siglo XX si tenemos en cuenta que Alemania puso en dificultades a Gran Bretaña en ambas Guerras Mundiales con las campañas submarinas, en el mismo teatro, durante tres años en cada ocasión, se comprende el esfuerzo naval que supuso el mantener abiertas las rutas desde América a España y las dificultades que generó mantener el sistema. En nuestro caso las materias primas americanas supusieron un espejismo económico, ya que no llegaron nunca para sostener el esfuerzo económico que imponía la extensión del Imperio⁷².

Si se necesita un ejemplo para explicar cómo los recursos naturales, su posesión o su carencia en el territorio condicionan la política y la estrategia, nada más palmario que los recursos energéticos en los últimos dos siglos⁷³. La posesión de grandes yacimientos de carbón fue la base para permitir la expansión industrial de Europa occidental⁷⁴. Las máquinas de vapor posibilitaron el desarrollo de los ferrocarriles, que aceleraron el comercio y permitieron el desplazamiento de los nuevos ejércitos masivos nacionales de conscripción, que surgieron en la primera mitad del siglo XIX. En función de la posesión o no de carbón se elaboró el mapa del desarrollo industrial europeo y de sus zonas fabriles, condicionándose la presencia de éstas a la proximidad a la fuente de energía. Se establecieron estaciones de carboneo a lo largo del globo para aprovisionar a las flotas y los puntos clave para su emplazamiento fueron objeto de deseo estratégico para las naciones marítimas. En suma, el cambio en los

⁷² Paul Kennedy. *Auge y Caída de las Grandes Potencias*. Plaza y Janés. Barcelona. 1995, págs. 91 a 93.

⁷³ No en vano existe la denominada Geoeconomía. “Como se ha visto, la geopolítica se refiere a un territorio, y la geoeconomía, en su acción no se ajusta necesariamente a un territorio concreto, aunque proteja actividades económicas nacionales o regionales. Sin embargo, no es posible obviar el hecho de que la geoeconomía en su conjunto tiene base territorial, en cuanto que los estados la tienen. [...] De lo que podríamos deducir que en síntesis la geoeconomía sería la economía política que se desarrolla bajo un sustrato de poder en orden a mantener una preponderancia en un contexto global.”. Eduardo Olier Arenas. *Geoeconomía*. Prentice Hall. Madrid. 2013, pág. 28.

⁷⁴ “De este modo la revolución industrial permitió que los seres humanos acumularan materia y energía de un modo nuevo y que usaran este método recién descubierto para mantener su propia complejidad. Al parecer, los beneficios derivados de la creación y la conservación de la complejidad industrial superaban a los costes de su puesta en marcha y su utilización.”. Fred Spier. *El lugar del hombre en el cosmos*. Crítica. Barcelona. 2011, pág. 369. El autor sostiene la relación estrecha entre el empleo de combustibles fósiles, salto tecnológico y complejidad social.

sistemas de propulsión marítima permitió a Occidente una revolución estratégica de tal envergadura que inmensos espacios se convirtieron en colonias europeas.

Con el proceso de descolonización desarrollado al finalizar la Segunda Guerra Mundial, y el fin de la tutela sobre los países del Golfo Pérsico que habían surgido de la desintegración del imperio Otomano a la finalización de la Primera, la adquisición de relevancia política de los países productores, fundamentalmente por los integrados en la OPEP, ha sido resistida eficazmente por la interdependencia que se ha creado entre productores y consumidores y el mantenimiento de la supremacía financiera por Occidente.

Además, la riqueza en materias primas, incluidas las energéticas, no siempre representa una bendición para un país. Del mismo modo que los monocultivos industriales masivos en los países en vías de desarrollo son un factor de inestabilidad económica cuando se producen caídas de precios, el sentimiento de despreocupación que produce el saberse poseedor de una fuente importante de ingresos suele traducirse en el abandono de políticas efectivas para la construcción de economías equilibradas, que acaban en la adquisición de deudas elevadísimas en la confianza de que la tierra pagará, así como una corrupción generalizada. En este aspecto es significativo el caso de Naurú, atolón independiente en el Pacífico, que se elevaba prácticamente sobre un yacimiento de fosfatos. El agotamiento de este recurso ha supuesto la ruina absoluta de este estado que carece de ninguna otra forma para generar ingresos que no sea la ayuda internacional⁷⁵. Los casos de Venezuela, Nigeria, Arabia Saudita, Irak e Irán respecto a la extracción y comercio de los recursos petrolíferos abundan esta hipótesis. Ni con todos los ingresos por petróleo se ha conseguido obtener en estos, no ya países estándares de vida similares a los europeos, sino la creación de economías viables tras la desaparición de los recursos. Las dificultades de todo tipo que han encontrado los intentos de Arabia Saudí para iniciar un programa de reformas a partir de 2017, o el caos económico y social de Venezuela en 2018, son solo botones de muestra de la maldición que comporta el monocultivo de materias primas.

⁷⁵ *Ibidem*, pág. 332.

Hoy, el petróleo es uno de los factores predominantes en la conformación de amenazas, en el espacio sistema estratégico mundial. Las zonas de conflicto del Cáucaso, Asia central y Oriente Medio coinciden significativamente con las áreas de mayor capacidad extractiva y de asentamiento de redes de distribución. El que Estados Unidos haya conseguido en 2016 - 2018 convertirse en exportador de petróleo, gracias a procedimientos innovadores de extracción, le ha hecho dejar de prestar atención a la zona del Golfo Pérsico para centrarse en su rivalidad con China, que ha sustituido a Japón y a la Unión Soviética como rival en el espacio del Pacífico.

3.5.2.4. El factor físico. El medio como elemento en las operaciones militares

El Barón de Jomini⁷⁶ hizo la campaña de 1806 contra Prusia agregado a la casa imperial de Napoleón. Al saber su nuevo destino se presentó al Emperador y le pidió permiso para dirigirse a su antiguo destino para recoger su equipaje y alcanzarle en Bamberg. Cuando Napoleón sorprendido le preguntó “¿Y quién le dice que voy a Bamberg?”, Jomini contestó “El mapa de Alemania, Majestad”. Napoleón estupefacto le dio permiso y un plazo de cuatro días para alcanzarle en Bamberg, con la orden de no comentarlo con nadie.

El medio resulta un elemento fundamental en el planeamiento de las operaciones y en la conformación de las posibilidades estratégicas de un determinado grupo humano. Las extensiones de bosque tropical en Africa, América y Asia imponen barreras que obstaculizan grandes operaciones y que, por el contrario, pueden albergar focos de inestabilidad causados por guerrillas durante periodos prolongados de tiempo. Igualmente, la dificultad de las operaciones mayores impone estrategias de aproximación indirecta, fomentando y armando los

76 “Jomini nació en Suiza en 1779. Aunque empezó a trabajar como banquero en París, se unió al ejército francés en 1797 y estuvo bajo el patronazgo del general y luego mariscal Michel Ney. Jomini escribió un tratado sobre las campañas de Federico el Grande en 1803 [...] Para Jomini la estrategia era la esfera de actividad que había entre la política, donde se tomaba la decisión de contra quien luchar, y la táctica que se encontraba en el ámbito del combate real.” Lawrence Freedman. *Estrategia. Opus cit*, pág. 139. El “Resumen del Arte de la Guerra” de Jomini se considera como el compendio del estilo napoleónico de hacer la guerra, considerándose como un arte operacional “geométrico” por su referencia continua a puntos y líneas que definen las operaciones militares.

actores estratégicos rivales en la zona, grupos insurgentes aprovechando motivos étnicos, políticos o religiosos. Baste recordar cómo el nivel de tecnología existente en los años sesenta y setenta no fue suficiente para que se diera una respuesta militar victoriosa a las actividades guerrilleras del Viet Cong en Vietnam del Sur ni para impedir la infiltración del ejército norvietnamita a través de la ruta Ho Chi Minh. Las zonas de montaña generan aislamiento y sentimientos de seguridad por las dificultades de interacción con otros grupos, llevando generalmente a posiciones de aislamiento, como Suiza, o permitiendo un cierto distanciamiento de sistemas estratégicos próximos, como ha sido el caso de España desde el reinado de Fernando VII.

Sin embargo, no hay que confundir dificultad con la imposibilidad. Las zonas desérticas imponen una baja densidad de población y una economía de subsistencia. No obstante, en los últimos cincuenta años tanto Argelia, Libia, Irak, Kuwait y Arabia Saudí han sido testigos de grandes despliegues, en su mayoría de ejércitos foráneos, que se desplazaron a un terreno para el que no habían sido pensados en su origen.

Sirvan como ejemplo las dificultades, fundamentalmente logísticas, a que tuvo que hacer frente Gran Bretaña para recuperar el control del Sudán tras la rebelión mahdista, que hizo que las operaciones se prolongaran más allá de las capacidades reales que tenía el califato para resistir al ejército anglo – egipcio, hasta que se pudo establecer una línea de suministros, que permitiera el avance para llegar a una batalla decisiva en la que la superioridad técnica y organizativa de aquél aniquilase a los derviches.

El avance de la tecnología ha modificado el valor del terreno sustancialmente hasta el punto de relativizarlo. Obviamente, esta capacidad exige, en cada momento, una inversión que no está al alcance de todos, lo que hace que el terreno no tenga el mismo valor, ni presente las mismas dificultades para todos los actores de un conflicto. La noche y las condiciones meteorológicas adversas, tradicionales aliados de las partes con menos recursos en los conflictos, son hoy superados por los medios de visión y orientación apoyados por un desarrollo electrónico difícil de predecir en las décadas de los sesenta y setenta del siglo

XX, cuando en la Guerra de Vietnam se decía que " la noche es de Charlie"⁷⁷. Hoy las guerras del Golfo Pérsico y la de Afganistán han demostrado que el ejército norteamericano es capaz de conducir operaciones de forma continua, sin que exista solución de continuidad entre el día y la noche.

Más allá de los simples planos táctico y operacional, en el plano estratégico el medio físico condiciona desde la organización a la entidad de los medios militares que han de ponerse en juego y en ocasiones mediatiza su empleo.

3.5.2.5. El factor físico. La posición

Si la posición en el espacio global de asentamiento de una comunidad humana y sus recursos influyen de manera notable en sus posibilidades de desarrollo social, cultural, político y científico, las agrupaciones humanas vecinas con capacidad para influir sobre la que se considere, en función de su distancia, grado de desarrollo, nivel tecnológico, intereses y características de sus entornos físicos respectivos, resultan determinantes a la hora de entender el desarrollo de las estrategias y visiones geopolíticas de cada ente político y cómo se sitúa en los sistemas estratégicos en los que está inmerso.

Esta capacidad de influencia se ha ido modificando a través de la historia fundamentalmente a través del desarrollo tecnológico. Los medios de transporte, de comunicación y la tecnología de producción y militar han ido haciendo que el valor relativo de la distancia y el terreno haya ido cambiando y la configuración de sistemas estratégicos también.

Dos limitaciones que siempre han existido en el transporte terrestre han sido la capacidad de carga por unidad de transporte y el gasto energético por cada una de dichas unidades. Cuando el transporte ha sido basado en medios de tracción a sangre, la capacidad para alimentar a los semovientes ha sido determinante en la capacidad logística y trazado de las rutas⁷⁸. Esto ha supuesto que el "mar

⁷⁷ En el alfabeto fonético OTAN las iniciales VC de Viet Con se leen Víctor Charlie. Con esta última palabra era designado de forma corriente el enemigo por las tropas norteamericanas.

⁷⁸ "La experiencia alemana de 1914 sirvió para confirmar la vieja máxima de que los animales que acompañan a un ejército eran mucho más difíciles de mantener que los hombres mismos

de hierba” euroasiático haya supuesto una zona de movimiento ideal para pueblos basados en el caballo, y que las sociedades nómadas organizadas alrededor del poder de una caballería eficaz hayan sido actores estratégicos en los sistemas Europeo y de Extremo Oriente, llevando a los pueblos mongoles a someter a eslavos y chinos y a los turcos a alzarse con el liderazgo del mundo musulmán en el sistema estratégico Mediterráneo.

Para lo anterior ha sido determinante una amplia disponibilidad de grandes mamíferos. Aquellas zonas del planeta, como América y el África Subsahariana, donde no han existido especies susceptibles de ser domesticadas para el tiro y la silla y donde su orientación Norte / sur ha supuesto que amplias zonas queden al albur de los bosques tropicales han presentado un notable aislamiento entre las diversas culturas, que además se han tenido que remitir al esfuerzo humano para las conexiones comerciales que, por fuerza han sido escasas y de radio mucho más corto que en las otras zonas donde fauna y clima se han aliado para ofrecer condiciones más favorables a las comunicaciones⁷⁹.

Este panorama, en lo tocante a los movimientos por tierra, se vio revolucionado en la primera mitad del siglo XIX con la aparición de medios de transporte regulares basados en máquinas que aprovechaban el movimiento generado a partir del vapor de agua. El rendimiento en peso transportado por cada unidad

[...] Y para la época en que los alemanes cruzaban la frontera de Francia, todas las fueros de Caballería tenían el ganado extenuado. En vísperas de la batalla del Marne, la Artillería pesada alemana – con tiros de caballos como el resto – única Arma que había conseguido una ventaja cualitativa definida, no estaba ya en disposición de continuar, y la Caballería estaba sufriendo bajas innecesarias porque los caballos se encontraban demasiado débiles para apartar del peligro a sus jinetes con rapidez.” Martin van Creveld. *Los Abastecimientos en la guerra*. Ediciones Ejército. Madrid. 1985, págs. 212 – 213.

⁷⁹ “Eurasia posee el mayor número de grandes especies de mamíferos salvajes terrestres, ya sean antepasados o no de las especies domesticadas. Definamos el «candidato a la domesticación» como cualquier especie de mamífero herbívoro u omnívoro terrestre (no predominantemente carnívoro) que pese por término medio más de 45 kg. [...]. Esto se debe a que Eurasia es la masa terrestre más extensa del planeta, y su diversidad ecológica es también muy alta, con hábitats que van desde los extensos bosques pluviales tropicales hasta los bosques templados, los desiertos y las marismas, pasando por tundras igualmente extensas. El África subsahariana tiene menos candidatos, 51 especies, del mismo modo que tiene menos especies en la mayoría de los restantes grupos de plantas y animales, porque es menos extensa y ecológicamente menos diversa que Eurasia. África posee zonas más pequeñas de bosque pluvial tropical que el sureste de Asia, y ningún hábitat templado más allá de los 37º de latitud. Como hemos visto en el capítulo 1, es posible que América tuviera en otros tiempos casi tantos candidatos como África, pero la mayoría de los grandes mamíferos salvajes de América (incluidos los caballos, la mayoría de sus camélidos y otras especies que probablemente habrían sido domesticadas si hubieran sobrevivido) se extinguieron hace unos 13.000 años” Jared Diamond. *Armas, gérmenes y acero*. Debate, Barcelona. 2006, pág. 188.

de transporte aumentó de forma impensable para una generación anterior. La abundancia de combustible, la madera, hacía de esa tecnología algo ideal. Pero pronto se vio que el suministro regular de madera para alimentar un mundo movido por vapor necesitaba de otro tipo de combustible: el carbón. La abundancia del mismo en Europa ahorró a los principales actores estratégicos a nivel global de la preocupación del acceso a fuentes de energía para su propia industrialización. Además de fábricas, como complemento para sostener la producción y la distribución, una cada vez más tupida red de ferrocarriles empezó a cubrir Europa y los Estados Unidos.

Al igual que el acceso a grandes manadas de caballos, su domesticación y la aparición de sociedades “simbióticas” hombre – equino fueron determinantes ahora la posibilidad de una revolución geopolítica y estratégica global al relativizar distancias y capacidades, poniendo en relación sociedades dispares, como la china y la occidental euro – americana creando sistemas estratégicos que comprendían actores separados por distancias que hasta entonces los mantenían en mundos distintos.

El desarrollo de los sistemas de transporte trajo como consecuencia la necesidad de un mejor control de los mismos y de unas relaciones sociales y políticas con unos tiempos de relación cada vez menores. El telégrafo se constituyó como el primer sistema de comunicaciones de carácter global⁸⁰. El tendido de cables unía continentes y salvaba océanos interconectando personas y economías. Las cotizaciones de las principales plazas bursátiles empezaron a conocerse en tiempo real mediante conexiones punto a punto. El mundo empezó a ser cada vez más interdependiente con unas consecuencias muchas veces insospechadas. La luz eléctrica vino a completar esta primera tríada tecnológica. La capacidad industrial que la tecnología y las comunicaciones proporcionaron a Occidente creó un sistema estratégico realmente global por primera vez durante el siglo XIX.

⁸⁰ “Los cambios críticos en los sistemas de comunicaciones ayudaron a los estados a desplegar este nuevo poder militar y político. El telégrafo eléctrico ayudó a derrotar a los amotinados en la India y a los guerreros zulúes.”. Christopher A. Bayly. *El nacimiento del mundo moderno. 1780 – 1914*. Siglo XXI de España Editores. Madrid. 2010, pág. 305.

La siguiente oleada tecnológica, comenzó con los escritos de Einstein sobre el cuestionamiento de las referencias absolutas ligadas a la experiencia sensible cotidiana de tiempo y espacio, y abre la puerta a la física cuántica, que desafía esa experiencia a nivel macroscópico, pero que es la base teórica de todos los desarrollos de la electrónica moderna. Desde los transistores a Internet, desde el láser a los desarrollos exponenciales de las capacidades de procesamiento y almacenamiento de los sistemas informáticos, todo está basado en el desarrollo de una física en la que, a nivel subatómico, la materia tiene un comportamiento solo definible en términos estadísticos⁸¹.

De forma simultánea y casi imperceptible la aparición del motor de combustión interna, que coexistió hasta épocas recientes con la tracción de sangre⁸² y el vapor, permitió una revolución en las comunicaciones terrestres, y proporcionó una flexibilidad que los ferrocarriles con sus trazados fijos y su optimización del transporte para grandes cargas y distancias no podía ofrecer.

El motor de explosión permitió igualmente salir del círculo vicioso a que la relación entre el peso de las calderas y la superficie de sustentación alar habían llevado al desarrollo de aeronaves “más pesadas que el aire”, en oposición a las basadas en procedimientos aerostáticos (aire caliente o gases más ligeros que el aire). Las consecuencias más importantes de esta tecnología es que la tercera dimensión se incorpora a la experiencia humana en todos los aspectos, permitiendo, con los avances en las tecnologías de propulsión, llegar a salir de

⁸¹ Para una exposición detallada del carácter estadístico de la Física surgida en los comienzos del siglo XX ver: Carlos Solís Santos y Manuel Sellés García. *Historia de la Ciencia*. Espasa. Barcelona. 2013, pág. 1081.

⁸² Un ejemplo de esta larga transición es la pervivencia del transporte hipomóvil en el Ejército de Tierra español. Como ejemplos reflejados en publicaciones reglamentarias se pueden citar: “El empleo cada vez mayor de los medios de transporte de motor dentro del Ejército, no quiere decir que el hipomóvil haya dejado de existir y no se le deba aún dedicar, por tanto, atención.”. Dirección General de Industria y Material. *Reglamento descriptivo y Manual de empleo de Atalajes. R - 44*. Ministerio del Ejército. Madrid. 1965, pág. 7.
“Hay que tener en cuenta, además, la importancia de las Unidades de Montaña, caracterizadas, entre otras cosas, por el medio en que se mueven, y por ser las únicas que en caso de crisis en el suministro de carburantes, mantendrán intacta su capacidad operativa, ya que utilizan y han de seguir utilizando el transporte a lomo para sus desplazamientos.”. Estado mayor del Ejército. *Manual M-0 -6 -5. Transporte a Lomo y Rodado*. Servicio Geográfico del Ejército. Madrid. 1979, pág. 9.

la atmósfera terrestre y crear, junto a la tecnología nuclear, el vector estratégico por excelencia.

Las consecuencias de esta oleada tecnológica han sido una revolución en las sociedades como pocas tecnologías han permitido. Las comunicaciones se han convertido en instantáneas y accesibles a una gran parte de la población⁸³. La telefonía móvil de última generación permite a cada poseedor de un terminal no solo tener acceso al mundo de internet desde prácticamente todos los lugares; también ha supuesto un salto hacia delante en la privacidad y una modificación en las capacidades y medios de control de la población por el Estado como nunca antes había tenido lugar.

Las barreras geográficas a la comunicación han desaparecido y esta es prácticamente instantánea, creando nuevos modos de articulación social y apareciendo un espacio virtual a la acción estratégica. Simultáneamente se han creado nuevas necesidades de recursos. El petróleo, el uranio y los minerales denominados “tierras raras” han puesto en el mapa regiones que antes carecían de relevancia estratégica, han modificado las razones de la relevancia de otras y han oscurecido el lustre estratégico de algunas.

En suma, la posición relativa de los actores estratégicos en un momento dado de la historia influye en sus políticas y estrategias. El periodo en que se formularon las bases de esta disciplina tenía su propia visión del mundo, basada en la percepción de la distancia y la relación que le daban los medios de transporte y comunicaciones de la época. La introducción del arma nuclear, con sus vectores de lanzamiento, modificó totalmente esta percepción. Si para el almirante norteamericano Mahan, en las postrimerías del siglo XIX, el estudio de las rutas de navegación y el equilibrio de las flotas mundiales fueron asuntos de la máxima importancia, la aparición de los submarinos nucleares, capaces de operar durante periodos de tiempo inimaginables hasta ese momento, que les hacía independientes de las necesidades que habían ligado durante siglos a las

⁸³ “La quinta oleada de innovaciones, que apareció al finalizar la segunda guerra mundial, estuvo dominada por la energía atómica y la electrónica. La electrónica elevó la eficacia de muchas otras tecnologías. Pero como además reducía milagrosamente el coste de usar adquirir y procesar información, aceleró el ritmo y la eficiencia del aprendizaje colectivo y permitió que este se diera a escalas globales y no solo locales.”. David Christian. *Mapas del tiempo*. Crítica. Barcelona. 2007, pág. 529.

marinas del mundo con los suministros de tierra firme, con una potencia de destrucción pensada fundamentalmente para proyectarse contra tierra y con un alcance que los desligaba de los esquemas tradicionales del empleo de los buques de guerra y que trastornaba las concepciones tradicionales de espacio y tiempo en el planeamiento de las acciones militares a nivel estratégico, parecía que mandaba al gabinete de curiosidades la Geopolítica.

Se diría que la tecnología ha relativizado tanto la posición geográfica que la ha reducido a la irrelevancia y que la geopolítica, más allá de cualquier definición, es una forma contingente de conocimiento superada por la historia, un ábaco en medio de ordenadores.

Y sin embargo, pese a los cambios que la ciencia y la tecnología han tenido en la evolución del paradigma estratégico y la visión geopolítica en los distintos sistemas estratégicos y últimamente en el sistema global, la importancia de la posición global se ha podido modificar pero no ha desaparecido⁸⁴. Puede que las armas nucleares puedan transportarse y lanzarse desde plataformas navales y aéreas de detección y destrucción extraordinariamente difícil, que las acciones en el ciberespacio puedan llevarse a cabo de forma constante y eficaz produciendo daños vitales a cualquier adversario de un extremo a otro del globo de forma instantánea, y que todo ello nos lleve a relativizar el valor de las posiciones en el espacio geográfico respecto a los demás actores.

No obstante, los medios no deben confundirse con los fines y las características y posibilidades de los medios a disposición de los actores estratégicos, que sin duda influyen en los conceptos sobre las amenazas y cómo afrontarlas y el efecto que la geografía, y la historia, tienen en la defensa frente a ellas, en el valor del espacio y el tiempo en la comprensión del constructo estratégico en cada momento.

De todas formas, lo importante es que todos estos condicionantes contribuyen a la creación de una percepción del sistema estratégico y a la configuración de una

⁸⁴ “La tecnología determina, hoy más que nunca, la auténtica capacidad para ejercer la Geoestrategia. Realmente, solo aquellas entidades geopolíticas que tienen posibilidades técnicas para actuar en las zonas que se puedan considerar de su interés, pueden tener una Geoestrategia adecuada”. Escuela Superior del Ejército. Escuela de Estado Mayor. *Geopolítica y Geoestrategia*. Madrid. 1995, pág. 28.

estructura social y a la determinación de sus intereses vitales y necesidades; en suma, de las líneas maestras de lo que suele denominarse política de estado, porque cualquier idea o grupo que se encuentre en el ámbito de decisión, forzosamente ha de atender a su consecución. Por ende, como ya se ha dicho, estas políticas se implementan con estrategias y ellas serán producidas, en último término, por esa relación de espacio en el tiempo con el mundo que rodea al actor estratégico.

3.5.3. Geoestrategia

Según el Guion de Geopolítica y Geoestrategia de la antigua Escuela de Estado Mayor del Ejército, en su versión de 1995⁸⁵, la geoestrategia se ocupa del lanzamiento de vectores de fuerza e influencia para consolidar la política elegida, atrayendo o condicionando al campo propio sujetos geopolíticos que eran hostiles o indiferentes, siendo, por tanto, responsable de solucionar problemas o neutralizar tensiones emergentes. Cuando la definición se refiere a vectores geoestratégicos, o líneas de fuerza, se incluyen procedimientos, y no solo armas. Si la geopolítica aclara las relaciones del estado con el medio, la geoestrategia estudia cómo enfrentarse a ese medio de manera que las amenazas a la voluntad del actor estratégico prevalezcan.

Tradicionalmente los conceptos geoestratégicos se han aferrado al terreno rellenándolo de punto y líneas de acción, manteniendo el lenguaje de Jomini y que en gran parte sigue resultando válido para representar los conceptos referentes a al movimiento de fuerzas, militares o no.

Si pensamos en el Pacífico oriental y queremos visualizar la actividad estratégica china, lo más fácil es una representación a través de grafos y puntos que unen puertos y aeropuertos con destinos en los cinturones de islas que circunvalan su costa, los principales productores de materias primas en el mundo asiático, las rutas de navegación marítima y aérea y los canales de suministros de materias primas de cualquier clase. Veremos así cómo la nueva ruta de la seda es no solo

⁸⁵ Escuela Superior del Ejército. Escuela de Estado Mayor. *Opus cit.*, pág. 13.

una simple expresión comercial sino la extensión de un poder económico sobre las zonas que China no quiere permitir que estén a merced de la influencia de otros actores.

Los procedimientos a que se refería el guion eran militares, o cuando menos requerían el empleo o la amenaza de empleo de la fuerza, sirviendo la aclaración para no confundir con lo que tradicionalmente durante la Guerra Fría se denominó “vector”, el medio de llevar las armas de destrucción masiva sobre el enemigo.

En Europa, la influencia de Gran Bretaña y Francia sobre sus antiguas colonias africanas se basa, amén de en la capacidad de enviar una fuerza expedicionaria si la situación se complica, como Gran Bretaña a Sierra Leona en 2002, en la capacidad de las antiguas metrópolis de incidir en las economías locales a través de la presencia de sus compañías y de los créditos de todo tipo. En este caso las redes de intereses económicos y las líneas de crédito sustituyen a las geográficas. Esta capacidad de influir les proporciona presencia casi global de bajo perfil y soluciona problemas sin acudir a las armas.

3.5.4. Los espacios marítimo y aéreo

La humanidad se asienta sobre las tierras emergidas de un planeta que solo representan las tres décimas partes de su superficie. Todo lo que hasta ahora se ha estructurado y expuesto respecto a la posición relativa, los recursos, la extensión, las operaciones militares o la proyección del poder no se comprende desde una perspectiva exclusivamente terrestre. Más aún, la visión tridimensional de la estrategia y de las relaciones entre los actores estratégicos ha sustituido, desde la Segunda Guerra Mundial, a la tradicional visión bidimensional que había existido hasta ese momento. Por otra parte, siempre ha habido corrientes de pensamiento exclusivistas que han visto en el dominio de los espacios marítimos y aéreos la baza definitiva en la conformación de un poder global, y en la posesión de la supremacía naval y aérea la sola condición para conseguir la respuesta a todas las necesidades de un determinado actor estratégico, lo que equivale a una simplificación tan peligrosa como la que atribuye al poder terrestre la exclusiva llave de la estrategia.

3.5.4.1. El espacio marítimo

El poder naval ha representado siempre un factor más geoestratégico, el vector de proyección de más lejano, rápido y seguro empleo, que geopolítico. *La Ilíada* nos proporciona el primer ejemplo de proyección de poder naval sobre una costa hostil. Es difícil suponer que con las comunicaciones, o mejor con su ausencia, de la época heroica griega, los ejércitos aqueos se pudiesen desplazar hasta Troya con la coordinación necesaria para no ser batidos uno por uno. La conciencia ateniense de la importancia de sus "muros de madera" la llevó a constituir un imperio esencialmente marítimo donde la discontinuidad entre los aliados se superaba por la existencia de una flota eficaz. La pugna que ha visto el Mediterráneo por su dominio a diferentes civilizaciones se remonta a los inicios conocidos de la política y la estrategia. Segmentado inicialmente en sus dos cuencas, separadas por la Península Itálica, los conflictos se sucedían en ambas independientemente, hasta el punto de constituir el "*Mare nostrum*", para pasar con Roma a configurar una unidad geopolítica con todas sus costas, representando el medio más eficaz para soldar al imperio mediante los lazos del interés comercial y la capacidad para desplazar rápidamente fuerzas entre sus extremos más alejados.

Pero es a partir de los inicio de la navegación atlántica, a raíz del descubrimiento de América, y del comercio con el Nuevo Mundo, cuando la conciencia de la importancia del poder naval empieza a tomar carta de naturaleza en Europa. En una nación eminentemente terrestre como Francia surge, durante la época del cardenal Richelieu, el organizador de la marina francesa de la época, el Caballero de Razilly, que escribía: " El que domina el mar posee un gran poder sobre la tierra". Para las potencias contrarias a los Habsburgo, detener la corriente de recursos desde las colonias americanas de España y la conexión de ésta con Flandes a través del Canal de la Mancha eran los pasos previos para doblar la potencia española en tierra⁸⁶.

⁸⁶ "La guerra se iniciaba con el saqueo de Vigo por parte de Francis Drake, que igualmente asestaba importantes golpes en el área caribeña (saqueos en Santo Domingo, Cartagena de Indias y San Agustín de la Florida). La reacción española se iba a sintetizar en el abortado intento

Conforme el mundo se fue ampliando con los viajes y descubrimientos y la tecnología náutica los fue haciendo más rápidos y seguros, la interrelación de los países mediante el comercio fue creciendo, por lo que la opción geoestratégica del poder naval fue haciéndose más rentable, ya que el tráfico de los imperios coloniales con las metrópolis era marítimo y esas rutas constituían siempre una vulnerabilidad. De la misma manera, la protección del tráfico y la capacidad para oponerse a las acciones de las escuadras enemigas sobre la costa propia fue adquiriendo importancia, fundamentalmente para las naciones con una situación geopolítica favorable respecto a las rutas del comercio o con intereses coloniales⁸⁷. Ha habido países, como Portugal, que ante la incapacidad de mantener un poder naval efectivo ha mantenido una alianza estratégica con Gran Bretaña para basar en su flota, tanto militar como mercante, la seguridad y eficacia de sus rutas⁸⁸.

Para países como Gran Bretaña o Japón, el ser una potencia naval ha sido un condicionante estratégico de su situación insular. En este caso, el factor geopolítico de la insularidad condiciona cualquier posible estrategia. Mientras los Estados Unidos estuvieron inmersos en la conformación de su propia entidad territorial la presencia y volumen de la marina norteamericana no fue significativa, pero al finalizar la conquista de su territorio, su expansión naval fue rapidísima y, tras derrotar a España, se convierte en una potencia colonial. La protección de su comercio y su inevitable desembocadura en el escenario internacional como gran potencia, debido a su posición central entre Asia y Europa, su extensión,

de invadir Inglaterra, tras el fracaso de la Armada Invencible el año 1588". Garcia Hernán, Enrique y Maffi, Davide (Editores). *Guerra y Sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa moderna, 1500 – 1700*. Volumen II. Ediciones del Laberinto. Madrid. 2006, pág. 321. La relación entre los poderes terrestre y naval solo son aspectos de un mismo concepto estratégico.

⁸⁷ “¿Cómo y con qué lograr el libre uso de las comunicaciones marítimas para los buques mercantes propios y para los neutrales a nuestro servicio, e impedir que circulen por el mar los buques mercantes del adversario? Por la fuerza, esto es, empleando una fuerza que actúe en el medio del mar y anule la similar que el adversario tratará de empeñar con la mismo objetivo, es decir, con la Flota militar” Luis Carrero Blanco. *España y el Mar*. Editorial Nacional. Madrid.1941, pág. 34.

⁸⁸ “Las exigencias de una colonización tan vasta y diseminada son quizás superiores a las posibilidades metropolitanas. Inglaterra sule estas deficiencias y sus buques mantienen el tráfico entre el Portugal peninsular y el Portugal ultramarino. Un tercio, al menos, de los buques que visitan a Lisboa son ingleses”. José Díaz de Villegas. *Geografía Militar de España*. Talleres del Servicio Geográfico y Cartográfico. Madrid. 1940, pág. 313.

recursos y la solidez de su elemento organizativo; convirtieron a su marina primero en una rival de la supremacía británica, luego en su igual y posteriormente en la fuerza naval que ostenta la supremacía indiscutible. Para los Estados Unidos, el mar es un imperativo geoestratégico hasta los años cincuenta, en que su exclusividad empieza a ser compartida por la capacidad de transporte y ataque estratégicos de su fuerza aérea.

La posición marítima y el depender del mar para la relación condicionan la política y por tanto las estrategias de cualquier grupo humano. Desatender esto es un factor para el fracaso de cualquier política de naciones marítimas. Esto fue lo que le sucedió a Japón durante los años treinta y cuarenta del pasado siglo. La política japonesa estaba basada en los hechos, ya citados, de su pequeña extensión comparada con su población. Este hecho condicionó su política hacia la búsqueda de mercados que absorbiesen la cada vez mayor y más diversa producción japonesa y, segundo, a ocupar territorios donde poder organizar una colonización japonesa en un futuro ulterior. El eufemismo de la “Esfera de Coprosperidad del Asia Oriental” enmascaraba el plan de Tokio de organizar esta zona en función de las necesidades económicas y políticas de Japón, sustituyendo en la tutela colonial, disimulada bajo la apariencia de gobiernos nacionales títeres, a británicos, franceses, holandeses y norteamericanos. De hecho, el ascendiente japonés sobre las poblaciones asiáticas sometidas era, desde la victoria japonesa frente a los rusos en 1905, una raza blanca, inmenso. Personajes como Emilio Aguinaldo, uno de los líderes de más peso en la insurrección filipina contra España, y Subhas Chandra Bose, uno de los más carismáticos líderes de la independencia India, fueron durante la guerra, consciente o inconscientemente, títeres de los gobiernos e intereses japoneses en sus respectivas comunidades.

El error fundamental de Japón fue el asignar a la estrategia terrestre⁸⁹, determinada por el peso político del ejército, un papel fundamental. La visión marítima fue relegada a un papel secundario, y la Rengo Kentai, la Flota Combinada, a un papel auxiliar como transporte y apoyo a las operaciones del ejército en China. Este enfoque terrestre de la política y la estrategia, con sus

⁸⁹ Paul Kennedy. *Opus cit.*, pág. 549.

correspondientes reflejos económicos y de asignación de recursos, trajo como consecuencia que, en la pugna entre China y Estados Unidos como objetivos prioritarios, las necesidades de las ofensivas en el Continente acaparasen el mayor porcentaje de recursos.

Curiosamente, Estados Unidos había determinado que la primera prioridad era la derrota de Alemania y que todo su esfuerzo naval debía de concentrarse en la batalla del Atlántico, construyendo un ejército de unidades mecanizadas y acorazadas para enfrentarse a los alemanes en Europa, antes que constituir un ejército anfíbio que se ocupase de los japoneses. La teoría de “Europa primero”, que se convertiría con el tiempo en uno de las bases de la política y la estrategia norteamericanas, no significó para el Japón más que algunos meses de respiro. La diferencia económica, fundamentalmente industrial, entre ambos países, se vio agravada por la desviación de esfuerzos hacia la conquista efectiva de China y la India respecto al mantenimiento del cinturón de seguridad insular que se había obtenido en la fase de la guerra que acabó con la Batalla del Mar del Coral. La estrategia de Japón, fundamentalmente terrestre para un país insular, se vio reflejada en que su esfuerzo naval, al contrario que el británico, no se concentró en ningún momento en la protección del tráfico mercante de materias primas. Además, al realizar una estrategia de “China primero”, los japoneses olvidaron que el único adversario que podía poner en peligro su voluntad de establecimiento de una zona económica exclusiva eran los Estados Unidos, que deseaban mantener su penetración comercial en los mercados de extremo oriente.

El ejemplo contrario se puede encontrar en la Unión Soviética. Conformado como un poder eminentemente continental y heredera de una nación donde la marina no había representado gran cosa en las decisiones estratégicas, salvo para demostrar su ineficacia como en la Guerra Ruso Japonesa de 1904 – 1905, la Flota Soviética tuvo, en sus inicios, un carácter marginal. Al comienzo de la Guerra Fría siguió siendo un elemento secundario, ya que la principal zona de enfrentamiento se suponía que iba a extenderse en Europa Central, mediante un masivo enfrentamiento de fuerzas acorazadas y mecanizadas. Como reflejo de este planteamiento, sus buques estaban pensados para proporcionar apoyo a

los flancos del enfrentamiento terrestre y mantener alejadas de las aguas soviéticas a las fuerzas occidentales, fundamentalmente de portaviones.

Con la llegada de Kruschov y el desarrollo de misiles superficie - superficie, el planteamiento estratégico no cambió sustancialmente. Lo que lo cambió todo fue la aparición de los submarinos armados con misiles "*polaris*". Como la amenaza no estaba en los portaviones sino en submarinos que no operarían en las aguas próximas a la unión Soviética, la URSS se vio en la necesidad de construir una Armada oceánica para destruir esta amenaza. Una rémora para el desarrollo naval soviético fue, constantemente, su inferioridad tecnológica respecto a Occidente y su posición geográfica, que abocaba a sus cuatro Flotas; Norte, Báltico, Mar Negro y Pacífico, a combatir casi independientemente. Esta circunstancia hizo que a partir de 1975 la URSS iniciará un programa de construcciones dedicado a conseguir escuadras equilibradas con buques especializados⁹⁰. La adquisición de las bases en Vietnam⁹¹, tras la victoria del Norte y la unificación del país, significó que la Flota del Pacífico podía liberarse de la pesadilla del hielo más al sur de Petropavlovs.

De ser un elemento secundario la flota soviética estaba pasando a desempeñar un papel principal, en el que su papel sería, si no de dominio del mar, innecesario por la autosuficiencia soviética en recursos, si de negar la libertad de navegación y aprovisionamiento occidental y de destrucción de sus unidades capaces de operar contra el territorio soviético. Esto fue producto de una reacción adaptativa a la evolución del pensamiento naval y la tecnología norteamericana, que había sido identificada como su principal adversario.

En los dos casos, frente a Japón y frente a la Unión Soviética, el concepto estratégico norteamericano fue superior al de sus adversarios y acertó a mantener una dinámica naval pujante tanto en los momentos bajos de sus fuerzas terrestres durante la política aislacionista de los años treinta del siglo XX como durante la fase expansionistas de las mismas durante la Guerra Fría. La Geoestrategia norteamericana comprendió que su concepto geopolítico

⁹⁰ John Jordan. *Guía Ilustrada de la Armada Soviética*. Ediciones Orbis. Barcelona 1987, págs. 6 a 15.

⁹¹ Hervé Coutau-Bégarie. *Geoestrategia del Pacífico*. Ediciones Ejército. Madrid 1990, pág. 137.

implicaba unas estrategias naval y económica en las que el factor naval era crucial.

3.5.4.2. El espacio aéreo

En apenas un siglo, la capacidad de movimiento aéreo, combinado con otros factores tecnológicos ha revolucionado el pensamiento estratégico e introducido nuevas dimensiones en el quehacer político de los actores estratégicos. Dos fueron los tipos de cambios que la capacidad de desplazamiento aéreo realizó en las teorías estratégicas. Por un lado:

“Las características de los medios aéreos incorporan un nuevo conocimiento de las distancias, modifican los plazos de actuación, multiplican los contactos, reducen el mundo, debilitan las defensas y activan rápidamente la información y la desinformación. Estas consideraciones disminuyen la importancia de los factores estables del espacio geopolítico, particularmente la extensión, el relieve y el clima como obstáculos a las comunicaciones.”⁹² .

Por otro, la disminución en los plazos de empleo redujo los plazos de toma de decisiones. Un ejército necesitaba meses para estar dispuesto, una escuadra necesitaba semanas desde que zarpaba hasta que se encontraba en su zona de acción, una flota aérea necesitaba unas pocas horas desde que recibía la orden de actuar hasta que se encontraba sobre el objetivo, pero, y esto era lo verdaderamente significativo, el enemigo podía hacer lo mismo.

Los primeros pensadores sobre el poder aéreo fueron el italiano Giulio Douhet y el norteamericano Willian Mitchel. Ambos contemporáneos, vieron en el arma aérea la posibilidad de superar las hecatombes de la I Guerra Mundial, el arma aérea sería la baza fundamental, y casi exclusiva, en las siguientes guerras. Acertaron en pronosticar que las formas diplomáticas cambiarían, ya que al depender el éxito de una sorpresa fulminante las formalidades diplomáticas desaparecerían. En contraposición con estas teorías exclusivistas, el británico Lord Huger Trenchard consiguió formular una doctrina aérea que, aunque inspiró

⁹² Escuela Superior del Ejército. Escuela de Estado Mayor del Ejército. *Opus cit.*, pág. 105.

la constitución de una RAF independiente, no pretendía sustituir a los otros servicios armados, aunque tampoco colaboraba con ellos, sino prepararse para resistir y derrotar una gran ofensiva aérea sobre el territorio británico constituyendo la capacidad para llevar la guerra al corazón del enemigo⁹³. Todas estas teorías fueron refrendadas, especialmente la concepción de Trenchard, por la II Guerra Mundial. Sin embargo, aunque esta contienda supuso la mayoría de edad del concepto de Estrategia Aérea, se necesitaría el arma nuclear para elevar a la categoría de decisivo el vector aéreo. Durante la contienda, el esfuerzo aéreo necesario para que se notase una reducción significativa de la producción alemana no se produjo hasta 1945. Las campañas de bombardeos masivos de 1943 y 1944 sobre Alemania no impidieron un incremento de su producción de aviones⁹⁴. Ciertamente que los bombardeos acabaron en 1945 por colapsar la industria alemana, en especial la petroquímica dedicada a la producción de combustible sintético y su sistema de transporte, pero tan demoledor como el número de toneladas arrojadas sobre Alemania fue la progresiva pérdida del *Reich* de los recursos como consecuencia de su constante retirada, fundamentalmente por el impulso soviético.

El arma nuclear significó la mayoría de edad de la estrategia aérea. A partir de aquí si era posible la paralización de un adversario mediante el exclusivo empleo de la superioridad aérea y funcionaba a la perfección el empleo como medio disuasorio del bombardeo estratégico. Pero, casi automáticamente, se produjo la paradoja nuclear. La estrategia se basaba en el no empleo del arma. Por tanto, el empleo del arma aérea siguió los pasos de la Segunda Guerra Mundial a base de los bombardeos masivos. Vietnam demostró que para tener éxito un arma de la era industrial necesitaba blancos de la era industrial. Contra un ejército de tecnología básica y tácticas de guerrilla la superioridad aérea norteamericana fue efectiva a nivel táctico para desmontar ataques y asedios, pero ineficaz para

⁹³ “La doctrina del bombardeo estratégico, como la interpretación francesa de la nación en Armas, procedía del reconocimiento de los aspectos económicos de la guerra europea del siglo XX. Su implícito concepto [...] era defensivo. Los bombarderos tenían que disuadir al enemigo de atacar ante la amenaza que se cernía sobre sus ciudades.” Hew Strachan. *Opus cit*, pág. 278.

⁹⁴ Las cifras de producción alemana de aviones de todos los tipos son las siguientes: 1942: 15409; 1943: 24807; 1944: 39807; 1945: 7540. Es decir, entre 1942 y 1944 se mantuvo un incremento constante de la producción del 60% anual. Comparativamente, todo el Imperio Británico solo produjo en 1944 el 75% del *Reich*, sin sufrir los masivos bombardeos que recibían a diario las instalaciones alemanas. Datos de Paul Kennedy. *Opus cit*, pág. 554.

poner de rodillas al régimen de Hanoi, ya que este no tenía que preocuparse de mantener un nivel de bienestar en su población, ni necesitaba para abastecer su ejército de complejos sistemas fabriles, ni su red de comunicaciones, con una red de carreteras y ferrocarriles mínima, podía ser colapsada. Por otra parte, progresivamente se ha ido imponiendo el criterio de limitar las bajas en la población civil enemiga. Si una de las finalidades específicas de los bombardeos sobre Alemania había sido socavar la moral del pueblo alemán al verse sometido a terribles bajas sin que su gobierno pudiese evitarlo, ese pensamiento se consideró solo válido para el empleo de las armas nucleares.

A la finalización de la Guerra Fría, los conceptos de "Daño colateral" y "Bajas cero" llenaron los medios de comunicación. Ahora, ya no solo había que destruir un centro de mando: había que destruir solo la instalación militar sin dañar, en lo posible, las propiedades y las vidas circundantes. El abandono de la población como objetivo ha supuesto el que una parte del pensamiento militar, fundamentalmente del originado en medios aeronáuticos, se oriente hacia un exclusivismo aéreo. No hace falta la intervención de las fuerzas terrestres. Solo las aéreas, dotadas de armamento inteligente, son suficientes para desarticular cualquier resistencia como se ha demostrado en el Golfo en 1991, Bosnia y Kosovo. Al igual que Nivelles en 1917 afirmaba que "La artillería conquista y la infantería ocupa", una escuela nos dice hoy que la aviación paraliza y las fuerzas terrestres rematan la acción y ocupan. Los casos de Bosnia y Kosovo muestran que la acción aérea, más que bajas en las fuerzas agresoras⁹⁵, crearon en el mando político la percepción de que los aliados tenían la firme determinación de acabar con un estado de cosas. La acción aérea se convierte así en un medio privilegiado para influir directamente sobre la capacidad de decisión individual

⁹⁵Los aviones de la OTAN destruyeron una mínima parte de los blancos que se reivindicaron durante la campaña de ataques aéreos sobre Kosovo. Las cifras, según un informe de la USAF sobre el terreno, de blancos destruidos, se rebajarían: De 120 Carros de combate a 14, de 220 vehículos de combate de Infantería a 18 y de 450 Piezas de Artillería a 20.

Los ataques fueron eficaces contra posiciones fijas e infraestructuras de comunicaciones, pero el constante movimiento de unidades y empleo generalizado por el Ejército Federal Yugoslavo de carros de combate, piezas de artillería y posiciones simuladas, limitó en gran medida los efectos de los mismos sobre las Unidades. Mando de Adiestramiento y Doctrina. Dirección de Investigación y Análisis para el Combate. *Boletín de Lecciones Aprendidas*. Septiembre 2.000, pág. 5.

del factor humano. Además la acción aérea supone un grado relativamente bajo de implicación del poder nacional y la interoperabilidad, la capacidad de las distintas fuerzas aéreas de operar juntas, es muy elevada, porque el número de modelos es reducido y los procedimientos son sensiblemente iguales, de manera que la actuación de las coaliciones encuentra en este campo unas facilidades que no encuentra en las fuerzas terrestres.

Las conclusiones para la política y la estrategia son que la acción aérea permite una acción directa sobre los centros de gravedad adversarios permitiendo un bajo perfil de repercusión en la opinión pública y el estatus legal⁹⁶, pero exige una tecnología capaz de minimizar las posibles bajas de no combatientes. La acción aérea proporciona una expresión clara de la voluntad de intervención comprometiendo un mínimo del potencial nacional, pero siempre exige el disponer de fuerzas terrestres dispuestas para recoger los frutos de una campaña aérea exitosa. Sin embargo, el impacto en todos los adversarios no es comparable, el número e importancia de blancos decisivos para ser atacados desde el aire debe ser suficiente para que el empleo del poder aéreo sea efectivo, así como el elemento colectivo del factor humano: la población, su cultura, los medios de difusión de información y conformación de opinión, han de permitir que la acción aérea sea efectiva.

3.5.4.2.1. El espacio próximo a la Tierra como nicho estratégico

El 4 de Octubre del año 1957 se produjo un acontecimiento histórico, el lanzamiento por la URSS del primer satélite artificial, el Sputnik. El grado de preocupación que causó entre los políticos y militares occidentales, fundamentalmente entre los norteamericanos, no vino en función de los resultados prácticos de aquella primera esfera que apenas podía más que transmitir su posición, sino por el hecho repentino de comprender que el espacio exterior podría ser empleado por los soviéticos para algo más. El Sputnik solo constituía el primer paso, él sería la carabela del descubrimiento, detrás vendrían

⁹⁶ Las incursiones de Estados Unidos sobre Trípoli en 1986 y de Israel sobre Irak en 1981 no supusieron la puesta en marcha de operaciones mayores ni supusieron un agravamiento de las tensiones entre estos países.

flotas enteras. El espacio permitía el posicionamiento de armas en órbita que amenazarían a cualquier territorio del planeta sin posibilidad de respuesta. Igualmente, la capacidad de reconocimiento y enlace proporcionarían definitivamente, a quién dispusiese de satélites, la capacidad de ver "al otro lado de la colina", como decía Wellington. La sorpresa estratégica había desaparecido. Solo quien pudiera ocultar sus movimientos en el espacio podría desencadenar ataques antes de que el adversario tuviese conocimiento.

Afortunadamente, aunque el espacio exterior se ha convertido en un área en la que se desarrollan actividades estratégicas con la misma profusión que en cualquier otro en la superficie, éstas se orientaron pronto más por el aspecto defensivo que por la capacidad de ataque desde el cielo, la cual fue objeto de tratados internacionales que limitaron su empleo desde un primer momento⁹⁷, ante el temor a las consecuencias. En el plano defensivo, la detección de posibles lanzamientos enemigos desde el espacio ha sido que la capacidad de reacción al ataque de un adversario, antes nula, podía llegar a los treinta minutos. La única respuesta posible consistía en el contragolpe, que podía encontrarse basado en cualquier parte del globo gracias a los submarinos con misiles balísticos, de modo que el concepto de espacio físico soporte de la actividad de un actor estratégico que se ha visto en el primer epígrafe quedó, una vez más, modificado. El ataque nuclear contra el territorio enemigo no implicaba la desaparición de la amenaza de sus armas nucleares, ni la anulación por sorpresa de su capacidad de decisión, que en media hora podía ser puesta a salvo, por lo que la relación coste eficacia, base de cualquier estrategia de disuasión, seguía funcionando más allá de lo imaginado inicialmente.

El espacio siguió durante casi veinticinco años libre de otro empleo militar que no fuese el reconocimiento, mediante imágenes o procedimientos electrónicos, de las actividades y comunicaciones de los posibles adversarios de la Guerra Fría. Pero en 1983 este panorama cambió. El 23 de marzo, el presidente norteamericano Ronald Reagan en un discurso televisivo expuso:

⁹⁷ La prohibición expresa figura en el "Tratado sobre los principios que deben regir las actividades de los Estados en la exploración y utilización del espacio ultraterrestre, incluida la Luna y otros cuerpos celestes" de 27 de enero de 1967. Este tratado prohíbe la localización en el espacio exterior de armas de destrucción masiva.

“La imagen de un mundo futuro libre, en gran medida, de las armas nucleares; la amenaza moralmente impugnable de la aniquilación mutua, debe ser sustituida por un sistema de defensa no nuclear puramente defensivo”.⁹⁸

La Iniciativa de Defensa estratégica o “guerra de las galaxias” había nacido. Su solo anuncio produjo una conmoción estratégica, aún sin saber si era tecnológicamente viable. La única defensa existente hasta entonces era el cinturón de defensa antimisiles de Moscú, que ya estaba operativo a la firma del tratado ABM en mayo de 1972, y que supuso que se renunciaba a un escudo precisamente para que la disuasión siguiese funcionando. Con la IDE (Iniciativa de Defensa Estratégica) los Estados Unidos pretendían dotarse de un sistema para la intercepción en el espacio de los misiles soviéticos, lo que significaría el fin de la validez del principio estratégico de la disuasión. Uno de los actores del sistema, los Estados Unidos, tendría la posibilidad de lanzar ataques sobre el territorio del otro minimizando la capacidad de respuesta, ya que las andanadas soviéticas sufrirían grandes pérdidas en el espacio. El sistema mereció todas las críticas no solo de los soviéticos, que vieron en peligro su capacidad de victoria, sino entre los aliados europeos. Estos pensaron que si los Estados Unidos se sentían seguros, la consecuencia sería que no les importaría una escalada nuclear, ya que no tendría consecuencias sobre su territorio, siendo el “pilar europeo de la alianza” quién recibiese de lleno la capacidad nuclear y convencional soviética. Psicológicamente, el impacto sobre la *nomenklatura* soviética fue innegable y Gorbachov afirma que fue uno de los acontecimientos que le convencieron de la necesidad de reformas profundas en el sistema soviético para garantizar su supervivencia⁹⁹.

El proyecto fue definitivamente abandonado hasta su reactivación parcial por parte del presidente Bush en el año 2001. El enorme gasto que suponía se justificaba por los estados denominados “canallas”, o fuera del sistema de

⁹⁸ Texto completo en: A. Graf, V. Rothenburg y R. Wäsche. *IDE: ¿Hacia una nueva dimensión de a Defensa?*. Ediciones Ejército. Madrid. 1988, págs. 241 - 244.

⁹⁹ “Fue Gorbachov quien me contó la reunión entre Andropov y los científicos soviéticos, descolgados por el poder político de esa línea de investigación. Estos le confirmaron la posibilidad de llevar a la práctica lo que decía Reagan. «No lo tienen todavía. Pero con la tecnología de que disponen, voluntad y dinero, lo conseguirán». Felipe González Márquez, ex – presidente del Gobierno Español. *Diario La voz del Interior*. Edición digital. Viernes 23 de febrero de 2001. http://www.lavozdelinterior.com/2001/0223/nota17020_1.htm .

relaciones diplomáticas convencionales. Las reacciones negativas fueron similares y por parecidos motivos. La Federación Rusa veía debilitada la posición de su arsenal nuclear, que es casi lo único que le garantiza un estatus de potencia a tener en cuenta. Los europeos, blancos como antaño de los enemigos de Washington, creen que un exceso de seguridad puede acarrear un desacople de los compromisos norteamericanos y acentuar el unilateralismo de los sectores conservadores.

La consecuencia es que la política de primacía mundial de los Estados Unidos tiene uno de sus campos de acción en el espacio exterior y ha forzado a los otros actores globales, como Rusia y, especialmente, China, a realizar inversiones suficientes para desempeñar una presencia significativa en este ámbito.

La capacidad de vigilancia de todo tipo que proporciona la red de satélites proporciona una ventaja indiscutible a la hora de que el círculo decisor correspondiente, su elemento individual del factor humano, sea capaz de basar sus cálculos en elementos mucho más numerosos y precisos que los sistemas decisionales de otros actores. Esto tiene el efecto de generar desconfianza entre los aliados respecto a informaciones no compartidas, lo que constituye un acicate permanente para que todos los actores estratégicos de mediano orden que posean la capacidad económica y tecnológica se doten de sus correspondientes redes de satélites de vigilancia y comunicaciones, contribuyendo a la militarización del espacio y consagrándolo como un espacio estratégico no solo de unos pocos actores punteros, sino de empleo general, trasladándose a éste la constante pugna estratégica global.

3.6. Consideraciones al Marco Teórico

A lo largo del capítulo se han articulado tres conceptos que aspiran a configurar un marco referencial en el que poder definir sistemas estratégicos y estudiar las acciones de sus componentes para superar a sus adversarios, teniendo principalmente en cuenta, aunque no solo, la situación geográfica respecto a riesgos y oportunidades.

El concepto de estrategia ha ido ampliando su significado desde una materia puramente militar, apegada a los campos de batalla, y que iba a la zaga de la política, a representar procesos intelectuales de análisis de las amenazas y las acciones para llegar a situaciones deseadas previamente establecidas, que a su vez se pueden modificar en función de los acontecimientos, formando parte de los procesos políticos en todas las etapas y momentos de la vida del actor estratégico sea cual sea su nivel de organización¹⁰⁰.

Esto ha tenido un reflejo en los medios a través de los cuales los actores estratégicos han desarrollado su acción. Desde la fuerza organizada en todas las dimensiones: tierra, mar aire y espacio exterior, según los fines y posibilidades de cada componente de un sistema estratégico, hasta los juegos de alianzas, medidas económicas, acción psicológica y el dominio del espectro electromagnético y el espacio cibernético para atacar las infraestructuras, comunicaciones, economía y percepciones de la población y los niveles de decisión del adversario.

Todo el desarrollo de las comunidades humanas como sujetos estratégicos se ha visto influido por dos aspectos determinantes: la situación relativa de los otros, de los grupos que son susceptibles de ser competidores y de la capacidad de

¹⁰⁰ “A este respecto, el General Baufre, ilustre tratadista francés (1902 – 1975), refiere lo siguiente: Lo mismo que Monsieur Jourdain hablaba en prosa sin saberlo, son numerosos los que hacen Estrategia más o menos inconscientemente. Pero a diferencia de Monsieur Jourdain, es más difícil hacer una buena estrategia que prosa, tanto más si tenemos en cuenta, que, si bien emplea con frecuencia el nombre de Estrategia, las realidades que encubre son generalmente ignoradas” Escuela Superior del Ejército. Escuela de Estado Mayor. *Introducción a la Estrategia*. Madrid. 1995, pág. 33.

relacionarse con ellos a pesar de las distancias, y la diferencia en el grado de desarrollo cultural y tecnológico y la dirección del gradiente de dicha diferencia.

Surge, de forma relativamente reciente, la disciplina de la geopolítica, seguida de otras numerosas conceptualizaciones “Geo”, como la geoestrategia y la geoeconomía. En suma, la geografía humana en relación al conflicto. Donde están los recursos que permiten una tecnología que resulte dominante allí habrá pugna por el dominio de los recursos que la sustenten. La distribución de las poblaciones y las riquezas, puestas en contacto a través de la ciencia y la técnica, van a configurar sistemas de relaciones en los grupos humanos desarrollan el devenir histórico. No se trata de describir una situación fija, por más que la existencia histórica de la humanidad sea irrelevante en la escala geológica¹⁰¹ y no ha sufrido fenómenos globales que hayan afectado significativamente a su comprensión del entorno.

La distribución de tierras y mares es hoy casi exactamente la misma que hace cinco mil años y, sin embargo, la distribución de grupos humanos en la superficie y su capacidad de relacionarse a través de las masas de agua, y desde hace poco más de un siglo por el aire, ha cambiado sustancialmente.

Y sin embargo, sin importar los cambios en sistemas políticos, religión o régimen de distribución del trabajo y la riqueza, los grupos que ocupan lugares similares acaban teniendo la misma visión respecto a los grupos con los que interactúan en función de sus posiciones relativas.

El otro factor, la tecnología, explica cómo se producen los contactos, si estos son unívocos o biunívocos y en buena parte el resultado de los mismos. La expansión europea se asentó en ventajas tecnológicas y no en abundancia en riquezas o población o en superiores procedimientos para gestionar las necesidades diarias de las sociedades.

¹⁰¹ “En Alemania, la geografía histórica de finales del siglo XIX Encuentra su maestro en la persona del gran geógrafo Ratzel. Sus concepciones, ordenadas en torno de las nociones de posición (*die lage*) y de espacio (*die raum*), conducen , en el periodo entre las dos guerras, al nacimiento de la geopolítica.”. André Burgurière. *Diccionario de Ciencias Históricas.(Entrada Geografía histórica / Geohistoria)*. Akal. Madrid. 1991, págs.. 314 – 315.

Con estos conceptos: estrategia, geopolítica y devenir cultural a lo largo de la historia, se van a analizar los actores estratégicos asentados a través de los tiempos en los territorios que hoy son España, para tratar de encontrar sus visiones geopolíticas y establecer un concepto lo más adecuado posible a la situación actual.

4. ESTRATEGIA Y GEOPOLÍTICA ESPAÑOLAS. DESARROLLO HISTÓRICO HASTA EL SIGLO XX

4.1. La Península Ibérica como elemento estratégico en la antigüedad clásica

Tras la introducción teórica se va a pasar a la particularización para el caso español de los conceptos expuestos, es decir, a tratar de formular la aplicación de la lógica geopolítica por los poderes que se han sucedido en la Península Ibérica de forma hegemónica, examinando sus opciones en relación a los poderes que les han disputado la aplicación de su voluntad, esto es, la consecución de sus estrategias, analizando la influencia de la situación geográfica de los actores en disputa en cada caso y valorando las decisiones a la luz de los resultados obtenidos, sin perder de vista la influencia de factores como los culturales y tecnológicos en los enfrentamientos .

Un problema metodológico puede encontrarse en determinar qué se considera un actor estratégico de carácter hegemónico en el ámbito peninsular. El solar de nuestra Patria no siempre ha albergado un único actor estratégico, y cuando así ha sido no siempre ha tenido a España como única o principal referencia geográfica sobre el que organizar una estrategia y comprender una geopolítica. Ni el poder romano contemplaba a la Península como núcleo de sus preocupaciones estratégicas y su visión geopolítica, ni tampoco durante el periodo de la Casa de Austria, pese a que el cerebro y el corazón de la Monarquía residían en la Península Ibérica, sus principales afanes estratégicos se encontraban en ella.

Así pues, tenemos el caso de que el territorio peninsular ha estado dividido en diversas unidades políticas o ha correspondido a poderes que abarcaban mucho más allá de sus límites y solo a partir del fin de la guerra Hispano – norteamericana y de la pérdida de la presencia política, administrativa y militar

en América y Asia se inicia la visión estratégica y geopolítica que se extiende hasta la actualidad.

4.1.1. Inicios remotos. Grecia y la conformación del espacio mediterráneo

Lo cierto es que cuando la Península Ibérica nace a la Historia¹⁰² lo hace en el seno del mundo greco – romano, y es conveniente hacer un somero estudio del desarrollo del entorno estratégico y geopolítico del mundo clásico para ver el papel que tiene el territorio hoy español en los sucesivos esquemas estratégicos y cómo fue comprendido su papel en relación con otros actores contemporáneos.

Las dos civilizaciones que van a conformar el Occidente actual, Grecia y Roma, son estratégicamente hablando, mediterráneas por necesidad. Para Grecia la colonización era una necesidad para mantener el sistema de polis de forma sostenible¹⁰³. Lo reducido de los entornos rurales de los que extraer recursos, y lo escaso de lo que se obtenían, empujaba necesariamente a una periódica regulación de la población por el expediente de la fundación de nuevas ciudades.

Platón¹⁰⁴ definió a los griegos como “ranas en torno a una charca” en referencia a la conexión vital entre la civilización helénica y el Mediterráneo aunque reconocía, en boca de Sócrates, la pequeña porción del mundo en el que la civilización griega se desarrollaba. Todos los poderes que se han asomado a este mar han tenido la necesidad de asegurarse la mayor extensión de litoral posible.

¹⁰² *La Biblia* menciona en Jonás, Cap. 1,3, cómo el profeta trata de escapar al mandato divino de predicar en Nínive y piensa en huir a Tarsis que algunos han querido ver como Tartessos, aunque sin ninguna base firme. La primera aparición de la Península puede encontrarse en el siglo V a. C. en Herodoto quien denomina Iberia a la tierra en la que se encuentran las Columnas de Hércules.

¹⁰³ “Las condiciones eran más favorables para una expansión colonial en el oeste. Aquí faltaba una potencia política, como lo era Asiria en el este [...] Una importante condición previa general para la colonización fueron los grandes adelantos de la náutica, el paulatino aumento del tamaño de los barcos y de su resistencia, en último término, los conocimientos geográficos del mundo occidental transmitidos por los pilotos griegos desde el término de la época micénica” *Historia de Grecia*, Hermann Bengtson, RBA. Barcelona. 2005, págs. 62 y 63. El capítulo está dedicado a “Expansión de los Griegos por el mar Mediterráneo (750 – 550 a. de C.)” y proporciona detalles sobre la cronología y motivaciones de los movimientos griegos.

¹⁰⁴ Platón, *Diálogos. Fedón o de la inmortalidad del alma*. Espasa Calpe Mexicana. México. 1982, pág. 102.

Lo compartimentado del territorio griego hacía muy difícil el encontrar zonas de colonización cercanas a las polis ya existentes y llevó a una expansión marítima de los pueblos helenos, tanto el oeste, donde la Península Italiana y la isla de Sicilia ofrecían grandes oportunidades para el asentamiento de nuevas comunidades, como hacia el este, donde la costa occidental de Anatolia y, sobre todo, la costa del Mar Negro, proporcionaban un entorno favorable para el desarrollo de nuevas polis y la explotación de recursos naturales abundantes con los que abastecerse y establecer canales comerciales a través de todo el Mediterráneo¹⁰⁵.

Se fue así extendiendo por la ribera Norte del Mediterráneo, en ambas direcciones, este y oeste, una serie creciente de entidades políticas que reproducían los afanes e intereses de la matriz griega en lengua, cultura e instituciones.

Paralelamente, la ribera sur vio un desarrollo parecido de una serie de pueblos de raíz semítica que desde la costa del actual Líbano se extendieron y desarrollaron hasta coincidir con los griegos en la Península Ibérica¹⁰⁶. Ésta, por sus recursos, población y habitabilidad supera, que no excluye, desde el principio a la costa Norte de África en las apetencias de expansión económica, demográfica y militar de los fenicios.

La organización política de las polis griegas y su visión del resto del mundo griego generaba unos intereses estratégicos y una visión geopolítica de corto alcance, centrada en la supervivencia de cada ciudad¹⁰⁷ en un entorno de

¹⁰⁵ Para una comprensión del fenómeno colonizador griego consultar en: Sarah Pomeroy, Stanley Burstein, Walter Dolan y Jennifer Tolbert Roberts. *La Antigua Grecia*. Crítica. Barcelona. 2011. En concreto el epígrafe “*El Movimiento Colonizador*” del capítulo 3, págs. 120 y ss.

¹⁰⁶ “Los levantinos a los que los griegos llamaban “fenicios” (“la gente de la púrpura” por la habilidad en la fabricación de cierto tinte de este color) también cruzaban el Mediterráneo de un extremo a otro. En ca. 750 – 720 a. de C. estos fenicios habían llegado por el oeste hasta la costa sur de España e incluso habían pasado el Estrecho de Gibraltar.....El ejemplo de los fenicios probablemente espoleara a los griegos a reanudar la colonización en ultramar en vez de limitarse a hacer viajes de ida y vuelta [...] A partir de mediados de la década de 730 dio comienzo un torrente de fundaciones griegasMientras tanto las zonas más alejadas del Mediterráneo occidental, incluida España y el norte de África, eran colonizadas por los fenicios. Robin Lane Fox. *El Mundo Clásico*. Editorial Crítica. Barcelona. 2007, págs. 62 y 63.

¹⁰⁷ “Puesto que cada polis, incluso la más pequeña vigilaba celosamente su propia autonomía, todos los intentos de estructura de poder superior estaban de antemano fuertemente debilitados y a la larga condenados al fracaso”. Hermann Bengtson. *Opus cit.*, pág. 103.

relaciones altamente competitivas respecto a otras polis o a los naturales de los territorios de colonización.

Hubo un paréntesis de unidad relativa y comprensión de la situación estratégica general cuando el mundo griego chocó con el Imperio Persa. Como veremos a lo largo de este capítulo, este es el tipo de enfrentamientos que surgen de una cierta lógica geopolítica, es decir, que aparecen constantes de actuación entre los poderes que ocupan las mismas posiciones geográficas relativas. A través de la historia en este espacio se ha desarrollado la pugna entre el poder dominante en la Península Helénica y el actor estratégico que se asiente en el espacio entre Anatolia y la Meseta Irania.

Hacia el oeste las colonias de la Magna Grecia no tenían que enfrentarse a vecinos con una organización comparable en tamaño y complejidad organizativa al Imperio Persa. Aunque el poder cartaginés intentó desde su constitución la eliminación de los griegos de Sicilia, sus capacidades militares estaban alejadas de la consecución de esta empresa, por lo que la desunión siguió siendo la norma. Las colonias griegas de la costa noreste española no constituyen en esta época ninguna unidad que no sea el vínculo a la vida comercial mediterránea.

Tras el periodo de forzosa unidad entre los que hacen frente a un enemigo común, Atenas y Esparta, los dos poderes hegemónicos en el siglo V a. C. en el mundo griego sostienen una guerra enconada que apenas rebasa los límites del mar Egeo. Tucídides explica en su *Historia de la Guerra del Peloponeso* cómo el temor a una posible hegemonía ateniense desencadena las hostilidades¹⁰⁸. Cuando Atenas extendió la guerra a Sicilia, apenas a 750 kilómetros (una semana de navegación a vela en malas condiciones) fue incapaz de sostener el esfuerzo y perdió su masa de maniobra terrestre y su fuerza naval¹⁰⁹ a manos de los siracusanos, aliados siciliotas de los espartanos. Como el sistema estratégico griego era multipolar, la caída ateniense solo propició el ascenso tebano y así continuó hasta su desaparición en un imposible todos contra todos.

¹⁰⁸ Tucídides. *Historia de las Guerras del Peloponeso*. Alianza Editorial. Madrid. 1989, pág. 119.

¹⁰⁹ J.F.C. Fuller. *Batallas decisivas del Mundo Occidental*. Ediciones Ejército. Madrid. 1979, págs. 85 a 103.

El proceso de toma de decisiones, democrático u oligárquico, alejaba las expectativas de un *status quo* sostenible.

El caso de Alejandro merece una reflexión aparte. El perímetro egeo implica una afinidad con la costa opuesta respectiva de cada orilla; de hecho, hasta el desencadenante de las guerras médicas fue la sustitución del mosaico de polis griegas de Asia Menor por una Satrapía persa. Se había pasado de una costa opuesta afín a una adversaria. Geopolíticamente hablando el conflicto era inevitable. No solo al este; al sur, Egipto también era una provincia persa desde la que se podía amenazar las grandes islas de Creta y Chipre y forzar a las ciudades fenicias a poner su flota a las órdenes persas.

Así, la campaña alejandrina contra el Imperio Persa procede de una doble necesidad, en el plano interior afianzar un reinado que se había iniciado por el asesinato del monarca anterior, Filipo II, a la vez que se unificaban todos los actores del sistema estratégico griego en una sola empresa, que la lógica geopolítica, la constante amenaza de un arco de costa persa potencialmente hostil, situaba en el este.

La rapidez de la conquista y la extensión del territorio sometido a un poder helénico, alguno por breve tiempo, solo se explican por la fragilidad del estado persa en el momento de la conquista macedonia. La periferia del imperio se sentía cómodo en su interior, pero no estaba dispuesto a luchar por él y el núcleo medo era crónicamente inestable.

El resultado de la desaparición del poder persa no es una estructura política unificada. La conquista fue demasiado rápida y sobre bases exclusivamente personalistas como para sobrevivir al conquistador. Alejandro al morir no tenía claro cuál era el modelo administrativo sobre el que quería sustentar su imperio. Es fácil a más de dos mil años vista atribuirle un voluntad multicultural que casa bien con el pensamiento político contemporáneo, pero es dudoso que más allá de la obligada descentralización para poder establecer un régimen efectivo, dado el estado de la tecnología de las comunicaciones de la época y la necesaria aquiescencia de las élites locales, que verían en todos los cambios de dinasta

confirmados sus privilegios¹¹⁰, las concesiones a las culturas locales para asegurar un mínimo de tranquilidad de sus nuevos dominios supusieran una voluntad de crear un espacio donde la cultura griega fuera una entre iguales y no la dominante.

Al igual que los romanos más tarde, el acercamiento a las formas asiáticas trajo como consecuencia la divinización del monarca, algo totalmente extraño a la religión tradicional griega pero útil como última garantía de la lealtad de los súbditos de las regiones recién incorporadas. La prematura muerte de Alejandro trajo como consecuencia la fragmentación de su imperio y el retorno al paradigma de los reinos de los diádocos que reproducían a gran escala el sistema estratégico de las polis griegas corregido y aumentado.

La geopolítica estableció sus reglas en Oriente y los sucesores de Alejandro reprodujeron el esquema de alianzas y enemistades que se habían sucedido desde que en el cuarto milenio a. de C. la geografía hubiese determinado la conformación de las primeras grandes unidades estatales de la historia humana entre los Montes Zagros y el Nilo. Los Seleúcidas heredaron los espacios anatolio e iranio, de rápida pérdida, y la enemistad con el Egipto Lágida, que, a lo largo de las sucesivas dinastías, había chocado siempre en el corredor de Siria – Judea - Fenicia con las potencias del noreste. Aunque reveladoras de las constantes geopolíticas, estos movimientos resultaron absolutamente ajenos a las circunstancias de la Península.

A pesar de que las Guerras Médicas y del Peloponeso implicaron a actores estratégicos de todo el mundo griego, no definieron nuevas ambiciones ni paradigmas estratégicos por parte del bando vencedor en cada ocasión. El modelo estratégico y el concepto geopolítico, ambos limitados e individuales, considerando los hegemones de cada momento a los aliados como súbditos, se mantuvieron inmutables.

¹¹⁰ “El trato preferente a sus colaboradores persas y la generosidad hacia sus valientes enemigos fueron imprescindibles para la estabilización del dominio de Alejandro en las lejanas tierras de Oriente. Pero, al mismo tiempo, la creciente relevancia y los privilegios de los notable persas provocaron la envidia y el despecho precisamente entre los más altos cargos macedonios del ejército.”. Heinz Heinen. *Historia del Helenismo*. Alianza Editorial. Madrid. 200, pág. 30.

Visto el concepto geopolítico griego, que descubre la Península pero no la incorpora a sus conceptos estratégicos¹¹¹, volcados al Mediterráneo Oriental veamos ahora la relación entre el Península y Roma en el aspecto estratégico. Sin embargo, es interesante no perder de vista las combinaciones estratégicas y el imperativo geopolítico expuesto hasta ahora porque lo veremos repetido cuando sea un actor español el que constituya un sistema estratégico con los poderes establecidos en la zona durante los siglos XIV a XVIII.

4.1.2. Roma y la aparición de la geopolítica del Mediterráneo

La diferencia fundamental entre los mundos romano y helénico es que el romano tuvo desde sus orígenes un centro de poder claro, que fue tomando conciencia de su situación y capacidades con el paso del tiempo. Aunque nada en sus orígenes, ni en su situación geográfica o el acceso a recursos presagiase una importancia relevante en el sistema estratégico de la Península Itálica. Cerrada inicialmente la expansión hacia el norte por los pueblos celtas, tras obtener la hegemonía entre las ciudades vecinas, que en gran parte se convirtieron en sus aliadas, inició una marcha hacia el sur que la llevó al choque con las ciudades griegas y, así, a participar en el sistema estratégico mediterráneo. Consecuencia de este engrandecimiento fue el que un actor eminentemente terrestre accediese a un sistema esencialmente marítimo y chocase con el hegemon naval del Mediterráneo Occidental, Cartago¹¹².

¹¹¹ “Si bien los griegos de Italia y Sicilia no tuvieron entonces ni después un auténtico apoyo de los señores helenísticos de Macedonia y Oriente, eran una parte del mundo económico y cultural griego que se extendía desde la Península Ibérica hasta la India.”. Heinz Heinen. *Opus cit.*, pág. 45.

¹¹² “¿Era prudente renunciar a Messina, al dominio del último paso que quedaba libre entre el este y el oeste, y sacrificar de este modo las franquicias comerciales de Italia? Por otra parte, aun prescindiendo de los sentimientos morales y de la justicia política, la ocupación de Messina se prestaba a serias objeciones. ¡Vendría inmediatamente la guerra con Cartago, no había que dudar! [...] En efecto se pasaban los límites propios de Italia y los de la política continental de Roma; se abandonaba el sistema que había fundado su grandeza; y se lañaba por un camino nuevo a un porvenir desconocido [...] La conquista de Italia abrió a Roma, como a los macedonios la de Grecia o a los prusianos la de Silesia en el siglo XVIII, una carrera nueva y enteramente distinta.”. Theodor Mommsen. *Historia de Roma*. Tomo II. RBA. Barcelona .2005, págs. 41 – 42.

El desarrollo del mundo romano varió la perspectiva geopolítica del mundo mediterráneo que pasó de verse de este a oeste, como el mundo helénico lo había conceptualizado en su enfrentamiento con el poder persa y su expansión hacia el oeste, para verlo en norte – sur, ya que el eje del conflicto se alineaba en esta dirección.

Cartago, que había comenzado siendo una fundación de Tiro, se había convertido en algo más que un centro comercial para transformarse en un poder expansionista que combinaba comercio y conquista de zonas de las que obtener materias primas, vender sus productos y defender sus rutas, pero a una escala que ninguna colonia fenicia había conseguido.

El proyecto estratégico cartaginés era coherente. Asegurar la isla de Sicilia para mantener el flanco norte cubierto y avanzar hacia el oeste aprovechando tanto los sistemas insulares de Córcega – Cerdeña e Islas Baleares como la costa norte de África, su zona de expansión natural, sin descartar oportunidades en la Península Ibérica, en estos momentos inexplorada salvo la franja costera mediterránea.

La Primera Guerra Púnica empieza en Sicilia, una zona vital para Cartago entre otras razones por su proximidad y donde no puede permitir que la amenaza griega a sus intereses se vea sostenida o sustituida por Roma. El otro frente será el conjunto Córcega / Cerdeña. Si Sicilia representaba el flanco púnico, estas islas lo eran el romano. En el caso sardo, la anexión se produce tras la rebelión de los mercenarios cartagineses y el rechazo de Roma a aceptar la isla de sus manos, imponiéndose finalmente su dominio como una adenda al tratado con Cartago del 241 a. C.

A su finalización, desarrollada principalmente en el eje Calabria – Sicilia – Cartago, salvo las Baleares, el sistema insular del Mediterráneo occidental ha caído en manos romanas y Cartago tiene que aceptar que cualquier ulterior confrontación con Roma se desarrollará en su territorio, pues carece de bases desde las que amenazar cualquier concentración de medios que pudiese realizar su oponente. Por otro lado las condiciones económicas impuestas por los vencedores son tan duras que Cartago se lanza a una carrera colonizadora como medio de obtener los recursos con que satisfacer la reparaciones a Roma.

El esquema estratégico cartaginés solo puede apoyarse en la Península Ibérica como base económica y de recursos humanos. Aunque Roma en esos momentos esté fuera de alcance, siquiera mentalmente, el que uno de los primeros pasos sea el establecimiento de la base naval de Cartagena, constituye un paso importante en un concepto estratégico de defensa amenazando las comunicaciones entre Italia y una posible fuerza expedicionaria en África. La amenaza sobre el flanco de las vías marítimas romanas es una jugada para equilibrar las desfavorables posiciones de partida del Mediterráneo occidental.

La capacidad de recuperación de Cartago, propiciada por la colonización del sur peninsular y el acceso a recursos apenas explotados hasta el momento, sorprendió a Roma y precipitó la continuación del conflicto¹¹³. En solo veintitrés años Cartago se había consolidado en los litorales sur y este de la península y se había situado a un flanco de su adversaria¹¹⁴. No solo dominaba, o tenía el derecho a hacerlo, de los dos tercios del sur de la Península situados al sur del Ebro, sino su glacis oriental, las Islas Baleares, se mantenían como una amenaza contra el sistema insular corso – sardo, manteniéndose las expectativas de una posible recuperación, o, al menos, de una anulación de las ventajas que su posesión diera a Roma.

¹¹³ “La historiografía tradicional, apoyada en las fuentes literarias clásicas, ha venido señalando la pérdida de influencia de la influencia Cartaginesa en el Mediterráneo central como la causa principal de la conquista cartaginesa de la península ibérica. Algunos análisis como el de González Wagner, siguiendo en parte a otros autores como Decret o Picard, han puesto de relieve como la conquista de Hispania por los bárcidas respondía a un intento de reajustar el tradicional sistema económico cartaginés, desmantelado a consecuencia de las recientes. Al perder el control indirecto de las ciudades y puertos aliados de Sicilia y el dominio territorial en Cerdeña, Cartago hubo de recurrir a la conquista directa del único territorio sobre el que podía intervenir sin chocar con Roma. Jose Luis López Castro. *Hispania Poena*. RBA. Barcelona. 2006, pág. 75.

¹¹⁴ “En el año 237 a.C. Amílcar Barca condujo a España los restos de las grandes compañías mercenarias supervivientes de la guerra civil y desembarcó en Cádiz, acompañado de su hijo Aníbal, que entonces solo contaba con nueve años de edad. Unas veces por medio de negociaciones y otras por la fuerza, fue sometiendo a las poblaciones indígenas, primero a los turdetanos y luego a los iberos [...] Estos progresos debieron de inquietar a los romanos que «aunque nunca se habían interesado por las cosas de España», según dice Dión Casio, enviaron una embajada a Amílcar en el año 231. [...] Amílcar murió en una emboscada de los indígenas cerca de Ilici (Elche) de la que se pudieron salvar su hijo Aníbal y su yerno Asdrubal que lo sucedió en el mando (228 – 221 a.C.)[...] Consolidó su obra fundando la ciudad de Quart – Hadasht (Carthago Nova, Cartagena) junto al mar.... Que ofrecía un magnífico puerto, facilitaba la comunicación con la metrópoli africana y estaba cerca, además, de otra zona minera rica en plomo y plata”. Jose Luis Comellas (Coordinador). *Historia de España*. RBA. Barcelona 2009, Volumen I pág. 185.

La Península representa, junto con el extremo norte de la costa marroquí el fin del Mediterráneo y el fin de las expansiones. Navegando más allá de las Columnas de Hércules se puede llegar en una navegación más que azarosa y solo en la estación propicia a las Islas Casitérides¹¹⁵, pero el precio de los recursos no justifica el establecimiento de factorías en tierras británicas. Hacia el sur la expansión marítima queda descartada más allá del litoral marroquí a la altura de Larache, hasta que la tecnología naval la permita en el siglo XV. La Península se establece así como el cierre occidental del ecúmene hasta que Inglaterra se constituya en el punto romanizado más excéntrico el siglo I a. d. C. y, por consiguiente, donde el gran juego entre Cartago y Roma va a tener lugar. Cerrada la expansión hacia el este por los reinos helenísticos los púnicos se vieron forzados a decidir su destino en el triángulo Roma – Cádiz – Cartago.

Ya tenemos la primera aparición del futuro solar español en un esquema estratégico que afecta a gran parte del ecúmene: el enfrentamiento romano / cartaginés. Ninguno de los dos poderes que se lo disputan son peninsulares de origen, para ambos es un territorio periférico, pero su valor geopolítico va a ser casi constante hasta la actualidad, apareciendo como del máximo interés para cualquier actor el área del estrecho de Gibraltar.

El valor geopolítico intrínseco de la Península está en relación con dos anillos geográficos. Uno, el que determinan sus costas del sur y Levante en relación al norte de África y el Mediterráneo Occidental; otro el que comprende el sistema mediterráneo en su totalidad. La geopolítica de la Península se liga así a los actores que se asientan en la Península Itálica y la costa norteafricana entre los cabos Espartel y Bon.

Los conceptos estratégicos fueron similares en los dos bandos: llevar desde el primer momento la lucha al territorio enemigo. Para Cartago esto significaba llevar la guerra a la Península Itálica e intentar, en su camino, movilizar los sentimientos anti-romanos de cuantos pueblos encontrase para incorporarlos a su esfuerzo y por otro tratar de separar a Roma de las ciudades aliadas, donde se encontraba su verdadera base de reclutamiento y suministros. Para Roma había dos teatros donde volcar su capacidad expedicionaria, la Iberia

¹¹⁵ Posiblemente las Scilly, próximas al extremo occidental de la costa de Cornualles.

cartaginesa y el territorio metropolitano cartaginés del norte de África. Se trataba pues, en ambos casos, de una combinación entre las aproximaciones directas e indirectas buscando un efecto resolutivo y, a la vez, tratando de socavar las bases del potencial político, económico y humano de su rival.

La victoria romana en la Segunda Guerra Púnica supone que, libre de una amenaza existencial en su flanco oeste, Roma puede dedicarse a su expansión al este, enfrentándose a los herederos de Alejandro, un mundo convulso políticamente pero con una estructura lógica desde el punto de vista geopolítico y un sistema estratégico en sí mismo. De esta forma Iberia acaba ligada al anillo mediterráneo total, estableciéndose, a través de Roma, una conexión política, estratégica y económica con todas las áreas ribereñas.

Ni siquiera se construye un muro delimitativo, al contrario del caso de Britania en el que se construirá, en tiempos de Adriano, un esquema de vigilancia cuyos restos han subsistido hasta la fecha. No parece que más allá de la línea de guarniciones que va de Zaragoza a Astorga el poder romano necesitase otro método que vigilancia y una presencia ágil, aunque discontinua, respecto a las zonas más refractarias a la romanización y que acabaron integradas en tiempos de Augusto¹¹⁶.

El solar ibérico en estos momentos (siglos II a. C. a V d. C.) se integra totalmente en el esquema estratégico y económico de Roma. El poder que se asienta en él es vicario del que se asienta en Roma, sigue sus vicisitudes de guerras civiles, crisis, restauraciones grandeza y decadencia, contribuyendo con recursos y personal al esfuerzo y la estrategia romana.

¹¹⁶ “En Occidente casi toda Hispania estaba pacificada, a excepción de la parte que toca las últimas estribaciones de los pirineos y que baña el océano Citerior. En esta región vivían pueblos valerosos, los cántabros y los astures, no sometidos al Imperio [...] (César) se presentó en persona en Segísama (lugar de disputada identificación) e instaló allí su campamento. Dividió al ejército en tres partes e hizo rodear toda Cantabria, encerrando a este pueblo feroz en una red, como se hace con las fieras [...] Los astures por ese tiempo descendieron de sus nevadas montañas con un gran ejército...y se prepararon para atacar simultáneamente los tres campamentos romanos. Estas luchas fueron el final de las campañas de Augusto y de la revuelta de Hispania. Desde entonces sus habitantes fueron fieles al Imperio y hubo una paz eterna”. L. Mendoza, I Rivero y C. Villena. *Historia de España en sus Documentos*. Ediciones Globo, Madrid 2007. Documento 2.4. Sometimiento de Cántabros y Astures, pág. 23.

Y sin embargo aún queda por crearse un tercer vínculo geopolítico que se una a los constituidos por los dos anillos mediterráneos. La Península se ha mantenido hasta el momento aislada de un esquema estratégico que la una al interior del continente europeo. Protegida por la barrera de los Pirineos, que no han evitado la circulación de influencias culturales entre los pueblos ibéricos y los del resto de Europa, ninguno de los actores estratégicos del territorio al norte de dicha barrera, con poderes de un alcance relativamente muy cortos, ha integrado a los territorios o pueblos del sur en sus visiones de seguridad o conquista ni, al contrario, los pueblos ibéricos han intentado otra relación con el norte que no sea la comercial¹¹⁷.

La conquista de la Galia por Julio César desde el 58 al 51 a. d. C. supone la integración de la Península en un esquema estratégico complejo que ni siquiera su autor había calibrado. El mundo romano entró en contacto con un mundo que no le era desconocido, ya que para entonces todavía se tenía recuerdo de la invasión germana de la Península Itálica en el 109 a. d. C. que había sido, con grandes costes, reducida por Cayo Mario.

Hasta ese momento siempre los celtas y germanos eran los que se habían intentado asomar al Mediterráneo, siendo rechazados por los romanos. Ahora es Cesar quien interviene, interesadamente, en las disputas que provocan las migraciones germanas con los pueblos celtas. La victoria romana conlleva la extensión del *limes* a la frontera del Rin, que sería solo ocasionalmente cruzado. De hecho, la cosmovisión romana no cruzaría efectivamente el Rin hasta épocas muy posteriores y por medio de un estado que ya no era romano más que en espíritu, como lo fue el Imperio Carolingio y sus estados sucesores, que iniciaron el avance del cristianismo hacia el este.

El Mediterráneo se había transformado en una unidad geopolítica gracias a Roma, convirtiéndose en el corazón de un imperio cuya construcción enfrentó, a su vez, al mundo greco latino con dos fronteras terrestres al este, la tradicional

¹¹⁷ "Por la parte de los Pirineos, la paz reinaba entre las tribus desde hacía mucho tiempo: habían transcurrido ya siglos desde que los galos habían rechazado y desposeído en parte a los iberos o a la población vasca primitiva." Theodor Mommsen. *Opus cit.*, Tomo IV, pág. 238.

desde las guerras médicas y al noroeste totalmente nueva¹¹⁸. Junto al nexo marítimo que se había establecido en el mundo clásico¹¹⁹ aparece un nuevo canal de unión, la llanura centroeuropea, con otros pueblos cuya historia e intereses se van a vincular al área original.

A través de esa llanura central, se produciría el fenómeno migratorio masivo que supuso, entre otras razones, el colapso del Imperio de Occidente como actor político y estratégico. Con sus centros de gravedad político y económico situados en el ámbito mediterráneo, la dimensión noroccidental supuso una tensión sin límites. Al sur, el Desierto del Sáhara limitaba de forma genérica las posibilidades de expansión imperial, y al este, el Imperio Parto, y posteriormente el Sasánida, constituyeron siempre una barrera clara para el poder romano. Al norte desde los Cárpatos a los Alpes, sucesivas cadenas montañosas y el curso del Danubio dibujaban la zona de influencia romana y, a la vez, constituyeron durante mucho tiempo una eficaz barrera contra penetraciones extranjeras en gran escala.

Solamente el corredor desde Asia Central hasta el norte de Francia permite el entronque con otro sistema estratégico, de actores protoestatales, que iba a desequilibrar el flanco norte del sistema mediterráneo, pero no lo iba a destruir, completamente. El sistema formado por los pueblos del mar de hierba asiático y los pueblos germanos acabó involucrando al Imperio en un sistema estratégico

¹¹⁸ “Los hombres ordinarios ven surgir el fruto de sus actos, mientras que la semilla arrojada por el hombre de genio germina solo a la larga. Fueron necesarios algunos siglos para llegar a comprender que no era una obra efímera la fundación del Imperio de Oriente por parte de Alejandro, y que el gran macedonio en realidad había implantado el helenismo en el fondo de Asia. Así también fueron necesarios muchos siglos para ver que, como conquistador de las Galias, César no había agregado solamente una provincia al Imperio de Roma, sino que había fundado la latinidad en Occidente. Solo la posteridad ha podido apreciar la trascendencia de sus expediciones militares a Alemania e Inglaterra, al parecer emprendidas con ligereza y sin resultado inmediato, pues abrieron a los grecorromanos un inmenso campo de naciones, cuya existencia y estado solo habían podido revelar el mercader y el navegante, mezclando en su relato un poco de verdad con una gran dosis de ficción: “Todos los días -exclama un romano (en mayo del año 688)- nos revelan las cartas y los correos procedentes de la Galia nombres de pueblos, de cantones y de países desconocidos hasta ahora”. Las guerras transalpinas de César han extendido mucho el horizonte de la historia y constituyen uno de esos grandes hechos universales, iguales en importancia al reconocimiento de América, verificado por algunos soldados españoles. En adelante van a entrar en el círculo de los Estados mediterráneos todos los pueblos de la Europa central y septentrional, los ribereños del mar Báltico y del mar del Norte. Al viejo mundo se une otro mundo nuevo, que vivirá su vida y a la vez actuará sobre él.” Theodor Mommsen. *Opus cit.*, pág. 298.

¹¹⁹ “En menos de setenta años, entre el desastre de Cannas, acontecido en 216, y la destrucción de Cartago en 146, los romanos se habían convertido en la única superpotencia del Mediterráneo”. Robin Lane Fox. *Opus cit.*, pág. 405.

de un alcance tal que superó las capacidades y la comprensión geopolítica de Roma. El esquema tradicional, que desde las invasiones dorias y la caída del mundo micénico había servido para comprender el espacio mediterráneo, se veía superado por otra cadena de invasiones.

La imposibilidad del Imperio Romano de atender a los dos frentes, migraciones germánicas y eslavas en la frontera formada por los sistemas del Rin y el Danubio y la constante lucha con los poderes de la Meseta Irania llevarían, pese a imaginativas soluciones como la división en dos mitades oriental y occidental, para facilitar la resolución de problemas y crisis, a un imposible estratégico y existencial¹²⁰. Unido a todo lo anterior, el sistema económico, y dentro de él el modelo impositivo especialmente, llevaron al colapso de la parte occidental en el tercer cuarto del siglo V.

Significativamente Hispania estuvo bajo la presión de los *mauri*, los “moros”, es decir los habitantes de Mauritania, documentada ya en el reinado de Marco Aurelio, aunque sus incursiones, lógicamente se redujeron a la Bética y los francos, que habiendo atravesado la Galia, atacaron la Tarraconense¹²¹. Se confirman así el eje norte – sur, que constituye los dos vectores geopolíticos que caracterizan a la Península, en dirección al sur de Europa y al norte de África.

¹²⁰ “A principios del siglo IV los pueblos germánicos se extendían a lo largo de la frontera desde el Rin hasta el Mar Negro, pero era en el sur donde en ese momento la concentración era mayor. Allí, al otro lado del Danubio, esperaban los godos, los ostrogodos y los visigodos. Algunos de ellos eran ya cristianos aunque pertenecían al arrianismo. Junto con los vándalos, los burgundios y los lombardos constituían un grupo germano oriental. Al norte estaban los germanos occidentales: francos, alamanes, sajones, frisonos y turingios, que entrarían en acción en la segunda fase de la invasión de los bárbaros de los siglos IV y V.

La crisis comenzó en el último cuarto del siglo IV. A partir del 370, los hunos, un terrible pueblo nómada del Asia central, aumentaron la presión que ejercían de forma creciente sobre otros bárbaros situados más hacia el oeste. Los hunos invadieron el territorio ostrogodo, derrotando a los alanos y después se dirigieron contra los visigodos cerca del Dniéster. Incapaces de contenerlos, los visigodos huyeron buscando refugio en el imperio. En el 376 se les permitió cruzar el Danubio y establecerse dentro de las fronteras. Los visigodos, sin embargo llegaron como un pueblo, quizá con 40.000 hombres, que mantenían sus propias leyes y su religión. El emperador Valente trató de desarmarlos; no lo hizo y estalló una guerra”. J.Roberts. *Historia Universal*. RBA. Barcelona 2008. Volumen I, pág. 311.

¹²¹ Para el detalle de estas incursiones consultar: el epígrafe Las incursiones de mauri y francos de Angel Morillo en la *Historia Militar de España*, Dirigida por Hugo O'Donnell; Coordinador Martín Almagro – Gorrea, Secretaría General Técnica del MINISDEF, Madrid 2009. Tomo I, págs. 325 a 327.

4.2. La Península como elemento estratégico en la Edad Media

4.2.1. Primer poder peninsular. Los Visigodos

Sin embargo, los pueblos germánicos que habían venido, o bien aliándose con los romanos¹²², o, finalmente, suplantándolos en la posesión y gobierno de diversas partes del Imperio, se integraron pronto en el esquema geopolítico anterior. El Mediterráneo seguía siendo el vórtice que todo lo atraía y hacia el que convergían las miradas y las ambiciones de los recién llegados. Duraría esta centralidad geopolítica del Mediterráneo hasta el descubrimiento de América y el desplazamiento al oeste del centro de gravedad de Occidente del Mediterráneo al Atlántico Norte.

La migración del pueblo godo, iniciada supuestamente en el entorno báltico entre Suecia y Jutlandia, había acabado en el recodo Suroeste de Europa, conformando en ese espacio un poder político independiente del Imperio Romano y que tuvo que empezar a pensarse en términos de población que ocupa un espacio donde ejerce un poder y se relaciona con otros actores estratégicos. Era la primera vez que la Península Ibérica se veía como contenedora de un poder autónomo centralizado, y entre otras consecuencias, obligó al estado godo, una monarquía electiva caracterizada por la violencia en las relaciones entre los grupos que aspiraban al poder, a enfrentarse no solo a sus propias contradicciones y debilidades, sino a la visión de otros poderes que tenían en el Mediterráneo su espacio natural de acción y relación.

El primer actor estratégico con una visión geopolítica clara con el que se enfrentó la nascente monarquía visigoda por el control de la Península fue Bizancio. El Imperio Romano de Oriente se había centrado, desde su creación en 295 por el

¹²² “En la batalla de Adrianópolis, en el 378, el emperador murió y un ejército romano cayó derrotado ante la caballería visigoda. Estos hechos supusieron, en más de un aspecto un hito. Tribus enteras comenzaron a enrolarse como federados - *foederati* palabra que se empleó por primera vez en el 406 – y entraron en territorio romano para luchar contra otros bárbaros bajo las órdenes de sus propios jefes”. Historia Universal. J.M. Roberts. *Opus cit.*, Volumen I, pág. 312.

emperador Diocleciano¹²³, como solución en el espacio determinado por el territorio griego – balcánico, Anatolia, el Mediterráneo Oriental, Egipto y Siria – Judea, con especial atención sobre el flanco oriental donde el Imperio Persa Sasánida había tomado el relevo de los partos como enemigo secular de la civilización latina.

Desaparecido el contexto geopolítico unificador de Roma, nadie mejor que los bizantinos en los siglos V al VII eran conscientes de esta necesidad. En la mente de los emperadores orientales, especialmente de Justiniano, se fue generando la idea de recuperar la mayor cantidad de espacio del Imperio occidental. Su esfuerzo se dirigió sobre el espacio mediterráneo. Es posible que en alguna ensoñación se apuntara a la recuperación del espacio romano en su totalidad, pero está claro que carecían de fuerzas y que los actores estratégicos que estaban surgiendo de los asentamientos germánicos no iban a avenirse a un nuevo sistema de *foederati* como en tiempos pasados con el Imperio occidental. Se trataba de entidades políticas que se veían a sí mismas como independientes de cualquier otro poder y solo buscaban legitimarse entroncándose con la tradición romana, no regresando a ella.

De todas formas, la Galia suponía volver a ponerse en contacto con la extensión del corredor europeo que había sido fatal para Roma y los límites al norte de este intento no rebasaron los de las Penínsulas Itálica e Ibérica.

Fue con esta expansión bizantina por el Mediterráneo con el principal poder con el que se enfrentaron los visigodos en su construcción de un reino peninsular y la más persistente, aunque se llegara casi a un *statu quo* entre ambos poderes, sobre todo en la antigua Bética.

La extensión máxima de la presencia bizantina en la Península abarcaba el sur peninsular desde las costas andaluzas hasta llegar a Córdoba en el interior, comprendiendo básicamente los valles del Guadalquivir y del Guadiana, aunque los acontecimientos en el este, con la aparición del Califato musulmán, llevo a Bizancio a la necesidad de reconsiderar una presencia tan extensa y a

¹²³ El relato histórico está basado en Judith Herrin. *Bizancio*, Editorial Debate. Barcelona. 2009, págs. 58 a 60.

concentrarse en la posesión de puntos de apoyo en la costa norteafricana, fundamentalmente Ceuta, pero con la conciencia de ser más una apuesta para un futuro en el que los enclaves tuvieran un valor intrínseco para continuar con la recuperación del Imperio Occidental.

En tiempos de Justiniano, sobre el año 565, la estructura del Imperio Bizantino estaba organizada en prefecturas, diócesis y provincias¹²⁴. Significativamente, los territorios bizantinos de la Península y los del hoy norte de Marruecos se encontraban reunidos en la prefectura de África, lo que indica hasta qué punto en la visión bizantina las dos orillas del estrecho formaban una unidad estratégica y habían de situarse bajo un mando único. Es precisamente esa unicidad como sistema estratégico y cultural la que vendrá a romper el Islam¹²⁵.

La geopolítica bizantina heredó, de forma inesperada en el siglo VII, el mismo imposible del Imperio Romano, una frontera sin posibilidad real de defensa para sus capacidades y unos movimientos masivos, árabes, búlgaros, cruzados occidentales y los turcos otomanos, que las atravesarían y convertirían su existencia en una agonía.

El camino que habían seguido los invasores visigodos hacia Andrinópolis, curiosamente en contra del Imperio Romano de Occidente, seguía abierto y los pueblos eslavos lo siguieron y se asentaron en los Balcanes¹²⁶, y la frontera oriental con el imperio Sasánida seguía siendo fuente de problemas, aunque era la más firme al estar establecida con un estado sólido con el que se podía llegar a un *statu quo* que siguiera a episodios de lucha.

¹²⁴ Joseph M Walker. *Historia de Bizancio*. EDIMAT Libros SA. Madrid 2005, pag 35. Para una más detallada comprensión de la organización y vicisitudes de la presencia bizantina en España ver E.A. Thompson *Los Godos en España. Apéndice: La provincia bizantina*. RBA, Barcelona. 2006, págs. 365 a 383.

¹²⁵ “Por primera vez el avance de los árabes era contenido (referido al reinado del emperador bizantino Constantino IV Pogonatos, 648 – 685) y éstos, pese a conservar sus conquistas, quedaron obligados al pago de 30.000 monedas de oro anuales, como compensación. Sin embargo, pocos años más tarde, se apoderaron de todo el norte de África, quedando suprimida así la antigua unidad romana del “Mare Nostrum”. Joseph M Walker, *Opus cit.*, pág. 47.

¹²⁶ Pese a los esfuerzos, no pudieron los heráclidas evitar la instalación de los eslavos en las actuales regiones de Yugoslavia, Grecia, Macedonia y Tracia, como tampoco pudieron detener a los búlgaros que llegaron hasta las proximidades de Constantinopla. Ya en tiempos de Heraclio, dirigidos por su khān (o “príncipe”) Kurt (o Kurat), habían alcanzado una notable organización política y militar. Joseph M. Walker, *Opus cit.*, pág. 47.

4.2.2. El Islam¹²⁷

A estos dos elementos, pueblos de más allá del Danubio y persas, vino a sumarse una nueva fuerza que se diferenciaba notablemente de las que anteriormente habían desafiado a Bizancio: el Islam. La solución estratégica al dilema político de la pervivencia del estado creado por Mahoma llevó a una belicosa predicación y engrandecimiento del califato que generó sus propias dinámicas¹²⁸, llevándole a una serie de posiciones que requerían de nuevos enfoques geopolíticos que se sucedían con los acontecimientos y que consistió en adoptar las de los sucesivos actores históricos que se habían asentado sobre los espacios que iban ocupando.

El Islam resulto demoledor para Bizancio, estuvo a punto de derrotarlo en el primer embate y le obligó a replegarse de toda su reconquista mediterránea pasando de una geopolítica de expansión a una de supervivencia¹²⁹, con la consecuencia de un pleno dominio peninsular por el reino godo al abandonar los bizantinos sus dominios peninsulares.

¹²⁷ Para este epígrafe se ha seguido el relato de Hugh Kennedy en *Las grandes conquistas árabes*. Crítica. Barcelona. 2007.

¹²⁸ La dinámica de estas primeras conquistas fue significativa. El estado islámico no habría podido subsistir como un régimen árabe estable confinado en Arabia y el desierto de Siria. Los beduinos tradicionalmente habían derivado su sustento de los saqueos a las tribus vecinas y las exacciones de distintos tipos que imponían a las poblaciones sedentarias. Sin embargo, un principio fundamental del Islam temprano era que los musulmanes no debían atacarse unos a otros: la *umma* (la comunidad de los creyentes) era como una tribu enorme, y en expansión, en el sentido de que todos los hombres eran miembros del mismo grupo defensivo. Si todos los árabes formaban parte ahora de una gran familia, era claro que asaltarse unos a otros era impensable....Una Arabia musulmana pacífica implicaba abandonar las dos formas de sustento tradicionales de los nómadas. Las alternativas eran extremas: o bien la élite islámica lideraba a los beduinos contra el mundo, fuera de los límites de Arabia o bien el sistema islámico sencillamente se desintegraría [...] una vez que los protagonistas de la *rida* (guerra a los que rechazan el Islam de alguna forma) hubieron sido sometidos y las tribus de Arabia estuvieron de nuevo bajo control de Medina, los dirigentes musulmanes no tuvieron otra opción que dirigir las frenéticas energías militares de los beduinos contra los imperios romano y sasánida. Hugh Kennedy. *Opus cit.*, pág. 57.

¹²⁹ Durante unos cuantos años confusos, también pareció que el Mediterráneo se encaminaba hacia la unidad. En la década de 520 Justiniano, el emperador del Imperio Bizantino – el nombre que recibe habitualmente la porción oriental superviviente del antiguo Imperio romano – recuperó Italia y partes de Hispania y África del Norte. Sin embargo, hacia el 550 su expansión llegó a un punto muerto y, a finales del siglo VI, nuevas invasiones obligaron a los bizantinos a retroceder. Ian Morris. *Guerra ¿Para qué sirve?* Ático de los libros. Barcelona. 2017, pág. 179.

El Islam carecía en su expansión de otra estrategia que una expansión agresiva para incluir al mundo en su sistema religioso – político. Aunque su concepto de expansión fuera un “contra todos”, estaba claro que para imponer su dominio territorial e integrar territorio y población en su proyecto tenía que derrotar a los poderes que se asentaran sobre estos y asimilar luego a los nuevos súbditos.

Al contrario de lo antes citado respecto a los sistemas de expansión y administración alejandrino o romano de adaptación a las tradiciones y creencias de los conquistados, el Islam aspiraba a una imposición político – religiosa con escasas concesiones a las tradiciones culturales anteriores. Tres Ejes de progresión marcaron este expansionismo desde el núcleo original en la Península Arábiga. El Oriental, que acabó con el debilitado imperio Sasánida y llegó hasta la India y Asia Central; el norte que acabaría con Bizancio y a la postre se extenderían al área balcánica, y finalmente un tercero hacia Occidente atravesando el norte de África.

Las luchas políticas en el seno de los estados cristianos jugaron un papel importante en el éxito de la conquista árabe del norte de África. En el 610 Heraclio se alzó con el trono de Bizancio usando el ejército aquella franja, sin reponerlo nunca ya que después tuvo que usarlo contra la amenaza persa. La población bereber, que era mayoritaria en una zona, desde el extremo occidental del valle del Nilo a Marruecos que se encontraba en franca decadencia económica y demográfica, y ahora carecía de fuerzas militares significativas para sostenerse.

La materialización de la derivada occidental del Eje de progresión norte comenzó en el 642, tras la caída de Alejandría, avanzando rápidamente y provocando la evacuación marítima de guarniciones y población bizantina. En el 647 el exarca bizantino Gregorio fue derrotado, retrocediendo hasta Cartago, quedando las zonas de influencia delimitadas vagamente en Tripolitania. Durante veinte años las espadas permanecieron en alto. Solo con la comandancia de Uqba ben Naft al – Fihri, sobrino del conquistador de Egipto Amr ben al – As, se reanuda la expansión fundándose la ciudad de Quyrawan, a unos 160 al sur de Túnez, como base para la expansión de la civilización musulmana en medio de una población bereber de dudosa lealtad y fe religiosa. Tras un periodo de ostracismo, Uqba obtuvo de nuevo el mando del avance hacia el oeste y llegó hasta Tánger, donde

el gobernador bizantino Julián le contuvo, redirigiendo el avance hacia el sur, hacia Walila (la Volubilis romana).

Sin embargo el empuje musulmán sufrió un reflujo por las rebeliones bereberes, cuyo caudillo Kusayla puso su capital en la Quyrawan árabe, mientras Cartago aún resistía milagrosamente. Una posterior expedición árabe en 688 al mando de Zuhayr, general del califa Omeya Abd – al – Malik, derrotó y mató a Kusayla solo para ser derrotada por los bizantinos, que dejaron que árabes y bereberes se desangraran.

En el 694 Abd – al – Malik, libre de preocupaciones en otros frentes, afrontó una definitiva solución al problema magrebí. Encargó a un miembro de la élite omeya, un árabe sirio como todos ellos, Hassan ben al – Nu'man al – Gasani, el mando de las fuerzas musulmanas, que tuvo que afrontar una nueva oposición bereber, liderada por una mujer, Kahima, a la que se atribuían artes mágicas.

En 704, como consecuencia de intrigas internas omeyas, Hasan fue destituido y entregó el mando a Musa ben Nusayr. Musa recuperó las conquistas de Uqba y tuvo desde el principio Tánger como el objetivo de la campaña. Conquistada la ciudad en 708 dejó allí como gobernador a Tarik, el primer converso bereber en recibir un empleo político – militar.

La visión estratégica del Islam califal se basaba en la dicotomía entre territorios bajo su dominación y los que aún resistían o no le eran accesibles. Cuando Uqba llegó al Atlántico avanzó con su caballo hasta que el agua le llegó a los flancos y proclamó que solo el océano interrumpía su lucha contra los infieles. Con el mundo islámico en su fase inicial, la conquista del norte de África se realiza entre los diez y los setenta y nueve años de la muerte de Mahoma. El concepto estratégico, la estructura administrativa y la comprensión geopolítica se superponen.

Quien sí mantuvo una visión geopolítica ortodoxa fue Bizancio. Por ejemplo, mantuvo Cartago con el objeto de privar a los árabes del puerto clave para una posible invasión de Sicilia, reflexión que pertenecía a la geopolítica clásica al entender la unicidad del eje Túnez – Sicilia – Península Italiana, que había resultado clave en las Guerras Púnicas.

Ceuta quedó como único enclave cristiano en el norte de África y estaba llamada a jugar un papel relevante en el futuro. No está clara la dependencia del Conde Julián¹³⁰, que seguramente era bizantino, respecto al propio Bizancio ni a los reyes godos de España, que en esta época ya habían recuperado la totalidad de la Península. Lo cierto es que no presentó ninguna resistencia a Tariq y que en su momento le facilitó el transporte a la Península en la zona más corta del Estrecho de Gibraltar.

Llegamos pues a la antesala de la invasión musulmana de España con un cuadro estratégico definido. Un poder central claro en la Península, cuya autoridad podía ser más o menos discutida en algunas zonas de la cornisa cantábrica, pero que, tras la conversión al catolicismo, se encontraba en sintonía con la mayoría de la población y cuya legitimidad como institución no era puesta en duda, aunque las transiciones entre reinados fuesen mayoritariamente sangrientas y las facciones de las familias más poderosas mantenían una pugna constante por el poder.

La llegada de los árabes cambia todo esto y configura un poder en el norte de África en plena efervescencia expansionista. La intención de Musa de trasladarse a Europa está clara, aunque el éxito de su subordinado Tariq le sorprendiese. Aquél esperaba una campaña dura con asedios y batallas mientras aumentaba prudentemente la base de territorio y población de la sustentarse. Si los bereberes, desorganizados políticamente, habían retrasado de forma eficaz el avance, lo lógico era que un reino organizado fuese un obstáculo todavía más difícil.

Sin embargo, la monarquía visigoda no era proclive a mantener una estrategia constante ni a generar una visión geopolítica que pudiese denominarse “de estado”. Los esfuerzos de cada rey se centraban en el logro del poder y en evitar

¹³⁰ “Fue Ilian señor de esta plaza, quien proporcionó los medios a Tarec Ibn Ziad de pasar a España con sus compañeros. Cuando Ocba Ibn Nafé el Coreichida invadió el Maghreb y se presentó ante Ceuta, Ilian salió y se presentó ante él con un regalo magnífico y obtuvo no solamente una amnistía, sino su confirmación en el mando que ejercía” Del libro de viajes de Abu Obeid el Bekri, fechado en 1068, citado en el epígrafe “Las marinas medievales y la guerra en el mar: medios, tácticas, acciones”, de Hugo O’Donell y Jose María Blanco Núñez en la *Historia Militar de España*, Dirigida por Hugo O’Donell; Tomo II Coordinador Miguel Ángel Ladero Quesada, Secretaría General Técnica del Ministerio de Defensa. Madrid. 2010, pág. 419.

ser destronado. Esto hizo que no se calibrase la magnitud de la amenaza que representaba el poder musulmán que se acababa de asentar al sur.

Esta triple concurrencia de factores: la existencia de la ya mencionada lucha violenta perpetua por el poder entre las facciones visigodas¹³¹, la retirada de los bizantinos y el desconocimiento absoluto de lo que era el Islam en el aspecto político, explican la causa de la rápida caída del reino con capital en Toledo.

No está clara la causa de las desavenencias entre el rey Rodrigo y el gobernador de Ceuta, que motivó su defección a los musulmanes, pero lo que llama la atención es que fuese una facción visigoda¹³², los partidarios del depuesto rey Witiza, que debían de conocer perfectamente la situación en Marruecos y tener algunas nociones del ideario musulmán, quienes alentasen el cruce de una fuerza islámica con la seguridad de ser apoyada. La consecuencia fue dramática. La Península se vio sometida a un poder extranjero y convertida en base para el intento de conquista de Francia.

El periodo que sigue es de total confusión en el campo islámico y desintegración en el visigodo. Rechazados los cristianos que no pactaron o se convirtieron sobre las zonas más inaccesibles y poco interesantes desde el punto de vista del botín, los musulmanes siguen un proceso lógico de organización política, que se substancia a la caída del Califato Omeya en Damasco y la huida de uno de sus miembros hasta el extremo del mundo islámico, en la conformación de un poder islámico en la Península, inicialmente unitario.

De nuevo la Península esta vertebrada en su mayor parte por un poder central, con Córdoba como capital califal, que tiene en la dirección norte – sur su paradigma geopolítico. Al norte el mundo franco, pronto carolingio y los restos del mundo visigodo, y al sur el norte de África con una serie de sultanatos en lo que hoy es Marruecos. La novedad es que la Península sale del esquema

¹³¹ “Chindasvinto era consciente de la «enfermedad goda», como nuestras fuentes califican a la propensión de los godos a destronar a sus reyes, pues él mismo había estado a menudo implicado en conspiraciones.”. E.A. Thhompons. *Opus cit.*, pág. 219.

¹³² “Cuando murió Vitiza, tras un reinado que trajo prosperidad y gozo a España, según el cronista, el trono fue ilegalmente usurpado por Rodrigo, «a instancias del senado», frase que sin duda quiere decir que los funcionarios palatinos lo apoyaron. Pero si los obispos le hubieran también apoyado, Rodrigo no hubiera sido calificado de usurpador. De cualquier forma su accesión muestra que las medidas tomadas por los últimos reyes para frenar e intimidar a los funcionarios habían sido inefectivas.”. *Ibidem*, págs. 28 – 285.

mediterráneo para verse envuelta en un esquema propio y casi exclusivamente peninsular que no era radicalmente nuevo. Los sistemas estratégico Roma – Cartago y Toledo – Bizancio siempre habían extendido en la dirección norte - sur sus vectores estratégicos.

4.2.3. La Reconquista

Desaparecido el reino visigodo con una rapidez que sorprende a los invasores, tanto o más que a los propios peninsulares, el acontecer estratégico en la Península queda desvinculado inicialmente de los sistemas estratégicos que se constituyen en la Europa alto- feudal. Para los actores cristianos hay un primer momento de supervivencia, más causada por el desinterés islámico que por sus propias capacidades. Los valles de los sistemas pirenaico y galaico - cantábrico no son zonas que puedan ofrecer tierras o botín a los combatientes bereberes y la fragosidad del terreno no es apta para una campaña que hasta ahora se ha basado más en la rapidez de movimientos y el desistimiento de la nobleza que en la capacidad de ocupación del terreno¹³³.

Detenida la expansión musulmana más allá de la Península por el poder franco, se configura en ella un sistema estratégico de múltiples actores, cerrado en los límites peninsulares y las Islas Baleares en el que la identidad religiosa determina, por encima de cuestiones raciales o culturales, el sentido del fin a alcanzar. Para los actores del norte cristiano el fin último es la consecución de un espacio territorial seguro, apoyado en la geografía, que les permita una existencia segura tanto frente a los actores musulmanes como a los otros cristianos. Para cualquier actor musulmán hasta el final de su presencia en España, el esquema es el de asegurar su territorio por medios políticos y militares, desgastando y frenando el impulso de los cristianos y asegurar, si la

¹³³ “La España cristiana nunca estuvo cerrada del todo al resto de Europa, ni siquiera cuando estaba orientada principalmente hacia el sur mozárabe y musulmán.”. Bernard F. Reilly. *Cristianos y musulmanes*. RBA. Barcelona. 2006, pág. 80. El autor plantea como dos de los nexos más comunes la peregrinación jacobea y la búsqueda de esposas reales más allá de los Pirineos en tiempos donde la política dinástica era determinante.

eliminación total de los cristianos no es posible, un equilibrio estratégico que perpetuase su existencia.

No se cortan de forma definitiva los lazos con el otro lado de los Pirineos y el Mediterráneo, cosa que hubiese sido imposible, sino que el sistema estratégico peninsular alcanza tales cotas de individualidad que las relaciones en su seno superan a las que los actores que lo forman sostienen con sistemas externos, al menos mientras los reinos cristianos tienen poder musulmán al sur y haya actores estratégicos en el norte de Marruecos capaces de participar en el sistema peninsular sosteniendo la causa islámica.

De todas formas, el progresivo éxito de la marcha hacia el sur trajo consecuencias de todo orden. Entre la reconquista por Alfonso XI de Algeciras en 1325 y la victoria del Salado en 1340 la confluencia de los ejércitos de Castilla y Portugal y las armadas de Castilla y Aragón consiguen la irreversibilidad definitiva de la ventaja estratégica cristiana en la zona sur de la Península. No solo frente al poder musulmán peninsular sino, como ya se ha dicho, frente al que se asentaba en la fachada mediterránea marroquí, al desbandar al último ejército, en este caso uno benimerín¹³⁴ representante de un actor que con capital en Fez se extendía casi hasta el Cabo Bon, africano que cruzaría el Estrecho de Gibraltar.

Tan clara estaba ya la victoria cristiana que, en 1291, Sancho IV de Castilla y Jaime II de Aragón se dividen las esferas de influencia en el norte de África. Por el Tratado de Soria o Monteagudo, Castilla se adjudica la antigua Mauritania Tingitana y Aragón la Mauritania Cesariense, estableciéndose la frontera en el río Muluya¹³⁵. De forma significativa que será para Castilla el área del actual Marruecos y Aragón se atribuye la costa argelina, que será el área donde se intentará sin éxito asentar una cadena de puntos fuertes durante los siglos XVI

¹³⁴ Y sin embargo hubo treguas, pactos e intervención meriní en la guerra de sucesión entre Alfonso X y su segundo hijo Sancho. Para un relato resumido consultar a Julio Valdeón Baroque. *Alfonso X el Sabio*, Ediciones Temas de Hoy. Madrid. 2003, págs.43 a 46.

¹³⁵ Ver: Enrique García Hernán – Davide Maffi editores. *Guerra y Sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa moderna, 1500– 1700. Volumen I*, Ediciones del Laberinto, Madrid. 2006. Capítulo a cargo de Beatriz Alonso Acero. *Trenes de avituallamiento en las plazas españolas de Berbería*, pág. 739.

al XVIII, y que acabará siendo una zona de dominio francés cuando España deje de ser hegemónica en el Mediterráneo Occidental¹³⁶.

Las consecuencias no fueron solo de orden estratégico.

“La apertura del Estrecho de Gibraltar [...] lograda por los monarcas castellanos con auxilio decisivo de los genoveses permitió ya entonces descubrir islas en el Atlántico – Canarias, Azores, Madeira, Cabo Verde – que cercaban un espacio abierto a la navegación. Los barcos venecianos y genoveses pronto también los venecianos, pudieron disponer de una ruta hacia Flandes e Inglaterra más rentables que las vías terrestres hasta entonces empleadas.”¹³⁷.

Las conexiones políticas se reforzaron con las comerciales que abarcaban un flujo en pinza por el este y el oeste hacia el norte de Europa¹³⁸. Pero esta relación era recíproca. La Península atraía a Inglaterra y Francia, que veían en los asuntos ibéricos posibles repercusiones en sus intereses, y el Golfo de Vizcaya constituyó una de las zonas de disputa franco – inglesa durante la Guerra de los Cien Años¹³⁹.

El concepto estratégico inglés consistió en arrojar a los franceses de las costas para de esta manera conseguir la superioridad marítima orientada al comercio. Eduardo III explicó al parlamento que su idea era que su renuncia a los derechos al trono francés debía ser compensada. Los puertos de Flandes debían de comerciar fundamentalmente con Inglaterra, lo que concitó una alianza de intereses entre todos los que querían mantener su puesto en el mercado

¹³⁶ “El resultado fundamental de este acuerdo fue la conquista de Tarifa en 1292 por el ejército castellano y la escuadra catalana. Después de esta anexión no se pudo avanzar en la conquista del norte de África porque, si bien Aragón ya había finalizado su parcela reconquistadora de la Península, Castilla aún debía realizar la toma del reino de Granada”. Antonio Rumeu de Armas, *Los reinos hispánicos y la hegemonía en África* en «Archivos del Instituto de Estudios Africanos». XI (1958), págs. 17 a 31.

¹³⁷ Luis Suárez Fernández. *La Europa de las Cinco Naciones*. Ariel. Barcelona. 2008, pág. 325.

¹³⁸ “Otro cambio sustancial e irreversible se había producido en las postrimerías del siglo XIII: la irrupción de los reinos hispánicos en el escenario europeo al invocar Alfonso X su condición de Staufen y crear Pedro III un nuevo poder mediterráneo. Portugal no iba a tardar en descubrir que había un espacio marítimo amplio ante sus costas. Los españoles se habían mezclado también en la fuerte contienda entre Génova – que fue apoyada por Portugal y Castilla – y Venecia que contaba con la alianza de los catalanes. Luis Suárez Fernández. *Ibidem*, pág. 328.

¹³⁹ Luis Suárez Fernández. *Ibidem*, pág. 331.

flamenco¹⁴⁰. Eduardo adoptó una actitud ofensiva y en 1346, tras desembarcar en Harfleur, avanzó hacia París y obtuvo la victoria de Crecy, conquistando después Calais, que los ingleses conservarían hasta 1558, cambiando allí a la fuerza la población de origen francés por otra inglesa. La situación de la guerra en Francia llevó a Alfonso XI a una estrecha alianza con Portugal y a mantener una equidistancia entre ambos contendientes. A su muerte, la política castellana se volcó hacia Francia, lo que produjo una reacción en Inglaterra contra los intereses comerciales del nuevo monarca Pedro I en Flandes y la imposición de salvoconductos para sus productos¹⁴¹.

Con la suerte de los musulmanes echada, los reinos cristianos entran en una dinámica de pugna entre ellos con claros lazos con la estrategia de los actores europeos que los aleja de la resolución del problema del sur que ha dejado de representar una amenaza vital. Los reinos peninsulares se van a ver envueltos en conflictos internos; como ejemplo, en Castilla tiene lugar lo que se ha denominado la “Revolución Trastámara”, y que además de ser disputas dinásticas van a estar relacionadas con las dinámicas del sistema estratégico franco – inglés que atraviesan en esos momentos los últimos coletazos de la Guerra de los Cien Años. La prueba es la presencia de tropas mercenarias inglesas mandadas por el “Príncipe Negro” luchando por Pedro I. Será precisamente la negativa de éste a entregar parte del territorio castellano, el Señorío de Vizcaya, con lo que los ingleses pensaban cerrar a cualquier navegación extranjera el Golfo de Vizcaya como parte de su plan para conseguir la exclusiva del comercio con Flandes, lo que motivará el abandono de los ingleses del apoyo a Pedro I.

¹⁴⁰ “Felipe VI había establecido una alianza con Alfonso XI de Castilla, a quien estas cuestiones no resultaban indiferentes: Flandes era el mercado idóneo para la lana castellana [...] Sin embargo el monopolio comercial que los ingleses estaban a punto de conseguir perjudicaba a los marinos que necesitaban acceder a Brujas y los hanseáticos por semejante razón. De modo que ni Alfonso XI ni Luis de Baviera podían permanecer indiferentes ante la evolución de la guerra. Tampoco Luis Van Male, nuevo conde de Flandes, que con apoyo de Francia buscaba medios para imponerse. Lo mismo sucedía con Felipe VI que no estaba dispuesto a aceptar las ofertas de dominios a cambio de derechos”. Luis Suárez Fernández. *Ibidem*, pág. 332.

¹⁴¹ “Eduardo III tomó sus medidas: aquel mismo verano de 1350 capturó la gran flota de laneros españoles cuando cruzaba frente a Winchealse e impuso de este modo a la nación española (la asociación de comerciantes castellanos de Brujas) condiciones onerosas”. Luis Suárez Fernández. *Ibidem*, pág. 334.

De entre los reinos cristianos, los de Navarra y Aragón, dada la extensión de fronteras terrestres e intereses marítimos, son los que más lazos mantendrán con los sistemas estratégicos europeos. Navarra, rodeada de los dos reinos cristianos más poderosos, siempre ejercerá la opción dinástica francesa como medio de contrapesar a Castilla – León y Aragón¹⁴², lo que a la postre resultará en su anexión cuando las opciones dinásticas de unión entre Pamplona y París se difuminen y la amenaza de intervención francesa deje de ser un factor determinante.

Aragón mismo, una vez cortado su primer impulso hacia una expansión en Occitania¹⁴³, más que hacia la Península, rematará su expansión terrestre hacia el sur mediante acuerdos con Castilla¹⁴⁴ y no mediante empresas militares, y seguirá la orientación extrapeninsular con la expansión hacia el este, buscando en Cerdeña la ampliación inicial de su papel mediterráneo y consiguiendo con la incorporación de Sicilia como un reino más a la Corona de Aragón su máxima expansión, que igualará en extensión insular a la peninsular y determinará su lógica geopolítica¹⁴⁵.

En el lado musulmán, la desaparición del califato omeya en 1031 trae como consecuencia la fragmentación del territorio bajo control musulmán en

¹⁴² “La independencia de Navarra, separada del mar y obligada por tanto a comunicarse por medio de otros se volvió muy problemática. [...] En 1231 Sancho VII, el héroe de las Navas que trajo de allí las cadenas para el escudo, pensó en dar solución al delicado problema mediante un prohijamiento de Jaime I, que hubiera significado la incorporación a lo que luego habrá de llamarse Corona de Aragón. Circunstancias que sería prolijo explicar le movieron luego a cambiar de idea, reconociendo como heredero a un sobrino, Teobaldo de Champagne (1234). De este modo el reino de Navarra quedaba incorporado a los dominios de quien era ya uno de los grandes vasallos de Francia.” Luis Suárez Fernández. *Ibidem*, pág. 282.

¹⁴³ “Al renunciar a sus derechos sobre Occitania, firmando con Luis IX el tratado de Corbeil (1258), Jaime I había tomado una decisión, que tal vez fuese obra de las circunstancias, españolizar más plenamente sus dominios [...] La unidad se reclamaba con la vista puesta en el Mediterráneo occidental convertido en el mar del comercio que alimentaban las grandes islas y puertos italianos. Génova, Pisa, Florencia, Nápoles o Palermo iniciaban el fuerte despegue favorecido por el gran interregno.” Luis Suárez Fernández. *Ibidem*, pág. 283.

¹⁴⁴ En 1305 por el Tratado de Elche, Alicante, Elda, Novelda, Santa Pola, Elche y Guardamar pasan al Reino de Valencia repartiéndose el Reino de Murcia entre Fernando IV de Castilla y Jaime II de Aragón, con lo que los límites sur de dicho reino quedan fijados y cesan las posibilidades de combates terrestres de los aragoneses con los musulmanes.

¹⁴⁵ Para entender la “italianización” de la política aragonesa con Alfonso el Magnánimo y la influencia en sus sucesores ver José Luis Villacañas Berlanga. *La Monarquía Hispánica*. Espasa Calpe. Madrid. 2008, pág. 444.

numerosos actores estratégicos, lo que beneficia los objetivos de los cristianos, que pueden batir por separado a las sucesivas entidades estratégicas con las que se vayan encontrando. Significativamente, el Califato Omeya recuperó el sentido geopolítico del “dominio de la costa opuesta” y conquistó Ceuta en 931, constituyendo un intento de provincia del norte de África, que veía importante para asegurar un contacto con el mundo musulmán y, a la vez, evitar sorpresas desde él¹⁴⁶.

Todo lo anterior lleva a la configuración de un sistema estratégico cerrado geográficamente con una estructura de suma cero. Los acuerdos son solo tácticos y a corto plazo y reflejan el agotamiento de una de las partes o problemas internos o con sus vecinos de la misma religión, la convivencia es solo una apariencia y el que se encuentra en situación de debilidad desaparece. Es, en suma, un todos contra todos que irá depurándose con el tiempo hasta llegar a la total desaparición de actores estratégicos islámicos en la Península y a la unificación política de los territorios peninsulares y las Islas Baleares.

A partir de los núcleos cristianos supervivientes se van formando varios actores que conformarán un subsistema estratégico al norte, que va a interactuar tanto entre sus propios componentes como con el subsistema islámico del sur. Desde un punto de vista militar, la característica que define los enfrentamientos es que los actores cristianos avanzan en la zona central apoyándose en los sucesivos ríos que la atraviesan la península de este a oeste. El Duero, el Tajo y el Guadiana van a constituir las sucesivas líneas de obstáculos en las que irse apoyando para evitar intentos de recuperación de terreno desde el sur creando una serie de fronteras seguras temporales. En el flanco este de la Reconquista, sin embargo, serán las sucesivas cadenas montañosas las que condicionen las fronteras seguras cristianas, ya que a partir del Ebro los aragoneses no se podrán apoyar en cursos de agua de entidad para asegurar su avance.

¹⁴⁶ Joaquín Vallvé, *El Califato de Córdoba*. RBA. Barcelona. 2005, pág. 37. Este autor relata en esta obra, pág. 178 a 190 como la excusa de las primeras intervenciones de Abd el – Ramón III en el norte de África tienen como pretexto las disputas religiosas producto de la recurrente tendencia bereber a las herejías. Más adelante la propaganda de los califas fatimíes constituye una amenaza, de forma que se potencia la construcción naval en Algeciras, que se convierte en la principal base naval del califato, supervisada personalmente por el monarca, siendo el origen de varias expediciones anti – fatimíes, que concluyen con la imprescindible conquista del puerto más peligroso para los omeyas caso de caer en manos enemigas.

Este avance sobre los accidentes naturales implicaba movimientos demasiado extensos para ser coordinados, suponiendo que hubiera existido una voluntad o la mera posibilidad de hacerlo dados los medios de la época, por lo que la fractura política entre los reinos cristianos, como resultado de la ejecución del avance desde posiciones de partida completamente inconexas fue la consecuencia. Cada uno de ellos fueron haciendo su marcha al sur según su ritmo particular marcado por sus propias vicisitudes internas. Portugal y Aragón llegaron a sus límites sur atlántico y mediterráneo respectivamente cuando Castilla se enfrentaba todavía con los actores musulmanes del territorio actual de Andalucía.

En el subsistema islámico la característica más notable va a estar relacionada con la geopolítica. El mundo islámico al sur del Estrecho de Gibraltar siguió su desarrollo y, como es propio de la cultura musulmana, sufrió periódicas sacudidas de integrista religioso que se manifestaron en las intervenciones almorávide y almohade desde el cercano sur para purificar el Islam peninsular por considerarlo poco escrupuloso con la práctica y contaminado por la presencia de poblaciones cristianas en su seno.

Esta conexión entre las dos orillas del Mediterráneo es fruto de que los sistemas estratégicos en ambas, por más que separados por el mar, están conectados por la geopolítica. Ni los musulmanes del norte de África podían mirar hacia la Península como su área de expansión natural, ni desde la antigüedad, el poder asentado en la Península se había sustraído a la necesidad de conquistar no solo enclaves en la costa africana, sino a ser posible el dominio sobre zonas del interior lo más amplias posibles.

Estas intervenciones retrasaron el declive musulmán, que se estaba agudizando a principios del siglo XI, fundamentalmente en el flanco oeste, con el más notable ejemplo de la recuperación de la capital goda de Toledo en 1085. Igualmente, contribuyó la creciente tendencia de los reinos cristianos a enzarzarse en disputas entre sí, conforme la complejidad del sistema iba creciendo y los choques entre intereses castellanos, aragoneses y navarros se agudizaban, así como por las luchas intestinas, como eran las recurrentes disputas dinásticas castellanas y la tendencia a la división entre el antiguo núcleo leones del noroeste y el más reciente creado por el avance cristiano, tendencia que se

sustentaba en la concepción de que la herencia real consiste en dotar a todos los hijos.

La lectura geopolítica de la Invasión y la Reconquista ofrece algunas conclusiones:

1. La Península es una zona de conflicto entre dos actores estratégicos que se extiendan respectivamente por cada orilla del Mediterráneo los tres ejemplos son las dialécticas estratégicas formadas por: el conjunto Roma / Cartago; el antagonismo reino visigodo / Bizancio y, por último, la pugna entre la civilización cristiana, constituida en varias entidades políticas / Islam, igualmente diverso en cuanto a actores estratégicos.
2. Los reinos cristianos más extensos¹⁴⁷ reflejan las tres fachadas de la Península, la atlántica dominada por Portugal, la mediterránea por Aragón y la enfrentada a África que le corresponde a Castilla, sin que por ello deje de mantener salidas, y por consiguiente responsabilidades e intereses, a las otras dos. Como corolario, la geopolítica de cualquier entidad resultante de ellos será la suma de las perspectivas de sus miembros.
3. Cualquier movimiento para ocupar la Península siempre es más fácil de sostener desde el sur que desde el norte. El Estrecho de Gibraltar es más puente y los Pirineos son más barrera.

Las consecuencias de la diversidad de perspectivas entre los reinos cristianos se van a hacer presentes desde los momentos iniciales de la unión de las coronas castellana y aragonesa. Castilla, con una fachada atlántica que la separa de Inglaterra y la une con los mercados de Flandes y el norte de Europa y una relación cultural y comercial, aunque no alianza, con los actores transpirenaicos, se verá abocada a mantener el enfrentamiento con el mundo islámico que comprende no solo al difuso poder marroquí, sino a la cercanía de

¹⁴⁷ El caso de Navarra es muy particular. Encerrada entre Castilla y Aragón sin posibilidad de expansión en ninguna dirección, la orientación de su política es estrictamente interior y buscando en Francia el contrapeso a sus vecinos peninsulares. Como dice Luis Suárez: "Al recibir la noticia de la muerte de su padre, en enero de 1479, Leonor se proclamó reina. Fue la trayectoria más corta de toda la historia de Navarra, veinticuatro días. Los derechos pasaban ahora a su nieto Francisco de Foix, que era, por su madre Magdalena, sobrino de Luis XI. El último consejo que la difunta reina dio a los que la rodeaban fue buscar en todo el apoyo de Francia.....Hasta 1512 sus descendientes tratarán de seguir esta pauta.". *Los Reyes Católicos*. RBA. Barcelona. 2005, pág. 523.

la costa argelina dominada por vasallos, más teóricos que reales, de la puerta otomana. Aragón estará centrada en sus disputas dinásticas en el Mediterráneo, que la empujan hacia Italia y la enfrentan a Francia

La unificación castellano – aragonesa trae como consecuencia que a la finalización el 2 de enero de 1492 de la presencia política del Islam en la Península, el ejército que ha conseguido la victoria va a emplearse en los empeños italianos de la Corona de Aragón. Se mantendrá así un vector geoestratégico desde la Península Ibérica a la Italiana que durará hasta principios del siglo XVIII y que tiene un origen inequívocamente aragonés. Aunque el beneficio sea mutuo.

Castilla, y la Monarquía Hispánica unificada, se van a enfrentar a un adversario, Francia, que, en origen, solo afectaba a una de las partes del conglomerado resultante de la unión de los dos grandes reinos peninsulares y que hasta aquel momento había sido favorable. La suma de estas dos circunstancias, presencia islámica en el sur, si bien dividida entre dos actores estratégicos, marroquí y turco/argelino al este del río Muluya¹⁴⁸, que ha heredado de Bizancio en el aspecto geopolítico el afán de dominio del Mediterráneo partiendo del este y la relación con las vicisitudes de Italia que la unión dinástica comporta, devuelve en 1492 a España a una geopolítica clásica, mediterránea y carolingia a la vez. España se encuentra geopolíticamente en el papel de Roma. Centrada en el Mediterráneo pero involucrada en la Galia / Francia.

Hay que señalar, para completar la geografía peninsular, que la unidad estratégica al este de la Península impulsa a Portugal a una geopolítica africana. La debilidad demográfica y económica del reino lleva a los reyes portugueses a lanzarse hacia una expansión africana que se iniciará con la toma de Ceuta en 1415¹⁴⁹ y una concatenación de avances en tecnología náutica y rentabilidad

¹⁴⁸ Aunque no había un acuerdo estricto siempre se asumió por las partes que este río era la frontera entre la regencia otomana de Argel y el poder marroquí. Así lo explica Cánovas del Castillo en sus: *Apuntes para la Historia de Marruecos*. Imprenta de la América, Madrid 1860, pág. 3. Que empieza explicando que “Las aguas del río Mulucha o Muluya , límite natural de la Argelia y del imperio de Marruecos, señalaron ya , según refiere Salustio, el fin de los dominios del húmeda Yugurta y el principio de la Mauritania.” .

¹⁴⁹ “Ese verano (1415) una flotilla había abandonado Lisboa, cruzado las estrechas aguas hasta Marruecos y arrasado la ciudad de Ceuta. Aquella fue una batalla más desigual que la de Agincourt, en la que perecieron varios miles de africanos y solo ocho soldados portugueses, pero

económica en las exploraciones que salpicará las costas de África tanto en la costa atlántica como en la índica de enclaves portugueses hasta que se consiga llegar a la India¹⁵⁰.

Es en el curso de la delimitación definitiva de intereses entre Castilla y Portugal, con motivo de la Guerra de Sucesión castellana de 1475 a 1479, que finaliza con el reconocimiento definitivo de Isabel como reina, cuando Portugal consigue el abandono de cualquier pretensión castellana de competición¹⁵¹ en África,

esto no es lo que la hace especial. La importancia de la batalla de Ceuta, que solo se pondría de manifiesto más tarde, era que, por primera vez desde el Imperio romano, una guerra productiva europea se había vuelto intercontinental. Los guerreros europeos habían surcado los mares antes – los vikingos habían llegado a América, los cruzados a Tierra Santa -, pero siempre lo habían hecho para huir de sus señores y fundar sus propios pequeños reinos, independientes de un Leviatán más grande. Por el contrario, en Ceuta, el rey Juan de Portugal quería expandir el poder de Lisboa por África.” Ian Morris, *Opus cit.*, pág. 220.

¹⁵⁰ “Mas o arranque da expansão portuguesa ocorre com a conquista de Ceuta em 1415. Aparentemente o impulso é ainda o da Reconquista mas as diferenças estão à vista. A conquista de Ceuta envolve a mobilização de uma frota europeia e, para lá do exército dos nobres, o entusiasmo de um exército dos concelhos, em particular do de Lisboa e do Porto e a participação, à sua custa, de alguns mercadores italianos e ingleses. Depois, a manutenção da praça e a necessidade de prover a sua defesa promoveram desde logo a criação de uma direção político-militar em solo nacional, voltada para o mar e que a todo o momento mobilizava os recursos marítimos. Com o passar do tempo, esta direção consolida-se como a cabeça organizadora e centralizadora de frutuosas operações corsárias no Estreito de Gibraltar e também da redescoberta das ilhas atlânticas e do seu povoamento, de novas conquistas em Marrocos e de viagens de corso e descobrimento na costa africana para lá do Cabo Bojador. Entretanto, ao longo do século XV, foram-se definindo os modelos que a expansão portuguesa iria desenvolver nos séculos XVI e XVII.

“Pero el inicio de la expansión portuguesa sucede con la conquista de Ceuta en 1415. Aparentemente el impulso procede de la Reconquista, pero las diferencias son bien visibles. La conquista de Ceuta implica la movilización de una flota europea y a la vez que un ejército de nobles, un ejército de las ciudades, especialmente Lisboa y Oporto e incluso la participación a su costa de mercaderes italianos e ingleses. Después, el mantenimiento de la plaza y la necesidad de sostener su defensa promoverán el surgimiento de una dirección nacional político – militar centrada en el mar y que movilizaba constantemente los recursos marítimos. Con el paso del tiempo, esta dirección se consolidó como la cabeza organizadora de fructíferas operaciones corsarias en el estrecho de Gibraltar y también en el redescubrimiento de las islas atlánticas y de su poblamiento, de nuevas conquistas en Marruecos y de viajes de corso y descubrimientos en la costa africana, más allña del cabo Bojador. A lo largo de siglo XV se definieron los modelos de expansión portuguesa que iban a desarrollarse durante los siglos XVI y XVII)” *História de Portugal*. Editora da Universidade do Sagrado Coração. Cord. José Tengarrinha. Sao Paulo. 2000. Cap. 4, Antônio Borges Coelho, pág. 66.

¹⁵¹ “Los acuerdos finales entre Portugal y Castilla se firmaron en Alcáçovas el 4 de septiembre y en Trujillo el 27 de septiembre del mismo mes del año 1479 [...] Castilla renunciaba expresamente a cualquier derecho a navegar más allá del cabo Bojador y contra las costas de África, siendo monopolio de Lisboa otorgar las licencias; se reservaba, en cambio, el dominio de las Canarias y de un andén litoral sahariano entre los cabos Nun y Bojador, que debía permitirle una puerta de comunicación hacia la ruta de las grandes caravanas que cruzaban el desierto haciendo aportes de oro. Los Reyes Católicos, que tenían extraordinario interés en conservar las buenas relaciones con Portugal, cumplieron escrupulosamente este compromiso: aceptaron el proyecto colombino porque se había obligado a respetarlo.”. Luis Suárez Fernández. *Opus cit.*, pág. 170.

Geopolítica española. De los orígenes al retorno al sur en el siglo XXI

manteniendo Castilla las Islas Canarias como guardia avanzada sobre el flanco de la costa marroquí.

4.3. América y la estrategia de la Monarquía Hispánica

El 12 de octubre de 1492 se iniciaba para España un reto geopolítico parejo a la grandeza de la hazaña náutica de comenzar a redefinir el concepto de la geografía terrestre que, desde los clásicos griegos, sostenía la cultura occidental¹⁵².

La Era de los Descubrimientos tiene una importancia capital en la conformación de la geopolítica actual. Y es que su propio nombre la califica. Los exploradores que se adentraban en sucesivas expediciones a través del Atlántico y más tarde del Pacífico no sospechaban lo que iban a encontrar. Las dimensiones de la Tierra y su geografía, incluso la distribución exacta de las masas continentales, por no decir nada de las miríadas de islas, eran algo que irían surgiendo de forma paulatina. Cada nuevo descubrimiento implicaba reajustar la comprensión de la totalidad y, en función de las relaciones entre las potencias europeas, estos nuevos descubrimientos significaban aportaciones a los sistemas estratégicos que se iban formando entre las potencias colonizadoras y de ellas con los actores estratégicos con los que iban entrando en contacto.

Se puede afirmar que hasta el siglo XVII no se tiene una idea lo suficientemente correcta de las nuevas tierras de América y Asia como para incluirlas, como un todo, en las concepciones estratégicas de Occidente. Para unos reinos eminentemente continentales o mediterráneos, como Castilla y Aragón, esto supuso un proceso de adaptación, que no de previsión ni planificación, de sus esquemas separados y luego comunes.

Ni el estado de la tecnología industrial ni de la naval permitieron un aprovechamiento inicial de los territorios descubiertos de forma intensiva. La

¹⁵² Hay que comprender el concepto que imperaba entre los geógrafos medievales sobre la forma, tamaño y disposición de tierras emergidas y mares para darse cuenta del cambio radical que supuso el Descubrimiento, y las consecuencias que esto tuvo para el pensamiento europeo. Al igual que la visión de la naturaleza aristotélica o el sistema astronómico de Ptolomeo, la *Geografía* de Estrabón marcaba la concepción del mundo físico por la sociedad tardomedieval y renacentista. El descubrimiento de nuevos continentes es comparable al descubrimiento de Galileo de un aspecto desconocido del Universo. Había más cosas en el Universo que las que la filosofía griega había tratado de sistematizar.

situación interna de España, muerte de Isabel I de Castilla, regencia de Fernando de Aragón, y el difícil tránsito hacia la monarquía Habsburgo, hacían que las preocupaciones sobre los dominios americanos se centraran en la rentabilidad, dudosa hasta la conquista de México, y la organización política de los territorios, incluido el estatus legal de los indígenas. Inicialmente las crecientes posesiones americanas se vieron como una fuente de ingresos para financiar las actuaciones en los otros dos escenarios de la geopolítica española, Europa y el Mediterráneo, donde en el flanco sur la presión turca era constante en la búsqueda de la islamización de Europa de este a oeste, ya que había fracasado el intento en sentido contrario.

4.3.1. Conceptos estratégicos de España y Portugal

El reparto inicial de los nuevos territorios, que el Tratado de Tordesillas había establecido por arbitrio del papa Alejandro VI, marcaba un meridiano a 370 leguas al oeste del archipiélago de Cabo Verde atribuyendo las tierras al este, salvo las Canarias, a Portugal que veía así reconocido su nascente imperio africano, y al oeste a España sin especificar dónde acababa porque en aquel momento no se sabía la extensión y formación de las tierras descubiertas¹⁵³.

Lo cierto es que el beneficiado inicialmente por este acuerdo era Portugal. Los viajes hacia Poniente habían tenido como motivo fundamental el conseguir una ruta para el comercio con Oriente que evitase el imperio otomano que acababa

¹⁵³ “Que se haga y asigne por el dicho mar océano una raya o línea derecha de polo a polo, del polo Ártico al polo Antártico, que es de norte a sur, la cual raya o línea e señal se haya de dar e dé derecha, como dicho es, a trescientas setenta leguas de las islas de Cabo Verde para la parte de poniente, por grados o por otra manera, como mejor y más presto se pueda dar, de manera que no será más. Y que todo lo que hasta aquí tenga hallado y descubierto y de aquí adelante se hallase y descubriese por el rey de Portugal y por sus navíos, así islas como tierra firme, desde la raya arriba dada en la forma susodicha, yendo por la parte de levante, dentro de la dicha raya a la parte de levante, o de norte o sur de ella, tanto que no sea atravesando la raya, que esto sea y quede y pertenezca al dicho señor rey de Portugal y a sus subcesores para siempre jamás. Y que todo lo otro, así islas como tierra firme, halladas y por hallar, descubiertas y por descubrir, que son o fueren halladas por los señores rey y reina de Castilla y de Aragón, y por sus navíos, desde la raya dada en la forma susodicha, yendo por la parte de poniente, después de pasada la raya para el poniente o al norte sur de ella, que todo sea y quede y pertenezca a los dichos señores rey y reina de Castilla y de León, y a sus subcesores para siempre jamás”. <http://www.artic.ua.es/biblioteca/u85/documentos/1828.pdf>. Universidad de Alicante. En: <http://cit-tordesillas.es/doc/2081383da4850db1a1819dd6652a11ac.pdf> se puede encontrar la versión en castellano actual. Consultadas enero 2020.

de cerrar en 1453 las rutas comerciales. Lo que para el mundo mediterráneo no pasaba de ser un inconveniente, el tener que establecer tratados comerciales con una nueva potencia, que en el caso más desfavorable supondría un aumento de precios, para una nación que ocupaba el extremo atlántico de una península hasta ese momento mediterránea, era una inicial complicación pero también una fuente de oportunidades.

Si conseguían abrir una ruta alternativa que les permitiese el acceso a las especias y a los productos que tradicionalmente habían llegado a Europa y que ahora se encontraban en manos otomanas, el país se convertiría en una potencia comercial cuya capacidad financiera compensaría su escasez de territorio y población.

Los Reyes Católicos, al principio, no tuvieron más aspiración que pacificar la frontera occidental, por lo que transigieron con las aspiraciones comerciales portuguesas para centrarse en el este y el sur, donde la pugna en Italia y la constitución de una frontera marítima segura con los magrebíes eran las prioridades.

4.3.2. El problema de la legalidad

Sin embargo, en el pensamiento de los monarcas hispánicos estuvo inicialmente en duda de la legalidad del proceso de conquista de los territorios que se iban descubriendo, la situación legal de sus habitantes y su relación con los colonos castellanos. La prueba fueron las sucesivas consultas y leyes que desde Isabel I a Felipe II se hicieron sobre estos temas.

El descubrimiento fue no solo una sorpresa geográfica, sino también moral. Las tierras conocidas se suponían pobladas bien por cristianos o por otras categorías religiosas que, conociendo la fe cristiana, la habían rechazado. Al no ser este el caso, se creó la duda sobre si sin amenaza u ofensa era lícito el apropiarse de estas tierras y reducir a sus habitantes a la obediencia a un nuevo señor y una nueva religión. Caso aparte de los musulmanes, que se encontraban en guerra santa perpetua contra la cristiandad, estas tierras y estas gentes eran algo totalmente nuevo.

Lo cierto es que las posesiones americanas representan para los monarcas españoles un doble reto, moral y material, que no va a tener parangón para otras naciones europeas en la época de los descubrimientos. Mientras los portugueses consideran que sus actividades en África y en el Índico son una continuación lógica de la interrupción de la ruta de las especias y que no hay reparos morales a la hora de tratar con régulos “paganos”, como los gobernantes de Calcuta, cuya existencia, si bien de forma casi mítica, era conocida; para los españoles la presencia de poblaciones recién añadidas a las conocidas directamente o por referencias, clásicas o transmitidas a través de fuentes árabes, supone un dilema moral. ¿Cómo hay que proceder con ellos? ¿Son legítimos sus títulos de propiedad de las tierras y los bienes? Preguntas como estas fueron objeto de enconadas disputas que, al final, se saldaron con una visión paternalista en la metrópoli respecto al estatus y derechos de los indígenas.

Las justificaciones que se dieron, por más que hoy resulten fuera de la concepción del derecho internacional, tenían su validez ante la mentalidad y las creencias de la época, pero todas acababan en la validez de la Bula papal que dividía el mundo “no conocido” y la necesidad de que la administración a cualquier nivel se encargase de la conversión de los indígenas¹⁵⁴. En suma, casi sesenta años para reafirmar sin dudas los títulos de la Corona a la conquista.

¹⁵⁴ El primer embate moral lo sufrió la conciencia de la Reina Isabel I al enterarse de que los indios estaban siendo reducidos a esclavitud, enviando una carta al Gobernador Nicolás de Ovando en 1503, en la que claramente le decía que “[...] hubimos mandado que los indios vecinos y moradores de la Isla Española fuesen libres y no sujetos a servidumbre [...]” Mendoza, Rivero y Villena. *Opus cit*, pág. 137, para a continuación regular la forma en que deben ser empleados en los trabajos para los colonos, siempre con paga y tiempo para la instrucción en la Doctrina Cristiana. En 1512, debido a los abusos denunciados por el dominico Fray Antonio de Montesinos, fue el rey Fernando quien solicitó de una Junta de Teólogos reunida en Burgos si la Corona disponía de “justos títulos” para la colonización. La respuesta fue positiva, se reafirmó la validez de la Bula y la capacidad del Papa para disponer de territorios de paganos y asignarlos a los monarcas que considerase oportunos. El resultado fueron las Leyes de Burgos de 1512 – 13 que básicamente reiteraban los criterios iniciales sobre no esclavización, pago de salario pero trabajo obligatorio de los indios y lo más curioso, el Requerimiento, la invitación al sometimiento a la Corona y la religión católica que debía preceder a todo uso de la fuerza. De nuevo en 1542 - 43 se reiteraron leyes, las “Leyes Nuevas”, que prohibían la esclavización y organizaban el sistema de administración. Tantas leyes prueban que no se cumplían por los intereses de los colonos, que con Carlos V volvió a suscitarse la polémica, en parte por las denuncias de Fray Bartolomé de las Casas, resuelta en 1551 con el establecimiento definitivo de una visión oficial de Juan Ginés de Sepúlveda, que determinaba la posición natural de inferioridad de los indios y el derecho a reducirlos a obediencia por la violencia.

Estas dudas morales son indicativas, además del pensamiento político de la época, indisolublemente unido a este tema como al de Flandes a la cuestión religiosa, de las dificultades que la supervisión de la cadena de la autoridad real tenía para llegar hasta el terreno, lo que a su vez indica la dificultad de cualquier coordinación estratégica posible.

4.3.3. La Conquista

Si bien la brecha tecnológica era considerable, una sociedad preindustrial con armas de fuego y un dominio puntero en su época en las tecnologías de fundición de acero, construcción naval y navegación, con personal curtido en un estado de guerra casi permanente desde la Guerra de Granada a las primeras campañas de Fernando el Católico en Italia y en el Mediterráneo, contra sociedades neolíticas que desconocían la rueda y en donde la ausencia de grandes mamíferos condenaba a la tracción a brazo en sus obras públicas y en la mayoría de sus relaciones comerciales, el número de los recién llegados era tan reducido que el simple peso de la relación de fuerzas hubiera anulado cualquier ventaja europea.

La situación interna de las sociedades más complejas con que se encontraron los conquistadores, los imperios azteca e inca, se encontraba en unas tensiones internas que hicieron posible su derrota en plazos de tiempo tan breves que sorprendieron incluso a los vencedores¹⁵⁵. Además, estos dos actores estatales no abarcaban sino una parte reducida del territorio descubierto y colonizado efectivamente, si bien facilitaron enormemente la tarea de conquista de sus áreas de gobierno, al presentar a la mayor parte de la población el gobierno español como un simple cambio de élite.

¹⁵⁵ Aunque muy difundido, el modelo de Jared Diamond, explicado en su libro *Armas, Gérmenes y Acero*, Debate, Barcelona 2006, y sin discutir que la combinación de la superioridad tecnológica y la resistencia a las enfermedades, fruto de milenios de contacto con animales domésticos ausentes de América, la tesis de Ian Moris en su obra *¿Guerra ¿Para qué sirve?* pone el énfasis en la cuestión de las enfermedades, afirmando que los estudios del ADN de las poblaciones amerindias actuales sugieren que entre los siglos XVI y XVII su tamaño se redujo a la mitad.

El modelo de ejecución pasó, a medidas que más territorios y poblaciones iban siendo incorporadas, de la concesión exclusiva a Colón hacia fórmulas más similares a las que se usaban en Castilla durante la reconquista, no habían los Reyes Católicos dominado a la nobleza en España para ver un gobierno de privilegios fuera de control en unas tierras, que por su lejanía, ya eran propensas a escapar al estricto control real. La secuencia se antoja la más lógica: lo primero era el descubrimiento, el asentamiento de población española y el establecimiento de un esbozo de administración. Luego vendría la configuración del estado, tratando de dar un sentido coherente al conjunto de todos los dominios que se iban incorporando a la monarquía hispánica.

El esquema que se siguió era el mismo que se había utilizado durante la Reconquista, una mezcla de empresa privada auspiciada por la corona que ratificaba a posteriori las adquisiciones realizadas y repartía títulos y privilegios entre los participantes. El procedimiento siempre tuvo en cuenta que:

“la adquisición de un imperio exigía un firme compromiso de asentamiento y colonización. En el prefacio de la traducción inglesa (1580) de John Florio del relato escrito por Jacques Cartier de sus viajes de exploración a Nueva Francia o Canadá, se informa de que «los españoles nunca prosperaron o prevalecieron sino donde se asentaron»¹⁵⁶.

Es decir, al igual que en la Reconquista, no bastaba con sustituir o eliminar los poderes locales en cada caso, había que dotarlos de una población española con unas instituciones que se integrasen de algún modo en la gobernación de los reinos de la Monarquía Hispánica, con las peculiaridades que la distancia y el entorno ofrecían a dichos modelos.

Las prioridades estratégicas de la corona española fueron asegurar el laudo papal, impidiendo por todos los medios el establecimiento de asentamientos de otros países europeos en los territorios que les había correspondido y asegurar el sistema de obtención de recursos económicos, fundamentalmente metales preciosos, y su transporte hasta los puertos designados de la Península para

¹⁵⁶ John Elliot. *Imperios del Mundo Atlántico*. Taurus / Santillana. Madrid. 2006. El autor prosigue “[...] y en su *Discourse of Western Planting* (Discurso sobre la colonización occidental) de 1584, Richard Hakluyt citaba con aprobación los comentarios de Gomara sobre la locura del predecesor de Cortés, Juan de Grijalva, quien no fundó ningún asentamiento al alcanzar la costa de Yucatán.”.

insertar esos activos en el sistema económico europeo y así permitir el mantenimiento de la Monarquía Hispánica, tanto en su administración como en los enfrentamientos en los que se encontraba envuelta en un sistema estratégico complejo que incluía desde las Islas Británicas hasta el Mediterráneo Oriental.

América fue, desde el punto de vista estratégico, una contradicción continua. No se la introdujo en un sistema unificado, como lo fueron los territorios italianos o de los Países Bajos en una estructura común. El grueso del ejército siempre estuvo en Europa, y hay que tener en cuenta que no solo estaba formado por unidades españolas, fundamentalmente castellanas, sino que había una participación muy numerosa de italianos y flamencos leales, así como los contingentes mercenarios que se pudieron sumar en cada ocasión, incluso protestantes como la mayor parte del ejército que asaltó Roma el 6 de mayo de 1527. La principal preocupación estratégica respecto a América, que se convirtió en la base logística de la monarquía, fue siempre mantener abierta la comunicación del Atlántico. España sostuvo durante trescientos años una Batalla del Atlántico constante contra todos los poderes europeos, especialmente contra Inglaterra / Gran Bretaña.

La propia inmensidad del territorio y la distancia respecto a las metrópolis europeas hizo que una vez establecida la administración española fuera prácticamente imposible desalojarla de zonas significativas. La existencia de las Guayanas son la excepción que confirma la regla, confinadas entre el Brasil portugués y la Nueva Granada española, haciendo que casi todos los intercambios territoriales tuviesen lugar en el Caribe, mediterráneo americano más proclive a operaciones de corto radio una vez establecida alguna base insular y siempre con objetivo limitado.

América española, con las Filipinas como apéndice asiático, quedó así como un sistema estratégico aparte, que recibía influencias del sistema europeo, desde donde llegaban muy amortiguadas no solo por la distancia, sino por el estado de la tecnología de la época que no era capaz de lanzar guerras de alcance mundial con coordinación de objetivos en un tiempo razonable. Francis Drake circunnavegó el globo atacando a todas las posesiones no inglesas que encontró, pero su impacto real en los dominios español y portugués fue mínimo.

España se mantuvo en América en una permanente defensiva estratégica que la llevó, paradójicamente, a una constante expansión en busca de la constatación de la presencia o ausencia de asentamientos europeos que supusieran un menoscabo a sus intereses y tratando de alcanzar sucesivas líneas de defensa avanzada, sobre todo en el norte, donde la expansión desde el actual territorio mexicano fue constante.

Sin embargo, en la mente de todos los gobiernos europeos era la inmensidad de las posesiones de los Habsburgo de Madrid la que la convertía en unos adversarios poderosos y en un objetivo inalcanzable en su propio terreno. Solo mediante acuerdos europeos se podía esperar que alguna pieza de América cayese fuera de las manos españolas.

De hecho, la importancia del conjunto en el sistema europeo era tal que en todos los juegos estratégicos siempre se mantuvo como indivisible la corona de España y sus posesiones americanas y asiáticas, quizás por el convencimiento, equivocado, de que era de esas posesiones de donde la Monarquía Hispánica extraía sus fuerzas y en donde estaba el premio de cualquiera que se alzase con ella, debido a las riquezas y las posibilidades de crear un emporio comercial que ofrecía.

4.4. Estrategia imperial

A la muerte de Isabel I en 1504 la visión geopolítica de la Monarquía Hispánica está dividida. El testamento de la reina muestra que las preocupaciones fuera de la Península de ambos reinos no son una, aunque cada uno apoye la acción exterior del otro. En opinión de Manuel Fernández Álvarez:

“...la atención de la Reina no se centre en Europa, pero sí en aquellos dos objetivos que más parecían importar a Castilla: el salto al norte de África y la expansión marítima hacia Occidente, lo que englobaba el afianzamiento en Canarias y el seguir las navegaciones iniciadas por Colón en América¹⁵⁷”.

El vector europeo se entiende que corresponde a Aragón y Fernando II y, por consiguiente, no hay que dar instrucciones a herederos e instituciones.

4.4.1 Génesis del sistema imperial

Así, el concepto de conformación territorial y desarrollo organizativo de la entidad política que se ha dado en denominar “Imperio Español” fue, por la fuerza de su propio origen, buscados de antemano, y arrastró deficiencias y, en ocasiones, falta de realismo¹⁵⁸. Constituido de forma inopinada a través de alianzas matrimoniales que fueron añadiendo territorios a un mismo soberano, su constitución fue tan rápida que no tuvo ocasión de formularse una estrategia previa con unos fines, unos medios y unos plazos temporales estudiados¹⁵⁹. Los resultados fueron la acumulación de territorios en América y Europa de forma

¹⁵⁷ Manuel Fernández Álvarez. *Isabel la Católica*. Círculo de Lectores. Barcelona. 2003, pág. 439.

¹⁵⁸ “La propia heterogeneidad y dispersión de estas tierras [...] vale para sugerir que el Imperio Habsburgo nunca podía ser un equivalente de los imperios uniformes y centralizados de Asia”. Paul Kennedy. *Opus cit.*, pág. 73.

¹⁵⁹ “El heredero universal de todos estos pactos matrimoniales fue Carlos, el hijo mayor de Felipe y Juana. Nacido en 1500, se convirtió en Duque de Borgoña a la edad de quince años y en Carlos I de España un año después, y luego – en 1519 – sucedió a su abuelo paterno Maximiliano como emperador del Sacro Imperio y como gobernante de las tierras austriacas de la herencia Habsburgo.”. Paul Kennedy. *Opus cit.*, pág. 71.

precipitada y la creencia en que su simple conservación en las manos del príncipe constituía la guía de acción, ya que la cantidad de recursos que aportaban entre todos le permitirían imponer su voluntad tanto dentro como fuera de su herencia. Lo cierto es que “no había un plan consciente de dominio de Europa al estilo de Napoleón o Hitler.”¹⁶⁰.

Si bien Europa era una extensión geográfica perfectamente conocida y con un sistema estratégico definido, la extensión alcanzada por la Monarquía Hispánica en un plazo de tiempo brevísimo, entre 1516 en que comienza el proceso sucesorio de Carlos I a su abuelo Fernando de Aragón en la Península y 1520, en que obtiene la corona imperial, significó una masa crítica de recursos económicos y humanos notable, pero a la vez de muy difícil gobierno. Francia se convirtió irremediablemente en un adversario en términos geopolíticos y desde Europa Central al Mediterráneo Occidental la línea de choque con el Imperio Otomano era demasiado extensa para atenderla en caso de ofensiva general de éste.

La desastrosa gestión económica de la monarquía por parte de la dinastía Habsburgo es el ejemplo palpable de cómo los diversos aspectos fueron vistos de forma sectorial y nunca sistémica. El principal obstáculo para un razonamiento estratégico era la anteposición de “la Honra” a cualquier otra consideración económica o militar. El propio Carlos V en la instrucción reservada que remite a Felipe II el 6 de mayo de 1543 reconoce

“« El pesar que tengo de aver puesto los reynos y senoryos que os tengo que dexar en tan extrema necessarydad» y de que, si moría, «lo de la hazienda quedará tal que pasaréys gran trabajo, porque veréys quan corta y cargada queda por hagora»; pero «lo que he hecho a sydo forçosamente y por guardar my honrra, pues sin ella menos my pudyera sostener y menos os dexara». La primera lección «secreta» que Felipe aprendió de su padre fue, por tanto, que el dinero siempre debe postergarse ante la «honra y reputación»¹⁶¹.

¹⁶⁰ *Ibidem*, pág. 75.

¹⁶¹ Geoffrey Parker, *El Rey Imprudente*. Planeta. Barcelona. 2015, pág. 37.

Esta idea será de una persistencia nociva. Cuando en el reinado de Felipe III se celebre una reunión del Consejo de Castilla en 1602 para decidir sobre Flandes:

“Los consejeros solo veían cuatro opciones posibles respecto a Flandes: realizar un gran esfuerzo en la guerra, llegar a un acuerdo de tregua o de paz, continuar como hasta entonces o abandonar por completo la empresa. Ninguno consideraba viable la cuarta opción [...] En tercer lugar renunciar a la guerra y, por tanto a las provincias, constituiría un duro golpe para la honra del rey, componente importante del poder de la monarquía. En efecto, argumentaban, sin reputación no se pueden conservar los Reynos y esta se perdería en desamparar tales estados y mucho mayor por ser patrimonio heredado por varonía”¹⁶².

El problema era que reparar y mantener la honra iba a exigir gastar cada año el presupuesto de cuatro, y esto era imposible.

Es decir, que a los cincuenta años aproximadamente del descubrimiento, el flujo de capital americano no era suficiente para equilibrar las necesidades del sistema imperial, básicamente los enfrentamientos con Francia y Flandes¹⁶³. Aparte de las deficiencias de la administración y el control de los flujos de capital, propios de la época lo cierto es que los gastos superaban ampliamente a los ingresos. El sistema de monopolio comercial con ultramar basado en los puertos de Sevilla y Cádiz, para intentar asegurar el cobro de los derechos de aduanas,

¹⁶² Paul C. Allen. *Felipe III y la Pax Hispánica. 1598 – 1621. El fracaso de la gran Estrategia*. RBA. Barcelona. 2006, pág. 139.

El propio Ambrosio de Spínola cuando el debate se reproduzca en 1628, ya con Felipe IV en el trono reconocerá que cualquier esfuerzo servirá «solo para la reputación, no para el fin de la guerra». Citado por Geoffrey Parker en *España y la rebelión de Flandes*. Nerea. Madrid. 1989, pág. 260.

¹⁶³ No era el único caso, para Portugal, su imperio tampoco estaba aportando los resultados apetecidos y eso que era un país mucho más pequeño que la Monarquía Hispánica y con unas posesiones coloniales comparativamente más amplias respecto a la metrópoli.” Sabemos que para hacerse de recursos, se recurría, por parte de la corona, a solicitar empréstitos, garantizados por las mismas mercancías de Oriente, a las grandes casas bancarias de Holanda, como los Welser. Para 1503 ya los portugueses se habían visto obligados a abrir una factoría con bodegas en Ámsterdam, para garantizar los dineros invertidos en las armadas por los banqueros alemanes y holandeses y así se iniciaba el proceso ruinoso para los lusitanos, mediante el cual ellos, esto es, la corona, sostenía el gasto ocasionado por las armadas, las fortalezas que se fueron creando en la ruta y las ciudades en Asia, pero el provecho iba a dar, casi íntegramente, a Amberes. Los artículos que se llevaban al Asia para el comercio eran, en su mayor parte, manufacturas holandesas o inglesas y alemanas y poco a poco Ámsterdam se fue convirtiendo en el verdadero centro de distribución de especias y artículos de Oriente para toda Europa.”. Rafael Bernal, *El Gran Océano*. Fondo de Cultura Económica. México. 2012, pág. 112.

incrementó el contrabando en ambos sentidos, ya que ni era posible evitar los desembarcos clandestinos de mercancías ni la producción nacional alcanzó nunca para atender las necesidades de las posesiones americanas.

Y es que uno de los puntos débiles de la Monarquía va a ser la financiación. Como ejemplo, en 1625 el presupuesto de Defensa¹⁶⁴ ascendía a 14.350.000 ducados, de los que 3.600.000 se los llevaba el ejército de Flandes, 3.000.000 el de Milán y 3.500.000 el pago de intereses. Las mejores aportaciones de América fueron de dos millones, por lo que las supuestas fuentes de riqueza imperial no aportaban más que un 14% cuando más. Se vivía por encima de las posibilidades, con unos niveles de deuda e impuestos que hacían imposible el crecimiento económico.

La leyenda del oro y la plata de América como posible sustento principal de la economía española estuvo ampliamente extendida por los países europeos, pero lo cierto es que los principales ingresos de la corona procedían de los préstamos de los banqueros y de una constante huida hacia adelante fiscal, extraída fundamentalmente de Castilla, donde las necesidades del momento se atendían pignorando los ingresos futuros. El resultado de esta política de endeudamiento desbocado, como certeramente pronosticaba Carlos V, quien creó sus bases, fue la sucesión de bancarrotas de la Monarquía desde Felipe II en adelante.

Además, este esfuerzo estaba desigualmente repartido. El hecho de que la unión de los diferentes territorios fuera en la persona del rey, manteniendo intactas sus instituciones y procedimientos de financiación, agravaba el problema. Toda estrategia necesita de unos fines, unos medios y unos procedimientos. Aunque en ocasiones se llegasen a definir objetivos, los medios no estaban al alcance de la corona la mayoría de las veces y no solo por falta de recursos financieros; hombres, buques, estructuras política y, por tanto, sistemas de toma de decisiones no estaban acompasados entre los diversos reinos¹⁶⁵, lo que limitaba

¹⁶⁴ J. H. Elliot. *El Conde Duque de Olivares. Crítica*. Grialbo – Mondadori. Barcelona. 1998, pág. 273.

¹⁶⁵ “Después de explicar a grandes rasgos en que consistía su proyecto, Olivares pasaba en la última parte del Gran Memorial a hacer una recapitulación sumaria y a sacar unas conclusiones que le harían ganar tanta fama póstuma. «Tenga V. Majd. Por el negocio más importante de su Monarquía», decía en un famoso pasaje, El hacerse rey de España, quiero decir, señor, que se

la disponibilidad de los dos primeros, impedía la eficacia de los segundos y hacía fracasar, finalmente, los esfuerzos de todos. Antes que ninguna otra consideración estratégica exterior, el gran problema de la Monarquía Hispánica va a ser interior¹⁶⁶.

4.4.2. Los adversarios

El pensamiento estratégico de los Habsburgo españoles, desde la visión del imperio universal de Carlos V a la más reducida de Felipe IV y la de supervivencia en tiempos de Carlos II, va a estar marcada por el conflicto con Francia. Este va a condicionar el pensamiento estratégico español del siglo XVI, como la pugna con Holanda lo hará en el XVII y el enfrentamiento con Inglaterra / Gran Bretaña en el XVIII. No quiere decir que estos tres actores tengan solo una presencia estratégica activa en sus siglos correspondientes, los universos francés y británico son constantes estratégicas y determinan la geopolítica española hasta la actualidad, sino que en cada uno de los indicados centrarán la atención de una España que vive volcada en el vector estratégico norte hasta su expulsión del mismo a comienzos del siglo XIX.

contente con ser rey de Portugal, de Aragón, de Valencia, conde de Barcelona, sino que trabaje y piense con consejo maduro y secreto por reducir estos reinos de que se compone España al estilo y leyes de Castilla, sin medir ninguna diferencia en todo aquello que mira a dividir límites, puertos secos, el poder celebrar cortes de Castilla, Aragón y Portugal en la parte que quisiese, a poder introducir V. Majd. Acá y allá ministros de las naciones promiscuamente....que si V. Majd. Lo alcanza será el príncipe más poderoso del mundo.” J. H. Elliot. *Opus cit.*, pág. 231.

¹⁶⁶ “Castilla pues exigía paridad a la hora de los sacrificios mientras que los reinos no castellanos exigían igualdad en los beneficios.....Pero había también una cantidad enorme de dificultades prácticas para llevar a cabo esa reorganización. La redistribución general de las cargas y los beneficios que comportaba la monarquía habría de enfrentarse por un lado a la intransigencia de los castellanos, que no estaban dispuestos a abandonar la primacía que ostentaban a la ora de ocupar los cargos, ni los derechos exclusivos que tenía sobre las Indias, y por otro a la intransigencia de los demás reinos, decididos a no renunciar al tesoro que para ellos significaban sus fueros y libertades. Felipe II había sido un gobernante lo bastante cauto como para correr el riesgo de exacerbar las pasiones sin una buena causa.” *Ibidem*. págs. 230 -231.

4.4.2.1. Francia

Francia había visto como al cabo de un siglo de enfrentamiento bélico con Inglaterra, entre 1337 y 1453, su victoria quedaba, desde un punto de vista estratégico, anulada por la acumulación de territorios Habsburgo. Los puertos flamencos de la lana que habían sido uno de los motivos de la ambición inglesa ahora estaban en las manos del mismo soberano que Nápoles y el Franco Condado. Francia se sentía cercada y amenazada por una corona que disponía de una base logística en las nuevas tierras americanas de capacidades inagotables. La situación forzaba a Francia a considerar al Imperio como una amenaza¹⁶⁷.

Las zonas de contacto, y conflicto, con Francia, eran dos. Una tradicional en el norte de Italia, donde el ducado de Milán será objeto de constantes alternativas entre España y Francia y otra nueva, herencia borgoñona, que eran los Países Bajos, o como se les denominaba genéricamente, Flandes. El problema de Flandes fue tratado de la misma forma que el del dinero, con el recurso a la fama y la honra más que a un sentido estratégico con un criterio coste / eficacia de las acciones a llevar a cabo¹⁶⁸. El territorio de los Países Bajos era un mosaico de entidades políticas de pequeña extensión, con una variedad conservada hasta hoy de lenguas y costumbres que habían devenido en vasallaje del Imperio y siempre han sido la zona de choque entre éste y Francia.

El enfrentamiento con Francia en Italia se mantuvo también hasta el fin de la presencia estratégica de las dos naciones en la Península Italiana en el siglo XIX, pero aquí Francia no se jugaba cuestiones vitales aunque sí de

¹⁶⁷ “La Francia derrotada en Pavía parecía abocada al desastre con tantas pérdidas en aquella batalla y con su rey Francisco hecho prisionero, sacó fuerzas de flaqueza [...] Aliados se mostraron también los pequeños potentados italianos, temerosos del formidable poder que había alcanzado el Emperador [...] Con Carlos V al frente del Imperio el Turco había dejado de ser un enemigo potencial de Francia para convertirse en su aliado [...] De ese modo, concitando las mayores fuerzas de entonces contra Carlos V, provocaría dos sucesos de la máxima gravedad: la caída de Budapest y el saco de Roma.”. Manuel Fernández Álvarez. *Carlos V. El cesar y el hombre*. Planeta DeAgostini. Barcelona. 2007, págs. 345 a 347. Para romper el cerco Habsburgo Francia recurrirá a cualquier combinación estratégica posible.

¹⁶⁸ “En cualquier caso, el nuevo monarca no debía renunciar a nada y el «honor y reputación» lo eran todo. Al cuadrar este círculo, Felipe hubo de poner su fe «en lo que es más cierto, que es Dios». A este le correspondería encontrar el camino.”. John Lewis Gaddis. *Grandes Estrategias*. Taurus. Barcelona. 2019, pág. 137.

reconfiguración de su flanco sureste que le permitiría cerrar al Imperio regido por los Habsburgo, de la rama que fuese, un hipotético camino de invasión, ejerciendo su influencia sobre las entidades políticas más dinámicas y próspera de Italia. Para España, además de una serie de razones de índole dinástica, Italia, sobre todo el cinturón de Cerdeña y Sicilia, representaba la costa opuesta desde donde enfrentarse con el poder otomano, forzar una distracción de fuerzas de Francia y enlazar con los territorios que señoreaba en el centro de Europa desde los Alpes al estuario del Rin.

4.4.2.2. Holanda

El gobierno de las posesiones denominadas genéricamente flamencas era de gran complejidad al carecer de una estructura unificada y necesitarse el concurso de numerosas instituciones a varios niveles. Para Castilla era, como hemos mencionado, un mercado natural de sus productos, especialmente lana, pero geográficamente era también una zona de choque con los intereses comerciales franceses y, sobre todo, ingleses.

Además Bélgica es el paso natural desde Alemania a Francia, salvando las cordilleras de las Ardenas, los Vosgos y el Jura, por lo que para Francia siempre ha sido una zona a dominar para evitar penetraciones a través del norte que pueden desembocar en la Cuenca de París o Normandía. Mientras que la frontera meridional, aun cuando estaba al norte de los Pirineos, nunca supuso una fuente de preocupaciones excesivas, sin que los avances españoles nunca avanzasen profundamente desde la posición avanzada del Rosellón; la norte, dada la situación desequilibrada de París respecto al conjunto de los territorios de la monarquía francesa, era una fuente de preocupación razonable, como reveló la campaña de San Quintín. Mientras un actor estratégico hostil dominase la línea Gante – Namur, el peligro de una invasión con un severo impacto económico y político sería real.

Al factor estratégico hay que sumar, en el caso de los Países Bajos, el celo religioso¹⁶⁹ que existía en las coronas peninsulares desde siempre, dado el origen de las mismas como actores estratégicos en un sistema que se definía de forma primaria como la oposición cristianismo – islam y que les confería sentido, legitimidad y sentido de misión histórica. Apenas cincuenta años después de resuelta la dialéctica estratégica en la Península, se abría para los monarcas españoles un nuevo frente religioso en los territorios alemanes y de los Países Bajos.

La existencia de doctrinas en el seno del cristianismo que la corriente mayoritaria de la iglesia oficial calificaba de heréticas no era nueva, y la influencia de las disputas religiosas había sido importante en el pasado. Las luchas entre católicos y arrianos habían supuesto una división en la sociedad visigoda que creó enemistades y facciones duraderas, y la cruzada contra los albigenses acabó cortando las aspiraciones de expansionismo aragonés al norte de los Pirineos.

Para España, ligada dinásticamente al Imperio, 1521 supuso tras la Dieta de Worms y la reafirmación en la negativa a aceptar la autoridad de la iglesia Católica no solo de Martín Lutero, sino de una parte no pequeña de la nobleza imperial, el inicio de una serie de conflictos en el centro y norte de Europa donde la razón religiosa nubló a la estratégica. El intento de conservar la uniformidad religiosa asociándola de forma indisoluble a la lealtad política¹⁷⁰, aunque es cierto que en ocasiones era dudoso que se conservase una sin la otra, arrastró a España a una estrategia de lo imposible a la que es posible aplicar la frase de “Quién pretende defender todo no defiende nada”.

¹⁶⁹ “Casi todos los Reyes y Príncipes de Europa – le decía al Monarca – son émulos de la grande de V.M. Es V.M. el principal apoyo y defensa de la religión católica; y por esto ha roto la guerra con los holandeses, y con los demás enemigos de la Iglesia que los asisten; y la principal obligación de V.M. es defenderse y ofenderlos.”. Gregorio Marañón y Posadillo. *El Conde Duque de Olivares*. Planeta DeAgostini. Barcelona. 200, pág. 390.

¹⁷⁰ “Para Alba no podía haber nada peor que la rebelión. El duque empleó la palabra «herejes» en su correspondencia en torno a 1560, es decir, más de treinta años después del comienzo de la reforma luterana y continuó haciéndolo a partir de entonces. En cada caso el término solía referirse más a la rebelión más que a diferencias religiosas...Desde 1658 aproximadamente, s decir, tras sus primeros meses en Bruselas, el duque fue percatándose del peligro que representaba «la herejía».....No había un solo un problema de religión, sino de religión y rebelión a la vez.”. Henry Kamen. *El Gran Duque de Alba*. La esfera de los libros. Madrid. 2004, págs. 332 – 333.

Si bien la desobediencia religiosa a la Iglesia Universal instituida, la Católica Romana, unida al Imperio, o más bien su creadora como garante de su propia legitimidad política, era el contexto para un peligroso desafío a la autoridad del emperador, las guerras por cuestiones religiosas arrasaron Europa, en una primera fase, hasta la Paz de Westfalia en 1648, con consecuencias estratégicas graves para España, si bien se vio libre de ellas en el interior, porque la acción de la Inquisición impedía el florecimiento de cualquier tipo de disidencia religiosa.

Conviene en este punto recordar que la existencia de una minoría musulmana en el sur de la Península llevó al corazón de la Monarquía una dura campaña contra los moriscos en las Alpujarras granadinas, que llegaron a contactar con las regencias berberiscas para obtener ayuda y recrear, aunque mínimamente, un actor estratégico islámico en la Península. Esta identificación autocumplida entre identidad política y religiosa, evitó, a un alto coste, la crisis que padeció Francia con las luchas entre católicos y hugonotes y que marcaron el punto de mayor debilidad de París.

La peor consecuencia, pese a su importancia, no fue la independencia de Holanda, algo que no se había podido evitar por la lejanía del teatro de operaciones para los medios de transporte de la época; lo complicado de la geografía, que proporcionaba al bando teóricamente más débil la oportunidad de multiplicar los asedios, dada la densidad de urbanización del territorio y la dificultad que la red hidrográfica ofrecía para movimientos tácticos rápidos y, sobre todo, el sistema crediticio holandés, que permitió una financiación impensable en el bando Habsburgo. La consecuencia más grave fue que el conflicto de Flandes, a la larga, favoreció el renacimiento de Francia como potencia terrestre hegemónica en Europa. El vector geopolítico sur – norte, se veía gravemente interferido. Francia tenía la ventaja de operar por líneas interiores y podía elegir dónde atacar frente a una Monarquía Hispánica cada vez más debilitada.

4.4.2.3. Inglaterra

Para la conciencia geopolítica de Inglaterra los Países Bajos son un arma apuntándoles¹⁷¹, así que no pueden permitirse que una potencia hostil los domine. Y eso fue lo que sucedió cuando las guerras de religión sacudieron Europa. España pasó de ser un socio comercial a un enemigo declarado que consideraba, por decreto papal, que la monarquía inglesa era ilegítima en la persona de Isabel I y que había que sustituirla por María Estuardo, la huída reina de Escocia.

Este enfrentamiento llevó a Inglaterra a una estrategia de contención contra España a través de una presión naval constante contra las posesiones americanas de la corona española y sus rutas de unión con la Península que continuó hasta la invasión napoleónica, mucho después de que la presencia española en los países Bajos supusiera una amenaza para las Islas Británicas.

Significativamente nada de todo esto alteró la distribución de territorios y poder en la América española. Francia e Inglaterra, con unos asentamientos iniciales que resultaban excéntricos a los españoles, excepto en el Caribe, se asentaron en la costa este de Norteamérica desde Florida a la región de los Grandes Lagos y se enfrentaron con más asiduidad entre ellos que con las posesiones hispánicas.

La geopolítica española estuvo durante todo el gobierno de los Habsburgo centrada en Europa, incluida la Europa Oriental, donde el expansionismo otomano representaba un peligro cada vez mayor¹⁷². De hecho, los turcos le

¹⁷¹ “Napoleón dirá: Anberes es una pistola sobre el corazón de Inglaterra. Y también —a Mole, en 1806—: Inglaterra nos hará la guerra mientras conservemos Bélgica.” Jesús Pabón y Suárez de Urbina. *Las ideas y el sistema Napoleónicos*. Institutos de Estudios Políticos. Madrid. 1944, pág. 78. La actitud del actor estratégico en la costa flamenca siempre ha sido determinante de la estrategia inglesa / británica.

¹⁷² “El sultán otomano, Solimán el Magnífico, también veía a Carlos como su enemigo natural. Durante su largo reinado (1520-1566), Solimán condujo a sus tropas hasta el Danubio en cinco ocasiones, en cada una de las cuales conquistó tierras de los Austrias o bien de sus aliados, y solo su necesidad de hacer frente a otros enemigos extranjeros y a los conflictos internos evitó que protagonizara más avances.”. Geoffrey Parker, *El Rey Imprudente*. Planeta. Barcelona. 2015, pág. 15.

plantearon a la Monarquía Hispánica siempre el dilema norte de Europa – Mediterráneo.

Pero no solo Francia se consideraba amenazada por el poder imperial, que empezaba a denominarse “español”. El caso inglés revela cómo este acrecentamiento incontrolado, sumado la cuestión religiosa, constituían las causas de que se viera a la Monarquía Hispánica como una amenaza real.

Tras el fallido intento de unión dinástica entre Felipe II y María Tudor, Isabel I asistió con honda preocupación a la unión de Portugal a los dominios Habsburgo, lo que unía a las dos mayores extensiones de territorios coloniales en América y Asia. Se podía producir una situación de monopolio comercial que sentara las bases para un poder naval que acabase derrocando a la reforma en Inglaterra y asentase un poder católico, lo que era visto como algo intolerable.

La geopolítica inglesa Tudor y Estuardo se basaba en mantener abiertas las rutas de suministros que abastecían a su población, mantener el comercio con el norte de Europa, desde el Escalda hasta el Báltico, de donde se abastecía de los recursos para construir buques, y mantener el contacto con los crecientes dominios irlandeses vinculados a la corona inglesa y la población de origen inglés que se asentaba en ellos.

Las posesiones en Norteamérica no pasaban de ser simples empresas privadas, supervisadas por la corona, pero que atraían un número proporcionalmente menor de emigrantes que las posesiones españolas. Al contrario que en el caso español, donde la emigración a América estaba prolijamente regulada, la emigración inglesa a las colonias americanas siempre tuvo un componente de buscar las condiciones de libertad política y religiosa que no encontraban en la metrópoli¹⁷³. De todas formas, durante el siglo XVI las pesquerías de Terranova eran más apreciadas que los asentamientos continentales y reportaban mayores beneficios.

¹⁷³ Sirva como ejemplo de la mentalidad inglesa la letra de una canción popular de la época de Carlos II titulada “Here’s a health unto his Majesty” donde se dice que al que no quiera brindar a la salud del Rey solo le desean que pueda irse “With Roundhead rogues to Jericho”, es decir, con los soldados del ejército parlamentario, en ese momento desmovilizados, a las colonias de Norteamérica, que son despectivamente llamadas Jericó en analogía con el relato bíblico del Éxodo.

El enfrentamiento naval con España no vino de una disputa colonial o de mercados, sino de la generación de una línea de acción que buscaba disminuir los recursos disponibles por la Monarquía Hispánica para cualquier empresa contra Inglaterra, que siempre vio factible, mientras se mantuvo el vínculo político de una parte de los Países Bajos con España, un intento de invasión o de apoyo a una rebelión católica. Lo que no era descabellado viendo cómo Francia apoyó los intentos jacobitas durante el siglo XVIII.

En conexión con lo anterior se incluían las acciones de destrucción de puertos españoles en Europa y América para dificultar la salida y entrada de recursos. Salvo el plan de Cromwell para expulsar a España del Caribe, la estrategia inglesa fue siempre de defensa adelantada. En este sentido, cabe señalar cómo la otra línea de acción fue el envío de un reducido cuerpo expedicionario inglés para apoyar a los rebeldes holandeses y el respaldo económico.

Es significativo que las dos líneas de acción descritas, interrupción de líneas comerciales y reducidos contingentes junto a amplia apoyo económico a sus adversarios terrestres, han sido las constantes estratégicas de Inglaterra / Gran Bretaña hasta la segunda Guerra Mundial, constituyendo líneas de acción de la “Aproximación Indirecta” característica de la estrategia británica.

4.4.3. El compromiso Habsburgo

Para completar el cuadro estratégico hay que señalar que la Monarquía Hispánica contaba con un aliado, el emperador del Sacro Imperio, los Habsburgo austriacos. No todo el Imperio, o sus reyes, príncipes, obispos y nobles de las más variadas condiciones y confesiones, eran entusiastas de la causa española, pero no hacían una política abiertamente hostil hacia Madrid, aunque las simpatías, y en ocasiones los subsidios, estuvieran en el bando contrario.

Desde las diversas instrucciones de Carlos V a su hijo Felipe II sobre gobernación de sus reinos, los sucesivos gobiernos hispánicos siempre identificaron a Viena como el apoyo estratégico en Europa. Esto era así por motivos dinásticos: el concepto monárquico de la época asociaba las posesiones

pertenecientes a ramas de una misma familia como si los reinos fuesen propiedades particulares.

Sin embargo, existía una lógica estratégica en ello. El Imperio, sufría problemática interna tan complicada como la de sus parientes de Madrid¹⁷⁴. Su sistema de gobierno era tan descentralizado que el emperador tenía un poder mucho menor que los reyes de Inglaterra o Francia. A esto había que sumar el problema de la división religiosa con sus derivadas económicas, el espinoso tema de la restitución de las propiedades a la Iglesia Católica en los obispados cuyos detentadores se hubiesen hecho luteranos. Pero la principal razón era que el Imperio era la garantía de la unión física, por discontinuidades que presentase entre Italia y la cadena de posesiones de Madrid, desde Italia a los Países Bajos, el Camino Español, cuyo mantenimiento era imposible sin la decidida voluntad de Viena.

Las tensiones no resueltas acarrearón la Guerra de los Treinta Años, a lo largo de la cual los Habsburgo de ambas ramas se mantuvieron una lealtad recíproca incondicional, si bien asentada en intereses comunes. El Imperio tenía una situación parecida a la de Francia, en cuanto a que podía operar por líneas interiores y disfrutaba de la ventaja de que sus enemigos al este y al oeste difícilmente podían coordinarse al tener objetivos no opuestos, sino en absoluto coincidentes. En Madrid temían que sin la amenaza imperial Francia se volcaría con todas sus fuerzas contra las posesiones flamencas y aún contra las peninsulares.

Para la coalición polaco – lituana, su principal problema lo representaban sus vecinos del este y del sur, especialmente la Puerta Otomana. La prueba de ello es que a pesar de las diferencias de todo tipo el rey de Polonia auxiliará eficazmente en el levantamiento del asedio de Viena por los turcos. Francia había colaborado circunstancialmente con Turquía, pero para que ésta constituyese una distracción en los esfuerzos bélicos españoles en el continente,

¹⁷⁴ “Durante la Guerra de los Treinta Años, Fernando II había tenido que confiar en España, en la Liga Católica y en aventureros militares como Wallenstein para la defensa de sus territorios.”. Enrique García Hernán – Davide Maffi editores. *Guerra y Sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa moderna, 1500 – 1700. Volumen I*, Ediciones del Laberinto, Madrid. 2006. Capítulo a cargo de Virginia León Sanz. *Colaboración del ejército imperial con el hispánico de Carlos II.* pág. 122.

nunca para combatir a los imperiales. Ofrecería subsidios, así como los holandeses, a los suecos para que crearan un frente norte a los católicos cuando parecía que Wallestein iba a volcar la situación definitivamente a favor de los Habsburgo, pero no para destruir definitivamente al Imperio, sino para tener, como Suecia, asiento en la Dieta, con voz y voto.

Así el Imperio se constituía como la guardia avanzada de la Monarquía Hispánica, donde tenían lugar los más amargos conflictos y donde energías que podían emplearse contra ella se empleaban contra el primero. Sin embargo, Viena recibió ayuda española en estos conflictos, por mínima que fuese, lo que también obligaba a dispersar fuerzas en vez de concentrarlas, como la situación de los recursos de todo tipo parecía exigir. Cuando la colaboración cesó por el cambio de enfoque geopolítico imperial, forzado por las consecuencias de la Guerra de los Treinta Años y la necesidad de restaurar los daños que esta produjo a la estructura de la monarquía danubiana¹⁷⁵, España se vio sin aliados contra Francia y encontró en el cambio de dinastía una salida adecuada al problema estratégico que suponía el mantener la acción contra Francia en Flandes¹⁷⁶.

¹⁷⁵ “La Guerra de los Treinta Años había dejado devastadas las tierras del Sacro Imperio y en particular las de los Habsburgo. La monarquía austriaca estaba necesitada de un largo periodo de paz que le permitiera asegurar su reconstrucción interior e impulsar su economía. En 1688 el proceso de reconstrucción apenas se había puesto en marcha y Leopoldo decidió cooperar con Francia firmando el primer tratado de partición sobre la herencia española.”. *Ibidem*, pág. 122.

¹⁷⁶ “El emperador, incluso tras la caída de Lobkowitz, todavía no estaba preparado para asumir una estrategia en occidente, no solo porque significaba sacrificar la política en Hungría, sino también por el tratado que había firmado con Francia. Además, el fracaso de Leopoldo en estas fechas procedía de su incapacidad para formar una coalición de las dos ramas de la Casa de Austria que pudiera frenar las ambiciones dinásticas de Luis XIV, una situación que se va a mantener prácticamente hasta finales de su reinado.[...] En el verano de 168 los holandeses y España concluyeron los tratados de paz por los que Francia obtenía el Franco Condado y algunas plazas de los Países Bajos del sur. [...]La idea del desamparo del emperador iba calando entre los españoles.”. *Ibidem*, pág. 123.

4.5. El factor mediterráneo

Hemos visto hasta ahora el desarrollo de la geopolítica de los poderes asentados en la Península Ibérica en un eje temporal. Sin embargo, el espacio mediterráneo requiere, como el americano, una mención aparte que lo sitúe en el significado de la geopolítica ya española de los siglos XVI y XVII¹⁷⁷.

El final victorioso de la Reconquista supuso el acceso de Castilla al arco mediterráneo y la constitución en él, junto a la costa aragonesa, del acceso ibérico combinado a un sistema estratégico que hasta entonces era exclusivamente aragonés y que se veía modificado por la aparición de nuevos actores, la propia Monarquía Hispánica y el imperio otomano y, que van a alterar el equilibrio de fuerzas tradicionales.

Desde la perspectiva castellana se ve en el ya mencionado testamento de la reina Isabel que la preocupación mediterránea de la reina era que la población musulmana que no había querido aceptar los términos de la capitulación del reino nazarí influyese en los círculos de toma de decisiones marroquíes, y los convencieran de la posibilidad, o de la necesidad en términos religiosos de intentar la recuperación de un reino musulmán

“...e que no cesen de la conquista de África e de pugnar por la fe contra los infieles”¹⁷⁸ .

De forma significativa, a esta orden general sigue el corolario geopolítico, el mantenimiento de la fortaleza de Gibraltar¹⁷⁹ y el dominio castellano del Estrecho.

¹⁷⁷ “África y el espacio italiano, como es sabido, son los polos principales de interés de Isabel y Fernando. El Mediterráneo es una de las piezas clave de la política exterior hispana desde finales del siglo XV hasta entrado el XVIII, bien en el ámbito italiano más vinculado a los intereses de la corona de Aragón, bien en la zona norteafricana relacionada con los intereses norteafricanos.”. Juan Laborda Barceló. *En guerra con los berberiscos. Una historia de los conflictos en la costa mediterránea*. Turner Publicaciones. Madrid. 2018, pág. 17.

¹⁷⁸ *Testamento de Isabel la Católica*, Archivo de Simancas, Edición 1944, pág. 28.

¹⁷⁹ “...uno de los títulos de los Reyes de estos mis reynos.” *Testamento de Isabel la Católica*. Archivo de Simancas. Edición 1944, pág. 18. Entre los títulos de la Corona de España están los

Pero la culminación de la Reconquista no solo supone una redefinición del espacio estratégico mediterráneo. En el plano de la gobernación interna de los reinos peninsulares supone la aparición de un nuevo factor, la población musulmana que decidió quedarse y que puede, y de hecho lo hará, suponer un problema para la seguridad de Castilla.

La permisividad inicial de la cultura islámica tiene como objetivo el crear un clima propicio para una progresiva asimilación a la cultura cristiana, pero con el paso del tiempo la pretendida asimilación no se produce. Se mantienen los usos y costumbres islámicos y la religión se convierte en la fuente de cohesión de un grupo social que se ve amenazado conforme su clase dirigente emigra a Marruecos o es sustituida por señores castellanos.

La desconfianza hacia los musulmanes convierte en una profecía autocumplida la aparición de rebeliones¹⁸⁰ y el contacto de éstos con el sultán marroquí, las regencias berberiscas y aún con el sultán otomano. Al final, la derogación de las cláusulas de respeto a la religión les lleva a la rebelión violenta, y la preocupación lógica no es tanto la rebelión en sí, condenada al fracaso con el paso del tiempo, sino el apoyo que puedan proporcionarle los contactos que han hecho con los poderes musulmanes. Para conjurar esta amenaza el dominio de las aguas del Estrecho de Gibraltar y del Mar de Alborán se vuelven fundamentales, así como la existencia de puntos de control en la costa sur.

Además de la presencia constante de la amenaza marroquí al sur, un vecino hostil se había ido posicionando durante los siglos XIV y XV en las proximidades de los dominios hispánicos, acrecentando la tradicional perspectiva estratégica

de Rey de Algeciras y Gibraltar, lo que subraya la importancia concedida al área del Estrecho desde la Reconquista.

¹⁸⁰ Las rebeliones empiezan pronto debido a las medidas de conversión que fuerza el cardenal Cisneros, en 1499, y de unos disturbios en el barrio del Albaicín granadino pasan a una rebelión en la comarca de las Alpujarras en 1500, que se repiten en 1501 en Almería. A partir de 1508 las leyes contra los usos musulmanes se fueron intensificando convenciendo a la población de que poco se podía esperar ya de los Reyes. En Aragón, con una población de origen musulmán mayor, el problema se difirió por problemas económicos. En el Reino de Valencia un tercio de la población era musulmana y constituían una importante fuente de trabajo para los señores poseedores de la tierra. El final fue la Guerra de Granada, o Sublevación de las Alpujarras, entre 1568 y 1571. Finalmente en 1609, reinando ya Felipe III, se decidió su expulsión de la Península, que se prolongó hasta 1611.

hispánica sobre el norte de África¹⁸¹. Los turcos habían tomado el Peñón de Vélez de la Gomera en 1554 y Bugía en 1555, iniciando una aproximación hostil a la costa española.

4.5.1. El Imperio Turco en el espacio estratégico hispánico

En 1453 cayó Constantinopla en mano de los turcos otomanos. Si bien es un hito de la historiografía tradicional, geopolíticamente hablando no constituye ninguna sorpresa ni tiene una relevancia mayor. Lo más significativo en la ascensión de la dinastía osmanlí ya había tenido lugar entre 1359 y 1451 con la conquista del norte de Anatolia y la mayor parte de los territorios de las actuales Grecia, Rumania y Bulgaria, a costa del sultanato de los Seleucidas del Rum y del Imperio Bizantino a los que elimina en la práctica.

Los otomanos, por otra parte, sufrirán la tensión desde el este de los mongoles y luego de los iraníes. Baste recordar que el principal acontecimiento que atrasa la caída de Constantinopla cincuenta años son las campañas de Tamerlán. Esto frenará la capacidad de acción hacia el oeste de forma más eficaz que la oposición que encuentren en Europa, al generar un sistema estratégico bifronte que obligará a los turcos a mantener siempre fuerzas en el este.

La estrategia occidental de los turcos fue ir avanzando por las dos orillas, aprovechando las debilidades de sucesivos oponentes, fundamentalmente bizantinos y fatimíes, organizando un sistema descentralizado de monarquías más o menos dependientes de la Sublime Puerta, pero que ejecutaban una actividad bélica constante contra los estados cristianos y entorpecían el comercio y la navegación ejerciendo una eficaz disrupción económica en todo el Mediterráneo.

En la orilla sur, entre 1512 y 1520, coincidiendo con el inicio del reinado español y europeo de Carlos I, Selim I conquista Egipto y parte de Argelia, situándose en

¹⁸¹ “[...] es entendible que desde la finalización misma de la reconquista de la península ibérica en 1492 se planteasen los nuevos puntos de partida para la conquista del norte de África. Aquello era, sin duda, una necesidad defensiva de primer orden [...] se utilizan como lanzaderas Gibraltar y Melilla”. Juan Laborda Barceló. *Opus cit.*, pág. 21.

una posición ventajosa para, desde esta última, atacar las penínsulas ibérica e italiana.

Pero no solo son los turcos. Piratas con base en las costas marroquíes son un recordatorio de que la victoria de Granada no es final de la pugna con los poderes musulmanes. Las depredaciones contra los pueblos de la costa mediterránea y del sur de la Península son constantes¹⁸². La piratería berberisca no era nueva, había comenzado en el inicio del siglo XIV, afectando en ese momento mayoritariamente a Aragón, ya que una buena parte de la costa andaluza todavía pertenecía a reyes musulmanes, pero las campañas de la Reconquista enmascaraban el problema.

El norte de África no sería nunca un territorio tranquilo ni favorable para la causa del poder peninsular. Si de él habían partido las oleadas religioso militares que habían permitido a los musulmanes prolongar su resistencia, se mantendrá como una constante fuente de proyecciones de poder musulmán sobre las rutas de comercio y las poblaciones costeras.

El Imperio Otomano además amenazaba las posesiones comerciales venecianas, tradicionales aliados de Aragón, en el Adriático y el Egeo, lo que impulsó a Fernando el Católico a emplear a Fernando Gónzález de Córdoba en la recuperación de Corfú, Zankle y Cefalonia. En este momento, y mientras fue independiente, el mútuo interés tejió lazos entre los Reyes Católicos y el Soldán de Babilonia, quién, a su vez, mantenía una alianza con Persia contra los otomanos¹⁸³.

¹⁸² Sirva de ejemplo que: “En 1540, dos corsarios argelinos Alí Ahmet y Caramani lograrán saquear Gibraltar. A ellos han llegado noticias del estado de defensas de la ciudad, que siguen siendo buenas pero se encuentran en un pésimo punto de conservación [...] El castillo resiste y los corsarios deciden no entrar al trazo de la batalla. Con casi una centena de cautivos y el botín que en cuatro horas han podido tomar se retiran.”. Ramiro Feijoo. *Corsarios Berberiscos*. Belacqva. Barcelona. 2003, pág. 91.

Abundando en este tema “El peligro turco estaba muy presente en la vida de los habitantes de la península ibérica de comienzos de la edad moderna. Una vez reconquistado el territorio pasan de dominados a dominadores y a temer constantemente una nueva invasión o una acción pirática. Algunos casos fueron especialmente violentos y marcaron las líneas de actuación en el norte de África.”. Juan Laborda Barceló. *Opus cit.*, pág. 19.

¹⁸³ Para un relato histórico pormenorizado ver Luis Suárez. *Los Reyes Católicos*. RBA. Barcelona. 2005. Capítulo 16, Los Caminos de Ultramar, págs. 343 a 377.

Otro vector de la estrategia para contrarrestar este empuje en el ámbito mediterráneo será el establecimiento de puntos fortificados que a la vez sirvan de base a las naves españolas y nieguen los mejores puertos a las flotas musulmanas. Es el sistema de presidios, plazas fortificadas con una guarnición y normalmente exentas del sistema geográfico principal. Comenzado con Melilla en 1497¹⁸⁴ y continuada con el Peñón de Vélez de la Gomera, que con alternativas se mantiene hasta el presente, Orán, Argel, Bugía, Túnez y La Goleta, la isla de Djerba y Trípolí serán atacadas, perdidas y recuperadas a lo largo del siglo XVI.

Siendo una idea acertada, lo cierto es que el establecimiento y mantenimiento de este sistema de albaranas de la fortaleza peninsular excedía con mucho a las capacidades militares de la monarquía e incluso a las tecnológicas de la época. Hay que señalar la importancia de Malta, a la que se le proporcionó socorro y apoyo, ya que representaba el punto de apoyo y la seguridad del flanco norte del proyecto.

4.5.2. El Sistema Mediterráneo

Tenemos pues un sistema estratégico con tres actores fundamentales: la Monarquía Hispánica, el Imperio Otomano y Francia y un número variable de actores menores: Venecia, el Papado¹⁸⁵, y alternativamente las ciudades comerciales italianas¹⁸⁶. La Monarquía Hispánica se mantenía en una prudente defensiva estratégica ya que solo podía ser efectiva en un teatro, o el de los Países Bajos, en sus pugnas contra franceses y rebeldes o en el Mediterráneo,

¹⁸⁴ “Precisamente aquel verano, las posesiones españolas se ampliaron por otra vía, pero no en las Indias, sino en África. Porque aquel mismo año, Pedro de Estopiñán, capitán de la casa del duque de Medina – Sidonia, sitió y ocupó la ciudad portuaria norteafricana de Melilla, ya que estaba cerca de Tafilat, centro del comercio del oro entre la costa y el Sahara.”. Hugh Thomas. *El Imperio español*. RBA, Barcelona. 2004, pág. 202.

¹⁸⁵ “En 1495 el Papa Alejandro VI Borgia realia la Bula *Innefabilis*, que permitía tales acciones (la lucha contra el corso berberisco), si bien es cierto que Roma, debido a sus tensiones en la zona italiana, esperaría hasta bien entrado el siglo XVI para inmiscuirse en la lucha contra el infiel en el Mediterráneo. Juan Laborda Barceló. *Opus cit.*, pág. 19.

¹⁸⁶ Fundamentalmente Venecia, que mantenía numerosas posesiones en Grecia y el Mar Negro.

pero no podía mantener una actitud ofensiva en ambos teatros simultáneamente. De los dos, el principal era el del norte de Europa y el secundario el Mediterráneo¹⁸⁷.

Los turcos mantuvieron hasta el siglo XVII una ofensiva estratégica con el teatro del Mediterráneo como principal y el de Cáucaso / Persia como secundario. Curiosamente, el Imperio Otomano tenía en su sistema político / administrativo una debilidad estructural que hizo a los sultanes cambiar el centro de gravedad de su esfuerzo¹⁸⁸, rebeliones y disputas dinásticas entorpecieron más el desarrollo de las operaciones que el frente oriental, donde la superioridad sobre los safawies iraníes fue siempre holgada.

Para Francia, la cuestión fue siempre crear una distracción a la Monarquía Hispánica lo suficientemente fuerte como para desviar sus recursos hacia el sur y evitar concentraciones de fuerzas susceptibles de atacar una capital peligrosamente cerca de las posesiones flamencas, realizar incursiones a través de la frontera sur o de influir en las luchas internas por el poder que tuvieron lugar en la corte francesa hasta el asentamiento efectivo del poder real.

Portugal, que en puridad no era un actor mediterráneo, empezó a delimitar sus intereses con la conquista de Ceuta como inicio de su establecimiento en la costa este africana, y siguió con Sebastián I en su obsesión por organizar una cruzada que iniciase la conquista de Marruecos. Abocada al fracaso desde el principio, su fracaso y muerte en la batalla de Alcazarquivir tuvo dos efectos estratégicos de primer orden. Por un lado, supuso el ascenso de Felipe II al trono portugués

¹⁸⁷ “La última parte del reinado de Felipe II, los años 80 y 90, vienen marcados por una escasa actividad en el Mediterráneo. No se deja de actuar en este espacio pero queda reducido a un segundo plano [...] Podemos concluir afirmando que durante el reinado de Felipe II se produjo una reactivación del espacio mediterráneo especialmente enfocada a las plazas norteafricanas a partir de la década de 1560. La paz con los franceses y el freno de los conflictos europeos permitió este avance en la política mediterránea. En líneas generales este espacio se desarrolló cuando los demás lo permitieron.”. Ramiro Feijoo. *Opus cit*, pág. 28.

¹⁸⁸ “En septiembre (de 1526) Solimán entro en Buda, la capital de Hungría, que abandonó diez días después precipitando una crisis que iba a mantenerlo ocupado el resto de su reinado. Fue también una crisis, esta en Anatolia, lo que había propiciado su rápido regreso a Estambul. Al mismo tiempo que el ejército imperial resultaba victorioso en Hungría, estallaba una rebelión en Anatolia central, la cual requería una nutrida fuerza para controlarla. Luego en 1527, una segunda revuelta mucho más feroz bajo el liderazgo de un derviche milenarista (milenarista) llamado Kalenderoglu derrotó al ejército que Solimán había mandado para sofocarla.”. Colin Imber. *El Imperio Otomano 1300 – 1650*. Vergara. Barcelona. 2002, págs. 65 – 66.

y la unificación política, breve, de la Península, que convirtió por espacio de sesenta años a la Península en un espacio político y estratégico único, algo que la simple observación de un mapa sugiere como aparentemente más lógica.

Por otro, fue el momento de mayor proyección hacia el norte de Europa al disponer de un mayor número de puertos atlánticos - la Armada Invencible parte de Lisboa - y al mismo tiempo la inclusión del Imperio portugués en la ecuación estratégica europea que en ese momento le era ajena y que le supuso mermas territoriales costosas económicamente.

El resultado final del enfrentamiento hispano - otomano, tras episodios épicos como la batalla de Lepanto, los asedios otomanos a las ciudades del Chipre veneciano y Malta o las operaciones anfibias españolas para conquistar presidios en la costa sur, fue la negociación. El sistema de paces se inicia en 1577 y se irá renovando cada tres años hasta 1587, a su expiración la tensión ya no se resolverá con grandes operaciones por parte de la cristiandad. El frente europeo va a exigir todas las energías de la monarquía que se quedará sola tras la paz turco - veneciana. Desde 1571 las operaciones sobre la costa sur se suceden sin conseguir Madrid resultados definitivos, ni siquiera Lepanto lo fue, cosechando solo un desgaste de fuerzas sin llegar a ningún punto decisivo.

La conclusión es que tras una entrada decidida de la Monarquía Hispánica en el escenario mediterráneo, poco a poco los problemas del sistema estratégico del norte de Europa y la dedicación de recursos a sostener la Batalla del Atlántico, fueron, junto con el progresivo agotamiento del empuje turco, determinaron que este sistema estratégico fuera pasando a una posición secundaria en el concepto general estratégico hasta casi desaparecer del horizonte de las preocupaciones de Madrid.

4.6. Estrategia y visión geopolítica entre el XVIII y el XIX. 1701 – 1814

El cambio de siglo supone para España el cambio de dinastía y de concepción del estado. Los Borbones proceden de Francia, donde el poder del Rey está moderado por los privilegios estamentales y no por los territoriales, y ese modelo se traslada a la Península. El sueño del conde duque de Olivares de que el rey, además de serlo de una colección de territorios adoptando en cada uno el título que conviene al de su señor, se convierta en rey de un Estado unificado, en un verdadero rey de España, se cumple.

La consecuencia de la reorganización territorial es que la nueva dinastía va a estar condicionada para bien o para mal por sus orígenes franceses. Ni Felipe V hubiera conquistado el trono sin la decidida ayuda militar y económica de su abuelo Luis XIV ni, pese a toda la decadencia moral de la corte de Carlos IV, su reinado hubiese supuesto un hundimiento internacional de España tan completo ni tan rápido sin la intervención napoleónica en la Península.

4.6.1. Proximidad a Francia

Desde el punto de vista estratégico los retos se suman a las oportunidades. Se mantiene la base logística americana, se eliminan definitivamente, tras los tratados de Utrech y Rasttat entre 1713 y 1715¹⁸⁹, las preocupaciones estratégicas directas del norte de Europa e Italia y por fin parece que un concepto estratégico unificado va a ser posible.

¹⁸⁹ Los territorios a los que se renuncia están recogidos en los artículos V al VII del Tratado de Paz entre Felipe V y Carlos VI del 30 de abril de 1725. Se puede consultar en: Vicente Bacallar y Sanna, Marqués de San Felipe. *Comentarios de la Guerra de España e Historia de su Rey Felipe V el Animoso*. Ediciones Atlas. Madrid. 1957. Apéndice I, pág. 580. Pese a constituir una hagiografía del rey Felipe V, de la lectura se trasluce inequívocamente la subordinación, por necesidad de recursos, a la opinión de Versalles, especialmente en los términos de los tratados de paz.

Sin embargo, esta concepción del estado lleva a la fusión de las necesidades de la dinastía con las del estado. Si el fin de la presencia en Flandes, por muy leal que fuese la parte católica que aún se conservaba fundamentalmente en lo que hoy es Bélgica, se ve como un alivio de las cargas económicas, la política italiana va a ser un constante punto de atención, no solo por proximidad geográfica y continuidad estratégica, sino porque se sigue tratando de influir en las cuestiones de la mitad sur de la Península Italiana para asegurar la posición de los estados en manos de la familia, que se mantendrán hasta la unificación de Italia.

De todas formas, las líneas fundamentales de la estrategia borbónica estarán definidas por el alineamiento con Francia, que lleva a España a la participación en la confrontación franco – británica, que se extenderá hasta el final del ciclo napoleónico con un resultado absolutamente negativo para España en lo referente a América, que queda como su parte más vulnerable, si bien la Batalla del Atlántico será favorable a España, en el sentido del mantenimiento hasta el último momento de las líneas de comunicación con América que nunca serán cortadas en medio de un enfrentamiento naval casi constante. Ni se reformará la administración americana para hacerla eficaz, en parte por los intereses criollos, ni se comprenden las implicaciones de apoyar una rebelión en las colonias británicas, y se prosigue con un esfuerzo increíble el asentamiento en el tercio occidental de Norteamérica, extendiendo más allá de toda lógica el esfuerzo militar.

Igualmente, en el Mediterráneo todo lo que no refiera al territorio nacional, aparte de algún intento de reactivar el sistema de presidios, constituirá una preocupación secundaria. Solo la recuperación de Menorca y Gibraltar, cedidas a Gran Bretaña en Utrech, se convierte en objetivo fundamental. La reacción ante de los grandes asedios de Ceuta y Melilla confirman¹⁹⁰ la actitud de defensiva estratégica en este teatro en el que se aspira a conservar o recuperar

¹⁹⁰ Quizás el documento que mejor refleja la visión estratégica de la Monarquía sea la *“Instrucción Reservada” de Carlos III a la Junta Suprema de Estado* de 8 de julio de 1787, publicada por José Antonio Escudero en el II Tomo de su obra *Los orígenes del Consejo de Ministros en España. La Junta Suprema de Estado*. Editorial Nacional. Madrid. 1979. Constituye un repaso de la visión de la situación que tanto de su reino como de las relaciones internacionales con las diferentes potencias tiene Carlos III. Resulta revelador las instrucciones que se dan al Príncipe de Asturias y a su gobierno de mantener la paz en el Mediterráneo y solo actuar sobre la costa africana en caso de ruina del Imperio Turco, manteniéndose la paz siempre con Marruecos y las Regencias.

posiciones pero no a ejercer una acción ofensiva. Caídas en la decadencia las regencias berberiscas, y el Imperio Otomano en general, Marruecos aparece como la principal amenaza en la zona, revelándose como el enemigo al que se puede contener pero no derrotar decisivamente y con el que irá progresivamente llegando a un “status quo” aceptable para ambos.

España sostiene nueve enfrentamientos con Gran Bretaña durante el siglo XVIII¹⁹¹, sola o en el seno de coaliciones que se forman para solventar problemas europeos. Las razones para ello son por un lado económicas, los intentos de España por bloquear el comercio británico con sus posesiones americanas, algo que ya había llevado a la Monarquía Hispánica a la guerra con la República de Cromwell; política, la alianza con Francia, debido a la pertenencia a la misma presencia en el Mediterráneo, Sicilia y Cerdeña, o de restaurar la integridad territorial, recuperando Menorca y Gibraltar.

Hay que recordar que en América, salvo en el espacio caribeño, las posesiones británicas y españolas estaban separadas por una extensión de territorios inexplorados, por más que reclamados, que hacían imposible el enfrentamiento directo para la tecnología de la época. Solo la Antillas Mayores españolas y la Florida británica estaban a una distancia como para permitir el ataque mutuo con esperanza de ocasiones para enfrentamientos favorables, ya que los territorios adquiridos por los británicos en Centroamérica y Guayana no se prestaban a operaciones terrestres de envergadura por la configuración del terreno.

Pero el movimiento más desafortunado de la estrategia española fue el apoyo a la independencia de las colonias británicas de Norteamérica de Gran Bretaña. Ni durante la rebelión de los mercenarios al servicio de Cartago al acabar la primera Guerra Púnica, ni durante la rebelión de Espartaco se atrevieron cartagineses y romanos a alentar las luchas sociales de sus más encarnizados

¹⁹¹ “El enemigo más constante de la Monarquía española durante el siglo XVIII fue Inglaterra – Reino Unido de la Gran Bretaña a partir de 1707-, país con el que España estuvo en guerra declarada una media de un año de cada tres en el periodo 1702 – 1802. Una potencia eminentemente marítima como era la británica, con una política comercial tan agresiva, tenía que topar por fuerza con los españoles en un imperio americano cerrado a sus intereses.” Germán Segura García. *Organización, táctica y principales acciones militares del ejército español. Historia Militar de España*. Director Hugo O’Donell. Ministerio de Defensa. Coordinación Volumen Carmen Iglesias. Secretaría General Técnica. Madrid. 2014. Tomo III. Volumen III. *Los Borbones*, pág. 139.

enemigos, sabedores de que una rebelión social tiene consecuencias impredecibles y puede ser fácilmente contagiosa.

Sin ningún cálculo estratégico, ni visión geopolítica a medio y largo plazo y solo por una visión a corto fundada en el resentimiento de pasadas derrotas y deseo de revancha a toda costa, se embarcó Carlos III¹⁹², quien desde sus tiempos de rey de Nápoles tenía cuentas pendientes con los británicos, en una campaña que, a la larga sería letal para el dominio español en América y Asia. Al fin y al cabo Gran Bretaña estaba anclada en el sistema estratégico europeo y era posible llegar a entendimientos con ella basado en los equilibrios de poder del viejo continente. A partir de la independencia norteamericana, se remodeló el sistema estratégico continental y se pasó de un poder en la costa este que no quería traspasar los Apalaches para evitar estirar sus líneas de acción estratégicas con otra que las iniciaba allí y que buscaba, con una impecable lógica geopolítica, alcanzar la costa oeste, incluyendo en su sistema político todo el territorio intermedio.

Libres los Estados Unidos desde su creación de los esquemas mentales del mundo clásico en lo referente a política exterior y comprensión de un sistema internacional de equilibrios de poder, sustituido por una conciencia de superioridad moral sobre las viejas monarquías, su influjo no tardó en revelarse demoledor a la primera crisis estructural del poder hispano, que llegó como consecuencia de la invasión napoleónica. En palabras del conde de Floridablanca:

“Un acontecimiento como la independencia de América sería el peor ejemplo para otras colonias y convertiría a los americanos en los peores vecinos, en todos los sentidos, que podían tener las colonias españolas”¹⁹³.

¹⁹² “La reforma, el rearme y la recuperación en el exterior, este era el orden ideal de prioridades de la política Española. Carlos III comenzó su reinado invirtiendo su proceso y buscando el camino más corto para conseguir la fuerza y la seguridad. La tentación de asestar un golpe a Gran Bretaña era fuerte y la oportunidad parecía clara. ... Si Francia era expulsada del Canadá, el poder británico en el continente americano se vería reforzado, lo cual tendría repercusiones para España.”. John Lynch. *La España del Siglo XVIII*. RBA. Barcelona. 2005, pág. 403.

¹⁹³ John Lynch. *Opus cit.*, pág. 407.

4.6.2. Enfrentamiento con Francia

Se puede decir que el siglo XVIII tiene dos periodos estratégicamente hablando. El primero, que hemos visto hasta ahora, desde la finalización de la Guerra de Sucesión, que revistió en la Península el carácter de una guerra civil, hasta el final del reinado de Carlos III, en donde se intenta una recuperación y la armonización de los territorios no solo en el aspecto legal, sino buscando una verdadera visión geopolítica total, donde todos los territorios españoles jueguen un papel en una estrategia unificada para resistir a otros actores globales, fundamentalmente a Gran Bretaña, y conseguir un relanzamiento económico.

Acabado este periodo con el mantenimiento básico del *statu quo* territorial previo en la Paz de París de 1763, que se completará con la vuelta al apaciguamiento con las regencias berberiscas con el Tratado Hispano – Argelino de 1766, España vuelve a una defensiva estratégica fruto de la conciencia de una debilidad que se pone de manifiesto en el cambio en el entorno estratégico que supone la Revolución Francesa. Francia se reafirma como potencia hegemónica terrestre y manifiesta desde sus inicios una estrategia agresiva ante un entorno hostil, aunque también hay que reconocer que el final sangriento del principio de legitimidad monárquica y de todo el antiguo régimen no podía ser visto por sus vecinos como otra cosa que un peligroso ejemplo.

Casi noventa años de seguridad en el norte modifican sustancialmente el vector continental de la geopolítica española. De tener frontera continental con una nación aliada de cuya cultura se impregna como signo de los tiempos pasa a encontrarse con un adversario estratégico no solo por motivos geopolíticos, sino ideológicos. La Guerra contra la Convención demuestra las carencias del ejército en una guerra limitada. De todas formas, para ambos bandos el futuro se decide en el norte de Francia, donde los austriacos y prusianos si tienen posibilidades de llegar a París y revertir la situación política. El teatro pirenaico no es el más adecuado para grandes operaciones y ambos bandos detuvieron sus respectivas ofensivas victoriosas ante la posibilidad de quedar aislados de unas bases de suministros muy próximas. Aunque inicialmente se logra recuperar el Rosellón

perdido por el Tratado de los Pirineos en 1659, el contraataque francés llega a Miranda de Ebro, tras la rendición de Bilbao y San Sebastián, en el flanco oeste, y a Gerona y Figueras en el este, y se llega al tratado de paz con alivio.

Francia se ve rodeada como en los tiempos de Carlos V, y decide que solo la ofensiva estratégica puede significar la salvación de la República. Llega a amenazar las líneas de comunicación del naciente emporio comercial, aún no imperio británico en la India, con una invasión de Egipto que demuestra lo acertada que había sido la renuencia británica a ceder Gibraltar, aunque sí Menorca, en el Tratado de París, y que se traduce en el bloqueo de la expedición en Oriente tras perder la flota en la Batalla del Nilo.

El empuje francés se dirigió fundamentalmente contra Austria en el continente, su tradicional rival en los teatros alemán e italiano. Con el advenimiento de la monarquía militar napoleónica y su alud de victorias, la Península Ibérica tenía que ser, inevitablemente, objeto de atención por parte de un poder que aspiraba a crear un sistema estratégico favorable a Francia mediante la reordenación política de Europa. Francia necesitaba no un aliado políticamente inestable, con unas intrigas que podían ser aprovechadas por alguna facción anglófila en un momento determinado. Necesitaba una frontera segura al sur y, sobre todo, que el poseedor de unos vastos dominios americanos los mantuviera fuera de la órbita inglesa.

La presión creciente sobre el débil gobierno de Carlos IV y su primer ministro Godoy acabó con un intento frustrado de seguir el ejemplo de Portugal: aprovechar la base estratégica que proporcionaban las posesiones americanas para proseguir la lucha, ampliando la base logística británica y paliando las consecuencias comerciales del Bloqueo Continental. Por desgracia, el golpe de Estado de Aranjuez acabó haciendo a Napoleón el árbitro de las disputas dinásticas españolas.

A partir de ese momento la descomposición de la Corte española hace que desaparezca todo atisbo de una estrategia organizada y los principales personajes, la familia real y Godoy, y sus círculos, se lanzan a una lucha por salvaguardar sus posiciones personales que acaba en la entrega de los resortes del poder a Napoleón en el ridículo de Bayona. A partir del inicio de la Guerra de

la Independencia el pensamiento estratégico desaparece, sustituido por una idea de resistencia que busca desesperadamente la supervivencia de la nación española hasta que la combinación de todos los actores del sistema estratégico europeo que se oponen a la Francia napoleónica, ya que ninguno de los adversarios de Napoleón tiene capacidad individual para derrotarle, acaben por prevalecer.

La única iniciativa estratégica es la convocatoria de las Cortes de Cádiz, donde, de forma tardía, se trata de articular una nación que comprenda “ambos hemisferios” y que como un cuerpo político único contribuya a derrotar las amenazas que se puedan cernir sobre cualquier parte. El momento de debilidad de la metrópoli, que apenas se sostenía en algunas plazas y siempre gracias a la ayuda británica, convierte el intento en un tardío intento de unificar los destinos de las tierras hispanas en las dos orillas del Atlántico.

No siendo posible ningún acuerdo entre los actores que luchaban en la Península porque, como en el caso de la invasión musulmana, el sistema estratégico es de suma cero, y teniendo en contra la descomposición casi inmediata del ejército regular y la defección de parte de las clases ilustradas al bando napoleónico¹⁹⁴, el sistema operacional que adoptará la Regencia se basará en una guerra híbrida donde por una parte las milicias irregulares, la guerrilla, hostilicen implacablemente las vías de abastecimiento y comunicaciones francesas haciendo que el más sencillo movimiento se transforme en una operación arriesgada; y por otra la alianza con el Reino Unido propicia la presencia de sucesivos Cuerpos Expedicionarios Británicos que vayan desgastando de forma convencional, y decisiva, al grueso del ejército francés en la Península.

Seis años de esfuerzos inauditos y la debacle francesa en otros teatros, principalmente la invasión de Rusia en 1812, trajeron la victoria en la Península y la pérdida de las posesiones americanas. Una pérdida que, aunque como hemos dicho, tiene sus causas próximas en la crisis de poder y legitimidad en la

¹⁹⁴ “La invasión de los franceses fue el principio de nuestras divisiones intestinas, una especie de Guerra civil”. Es una frase del General Evaristo San Miguel recogida en *De la Guerra Civil de España*, págs. 17 y ss. citado por Maria Teresa Puga en: *Fernando VII*. Editorial Ariel. Barcelona. 2004, pág. 77.

metrópoli, cuenta con unos antecedentes que se pueden atribuir al sentido de las reformas borbónicas.

“Otras fuerzas tuvieron un origen externo, especialmente las reformas imperiales emprendidas por los Borbones en España [...] Estas reformas pretendían mejorar la eficacia de la administración colonial, tanto en beneficio de los súbditos americanos de la corona como para estrechar el control de esta sobre aquellos[...] La revitalización de la administración fue acompañada por una disminución de nombramiento de criollos para cargos importantes y por un aumento de la recaudación de impuestos.”¹⁹⁵ .

Los sectores criollos más ilustrados desesperaron de verse alguna vez en igualdad de derechos frente a los peninsulares¹⁹⁶ e interpretaron que las reformas amenazaban su posición en el sistema económico¹⁹⁷. Como consecuencia, a la primera señal de debilidad, y la que les llegó era de descomposición, iniciaron el camino que tan buenos resultados les había dado a las colonias inglesas del norte, aunque en este caso no recibieron ayuda institucional de ninguna nación, lo que prolongó las guerras de emancipación¹⁹⁸

¹⁹⁵ David Bushnell y Neill Macaulay. *El nacimiento de los países latinoamericanos*. Ed. Nerea. Madrid. 1989, pág. 18.

¹⁹⁶ “En este año (1776), José de Gálvez fue nombrado ministro de Indias después de diez años de experiencia en los problemas coloniales. Una de sus prioridades fue reducir la participación de los criollos en el gobierno de América, preferencia tanto personal como política. Esa tendencia era apoyada por sus funcionarios.”. John Lynch. *Opus cit.*, pág. 429.

¹⁹⁷ “Se ha hecho célebre el consejo en 1794 a su sucesor en el virreinato de México: «No debe perderse de vista que esto es una colonia que debe depender de su matriz, la España, y debe corresponder a ella con algunas utilidades, por los beneficios que recibe de su protección, y así se necesita gran tino para combinar esta dependencia y que se haga mutuo y recíproco el interés lo cual cesaría en el momento en que no se necesitase aquí de las manufacturas europeas y sus frutos.”. John Lynch. *Opus cit.*, pág. 461.

¹⁹⁸ David Bushnell y Neill Macaulay. *Opus cit.*, pág. 27.

4.7. Estrategia y Geopolítica en el XIX. 1814 – 1876

El final de la Guerra de la Independencia tuvo como consecuencia la restauración en el territorio metropolitano español de un poder único que asumía integras las responsabilidades de gobierno en el conjunto de los dominios globales en la persona del Rey Fernando VII, a quien Napoleón había restaurado en el trono para finalizar la campaña en España e intentar salvar *in extremis* a su régimen en Francia. Más allá de la forma de gobierno, para constitucionalistas y absolutistas el problema fue el mismo: rearmar una estructura estratégica que se adaptase a la configuración del sistema estratégico post – napoleónico teniendo en cuenta la situación en Europa y América.

Por otra parte, el Congreso de Viena, que trató de crear un modelo político en Europa que le proporcionase estabilidad, reveló que las potencias del “Concierto Europeo”: Rusia, Prusia, Gran Bretaña y Francia y el Imperio Austriaco habían dado por liquidada la presencia de España entre ellos¹⁹⁹ y que desde ese momento la consideraban como un actor secundario en el sistema estratégico que se estaba configurando.

Dada la situación de postración material y las heridas que la sociedad española mostraba en ese momento en su estructura, especialmente en sus segmentos más cultos y preparados, dejar de ser un miembro relevante del sistema europeo no era algo necesariamente catastrófico. Sin responsabilidades en Europa más allá de los Pirineos, por primera vez en casi trescientos años, finalizadas las complicaciones dinásticas en Italia al cabo de casi quinientos, España parecía encaminarse hacia una triple redefinición, interior, ultramarina, que no dejaba de ser otra vertiente de la interior, y africana que, de aprovecharse podría ser beneficiosa.

Estas redefiniciones se produjeron, pero no de la manera que habría sido conveniente, mediante una serie de pactos tácitos o explícitos entre las fuerzas

¹⁹⁹ “España fue tan maltratada desde el principio que retrasó su firma a 1817”. Luis Suárez, *La Europa de las Cinco Naciones*. Ariel. Barcelona. 2008, pág. 660.

sociales y políticas con presencia en sus territorios, sino forzadas por las urgencias e intereses de dichos grupos, lo que supuso un resultado verdaderamente desastroso en un brevísimo espacio de tiempo.

Habiendo sido España objeto de una invasión militar, se había producido no solo un cambio dinástico, sino una verdadera guerra civil al ser este rechazado por la mayoría de la población y dar lugar a la existencia de administraciones servidas ambas por españoles, pero con lealtades e intereses totalmente opuestos. Por si esto no fuera bastante, al regreso de Fernando VII dos proyectos de organización de la monarquía radicalmente distintos se disputaron el gobierno. Lo cierto es que en esas condiciones resultaba muy difícil constituir una base firme sobre la que reconstruir a España como actor estratégico adaptado a las nuevas circunstancias.

Los territorios de América continental se encontraban inmersas en un proceso de independencia mediante el expediente de una contienda civil, que al regreso del rey Fernando VII no estaba, salvo quizás en el Virreinato de la Plata, definitivamente perdido para la causa de la unidad con España. Las islas en el Caribe y en el Pacífico serían mayoritariamente leales casi otros ochenta y cinco años más.

El primer movimiento correspondía a la definición del poder en Madrid. Durante la contienda, se había ido configurando un Estado que había sustituido a la monarquía tradicional preexistente y que había tomado la forma de un régimen constitucional con una preponderancia abrumadora del poder legislativo, el único que había sido posible articular de forma más o menos eficaz, sobre los otros poderes. La respuesta del Fernando VII a su regreso fue de rechazo a otra cosa que no fuera el regreso a las formas anteriores a abril de 1808²⁰⁰.

²⁰⁰ “Según Miguel Arrala, Fernando VII a su regreso a España se convirtió en el único monarca legitimista de la historia española, considerando que su gobierno era manifestación de la voluntad divina y sólo ante Dios se sintió responsable. En consecuencia, concibió el gobierno de la nación como algo personal: su voluntad no tenía contrapeso alguno y, en gran medida, se realizaba al margen de los ministros. Podía escuchar a todos, pero la última decisión era siempre la suya. Su criterio en el nombramiento o el cese de los ministros era una cuestión personal, arbitraria y a veces incomprensible, porque no correspondía a ninguna orientación política, a ningún programa de gobierno.”. Enrique González Duro. *Fernando VII el Rey Felón*. Anaya. Madrid. 2006, pág. 127.

Ni en España ni en el conjunto de Europa se podían revertir los cambios debidos al ciclo de guerras producidas por la Revolución Francesa²⁰¹ y su secuela, el gobierno de Napoleón Bonaparte bajo diversos títulos. Una de las debilidades de la posición española en la escena internacional durante el reinado de Fernando VII va a ser, por conservadora que sea la corte que se trate, el problema del rigor con que se trata a los enemigos políticos. Incluso en los momentos de mayor apoyo internacional al legitimismo fernandino, la intervención del ejército francés al mando del duque de Angulema para acabar con el trienio liberal siempre vendrá acompañada de constantes voces de moderación en el trato a los constitucionalistas.

Aquí es donde se ve cómo España está inserta en el sistema estratégico europeo, pero en un papel subordinado, donde las grandes potencias, Gran Bretaña, Francia e incluso Rusia, van a jugar un papel, de mayor o menor importancia, en la determinación de la cuestión del régimen político.

Todos saben ya que España no va a seguir siendo “Con más sus Indias”, pero de todos modos, comprenden que un orden mediterráneo no es posible sin una España integrada en el sistema europeo.

El primer indicio lo tenemos en 1808 en el Duque de Wellington. Jefe del contingente militar más poderoso, entrenado y disciplinado que hay en la península en 1814, conservador de corazón, reticente él mismo cuando asumió responsabilidades políticas en el Reino Unido a las reformas que no juzgase inaplazables para el engrandecimiento de su patria, apoyó el rechazo del monarca a la Constitución de 1812:

“Instalado en el Palacio Real de Madrid y rodeado de sus hombres de confianza, con la opinión pública a su favor, sin Cortes ni Constitución que limitaran su autoridad, y encarcelados los opositores políticos más relevantes, en mayo de 1814 Fernando VII se consideró en condiciones de gobernar con plena autoridad. Así fue, pero previamente tuvo que despejar la importante incógnita sobre la posición de Wellington y por ende la de Inglaterra ante el giro político en España. Fernando VII tenía constancia fehaciente

²⁰¹ Ni siquiera los firmantes del “Manifiesto de los Persas” en el que se animaba a Fernando VII recién regresado a no sujetarse a la Constitución de 1812 eludían la necesidad de reformas, como expone Maria Teresa Puga. *Opus cit.*, pág. 99.

de la oposición de Wellington a las Cortes de Cádiz y de su acusado empeño por suprimir la Constitución de 1812, pero también sabía que ni él ni su Gobierno eran partidarios de la vuelta de la monarquía absoluta, de modo que le era necesario clarificar la situación”²⁰².

Creía Wellington que su papel como uno de los principales responsables del restablecimiento en el trono de Fernando VII le proporcionaría influencia sobre el monarca para conseguir un remedo de parlamentarismo, de la clase que fuese y la moderación en las medidas contra afrancesados²⁰³ y doceañistas. No se pasó del nivel de las vagas promesas, incumplidas todas, pero es importante notar que Wellington le dejó al duque de San Carlos, ministro de Estado, un memorándum

“«Sobre la conducta política que deberá adoptar Fernando VII al restituirse al trono y autoridad»”, fechado en Madrid en junio de 1814. Wellington aseguraba el apoyo político, diplomático y financiero de su país si Fernando VII se separaba de Francia, renunciaba a sus pretensiones en Italia²⁰⁴ y concertaba una sólida alianza con Gran Bretaña”²⁰⁵.

A pesar de ello, el rey acertó a darse cuenta de que los británicos tenían puestas sus esperanzas en la paz del reino y no en la forma de gobierno, por lo que se decidió a no variar un ápice su idea de absolutismo radical, promesas,

²⁰² Emilio Laparra López, *Fernando VII, Un rey deseado y detestado*. Tusquets Editores. Barcelona. 2018, pág. 218.

²⁰³ “Una vez desaparecido Napoleón, los compromisos contraídos en Valençay no fueron en modo alguno respetados. Durante el mes de mayo se fueron tomando medidas represivas contra los afrancesados, y el 30 de mayo, día de San Fernando, el rey emitió un terrible decreto que condenaba a la expatriación perpetua a todos los que, de alguna manera, se habían mostrado adictos al rey José, incluso a las mujeres casadas que hubieran seguido el destino de sus maridos, permitiendo sólo la vuelta de los menores de 20 años, que habían de quedar sujetos a la inspección de la policía en los pueblos en los que se pensaran establecer. El decreto afectaba a unas doce mil familias afrancesadas, sin que sirviera de nada la intervención diplomática de Luis XVIII de Francia, ni tampoco la intervención personal del duque de Wellington.”. Enrique González Duro. *Opus cit.*, pág.124.

²⁰⁴ Dichas pretensiones no eran de recuperar la soberanía española sobre antiguas posesiones italianas de la casa de Borbón, sino de devolver el Ducado de Parma a la hermana de Fernando VII y que a la ex – emperatriz Maria Luis se le adjudicase un territorio cuya posesión fuera un agravio para un reino que tanto había sufrido luchando contra Napoleón. Obviamente Gran Bretaña daba por buena la solución y no quería que la causa bonapartista tuviera otra queja que su derrota y el exilio de su líder.

²⁰⁵ Laparra López, Emilio. *Opus cit.*, pág. 219.

generalmente incumplidas, aparte. Este intento de mantenerse sin ninguna reforma, ni siquiera una convocatoria de Cortes Estamentales para discutir los problemas, quizás para evitar las consecuencias que para Luis XVI habían tenido los Estados Generales, generó una tensión política que obligó a centrar las energías del Estado en la lucha contra las fuerzas opuestas al absolutismo. La consecuencia, que se puede rastrear has hoy, es la de una nación volcada en sí misma, en sus propios problemas y tensiones y desconectada del entorno internacional.

Sin embargo, en el memorándum que recibe San Carlos se ve cómo Gran Bretaña tenía una visión de la configuración del sistema europeo tras la odisea napoleónica y que trataba de aprovechar la postración económica para ofrecer créditos siempre y cuando España “se separaba de Francia y renunciaba a pretensiones en Italia”. Es decir, ve en un posible restablecimiento del poder francés el principal peligro a su idea del equilibrio europeo, y no cambiará de opinión hasta que sea el poder alemán el que lo amenace a partir de finales del siglo XIX; y considera el Mediterráneo como un espacio en el que ha entrado para establecer una ruta a Oriente (el Canal de Suez todavía no es ni un sueño), en la que acaba de poner el peldaño de Malta como continuación del escabel que representa Gibraltar. Italia debe mantenerse lo más tranquila posible para que la ruta no se vea perturbada.

Por otra parte, es significativo que con la carga de emociones que comportaba una experiencia como la Guerra de la Independencia, con una brutal ocupación del ejército francés, Gran Bretaña todavía no estuviese segura de que la lógica geopolítica, y la afinidad entre las dos ramas de la familia Borbón, no fuesen a lanzarla a la órbita francesa, recuperándose también el espíritu de los “Pactos de Familia”.

Sin abandonar la amistad británica, el único vector consistente en política exterior fueron los intentos de que las acciones exteriores de Francia y Rusia apuntalasen al régimen absolutista, sin que en ningún momento se saliese España del guion que le habían trazado.

El resultado concreto del Congreso de Viena, La Santa Alianza, se había constituido para vigilar la “legitimidad” de los gobiernos europeos. Formaba un

sistema estratégico en el que no participaba Gran Bretaña, poco dispuesta a dejarse atrapar en un sistema que le resultaba contrario a sus principios, derecho de los reyes contra pacto entre súbditos y gobernante, pero que por otra parte, mientras garantizase una estabilidad razonable en el continente, servía a los intereses británicos. Era pues un mecanismo de defensa mutua para garantizar los parámetros de los regímenes políticos de cada uno de los componentes.

Constituye, geopolíticamente hablando, un hito histórico, pues con el ciclo napoleónico Rusia se inserta definitivamente en el sistema estratégico europeo, al que había combatido evitando el expansionismo sueco durante la Guerra del Norte y combatiendo al prusiano, si bien se aviniese con él finalmente en el reparto de Polonia. La invasión napoleónica de 1812 había sido una llamada de atención al pensamiento estratégico ruso, volcado hasta ese momento en su llamada al este y al sur, llenando el espacio de Siberia, que había quedado por fin vedada a los pueblos nómadas, y alcanzando desde la conquista de Azov la ocupación de la costa del Mar Negro, en busca de Constantinopla²⁰⁶ o, al menos, la salida segura al Mediterráneo.

Pese a que fueron precisamente las tropas destinadas a apoyar el esfuerzo virreinal de mantenimiento de la soberanía española en América las que se sublevaron contra la abrogación de la obra de las Cortes de Cádiz, el problema no era solo de fuerzas para derrotar la insurrección. Había un círculo vicioso en el hecho de que los territorios que debían sostener la economía de la metrópoli, una de las principales razones de toda empresa colonial, ya no lo hacían, es más, estaban empezando a pesar de forma negativa en la economía del conjunto pues además de no contribuir constituían una sangría que la devastada economía peninsular no podía sostener²⁰⁷.

²⁰⁶ En la ya mencionada *Instrucción Reservada* de Carlos III se consideraba que la verdadera amenaza para el Imperio Otomano la constituían Rusia y, en menor medida, el Imperio Habsburgo.

²⁰⁷ “El nuevo equilibrio del poder se reflejó primeramente en la notable disminución del tesoro enviado a España. Esto fue una consecuencia no solamente de la recesión de la industria minera sino también de la redistribución de la riqueza dentro del mundo hispánico. Significaba que ahora las colonias se quedaban con una mayor parte su propio producto, y empleaban su capital en administración, defensa y economía. Al vivir más para sí misma, América daba menos a España. El giro del poder podía también observarse fuera del sector minero, en el desarrollo de las economías de plantación en el Caribe y en el norte de Sudamérica, que vendían sus productos directamente a los extranjeros o a otras colonias.

La empresa americana fue secundaria en los afanes del gobierno, concededor de los límites de cualquier empeño en este sentido, aunque las operaciones se prolongaron por espacio de diez años desde el final de la Guerra de la Independencia. Se inicia un periodo en el que el principal objetivo fue la supervivencia de un régimen que iba concitando sucesivas enemistades, desde la inquina de los constitucionalistas primero a la de los exaltados absolutistas después. Pero fue la catastrófica situación económica la que hizo comprender a un monarca poco dado a novedades la necesidad de las mismas, al menos en el aspecto económico, que se ha demostrado que es la puerta para los cambios políticos²⁰⁸.

La expansión de la actividad económica en las colonias denota una pauta de inversión —capital americano en economía americana— que, aunque modesto en sus proporciones, estaba fuera del sector transatlántico.” John Lynch. *La Revolución Hispanoamericana 1808 – 1826*. RBA. Barcelona. 2005, pág. 10.

²⁰⁸ Recoge María Teresa Puga, en su obra ya citada *Fernando VII*, lo siguiente “En 1827 volvían a producirse nuevos cambios dentro del ministerio de Hacienda, y se rompía la tradición inveterada de buscar colaboradores entre los hombres que se movían dentro de su círculo. Se daba cabida a su equipo de banqueros y hombres de empresa catalanes como Gaspar de Remisa y Miaróns, persona de agradable trato, muy versada en materia económica, que tomó posesión del cargo de director general del Real Tesoro, sustituyendo a Antonio Martínez. Los banqueros y hombres de empresa catalanes se trasladaron a Madrid.

Al cerrarse el año de 1826 hubo un déficit muy considerable. En febrero de 1827 se creó una junta de directores generales de Rentas y del Tesoro, con los contadores generales de valores y distribución, que se reunía semanalmente para, de modo provisional, examinar y combinar el reparto de fondos existentes o las obligaciones más urgentes. En mayo, el ministerio de Hacienda dirigió una «Exposición» al rey urgiendo los presupuestos y señalando el riesgo que para dicho departamento suponía tal dilación. Fernando VII señaló al Consejo de Estado el mes de julio como fecha para entregar terminados los trabajos.

El rey, pese a los temores, cautelas y prudencias del Consejo de Estado, se decidió a implantar el sistema de presupuestos. Al fin, los ataques del Consejo de Estado habían servido sólo para frenar la decisión de implantarlo, pero no para impedirlo.

La Memoria del ministro, fechada el 21 de febrero de 1828, llegaba a manos de Fernando VII cuando éste se encontraba en Barcelona comprobando las desastrosas consecuencias de la guerra de los agraviados. Desde la ciudad condal respondía a la Memoria con el siguiente decreto autógrafo escrito por el rey en el margen de la primera página de la memoria enviada por Ballesteros:

Barcelona, 1 de marzo de 1828. — Proceda, inmediatamente el Consejo de ministros a proponerme los decretos y reforma de gastos que es indispensable adoptar señalando los presupuestos y consignaciones de cada Ministerio, para lo cual tendrá presentes los trabajos del año pasado que, después de un largo examen y discusión, elevó a mis Reales manos el Consejo de Estado, juntamente con su consulta del 27 de agosto último; en inteligencia de que todos los decretos, reformas y presupuestos han de plantearse precisamente dentro del término de dos meses. ”. La realidad del desastre económico lleva a Fernando VII a someter su voluntad a la realidad del país.

Empezó pues en España uno de esos periodos en los que los asuntos internacionales son obviados en la misma medida en que las potencias de primer orden ignoraban a España mientras no tuviese la desdicha de cruzarse en su camino, o aparecer como oportunidad en alguna de sus empresas. Lo cierto es que América se perdió sin grandes esfuerzos por evitarlo. Ni la situación política ni la económica animaban la empresa y aunque se hubiera conseguido, al menos en parte, cualquier intento de retorno a la situación de subordinación económica y política estaba condenada al fracaso. España entraba en la fase de potencia de segundo, o tercer orden, en la que el principal afán sería construir un sistema político estable y conseguir una economía que permitiese ofrecer bienestar a su población y la alejase de extremismos, en suma, una constante búsqueda de la estabilidad.

4.8. La época Isabelina y la I República

El periodo que se extiende entre la muerte de Fernando VII y la proclamación de Alfonso XII cubre un periodo que, aunque convulso, va a marcar decisivamente el pensamiento estratégico español y va a conformar el pensamiento geopolítico de la clase política casi hasta nuestros días. El recogimiento conservador y el idealismo progresista vienen de este lapso de tiempo. En él hay una monarquía borbónica, con dos reinas que acaban abdicando, un intento de instaurar a los Saboya y una República convulsa que acaba en un gobierno militar, a su vez sustituido por la restauración alfonsina.

A través de todos estos cambios políticos se va a fraguar la voluntad europeísta, única salida que le queda a España de integrarse en un sistema estratégico coherente y donde se deciden sus intereses, pese a algunas intervenciones americanas, más para mejorar la posición de Cuba y Puerto Rico que para intentar un imposible retorno, y queda pendiente el sur, donde una ventaja militar notable se desperdicia por presiones exteriores.

4.8.1. La situación interior

Al morir Fernando VII en 1833 la tensión sobre la legitimidad en la familia reinante va a estallar en forma de guerra civil con dos bandos complejos pero con una clara línea de separación entre ambos: o el tránsito hacia un gobierno representativo de índole liberal o el mantenimiento de las instituciones del llamado “Antiguo Régimen” o, genéricamente, la “Tradicición”.

El resultado de no aceptar al hermano, y compañero de cautiverio en Francia de Fernando VII Carlos María Isidro, la sucesión de su sobrina Isabel y llevar este desencuentro al plano militar, fue de una trascendencia capital para la historia de España en todos sus órdenes. Tres guerras “Carlistas” van a lastrar el desarrollo económico de España y van a condicionar su devenir político.

Hay que señalar que el carlismo, ni en sus mejores momentos, representó una verdadera amenaza militar. Podía mantener una guerra híbrida continuada en la zona vasco – navarra, norte de Cataluña y el Maestrazgo, en la que el empleo de guerrillas se complementaba con la organización de un ejército regular y el asedio a las ciudades, pero era incapaz de salir de ellas para expandir su dominio militar ni captar más que simpatías en otras zonas de España. Esta configuración se mantendrá en las tres guerras cosechando solo fracasos.

Una de las consecuencias fue un intervencionismo creciente franco – británico, en forma de empréstitos y ayuda militar al gobierno de Madrid, si bien la entidad de estas ayudas nunca fue significativa en el campo de batalla, siendo operacionalmente más efectivos los controles terrestres por parte de Francia y naval por el Reino Unido para evitar la llegada de recursos de todo tipo al bando carlista.

Sin embargo, siendo Wellington ministro de Asuntos Exteriores en el primer gabinete de Robert Peel, se iniciaron contactos entre los contendientes a través del político británico Edward Granville Elliot, para una paz negociada que fueron rechazados por don Carlos, pero que se sustanciaron en el Convenio Elliot, firmado por Zumalacárregui y Valdés, respectivamente por los bandos carlista y cristino, para evitar los fusilamientos indiscriminados de prisioneros de guerra, lo que supuso un reconocimiento implícito de la beligerancia carlista²⁰⁹.

Si la agitación, y aún la violencia, fueron la nota dominante en la política interior española entre la muerte de Fernando VII y el advenimiento al trono de Alfonso XII, en el aspecto estratégico hay que reseñar dos características que caracterizan este periodo. Una, la ausencia de variaciones territoriales importantes, ni descubrimientos y conquistas suman nuevos territorios, ni nuevas revoluciones y derrotas van a modificar el caudal geopolítico o la importancia estratégica de España.

²⁰⁹ “Don Carlos se negó a la transacción y lo único conseguido fue el llamado convenio Elliot, que regulaba el respeto y canje de los prisioneros solo en territorio vasconavarro, firmado el 27 y 28 abril por Zumalacárregui y Valdés. Pero tenía mayor importancia el reconocimiento nacional e internacional de la beligerancia del carlismo que el hecho suponía, por lo que fue muy discutido en el Parlamento de Madrid.”. Jose Maria Jover Zamora. *La era isabelina y el sexenio democrático. Tomo I La continuidad del proceso 1834 – 1874*. RBA. Barcelona. 2005, pág. 286.

Otra, es la desconexión entre las partes de este mosaico de territorios que salpican el globo y para la que no se consigue articular una estrategia unitaria, sino más bien una serie de soluciones parciales a los problemas que cada uno pueda ir planteando²¹⁰. La geografía española se articula en torno a restas, no a ganancias, y así, parafraseando a Clemenceau, España es lo que va quedando.

Aparece en los planteamientos de la política exterior una curiosa mezcla de aislacionismo, evitar las alianzas formales, con el nacimiento de la conciencia de que España se encuentra unida a Europa y, más concretamente a la Europa “latina”, esto es, a la que comparte desde Italia a Portugal una cierta tradición cultural común y que, junto al Reino Unido, se opone a las visiones de las monarquías absolutistas centroeuropeas, incluyendo a Rusia en esta categoría. Prueba de esto es la aparición de una Cuádruple Alianza entre Francia, Gran Bretaña, Portugal y España el 22 de abril de 1834 que representa, más que una voluntad española de incorporarse a una alianza, la visión estratégica de las dos potencias dominantes que buscan asegurar la estabilidad de la Península Ibérica sumida en el doble conflicto carlista y miguelista.

No hay que olvidar que la Península además supone la proximidad a un Marruecos en que tanto británicos como franceses están interesados, la zona del Estrecho de Gibraltar con su base británica, clave en la presencia en el Mediterráneo, las Baleares, dominantes sobre la ruta Marsella – Argel y los archipiélagos de Canarias, Azores y Madeira que dominan la ruta del cabo de Buena Esperanza desde las Islas Británicas. Para Gran Bretaña y Francia, el acuerdo supone una garantía de primer orden.

Para España supone, en palabras del conde de Toreno

“Una de las cosas que más debe contribuir a consolidar el gobierno actual, es las relaciones con los extranjeros: o porque haya necesidad de ellos para sostener su influencia, sino que, de la misma manera que Don Carlos representa un sistema, las naciones ahora aliadas nuestras representan otro que, en la actualidad, es el mismo que el nuestro; esto es, el de Inglaterra Francia y Portugal, y cuanto más se estrechen

²¹⁰ José María Jover Zamora. *Opus cit.*, pág. 148. El autor introduce estas dos características.

los vínculos de las naciones del Mediodía, tanto más se consolidará este sistema de que tratamos.”²¹¹.

Es decir, una superación de la marginación del Congreso de Viena mediante la inserción de España en el sistema estratégico que le corresponde por su espacio de interés geopolítico y sistema político, las democracias, o al menos los sistemas liberales de Europa occidental que miran hacia el sur.

Una derivada de este sistema será la máxima de la diplomacia española durante el siglo XIX y el primer tercio del XX: si Francia y Gran Bretaña se alían para conseguir un objetivo, se las apoya; si discrepan España se abstiene, en lo posible, de participar en el asunto. Veremos cómo el tratamiento de los asuntos de Marruecos, ahora apenas apuntados, va a ser el más claro ejemplo de esta máxima.

Este esquema subsistirá y se reafirmará pese al intento de acercamiento al bloque central de la Triple Alianza centrada en el nuevo Imperio Alemán, que demuestra que, gestos aparte, cuando llega el momento decisivo de la crisis cubana, no reporta ningún beneficio a España y si está a punto de retraernos a la época de la enemistad británica declarada. Es pues, el momento, cuando España se sitúa en las coordenadas de acción exterior que han perdurado, con altibajos, hasta la actualidad, y que se caracterizan por el final del antagonismo franco – británico que había caracterizado el sistema europeo durante casi quinientos años y que cambian por completo los parámetros del vector norte de nuestra geopolítica.

4.8.2. Las intervenciones exteriores

Otra característica de la estrategia española, que se va a prolongar a través de los regímenes hasta mediados del siglo pasado es que, paralelamente a los acuerdos internacionales, la voluntad de intervención militar en asuntos que no sean de interés estrictamente nacional es mínima. Lógicamente, esta dualidad

²¹¹ Diario de las Sesiones de Cortes, Estamento de Procuradores, pág 23. Sesión del 3 de agosto de 1834. José María Jover Zamora. *Opus cit.*, pág. 150.

de amistad formal y falta de compromiso debilitan la posición de España que, por otra parte, y consciente de lo limitado de sus capacidades económicas y militares, opta por mantener una prudente distancia de cualquier asunto que no le atañe directamente.

Surge también una «Geopolítica del aislamiento», que cuenta con una brillante formulación en Jaime Balmes.

“La España, si bien debe procurar alzarse de nuevo al rango que le corresponde entre las grandes naciones, ha de guardarse con cuidado de tomar parte en los negocios que no le interesan, aun cuando el recobro de su antiguo poderío le brindase con oportunidades halagüeñas.[...] Pero nosotros que nada tenemos que ver con la Alemania, ni con la Polonia, ni con la Italia, ni con la Siria ni con el Egipto, ni con la India ¿no cometeríamos la mayor imprudencia si no procurásemos conservarnos en estricta neutralidad y precavernos ya de antemano de compromisos ulteriores apartándonos en la actualidad de alianzas y amistades que pudieran traérmolos?”²¹².

A pesar de toda esta estrategia de cautela y circunscripción europea en términos geopolíticos, si entendemos que todavía el Caribe y las Filipinas son un asunto interno, no estuvo exenta la política exterior de acciones de “prestigio”²¹³. Ni aún en los momentos de mayor recogimiento el viejo concepto de la “honra” volvía a asomar en el proceso de toma de decisiones. Recién perdida América, pese a todos los razonamientos que buscaban una política exterior más acorde con su nueva realidad territorial y económica y la posición relativa que ahora ocupaba respecto a las naciones que componían el sistema estratégico en el que se insertaba, el recuerdo de glorias pasadas seguía sirviendo de guía para algunas acciones que, si no trajeron riquezas o poder, al menos no supusieron descalabros serios.

Las dos primeras intervenciones exteriores, la de Portugal en 1847 y la Expedición a Roma en 1849, son el renacer de España a una dimensión europea y mediterránea. La primera se enmarca en el ciclo de las Guerras Carlistas y hay que recordar que se apoyó al bando más acorde a los intereses de la reina Isabel

²¹² Jaime Balmes, *Alianza con la Francia* (en *La Sociedad, Tomo I*, mayo 1843. Reproducido en «*El Pensamiento de la Nación*», núm. 54, Madrid 12 de febrero de 1845). Fuente Jose María Jover Zamora. *Opus cit.*, pág. 156.

²¹³ Se sigue aquí la idea expuesta en José María Jover Zamora. *Opus cit.*, pág. 160.

Il y siempre se actuó con la aprobación británica. La de Roma, para restituir al Papa Pio IX en su poder temporal, si bien no pasó de un episodio romántico en el que se demostró una capacidad expedicionaria adaptada a nuestro entorno geográfico próximo, tuvo la aquiescencia francesa.

La participación en la expedición francesa a Cochinchina entre 1857 y 1863 no fue seguida de ninguna participación en las ganancias territoriales francesas en Extremo Oriente. Es dudoso que de producirse hubieran supuesto ventajas económicas o se hubiera podido aprovechar para construir un guarda flanco de las Filipinas.

La expedición a México entre 1861 y 1862 es un reflejo del criterio de toma de decisiones basado en el acuerdo o no entre los “dos grandes”. Cuando en 1861 el gobierno mexicano suspende el pago de la deuda, Reino Unido y Francia organizan una expedición a la que suma España. Pero cuando, ocupada Veracruz, se produce el desacuerdo entre ambas y los británicos deciden regresar, al haberse cumplido el objetivo de que México reinicie los pagos, y no apoyar la continuación de la intervención francesa que dará lugar al malhadado proyecto de monarquía de Maximiliano de Habsburgo – Lorena, España, acertadamente, se retira.

La expedición naval al Pacífico de 1863 a 1866 es el más claro ejemplo de acción de prestigio. Ni se defendía otra cosa que la honra del nombre de la reina, ni se disponía de medios para forzar a los gobiernos del Perú y Chile a rectificar un estado de opinión que tendía a ser fundamentalmente anti español. Las acciones del Callao y Valparaíso estaba más en una lógica romántica que estratégica.

La intervención en la República Dominicana entre 1861 y 1863 fue la única en América que si tenía un sentido estratégico y contaba con el respaldo táctico de Francia y Gran Bretaña²¹⁴. Suponía volver a tener presencia en la isla que se encontraba entre Cuba y Puerto Rico, reforzando la posición española y, teóricamente, con el apoyo de una parte de la población. Además, las reticencias que pudiera suponer la actitud de Estados Unidos en base a la “Doctrina Monroe” para alejar a las potencias europeas de los asuntos americanos, se obviaron porque la Guerra Civil americana no le permitía al gobierno de

²¹⁴ José María Jover Zamora. *Opus cit.*, pág. 161.

Washington otras distracciones a su esfuerzo bélico. La situación no resultó tan favorable como la habían presentado los líderes dominicanos anexionistas con el general Pedro Santana a la cabeza y el gobierno O'Donnell se vio envuelto en un conflicto difícil de sostener. Éste se convirtió en uno de los factores de un cambio de gobierno y el general Narváez, como nuevo jefe del ejecutivo, llevó el tema a las Cortes, acordándose la retirada.

La única intervención que, con un pretexto tan fútil como la del Pacífico, el desprecio a un escudo español en una fortificación en construcción en el campo exterior de Ceuta; tuvo consecuencias estratégicas y una lógica geopolítica fue la guerra con Marruecos de 1859 – 1860. Las consecuencias de la victoria fueron la redefinición de los límites de Ceuta y Melilla en sus términos actuales y la constatación de que el área del Estrecho de Gibraltar era tan sensible para España como vital para Gran Bretaña, que frenó de forma contundente las reivindicaciones españolas sobre Tánger y Tetuán, evitando la constitución de un área de influencia española en la otra orilla, que hubiera sido el objetivo más deseable de la campaña²¹⁵.

España se dio cuenta que el aliento francés en este caso no sería un freno para una intervención británica y aplicó, a su pesar, la receta: si los grandes no están de acuerdo, retirada. En este caso las suspicacias entre el Reino Unido y Francia, que parecía que ganaba influencia en España, perjudicaron a España, que se vio privada de la última gran oportunidad de establecer una amplia base en la orilla sur del Estrecho.

²¹⁵ Salvador Ascaso Dentell, en su libro *Una Guerra Olvidada*. Inédita. Barcelona. 2007 , plantea la hipótesis de que la guerra fue, de algún modo, buscada por España, por un lado para solucionar el problema de las plazas norteafricanas, sometidas a un cerco constante y muy estrecho por los marroquíes, y por otro para iniciar la conquista de territorios que devolviesen el peso estratégico perdido con los virreinos americanos. Lo primero se consiguió, nadie salvo Marruecos se oponía a ello. Lo segundo estaba fuera de la realidad del sistema estratégico europeo del momento y de las capacidades financieras españolas. Sostiene el autor que el Bajalato de Tetuán hubiera sido más una fuente de problemas económicos que de riqueza o prestigio.

4.9. Estrategia y Geopolítica en la Restauración

Realizada la Restauración, Cánovas define así su concepto de la política exterior española:

”«España no puede tener una política exterior activa puesto que no tiene la base suficiente en el interior » [...] Por eso en sus máximas ambiciones en tal sentido fueron: cumplir el destino hispánico en África [...] « La frontera sur de España debe estar en el Atlas » [...] y mantener a toda costa el dominio español en Cuba”²¹⁶.

Es un reconocimiento de la postración económica del reino tras la descomposición del sistema económico que supuso la independencia de los virreinos americanos, agravada con el periodo de guerras civiles e inestabilidad social y política que sucedió a la muerte de Fernando VII. Y es a la vez una importantísima declaración de intenciones en los planos estratégico y geopolítico.

Desde el plano estratégico, la intangibilidad de las fronteras españolas, tal y como se encontraban en 1876 se convierte en la prioridad. Es una doctrina defensiva que se centra en dos direcciones. La oeste, para mantener el sistema atlántico que se supone ha de servir para restablecer la economía, o al menos para que no empeore, manteniendo a los territorios ultramarinos en un sistema de dependencia de la metrópoli centrado en Cuba, la isla más poblada, más cercana y con mayor población, y que con Puerto Rico y Canarias forma un sistema geopolítico marítimo razonable y sostenible.

Ese sistema tenía ya más de 350 años de existencia y se había mantenido contra todos los intentos británicos en los dos extremos del mismo. En la segunda mitad del siglo XIX no aparecía ningún enemigo exterior capaz de amenazarlo. Gran Bretaña ejercía un papel de “policía global” y su interés se dirigía no a intervenir en el continente, sino a mantener una paz ordenada en él. La guerra Franco – Prusiana de 1870 había supuesto la postración de su tradicional rival y el

²¹⁶ Fernando González Doria, *Historia de las Constituciones Españolas de Godoy a Suárez*. Editorial Cometa. Madrid. 1986, pág. 181.

surgimiento de una potencia con la que se mantenía en los términos de la más franca amistad, cooperación y entendimiento.

4.9.1. Los Estados Unidos

La otra potencia que por proximidad tenía intereses en el Caribe, y por ende en la situación de nuestras Antillas, era Estados Unidos. La nación continente estaba todavía convaleciente de la guerra civil y no había acabado de cerrar su construcción interior²¹⁷. El curso de su política exterior siempre había sido de prevención contra la actuación de potencias europeas en el conjunto de las Américas, la “Doctrina Monroe”, pero se aceptaba la presencia de posesiones europeas. No era España la única en mantener territorios caribeños bajo su soberanía.

Gran Bretaña mantenía, desde su posición central en la denominada Honduras Británica hasta un arco de presencia discontinua que iba de norte a sur a través de las islas Bahamas y las Pequeñas Antillas hasta Barbados, una posición privilegiada que le permitía dominar todo el Caribe. Incluso en el grupo de islas de las Grandes Antillas, Jamaica proporcionaba una presencia privilegiada en el canal entre Cuba y La Española.

La situación, en aquellos momentos, llevaba a pensar en que los Estados Unidos centrarían su atención en el Atlántico Norte. Su conexión con los mercados europeos y hacia el Pacífico, habían obligado a la apertura de los puertos a Japón en 1858 por el “Tratado Harris” y en 1876 se firmaba el tratado comercial de Estados Unidos con el Reino de Hawai que sería el inicio del camino para la anexión, precisamente en 1898. El comercio en China parecía atraer más a los norteamericanos que unas islas que precisamente por pertenecer a una nación débil no suponían ningún desafío por cerca que se encontrasen de sus costas.

La derrota china en las guerras del opio contra Gran Bretaña en 1839 – 1842 y 1856 – 1860 habían forzado la apertura del comercio chino a Occidente a través

²¹⁷ En 1876, año de la proclamación de la Constitución de la Restauración, Estados Unidos estaba inmerso en una campaña en el territorio de Montana contra las tribus nativas en el curso de la cual tuvo lugar la famosa batalla de Little Big Horn.

de los tratados desiguales que concedieron ventajas al comercio y la penetración cultural occidental. En una breve guerra en 1894 – 1895 Japón consiguió no solo colocarse comercialmente al nivel de las potencias occidentales en la penetración en China: logró arrebatarse la isla de Taiwan. Con la proximidad japonesa, británica y francesa, por la metrópoli en el primer caso y de sus imperios asiáticos de la India y Cochinchina en los otros dos casos, sumada a Rusia que compartía una extensa frontera con la ambición rusa de extenderse por Corea, China quedó a merced de todas las grandes potencias que se asomaban al Pacífico, que encontraban en la situación china una pseudocolonia en la que una inversión mínima obtiene unos rendimientos sustanciosos.

Precisamente la configuración geográfica del Pacífico iba a jugar en contra de España. En un océano de 168 millones de kilómetros cuadrados, una extensión que supera a la de la suma de las tierras emergidas, las distancias son enormes para buques de cualquier clase de propulsión y en cualquier época; 6.850 kilómetros separan San Francisco de Manila y desde ésta hay todavía una media de 650 kilómetros hasta los puertos chinos. Para España eso suponía que en el siglo XVII una comunicación entre Manila y la Corte tardase entre doce y dieciocho meses, lo que excluía cualquier procedimiento de mando por parte de las autoridades que no fuese una delegación total en la cabeza de la administración española en las islas²¹⁸.

Para acceder a China Estados Unidos necesitaba estaciones donde abastecer a sus buques de todo tipo. Pero antes que los norteamericanos aparecieran los alemanes, que tenían proyectado establecer una base naval en Extremo Oriente. En 1883 Alemania reclama la soberanía de las islas Carolinas y Palaos. Se trataba de territorios que todas las potencias siempre habían reconocido como españoles, pero que nunca habían sido ocupados²¹⁹.

²¹⁸ El dato está extraído de la Introducción del libro de Hervé Coutau – Bégaure *La Geoestrategia del Pacífico*. Ediciones Ejército. Madrid. 1990. Aunque la fecha de finalización del trabajo es 1987 y sus planteamientos políticos y militares están superados en su mayoría, es esclarecedor en la presentación del marco humano y geográfico y brillante en su exposición de las tendencias estratégicas que hoy se aprecian en la zona.

²¹⁹ «Ahora los alemanes pretendían que «conforme a los principios del Derecho Internacional moderno, no está el gobierno imperial en el caso de reconocer...la soberanía ...de España en aquellas islas..., mientras no aparezca sancionada por los tratados, o al menos ejercida de hecho». El entrecomillado pertenece a *Historia política de la España Contemporánea 1868 –*

Lo cierto es que desde el Congreso de Berlín la doctrina de la ocupación efectiva superaba en generación de derechos a cualquier título anterior. Bismarck, que había actuado por presiones internas, no deseaba verse en una crisis europea por un punto de apoyo para llegar a la recién incorporada, si bien por manos privadas, Nueva Guinea Alemana. Sometida la disputa al arbitrio del Papa León XIII, todos quedaron contentos con la decisión vaticana de ratificar la soberanía española. No obstante España permitía el comercio germano con las islas y fijar establecimientos en ellas con este propósito. La navegación a la Tierra del Káiser Guillermo quedaba asegurado para las naves germanas, el partido católico alemán satisfecho y el honor español a salvo. Inmediatamente se estableció la presencia administrativa sobre las islas y la crisis se dio por superada.

4.9.2. El Caribe español

Cuestión aparte era Cuba. No se trataba de algo lejano, por diferentes motivos, ni para España ni para Estados Unidos. Para España, Cuba y Puerto Rico no eran colonias, eran parte del territorio nacional tan íntimamente insertadas en él como cualquier provincia insular²²⁰. Sin embargo el problema de su régimen administrativo y el problema de la esclavitud la había separado irremediabilmente de la Península.

Si las Filipinas se encontraban alejadas e indefendibles, con un socorro totalmente dependiente de la potencia que dominase el Canal de Suez, que desde 1875 era Gran Bretaña por haberse hecho con la parte de las acciones que correspondían al *Djedive*, Cuba se encontraba a una distancia razonable de España, en términos de navegación para la tecnología de vapor del último tercio

1895, de M. Fernández Almagro, Tomo I, pág. 432; citado por Jose Luis Comellas en *Cánovas del Castillo*, RBA, Barcelona. 2007, págs. 275-276, de donde está resumida lo expuesto referente a esta crisis.

²²⁰ En frase de Cánovas: "Si desgraciadamente un día el pueblo español creyera que la empresa (mantener a Cuba española) aunque no superior a su valor era superior a su conveniencia [...] yo habría dejado de ser hombre político para siempre jamás" citada por Leonor Meléndez Meléndez en: *Cánovas y la Política Exterior española*. Instituto de Estudios Políticos. Madrid. 1944, pág. 351. Del mismo tenor podemos citar que: "Los españoles- decía el ministro de Asuntos Exteriores en 1848 – preferirían que la isla se hundiera en el océano antes que verla en manos de otra potencia.". Raymond Carr. *España 1808 – 1975*. RBA. Barcelona. 2005, pág. 365.

del siglo XIX. Se podía articular un sistema estratégico coherente que mantuviese a las Antillas españolas en la órbita de Madrid.

Pero el proceso independentista cubano tenía que aparecer más pronto que tarde como consecuencia de la pérdida de los territorios continentales americanos. Este ejemplo tenía que atraer forzosamente a una parte de la sociedad cubana, que veía las diferencias de trato en el plano político. Todas las Constituciones españolas, desde la de 1812 a la de 1876, trataban a los territorios extra peninsulares de forma diferenciada. La de 1812, aunque su impacto en la vida real fue muy reducido, consideraba los territorios españoles “de ambos hemisferios” como un todo en pie de igualdad²²¹. Sin embargo, se establecía una distinción entre *españoles* y *ciudadanos españoles*²²² que no hacía sino prolongar la institución de la esclavitud y convertir la procedencia africana en una lacra social. El resto de las Constituciones que llegaron a estar en vigor no hacían sino establecer que los territorios de ultramar se regirían por leyes especiales, estableciéndose una dualidad que resultaría catastrófica para los intereses españoles.

En Cuba, motor del independentismo, se establecieron tres tendencias. Los que se encontraban conformes con la situación dibujada en las leyes españolas en cada caso y que era contrarios a cualquier reforma en el encaje dentro del sistema político español, los que aspiraban a una reforma que permitiese a la isla una gestión autónoma de una serie de competencias pero que en absoluto propugnaban la separación y, por último, los independentistas, que abogaban por la creación de una república separada de España.

La otra premisa de la acción exterior del canovismo suena extraordinariamente moderna. Concebir, acertadamente, que si la Península es una plaza fuerte, la seguridad española no está en nuestro foso sino en el glacis, que es el norte de Marruecos hasta la altura de nuestras Canarias.

En estos momentos el Imperio Marroquí se encontraba en una crisis, a los ojos de las potencias europeas, financiera y de autoridad, ya que la franja del Rif,

²²¹ Título III, Capítulo I “Del modo de formarse las Cortes”. Art 28 de la Constitución de 1812. La base para la representación nacional es la misma en ambos hemisferios.

²²² Respectivamente recogidos en los Capítulos II y IV del Título Primero, Constitución 1812.

aunque aceptaba la autoridad religiosa de la dinastía alauita, no le reconocía ninguna autoridad más allá de la que pudiera ejercer por la violencia, lo que era rara vez conseguido. Esto suponía una amenaza constante para nuestras plazas y peñones, ya que aun cuando existía un estado de paz entre los reinos de España y Marruecos desde el final de la guerra de 1859 – 1860 , la escasa autoridad del sultán en las inmediaciones de aquellos territorios los exponía a continuas agresiones como había revelado la “Guerra de Margallo”, cuando el sultán Hassan I fue incapaz de imponer su autoridad a las cabilas cercanas a Melilla, la expedición de castigo de Baja - al – Arbi, fue derrotada y tuvo que ser extraída a territorio del *Majzen* por España, y el gobierno de Madrid se vio involucrado en operaciones militares desde abril hasta 1893 a octubre de 1894.

Si cualquier oportunidad de ganancia territorial que hubiera proporcionado el tratado de Wad – Ras, aún la ocupación del bajalato de Tetuán hasta que se hiciesen efectivos los pagos de la indemnización de guerra, había sido anulada por el Reino Unido en busca de una posición indiscutida en la entrada en el Mediterráneo, sobre todo tras el inicio de la construcción del Canal de Suez en 1859, estaba claro que el aumento de la presencia española entre el cabo Espartel y Ceuta era vista como una situación incómoda por los británicos que esperaban convertir al Mediterráneo en el camino a la India²²³.

Como vemos, la situación geográfica de España y su debilidad la empuja a una trisección estratégica imposible. Por un lado, el norte de África le pone en relación con un vecino convulso. Por otro lado, aunque el siglo XIX europeo, a la finalización del ciclo de guerras napoleónicas, había sido un continente relativamente pacífico con guerras “menores” en las que se habían ventilado rectificaciones fronterizas y, sobre todo, las unificaciones de Italia y Alemania, empieza una época que desembocaría, fundamentalmente por la aparición de la Alemania unificada en un periodo de tensión creciente que haría pasar el centro

²²³ Escribe Cánovas del Castillo recién acabada la Guerra Hispano - Marroquí que: “No ha mucho que al saberse las exigencias imperiosas e Inglaterra para que no ocupásemos Tánger hemos visto reanimarse en España las muertas cenizas del pacto de familia [...] Mientras Inglaterra temía un nuevo bloqueo de Gibraltar con la sumisión del Sultán a España [...] Y es que en tanto flote el pabellón inglés sobre la punta de Europa habrá que esperar siempre que se renueven aquellos desaciertos fatale para nuestra historia”, manifestando sus dudas de que antes las presiones británicas España se embarcase en aventuras junto al II imperio francés ante la reacción airada de Gran Bretaña a la pretensión española de ocupar Tánger tras la paz de Wad – Ras. Antonio Cánovas del Castillo. *Opus cit.*, pág. 207.

de gravedad estratégico del enfrentamiento franco – británico al franco – alemán. España no puede escapar a esta situación y se ve como un peón, nunca como un actor, de este juego que se libra tanto al norte como al sur.

Tampoco podemos escapar a la influencia de los acontecimientos allende los Pirineos. Por poca consideración que se nos tenga, la obsesión francesa por evitar dos frentes, por modesto que se revelase siempre el que le ofreció España durante la Guerra contra la Convención o el final de nuestra Guerra de Independencia contra la invasión de 1808, siempre se manifiesta en una ansiedad que evita el enfrentamiento y busca nuestra neutralidad o complacencia en todas las crisis. Ya hemos visto cómo la proximidad británica no sentida, más que por la ocupación de Gibraltar, pero que desde su presencia en la Guerra de Independencia, no había dejado de notarse en cualquier acontecimiento político o militar de relevancia. Ésta es la dirección en la que nadie en la Restauración se atrevió a aventurarse. Se temían consecuencias catastróficas de cualquier alianza que nos obligase a intervenir en conflictos que superasen nuestras capacidades militares o que pusieran en riesgo nuestra integridad territorial. Precisamente por ello, a la hora de las amenazas reales contra esa integridad, no tuvimos un solo apoyo.

España se integró brevemente en la Tríplice Alianza entre 1887 y 1895, dos periodos de cuatro años que incluyeron la renovación de 1891. La amenaza iba a venir de los Estados Unidos y ese acuerdo se ceñía al mantenimiento del *statu quo* del Mediterráneo²²⁴. Como dice el profesor Pabón²²⁵:

”Cualquiera que sea nuestro juicio sobre la no renovación de 1895 hay algo que está fuera de discusión. El acuerdo hispano – italo – austriaco de 1891 y la Triple Alianza – en su formación y en el texto de 1891 válido hasta 1902 – nada tenían que ver con Cuba. Expresión diplomática de la Balanza, atendían, en torno al Mediterráneo, al norte de África y a la cuestión de Oriente....Más allá, en cualquier otro problema, había de darse, y se daba, un concierto momentáneo y distinto.”

²²⁴ Pedro Laín Entralgo y Carlos Seco Serrano Coord. *España en 1898. Capítulo “El Estado Canovista”* por Carlos Seco Serrano. RBA. Barcelona. 2005, pág. 62.

²²⁵ Jesús Pabón. *El 98 acontecimiento internacional*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, Escuela Diplomática. Madrid. 1952, pág. 35.

4.9.3. El sistema España – Estados Unidos

Desde el punto de vista norteamericano, la preocupación, lógica, por la situación de las Grandes Antillas venía de lejos. John Quincy Adams, Secretario de Estado del presidente Monroe, quien ha dado nombre a la doctrina de la exclusión de Europa de los asuntos americanos, daba las siguientes instrucciones al Ministro Plenipotenciario Hugh Nelson en 1823:

“Ambas islas (Cuba y Puerto Rico) son apéndices naturales del continente norteamericano. Cuba, sobre todo, casi a la vista de las costas norteamericanas, ha venido a ser, por una multitud de razones de una importancia trascendental para los intereses políticos y comerciales de la Unión [...] Los vínculos que unen a los Estados Unidos con Cuba son ahora tan fuertes – geográficos, comerciales, políticos, etc – fomentados y robustecidos gradualmente en el transcurso del tiempo, y cerca de ahora, según parece, de la madurez, son tan fuertes, que cuando se echa una mirada hacia el probable rumbo de los acontecimientos en los próximos cincuenta años, es imposible resistir a la convicción de que la anexión de Cuba a la República norteamericana será indispensable para la existencia e integridad de la Unión”²²⁶.

La estrategia de Estados Unidos, por más que Adams estimase un plazo de cincuenta años, no tenía una fecha concreta, solamente con evitar que la isla pasase a manos de otra potencia europea más poderosa, al final Cuba caería del lado de la Unión. Por otra parte Estados Unidos tenía un pasado de compras territoriales, Luisiana en 1803 y Florida, que le hacían presumir que el final de estos territorios sería el mismo dada la crónica mala situación económica de España. Sin embargo, todos los intentos chocaron con la ya expuesta idea española de la intrínseca pertenencia de Cuba al territorio nacional.

Desde 1848 los partidarios de la independencia ya habían tenido audiencia en la Casa Blanca y mantenido un encuentro con el presidente James Knox Polk, con el apoyo decisivo del senador por Misisipi Jefferson Davis, futuro presidente de

²²⁶ Pedro Laín Entralgo y Carlos Seco Serrano Coord. *Opus cit.* Juliá Companys. *La posición norteamericana*, págs. 189 – 190.

la Confederación²²⁷. A partir de este momento y hasta la independencia, la propaganda y el prestigio de los cubanos contrarios al gobierno español no harán sino crecer en Estados Unidos.

Aunque ya en 1851, ciudadanos y capital norteamericanos habían participado en las expediciones que acabaron en la derrota de la expedición de Narciso López, más conocida por el nombre del vapor que los llevó la isla, el “Pampero”, el cual acabó ejecutado, no sería hasta la denominada Guerra Grande, entre 1868 a 1878, cuando se produciría el auge del apoyo de la Unión a la causa independentista. Significativamente, en 1856 se produjo la intervención del aventurero norteamericano William Walker en Nicaragua, lo que avala la idea de una primera oleada expansionista norteamericana en la región caribeña, que buscaba anexiones o cuando menos protectorados económicos.

Si la Guerra de Secesión en los Estados Unidos de 1861 a 1865 supuso un paréntesis en las reivindicaciones anexionistas en el Caribe, su finalización el proyecto nacional centrado en el norte industrial era ya incontestable y la persistencia de la esclavitud en Cuba añadía un motivo más al imaginario norteamericano para una intervención, una vez eliminada la posibilidad de incorporar a la isla como un estado esclavista más, con una fórmula política en la isla todavía por definir pero que en cualquier caso suponía el cese de la soberanía española.

A su vez, casi sin solución de continuidad, estalla la Guerra de los Diez Años en Cuba, que va suponer el esfuerzo independentista más prolongado en el tiempo y que más consecuencias tiene en la metrópoli. Como había supuesto acertadamente Quincy Adams, la economía cubana se vio progresivamente imbricada en la de la vecina república que era capaz de suministrar inversiones y productos de los que no era capaz de facilitar España, debido a la destrucción causada en la guerra, donde ambos bandos habían usado una política de “tierra quemada²²⁸”.

²²⁷ McPherson, James M. *Battle Cry of Freedom. The American Civil War*. Penguin Books. London. 2006, págs. 105-107.

²²⁸ “El Capital Americano invertido en la Gran Antilla había aumentado considerablemente después de la guerra de los Diez Años. Muchas haciendas e ingenios pudieron adquirirse a bajo costo tras la contienda y además el alto crecimiento comercial experimentado por Norteamérica

Estas circunstancias: implicación económica y apoyo al fin de la presencia española en el Caribe, con la fórmula que fuese a continuación, van a tener su teórico en el uno de los pensadores militares claves del siglo XIX, Alfred Thayer Mahan. Almirante Honorario de la Armada estadounidense, fue uno de los profesores que inauguraron la Escuela de Estado Mayor (*Naval War College*) de dicha institución. Su primer director, el Almirante Stephen Luce, lo consideró adecuado tras leer un artículo de Mahan del año anterior sobre “El Golfo y las aguas interiores” donde exponía sus opiniones sobre la importancia de dicha área en las operaciones navales de la Guerra de Secesión.

Sin embargo el prestigio le llegó por otra obra *La influencia del poder naval en la Historia, 1660 – 1783*²²⁹, es decir entre la restauración de Carlos II en el trono inglés y el reconocimiento británico de la independencia de las colonias americanas. La idea que sustenta el libro es que Inglaterra / Reino Unido es el modelo a seguir por una nación que prácticamente ha finalizado su conquista interior. El futuro de los Estados Unidos pasa por la construcción de un binomio Flota de guerra – Marina mercante que los convierta en los siguientes dueños de la economía mundial. Para eso es necesario, además, la construcción de un canal interoceánico y las correspondientes estaciones de carboneo y vigilancia en las cuencas atlántica y pacífica.

El libro se convirtió, hasta el presente, en uno de los pilares del pensamiento estratégico norteamericano, atrayéndolo hacía un pensamiento geopolítico global y no solo regional, como había establecido la Doctrina Monroe. América sería para los americanos, los norteamericanos, pero el mundo ofrecía posibilidades que había que aprovechar²³⁰. Mahan siguió abundando en

en esos años finiseculares se traduciría en la exportación de capitales y nuevas aplicaciones económica en la isla”. Pedro Laín Entralgo y Carlos Seco Serrano Coordinadores. *Opus cit.*, pág. 195.

²²⁹ Little, Brown and Company. Boston. 1890. Accesible en: <https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=uc2.ark:/13960/t50g4010z&view=1up&seq=11>.

²³⁰ “El senador Albert J. Beveridge –conocido “expansionista” pronunció un célebre discurso en un banquete al que asistieron políticos y hombres de negocios – recién declarada la guerra entre España y Estados Unidos; aunque pudo ser emitido con anterioridad, pues las opiniones vertidas en él eran compartidas por muchos más desde hacía tiempo. Entre otras cosas dijo: Nuestras fábricas producen más de lo que el pueblo americano puede consumir; el campo americano está produciendo más de lo que podemos aprovechar. Nuestra política está escrita por el Destino; el comercio mundial puede y debe ser nuestro, y lo conseguiremos; nuestra madre - Inglaterra – ya nos ha enseñado como se hace. Cubriremos el océano con nuestra flota

sucesivos escritos en la importancia de Cuba para los intereses de la Unión que exigía, si no la soberanía sobre su totalidad, si al menos la existencia de una base permanente norteamericana.

Se conforma así un sistema estratégico en el que una potencia emergente, un país continente con todos los recursos humanos, materiales y económicos a su disposición, se contrapone a otro inmerso en una larga decadencia, debida en un primer momento a la pérdida de un imperio en América, pero continuada inmediatamente con una inestabilidad política crónica y una serie de guerras dinásticas que habían agotado económicamente al país. Sin embargo, el enfrentamiento no era inevitable, el flujo de inversiones americanas podía construir un equilibrio de intereses mutuos que hiciera poco rentable la solución militar.

Ahora bien, Estados Unidos operaba en relación con América como un todo. De hecho, el conflicto que mantenía la atención del gobierno de Washington en 1895 estaba relacionado con los postulados de Mahan pero algo más al sur. El conflicto fronterizo entre Venezuela y el Reino Unido por los territorios del río Esequivo en la Guayana Británica (actual Guyana) tuvo uno de sus episodios periódicos de virulencia. Estados Unidos aplicó la Doctrina Monroe e intentó que ambas partes admitieran un arbitraje internacional que interpretaban sería favorable a Caracas. Inicialmente el Reino Unido se negó, pero la reacción norteamericana, en nota de su Secretario de Estado Olney, fiel portavoz del presidente Cleveland, fue tan amenazadora que Londres se avino a la mediación²³¹. El prestigio norteamericano creció de forma notable entre los

mercante. Construiremos una flota a la medida de nuestra grandeza. Alrededor de nuestros puertos comerciales surgirán grandes colonias, que se gobernarán a sí mismas, enarbolarán nuestra bandera y comerciarán con nosotros. Nuestras instituciones seguirán a la bandera sobre las alas del comercio y la ley americana, el orden americano y la bandera americana se implantarán en tierras hasta entonces sanguinarias e ignorantes que se convertirán desde ese día en adelante en hermosas y alegres gracias a esos enviados de Dios.”. Pedro Laín Entralgo y Carlos Seco Serrano Coordinadores. *Opus cit.*, pág. 196, citado de Claude G. Bowers, *Beveridge and the Progressive Era*. Ne York. The Riverside Press. 1932, pág. 69.

²³¹ Richard Olney (1835 – 1917) mantuvo una correspondencia con Lord Salisbury, primer ministro del Reino Unido, en la que expuso la “Interpretación Olney” de la Doctrina Monroe, que venía a ser el derecho de Estados Unidos a intervenir en todas las disputas fronterizas en el continente americano, en sus propias palabras: “the United States is practically sovereign on this continent, and its fiat is law upon the subjects to which it confines its interposition”. (Los Estados Unidos son prácticamente soberanos en este continente y su voluntad es ley en los asuntos exclusivos de su intervención), citado en Herring, George C. *From Colony to Superpower: U.S.*

países sudamericanos y de paso afianzó su posición sobre la zona del canal interoceánico entonces en obras, desde 1881, que conduciría a la toma de control del mismo separando a Panamá de Colombia en 1903.

Si en la visión geopolítica norteamericana el Canal era una necesidad vital para ser una potencia mundial, el control de sus accesos era la consecuencia lógica. Si la potencia dominante en la esfera internacional se había avenido a razones, reconociendo la superioridad norteamericana en la zona, en Washington esperaban que España aceptaría una mediación norteamericana en el conflicto cubano. La respuesta fue unánime por las dos partes enfrentadas. Ni los insurrectos admitían otra solución que no fuera la total independencia de España, y Madrid rechazaba instaurar reformas descentralizadoras hasta el fin de las hostilidades. La posibilidad de la compra se esfumaba, si se compraba la isla era con la soberanía, algo a lo que España se negaba, pero comprarla para entregarla a los rebeldes cubanos era una maniobra inútil. Precisamente porque todas estas alternativas eran rechazadas por las partes enfrentadas sobre el terreno, fueron los ofrecimientos que realizaron los norteamericanos.

Al final lo que se pretendía era colocar en una posición imposible a Madrid y legitimar, ante una opinión pública completamente favorable, la expulsión de España del Caribe, fruto de las simpatías naturales y de la campaña de prensa orquestada por los grupos Hearst y Pulitzer, en una competencia por el titular más sensacionalista para elevar las ventas de sus respectivos diarios.

El presidente Cleveland en el mensaje de fin de año del 7 de diciembre de 1896 expuso claramente las alternativas: autonomía, compra o intervención²³². La respuesta española fue un desesperado intento de búsqueda de apoyos entre las cancillerías europeas que fue languideciendo para provocar otro incidente diplomático cuando el embajador británico le comunicó a su colega norteamericano los planes españoles.

Foreign Relations Since 1776. Oxford University Press. New York. 2008, pág. 307. Cabe señalar que el arbitraje fue remitido a Rusia, quien falló adjudicando a Gran Bretaña la gran mayoría de sus reivindicaciones.

²³² Pedro Laín Entralgo y Carlos Seco Serrano Coord. *Opus cit.*, pág. 204.

La respuesta del embajador Hannis Taylor al duque de Tetuán, Ministro de Estado, fue tan contundente como la de Onley:

“[...] que provocando España la cooperación de Europa a su favor en una cuestión americana.... Sería de consecuencias gravísimas, pues toda intervención de Europa en asuntos americanos tenía que ofender a Estados Unidos.”²³³.

Como último eslabón en la crisis subsiguiente Mac Kinley, candidato republicano, llevaba en su programa el apoyo a la independencia de Cuba. Pero los republicanos tenían una táctica diferente para la misma estrategia. Siempre desconfiaron de los exiliados cubanos que desde Washington y Florida hacían campañas de lobby entre los políticos norteamericanos y mediante suscripciones públicas en la Unión, allegaban los fondos y los voluntarios necesarios para mantener la lucha en marcha, pero no los forzarían a la paz si las concesiones autonomistas españolas eran generosas. La independencia era el objetivo. España podía aceptarla como un hecho inevitable y tratar de alcanzarla en las mejores condiciones o seguir en su política y obtener las peores consecuencias.

Desde el asentamiento de la monarquía alfonsina y la pacificación interior del país apenas habían pasado veinte años. En este tiempo no se había podido volver al sistema europeo ni las capacidades nacionales lo permitían. A partir de la derrota francesa de 1870, la potencia dominante en el continente era el Imperio Alemán y sus combinaciones estratégicas para conservar sus conquistas y su estatus determinaban las reconfiguraciones de ese sistema. Los problemas de la administración de los territorios de ultramar habían sido secundarios, focalizándose todo el esfuerzo político en la consolidación del régimen y en mantener el equilibrio en que la prematura muerte de Alfonso XII lo había dejado. Se trataba de mantener las posesiones pero sin un proyecto de desarrollo más allá de la pertenencia a España²³⁴.

²³³ *Ibidem*, pág. 206.

²³⁴ Ya en 1879 tras la Paz de Zanjón escribía el General Camilo Polavieja al General Blanco que “Grande, muy grande ha sido el servicio que el general Martínez Campos ha prestado a su país pacificando esta tierra [...] es necesario no exageremos las consecuencias de este triunfo [...] no ha podido ni podía ir contra la naturaleza, que siempre impondrá su dominio, cambiando las condiciones, los sentimientos y las aspiraciones de todo un pueblo. Convencido de ello, debemos, en mi opinión, en vez de querer impedir a todo trance y en todo momento la

Por el contrario la nación norteamericana, en ese mismo periodo 1876 – 1898, había finalizado la conquista de su territorio continental, suprimiendo los últimos grupos de nativos que vivían como bandas de cazadores recolectores y forzándoles a una sedentarización controlada. Este hecho había puesto a los Estados Unidos frente a sus fronteras marítimas, lo que tuvo como consecuencia el surgimiento de una voluntad expansionista, continuadora del empuje colonizador interior. Su área natural de expansión eran los territorios con gobiernos débiles en América y en Asia, contenidos al norte por la presencia británica en el Canadá y para acceder a ellos necesitaba la capacidad de proyectar su poder fundamentalmente mediante el poder naval.

A una visión geopolítica globalista se oponía otra particularista que al encontrarse con los restos dispersos de un imperio no sabía cómo integrarlos en un sistema coherente. El resultado final no podía ser otro que el de la derrota española, que ni se había dotado de los medios adecuados para la defensa exterior ni había sido capaz de tejer una red de alianzas que le ayudase en sus problemas ultramarinos.

Estados Unidos consiguió que el Golfo de México fuera un Mediterráneo americano y su camino hacia China quedó asegurado. España quedó reducida a un entorno estratégico norte - sur desde la Península al golfo de Guinea, en principio más acorde a sus capacidades de todo tipo. La Geopolítica española se orientaba al sur y en el sistema estratégico europeo ése fue el área que le correspondió.

independencia de Cuba, que vano empeño sería, prepararnos para permanecer en la isla solo el tiempo que en ella racionalmente podamos estar y tomar las medidas convenientes para no ser arrojados violentamente con perjuicio de nuestros intereses y mengua de nuestra honra antes de la hora en que amigablemente debamos abandonarla". Mendoza, Rivero y Villena. *Opus cit.*, Documento 14.5, pág. 274.

El mando militar, al que frecuentemente se le culpa de coaccionar al gobierno para evitar negociaciones, no pretendía una victoria total y sí una solución estratégica que minimizase el impacto de la independencia de Cuba en todos los órdenes.

4.10. Consideraciones

Lo anterior ha mostrado la permanencia de unas constantes geopolíticas a lo largo de la historia de España o de los actores estratégicos asentados en la Península. Las consecuencias más importantes que pueden sacarse de ese devenir histórico en su aspecto estratégico pueden resumirse en las siguientes.

- La Península Ibérica constituye el cierre occidental del Mediterráneo aproximando Europa a África. Esto determina la geopolítica básica de cualquier actor estratégico que se asiente en ella.
- Ésta se basa en dos vectores claves, uno hacia Europa y otro hacia el norte de África, que no se pueden descuidar sin graves consecuencias para la seguridad
- La Península es, además, un espacio casi aislado del resto de Europa por los Pirineos y de África por el Mediterráneo, lo que determina un subsistema estratégico interno con dos actores: España y Portugal, cuya coexistencia, que no alianza, está asentada por la Historia y una densa madeja de intereses comunes.
- La islas Baleares, el sistema insular de Canarias – Azores – Madeira y las posesiones norteafricanas constituyen el sistema avanzado de vigilancia y defensa de la Península y son vitales para los actores estratégicos que se asienten en ella.
- Cualquier territorio fuera de este anillo será siempre excéntrico a las necesidades estratégicas, salvo por los recursos naturales que pueda aportar y por consiguiente la rentabilidad que se derive después de los gastos de asegurar dichos territorios y las líneas de comunicación que los unan con España.
- Cualquier actor estratégico situado en el norte de África tratará de influir en la Península.

- El sistema estratégico del Mediterráneo oriental siempre influirá en el occidental a través de la Península Itálica, cuyos actores estarán obligados, como mínimo, a vigilar a ambos sistemas y el que se desarrolle en Centroeuropa.

5. ESTRATEGIA Y GEOPOLÍTICA ESPAÑOLAS. DESARROLLO HISTÓRICO 1899 - 1945

5.1. La Estrategia española tras el Desastre. 1898 - 1918

5.1.1. La situación española

Desde la finalización del conflicto hispano – norteamericano hasta 1945 España mantendrá básicamente su extensión territorial sobre los continentes europeo y africano. Desaparecidas sus responsabilidades administrativas y militares al oeste de los 20º y circunscritos sus territorios a la Península, los archipiélagos, las plazas y peñones norteafricanos, una franja de costa sahariana, la que sensiblemente se enfrentaba a las Canarias, y al territorio que encuadraba la desembocadura del Río Muni y algunas islas adyacentes en el golfo de Guinea, España se configuraba, por primera vez en casi cuatrocientos años, como un país eminentemente europeo, con más intereses que territorios en África.

La situación estratégica en la que se van a ver envueltos los gobiernos españoles desde el comienzo de la Restauración a la finalización de la Regencia es la de un doble reto interno y externo. Estabilidad del sistema frente a las tensiones internas y encontrar una posición adecuada, creíble y sostenible en un sistema estratégico europeo que se iba a enrarecer progresivamente hasta el estallido de la I Guerra Mundial.

En el campo interno, para parte de la intelectualidad y los niveles de decisión en la sociedad española, en ese momento el problema más que territorial o geopolítico es existencial. Se abate sobre el alma de la nación un descubrimiento, el de su irrelevancia internacional, cosa que ya era conocida por las élites gobernantes y en cuya base se había actuado de forma “recogida”, que no es fruto de la pérdida de las posesiones caribeñas y asiáticas, sino una de las causas de la derrota, la imposibilidad de encontrar aliados. Esta frustración se traduce en un movimiento cultural, la Generación del 98, de mirada hacia el interior, buscando el alma “perdida” de la nación.

La reacción a pie de calle no fue la esperada por el gobierno y el temor a que Cuba – Filipinas fuese un nuevo Sedan²³⁵, en el sentido de acarrear un estallido de ira popular o una injerencia militar que diesen al traste con el sistema de la Restauración, no se materializó en absoluto. Era tal la magnitud del acontecimiento que todos los agentes políticos y sociales quedaron anonadados y tardaron en verse las consecuencias de todo orden que la derrota acarrearaba y en definirse las posiciones que partidos y grupos de intereses iban a tomar en la nueva situación.

En realidad, el principal problema desde los momentos iniciales de la Restauración era la gobernabilidad, el organizar una nación dividida en grupos e intereses, tanto políticos como regionales, después de las guerras civiles, pronunciamientos y sublevaciones separatistas que habían jalonado los tres primeros cuartos del siglo XIX. Surge la idea de que la solución ha de ser de carácter “institucional”, los partidos no se encarnan en la voluntad popular sino que representan intereses de grupo, origen del caciquismo, y la democracia se operativiza mediante el turno pacífico, y casi tasado, de dos partidos dinásticos, en el poder.

Contra esta visión se venían oponiendo los “regeracionistas” que, desde antes de la guerra con Estados Unidos, venían discutiendo sobre las causas de la evidente decadencia de España desde sus posiciones apenas hacía un siglo, o más bien de por qué su grado de desarrollo no se correspondía con el de otras naciones de nuestro entorno, y sobre los remedios para tal estado de cosas. Desde principios de la década de 1890 intelectuales como Joaquín Costa y Lucas Mallada avisaban de lo que evaluaban como los errores del sistema. El caciquismo, la falta de instrucción y de opinión pública independiente, era el centro de sus críticas, a las que se unía el grupo de los “krausistas” agrupados

²³⁵ “El modelo histórico que más fascinaba a la clase gobernante española era la derrota del ejército de Napoleón III por los alemanes en Sedan en 1870. La consecuente pérdida de Alsacia – Lorena había dado lugar a la caída del imperio de Napoleón III y a la proclamación de la Tercera República. En los meses que siguieron al Desastre. [...] Era tal la aprensión que sentía el gobierno ante los perjuicios políticos que se derivarían de la derrota que al día siguiente del desastre de la bahía de Manila el Ministro de Gobernación envió un telegrama a todos los gobernadores provinciales ordenándoles que preparasen a la Guardia Civil para sofocar los disturbios. [...] Pero inmediatamente después del Desastre ningún general se alzó sublevado ni la oposición, de la derecha ni de la izquierda, perjudicó lo más mínimo a un régimen en apariencia inamovible.”. Sebastian Balfour. *El Fin del Imperio Español (1898 – 1923)*. RBA. Barcelona. 2006, pág. 60.

en la Institución Libre de Enseñanza, que abogaban por una libertad educativa sin tutela eclesiástica. Sin embargo un vínculo común entre todos ellos, y con el que curiosamente coincidía Cánovas, era la aversión a la presencia activa en la vida internacional.

La “doble llave al sepulcro del Cid” del *costismo*, entendido como el pensamiento regeneracionista inspirado por el pensador aragonés Joaquín Costa, que pensaba en unos “beneficios de la paz” basados en una restricción de los presupuestos militares, epitome de la presencia internacional en aquellos momentos, significaban desaparecer de la escena internacional y “recogerse” en solucionar el panorama interior antes que abordar un papel en el entorno estratégico. Este simplismo, que impregnaba por los más diversos motivos, desde el pacifismo idealista a la prudencia calculadora, al espectro político español del momento posterior al desastre, saltó por los aires a las primeras de cambio por la fuerza de los hechos.

Pasando ahora a analizar la situación exterior, ese recogimiento tan en boga antes del Desastre y que tan pocos frutos proporcionó en el siglo XIX habría de demostrarse imposible en el XX. España había sido expulsada de América y Asia, acabando por rematar las islas que no habían sido reclamadas por los norteamericanos, por lo que perdió toda posibilidad de que se la incluyera en el catálogo de las naciones con las que había que contar al aparecer como una nación derrotada no solo militarmente, sino psicológica y moralmente²³⁶. Todavía

²³⁶ Lord Salisbury, primer ministro británico expresaba su pensamiento estratégico en forma de profecía de marcado “Darwinismo Social” el 4 de mayo de 1898, en plena guerra Hispano – norteamericana:

“Podemos dividir las naciones del mundo groso modo en vivas y moribundas. Por un lado tenemos grandes países cuyo enorme poder aumenta de año en año, aumentando su riqueza, aumentando su poder, aumentando la perfección de su organización. Los ferrocarriles les han dado el poder de concentrar en un solo punto la totalidad de la fuerza militar de su población y de reunir ejércitos de un tamaño y poder nunca soñados por las generaciones que han existido. La ciencia ha colocado en manos de esos ejércitos armamentos que aumentan cada vez más su eficacia destructiva y que por lo tanto, aumentan el poder —terrible poder— de aquéllos que tienen la oportunidad de usarlos. Junto a estas espléndidas organizaciones, cuya fuerza nada parece capaz de disminuir y que sostienen ambiciones encontradas que únicamente el futuro podrá dirimir a través de un arbitraje sangriento junto a éstas, existen un número de comunidades que sólo puedo describir como moribundas, aunque el epíteto indudablemente se les aplica en grado diferente y con diferente intensidad. Son principalmente comunidades no cristianas> aunque siento decir que no es éste exclusivamente el caso, y en esos estados, la desorganización y la decadencia avanzan casi con tanta rapidez como la concentración y aumento de poder en las naciones vivas que se encuentran junto a ellos. Década tras década, cada vez son más débiles, más pobres y poseen menos hombres destacados o instituciones en que poder confiar, aparentemente se aproximan cada vez más a su destino aunque todavía se

saliente de la fractura social de tres guerras civiles, se había aprovechado la causa cubana para dar al país una causa común por la que luchar y superar pasados, y no cerrados, rencores. Pero de vuelta a Europa, la competición colonial en general y por África en particular de los países de nuestro entorno y el imperialismo de que hacían gala sus políticas exteriores, iban a forzar a una España convaleciente de su derrota a tomar parte de forma casi inmediata en un juego al que la geografía no le permitía sustraerse.

Ya se ha expuesto cómo los vectores estratégicos que operan hacia y desde la Península tienen fundamentalmente las direcciones norte y sur. Hacia Europa, el ámbito cultural al que España pertenece y del que no se puede separar pese a las tendencias al rechazo en ambos sentidos fruto de la experiencia y de los recelos históricos²³⁷, y hacia la dialéctica sobre el dominio de la costa opuesta que se produce entre las orillas norte y sur del Mediterráneo. Dominio que no tiene que ser necesariamente territorial, también puede expresarse por capacidades navales y de proyección de fuerzas o por influencia cultural o económica.

agarren con extraña tenacidad a la vida que tienen. En ellos no sólo no se pone remedio a la mala administración, sino que ésta aumenta constantemente. La sociedad y la sociedad oficial la Administración es un nido de corrupción por lo que no existe una base firme en la que pudiera basarse una esperanza de reforma y de reconstrucción, y ante los ojos de la parte del mundo mejor informada muestran, en diverso grado, un panorama terrible, un panorama que desafortunadamente el incremento de nuestros medios de información y comunicación describen con los más oscuros y conspicuos tintes ante la vista de todas las naciones, apelando tanto a sus sentimientos como a sus intereses, pidiendo que les ofrezcan un remedio.". Texto del discurso en Rosario de la Torre del Río, *La prensa madrileña y el discurso de Lord Salisbury sobre las "naciones moribundas"* (Londres, Albert Hall, 4 mayo 1898). Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea. Universidad Complutense VI – 1985. Editorial Universidad Complutense. Madrid, págs. 171 y 172.

²³⁷ Como muestra baste lo siguiente: "La Independencia Belga, dirigiéndose a los plenipotenciarios reunidos en la Conferencia Internacional de la Haya (junio 1899) llegó a formular esta asombrosa propuesta: «Tal vez nos daréis la paz; tal vez daréis la paz al mundo aprovechándoos de los restos de ese cadáver que se llama España, y daríais la paz al mundo proporcionando a Francia la compensación que necesita por su pérdida de la Alsacia y la Lorena; y esa compensación la podéis encontrar regalando a Francia Cataluña, Aragón y parte de Navarra», citado por Carlos Seco Serrano en *La España de Alfonso XIII*. RBA. Barcelona. 2005, pág. 240.

5.1.2. El sistema estratégico europeo 1900 – 1914

En el lado europeo, el sistema estratégico estaba formado por cinco actores principales: Francia, Gran Bretaña, Alemania, Austria – Hungría y Rusia. El sistema se establecía en un equilibrio inestable, en parte por la manera imprevisible de actuación de Alemania, reflejo de las ideas y voluntad de su soberano, el *Káiser* Guillermo II, que había alcanzado un grado de dominio total sobre las relaciones exteriores²³⁸. Pero, además, en el continente se habían formado tres subsistemas: franco – alemán, ruso – alemán y austro – ruso, capaces cada uno de generar una guerra de gran alcance.

Por resumir, la cronología de los alineamientos había sido la siguiente:

Aproximación franco - rusa entre 1887 y 1891.

Alianza franco – rusa entre 1892 y 1914.

Las dudas británicas respecto a Alemania entre 1898 y 1901.

El acercamiento italiano a Francia en 1900.

La «Entente» anglo – francesa, 1901 – 1914.

La «Entente» anglo – rusa, 1907 – 1914.

Las conversaciones anglo – francesas entre 1905 a 1914.

De todas estas combinaciones se mantuvo alejada España, que veía cómo la política europea se enrarecía progresivamente amenazando con un conflicto en el que no obtendría ninguna compensación a las posibles pérdidas si con un

²³⁸ “El más notable aficionado a la diplomacia dinástica fue Guillermo II de Alemania, quien dos años después de ser nombrado káiser en 1888, había echado al veterano Bismarck y afirmado «Yo soy dueño y señor en la política alemana y mi país debe seguirme allá donde vaya». Y fue en todas direcciones literal y metafóricamente, pues le encantaba viajar en tren y por mar para reunirse con sus parientes monárquicos, si bien carecía de una política coherente y tendía a los cambios de rumbo. Su política personal fue un auténtico quebradero de cabeza para sus ministros [...] que tenían que hacer verdaderos esfuerzos para lidiar con los vaivenes de ánimo de su káiser y compensar sus intervenciones”. David Reynolds. *Cumbres, seis encuentros de líderes políticos que marcaron el siglo XX*. Ariel. Barcelona. 2008, pág. 31.

cálculo afortunado participaba en el bando vencedor y cuyo impacto sería catastrófico tanto en el orden interior como en el externo de verse aliada con los perdedores.

Aunque ya se ha expuesto cómo fue rechazada inicialmente por Bismark para su proyecto de Tríplice Alianza, y la inútil pertenencia “secreta” de España antes del Desastre, el Imperio Alemán renovó a comienzos del siglo XX sus intentos de atraer a España a su órbita, ejerciendo Guillermo II algunos acercamientos personales al joven Alfonso XIII²³⁹. No se trataba, desde el punto de vista alemán, de lo que España pudiera aportar, sino de lo que podía restar. Una España amenazante o poco clara en la retaguardia francesa podría significar el desplazamiento de una cantidad de fuerzas francesas a los Pirineos que consagrasen la inferioridad francesa frente a los alemanes de forma decisiva²⁴⁰.

Gran Bretaña se había mantenido hasta el comienzo de siglo apartada de las cuestiones continentales y había entrado en él con la amarga victoria sobre los Boers y el anuncio por Alemania de la construcción de una Armada oceánica de gran tamaño. Sin embargo, a principios del siglo XX nada parecía que fuese a inducir a los británicos a participar en una contienda continental si sus intereses no parecían seriamente amenazados.

Tan seguros parecían los dirigentes españoles del momento de que esto era así que cuando en 1913 el rey Alfonso XIII se preparaba para visitar París, el Conde de Romanones, Presidente del Consejo de Ministros, decidió que le daría al presidente francés Poincaré la seguridad de que España prestaría a la II

²³⁹ Tanto en entrevista en Vigo el 15 de marzo de 1904, como en la visita real a Alemania en 1905, durante el viaje en busca de prometida por las cortes europeas, Guillermo II desplegó su mejor faceta para tratar de llevar al monarca español a apoyar el punto de vista alemán sobre el problema de Marruecos y la situación en Europa.

²⁴⁰ “En la Primera Guerra Mundial, gracias a la actitud española, Francia pudo desguarnecer sus fronteras del Pirineo y Marruecos, para llevar sus tropas al frente de combate”. Fernando María Castiella. *Política Exterior de España (1898 – 1960)*, conferencia en la Universidad de Georgetown el 24 de marzo de 1960. Madrid. 1960, sin editorial consignada en el documento, pág. 14.

Igualmente el conde de Romanones asegura, refiriéndose a la Alemania Guillermina que: “El factor España fue para ella un remedio indirecto, algo así como un peón, en el ajedrez europeo, cómodo para tener en jaque a un rival potente, pero despreciable por sí mismo.” Alberto Mousset. *La Política Exterior de España. 1873 – 1989*. Biblioteca Nueva. Madrid. 1918, pág. 278. Se trata de unas consideraciones últimas de Romanones al libro en un capítulo con título: *Dos Palabras Finales*.

República el mismo apoyo que el Reino Unido²⁴¹. Afortunadamente, Francia no reclamó el cumplimiento de tal promesa que, en todo caso, excluía cualquier facilidad para el paso de tropas desde las posesiones norteafricanas francesas hacía el frente europeo, factor con el que los franceses se habrían dado por satisfechos, pero que hubiera tenido consecuencias impredecibles, ni tampoco el envío de tropas si Italia cumplía el pacto de la Tríplice y entraba en guerra con Alemania y Austria - Hungría²⁴², lo que en cierta manera suponía un logro, en negativo, para la diplomacia alemana. Lo cierto es que la credibilidad de España como actor estratégico quedó afectada de forma significativa ante los círculos de decisión franceses.

²⁴¹ “Cierta día, en la primavera de 1913, cercano ya su viaje a París, acompañando al rey como jefe de Gobierno, era yo su acompañante en el coche cuando regresaba del despacho en palacio. Inquietábame a mí, conociendo la facilidad peligrosa del conde (se refiere al conde de Romanones) para acceder a toda petición, que tuviese sus habituales afirmativas ante las graves demandas que preveía ya había de insinuar Poincaré. Quise prevenirle contra tal riesgo, y cuando pasábamos frente al hospital de La Princesa, oyendo él, sonriente, mis advertencias, me atajó como el que ya ha tomado una resolución irrevocable, o tal vez notificada y por ello comprometida, y me dijo: «He decidido lo que voy a contestar, y por nada lo cambiaré: en caso de conflicto, España llegará donde llegue Inglaterra». No pude contener mi alarma, y casi interrumpiéndole repliqué: «¡Pero eso es ir a la guerra, inmediata y terrible!». Entonces su risa fue franca, como de quien, seguro de su experiencia y de su candidez, me abrumaba ante una inocentada o un desatino. Me hizo ver que la astucia inglesa repetiría la actitud de 1870, empujando el conflicto, agrandando en su apartamiento la supremacía sobre vencidos y vencedores deshechos, y que por tanto aquel compromiso tan grato y sonoro para Francia en nada nos obligaría llegada la hora definitiva. Fue en vano que yo le opusiera a su argumento de que Inglaterra no combatía por nadie la observación de que, siendo eso cierto, no lo era menos que sabía admirablemente llevar a los demás a pelear por ella, y que la futura guerra sería bajo su influjo y en su provecho.” Niceto Alcalá-Zamora y Torres. *Memorias de un ministro de Alfonso XIII*. La Esfera de los Libros. Madrid. 2013, pág. 175.

No era Romanones el único convencido de que esa era la posición británica. Ramón del Rivero y Miranda, Conde de Limpías, expone que: “Inglaterra no está unida a Francia por una alianza; así reiteradamente se ha declarado en el Parlamento por sus hombres de Estado. En Agosto del pasado año 1913 declaraba lord Haldane en la Cámara de los Lores, contestando a lord Selborne «...he de hacer una afirmación: la de que no tenemos alianzas».” *Las alianzas y la Política Exterior de España a principios del siglo XX. Apuntes para un estudio*. Sucesores de Rivadeneira. Madrid. 1914, pág. 235. Lo cierto es que Lord Haldane se refería a tratados navales. Todavía en este momento la Marina Real desequilibraba la balanza en favor de cualquier combinación naval en la que participase.

²⁴² “Todo lo que pudieron conseguir del conde de Romanones [...] la oportunidad de no acceder, si se le formulaban, a las dos exigencias que yo preveía del lado francés, el pase por España de las tropas argelinas y el envío de algunas divisiones nuestras, si Italia cumplía fielmente el tratado de la Triple Alianza”. Niceto Alcalá-Zamora y Torres. *Opus cit.*, pág. 176.

5.1.3. El factor mediterráneo y africano

La pugna entre estos actores no se ceñía al territorio europeo. Todos los actores tendían a chocar en su búsqueda de colonias y mercados en una carrera por aumentar, o mantener, población territorio y riquezas, constituyendo un sistema estratégico de carácter global, cuya evolución, como se comprobó en la Primera Guerra Mundial, tendría consecuencias en esa misma escala. Las rivalidades entre potencias europeas en cualquier parte del mundo podían desencadenar un conflicto en Europa y una contienda europea involucraría a las colonias de los participantes, ya fuese como teatros de operaciones, como fuente de recursos humanos y materiales o como posibles frutos de la victoria.

La cuestión africana había estado a punto de llevar al enfrentamiento armado al Reino Unido y a Francia en el mismo año del desastre, al coincidir en Sudán la expansión oeste – este francesa y la norte – sur británica. Aunque los orígenes de ambos dominios eran distintos en sus planteamientos geográficos e históricos, ambos buscaban territorios que supusieran conjuntos homogéneos geográficamente y fácilmente defendibles. Lo que parecía ser la continuación de la tradicional rivalidad anglo – francesa acabó convertido en algo mucho más complejo por la aparición del factor alemán.

El Imperio Alemán se había mantenido al inicio de su aparición como potencia unificada como un actor eminentemente continental, desafiando con su pujanza económica, comercial, militar y demográfica a Francia, con la que mantenía el contencioso de Alsacia y Lorena²⁴³; y tratando de crear un sistema que le permitiese privar a ésta de cualquier aliado continental, especialmente Rusia, alejando la posibilidad de luchar en más de un frente simultáneamente.

En 1890 Guillermo II despidió a Bismarck, lo que, entre otras consecuencias, trajo la extinción del Tratado de Reaseguro con Rusia. Esto llevó, de forma

²⁴³ En frase del Jefe de Estado Mayor prusiano Moltke: “Lo que hemos ganado por las armas en medio año debemos protegerlo con las armas por medio siglo, si queremos que no nos lo vuelvan a arrebatar”. Winston Churchill. *Opus cit*, pág. 21. Alemania era consciente de que Francia no cejaría en su empeño por recuperar el territorio perdido.

natural, a la alianza ruso – francesa y al peor escenario estratégico posible para Alemania en Europa.

Aún le quedaba a Berlín la baza británica. Todavía cuando en 1901 se constituyó un tratado entre el Reino Unido y Japón, el Ministerio de Asuntos Exteriores británico sugirió que se incluyese a Alemania²⁴⁴. Pero es precisamente en el cambio de siglo cuando Alemania se decide a construir una flota de alcance mundial que proteja sus colonias y su comercio y que forzosamente la enfrentaría al imperio marítimo por excelencia.

Los juegos de alianzas anteriormente expuestos configuraron el Mediterráneo en torno a los dos anillos tradicionales, divididos geográficamente por Italia, con la supremacía indiscutible francesa en la parte occidental, manteniendo siempre abierta la comunicación con sus posesiones en Argelia y Túnez y en la oriental una pugna creciente entre Italia, los relativamente recientes reinos balcánicos y Austria – Hungría por una parte y el imperio Otomano, en retirada, por la otra. Gran Bretaña mantenía una cadena de bases en Gibraltar, Malta, Chipre y el eje del Canal de Suez que, con una presencia territorial comparativamente reducida, y una flota que podía ser fácilmente reforzada desde la metrópoli, le permitían asegurar la comunicación con su imperio asiático donde se asentaba el grueso de su riqueza colonial. Este sistema estratégico evitaba tener que participar en los conflictos que se produjesen en la zona y que no afectasen a la visión geopolítica global británica, apoyando al actor que en cada momento le interesase o absteniéndose de participar en crisis que no le resultasen amenazantes.

España se encontraba en una situación excéntrica al teatro principal de un hipotético enfrentamiento de las potencias europeas, su papel no podía ser sino secundario en cualquier combinación, excepto en el Mediterráneo. En los años que van desde el Desastre hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial los sucesivos gobiernos españoles se dan cuenta de que es imposible ignorar el sistema de alianzas que gobierna la política continental si quieren mantener una

²⁴⁴ *Ibidem*, pág. 25.

capacidad de actuación en un espacio geopolítico, el Mediterráneo occidental, que siempre había sido una parte fundamental de su interés estratégico.

Lo cierto es que España estaba en la órbita económica franco – británica²⁴⁵ y la proximidad geográfica con Francia, junto a la potencia naval del Reino Unido, que podía a su antojo arrebatarnos las escasas posesiones africanas y aún las Canarias sin que se pudiese hacer algo más que elevar protestas diplomáticas, llevó a España al bando de la Entente en los acontecimientos próximos al desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial²⁴⁶, siquiera por no adoptar posiciones beligerantes contra ella.

Más hacia el sur, en el ámbito africano, hasta el comienzo del siglo XX el reconocimiento internacional de la soberanía sobre territorios en la costa sahariana y una pequeña extensión en el Golfo de Guinea habían sido el fruto para España de sucesivos tratados²⁴⁷, pero cuando se estableció, por Real

²⁴⁵ “En la visita que el rey de Inglaterra, Eduardo VII, hizo al puerto de Cartagena, acompañado de su escuadra, quedaron acordadas las bases definitivas del statu quo del Mediterráneo, hecho de gran trascendencia, que confirmaba las directivas dadas por los liberales en la política internacional y proclamaba de una manera más pública y definitiva la amistad de España con Francia e Inglaterra como base de nuestras relaciones exteriores. En labios del rey se puso esta declaración en el discurso de la Corona del mes de mayo (figura como nota 47 en el original), «Perdurando la cordialidad que queremos mantener y felizmente mantenemos con las demás potencias, intereses comunes muy considerables estrechan en el fecundo seno de la paz nuestra amistad con Inglaterra y con Francia.»”. Conde de Romanones. *Notas de una vida (1868 – 1912)*. Aguilar. Madrid. 1945, pág. 204.

La visita tuvo lugar los días 7, 8 y 9 de abril de 1907 en aguas de Cartagena, dado que desde el atentado de Mateo Morral el día de la boda de Alfonso XIII y la campaña de atentados terroristas de 1906, de signo anarquista, Londres no era partidario de una visita del Rey – Emperador a un país que no se consideraba seguro. Se realizó pues a bordo de los dos yates reales “Victoria & Albert” y “Giralda”, sin que el soberano británico pisase tierra española en toda la visita, con presencia de ambas Armadas, lo que no dejó dudas sobre la desigual posición de ambos soberanos. La visita fue, inicialmente, solicitada por los británicos en Cádiz, pero España consideró que la cercanía de Tánger y el recuerdo de la crisis de 1905 podía suponer una afrenta gratuita al *Káiser* Guillermo, por lo que finalmente se adoptó Cartagena como más “inocua” aunque, significativamente, seguía siendo un puerto mediterráneo.

²⁴⁶ “Demasiado tarde, sin duda, para impedir que a España la alcanzasen las salpicaduras de aquellos graves enfrentamientos entre las potencias europeas. Dentro de ella, el problema social, muy agudo, se sumaba a otros como el religioso y el nacionalista, que el Estado liberal no parecía en condiciones de resolver. Y a todos ellos iba a sumarse la cuestión de Marruecos. Al poseer España, por sus territorios de Ceuta y Melilla fronteras directas con el reino Alauita, Francia hubo de contar con su colaboración en el proyecto de establecer un protectorado que le permitiera cerrar el dominio del Magreb, tarea iniciada en 1830” Luis Suárez, *La Europa de las Cinco Naciones*. Ariel. Barcelona. 2008, pág. 843.

²⁴⁷ “En lo que atañe al Golfo de Guinea las pretensiones de España se fundaban en los Tratados de San Ildefonso y de El Pardo (1777 y 1778), por virtud de los cuales adquirió Portugal la isla de santa Catalina y la colonia de Sacramento, ambas en América del Sur, cediendo en cambio a España las islas de Fernando Póo y Anobón y reconociendo además a los súbditos de Su

Orden de 26 de diciembre de 1884²⁴⁸ el Protectorado sobre la costa occidental de África entre los 20º y los 27º de latitud norte, con una marcada intención de aprovechamiento pesquero en favor fundamentalmente de las Canarias, se suscitaron inmediatamente diferencias con el gobierno francés, lo que sería una constante en la presencia española en África. Iniciadas las conversaciones en 1885, al no llegarse a ningún acuerdo París propuso someter el asunto a un arbitraje internacional, lo que se fue difiriendo por España que creía inevitable un dictamen desfavorable; dilatándose la cuestión hasta que en 1900, cuando España se encontraba en la peor situación tras el Desastre y Francia sin cesar de sumar hechos consumados en el Golfo de Guinea, se llegó al acuerdo del 27 de junio de 1900. Aun así la mitad del territorio continental obtenido en el Río Muni y los islotes de los Elobeyes, Grande y Chico, no habían visto a un explorador español, por lo que, dadas las circunstancias, no fue un mal acuerdo.

Además se consiguió también en el mismo acuerdo una definición del territorio del Sahara que quedaba bajo jurisdicción española, comprendiendo los territorios entre cabo Blanco y cabo Bojador, cediéndose la posesión de la bahía del Galgo en la costa de Mauritania pero con derecho de refugio y de construcción de instalaciones no permanentes para el procesamiento de la pesca por las embarcaciones canarias. En total unos 190.000 kilómetros cuadrados en el Sahara occidental y 28.000 en Guinea Ecuatorial. El resultado obtuvo una acogida desigual. La prensa francesa opinó que se nos habían hecho demasiadas concesiones y en España las reacciones fueron desde el favor de la Reina Regente, que creó Marqués del Muni a León y Castillo, al disgusto de la prensa y algunos expertos²⁴⁹.

Majestad Católica el derecho «de comerciar en el Golfo de Guinea, desde cabo Formozo (situado en la desembocadura del Níger), hasta cabo López, que está al sur del río Gabón». El Tratado de El Pardo (24 de Marzo de 1778), distinguía entre las tierras que eran entregadas en plena soberanía a España (Fernando Póo y Anobón) y las comarcas sobre las cuales no adquirirían los súbditos españoles otro derecho que el de negociar y traficar; pero el Gobierno español interpretó en un sentido algo más favorable a sus intereses el sentido de las estipulaciones del tratado, considerando que el derecho que Portugal concedió equivalía al de disponer de aquellos territorios." Alberto Mousset. *Opus cit.*, págs. 115 y 116.

²⁴⁸ Se puede consultar el texto completo en:

http://www.usc.es/export9/sites/webinstitucional/gl/institutos/ceso/descargas/Acuerdo-Real-Orden-1884_es.pdf.

²⁴⁹ "La *Revue de Géographie*, lamentó la amplitud de las concesiones consentidas por el Gobierno francés, y la *Revue française de l'étranger et des colonies* añadió: «España ha obtenido

No suponían un territorio continuo, pero al igual que las colonias alemanas mucho más extensas, representaban la posibilidad de acceso a recursos naturales y, sobre todo, el punto de orgullo nacional de no haber quedado relegados en el reparto de África; además de constituir un conjunto de posesiones imposible de defender, máxime después del 98, lo que abundaba en la posición española de mantener una buena vecindad con las potencias con territorios limítrofes, fundamentalmente Francia y Gran Bretaña . También, para algunos círculos africanistas, eran la muestra de lo débil de la posición internacional de España que debía aspirar a más en el golfo de Guinea.

El reparto de África había dejado tres estados teóricamente independientes: Abisinia, o Etiopía, un anacronismo que ya le había demostrado a los italianos en la batalla de Adua, en 1896, que la dificultad de acceso al país anulaba cualquier superioridad en armamento de la que pudiesen disponer, Liberia, fruto del intento americano de retornar a los esclavos negros al continente africano y evitar la tensión que imponía la minoría negra en su sociedad y que había sido un protectorado norteamericano de hecho, y por fin Marruecos, el único reino musulmán norteafricano que no había sido nunca feudatario del Imperio Otomano²⁵⁰.

Marruecos era desde mediados del siglo XIX el objeto de deseo de Francia, que había visto en 1870 cercenado cualquier engrandecimiento en Europa; constituía la prolongación natural de Argelia y, como en el caso de los

más de lo que sus derechos le permitían esperar...; pero Francia ha mostrado empeño en hacer amplias concesiones a su vecina con la cual tiene comunidad de intereses y quiere conservar buenas relaciones»[...] El Liberal declaró de poca consideración el resultado obtenido [...] En cambio el Sr González Hontoria en una conferencia dada en la Academia de Jurisprudencia sobre el tema «Los fines esenciales de la acción exterior española», sostuvo que las colonias del golfo de Guinea no reunían las condiciones necesarias para que resultase apetecible su conservación y, por tanto que debían ser vendidas.” Alberto Mousset. *Opus cit.*, págs. 124 a 126.

²⁵⁰ “El Sultanato de Marruecos – el único país norteafricano que tiene costa sobre el Mediterráneo y el Atlántico – volvía a estar en una situación diferente. Por su falta de puertos naturales, su escarpado interior montañoso y la inmensa distancia que lo separa de los centros imperiales del este, seguía bastante aislado a mediados del siglo XIX. Este aislamiento, propiciado por los sucesivos gobernantes, le había permitido, en primer lugar, conservar en mucha mayor medida que en otras partes sus antiguas tradiciones islámicas, bereberes y africanas y, en segundo lugar, resistir a las presiones exteriores [...] Por eso Marruecos sigue siendo el único país árabe que jamás formó parte del Imperio otomano, que durante tanto tiempo controló prácticamente todo el resto del mundo árabe.” John Julius Norwich, *El Mediterráneo*. Ático de los Libros. Barcelona. 2018, pág. 611.

conquistadores árabes durante la conquista musulmana en el siglo VII, los dirigentes de los sucesivos regímenes franceses, Monarquía de Julio, II y III Repúblicas y II Imperio, tenían en mente una lógica geopolítica irreprochable: hasta que Francia no se asomase a la costa atlántica africana el territorio argelino no estaría plenamente asegurado²⁵¹. Además, la proximidad de los intereses franceses había hecho que en Marruecos sus intereses comerciales crecieran en las dos últimas décadas del siglo XIX.

Otras dos potencias, Gran Bretaña e Italia, habían entrado en el juego con Francia sobre Marruecos, buscando Gran Bretaña la libertad de acción en Egipto, cuyo canal, vital para las comunicaciones rápidas con la India, estaba en manos francesas, a cambio de no proyectar su influencia desde Gibraltar.

Italia acordó lo mismo a cambio de que Francia no se expandiese más hacia el este desde Túnez y le dejase Libia como costa opuesta donde buscar su seguridad, lo que se logra mediante un intercambio de notas en enero de 1901, y desactiva una de las principales causas por las que Roma se había unido a la Trípolice, volcándose ahora la rivalidad hacia la disputa con Austria – Hungría por el Adriático. Al año siguiente, 1902, consiguió el agónico gobierno de Giuseppe Zanardelli un acuerdo con el Reino Unido por el que éste manifestaba su desinterés por Trípoli, con lo que se preparaba la ocupación de Libia en 1911 y la neutralidad italiana en 1914²⁵².

Se había configurado así una división estratégica del Mediterráneo en franjas que se extendían de norte a sur que consagraban a cada país europeo su interés geopolítico sobre la franja de costa africana correspondiente. Salvo para España

²⁵¹ “Las relaciones se deterioraron de forma muy marcada en 1844, cuando el rebelde Abd el – Kader se refugió en Marruecos y el sultán envió un ejército a la frontera. Los franceses respondieron bombardeando Tánger a comienzos de agosto y Mogador diez días después; el 14 prácticamente aniquilaron al ejército del sultán Mulay Abd el – Rahman en Isly, cerca de Oudja. El sultán se vio obligado, entre otras cosas, a prometer que tomaría prisionero o expulsaría al rebelde caso de que volviera a entrar en territorio marroquí. Cumplió su palabra en 1847, cuando Abd el – Kader buscó refugio por segunda vez, fue arrestado por tropas marroquíes y obligado a rendirse” John Julius Norwich, *Opus cit.*, págs. 611 - 612.

²⁵² El relato completo de las negociaciones de Italia con Francia y el Reino Unido está recogido por Carlos Seco Serrano en su obra *La España de Alfonso XIII*. RBA. Barcelona. 2005, págs. 238 y 239. En él se completa el cuadro con las negociaciones que llevaron a excluir a Francia de las naciones por las que Italia se uniría a los Imperios Centrales en caso de guerra, siempre que Francia fuese la agredida. Estos acuerdos representan el tipo de diplomacia secreta que tanto contribuyó a los errores de cálculo que condujeron a la Primera Guerra Mundial.

que solo, y ya era bastante, mantenía sus plazas, islas y peñones de soberanía sin interés por extenderse hacia el interior. La consecuencia de lo anterior, franjas de influencias norte – sur perfectamente establecidas y acordadas, era que, a partir de 1902, lo único que le faltaba a Francia para cerrar el círculo virtuoso de su estrategia era una negociación con España sobre Marruecos.

La situación de Marruecos a comienzos del siglo XX era próxima a la de un estado fallido. La autoridad del Sultán era indiscutida en el plano religioso, pero en el político había zonas²⁵³, especialmente el Rif, que eran refractarias a dicha autoridad, como lo había sido siempre desde los tiempos de la conquista musulmana. El *Majzen*, el gobierno marroquí, había solicitado créditos para la mejora del país, pero como en el caso de Egipto, la corrupción había hecho que se aplicasen a beneficios particulares y que, al final, el estado estuviese prácticamente en bancarrota.

En 1880 se celebró en Madrid una conferencia internacional que debería haber reafirmado los derechos del gobierno marroquí sobre los comerciantes extranjeros y disminuir el número de ciudadanos marroquíes bajo protección foránea y no sujetos a las leyes locales. La conferencia terminó en un fracaso para las tesis españolas y un aumento de los protegidos. Alemania contentaba a Francia, corrían los días de la política inspirada por Bismarck de apaciguamiento para consolidar las ganancias de diez años antes, y Gran Bretaña no quería que franceses ni españoles se consolidasen en un Estrecho de Gibraltar que consideraban tan vital como a la Roca.

En 1902 se inició el acercamiento franco – británico, sin que el Reino Unido renunciase a limar asperezas con Alemania, invitándola a solucionar los problemas en Marruecos. Dada las características de la constitución alemana es

²⁵³ Como ejemplo de la debilidad de la autoridad del Sultán, baste recordar el truculento incidente del secuestro de Ion Perdicaris por la facción del Raisuni en mayo de 1904 en Tánger, lo que provocó una intervención naval norteamericana, si bien de bajo perfil y dedicada a proteger a posteriori tanto a la familia del secuestrado como al consulado norteamericano y a exigir al Sultán Abd el – Azis que pagase el rescate y accediese a las condiciones del futuro Bajá de Arcila. El incidente se ha hecho famoso porque fue aprovechado por Theodore Roosevelt en su campaña de reelección con el lema jingoísta de “Este gobierno quiere a Perdicaris vivo o a al-Raisuli muerto”, lo que le valió la nominación republicana e influyó poderosamente en su reelección. Lo significativo es que el incidente no tuvo lugar en el tradicionalmente revuelto Rif, sino en una de las áreas teóricamente menos problemáticas y más seguras.

difícil determinar si fue el *Káiser* o el gabinete, pero las ofertas británicas no fueron tomadas en consideración por Berlín.

La guerra ruso – japonesa en 1904 precipitó los acontecimientos y Francia, ante la debilidad rusa tras su derrota y su correspondiente situación de temporal debilidad frente a Alemania, tuvo que avenirse a un entendimiento definitivo con Gran Bretaña y a una vaga y nunca explícita promesa de ayuda militar. El núcleo de los acuerdos fue sobre África, Egipto sería un área de influencia británica y Marruecos francesa. Sobre el mapa la lógica geopolítica se plasmaba de forma impecable. El Occidente Africano quedaba integrado como una zona francesa, con las salvedades de la costa sahariana frente a las Canarias, que quedaba como un resguardo español, y las posesiones españolas en el Golfo de Guinea, con la singularidad de la Nigeria británica. Gran Bretaña se mantenía fundamentalmente en el sur y conseguía salir por Egipto al Mediterráneo y al control de la ruta hacia la India por Suez.

A este acuerdo siguió otro en el mismo año entre Francia y España²⁵⁴ que reconocía los intereses de ambos países en la estabilidad de Marruecos y asignaba zonas de influencia respectivas, lo que España interpretó más como un gesto de amistad de Francia que una responsabilidad real en el territorio. Y esa amistad se buscaba para contrarrestar las presiones alemanas, llegando a sondearse por parte de Manuel de Allendesalazar, Ministro de Estado, la posibilidad de un acuerdo entre Francia, Gran Bretaña y España e Italia para no ceder “islas, puertos, puntos de la costa, derechos de pesca o autorizaciones que lleven consigo el derecho de ocupación permanente, en la cuenca del

²⁵⁴ “No había sentido España interés grande por los problemas de Marruecos. La guerra de 1859 no fue motivada por deseos de expansión territorial, tuvo su origen solo en motivos de legítimo amor propio. Prueba palmaria de ello es el poco cuidado en la ejecución del Tratado que dio por terminado aquella guerra. Las posesiones que tenía más allá del Estrecho las habíamos reducido al servicio de los presidios, objetivo, el más contrario para que sirvieran de punto de apoyo de una posible penetración político – militar, y esto continuó hasta fechas muy recientes. Solo cuando otras naciones dirigieron su vista a la tierra del Mogreb fue cuando comenzamos a percibir toda la importancia que para España tenía cuanto se relacionaba con el Imperio de Marruecos. Se necesitó que Francia se decidiera, bajo pretexto de defender sus fronteras en Argelia a poner el pie en Marruecos y que, comprendiendo que no podía hacerlo sin un previo acuerdo con nosotros por razones geográficas, históricas y siempre de palpitante actualidad política, nos invitase a tratar de concertar con ella, para que, no la opinión, pero si los Gobiernos se preocupasen del problema magno que para España se planteaba. Así nacieron las primeras negociaciones con Francia en 1902, por un Ministerio presidido por Sagasta”. Alberto Mousset. *Opus cit*, Prefacio del Conde de Romanones, págs. 14 y 15.

mediterráneo o en la parte del Atlántico que baña tierras europeas y africanas, y a darse recíproco conocimiento y apoyo diplomático en caso de pretender alguien concesiones del género antes aludido”²⁵⁵.

El caso es que Italia no se sumó finalmente, por presiones austriacas, y España se vio, al hacerse públicos los acuerdos en el verano de 1905, en el bando de la Entente siquiera porque, aún sin mencionarlos, la garantías que se daban entre los tres países iban, de forma implícita, dirigidas a frenar los intereses alemanes en el Mediterráneo Occidental.

Si la reacción alemana al alineamiento español, bien que no ofensivo y provocado por sus presiones, con la postura anglo – francesa en el Mediterráneo fue muy suave, el hecho de que en las negociaciones respecto a Marruecos no hubiese sido consultada si provocó una reacción airada del *Káiser* y se desencadenó la primera Crisis Marroquí. En enero de 1905 Francia inició sus movimientos en Marruecos con exigencias de reformas al *Majzén* que en realidad eran una invitación a someterse al control efectivo francés. Alemania recelaba que Francia controlase la entrada al Mediterráneo. En realidad solo el Reino Unido poseía las bases y las capacidades navales para cerrar la entrada y salida a las naves enemigas, como se verá en la Primera Guerra Mundial. España poseía litoral y bases, pero no podía oponerse a ninguna potencia y Francia nunca situó grandes efectivos navales en el Estrecho, manteniendo sus bases mediterráneas en su territorio metropolitano, Argelia y Túnez para asegurar el tráfico marítimo entre sus territorios norteafricanos y la metrópoli.

El movimiento alemán revelaba su concepción geopolítica global. El Mediterráneo y la Península, que en un enfrentamiento terrestre clásico entre Francia y Alemania podría obviarse era, en esos momentos de surgimiento de la marina alemana como fuerza oceánica, un eslabón fundamental donde yugular la conexión franco - británica con sus imperios coloniales que se revelaría decisiva en la Primera Guerra Mundial. Alemania pretendía un cable telegráfico Canarias – Marruecos y derechos de carboneo en las Baleares, pretensiones ambas que fueron rechazadas de la mejor manera posible, ya que implicaban

²⁵⁵ Carlos Seco Serrano. *Opus cit.*, pág. 249.

instalaciones fijas alemanas en territorio español y un alineamiento claro con los centrales²⁵⁶.

Alemania cometió todos los errores posibles: intentó sin éxito atraerse a los Estados Unidos a sus posiciones y, finalmente, el 31 de marzo de 1905 el propio Guillermo II realizó una visita a Tánger en la que realizó manifestaciones a favor de la independencia marroquí y de los intereses económicos germanos en la zona.

El objetivo final de la diplomacia alemana era la celebración de una conferencia que, al estilo de la de Berlín, solucionase la disputa entre las influencias extranjeras en Marruecos²⁵⁷. Francia adoptó una actitud agresiva, pero ante el despliegue militar alemán, que no llegó en ningún momento a la movilización, rebajó el tono y el ministro de exteriores Delcassé fue cesado por su actitud intransigente. El Reino Unido, que había respaldado a Francia, pensó que su nuevo aliado la había dejado en evidencia y finalmente se llegó al acuerdo de celebrar la Conferencia que, buscando un emplazamiento que fuese aceptable por todos, especialmente franceses y alemanes se celebró en territorio “neutral”, teniendo lugar en Algeciras. Se puede decir que a España la lleva a Marruecos la geografía y la política europea, pero no una estrategia propia.

España se encontraba prisionera de los juegos entre las grandes potencias y con unos recursos muy menguados tras el Desastre²⁵⁸. A pesar de esto, aceptó la tutela de la zona norte de Marruecos, de forma que Alemania se daba por satisfecha al no ver a Francia en el acceso al Mediterráneo. España se vio otra vez, si bien momentáneamente, entre las naciones que contaban y la necesidad

²⁵⁶ Carlos Seco Serrano. *Ibidem*, págs. 248 y 249.

²⁵⁷ “Además, Delcassé sabía que Alemania iba a exigir – a cambio de reconocer las ambiciones de Francia en Marruecos – que Francia diera por buena a su vez la anexión germana de la región de Alsacia – Lorena [...] Esto iba más allá de lo que Francia estaba dispuesta a aceptar y constituía un precio excesivamente elevado por el consentimiento de Alemania. [...] Sin embargo, el gobierno del káiser Guillermo II se negó a quedar fuera de juego [...] así que Marruecos terminó convirtiéndose en una cuestión de reñida competencia entre Alemania y Francia”. Eugene Rogan. *Los árabes*. Crítica. Barcelona. 2010, págs. 210 y 211.

²⁵⁸ “En resumen: España fue a remolque de las potencias; España fue a Marruecos porque Inglaterra no quería compartir con Francia el dominio del Estrecho de Gibraltar, y como por otra parte le estaba vedada a ella misma por la convención de 1904, toda acción en aquel territorio, quiso instalar en su costa septentrional a una nación débil, que nunca pudiera representar un peligro para su predominio en tan importante ruta.”. Fernando Albi. *La política en el Mediterráneo en la postguerra*. Tipografía Quiles. Valencia. 1931, pág. 194.

de restaurar el orgullo perdido en Ultramar se vio satisfecho con la atribución de una zona que tenía un significado geopolítico coherente, si bien era un encargo que se aceptaba para contentar a otros y no porque correspondiese a un proyecto nacional previo. Era una estrategia a la fuerza que carecía de objetivos y no dejaba de contar con actores contrarios a cualquiera que se quisiese dar.

5.1.4. Consideraciones

Como resumen se puede concluir que:

- Gran Bretaña consigue conjurar el peligro de que Alemania obtuviese una concesión territorial en Marruecos que le permitiese establecer una base naval y amenazar la ruta de Suez a través del Estrecho de Gibraltar.
- Francia obtiene un protectorado sobre la parte más rica de Marruecos, la conectada con Argelia y protege el flanco oeste de Argelia, donde se encuentra el auténtico centro de su colonización norteafricana.
- Alemania consigue mediante la “internacionalización” de Tánger evitar que Francia cerrase definitivamente el Mediterráneo a sus intereses comerciales, además de compensaciones territoriales en África a costa de las posesiones francesas en el golfo de Guinea y parte del Congo.
- España recoge un cierto reconocimiento y se le asignaba una zona que, si bien más pobre y problemática que la francesa, considera que le da una visibilidad en el “concierto europeo”, devolviéndole, en parte, el prestigio perdido en la derrota de 1898.

Si la situación exterior era tensa y se avanzaba de forma no premeditada, pero inevitable, hacia una confrontación europea de dimensiones imprevisibles, la situación interior de España no era nada halagüeña. Para tener una estrategia exterior que se apoye en una geopolítica, ha de partirse de un cierto consenso interior que comprometa a la población y los recursos con una idea clara a desarrollar en el tiempo.

¿Era esa la situación en España a comienzo del pasado siglo? El régimen de la Restauración había sufrido un duro golpe con la pérdida de las posesiones

americanas y asiáticas, pero seguía en pie. La rápida proclamación de Alfonso XIII el 17 de mayo de 1902, con solo dieciséis años, solucionó el problema de la regencia²⁵⁹, arrebatando cualquier posibilidad a las causas carlista y republicana, pero instaurando un liderazgo sin experiencia en un sistema que le atribuía a la persona del rey unas facultades superiores a las de un mero “monarca constitucional”²⁶⁰, es decir con funciones meramente representativas tal y como hoy se entiende. Se entiende así que el conde de Romanones definiera la influencia del monarca en la política exterior de la siguiente forma:

“La política exterior española fue durante largo tiempo dinástica. Se rectificó este carácter en los primeros años del actual siglo, siendo muy de notar que el Rey mismo fue quien más trabajó en sustituir tal política por la geográfica”²⁶¹.

Se ve cómo Alfonso XIII pasa de consideraciones puramente familiares, las cercanías o lejanías personales a las casas reinantes, a una política basada en criterios que pueden denominarse geopolíticos, basados en las posibles interacciones de España con las potencias europeas, las posibilidades nacionales y las consecuencias que de esas interacciones pueden derivarse²⁶².

²⁵⁹ “En este año me encargaré de las riendas del Estado, acto de suma trascendencia tal como están las cosas, porque de mí depende si ha de quedar en España la monarquía borbónica o la República; porque yo me encuentro el país quebrantado por nuestras pasadas guerras, que anhela por un alguien que lo saque de esa situación. La reforma social a favor de las clases necesitadas, el Ejército con una organización atrasada a los adelantos modernos, la marina sin barcos, la bandera ultrajada, los gobernadores y alcaldes que no cumplen las leyes, etc. En fin, todos los servicios desorganizados y mal atendidos. Yo puedo ser un rey que se llene de gloria regenerando a la patria, cuyo nombre pase a la Historia como recuerdo imperecedero de su reinado, pero también puedo ser un rey que no gobierne, que sea gobernado por sus ministros y por fin puesto en la frontera. (...) Yo espero reinar en España como Rey justo. Espero al mismo tiempo regenerar la patria y hacerla, si no poderosa, al menos buscada, o sea, que la busquen como aliada. Si Dios quiere para bien de España.”. *Diario de Alfonso XIII*, entrada del 1 de enero de 1902.

²⁶⁰ Según el artículo 18: “La potestad de hacer las leyes reside en las Cortes con el Rey”; esta capacidad de iniciativa legislativa se recalca en el artículo 41, además en el artículo 54.9 se le confiere al monarca, y no al Presidente del Consejo, la capacidad de nombrar y separar libremente a los ministros, con lo que incurrir en el desagrado regio podía, y de hecho lo hizo, provocar crisis de gobierno. Para comprender la idea de Cánovas al respecto ver Jose Luis Comellas. *Cánovas del Castillo*. RBA. Barcelona. 2007, pág. 179.

²⁶¹ Alberto Mousset. *Opus cit.*, Posfacio del Conde de Romanones, págs. 278 y 279.

²⁶² “Con el comienzo del siglo y con la mayoría de edad de Alfonso XIII, coincide el principio de una orientación exterior definida y coherente. En lo sucesivo la política internacional española descansará en la íntima colaboración con Francia e Inglaterra”. Fernando Albi. *Opus cit.*, pág. 187.

5.2. Marruecos y la Geopolítica y Estrategia españolas

5.2.1. Razones de una presencia

La consecuencia de los dos procesos convergentes: debilidad interior y crisis permanente exterior, llevó a España a aceptar una línea de acción en Marruecos coherente con la geopolítica pero sin el convencimiento de la utilidad de la empresa²⁶³. Si bien el aceptar el Protectorado sobre dos porciones de Marruecos, las más próxima a la península al norte y al territorio de Río de Oro al sur, que tardaron en definirse de forma definitiva, sirvió para jugar un papel en las combinaciones de la política europea del momento que contentaba a todos y apuntaba a una futura neutralidad, se tardó en ver las implicaciones reales del hecho para la política interior.

Lo cierto es que había una corriente de pensamiento geográfico y político que apuntaba, desde antes del Desastre, a una mirada benevolente y cooperativa hacia el sultanato vecino. Ni el aislacionismo canovista ni los regeneracionistas eran opuestos a la idea de vecindad y relaciones, los dos lo eran a cualquier intervencionismo o a ver al otro lado del Estrecho un campo de aventuras coloniales.

A este propósito decía Cánovas:

“No hemos estado aislados jamás del movimiento de Europa en aquellas cosas en que hemos coincidido en interés con esta o con la otra nación. España no ha estado

²⁶³ “Gabriel Maura Gamazo, uno de estos últimos, escribió acertadamente, años antes de Barranco de Lobos, y muchos años antes de la rota de Annual: «Marruecos será tal vez un capo de experimentación donde acrediten tal vez sus habilidades potencias europeas que se disciernen a sí propias el título de musulmanas; lo que no puede ser hoy (1905) es la colonia cómoda y barata, cuya conquista debe recomendarse como oportuna a una nación no constitucionalmente débil, pero sí desangrada, reducida a la pobreza por antiguos despilfarros y desórdenes administrativos, en vías de restablecimiento físico y económico.”. Víctor Morales Lezcano, *El Colonialismo hispanofrancés en Marruecos (1898 – 1927)*. Siglo XXI de España Editores S.A. Madrid. 1976, pág. 46.

El autor, contrario totalmente a la presencia europea en Marruecos expone la opinión de Maura Gamazo, de ideología conservadora, pero que en su libro “La cuestión de Marruecos” alertaba de los riesgos que conllevaba la intervención en los asuntos del sultanato. Su apreciación respecto de las dificultades que plantearía la empresa y las consecuencias que se podrían derivar para España resultaron proféticas.

nunca aislada en las cuestiones de Marruecos, y si se han producido algunas otras que han producido el mismo interés, como la última del Japón, España no ha tratado de estar aislada ni lo ha estado. Lo que yo no he hecho ni he querido hacer jamás, lo que he combatido (con lo cual creo haber obtenido algún éxito a favor de los intereses permanentes de España) ha sido el loco espíritu de aventuras, porque una cosa es que tratándose de la integridad de la Patria [...] me agrade el efecto que en el extranjero produce el ver a nuestro Ejército en tan considerable número marchar a lejanas tierras [...] pero hacer este mismo esfuerzo, pero contraer los compromisos económicos que estamos contrayendo, por causas que no toquen directamente a la nacionalidad española jamás.”²⁶⁴ .

Para alguien tan renuente a las alianzas como él, sin embargo:

“Hay más: se pueden tener aliados en una cuestión como, por ejemplo, respecto a África; no temo decir que en esa cuestión de África siempre tendremos nosotros aliados; tal como está planteada la cuestión de Marruecos siempre habrá quien nos ofrezca su alianza; pero en otras cuestiones no sucede lo mismo y no es cosa de ir mendigando de puerta en puerta una alianza que de antemano no se nos ha de otorgar.”²⁶⁵.

No menos favorables a una relación, que no intervención, al sur eran los regeneracionistas. En palabras de Joaquín Costa:

“Los marroquíes han sido nuestros maestros y les debemos respeto; han sido nuestros hermanos y les debemos amor; han sido nuestras víctimas y les debemos reparación cumplida. Nuestra política con Marruecos ha de ser, por tanto, política reparadora, política de intimidad y política de restauración.”²⁶⁶.

Muestran la idealización de las relaciones históricas y sus consecuencias, tratando a Marruecos como a una nación más de la órbita europea. “El costismo había venido sosteniendo la natural vocación africanista de España”²⁶⁷, si bien,

²⁶⁴ Leonor Meléndez Meléndez, *Opus cit.*, págs. 171 – 172.

²⁶⁵ *Ibidem.* págs. 179 – 180. ¿Quiénes eran esos aliados en la cuestión marroquí? Como el mismo Cánovas escribió en un artículo en el vespertino conservador *La Época* el 22 de marzo de 1896 “Y en el mantenimiento del *status quo* marroquí están igualmente interesadas las naciones a quienes no conviene que el Mediterráneo sea un mar francés ni un mar británico”, está claro que en aquellos momentos todavía pesaba la idea de la Trílice.

²⁶⁶ Manuel Fernández Rodríguez, *España y Marruecos en los primeros años de la Restauración (1875-1894)*, C.S.I.C. Madrid. 1985, pág. 156.

²⁶⁷ Carlos Seco Serrano. *Opus cit.*, pág. 240.

en el caso marroquí, desde una perspectiva más de fomentar el desarrollo del vecino.

Lucas Mallada en su libro *Los males de la Patria y la futura revolución española*²⁶⁸ comentaba amargamente, refiriéndose a la situación de incuria en que veía al comercio exterior español en 1890:

“Marruecos, al menos desde el punto de vista comercial, es objeto de los más brillantes ensueños por parte de tales compatriotas. ¡Ilusiones engañosas en nuestros días! Si bien parece natural que así suceda, las señales de hoy, por desgracia, no están de acuerdo con estos magníficos deseos. ¿Se realizarán en el siglo que viene? Mucho lo dudamos.”²⁶⁹.

El regeneracionismo, incluso el más tremendista, abogaba por el desarrollo de una relación comercial con Marruecos, al que veía como un país con el que, pese al atraso que reconocía en el desarrollo económico español, se podía establecer una relación provechosa y fluida, que no resultase deficitaria y que contribuyese a mejorar una economía que consideraba muy atrasada. Hay que poner en relación el regeneracionismo anterior al Desastre con el movimiento de las Sociedades Geográficas posterior a la Entente de 1904 y al subsiguiente acuerdo franco – español sobre Marruecos y el inicio del “africanismo” civil. Costa, explorador africano frustrado, pensaba que el colonialismo iba a proporcionar a España no solo el impulso económico sino, el prestigio exterior.

En un mundo impregnado de modelos de naciones y razas superiores e inferiores, se daba cuenta de que encerrarse en los territorios originales no era la mejor tarjeta de visita en el sistema estratégico europeo. Sin embargo, sus esfuerzos, que le llevarán a organizar recogidas de fondos para nuevas unidades navales, se verán frustrados por la política canovista, que no desea ningún enfrentamiento en Europa después del que ha tenido con Bismarck por las Palaos. Costa se da cuenta de la inoperatividad de las Sociedades Geográficas

²⁶⁸ La edición consultada es la de Alianza Editorial, Madrid, 1969., en cuyo Prólogo se sostiene que el resumen que contiene de la totalidad de la obra solo ha prescindido de determinados datos legislativos y estadísticos que no afectan a la exposición del pensamiento del autor.

²⁶⁹ Lucas Mallada. *Los males de la Patria y la futura revolución española*. Alianza Editorial. Madrid. 1969, págs. 147 y 148.

para sus propósitos reformistas y abandona la de Madrid en 1887, tras el rechazo de Cánovas a declarar el régimen de protectorado a nuevas exploraciones en Guinea y Rio de Oro en 1886, centrándose en una acción política que, en su caso se revelará infructuosa²⁷⁰.

Es pues, a comienzos del siglo XX, la opinión en los círculos ilustrados y de decisión españoles que Marruecos, la costa opuesta del sur en el Mediterráneo es una de las zonas, la única al perderse las posesiones americanas, asiáticas y en Micronesia, que puede afectar a la seguridad del territorio metropolitano, antes y entonces a merced de las potencias del sistema europeo. Esta comprensión, que se puede denominar geopolítica, era correcta en la suposición de que el glacis defensivo de la Península es Marruecos y que una de las principales condiciones de la seguridad, en todos los niveles, en la Península, es la estabilidad en el sur.

Si se compara la política española con la italiana respecto a la concepción del papel de la costa mediterránea al sur, se ve que Italia maniobra en Europa para

²⁷⁰ Para un relato más completo de las implicaciones de Costa con el incipiente colonialismo español ver: José Antonio Rodríguez Esteban, *Geografía y colonialismo en Joaquín Costa*. Anales de la Fundación Juan Costa nº 27. Huesca. 2013, págs. 217 a 226. Publicación de la que hay que señalar como más destacado los siguiente:

“En cualquier caso, la idea de aumentar la presencia africana de España se incardina en los años ochenta a sus proyectos de regeneración nacional a través de una adecuada política comercial, libre de aranceles, que tendrían en el territorio africano nuevas oportunidades. Costa planteaba para ello una penetración pacífica basada en el comercio y en acuerdos con los nativos (sería el redactor de los contratos que los viajeros en Guinea y el Sáhara firmaron con los jefes de las tribus), lo que se distanciaba de la conquista emprendida en América por España en los siglos XVI y XVII, que la leyenda negra se encargaría de agrandar y que requería de contrapuntos discursivos a los que se entregarían los geógrafos de la Sociedad Geográfica de Madrid como a una de sus tareas más apremiantes.” [..]

“Costa da una gran importancia a la colonización exterior en “dos órdenes de ideas” —nos recuerdan Maurice y Serrano —: la expansión colonial era el medio imprescindible para impulsar la economía española, por el papel de aliciente que deben cobrar los intercambios coloniales, así como por los nuevos recursos que esta política procuraría a la economía nacional. Pero a las ventajas en el orden económico hay que añadir la urgencia de igualarse a las demás naciones grandes y los peligros de su desaparición como nación en el futuro.

Consciente de las limitaciones del aparato industrial y comercial de España para apoyar una adecuada política colonial, Costa matiza: “si de momento no puede fundar grandes sociedades, cuando menos debe sembrarlas o renunciar a vivir en la posteridad”. En este sentido Maurice y Serrano señalan que “el colonialismo [de Costa] no corresponde a cualquier grado superior de capitalismo, sino que es un remedio a sus insuficiencias”. Por otra parte, hay que considerar que la reforma de la agricultura, mediante una adecuada política hidráulica, solo se puede articular junto con un programa de expansión comercial y colonial destinado a asegurar nuevos mercados.”. Las citas están referidas a Maurice, Jacques, y Carlos Serrano, *Joaquín Costa: crisis de la Restauración y populismo (1875-1911)*. Siglo XXI. Madrid. 1977, págs. 64 y 57 respectivamente.

conseguir territorio y España adquiere territorios en el Tratado de Algeciras para evitar verse comprometida en el continente.

A partir de 1906 empieza, por espacio de cincuenta años, una presencia cuyo origen y final tuvo más que ver con la estrategia francesa que con la española y cuyo desarrollo influyó más en la política interior española que en la marroquí. A lo largo de este periodo hubo en España otro empeño que la pervivencia de los distintos sistemas políticos que se sucedieron ni su estado interior y sus relaciones exteriores permitía, ni aconsejaban a sus vecinos otra cosa. Hay que señalar que el resultado de la Conferencia no es para España un punto y aparte, es un punto y seguido a todos los tratados anteriores, con su carga de obligaciones que, en ocasiones, se habían ido difiriendo²⁷¹.

5.2.2. El camino hacia el Protectorado

Sin embargo el país magrebí poseía sus propias dinámicas y si la sola presencia de las plazas de soberanía había llevado a la guerra de 1859 – 60 contra el Sultán y en 1893 contra las *kábilas* cercanas a Melilla, sin que la voluntad del *Majzén* tuviese ninguna intervención, esas dinámicas habían demostrado que la mera presencia tenía una clara consecuencia, el intervenir en su gobierno implicaba una interacción con la población y las instituciones y con las potencias europeas interesadas en el territorio. Estas dinámicas se iban a desarrollar complicando la presencia española y sus relaciones con Francia.

El trono del sultán Abdelzaziz nunca estuvo sólidamente asentado y recibió una contestación creciente ante lo que se consideraba política de claudicación frente a las potencias europeas, tanto dentro como fuera del ámbito dinástico, luchas ambas que se desarrollaron en la zona de influencia española y que acabaron

²⁷¹ “El artículo 123 y último estipulaba que se considerarían vigentes todos los tratado, convenciones y acuerdos establecidos anteriormente con Marruecos por las Potencias firmantes, salvo en el caso en que sus disposiciones se hallasen en oposición al acta de Algeciras. Esta disposición aludía, en lo relativo a España, a la conferencia de Madrid de 1880, al tratado de comercio hispano – marroquí de 1861 y al tratado de paz de Tetuán de 1860”. Alberto Mousset, *Opus cit.*, págs. 168 y 169. Esto significaba que se renovaba el derecho español a una posesión en la costa sur marroquí que no sería ejecutada hasta 1934.

resolviéndose sin que los intereses españoles se vieran mermados ni una intervención militar decisiva fuera necesaria.

El episodio externo de rebeldía, y que acabó arrastrando al sultán, fue la rebelión de Yihali Ben Driss Ez Zerhuni el Yusfi, más conocido como el *Rohgi* o *Bu Hamara*. Personaje de turbios antecedentes en la administración marroquí, había acabado en la cárcel de la que salió por la amnistía con motivo del ascenso al trono del sultán Abdelaziz, tomando el camino de un prudente exilio en Argelia y Túnez. A su regreso, se anunció a las *kábilas* cercanas a Melilla como “*Bu Hamara*”, el hombre de la burra, ya que, al igual que Jesucristo, los profetas debían montar un asno y no un caballo, y adoptó la identidad del hermano mayor del sultán, que se encontraba preso en Mequinez. Aunque el engaño hubiese sido fácil de desmontar había muchos en el Rif que deseaban un pretexto para levantarse contra el *Majzén* y el *Rohgi*, el pretendiente, se prestaba perfectamente para este propósito.

Las sucesivas expediciones enviadas contra este pretendiente al trono marroquí fueron derrotadas y el camino de Fez abierto, aunque no se produjo el ataque a la capital imperial, posiblemente porque *Bu Hamara* prefería consolidar su posición antes que arriesgarse contra un enemigo que gozaba todavía de prestigio y apoyo de los europeos que, hasta entonces, hablamos de 1903, se habían mantenido al margen.

Abdelaziz intentó una ofensiva general, que llegó a entrar en la capital rebelde de Tazza, pero solo para acabar siendo derrotado de nuevo. *El Rohgi*, sin embargo, modificó su despliegue y movió su “capital” a Zeluán, unos treinta kilómetros al sur de Melilla, lo que constituía un problema para España, que o transigía con su presencia, cosa que finalmente hizo, o apoyaba al gobierno ‘reconocido por Madrid.

La cosa quedó así, con el *Rohgi* señoreándose del campo exterior de Melilla y creando un problema internacional a partir de que en 1906 España había asumido el compromiso de apoyar la autoridad del *Majzén* y no lo cumplía permitiendo que un rebelde incluso cobrase los derechos de aduanas. La expedición de 1907, la cuarta contra *Bu Hamara*, acabó de forma tan lamentable

como las anteriores, pero permitió a España un juego con los tratados tratando de buscar el interés económico en el sur descrito por los regeneracionistas.

La cuestión era la de las explotaciones mineras cercanas a la plaza de soberanía y que de hecho proporcionaban mineral de hierro de aceptable calidad. Se pactaron, de forma realista pero ilegal, con el Rohgi, dueño efectivo del terreno, las correspondientes concesiones mineras en la zona de Guelaya en 1907 y se constituyó formalmente en 1908 una compañía, el Sindicato Español de Minas del Rif, en la que eran accionistas destacados el conde de Romanones, el empresario barcelonés Güell, el madrileño Clemente Fernández y el gaditano Macpherson²⁷².

El hecho es que el General Marina, Comandante General de Melilla, ocupó posiciones que asegurasen el territorio circundante a la plaza, ya que el gobierno de Fez era incapaz de hacerlo, para asegurar las explotaciones mineras. Surge aquí la duda de si había un pensamiento estratégico por el gobierno español de afianzar la presencia más allá de las Plazas de soberanía mediante la penetración pacífica o si, por el contrario, el aventurerismo económico llevo a España a sostener *a posteriori* los intereses de las más altas instancias de la nación, incluida la corona.

La decisión de pactar con un jefe rebelde es lo suficientemente grave como para vislumbrar detrás de él la voluntad del gobierno español, que usó el pacto como palanca. Así lo veía Angel Salcedo.²⁷³

²⁷² "Para el desarrollo de su actividad ambas solicitaron y obtuvieron permisos para construir un ferrocarril desde los yacimientos hasta el puerto de Melilla, de una línea telegráfica paralela y de los edificios e instalaciones para poner en explotación las mina. Era una actividad perfectamente lícita que fue promovida por un grupo de capitalistas españoles que buscaban nuevos campos donde invertir sus recursos financieros después de la pérdida de las colonias y apoyada por los africanistas que soñaban con una penetración pacífica de la que, a su parecer, Marruecos saldría beneficiado[...] Era comenzar a sentar las bases para el desarrollo económico de nuestra zona de influencia y la puesta en marcha de una inexplorada riqueza con el consiguiente incremento del comercio, lo que habría de influir en el cambio de las costumbres indígenas.". Ramón Salas Larrazábal. *El protectorado español en Marruecos*. Editorial MAPFRE. Madrid 1992, págs. 94 y 96. Se califica la empresa de lícita, pero el trato con un rebelde al gobierno reconocido por España era una clara ilegalidad aparte de un riesgo mayúsculo, por cuanto si fracasaba en su empeño el gobierno de Fez podría desconocer tales concesiones.

²⁷³. "Conviene advertir que no fue a este negocio el capital español espontáneamente, sino a ruegos del Gobierno el cual queriendo que hubiese «intereses españoles» en la zona sometida a nuestra influencia pidió a varios capitalistas españoles que tomaran acciones; el pensamiento político era que los franceses no ocupasen la costa septentrional de África, frontera a la nuestra,

Como decía el ministro de Estado de la época Allendesalazar:

“Así, y no de otro modo, Marruecos se convertiría en una proposición económica ventajosa que atraería capital español, siempre remiso y titubeante a intervenir en el exterior”.²⁷⁴.

Sin embargo, este intento de crear mediante la acción exterior unas condiciones favorables para la expansión económica en un área natural para los intereses económicos como es Marruecos tuvo mala reputación desde las primeras bajas. Si bien la acción de 1908, el establecimiento de un puesto avanzado en la Restinga de Melilla y su enlace con la plaza mediante un sistema de unidades de caballería fue “quirúrgica”, en palabras de Allendesalazar, esta sería la última operación menor. A partir de aquí, cuando en marzo de 1908 se ocupe Cabo de Aguas, empezarán los problemas. El origen no será otro que la idea de la penetración pacífica y del papel benéfico que iba a representar la influencia española en Marruecos no había tenido en cuenta el acendrado sentimiento nacional y de rechazo a todo lo extranjero, empezando por la presencia de cristianos, que imbuía a la sociedad marroquí. Prueba de ello es que el sultán Abdelaziz acabará siendo destronado por el descontento que existe, y que aglutina su hermano Muley Hafid. Ni los esfuerzos del *Rohgi*, castigando con severidad a los que agredían a los trabajadores españoles en las minas o los ferrocarriles, pudieron acallar el recelo que se extendía principalmente en la zona más próxima a Melilla.

La primera consecuencia del cambio de sultán fue que como Muley Hafid se había mostrado siempre próximo a las posturas más fundamentalistas su crédito en el Rif aumentó hasta el punto de que la posición del *Rohgi* se convirtió en precaria. Pero como la situación económica de Marruecos era muy difícil, pronto tuvo que buscar la amistad de los europeos y se volvió hacia España que, muy prudentemente, le aconsejó que buscara el consenso de las potencias

y para eso se pretendían crear allí intereses nacionales.”. *Historia de España e Historia gráfica de la civilización española*. Editorial Saturnino Calleja. Madrid. 1914, pág. 895.

²⁷⁴ Carlos Seco Serrano. *Opus cit.*, págs. 265 y 266.

signatarias del Tratado de Algeciras, evitando acciones unilaterales. Como escribía Allendesalazar al representante diplomático español en Tánger:

“Esta actitud de España de no aprovechar por ahora las ventajas que momentáneamente pudiera reportarle la situación actual, tiene hondo fundamento [...] por la necesidad en que nos encontramos de proceder en los asuntos de Marruecos de completo acuerdo con Francia e Inglaterra.”²⁷⁵.

Está claro pues que España consideraba a Marruecos una zona vital, pero la estrategia en Marruecos no iba a ser independiente, siempre estuvo subordinada a lo que las dos potencias pudieran pensar de las intenciones españolas a las que había ligado su seguridad, pero que dada la desproporción de fuerzas podían perjudicarla notablemente si veían sus intereses amenazados.

Y así sucedió con Francia de forma sistemática entre la firma del Acta de Algeciras y el establecimiento de las zonas de Protectorado en 1912. Para la estrategia francesa Algeciras había supuesto solo una forma de aliviar la presión alemana en un momento en que, hay que recordarlo, su aliado ruso estaba muy debilitado por su derrota en Extremo Oriente, nunca un sincero reconocimiento del interés geopolítico español.

De hecho, el 9 de febrero 1909 arregló parcialmente sus diferencias con Alemania sobre Marruecos a través del reconocimiento germano:

“Y el Gobierno Imperial alemán, no persiguiendo más que intereses económicos en Marruecos, reconociendo de otra parte los intereses políticos particulares de Francia van estrechamente unidos a la consolidación del orden y la paz interior y decidido a no dificultar estos intereses”.²⁷⁶.

Se llegaba a la renuncia a privilegios económicos de una sobre la otra. La interpretación de este acuerdo, auténtico *desaire* por parte francesa y alemana a España, por parte de Francia era que Alemania reconocía expresamente el sistema de Algeciras y, por tanto, su derrota diplomática en aquella crisis. Por

²⁷⁵ José Manuel Allendesalazar. *La diplomacia española y Marruecos, 1907 - 1909*. Biblioteca Diplomática Española. Ministerio de Asuntos Exteriores. Madrid .1990, pág. 185.

²⁷⁶ José María de Areilza y Fernando María Castiella. *Reivindicaciones de España*. Instituto de Estudios Políticos. Madrid. 1941, pág. 417.

parte española, pese a las excusas desde Berlín²⁷⁷, se acabó por comprender que Francia actuaba en el tema marroquí de forma absolutamente autónoma y que no coordinaría sus acciones con España salvo en caso de conveniencia o necesidad.

A partir de este momento se suceden las contrariedades para los intereses económicos españoles, que todos decían respetar en teoría pero que la práctica se encargaría de demostrar que, tanto por la acción de la competencia como por la falta de capacidad del capital y la industria españoles, no saldrían indemnes del entendimiento franco alemán. Se creó la “*Union de Mines Marocaines*”, que si bien respondía a la estricta literalidad del Acta de Algeciras, aceleró la redacción de normativa pendiente, y quedó constituida de forma que a España no se le atribuyó más que un modesto 10 por ciento del accionariado mientras que Alemania participaba con el 20.

Según el Acta de Algeciras, se respetaban las concesiones mineras concedidas con anterioridad y por los intereses españoles en las minas del Rif; se consideraba que el tanto por ciento concedido más la participación española en esas explotaciones ya constituían un reconocimiento del peso de los intereses españoles. Pero ya se ha señalado que las concesiones se habían gestionado con cabecillas locales y no con el gobierno marroquí. Ello produjo una serie de reclamaciones que se solventaron en un Tribunal de Arbitraje Internacional sito en Tánger y designado por los representantes de las potencias.

Acontece en 1909 el resultado de tanta indecisión. Muley Hafid pospone hasta mejor ocasión el envío de medios para recuperar la autoridad del Rif en la zona próxima a Melilla, donde a la jefatura del Rohgi había sucedido la de Mohamed Amezian, conocido en España como el Mizzian, y que hacía gala de rechazo a la presencia de los europeos y de rigorismo religioso, se consideraba un *cherif*, un descendiente de Mahoma. Las *kábilas* más próximas a la plaza de Melilla se

²⁷⁷ El tenor de dichas disculpas recuerda a lo declarado respecto a Francia. “El Gobierno Imperial reconoce, como ha reconocido siempre, que España por razones históricas y por la existencia de sus posesiones territoriales en la costa marroquí, posee ciertos intereses particulares en Marruecos, mencionados además en el Acta de Algeciras. El arreglo de 9 de Febrero no tiene más objeto que apartar la posibilidad de razonamientos entre Alemania y Francia [...] este arreglo no va de modo alguno dirigido contra España.”. Documento entregado por el embajador alemán en Madrid Conde de Tattenbach al Ministro de Estado Allendesalazar y citado por el Ministro del mismo ramo Jose Manuel García Prieto en la Legislatura de 1911. Jose Maria de Areilza y Fernando María Castiella. *Opus cit.*, pág. 418.

entrevistan con el General Marina en diciembre de 1908 y le transmiten que aunque no se oponen a las actividades mineras, como no hay autoridad efectiva del Majzén no pueden garantizar la seguridad. España se encuentra en la disyuntiva de esperar que Fez mande fuerzas y representantes o hacer valer los tratados y actuar en fuerza.

La situación es crítica desde el punto de vista estratégico. Si España permanece inactiva Francia, ya decidida a la acción unilateral, reclamaría más territorios y ventajas para llevar a su objetivo de reducir a España a sus posesiones norteafricanas originales. Por otra parte, esa misma inacción estaba suponiendo el bloqueo económico de Melilla, que veía cortado su comercio con Marruecos, fuente de su prosperidad. La opción militar representaba un peligro político importante.

Allendesalazar lo expresó de esta manera:

“Aquí era donde se iban a estrellar los piadosos deseos de regeneración internacional: en la Europa de comienzos de siglo, la patente de potencia solo se ganaba estando dispuesto a entrar en la lucha por la expansión colonial, y a tomar feroz partido cada vez que se descubría en el mapa algún territorio aún susceptible de ocupación [...] Todo iba a ir bien a Maura mientras buscarse a España un lugar al sol solo por medios pacíficos. Cuando esta búsqueda le arrastró a una aventura militar, el consenso iba a saltar en pedazos.”²⁷⁸.

Y es en 1909 cuando se demuestra el equilibrio imposible de esta postura. La situación en el sistema estratégico europeo no le permitía a España la abstención salvo corriendo el gran riesgo de verse nuevamente expoliada. La participación implicaba el riesgo de verse involucrada en un conflicto europeo o colonial y finalmente se llegó a este punto. El *consenso*, la unión no solo de los partidos políticos en materias de estado, sino la adhesión de la mayoría significativa de la población a éstas, funcionó mientras todo eran juegos de cancillerías, mientras los movimientos militares se saldaban sin bajas o con las mínimas. Cuando llegó el momento de exigir sacrificios ni se supo distribuir el esfuerzo, ni se aceptó.²⁷⁹.

²⁷⁸ José Manuel Allendesalazar. *Opus cit.*, pág. 60.

²⁷⁹ Es revelador el testimonio del conde de Romanones, cuyo nombre siempre aparece ligado a las explotaciones mineras del Rif, del sentimiento que se abrió paso en el imaginario del pueblo español:

Se repetían los errores del Desastre en cuanto a difundir a través de la prensa lo que no era. Ni éramos protagonistas ni podíamos serlo. Marruecos se trató como un asunto entre distante y sencillo en el que la astucia de la política exterior española, el valor intrínseco de nuestra posición estratégica deseada por todos y una dosis calculada de demostración de fuerza, sobre un país tecnológica y socialmente menos desarrollado que el nuestro, allanaría todas las dificultades y redundaría en un afianzamiento de nuestra posición exterior, todo lo cual serviría para apuntalar el sistema de 1876 y permitir sus posibles reformas.

Lo que sucede es el principio de todo lo contrario. Al temor a los avances territoriales franceses se sumó la posibilidad de que la compañía minera francesa Norte – Africana llegase a un entendimiento con las *kábilas* de la zona de Melilla y empezase “de facto” el aprovechamiento de las concesiones mineras españolas. El asunto era de gran dificultad técnica pues implicaba la construcción de un ferrocarril desde la frontera argelina a Zeluán, lo que si no era técnicamente imposible si añadía una inversión que hacía el proyecto poco atractivo. El recurso a la solución militar se abrió camino en la mente de Maura,

“De esta campaña odiosa dirigida contra. el Gobierno llegaron hasta mí algo más que salpicaduras. Una determinada parte de la Prensa, la más exaltada, aquella cuya influencia era mayor entre las gentes menos cultas, repetía a diario que el presidente del Consejo llevaba a los soldados a morir en los barrancos y peñascales rifeños sólo para defender los intereses de la Compañía minera, de la cual era principal partícipe el conde de Romanones.

No negué nunca que en los primeros descubrimientos de la rica zona minera de Beni-bu-Ifrur tuve, con algunos otros, parte principal. Con ello no creía realizar obra antipatriótica; bien al contrario. Aquellos ricos yacimientos de hierro, de no haber sido descubiertos y explotados por españoles, lo hubieran sido por Empresas extranjeras, que ya allí mismo tenían puesta su planta; más nunca pedí protección a aquel Gobierno ni a otro alguno, ni hice uso de mi posición política, entonces modesta, en provecho propio. Más aún: con notorio perjuicio de mis intereses, para evitar todo motivo de censura, me alejé por completo de aquella Empresa, y no por esto la calumnia dejó de cebarse en mí [...]

Otro día de agosto, según mi inveterada costumbre, fui a cazar codornices en una vega cercana a Sigüenza; iba solo tras de mi perro cruzando los rastrojos, cuando un viejo labrador que estaba segando, al verme, acudió a saludarme. Era un antiguo amigo. Como quien se quita un peso de encima, con el lenguaje tosco de su condición, verdaderamente emocionado, me dijo: «Señor conde, ¿es cierto que por usted muere en Melilla tanta gente? Tengo allí dos hijos; quizá no volveré a verlos, y me produce mayor pena pensar que sea usted el responsable.» Aquellas palabras llegaron al fondo de mi alma, dejándome anonadado; era inútil contestar; imposible desarraigar de aquel pobre cerebro la huella que en él dejó la calumnia en letra impresa; no me quedaba otro camino que resignarme, sufrir y esperar.”. Conde de Romanones. *Opus cit.*, págs. 215 y 216.

guiado por los informes de Marina, que creía que podía dar una solución al bloqueo rifeño de forma contundente²⁸⁰.

Tras asegurarse el conocimiento francés para crear condiciones de seguridad y libertad de movimientos en las cercanías de Ceuta y Melilla, el 4 de junio de 1909 Maura comunica al General Marina que se reanuden el laboreo de las minas y que se les proteja por la fuerza llegado el caso, reanudándose los trabajos de extracción el 11 junio. El 9 de julio, tras incidentes menores previos se produce la primera agresión significativa. La respuesta implicó cubrir los ocho kilómetros de ferrocarril minero con 2.500 hombres (la mitad de los disponibles por Marina en ese momento) y la consecuente petición de refuerzo para poder mantener el despliegue.

Como la división de Infantería que había sido formada por el general Fernando Primo de Rivera como ministro de la Guerra en previsión de una intervención en Marruecos había sido disuelta en la práctica por el nuevo ministro, el general Linares, éste hubo de recurrir al expediente de llamar a filas a los reservistas. Este llamamiento, dada la estructura del sistema de reclutamiento vigente, recayó sobre hombres casados²⁸¹, de las clases más humildes, lo que fue aprovechado por los republicanos y socialistas para desatar una campaña de agitación en la que se mezclaban los eslóganes antimonárquicos con las ya citadas menciones a los intereses de los ricos defendidos por los pobres en el campo de batalla.

Si bien la denominada Semana Trágica de Barcelona fue donde se produjeron los desórdenes más graves, el embarque en tren de los batallones de Brigada

²⁸⁰«Marina, cuyo criterio es de sobra conocido, canalizaba las distintas instancias a favor de una solución «militar» o, en última instancia, colonialista. Y su opinión resultaba esencial para Maura: «El Gobierno estaba advertido y el único elemento de juicio que tenía para formar concepto de lo que pasaba en Melilla eran los informes que yo le daba», subrayaría el propio general, andando el tiempo, respondiendo a Indalecio Prieto ante la Comisión de Responsabilidades a que dio paso la catástrofe de Annual.». Carlos Seco Serrano. *Opus cit.*, pág. 278.

²⁸¹ El servicio militar del momento existía la “redención en metálico”, por la cual mediante el abono de una cantidad se quedaba libre de las obligaciones militares, igualmente si se conseguía un voluntario que sustituyese al mozo que iba a ser alistado. Ambas prácticas hacían que los niveles de renta más altos estuviesen en la práctica exentos del Servicio Militar y de los riesgos que conllevaba el ser enviado a cualquier escenario de ultramar.

de Cazadores de Madrid²⁸² no estuvo exento de incidentes, aunque no llegasen los casos de indisciplina y quebranto del orden público a los extremos de Barcelona. A toda esta agitación vino a sumarse, ante la opinión pública española, la desafortunada intervención de los Cazadores de Madrid en la acción del Barranco del Lobo el 27 de julio, donde una concatenación de errores tiene como consecuencia casi 150 muertos y 600 heridos. Aunque se consiguen los objetivos asignados, la desproporción del precio pagado y la sensación de que el enemigo apenas sufría castigo y de que se abandonaba el terreno conquistado, unida al aprovechamiento político del hecho, configuró una leyenda que llega hasta hoy.

Los procesos judiciales por los sucesos de Barcelona acarrearán cinco condenas a muerte. Cuatro pasaron totalmente desapercibidas, pero la del pedagogo anarquista Francisco Ferrer Guardia provocó una reacción internacional de proporciones inauditas hasta entonces, ello fue visto por Francia como una ventana de oportunidad para hacerse con la zona asignada a España en su práctica totalidad.

La campaña de 1909 se dio por finalizada por Maura el 29 de septiembre, aunque las operaciones se prolongarían hasta el 26 de noviembre en que todo el territorio circundante a Melilla quedó asegurado, ya bajo un gabinete presidido por Moret. Marruecos empezaba a pesar de forma negativa en la vida política española, pero todos se daban cuenta de que una vez aceptadas las responsabilidades en

²⁸² “La primera respuesta fue enviar a las tres brigadas de cazadores, que hubieron de completar sus efectivos de tiempos de paz de 400 hombres de tropa en cada batallón hasta unos 800 mediante la movilización prevista. Es decir, más de 2.000 soldados licenciados de cada brigada debían regresar a los cuarteles, dejando sus trabajos y sus familias, muchos de ellos recién casados. [...] En agosto llegaba la 1ª División, procedente de Madrid, conocida como la División Reforzada, junto a tres escuadrones del Regimiento de Húsares de la Princesa. La siguiente unidad fue denominada 2ª División Expedicionaria, pues no era una unidad orgánica. Probablemente se quisieron evitar los efectos de la movilización y las unidades parece que fueron completadas con efectivos en filas, pues esta división estaba formada por la 1ª Brigada de la 12ª División y la 1ª Brigada de la 13ª División, procedentes de Castilla la Vieja. Finalizando el año llegaron efectivos de la 3ª División Expedicionaria, de la que solamente llegaron parte de los apoyos y la 3ª Brigada de la 14ª División de tierras gallegas.” Hugo O’Donell y Duque de Estrada (Director). *Historia Militar de España*. Vol. IV Tomo II. *Edad Contemporánea. II. De 1898 a 1975*. Secretaría General Técnica del Ministerio de Defensa. Madrid. 2016. Jesús Martínez de Merlo. *La Organización del Ejército*, págs. 82 y 83. Es notable ver cómo cambia la composición y el origen geográfico de los sucesivos refuerzos de Melilla, obviándose el problema del reclutamiento para evitar agravios y evitando unidades catalanas, aunque estuvieran en servicio, para evitar protestas. Al final, en 1910, Melilla sería, temporalmente elevada a la categoría de Capitanía General y las unidades de la última Brigada expedicionaria, las gallegas, incorporadas a ella.

1906, el abandonarlas sería estratégicamente un suicidio, sería pasar de sujeto a objeto en la política internacional²⁸³.

5.2.3. Marruecos y Francia

El año 1910 trajo una alteración geopolítica que en aquellos momentos abría una incertidumbre sobre la seguridad de España: la revolución portuguesa y la expulsión violenta de Manuel II. Materialmente no suponía el país vecino ninguna amenaza, sus capacidades militares, siquiera por la simple comparación demográfica y económica, no podían suponer ninguna inquietud, pero la capacidad de apoyar a movimientos violentos era otra cosa²⁸⁴. Lo cierto es que el régimen republicano cayó pronto en una espiral de inestabilidad que frustró cualquier capacidad de influencia exterior, aunque en España la percepción de hostilidad persistió.

Sin embargo, para el gobierno francés cualquier veleidad intervencionista contra la revolución portuguesa, que por supuesto nunca existió en la mente de las autoridades españolas, hubiera constituido un caso de apoyo francés, a través quizás de instancias no oficiales, a procesos revolucionarios para el derrocamiento de la monarquía constitucional o, al menos, para detener la intervención contra el nuevo régimen lusitano²⁸⁵.

²⁸³ En palabras de Carlos Serrano, en *Opus cit.*, pág. 240.

²⁸⁴ “Esta revolución – afirmaba Magalhães Lima - dará sus frutos porque la proclamación de la república en Portugal no será un hecho aislado [...] debe provocar rápidamente en España un movimiento análogo.”. Hipólito de la Torre Gómez, *Antagonismo y fractura peninsular. España – Portugal 1910– 1919*. España Universitaria. Madrid. 1963, pág. 163. Si bien Lima fue el fundador del diario lisboeta *O Seculo* y Gran Maestro del Gran Oriente Lusitano Unido de la Masonería portuguesa su presencia directa fue escasa, le perjudicó notablemente el verse involucrado en el asesinato de Sidonio Pais que abrió el camino a la dictadura, y afortunadamente sus ideas respecto a España no tuvieron eco.

²⁸⁵ Por lo menos así lo comunicaba el embajador español en París en 1909 Pérez Caballero, recogido por Carlos Serrano “Perez Caballero, por lo demás, conectaba muy directamente a Londres con la posible concreción del «disparadero revolucionario». Y lanzaba una voz de alarma respecto a los suboficiales del Ejército, presunto caldo de cultivo revolucionario: «No olvide la inmensa labor hecha en los cuarteles desde hace un año, entre sargentos principalmente, cuya asociación nacional (especie de sindicato secreto) está dada a los republicanos, con la promesa, que Salmerón les negó, de ascenso a oficiales. Hay hasta un documento firmado solemnemente.”. en *Opus cit.*, págs. 286 a 288.

Por lo demás, España tenía que conseguir la oficialización de su situación en el campo exterior de Melilla mediante un acuerdo con el nuevo Sultán, que exigía inicialmente la retirada de todas las posiciones ocupadas, alentado por Francia, donde la opinión general en sus círculos de decisión era que después de la Semana Trágica no había en Madrid voluntad de afrontar desafíos en África. Por otra parte, París recelaba que no intentase Canalejas un movimiento similar en la zona de Ceuta que lo llevase a las alturas de Sierra Bullones o al mismo Tetuán, a tan solo 40 kilómetros, las informaciones del embajador Pérez Caballero²⁸⁶ eran concluyentes en este sentido. Francia, usando el tratado de 1904 que estipulaba que cualquier acción en las zonas de interés en Marruecos había de ser consultada, al menos, entre las partes, nunca autorizaría a España una penetración semejante.

Pero lo que más decidía a Francia, en palabras de su ministro de Exteriores Stéphen Pichon, era la situación interior de España. El vector geopolítico que desde España tiene como dirección Europa es, lógicamente, bidireccional y para Francia uno de sus ejes de interés geopolítico es el conjunto de la Península Ibérica y el norte de África. Para cualquier gobierno francés África no empieza en los Pirineos por una cuestión cultural o de chauvinismo, es que el conjunto geopolítico de la península y su orilla opuesta mediterránea es un bloque inseparable, donde sus intereses se extienden y que necesita, si no presencia, si estabilidad para que aquéllos no se vean amenazados.

El mismo pensamiento que lleva a procurar una posición de dominio sobre España lleva a intentar que lo que se extienda más al sur de los Pirineos sea pacífico, estable y tan dependiente política y económicamente del norte como sea posible. Si la acción en Marruecos podía desestabilizar a España, además de amenazar los intereses franceses, era preciso impedirla y mantener la zona de reconocida influencia española tan vacía del influjo de Madrid como fuera posible si esto representaba inestabilidad en el sur.

²⁸⁶ “Si realizáramos tal cosa, que nos sería fácil llevarla a cabo porque nos sobran fuerzas para ello, recibiríamos la intimación de abandonar la plaza al día siguiente de ocuparla. Por tanto no se puede pensar en semejante cosa, cuyos efectos serían desastrosos. Lo único que podríamos conseguir, y eso después de una negociación laboriosa y difícil, sería que nos permitieran ocupar las alturas de Sierra Bullones con el objeto de defender la plaza de Ceuta, y aun esto encontraría dificultades.”. *Ibidem*, pág. 285.

La posición de España se resumía en que si bien Francia estaba en Marruecos salvaguardando sus intereses coloniales en Argelia, uno de cuyos pilares era la estabilidad del sultanato, Madrid defendía su territorio nacional, no solo sus plazas, islas y peñones en la costa sur, sino el acceso y la seguridad de la costa sur peninsular. Francia y España habían sufrido un siglo XIX agitado. Desde 1815 las formas de gobierno se habían sucedido en los dos países al ritmo de revoluciones e invasiones sin que los acontecimientos en uno de los vecinos afectasen apenas al otro. Tras treinta años de vida pacífica en los respectivos territorios europeos, y con un sistema estratégico europeo que de nuevo amenazaba con un ciclo bélico, la búsqueda de la estabilidad en ambas naciones era un imperativo estratégico.

Ya se ha expuesto que cualquier duda en la situación de España supondría una diversión de los ajustados recursos franceses del, todavía hipotético, frente ante Alemania y de sus consecuencias²⁸⁷. Razón de más para buscar que no se produjesen más sucesos revolucionarios como los de Barcelona, poniéndose para ello todas las trabas posibles a sucesivas acciones españolas y animando al Majzén a solicitar la retirada española y a no llegar a más acuerdos con Madrid.

En este ambiente, Francia continúa con sus planes de intervención en Marruecos. El 24 de mayo ocupa Fez, capital de Marruecos hasta 1925, con lo que la posición española sufre un debilitamiento momentáneo. Lo cierto es que la situación de anarquía y falta de seguridad para los emprendedores europeos estaba demostrando lo difícil de la situación interior marroquí y la inoperancia del sultán, que tenía tan poco control del interior como su antecesor. Pero la respuesta del gobierno de Canalejas es sorprendentemente contundente, sobre todo teniendo en cuenta que en abril había habido un duro debate en las Cortes sobre el caso Ferrer, que había reavivado la controversia sobre el papel de las Fuerzas Armadas en política y sobre la intervención en Marruecos. España ocupa Larache, Alcazarquivir y Arcila. El mapa muestra lo acertado del movimiento. Se ocupa la costa inmediatamente al sur de Tánger y se bloquea

²⁸⁷ “En primer término, dada la rivalidad entre Alemania y Francia, que para esta última constituye una verdadera obsesión – no hay más que examinar la copiosa literatura a que ha dado lugar – nuestra entrada en la triple alianza atraería sobre nuestro país el odio francés, quintuplicado por el peligro de tener que cubrir los Pirineos a costa de su frontera este.”. Ramón del Rivero y Miranda, Conde de Limpías. *Opus cit.*, pág. 225.

desde Alcazarquivir el acceso sur – norte hacia la plaza, es decir se configura un bloqueo sobre cualquier penetración francesa hacia la embocadura oeste del estrecho de Gibraltar, zona de evidente interés geopolítico español. El movimiento sorprendió a los franceses quienes esperaban poder continuar el avance hacia el norte y acabar por limitar la presencia española a las inmediaciones de las plazas de soberanía o incluso a sus simples límites.

La sorpresa que la reacción española produjo en Francia²⁸⁸, que hasta ese momento creía que la situación interior anulaba cualquier acción exterior, llevó al gobierno galo a pensar que había un entendimiento secreto germano – español por medio.

En ese momento acontece el incidente del cañonero “*Phanter*”, que Alemania envía para proteger a sus nacionales ante la crisis de orden público en Marruecos, pero con la intención de establecer una estación naval si las circunstancias se lo permitiesen, y que va a complicar las relaciones exteriores españolas de forma sorprendente. El movimiento español desconcierta tanto a los franceses, que lo creen concertado con Berlín, como a los alemanes, quienes piensan que se trata de una maniobra conjunta franco–española para desalojar a los intereses germanos de Marruecos. El asunto, que demuestra lo peligrosa que se había convertido la situación en Europa y cómo un incidente menor podía desembocar en una guerra general, acabó forzando la toma de posición de Gran Bretaña, que se alineó públicamente con Francia e hizo que Berlín no quisiera seguir adelante con las reclamaciones en Marruecos y desistiese de su pretensión de situarse frente a las Canarias. Hay que señalar que Agadir era entonces el puerto mejor construido de la costa atlántica marroquí y el punto intermedio ideal, si no podían ser Santa Cruz o Las Palmas, para la comunicación entre Alemania y las posesiones alemanas del Golfo de Guinea. Sin embargo Alemania no quiso renunciar sin compensaciones que tuvieron repercusiones para España.

²⁸⁸ El que fue en esos años ministro de Interior y primer Ministro francés Joseph Caillaux recordaba en sus Memorias:” Pero he aquí un curioso incidente. ¡He aquí que España también ordena un movimiento militar! ¡He aquí que ocupa las ciudades de Larache y Alcázar! ¿He aquí que cierra el camino de Tánger a Fez!”. Joseph Caillaux, *Mes mémoires. Vol. II: Mes audaces. Agadir*. PLON. Paris. 1943, pág. 67.

En una negociación bilateral con Francia y al objeto de evitar aparecer como perdedor absoluto, Berlín reconoció a Francia, y a España por añadidura ya que no se permitió ninguna representación diplomática española en las conversaciones, el exclusivo derecho a la intervención militar y política en Marruecos a cambio de concesiones territoriales en el Golfo de Guinea, ampliando sus posesiones en Togo y el Camerún a costa del África Ecuatorial Francesa. Alemania conseguía ampliar su “lugar al sol” pero perdía cualquier posibilidad de acuerdo con Gran Bretaña, que les había cedido los territorios iniciales para evitar intentos de adquisiciones territoriales en Nigeria.

A partir de este momento, 1912, Francia, sin ningún obstáculo más que la oposición que pudiese encontrar en diversas instancias de la sociedad marroquí, se lanzó sin tapujos a la “incorporación” de Marruecos a la estructura colonial francesa subordinando a sus estructuras administrativas las del *Majzén*. Había llegado el momento del Protectorado. La repartición definitiva en la zona norte, la sur de Cabo Juby permanece inalterable, reduce aún más el territorio asignado e España, no ya de interés sino de responsabilidad, alcanzándose la delimitación que se mantendrá hasta 1956. La intención inicial de Francia al prever este movimiento era la desaparición de cualquier zona española, ocupando hasta las inmediaciones de las plazas españolas. En este caso se aceptaba la posibilidad de una reacción alemana, que siempre podría contestarse con el razonamiento de la compensación por los territorios de África ecuatorial cedidos a Berlín.

Las consecuencias para España quizás no habrían sido muy graves en el orden interno. Nadie ha reconocido nunca lo acertado de la acción de Canalejas, pero la existencia de un Marruecos enteramente francés, que habría incluido la zona de Tánger, último deseo de Francia desde que comenzara la cuestión de Marruecos, habría supuesto el cerco francés al territorio metropolitano español y la capacidad de influir, e incluso de amenazar, por parte de Paris, más allá de lo deseable. Como predijo León y Castillo:

“La cuestión de Marruecos se resolverá en breve con nosotros o sin nosotros, y en este caso, contra nosotros.”²⁸⁹

²⁸⁹ Fernando León y Castillo. *Mis tiempos*. Editorial del Cabildo Insular de Gran Canaria. 1978 Tomo II, pág. 144. Citado en Carlos Seco Serrano. *Opus cit.*, pág. 242.

Finalmente nos encontrábamos firmemente comprometidos en la estabilidad de los flancos del territorio español, con la tarea por delante de establecer la garantía desde las Baleares a las Canarias pasando por nuestras costas de Levante y sur peninsular. Esta necesidad geopolítica, pilar de cualquier posterior formulación estratégica, supondría una losa en la popularidad de la monarquía de la Restauración y una excusa para sus enemigos. La política exterior implicaba el riesgo en la interior pues, como se había demostrado en 1909, no era una tarea que atrajese a las masas y cualquier revés en Marruecos tendría necesariamente consecuencias en España. Es el riesgo que Francia calculó, equivocadamente, que Madrid no iba a aceptar precisamente porque se habían visto las consecuencias de los errores gubernamentales en la gestión del problema marroquí.

No es posible saber si se hubiesen sorteado crisis y problemas que acontecieron después en la vida política española; lo que si es que antes y después del Protectorado las realidades geográficas y políticas que configuraban el entorno estratégico español permanecieron constantes y lo único que no cabía era ignorarlas.

Para comprender la cuestión marroquí es preciso realizar aquí una recapitulación teórica que ayude a comprender el desarrollo de los acontecimientos y los puntos de vista políticos españoles. El establecimiento de alguna forma de intervención española en Marruecos estaba previsto en el artículo 3º del acuerdo hispano – francés de 1904.

“En el caso de que el estado político de Marruecos y el gobierno *xerifiano* no pudieran ya subsistir, o si por la debilidad de ese gobierno y por su impotencia persistente para afirmar la seguridad y el orden público, o por cualquier otra causa que se haga constar de común acuerdo, el mantenimiento del *statu quo* fuera imposible, España podrá ejercitar libremente su acción de común acuerdo en la región delimitada en el presente artículo, que constituye desde ahora su zona de influencia”²⁹⁰.

²⁹⁰ Victor Morales Lezcano. *Opus cit.*, pág. 109. El autor cita el artículo del Tratado de 1904 desde: J. López Oliván: *Legislación aplicable en la Zona del Protectorado español en Marruecos*. Madrid 1931. Tomo I.

España va a pasar de una “zona de influencia” concepto vago y sin estructura jurídica que solamente implica el reconocimiento de la estructura geopolítica de los intereses y estrategia españoles y la aquiescencia de los actores estratégicos implicados en que se tomen las medidas oportunas en cada momento, que pueden ser ninguna, a una responsabilidad jurídica contractual con la nación a la que se protege, cuyas rentas administra y de cuyo orden interno y representación de sus intereses en el extranjero pasa a ser responsable el protector, ante el protegido y ante la comunidad internacional que reconoce esta situación. Distinto es el régimen jurídico de una colonia, sometida a unas leyes distintas a las que la potencia colonizadora aplica en su territorio y cuyos naturales no tienen carta de ciudadanía de aquélla, siendo súbditos y nunca ciudadanos.

España no obtiene pues una colonia, no puede realizar una administración ignorando a las autoridades locales, que en el caso del Jalifa de Tetuán divide sus atribuciones con el Alto Comisario. Estas peculiaridades jugarán contra España, que se verá enfrascada en una penosa pacificación, una mediatización constante por Francia y en menor medida por el Reino Unido y una larga administración de la paz que nunca compensará sus gastos²⁹¹. El primero en señalar esta inconsistencia económica será Cambó. Para él, en un acercamiento de la Lliga al intervencionismo en Marruecos, hasta entonces inédito, posiblemente por la aprobación en 1913 de la Mancomunidad, señala, con una lógica no exenta de ingenuidad que: “No abandonemos a Marruecos. Dejémoslo en abandono.”²⁹². Empeñar casi una tercera parte del presupuesto anual en Marruecos no lleva a ninguna parte, España carece de las capacidades de todo tipo que posee Francia, luego lo mejor que se puede hacer es mantener la situación del momento. Exactamente lo que, ni desde una estrategia asentada en una visión geopolítica ni desde la perspectiva del Derecho Internacional se podía hacer²⁹³.

²⁹¹ Para un análisis rápido de los presupuestos consultar las tablas que presenta Ramón Salas Larrazabal en: *Opus cit.*, Cuadros 10 y 11; págs. 232 y 233.

²⁹² Diario *España Nueva*, 22 de mayo de 1914.

²⁹³ Andréé Bachoud. *Los españoles ante las campañas de Marruecos*. Espasa Universidad. Madrid. 1988, pág. 310. La autora reconoce que aunque es probable la relación entre

5.3. La Primera Guerra Mundial

5.3.1. El camino a la guerra

Entre el final de las Crisis Marroquíes y el comienzo de la Gran Guerra se extiende un periodo de tiempo en el que España, en el aspecto estratégico, mantiene las dos miras. Por un lado intenta, pese a su alineamiento cada vez más claro en la órbita de la Entente, mantener una política de no molestar y de no alentar a ninguno de los actores fundamentales del sistema estratégico europeo y por otra se empeña, con poco entusiasmo y menos éxito, en la ocupación efectiva del territorio que le había sido asignado en el Protectorado de Marruecos.

Los acontecimientos entre 1907 y 1914 en Europa estuvieron, para España, siempre unidos a la situación doliente del imperio marroquí, que repercutiría de forma inesperada y directísima sobre el sistema de la Restauración con el episodio de la Semana Trágica; para formar el escenario estratégico en el que tuvieron que moverse los gobiernos de Maura, Moret, Canalejas, García Prieto, Romanones y Dato.

La solución del Protectorado en 1912 había limado las asperezas con Francia, sellándose el fin de los problemas con la visita de Alfonso XIII a París en mayo de 1913, en el curso de un viaje regio más amplio, devuelta por el presidente Poincaré en octubre. Francia obtenía una cordialidad española que para la estrategia francesa era crítica en el teatro europeo y España veía alejarse el espectro de acabar limitando con Francia en Ceuta y Melilla. El viaje significó el estrechamiento de la posición española como próxima al eje franco – británico, llegando en la escala vienesa a decirle al canciller austriaco Berchtold que estaba «resuelto a permanecer al lado de Francia e Inglaterra». Según las propias palabras del monarca, pesaba en su ánimo el recuerdo de la inexistente

Mancomunidad / Marruecos en la postura de los regionalistas catalanes no puede establecerse de forma categórica.

“solidaridad entre las monarquías” durante la crisis hispano – norteamericana. En general el resultado del viaje fue que:

“España no podía deducir ningún beneficio, aun ofreciendo su cooperación a unos y otros. Dato aprovechó la regia decepción para afirmarse en su neutralismo – que, a la larga había de demostrarse enormemente beneficioso para el país.”²⁹⁴.

El asunto portugués todavía permanecía en estos momentos en la agenda de Madrid, ya que la inestabilidad política y la violencia eran las notas dominantes de los primeros años del régimen republicano. No había intención de intervenir en Portugal salvo que la situación se descontrolara de tal forma que amenazase a España, pero el Reino Unido dejó muy clara su postura enviando una flota a Lisboa en octubre de 1913, durante la segunda serie de conversaciones entre España y Francia. Londres no permitiría ningún menoscabo de Portugal en Europa ni sus colonias, aunque en Lisboa, con un inicial aislamiento internacional al cambio de régimen, siempre temieron que Gran Bretaña, pese a su secular alianza, estuviese tentada de usar parte el territorio portugués como moneda de cambio para atraer a España a su bando o llegase a un acuerdo con Alemania para repartirse sus posesiones africanas. El estallido de la Primera Guerra Mundial y la neutralidad española pusieron fin a estas especulaciones²⁹⁵.

²⁹⁴ Carlos Seco Serrano. *Opus cit.*, pág. 340.

²⁹⁵ “Desde que Portugal se convirtió en una república sus relaciones internacionales eran difíciles, porque las principales potencias, generalmente monárquicas, rechazaban el cambio en el país luso. Las relaciones con el Vaticano se habían roto a causa del mal trato a la Iglesia. España había apoyado de manera más o menos abierta a los contrarrevolucionarios monárquicos y la diplomacia de Alfonso XIII buscaba apoyos en Francia e Inglaterra para realizar una política «iberizante» en la Península. Alemania también tenía sus ojos puestos en las colonias portuguesas e intentaba convencer a Londres para hacer un reparto del imperio portugués en África. Los políticos portugueses sabían del doble peligro español y colonial y sabían que Inglaterra podía usarles como moneda de cambio para ganarse aliados en Alemania y en España, aunque históricamente la alianza inglesa había sido una garantía de los intereses nacionales e incluso de la independencia del país, pero los portugueses eran conocedores de que se trataba de una relación basada en una profunda desigualdad. La Crisis del Ultimátum, el acuerdo anglo-alemán sobre las colonias de 1898 y las transigencias desde octubre de 1910 con las aspiraciones alemanas y españolas eran una prueba de la situación de peligro que se vivía. El estallido de la guerra de 1914 despejó las posibles dudas. El enfrentamiento entre Inglaterra y Alemania conjuró el peligro de un hipotético reparto colonial y la neutralidad española interrumpía los progresos en el acercamiento entre Madrid y la Entente.”. Maria Isabel Espiñeira Castelos. *Apuntes de Historia Contemporánea de Portugal*. Bubok Publishing S.L. Madrid. 2010, págs. 66 y 67.

En Marruecos, a partir del establecimiento del Protectorado, la situación en la zona asignada a España había ido mejorando al empezar a dotársela de una organización administrativa que superaba la simple presencia militar cuando aparecía un peligro. Se creó la Alta Comisaría, réplica de la Residencia General francesa²⁹⁶, a la que se supeditaron las Comandancias Generales de Ceuta, Melilla y la recién creada de Larache, nombrándose al General Alfau como primer Alto Comisario. De forma paralela se estableció una autoridad marroquí, el Jalifa, representante del Sultán en el Protectorado español, cuyo primer ocupante fue Muley el Mehdi ben Ismael ben Mohamend, miembro de la familia real y con tradición familiar en el gobierno de las provincias del norte, estableciéndose la capitalidad en Tetuán, cosa que afortunadamente se consiguió sin violencia. Por lo demás y hasta 1914 continuó el avance en la penetración española hacia el interior, llegándose tras la denominada campaña del río Kert en la zona de Melilla a Monte Arruit en 1912, y ejerciéndose desde las posiciones recientemente alcanzadas una labor de atracción y garantía del orden pacífico de la vida según las costumbres y leyes locales. Lo cierto es que empezaba a notarse el disgusto por el coste económico y el desgaste social que suponía la presencia, y las bajas inevitables en las tropas de reemplazo.

Un resquicio en el régimen del Protectorado fue el estatuto internacional de Tánger. España veía cómo el puerto más importante de la costa sur mediterránea se le sustraía a su entero control, convirtiéndose de inmediato en un foco de todas las resistencias a la presencia española. Baste considerar que fue a esta zona donde se retiró inicialmente un jefe local, Muley Ahmed Ben Mohamed *el Raisuni*, el mismo del asunto Perdicaris ya mencionado, que pasaría de Baja de Arcila a combatiente contra la autoridad del Majzén al no ser nombrado Jalifa pese a la recomendación del entonces Coronel Fernández Silvestre. *El Raisuni* pronto fue captado por las redes conspirativas alemanas efectivamente asentadas en el limbo tangerino. Maura, ya fuera de la jefatura del partido Conservador, en el discurso pronunciado en el Teatro Real de Madrid el

²⁹⁶ En general, la estructura de la administración española del Protectorado fue una réplica de la francesa debido a la falta de precedentes. Sobre todo la administración Jerifiana en el conjunto de la zona norte era algo único en la historia de Marruecos.

21 de abril de 1915, retrataba así su experiencia y su opinión sobre la situación de la plaza:

“En 1907, entre consentir que se debilitase el derecho y la necesidad de España, de estar en Tánger, preferí no entenderme con el gobierno francés [...] y la realidad está demostrando una cosa que ha sido siempre evidente para mí, y es que con la zona internacionalizada, o como se llame, anárquica, con la zona asignada alrededor de Tánger, España no puede cumplir con su misión en su propia zona.”²⁹⁷.

El principal problema de España en Marruecos en este momento fue que la aproximación a la situación partió de una posición de debilidad estructural. No se quería ofender a las autoridades, desde el *kaid* más humilde hasta el *Jalifa*, para no provocar reacciones violentas, y a su vez esta postura contemporizadora era percibida por los líderes locales marroquíes, verdaderos detentadores del poder, como una debilidad que incitaba a la respuesta armada a cualquier actuación española que ellos juzgaran desfavorable a sus intereses o a sus creencias.

Por otra parte, la tensión en Europa se deslizó hacia la cuenca mediterránea oriental, donde a los esfuerzos por evitar la salida al mar de Serbia²⁹⁸ (ultimátum para que se retire de Albania y anexión griega de Tracia) se suman los golpes al Imperio Otomano de Austria en 1908 con la anexión de Bosnia – Herzegovina, de Italia en 1911 apoderándose de Libia y las dos Guerras Balcánicas que dejan reducida la Turquía europea a la denominada Tracia oriental. Europa iba a ir a la guerra, como lo pronosticara acertadamente Bismarck, por un asunto en los Balcanes. Lo que acabó sucediendo en 1914 con el atentado en Sarajevo, fruto de la frustración serbia ante el cerco a que le sometía Austria – Hungría.

²⁹⁷ Antonio Maura. *Tres discursos de Maura sobre Política Exterior*. Edición a cargo de los “Amigos de D. Antonio Maura en el centenario de su nacimiento”. Madrid. 1954, pág. 33.

²⁹⁸ Para una descripción detallada de los movimientos estratégicos y el sentimiento “germanista” en Alemania y Austria – Hungría ver: Martin Gilbert, *“La Primera Guerra Mundial”*, La Esfera de los Libros. Madrid. 2004, págs. 31 a 43.

5.3.2. La situación estratégica durante la Gran Guerra

La guerra tuvo escaso impacto en la estrategia española, que siguió estando volcada en la situación interior y en Marruecos en busca de la “penetración pacífica”. Se siguió buscando el equilibrio entre los dos bloques, acordar con la Entente pero sin ofender a los centrales. Así, la declaración de neutralidad se vio como la continuación lógica de la política española de los últimos diez años. Una cosa era actuar coordinadamente con Francia en Marruecos y otra participar en una contienda para recuperar Alsacia – Lorena, sostener a Serbia o defender a Bélgica y Luxemburgo de la invasión alemana. Como, por otra parte, el territorio continental español no estaba amenazado, bastante tenían los contendientes con el frente occidental, y las islas más que amenazadas por el Reino Unido estaban entonces garantizadas por él, la política más inteligente, y a la que todos se aplicaron fue la de aprovechar las oportunidades económicas que la guerra, ofreciese y resistir cualquier provocación por parte de algún contendiente. Estas vinieron mayoritariamente de parte de los centrales con las intermitentes campañas submarinas que tuvieron algún impacto en el tráfico mercante español²⁹⁹ y la acción de los agentes alemanes que pretendían aprovechar la inestabilidad marroquí para que el Protectorado francés supusiese una rémora en el esfuerzo bélico de Paris, pero que no dejaba de afectar negativamente a la situación de la zona asignada a España.

Vemos pues cómo el Eje norte de la geopolítica queda anulado debido tanto a la magnitud del conflicto que se desarrollaba en el espacio europeo como por la incapacidad material para participar en él de forma significativa, y las tensiones que sin duda hubieran producido las pérdidas que habríamos sufrido sin un motivo claro ni una compensación clara que ofrecer a la sociedad que iba a soportarlas. Incluso la situación peninsular, el interés capital de la estrategia

²⁹⁹ Para una descripción pormenorizada de las acciones navales alemanas en aguas españolas o contra mercantes nacionales consultar: Jesús Perea Ruiz. *Guerra submarina en España (1914-1918)*. UNED. Espacio, Tiempo y Forma Serie V, I-I.- Contemporánea, t. 16. 2004, págs. 193 a 229. Es de destacar como el gobierno español siempre temió que si incautase los barcos mercantes alemanes internados en puertos españoles de acuerdo a la legislación internacional, como había hecho Portugal, le correspondiese Alemania con la ruptura y la declaración de guerra como le había sucedido al gobierno de Lisboa.

española, estaba mediatizado por influencias extranjeras aunque con carácter de admonición y no de amenaza. El Eje sur se configura como el único en el que pueden sobrevenir ventajas o serios inconvenientes si no se atendía correctamente, ya que Alemania no dejaría de actuar sobre los pueblos sometidos a las potencias de la Entente para socavar su esfuerzo en Europa y Marruecos era una de las zonas con mayor influencia germana desde las crisis.

Todavía en 1914 hizo Dato un curioso llamamiento, ignorado por que aunaba a la más estricta lógica geopolítica la absoluta imposibilidad política del momento. En unas declaraciones al corresponsal del periódico vienés *Die Zeit*, proponía una alianza de naciones mediterráneas: España, Francia, Italia, Albania, Austria y Grecia como un paso más allá de la política de bloques entonces existente porque:

“La entente real parece más indicada entre las citadas potencias del Mediterráneo central, como garantía completa de prosperidad y paz”³⁰⁰.

Lo cierto es que esa hubiera sido un alineamiento para Austria, entonces potencia ribereña con una marina nada despreciable, e Italia, más lógico, y la geopolítica mediterránea hubiera sustituido a la centroeuropea. Para Francia, Alemania seguiría siendo la suprema razón estratégica en cuya dialéctica se jugaba el ser, pero el Mediterráneo era el espacio en que, debido a su extensión colonial, se jugaba el día a día. Pero lo más significativo, estratégicamente hablando, era otra de sus afirmaciones:

“El problema marroquí es de índole ante todo nacional, y su desarrollo no ha de influir en modo alguno la política exterior de España”³⁰¹.

Dato manifestaba aquí tanto una voluntad como una esperanza. La cuestión de Marruecos está cerrada por los acuerdos de 1912 y ya es, en la zona que le corresponde, asunto de España y ni los avatares europeos van a influir en

³⁰⁰ Carlos Seco Serrano. *Opus cit.*, pág. 340.

³⁰¹ *Ibidem*, pág. 340.

nuestra acción ni vamos a permitir a nadie que se inmiscuya en ella. Dato sabía que eso no era posible³⁰² pero trataba de enviar un mensaje de firmeza a los actores del sistema estratégico europeo.

A la serie de declaraciones de guerra entre las naciones que se sucedieron a partir del 1 de agosto de 1914, España respondió, durante todo el conflicto, con las correspondientes manifestaciones de neutralidad en la *Gaceta de Madrid*. Existió la tentación de buscar un punto intermedio, al menos formal, sin llegar a la “no beligerancia” de futuras ocasiones, pero Dato comprendió que cualquier cosa que no fuera la neutralidad podría, y de hecho sería, interpretada como beligerancia por el bando que no se viera tratado con igualdad. A esto siguió el no variar el despliegue de las fuerzas armadas en la Península, lo contrario, un despliegue defensivo en los Pirineos o en la costa andaluza, hubiese sido interpretado por los franco – británicos como un acto de hostilidad y hay que recordar que si durante la Guerra Hispano – norteamericana no se permitió por Gran Bretaña la fortificación de la Bahía de Algeciras, menos se hubiese consentido en este momento sin alguna consecuencia para España³⁰³. Si, como ha quedado expuestos, la actitud y los poderes de Alfonso XIII resultan

³⁰² “Claro es que la adopción de una política exterior determinada, obliga siempre a eso; como dijimos en el preámbulo, la elección de amigos lleva aparejada la elección de enemigos, pues en este como en otros muchos aspectos de la política, la pretensión de quedar bien con todos no suele conducir a nada práctico. Pero es el caso que el desenvolvimiento del problema marroquí, y la forma en que ha cristalizado su solución ha creado entre Francia y España algo más que una simple comunidad de fronteras; no es solo que hayamos aumentado la frontera común del Pirineo con una dilatadísima que se extiende del Muluya hasta la costa marroquí del Atlántico, es que se ha echado los cimientos de una cooperación forzosa impuesta por una comunidad de intereses en todos los órdenes, contrapuestos unos y otros conciliables, que solo un alto espíritu de transigencia y de buena voluntad por ambas partes pueden ir conciliando.” Ramón del Rivero y Miranda, Conde de Limpías. *Opus cit.*, págs. 225 y 226.

El autor, que finalizó la redacción en marzo de 1914, menos de seis meses antes del desencadenamiento de la I Guerra Mundial, expone de forma directa la hipoteca que para la política exterior de España supone Marruecos y cómo en el caso de tomar partido por los centrales, en caso de una guerra que ya se veía en el horizonte, las consecuencias para España serían desastrosas.

³⁰³ “Parecía aludir a la Gran Bretaña Salvador Canals cuando en sus «Propósito de política exterior» (1) [Revista *Nuestro Tiempo* de 1902.Madrid. Tomo II, páginas 250 – 253], decía «No ha de parecer imposible que, al estallar una guerra, quiera la nación X ocupar, más o menos temporalmente, determinados puntos de nuestras costa o de nuestros archipiélagos, ya porque sí, ya porque no esté segura de podamos defenderlos frente de la nación Z.” Alberto Mousset. *Opus cit.*, pág. 277. Se trata de comentarios finales de su prologuista el Conde de Romanones. Como se ve el temor de una ocupación preventiva, por parte fundamentalmente de Gran Bretaña, de una parte del territorio español era una posibilidad sentida en el momento.

determinantes en la política exterior española en algunos momentos, su decidida simpatía por las potencias de la Entente antes de la guerra no fue obstáculo para que apoyase la neutralidad³⁰⁴.

Estas decisiones no fueron apreciadas por todos, como si cupiesen otras posibles. El famoso editorial del *Diario Universal* titulado “*Neutralidades que matan*”³⁰⁵, atribuido a la influencia del conde de Romanones, demuestra cómo en la opinión más proclive a la Entente, los aliadófilos, había el regusto de que se podía, y debía, hacer algo más. El razonamiento de Dato sobre la neutralidad no puede resultar más acertado:

“Una vez más convinimos en que no nos hallábamos en condiciones de adoptar en ningún caso una actitud belicosa, pues aparte de que ello pondría de manifiesto nuestra falta de medios y preparación militar para la guerra [...] Con solo intentarla arruinaríamos a la nación, encenderíamos la guerra civil y pondríamos en evidencia nuestra falta de recursos. Si la de Marruecos está representando un gran esfuerzo y no logra llegar al alma del pueblo ¿cómo íbamos a emprender otra de mayores riesgos y de gastos iniciales para nosotros fabulosos?”³⁰⁶.

Vemos pues aquí la clara conciencia de la limitación de los medios nacionales para afrontar la participación en el conflicto europeo y una declaración de que Marruecos seguía siendo costoso e impopular a la vez y que con el empeño del Protectorado las energías nacionales, materiales y del régimen político ya estaban suficiente empeñadas. Y sin embargo la nota, sin fecha, se pone en la

³⁰⁴ “La actitud del rey Alfonso XIII es enormemente conocida. Tuvo una importante labor humanitaria, convirtiendo el Palacio Real en un centro mundial de ayuda a los prisioneros de ambos bandos actuando como una oficina de enlace, etc.” Juan Carlos Pereira. *Introducción al estudio de la política exterior de España (siglos XIX y XX)*. Akal. Madrid. 1983, pág. 155.

³⁰⁵ El editorial, publicado el 19 de agosto y atribuido por Cambó a Pérez Caballero, razonaba que dada la proximidad estratégica y económica española con Francia, Gran Bretaña y Rusia, la victoria de Alemania no podría dejar de resultar negativa a pesar de ser neutrales y, por el contrario, si la victoria se decantaba por la Entente, España no tendría voz ni voto en la reordenación del mapa que sin duda seguiría a la derrota germana, lo que así sucedió. El editorial finalizaba: “La suerte está echada; no hay más remedio que jugarla; la neutralidad no es un remedio; por el contrario, hay neutralidades que matan.”.

³⁰⁶ Archivo Dato de la Real Academia de la Historia. Citado por Carlos Seco Serrano. *Opus cit.*, pág. 344.

circunstancia de una presión que tomase “caracteres conminatorios”³⁰⁷, se supone que por parte de Francia y el Reino Unido se debatirían públicamente, ateniéndose a los resultados que podrían darse, o la participación abierta en el conflicto o la resistencia por todos los medios a dichas presiones, lo que podría acabar llevando a una situación similar a la griega cuando pese a su neutralidad fue arrastrada al conflicto por la presión franco – británica, produciéndose un cisma político que se arrastró durante décadas.

Lo cierto es que el desarrollo de la campaña en el oeste, con su estancamiento en el invierno de 1914, proporcionó a España un respiro al mantener un frente alejado e impedir a Francia ninguna empresa a gran escala fuera de la defensa y recuperación del territorio propio. Ninguna conminación al gobierno español era creíble dado que los aliados carecían de medios para llevarla a cabo. Se aprovechó la situación del año 1916, el de las grandes batallas de Verdún, el Somme y Jutlandia, para completar el establecimiento del protectorado con la ocupación de su porción sur:

“Quedó completada la ocupación de Rio de Oro con la toma de posesión de Cabo Juby, en la costa occidental de África a 100 kilómetros de la isla de Fuerteventura, que realizó el teniente coronel Bens, delegado del Alto Comisario de España en Marruecos, el 28 de julio de 1916. La extensión de la nueva posesión española en el oeste del Sahara era de 95.000 kilómetros cuadrados. La costa tenía una longitud de 440 kilómetros y se enlazaba sin interrupción con la de Rio de Oro.”³⁰⁸

En realidad, lo que hacía este territorio era definir la extensión por el sur de Marruecos ya que más que añadir territorio a los dominios de Rio de Oro, lo que hacía era precisar unas realidades políticas que, hasta ese momento, no habían estado claras y que seguirán siendo objeto de conflicto hasta el presente.

307 “De la neutralidad solo nos apartaría una agresión de hecho o una conminación que se nos dirigiera en términos de ultimátum [...] Ni lo uno ni lo otro es de temer.” Archivo Dato de la Real Academia de la Historia. Citado por Carlos Seco Serrano. *Opus cit.*, pág. 344.

308 Alberto Mousset. *Opus cit.*, pág. 127.

En la Gran Guerra solo el caso griego presenta algunos paralelismos con el español, pero el desembarco en Salónica, y la ruina de Grecia, fue posible porque se aprovecharon las tropas de la desafortunada campaña de Gallipoli dada la proximidad entre ambos escenarios, amén de la existencia de un tratado greco – serbio que obligaba a algunas medidas ante la amenaza, que se hizo realidad, de la ocupación total del territorio serbio por los centrales. Ni la Península Ibérica ofrecía la misma proximidad a un gran despliegue de la Entente, salvo que se desguarneciesen las colonias, ni ninguna justificación estratégica o política blanquearía el atropello y a los que lo apoyasen. Solamente cabía una posibilidad y era que el curso de las operaciones llevase el escenario de la guerra al escenario mediterráneo ante la parálisis en el frente occidental.

Si, como Maura temía, la guerra se desplazaba al Mediterráneo, al occidental, o al área del Estrecho nuestro “desvalimiento marítimo” se haría palpable y estaría España a merced de las potencias que se enfrentasen en nuestras aguas y de sus necesidades en tal eventualidad. Afortunadamente, dada la incapacidad de Alemania y sus aliados de operar en el Mediterráneo con flotas de superficie que pudiesen proyectar su poder sobre territorios lejanos y verse reducidos a la campaña submarina, así como la neutralidad inicial italiana, mantuvieron la guerra fuera de nuestro entorno estratégico más próximo.

Hubo un asunto que estuvo a punto de convertirse en un motivo de intervención, si bien no hostil, británica en asuntos aun hoy extraordinariamente sensibles para la geopolítica y las opiniones de España y Gran Bretaña. Se trata de la idea de permutar Gibraltar por Ceuta que fue estudiada por los británicos entre 1917 y 1919. El estudio inicial partía de la base de que la defensa del Peñón contra un ataque terrestre con los medios de la época era imposible. La conclusión fue que el dominio del estrecho era igual de efectivo si se poseía una base naval en cualquiera de las dos orillas, pero existía el problema de que por el Acuerdo Mediterráneo de 1907 la costa marroquí no podía fortificarse sin aprobación de Francia y España, mientras que en Gibraltar nunca se había acordado restricción ninguna a las obras militares de cualquier tipo. Se oponían también consideraciones económicas, no era lo mismo tener acceso al mercado español que al marroquí ni se podía obtener mano de obra cualificada local como se

hacia en España. Lo cierto es que el proyecto fue abandonado, después de la única reunión del comité constituido al efecto y presidido por lord Curzon³⁰⁹.

La guerra afectó a España en todos los órdenes. En el económico produjo superávits, que eran una distorsión de la realidad económica y que no fueron aprovechados para inversión y generándose, por el contrario, inflación y alza de precios que afectó a las clases media y humilde y que tendría su reflejo en la crisis de 1917, considerada como uno de los hitos en el desmontaje del sistema canovista. Por otra parte, Madrid y Barcelona emergieron como centros seguros de transacciones comerciales y España fue el país preferido para encargarse de la custodia de los bienes que los contendientes debían abandonar en territorio enemigo. En el plano demográfico significó un retroceso por el aumento de la emigración y la mortalidad.

En general, la sociedad española, en todos los niveles económicos y educativos se polarizó entre aliadófilos y germanófilos³¹⁰. Pese a que la imagen negativa del Reino Unido, al que se le consideraba el causante de la decadencia española y a la suspicacia que despertaba Francia en amplias capas de la población por su apoyo al catalanismo y las maniobras para erosionar la posición española en Marruecos, los sectores más progresistas y liberales fueron aliadófilos convencidos y los conservadores, pese a la diferencia religiosa y la displicencia con que Alemania había siempre tratado a España, eran germanófilos de corazón³¹¹, quizás porque la católica Austria – Hungría era parte de los centrales

³⁰⁹ Para un relato exhaustivo de la cuestión consultar Bullit Lowry. *El indefendible peñón: Inglaterra y la permuta de Gibraltar por Ceuta, de 1917 a 1919*. Revista de Política Internacional. Nº 153. Madrid. 1977, págs. 195 a 204.

³¹⁰ "Luis Araquistain, joven periodista por entonces, formuló con su singular agudeza el tema: La opinión pública española ha pasado frente a la guerra por tres fases sucesivas, aunque no puedan separarse rigurosamente unas de otras: La primera es la fase que podríamos llamar deportiva. La guerra equivale entonces a un juego ¿Quién ganará? La segunda es la fase crítica. Entonces la guerra se eleva a un problema de derecho o de filosofía de la Historia. ¿Quién tiene razón? Tercera fase, la fase activa: Agitación en torno a la neutralidad, España no puede permanecer cruzada de brazos.". Rafael Calduch (coordinador). *La Política exterior española en el siglo XX*. Ediciones Ciencias Sociales. Madrid .1994. Capítulo 1. María Fuencisla Marin Castan. *La Política Exterior española entre la crisis de 1898 y la dictadura de Primo de Rivera*, pág. 35.

³¹¹ "Son germanófilos, por ejemplo, católicos que se echan en brazos de la luterana Alemania porque para ellos Francia solo evoca los decretos de expulsión, la ley de separación, el ateísmo del Estado y la masonería. Lo son no pocos militares, para quienes Alemania es el país en que el oficial goza de más consideración y donde el arte de la guerra reviste un aspecto de ciencia

y cuna de la reina madre y, sobre todo, por la imagen de orden, solidez y eficacia que la Alemania unificada había proyectado desde su establecimiento.

Otro aspecto de la situación bélica en Europa y la neutralidad española era la situación en que se encontraría España a la finalización de la contienda. Como argumentaba Maura, resumiendo un certero análisis geopolítico:

“España posee y ocupa en su interior y en su litoral y en sus fronteras cosas que no le interesan a ella sola, cosas que no pueden quedar “nullius”, cosas esenciales en la vida del mundo. El mundo va a quedar dividido en grupos de naciones [...] España no puede permanecer equidistante de todas [...] lo que del aislamiento quedara, eso caducó totalmente desde agosto de 1914[...] Cayó el sarcasmo ese de «correr en socorro del vencedor» [...] Es insensato esperar que aquellos mismos que nos detestan en Francia, en Inglaterra, en Alemania o en cualquier otra nación porque no peleamos a su lado, estarán dispuestos a galardonarnos después que hayan agotado sus sacrificios heroicos [...] El criterio de vencedores y vencidos no sirve para elegir la dirección de la política futura de España.”³¹².

Aparece aquí un verdadero sentido geopolítico, la posición geográfica de España en un contexto estratégico no solo va a interesar a España. No estamos aislados, por más que se desease, de lo que sucede en el resto del mundo. A nuestro alrededor, por más neutral que se proclame el gobierno, la realidad, en este caso la Primera Guerra Mundial, no va a dejar de interesarse por espacios y recursos que nos son propios o nos interesan también y para obtener lealtad es preciso ofrecerla, y pagarla. Es una clara visión de nuestra posición. Maura advierte que nuestra posición geográfica nos obliga a la órbita franco – británica y que podemos actuar como aliados o ser vistos como obstáculos, ni siquiera como enemigos. El fracaso en el acercamiento a las dos siempre supondrá un gran esfuerzo militar y económico para prevenirse de sus intentos de dificultar

trascendental, en oposición a Francia, que consideraban (¡!) como la patria del internacionalismo, del sabotaje y del antimilitarismo [...] Lo es, finalmente una parte de la masa del pueblo, influida por sus directores espirituales que explotan hábilmente los recuerdos, matizados de romanticismo, de las guerras napoleónicas.”. Alberto Mousset. *Opus cit.*, pág. 274.

³¹² Antonio Maura. *Opus cit.*, págs. 44 y 45. Las frases están entresacadas del discurso en Beranga (Cantabria), el 10 de septiembre de 1916.

cualquier rumbo favorable a los intereses españoles. El acierto en el análisis es rotundo y efectivamente cuando se acabó la guerra nuestra neutralidad no se vio recompensada, más bien nos mantuvo en el discreto ostracismo anterior a la espera de que otra crisis hiciese a los actores cortejar las ventajas de una España comprometida.

Es significativa la opinión del conde de Romanones, que será presidente del Consejo de Ministros en el momento del Armisticio en los momentos finales de la guerra, en los que expone una visión, que es la de los aliadófilos, sobre la estrategia española y, por consiguiente, el diseño deseable de sus relaciones internacionales:

“¿Cuál es la política tradicional de las potencias europeas hacia España? ¿Cuál es la de España hacia aquellas potencias? [...] Inglaterra sostuvo siempre con la nación ibérica relaciones de índole principalmente mercantil o práctica, sobre las cuales no cabe negar que se proyectó más de una vez la sombra del Peñón de Gibraltar [...] Ahora bien: estalló la guerra, y no fue Inglaterra, sino Alemania la que se adueñó de las aguas jurisdiccionales españolas, hollando reiteradamente y con el mayor desenfreno los derechos de soberanía de España. Política hispánica nunca la tuvo Alemania [...] Francia por el contrario está en conexión íntima y natural con España [...] Pero de no buscar el medio de aprovechar mutuamente su doble medianería – pirenaica y mogrebina – por vía de la amistad incurrirían en la enorme equivocación [...] Habiendo logrado poner a salvo sus intereses esenciales sin empeñar su libertad internacional, España quedó fuera de la conflagración europea y ni siquiera fue requerida por ninguno de los beligerantes.”³¹³.

Lo más significativo es que ese hacer de la necesidad virtud, buscando la recompensa de la abstención, pese a que se señala claramente el bando al que los intereses propios estarían más próximos, en vez la de la acción, va a ser la tónica de la estrategia española, siempre con un amplio consenso interno para lo primero y ayuna de medios para lo segundo. Va a ser la tónica general de la estrategia española durante la mayor parte del siglo XX, y siempre con las consecuencias que anticipó Maura. La recompensa de la neutralidad nunca

³¹³ Alberto Mousset. *Opus cit.*, págs. 277 - 282.

puede igualarse a la del que ha arrojado los riesgos de la intervención. Lo más que se ha obtenido de esta postura ha sido la ausencia de consecuencias negativas más que alguna positiva.

En el plano interno, eje y razón de ser de la estrategia española, el acontecimiento más importante del periodo de la Gran Guerra fue la crisis de 1917. El problema que se planteó a los ejecutivos de García Prieto y Dato fue triple: las Juntas de Defensa, el catalanismo y la huelga revolucionaria. Sin embargo, pese a las dudas en el primero, vacilaciones frente a los segundos y excesos en la resolución del tercero; el Ejército, uno de los pilares de la Restauración, se reveló como un actor opuesto a cualquier aventura revolucionaria por lo que se conjuró la huelga y se encaró con firmeza las pretensiones de reforma constitucional de la Lliga, que, a su vez, acabó recelando de los proyectos de los huelguistas. Tanto el Ejército como la burguesía catalana vieron en las convulsiones de Rusia un lugar al que de ninguna manera estaban dispuestos a llegar. Marruecos acabaría siendo el argumento definitivo contra las Juntas, que perderían todo su prestigio frente al sector "africanista" de Ejército; sin embargo, la fractura que sufrió la institución se prolongaría hasta la guerra civil.

5.4. De Versalles a la II República, 1919 – 1930

5.4.1. Marruecos, crisis y solución

La finalización de la Primera Guerra Mundial trajo consecuencia el cumplimiento de Maura antes citado. España se había salvado de las graves pérdidas humanas y del impacto económico que había supuesto para los participantes pero no había salido indemne. Además de las consecuencias de la triple crisis de 1917 la benevolente neutralidad, que había beneficiado implícitamente a los aliados, no tuvo ningún reconocimiento, en forma de asiento, durante las conversaciones que condujeron a Versalles, pretensión que hoy parece exagerada pero que en su momento entraba en los cálculos de Madrid. Al menos, el llamamiento de los nacionalistas vascos para ser reconocidos como pueblo sojuzgado no tuvo ninguna respuesta por el presidente Wilson, ni los franceses siguieron con su indisimulada simpatía por el nacionalismo catalán³¹⁴.

Inmediatamente a la firma el 11 de noviembre de 1918 del Armisticio de Compiègne, y antes que se iniciasen las negociaciones del Tratado de Versalles en las que lógicamente España no iba a participar, el 9 de diciembre, se crea la “Comisión para el estudio de la Sociedad de Naciones y la participación de España en la misma”. Lo que se aprobó finalmente, consiguiendo como todos los neutrales incluidos en el Anexo I del Tratado de Versalles: Argentina, Chile, Colombia, Costa Rica, Dinamarca, El Salvador, Países Bajos, Paraguay, Persia, Suecia, Suiza, y Venezuela, fue un asiento en la Sociedad de Naciones, con lo que se le daba un reconocimiento, bien es cierto que tímido, a su retorno al

³¹⁴ Como muestra de la cercanía que el catalanismo militante sentía hacia lo francés baste recordar los sucesos de Barcelona en los Juegos Florales de 1920. Dicho acontecimiento estuvo presidido por el Mariscal Joffre, de regreso a Francia tras hacer entrega al rey Alfonso XIII de la Cruz Militar francesa, catalán por haber nacido en el Rosellón, y acabó en una actuación de las fuerzas de Orden Público que arruinaron las relaciones de los políticos catalanes con el gobernador civil de Barcelona, conde de Salvatierra. Prudentemente Joffre declinó más homenajes y aceleró su viaje. Para un relato completo del incidente ver Jesús Pabón, *Cambó*. Alpha, Barcelona. 1952 – 1969. Tomo II, págs. 184 a 186.

“concierto internacional”³¹⁵. A su vez, significó una ratificación de la entidad territorial, incluida la legitimidad del Protectorado marroquí y de la posesión de los territorios africanos en el Sahara y el Golfo de Guinea, en el nuevo orden mundial.

Convencido de la importancia del momento y del nivel de los intereses que se iban a dirimir en la mesa de negociaciones, el conde de Romanones, Presidente del Consejo de Ministro y Ministro de Estado simultáneamente, viajó a París el 18 del mismo mes y se entrevistó con el presidente francés Poincaré y con el primer ministro Clemenceau e incluso con el presidente norteamericano Woodrow Willson, que era el ídolo del momento entre los nacionalistas vascos en sus reivindicaciones independentistas³¹⁶.

El asunto más importante que Romanones trataba de aclarar en estas entrevistas era la inevitable vuelta de Francia hacia los asuntos anteriores a la guerra, lo que implicaba retomar el acuerdo sobre el día a día en Marruecos, en palabras de Carlos Seco Serrano:

“Francia, en sus momentos de máximo triunfalismo, como gran artífice de la victoria, volvía a poner su mirada en Marruecos: no solo en Tánger, sino en un campo más amplio – el del Protectorado marroquí -. El país vecino miraba como letra muerta el Acta

³¹⁵ “Tas los acuerdos con las grandes potencias y la firma del Tratado de Versalles, España por ley del 14 de agosto de 1919, se adhiere al pacto de la Sociedad de Naciones y acepta las estipulaciones relativas a la Organización Internacional del Trabajo, consolidándose su adhesión el 10 de enero de 1920. La actividad española en la organización se llevó a cabo en dos niveles: Desde la Delegación en Ginebra, dirigida por Quiñones de León desde 1919 a 1931, verdadero artífice de nuestra política exterior, que jugó un papel clave en muchos aspectos de este periodo y desde la Oficina de España de la Sociedad de Naciones [...] Las actividades de España en la Sociedad de naciones a lo largo de este periodo (1919- 1931) se podría resumir en los siguientes puntos:

- El deseo [...] de ocupar un puesto en el Consejo Permanente [...] que provocó la retirada de España de la Sociedad de Naciones en 1926, volviendo posteriormente en 1928.
- El triunfo que consiguió España al incorporar como idioma oficial el español en 1920.
- El especial relieve que se quiso dar a la reunión del Consejo en San Sebastián.
- La importancia que tuvo la reunión en 1929 del Consejo de la Sociedad en Madrid.”.

Juan Carlos Pereira. *Opus cit.*, págs. 157 y 158.

³¹⁶. Para un estudio pormenorizado del nacionalismo vasco frente a la Primera Guerra Mundial, la doctrina del presidente Willson y la Sociedad de Naciones, consultar el estudio de Xosé M. Núñez Seixas “¿Protodiplomacia exterior o ilusiones ópticas? El nacionalismo vasco, el contexto internacional y el Congreso de Nacionalidades Europeas (1914-1937)”. Cuadernos de Sección. Historia-Geografía 23. San Sebastián. 1995, págs. 243-275.

de Algeciras y – reanudando la táctica que ya había desplegado en 1911 – aspiraba, en el fondo a desplazar a España de su menguada franja norteafricana.”³¹⁷

A partir de ese momento España ve cómo el Eje norte de su geopolítica se complica. Al desaparecer Alemania del sistema estratégico europeo ni Francia ni Gran Bretaña necesitan de España para ajustar el balance de fuerzas en el Mediterráneo, con lo que el tratamiento que recibe es mucho menos atento que cuando la presencia del II *Reich* la hacían necesaria para completarlo, como el caso del proceso que llevó al Acta de Algeciras.

Las aspiraciones francesas de hacerse con la totalidad de la zona española del Protectorado encontraban su personificación en el Residente General, el general (desde 1921 Mariscal de Francia) Héctor Lyautey. Lyautey siempre había considerado a Marruecos como un país con futuro donde la presencia europea tendría una corta presencia y donde había que realizar una tarea de modernización³¹⁸, forzosa si fuese necesario, que le permitiese un desarrollo autónomo y consideraba que España no cumplía su papel administrador con eficacia, por lo que había que limitar o eliminar su presencia en un territorio donde la potencia llamada a desempeñar una misión era Francia.

En suma, como dice Fernando Albi:

“Toda la política internacional hasta el advenimiento del Directorio Militar, se concreta en un solo punto, en una única preocupación: Marruecos. Más aún: toda la evolución interna de nuestra patria, política y económica, gira en torno a este problema quede un modo artificial absorbe en absoluto todas sus energías y todos sus esfuerzos en esa empresa no remuneradora.”³¹⁹.

³¹⁷ Carlos Seco Serrano. *Opus cit.*, pág. 488.

³¹⁸ “El mariscal no era popular en París, porque muchos banqueros, sociedades y colonos que querían explotar Marruecos habían recibido la negativa del permiso por parte de Lyautey. También era impopular entre los elementos izquierdistas, los cuales querían poblar Marruecos con un gran número de veteranos de la Primera Guerra Mundial, donde serían ayudados por la asistencia pública. Lyautey se hallaba entre dos fuegos; era un aristócrata, pero no quería que se explotase a los marroquíes.”. David S. Wool. *Abd el – Krim y la Guerra del Rif*. Oikus – Tau. Barcelona. 1971, pág. 218.

³¹⁹ Fernando Albi. *Opus cit.*, pág. 191.

Así pues, el final de la guerra en Europa había provocado un incremento en el ritmo de las operaciones para evitar las ya mencionadas ambiciones francesas³²⁰ y poder presentar ante París la imagen de responsabilidad y capacidad que permitiera afianzar la imagen de España en el nuevo panorama estratégico. Prueba de esta nueva orientación estratégica son los sucesivos cambios organizativos del protectorado, centrados en la figura del Alto Comisario y que finalmente le consagran, caso de ser un Oficial General, como comandante de todas las fuerzas españolas en el territorio incluidas las Comandancias de Ceuta y Melilla.

Necesitados de una acción resolutive por una parte y no queriendo provocar un conflicto social con el envío a Marruecos de más tropas y recursos, se estableció un concepto operacional que alternaba las acciones en las zonas occidental y oriental de forma sucesiva, de forma que la superioridad de recursos en cada momento y lugar abrumase al adversario y facilitase una victoria rápida. Pero la ejecución no se acomodó a los planes. Se decidió por Berenguer, Alto Comisario y por tanto responsable máximo de las operaciones, ejercer el esfuerzo principal en la zona Occidental entre 1919 y 1921, pacificando la Yebala, asegurando las comunicaciones Ceuta – Tetuán y siguiendo hasta el establecimiento de la autoridad en Xauen, arrinconando al *Raisuni* en Tazarut. Éste había aprovechado la guerra para jugar con la influencia alemana y a la vez llegar a acuerdos poco claros con España que perjudicaban a la autoridad del Jalifa de Tetuán, pero que resultaban prácticos en el momento. El fin de la guerra y de la posibilidad de equilibrios entre *Raisuni* y España, dada la actitud francesa, le puso frente a las capacidades militares españolas, que lo batieron

³²⁰ Además de lo expuesto en la nota nº 78 referente a lo aportado por Carlos Seco Serrano, Ramón Salas Larrazábal en su obra *El Protectorado de España en Marruecos*, refiere al respecto que: “Se trataba de un nuevo orden internacional y Francia ponía de nuevo sus ojos en Tánger, como lo hizo saber en el informe de la Sección de Marruecos del Quai d’Orsay, a la comisión que elaboraba el Tratado de Paz. Nuestros vecinos estaban dispuestos a librarse de las trabas del Acta de Algeciras y presionaron a Romanones para que nuestras tropas ocuparan toda su zona, lo que obligaba a replantear toda nuestra política africana, sobre todo en lo relativo a las relaciones con el Raisuni, al que en un principio se le suponía debilitado por la derrota de Alemania, aunque «no se podía dar un paso más allá de nuestra zona ocupada sin su consentimiento y sin exponernos a la guerra». *El Protectorado de España en Marruecos*. Fundación Mapfre. Madrid. 1992, pág. 141.

En la zona oriental el panorama había cambiado, por efecto de la Guerra Europea, desde el establecimiento de la seguridad de Melilla en la línea del río Kert en el ciclo de operaciones de 1911 - 1912. Había surgido un nuevo liderazgo, Abd el - Krim, nacionalista rifeño y, por tanto, opuesto a España y al *Majzén*. Era una persona que, sin embargo, procedía de la órbita cultural española. Si él había realizados estudios de derecho Islámico en Fez, su hermano, tras pasar por la Escuela Normal de Magisterio de Málaga, iniciaría estudios como ingeniero de minas en Madrid en 1917. Abd el - Krim se sintió, como otros líderes árabes tentado por la influencia alemana, que carecía de colonias en el mundo musulmán y que había tenido a Turquía como aliada en la guerra. Como consecuencia de una serie de imprudentes declaraciones nacionalistas y contra el Sultán fue encarcelado en 1917, pasando a la salida de su arresto a la acción decidida contra España.

Un asunto que ya se ha tratado, es el de la supuesta riqueza minera del norte de Marruecos y su explotación por España como causa del interés de círculos financieros españoles en la presencia, al menos, en las proximidades de Melilla. La familia de Abd el - Krim se movía en estos negocios³²¹ y la esperanza de una riqueza minera, nunca concretada, sostuvo las posibilidades de acuerdos con España, el *Majzén* o de la viabilidad económica de una República del Rif.

Animado por los buenos resultados de un sistema de penetración pacífica que estaba proporcionando extensiones de terreno considerables sin apenas bajas y creyendo muy reducidas las capacidades de Abd el - Krim, el general Fernández Silvestre, Comandante General de Melilla, adelantó el ciclo de las operaciones

³²¹ “El padre de Abd –el Krim siempre había estado al corriente de las posibilidades comerciales del Rif. Las prospecciones habían evidenciado que los depósitos de minerales del Rif encerraban cobre, antimonio y plata, además de yacimientos de hierro y plomo aún más valiosos que los explotados en el país de Beni Bu lfrur cerca de Melilla” David S. Woolman. *Opus cit.*, págs. 92 y 93.

Por otra parte, cuando Abd el – Krim se dirige al gobierno británico para explicar la posición del “gobierno del Rif” sobre la guerra con España le comunica que: “Si nuestra independencia queda asegurada, abriremos el país a la colaboración de extranjeros. Tenemos minas de cobre, de plomo y de carbón que deben ser explotadas por el capital extranjero, al que daremos la bienvenida, modernizando así nuestro territorio.”. Manuel Salas Larrazábal. *Opus cit.*, pág. 148. Estaba claro que la gestión de unas pretendidas riquezas mineras eran el cicate con que la familia Krim pretendía atraer la voluntad de los gobiernos europeos a su independencia.

en su zona llegando de forma limpia al río Amekrán, que Abd – el Krim consideraba su frontera militar³²². A partir de aquí los acontecimientos son adversos para Silvestre y el intento de retirada ordenada de las fuerzas de Annual sobre las posiciones de Ben Tieb y Dar Drius acaba en una derrota que se prolonga hasta el asedio de Monte Arruit y la presencia de las vanguardias de Abd el - Krim ante Melilla. Si bien la reacción militar fue fulminante y en enero de 1922 casi todo el terreno perdido se había recuperado, la cantidad de bajas, entre 9.000 y 13.000 según las fuentes, supuso un impacto notable en la opinión española que, sin llegar a provocar un cataclismo, si sacudió duramente el prestigio tanto del Ejército, una de las instituciones puntales del Régimen, como de la propia Corona, que se vio salpicada por insinuaciones de intromisión en la conducción de las operaciones.

Marruecos se había convertido en *el problema estratégico* en el sentido estricto de la palabra. A la acción exterior española se le oponía por la fuerza de las armas una voluntad que tenía en mente una situación final deseada completamente distinta y que, de imponerse, significaría un descrédito de tal envergadura que las consecuencias en el orden interno y exterior serían muy graves: crisis del régimen de la Restauración, y posiblemente su caída abriéndose una etapa de incertidumbre política y pérdida del crédito internacional como actor estratégico, siquiera de segundo orden, en Europa. Consecuentemente con esto, el Consejo de Guerra que tuvo lugar en la localidad malagueña de Pizarra, presidido por Maura como presidente del Consejo de Ministros, entre el 4 y el 6 de febrero de 1922 determinó el siguiente diseño operacional³²³:

- Operar en Yebala (la parte occidental) hasta reducir al Raisuni y en Gomara (entre Yebala y el Rif) cuando la actividad del hermano de Abd – el Krim lo permitiesen.

³²² “Se puede considerar que el punto de partida de todos los sucesos posteriores es la ocupación de Abarrán el 1 de junio de 1921, porque es donde se pone de manifiesto un fallo gravísimo de información”. Hugo O’Donell y Duque de Estrada (Coord.) *Historia Militar de España*. Tomo IV, Vol. II. Ministerio de Defensa. Secretaría General Técnica. Madrid. 2016, pág. 159. Juan Ignacio Salafrañca Álvarez. *Las campañas africanas*.

³²³ Manuel Salas Larrazábal. *Opus cit.*, pág. 152.

- Permanecer en la línea alcanzada en la zona oriental.
- Organizar y realizar un desembarco en la bahía de Alhucemas de forma independiente de las operaciones en los extremos del Protectorado.

A continuación se reorganizó la Alta Comisaría, dándole un carácter más civil³²⁴, constituyéndose en la región del Rif un “*amalato*”, especie de provincia, con la intención de atraer a Abd el - Krim a su gobierno y, por tanto, a la obediencia, siquiera nominal, de España y el *Majzén*. Se fracasó en el intento y con el tiempo la Alta Comisaría volvería a ser eminentemente militar, pero no antes de que se iniciasen conversaciones con los rifeños para conseguir la liberación de los prisioneros españoles, lo que los puso al mismo nivel de España o el Sultán, que concluyeron con éxito, lo que devolvió a España a los cautivos e ingresó 4.270.000 pesetas en la tesorería rebelde³²⁵. Finalmente, el mantener el plan Berenguer original de preminencia de la zona occidental envalentonó a Abd el - Krim, quien fue el verdadero liquidador de *Raisuni*, tras la derrota de este por las fuerzas españolas, y cuando dudaba a quien rendirse; como lo había sido, en su día, del *Roghi*.

Lo cierto es que se llegó más que a una simple rebelión, quizás por la presión de los acontecimientos, a un intento de secesión del territorio bajo el dominio de los Krim del Imperio Xerifiano³²⁶, lo que ponía a España en una encrucijada de

³²⁴ “Se implantaba el régimen civil en las comarcas pacificadas, en las que cesaría toda intervención militar, y se reduciría la acción del ejército a la «indispensable para dar en puntos estratégicos apoyo moral y dominio, y que asegure su acción cuando hubiere lugar y de una manera permanente». Ello implicaba el reconocimiento que asistía a los indígenas para regirse por sus propias leyes y autoridades «mediante la oportuna inspección del interventor civil que en cada caso se designe». En el nuevo sistema desaparecían las mías de policía indígena, y con ellas se constituían las mehalas jalifianas, que serían la base del futuro ejército marroquí” *Ibidem*, pág. 153.

³²⁵ Para un estudio pormenorizado de asunto de los prisioneros y su rescate ver: José María Marín Arce. *El Gobierno de la concentración liberal: el rescate de prisioneros en poder de Abd-el-Krim*. UNED. Revista de la Facultad de Geografía e Historia, núm. 1. Madrid. 1987, págs. 163-181.

³²⁶ “Reconocido como jefe pro prácticamente todos notables, a excepción de Abd el Malek, Amar Hamido y el Raisuni, se decidió a organizar un estado rifeño.[...] sus principios serían, no reconocer ninguno de los tratados internacionales sobre Marruecos, y muy especialmente el de 1912; exigir la evacuación de las tropas españolas; solicitar una indemnización al gobierno de Madrid por los daños causados por la guerra; solicitar un importante rescate por la liberación de los prisioneros; crear un ejército regular al servicio del nuevo Estado; comunicar su nacimiento a todas las naciones expresándoles su deseo de mantener con ellas relaciones amistosas y

máximos. O bien llegar a algún tipo de acuerdos con todos los actores del escenario marroquí que le permitiese salvar sus intereses mínimos: plazas, islas y peñones junto con algún tipo de reconocimiento a la presencia comercial, o se afanaba en solucionar el problema de la autoridad de una vez por todas de forma permanente, lo que implicaba elevar la intervención militar muy por encima de lo que hasta ese momento se había hecho.

Pero la cuestión marroquí extendía su influencia más allá del territorio del Protectorado. Los acontecimientos de Marruecos constituyeron un factor poderosísimo que se sumó a la no cerrada triple crisis que se arrastraba desde 1917. Crisis social, que se manifestaba en una violencia, especialmente intensa en Cataluña, entre empresarios y sindicatos, y que tenía su origen en la desesperación de los sectores más humildes de la población ante las precarias condiciones de vida y el deslizamiento de los partidos de izquierda a posiciones abiertamente revolucionarias. Crisis política debido al problema del separatismo catalán que cada vez ganaba más adeptos y se radicalizaba, desbordando el autonomismo inicial. Y, por fin, una crisis militar provocada por la existencia de un movimiento de carácter sindical, las Juntas de Defensa, que constituía un punto de quiebra de la disciplina y que eran contestadas por los cuadros del Ejército de África que poseían, en su mayor parte, una visión radicalmente distinta de las de los destinados en la Península, lo que se manifestaba en la pugna sobre los ascensos por méritos de guerra

A estos problemas, que parecían insolubles, se les había unido la sensación de frustración tras Annual, que había exacerbado los enfrentamientos en el Ejército y había tenido, como todos los fracasos militares, su repercusión en la agitación catalanista. Era en Cataluña donde los tres problemas confluían de una manera

solicitar el ingreso en la Sociedad de Naciones. Tan ambiciosos planes se sustentaban primordialmente en la comprobación de que la reacción española se había detenido antes de alcanzar sus últimos objetivos [...] A lo largo de 1922, año de claudicante política en Madrid, fue consolidando su poder alternando la atracción amistosa con la coacción y los duros castigos, y el autoproclamado emir del Rif pudo empezar a sentar las bases de su hacienda, imponiendo contribuciones a cabilas, zocos y aduanas. Envío a Francia a su hermano y otros notables para que iniciaran gestiones políticas en el extranjero y, finalmente, logró ser proclamado emir por los ulemas a principios de 1923, a partir de cuyo momento la plegaría de los viernes se hacía en su nombre, lo que era tanto como tomar el carácter de imán y rechazar al Sultán como autoridad religiosa, civil y política.” .Ramón Salas Larrazábal. *Opus cit.*, págs. 146 – 147.

violenta, donde habían nacido las Juntas de Defensa y donde la guerra entre patronal y sindicatos era violenta, donde el sentimiento separatista tenía una expresión política más organizada y de donde partió la reacción airada del Ejército, apoyada cuando no directamente animada por una parte de la burguesía catalana que temía una situación social, política y económica que consideraba amenazante.

Entre los días 13 y 15 de septiembre de 1923, el general Miguel Primo de Rivera, Capitán General de Cataluña, encabeza un movimiento militar, que acaba obteniendo el triunfo al ser nombrado presidente de un Directorio Militar que sustituye al gobierno constitucional, pero que, inicialmente y de una forma prudente solo suspende, sin anular, la Constitución de 1876, para gobernar por decreto. La figura del Director era controvertida en asuntos estratégicos, por el doble motivo de las opiniones sustentadas en público y por el empleo militar. En dos ocasiones, siendo Gobernador Militar de Cádiz y Capitán General de Madrid se había pronunciado por el intercambio de Ceuta por Gibraltar y reducir al mínimo la presencia española en África³²⁷. De hecho, la campaña del año 1924 se basa en una retirada en la zona occidental³²⁸, que condujo a una situación de defensiva estratégica, pero que permitió una solución no buscada a la crisis. Abd

³²⁷ “Meses más tarde, el 25 de noviembre de 1921, un hombre que muy pronto va a descollar con singular relieve en el escenario nacional, el general don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, se convierte en el protagonista de una tumultuosa sesión en el Senado, al hablar de su proyecto de cambiar las posesiones españolas del norte de África por Gibraltar. [...] «España estaba dotada de las mejores condiciones estratégicas, por su contextura, para la defensa, siendo como una fortaleza rodeada de fosos que son los mares. El Estrecho de Gibraltar es la frontera sur del país» [...] «lo repito ahora con consciencia de la gravedad de este juicio, mucho más cuando ayer en el Congreso una alta personalidad política culpó a los que piensan en el abandono de Marruecos de que el camino de Annual está sembrado de cadáveres españoles» [...] «Yo estimo desde un punto de vista estratégico que un solo soldado más allá del Estrecho es la mayor debilidad de España». Este discurso, como él temió, le supuso ser destituido como Capitán General de Madrid.” Fernando Gonzalez – Doria. *Opus cit.*, pág. 190.

Resulta sorprendente el cambio radical, aunque gradual, del paradigma geopolítico de Primo de Rivera. Lo cierto es que los éxitos en la conducción de las operaciones africanas fueron la cima de popularidad, y la suprema justificación, para muchos, del golpe de Estado y el Directorio.

³²⁸ “A su llegada a Tetuán fijó su proyecto: «La evacuación de la innumerables posiciones que se hallan distribuidas por gran parte del territorio, reduciendo la zona de ocupación a los límites que el mando tiene ya fijados». Estos límites respondían a unas directrices que comprendían los siguientes puntos: 1. Defensa de Río Martín - puerto de Tetuán – unido a la ciudad por ferrocarril. 2º Conservación del macizo del Gorges de extraordinario interés para la seguridad de Tetuán. 3º Mantener la comunicación de Tetuán con Larache y Tánger. 4º Defensa del ferrocarril Tánger – Fez. Lo que se conocería como la «retirada de Xauen» se inició inmediatamente y finalizó a principios de 1925.” Ramón Salas Larrazábal. *Opus cit.*, pág. 159.

el – Krim ante la imposibilidad de hundir las líneas defensivas españolas se revuelve contra la línea de posiciones francesas del río Uarga, derrotando a las sorprendidas guarniciones galas que no esperaban este ataque.

El hecho tiene una repercusión enorme en París y el general Lyautey, Residente General y, como ya se ha explicado, adversario de la presencia de España es destituido y sustituido por Théodore Steeg, asumiendo el mando de las fuerzas francesas en Marruecos el mariscal Pétain. Francia se ve en la tesitura de apoyar a España en Marruecos en vez de la actitud de espera pasiva a que la rebelión impulsase al abandono para luego entrar ella a ocupar el territorio, lo que la hubiese puesto en una inmejorable situación para incluir Tánger en lo que hubiese podido anexionar a su zona inicial. España recibe por primera vez ayuda de Francia en África. Siempre que lo haga será por el interés francés de evitar que las crisis españolas, como la que se verá en el Ifni – Sahara en el periodo inmediato a la independencia de Marruecos, se conviertan en una fuente de problemas y en situaciones no deseadas en París. Las consecuencias de carácter práctico son inmediatas:

“Antes, en el mes de mayo (y el ataque rifeño contra el Uarga se había iniciado el 13 de abril), el Gobierno francés comisionó a M. Malvy para que se entrevistara con el general Primo de Rivera con vistas a «concertar un tratado de colaboración entre ambos países, encaminado a la total pacificación de Marruecos».

Después de un acuerdo formalizado el 4 de junio de 1925 se celebró una conferencia hispano francesa en Madrid de la que fueron frutos los siguientes acuerdos [...] De todos estos acuerdos, importantes en su conjunto destacaban los relativos al ofrecimiento de paz, el de cooperación militar y el que, de forma provisional, fijaba los límites de las dos zonas de influencia.”³²⁹.

El ofrecimiento de paz fue ignorado por Abd el – Krim. La cooperación militar fue decisiva para el resultado de la campaña, y evitar proposiciones separadas a las kábilas, y el de límites sirvió para que Francia incluyese en su zona a la región del Guerruao.

³²⁹ *Ibidem*, págs. 160 y 161.

Con el apoyo naval francés, signo inequívoco del apoyo de París al concepto operacional español, pero con las fuerzas terrestres de procedencia exclusivamente española, el 8 de septiembre de 1925 se realiza con éxito el desembarco de Alhucemas, atacándose la rebelión de Abd el – Krim en su corazón y el 27 de mayo de 1926 se produce la rendición de este, junto a su familia, a las autoridades francesas. En poco más un año, la resignada cooperación francesa había conseguido que el trono del Sultán se viera libre de amenazas serias en las dos zonas del Protectorado y el 8 de julio de 1927 se entregaba a los franceses Alí Ajamelich el Selliten, último cabecilla en armas. La Orden General del Alto Comisario, General Sanjurjo, dirigida a las fuerzas del Ejército y la Armada en Marruecos merece la pena consignarse en sus líneas iniciales:

“Con los movimientos efectuados el día de hoy se han abatido los últimos restos de la rebeldía, ocupando la totalidad de nuestra zona de protectorado, y se ha dado fin a la campaña de Marruecos.”

Esto proporcionaba un prestigio inmenso al Directorio Militar y parecía justificar *a posteriori* el golpe de Estado. El principal problema había desaparecido y ahora la estrategia se centraba en buscar un acomodo y prestigio en un escenario estratégico cambiante en Europa y que exigía atender a actores hasta ahora ocultos por la inmediatez de Marruecos. Así, para completar el cuadro del sistema estratégico en el que se enmarca España durante estos años hay que atender a los dos vecinos en el sentido este – oeste, Italia y Portugal, y a la Sociedad de Naciones.

5.4.2. El Mediterráneo

En Italia, al finalizar la Primera Guerra Mundial, se había extendido un estado de agitación política y social provocado por la desilusión con los resultados obtenidos en el Tratado de Paz de Versalles en relación a los sacrificios que se habían realizado y que en opinión de la mayoría de los italianos merecían una

recompensa mayor. Además se produjo una crisis económica y social que impulsó una oleada de huelgas y ocupaciones de fábricas y terrenos que empezaron a ser combatidos por las unidades de voluntarios del Partido Nacional Fascista (PNF), movimiento populista de extrema derecha liderado por un antiguo militante socialista Benito Mussolini, que se nutría fundamentalmente de ex combatientes. Finalmente, entre los días 27 y 29 de octubre de 1922 se produce una marcha masiva sobre la Roma que el Rey Víctor Manuel III no ataja para evitar un baño de sangre y porque adivina en la fuerza del PNF algo a la que es muy peligroso enfrentarse y que es mejor dominar “domesticándolo” mediante las responsabilidades de gobierno. Así, Benito Mussolini se convierte en Jefe del Gobierno de Italia y comienza la institucionalización de la dictadura.

Entre los principios de la ideología fascista estaba la idea de “Imperio”. Ya en su inmediata reunificación el reino italiano había intentado una expansión en África oriental y la costa sur mediterránea, lo que la había enfrentado con Francia y el Reino Unido y lanzado a la amistad austro – alemana, cuando la lógica geopolítica lo enfrentaba a Austria Hungría. Al finalizar la Gran Guerra, liquidado el pleito continental con Austria mediante el expediente de la anexión de la región de lengua y cultura alemana de Tirol del Sur, se pretendía aumentar el territorio colonial a costa del de Alemania. Sin embargo, en Versalles fue Francia quién se quedó con la colonia alemana del Camerún anhelada por Italia, consiguiendo ésta únicamente rectificaciones favorables en las fronteras de Somalia con la colonia británica de Kenia y de Libia con el Chad francés. Persistía en la memoria colectiva la humillación que los abisinios habían infligido en el siglo XIX a la naciente Italia unida y en la visión geopolítica unir las colonias del Mar Rojo con las del Mediterráneo para crear un conjunto homogéneo estratégicamente y que aportase recursos naturales y espacio para la creciente población italiana. En este aspecto la idea fascista, si bien teñida del mito romano, no era más que la continuidad de la idea colonial de los políticos italianos.

Así, el expansionismo italiano no fue, en la primera posguerra mundial, un factor novedoso. Como recoge Fernando Albi:

“Los especialistas en estas cuestiones afirman que las características esenciales de los movimientos imperialistas pueden reducirse a tres: propensión a la dilatación territorial, inclinación providencialista basada en la exaltación de los destinos de un pueblo; y sostenimiento de unas cuantiosa fuerza armada, que sirva de instrumento a la política que se quiere mantener [...] Las pretensiones del imperialismo fascista son más modestas en cuanto a la extensión ya que se limitan esencialmente a la región mediterránea.”³³⁰.

Esta búsqueda de un “Imperio”, de la misión del pueblo y el estado en la conquista del territorio, pura geopolítica del espacio vital, va a estar limitada por la situación de debilidad estructural de la que parte Italia, con una economía desequilibrada por la guerra, que necesita importar casi todos los recursos naturales para sostener una creciente industrialización, en la que se va a empeñar como base de un modelo económico que le supondrá un espejismo de prosperidad tomado en España como modelo por las corrientes de pensamiento político más cercanas al fascismo, para acabar regresando a la realidad de una crisis que quedará enmascarada por la Segunda Guerra Mundial³³¹. De todas

³³⁰ Fernando Albi. *Opus cit.*, pág. 146. Siguiendo con esta obra, el autor recoge en la pág. 147. la opinión del periodista italiano Francesco Coppola, el autor de la expresión “victoria mutilada”, quien en 1926 pedía de forma irónica en las páginas del diario La Tribuna que Francia indicase que zona del mundo asignaba al expansionismo italiano que de forma tan clara apoyaba de forma general.

³³¹ “La vulnerabilidad económica de una gran potencia, por activo y ambicioso que sea su liderazgo nacional, no se ve en parte alguna más claramente que en el caso de Italia durante los años treinta [...] Debido a las inversiones aliadas la industrialización había proseguido rápidamente desde 1915 hasta 1918, al menos en las industrias pesadas relacionadas con la producción de armas. Bajo Mussolini, el Estado se comprometió en un ambicioso programa de modernización, que abarcaba desde la desecación de los pantanos pontinos hasta el impresionante desarrollo de las fuerzas hidroeléctricas y las mejoras en el sistema ferroviario. Se fomentó la industria electroquímica y se aumentó la producción de rayón y otras fibras artificiales. Se incrementó la fabricación de automóviles, y la industria aeronáutica italiana pareció colocarse entre las más innovadoras del mundo, alcanzando sus aviones toda una serie de récords de velocidad y de altura [...] Desgraciadamente para estos sueños, la Italia fascista era, en términos de poder político, espectacularmente débil. El problema crucial era que, incluso al final de la Primera Guerra Mundial, Italia era, económicamente hablando, un país semidesarrollado [...] En la raíz de la debilidad estaba la continua confianza en la agricultura a pequeña escala, que en 1920 representaba el 40% del PNB y absorbía el 50% de la población trabajadora total. Otra señal de este retraso económico era que, en fecha tan tardía como 1938, más de la mitad de los gastos de una familia se iban en comida [...] Dada la naturaleza relativamente atrasada de la economía italiana y la voluntad del Estado de gastar dinero en armamentos y en la preservación

formas, este expansionismo no supondrá una variable a tener en cuenta en la estrategia española hasta los momentos de la Guerra Civil, pero es importante tener en cuenta su génesis y alcance para poder explicar acontecimientos posteriores.

Lo que si es necesario destacar es la proximidad entre el Directorio Militar y el fascismo italiano desde la instauración de aquél en España. Y fue uno de los temas que se puede considerar estratégicamente hablando como “menor”, la posibilidad de incluir la ciudad de Tánger y su área, internacionalizadas desde 1912, en el Protectorado español, el que afianzó dicha cooperación³³², ya que España confiaba en que si Italia se sumaba a la conferencia sobre la ciudad, tendría un aliado en sus tesis anexionistas. Esta situación fue vista siempre con recelo por Francia, que no quería que España pudiese invocar un aliado decidido y en trance de rearme, lo que no podía dejar de disgustar a los planificadores franceses que temían que el sistema estratégico del Mediterráneo occidental, tan favorable a sus intereses desde principios del siglo XX hasta ese momento, pudiera verse alterado con un eje este – oeste, con las Baleares como pivote de enlace entre ambas y base fundamental para amenazar las comunicaciones francesas con el norte de África, que pudiera hacer frente a sus intereses en el norte de África.

de la agricultura, no es de extrañar que la cantidad de ahorros para inversiones empresariales fuese muy baja. Si la Primera Guerra Mundial había reducido ya el capital doméstico, la depresión económica y el cambio hacia el proteccionismo fueron otros tantos golpes [...] Italia seguía dependiendo, desgraciadamente, de las importaciones de abonos, carbón, petróleo, chatarra, caucho, cobre y otras materias primas vitales, el 80% de las cuales tenía que pasar por Gibraltar o Suez, transportado en buena parte por buques británicos. Era típico del régimen que no se hubiese preparado ningún plan de contingencia para el caso de que cesaran estas importaciones”. Paul Kennedy. *Opus cit.*, págs. 462 a 466.

³³² “La cuestión de Tánger, más aún después de 1925, constituyó una de las cuestiones centrales de la política exterior del Directorio que buscaba por la vía diplomática la incorporación de la ciudad al Protectorado español. La reivindicación española era rechazada por Francia [...] Sin embargo, la solicitud española para revisar la situación de Tánger, aprovechaba la situación de la Italia fascista que en su ambición mediterránea, aspiraba a participar en las conversaciones entre Gran Bretaña, Francia y España acerca del estatuto internacional de esta ciudad.”. Rafael Calduch (Coord.). *La Política Exterior Española en el siglo XX*. Gustavo Palomares Lerma. Cap II *La Política Exterior Española: De la Dictadura de Primo de Rivera a la Guerra Civil*. Ediciones Ciencias Sociales. Madrid. 1994, pág. 58

No era ajeno Paris a las conversaciones discretas entre ambos gobiernos, especialmente durante el viaje de Alfonso XIII a Italia en 1923 y que se materializaron en el Tratado de Amistad y Conciliación entre España e Italia de 1926. Pero a pesar de algunas reacciones en Francia pidiendo un plan de construcciones navales que anulasen cualquier posibilidad de superioridad italo – española, lo cierto es que la estrategia española, en un momento muy complicado en Marruecos, no se podía permitir más que un equilibrio entre Francia e Italia y menos amenazar impunemente a quien podía presionar para quedarse con la zona española del Protectorado y de quienes, en esos momentos, era necesaria toda la cooperación posible en la lucha contra la insurrección de los Krim. Lo cierto es que la diplomacia francesa actuó y, por parte española, se enfriaron los entusiasmos a la vez que Francia comprendió que debía de moderar el tono con Marruecos y mostrarse tan considerada con España como lo estaba siendo Italia, aunque la realidad era que en un hipotético enfrentamiento franco – italiano poco hubieran podido aportar las Fuerzas Armadas españolas a ninguno de los dos bandos³³³.

La devolución de la visita por los reyes de Italia y el Duce a Madrid en junio de 1924 se produce ya en un ambiente de entusiasmo mucho más moderado y donde el marqués de Estella evita a toda costa la firma de un tratado de alianza que los italianos traían preparado. Y en el de 1926 se evita cualquier compromiso que pueda ser interpretado como una amenaza no solo por Francia, sino también por Gran Bretaña, que con Gibraltar, Malta y Alejandría es una auténtica potencia mediterránea³³⁴. De hecho, Austen Chamberlain le expuso muy claramente en

³³³ Para una descripción detallada de las relaciones entre España, Francia e Italia en los años veinte consultar: Susana Sueiro Seoane, *La política mediterránea de Primo de Rivera: el triángulo Hispano-Italo-Francés*. UNED, Revista de la Facultad de Geografía e Historia, núm. 1. Madrid. 1987, págs. 183 a 223.

³³⁴ “Movido por un deseo de afirmación de los derechos que creía que correspondían a España como potencia mediterránea, no quería sin embargo que los comentarios se desbordasen y pudiesen dar lugar a roces con París o Londres. De hecho, ante las desmesuradas proporciones que toma el asunto en la prensa europea, en gran medida a instigación de las noticias aparecidas en algunos periódicos italianos, el Gobierno español vuelve a actuar como en ocasiones anteriores, esto es, tratando de calmar los ánimos y quitando importancia a la cuestión. El ministro de Estado hace diversas declaraciones afirmando que el tratado es muy parecido al ya concluido con Suiza —y que ha servido de modelo— y a otros que el Gobierno se propone firmar en el futuro con otros países. Su única peculiaridad —explica— es una cláusula de neutralidad añadida a petición de Italia, por la que cada una de las partes se compromete a observar absoluta neutralidad en el caso de que alguna de ellas sea atacada por otra u otras potencias. Yanguas

septiembre de 1927 a Primo de Rivera que Gran Bretaña no aceptaría que España e Italia formasen un bloque que excluyese a Francia. Hay que señalar que durante todo este tiempo la cuestión de Tánger era el principal escollo de las relaciones hispano – francesas, sin que Paris, ni desde luego Londres, se moviesen un ápice del mantenimiento del *status quo* internacional de la ciudad; y que Italia mantuvo una posición poco clara en este tema, donde, pese a la apariencia de un leal apoyo a los puntos de vista españoles, no dejó de haber intentos de llegar a acuerdos con Francia y Gran Bretaña para entrar en la administración de la ciudad e incluso obtener compensaciones en el Marruecos francés.

España llegó a jugar con la postura del “Tánger o nada”³³⁵, es decir, con el abandono de Marruecos si sus reivindicaciones en la ciudad internacional no eran atendidas, que, pese a crear inquietud en Francia o Gran Bretaña, nunca resultaron creíbles, por el coste que hubiese tenido a nivel interno el abandonar un territorio que había costado tanta sangre y recursos. Finalmente, coincidiendo con el final de las operaciones militares en Marruecos, todo volvió a la normalidad, cesaron las presiones italianas sobre España y Mussolini tuvo que avenirse a una fase de acercamiento a Francia, consiguiendo en la conferencia de 1928 sobre la ciudad la mayor parte de las propuestas que llevaban los diplomáticos italianos.

La deriva de Portugal, que se había convertido en una preocupación para los círculos de toma de decisiones españoles, mantendrá su incertidumbre hasta 1927 – 1928, en que se inician las primeras etapas del régimen salazarista y con ellas se diluye la preocupación estratégica que los avatares de la joven república habían producido en Madrid. Si desde 1910 había existido la tentación iberista, más para impedir el contagio revolucionario a España que por ambición de

aseguraba que el tratado contribuía al mantenimiento de la paz general y, concretamente, que España estaría dispuesta a firmar uno semejante con Francia”. Susana Sueiro Seoane, *Opus cit.*, pág. 207.

³³⁵ “En febrero de 1927, el Gobierno español envía al francés un memorándum exponiendo su demanda de incorporación de Tánger como única garantía para evitar que esta ciudad continuara utilizándose como una base rebelde de suministros de armas e intrigas. En el memorándum se insinuaba que si no se concedía esta demanda, España se retiraría de Marruecos, ofreciendo la zona española a los italianos”. *Ibidem*, pág. 220.

territorios en la Península o ultramar, el establecimiento de un régimen autoritario estable y la participación de Portugal en la Gran Guerra, con el consiguiente estatus de nación vencedora, aunque a costa de grandes sufrimientos en los dos continentes en que participó, dispuso cualquier veleidad de intervención española y aseguró una estabilidad en el oeste muy conveniente para afrontar las convulsiones interiores de ambos países³³⁶, sin eliminar por ello el resquemor de que España, habiendo mantenido una postura neutral y por consiguiente con un sufrimiento humano y material infinitamente menor, había salido mejor parada de Versalles. El artista y escritor portugués José de Almada Negreiros puso título a este sentimiento en la frase “España ocupa el lugar que nos pertenece”³³⁷.

Lo más importante de la relación de España con Portugal, durante el Directorio, es el cambio mutuo de actitud respecto a la consideración de intervención o de defensa respectivamente que había imperado en la década anterior. En el lado español es el propio Alonso XIII el impulsor del cambio, como lo había sido de buscar la aquiescencia franco – británica a una posible intervención en los momentos más convulsos del naciente régimen republicano en Portugal. El objetivo español era una alianza estrecha que sirviera de base a un “universo ibérico” en el que se integrarían las naciones iberoamericanas y que, apartando a Portugal de su tradicional alianza con Gran Bretaña, conformaría un contrapoder a los países anglosajones. En suma, una versión atlántica de la alianza en el Mediterráneo con Italia. España reconoce la escasez de sus fuerzas y recursos y busca en las alianzas donde cree que puede ser un miembro

³³⁶ “La intervención en la Primera Guerra Mundial se había saldado para Portugal con la frustrante consideración de ganador sin recompensa. La seguridad de las colonias seguía siendo muy inestable, mientras que el otro objetivo básico de la intervención, equilibrar la relación con España, no sólo no se había conseguido, sino que el marasmo político en el que se debatía el país, y la mejoría de la consideración internacional de la neutral España, invitada a formar parte del Consejo de la Sociedad de las Naciones, pareció agudizarlo, hasta el extremo de hipertrofiar ese sentimiento de peligro español. mejor dicho, de frustración nacional. Sin embargo, la política española hacia Portugal estaba en un proceso de cambio, todavía tímido, bien es verdad, pero ya apreciable. Si hasta entonces la política de Alfonso XIII se había caracterizado por un indisimulado deseo anexionista, desde 1919 comenzó a imperar una mayor prudencia e, incluso, un mayor respeto a los asuntos internos del país vecino. El problema es que ese cambio nunca fue enteramente comprendido ni aceptado por los gobernantes lusos, por lo que a pesar de apreciables gestos de buena vecindad, España nunca dejó de ser considerada el enemigo esencial del país.”. Juan Carlos Jiménez Redondo. *Primo de Rivera y Portugal, 1923-1931: del “peligro español” a la nostalgia de la España autoritaria*. Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea. 2017. 16, págs. 96-97.

³³⁷ Aparecido en el diario *O Século* el 15 de mayo de 1919.

representativo el medio de volver a ejercer influencia en el exterior y contrapesar al sistema estratégico franco – británico del que se siente dependiente y un mero instrumento. La respuesta de Portugal es totalmente negativa. El intento de acercamiento español despierta recelos, acentúa el atlantismo, o sea la alianza británica, y el sentimiento de “imperio” que le permiten, sobre todo, sus colonias africanas.

Y sin embargo:

“Desde el inicio de su gobierno, Primo de Rivera asumió el aliancismo peninsular como un vector absolutamente esencial y determinante de su política exterior, a la que no estaba dispuesto a renunciar, independientemente de la receptividad que esta política pudiera tener en Lisboa. Y era así porque esa idea de alianza era el soporte de un modelo de política exterior de corte regeneracionista articulado sobre una esencial base iberoamericana, entendida dentro de la conceptualización de “la Raza”. [...] previamente se había iniciado un proceso de aproximación empática entre el pensamiento conservador, entendido en sentido amplio, español y portugués. Especialmente, en el asentamiento de una cosmovisión basada en un catolicismo integrador que debía unir “naturalmente” a las naciones católicas iberoamericanas. Esto es, sobre la imaginación geocultural de conformación de un bloque supranacional de tintes espirituales basado en la identidad católica, políticamente teñido de una clara tendencia autoritaria, y culturalmente muy conservador y aún reaccionario”³³⁸.

Vemos en este constructo geopolítico la vuelta al vector atlántico que solo veinte años atrás había sido abandonado. Aparece junto con este acercamiento a Portugal una nueva voluntad de presencia e influencia en América Central y del Sur para restaurar la influencia perdida en el mundo Atlántico. Así, como dice Juan Carlos Pereira:

“Desde el principio del reinado de Alfonso XIII la política exterior española se había propuesto «relanzar» nuestras relaciones con todo el continente. Con América del Norte se creará una fuerte corriente afectiva y un estrechamiento de relaciones de toda índole. Con Latinoamérica también asistiremos a un proceso de acercamiento cada vez

³³⁸ Juan Carlos Jiménez Redondo. *Opus cit.*, pág. 100.

más estrecho debido sobre todo al sentimiento de unidad que los pueblos latinos van a ir desarrollando frente a los pueblos sajones. [...] Tras 1919, las relaciones se han consolidado y fruto de ello será la Exposición Iberoamericana de Sevilla en el año 1929.”

339

En cuanto a la pertenencia a la Sociedad de Naciones, la actuación del Directorio fue voluntarista y errática. Es cierto que se trataba de la primera vez que la cuestión excedía a la experiencia diplomática del momento, pero también que, quizás por no haber participado en la Gran Guerra y carecer del concepto de necesidad de un organismo supranacional para preservar la paz que tenían otros, se usó la organización para intentar alcanzar objetivos concretos, la inclusión de Tánger en el Protectorado, o la política de prestigio por medio de un puesto permanente en el Consejo³⁴⁰.

En general, en todo lo referente a lo que se puede denominar “seguridad colectiva”:

“La posición de España ante las Conferencias de Desarme, también demostraba, por un lado, el tímido interés de la diplomacia española hacia las cuestiones de la Seguridad Colectiva y, por otro la opinión del Directorio de que España no debía estar en acuerdos que supusieran un límite a un crecimiento naval que era considerado necesario para un reequilibrio en el Mediterráneo. La no aceptación española del volumen de crecimiento de nuestra fuerza naval y de los plazos para su construcción planteados por Francia, llevaron a nuestra retirada de la Conferencia de Roma de 1924. Similares consideraciones pesaron en el escaso interés en los trabajos preparatorios para la Conferencia sobre Desarme de Londres que se desarrollaron desde 1928 a 1930, España no tenía ningún interés en ser invitada, solo le preocupaba que en el

³³⁹ Juan Carlos Pereira. *Opus cit.*, pág. 160.

³⁴⁰ “La no obtención de ninguna de las dos reivindicaciones españolas y principalmente la del puesto permanente en el Consejo, llevará a la Dictadura, con una política errónea y sin ninguna perspectiva a solicitar la retirada de la Organización en 1926. Dicha decisión daba al traste con la posición sólida que históricamente España había mantenido en la Sociedad de Naciones desde su constitución en 1919 cuando fue elegida miembro no permanente del Consejo, puesto que mantuvo hasta su distanciamiento en 1926.”. Rafael Calduch (coordinador). *La Política exterior española en el siglo XX*. Ediciones Ciencias Sociales. Madrid. 1994. Capítulo 2. Gustavo Palomares Lerma. *La Política Exterior española: De la Dictadura de Primo de Rivera a la Guerra Civil*, pág. 61.

desarrollo de la Conferencia, como había manifestado un *memorándum* francés, la “cuestión mediterránea” o la posibilidad para concertar un “Pacto Mediterráneo” estuviera presente en el orden del día de la Conferencia. La posición de España respecto a otras cuestiones, como fue el *memorándum* Briand de 1929, “Proyecto de Unión Europea”, también estuvo condicionada por esta consideración templada, cuando no indiferente hacia las cuestiones multilaterales.”³⁴¹.

En resumen, la visión tradicional mediterránea: relaciones con Francia e Italia, repercusiones en Marruecos y poder naval, se imponía a otras consideraciones y la ideología nacionalista y conservadora del Directorio no era la más adecuada para aceptar pactos multilaterales que supusieran posibles hipotecas a la libertad de acción del gobierno, al entenderse como una limitación de la soberanía nacional.

Se puede concluir que la monarquía de Alfonso XIII tiene un claro concepto geopolítico con una ejecución estratégica que, pese a sus sombras, no deja de poseer un balance positivo. Los hombres del régimen comprendieron que era imposible sustraerse a la llamada de África sin causar un grave perjuicio al país y al sistema. Aceptaron la égida franco – británica porque, entre otras razones, no hacerlo suponía un riesgo elevado en una Europa que se iba fraccionando en bloques y esta elección suponía poder preservar el comercio y los territorios ultramarinos, manteniendo una cómoda neutralidad. Marruecos, que estaba destinado a ser la piedra de toque del sistema y trampolín para la recuperación del prestigio internacional perdido en el 98, se convirtió en el principal problema exterior y supuso un factor de desgaste constante para el sistema de la Restauración, que no sobrevivió a la segunda derrota militar, aunque esta fuese parcial y se acabase ganando una amarga guerra irregular.

No cabe duda de que Marruecos fue uno de los detonantes del golpe de estado de 1923 y, por tanto, del principio del fin de la monarquía de 1876. Si bien la gestión militar en Marruecos fue eficaz, la inexperiencia del marqués de Estella en cuestiones de política exterior, puesta de manifiesto en sus relaciones con Italia, de las que esta sacó todo y España nada sustancial, desde luego Tánger

³⁴¹ Rafael Calduch. *Opus cit.*, pág. 62.

no, y el tormentoso inicio en la Sociedad de Naciones, fueron un punto, si no negativo, si gris en la gestión del Directorio. Tampoco se logró el objetivo de una alianza efectiva con Portugal, pese al empeño tanto del monarca como de Primo de Rivera, aunque se consiguió una mejora, mientras duró la afinidad ideológica, de las relaciones diplomáticas hispano – lusas.

5.5. Estrategia y visión geopolítica de la II República

La vida de la II República española, desde su proclamación popular el 14 de abril de 1931 hasta la pérdida de las últimas extensiones territoriales sobre las que ejercía su autoridad en abril de 1939, fue tan convulsa que apenas tuvo tiempo de formular teoría estratégica alguna que no fuera la de su propia supervivencia, que siempre creyó, con razón, más amenazada por movimientos internos que por ningún actor del sistema estratégico europeo³⁴².

No hay una etapa de la vida española que estuviese tan centrada en el aspecto interior y en el ser mismo del país, donde se discute el mismo concepto de la nación española y se trata de cerrar por la vía autonomista problemas que se habían arrastraban desde el siglo anterior, y donde la desidia y el abandono respecto al exterior se revelase tan catastrófica. La propia inestabilidad política produjo un cambio constante de ministros de Estado, diecinueve gobiernos y doce ministros nada menos, hicieron imposible un planteamiento a medio y largo plazo de la acción exterior. Otro aspecto contrario a un desarrollo normal de la misma fue la dimisión y el abandono de la actividad diplomática de los profesionales, que serán sustituidos mayoritariamente por intelectuales sin experiencia y sin otras prendas para el cargo que la lealtad republicana, caso de Pérez de Ayala o Américo Castro, lo que no dejará de hacer que se resienta la calidad del servicio exterior³⁴³.

Cabe pues preguntarse por la consistencia y aun la existencia de una visión exterior en el periodo republicano. La respuesta es que el republicanismo, entendido como la oposición al sistema de 1876, compuesto mayoritariamente por gente de pensamiento que se puede entender en los parámetros actuales de

³⁴² “La proclamación del nuevo régimen pudo constituir una “primera señal” para la reafirmación del liberalismo en Europa tras el avance del fascismo en Italia. sin embargo fue el último eco del modelo democrático de Estado y del libre sistema de relaciones entre ellos que se había tratado de desarrollar desde 1919.”. Arnold Toymbee. *Survey of Internnational Affairs 1931*, págs. 29 – 30. Citado por Ismael Saz en: *La política exterior de la Segunda República en el primer bienio (1931 – 1933): Una valoración*. Revista de Estudios Internacionales. Madrid. 1985, vol 6 nº 4, pág. 843.

³⁴³ Juan Carlos Pereira. *Opus cit.*, pág. 161.

centro – izquierda, pretendía en este campo, como en la mayoría, establecer una diferencia clara entre los conceptos de los políticos monárquicos y los suyos. Si la política exterior, y más concretamente a partir del fin de la Gran Guerra la que se articulaba alrededor de la Sociedad de Naciones, era vista por la monarquía, especialmente durante el Directorio, como un medio para alcanzar objetivos de prestigio y recuperar peso en el sistema estratégico europeo, para la República se convierte en un fin en tanto en cuanto que los altos ideales de paz, seguridad, igualdad y respeto entre las naciones formaban parte de su ideario. De hecho:

“La proclamación de la República en España —afirma Francisco Quintana— dio lugar a un cambio de:

[...] rumbo a la política exterior española, el rumbo de la España implicada. El nuevo régimen, coherente con su voluntad reformista en el interior, se propuso romper con la tradición de aislamiento y lograr la plena inserción de España en el mundo. Esto significaba apostar por el sistema de seguridad colectiva, ponerse a tono con la Europa demoliberal de su tiempo y cumplir, en fin, el deber imperativo de implicarse en la construcción de la paz.”³⁴⁴.

Como prueba de este cambio hay que señalar los principios que se insertan en la constitución republicana de 1931, aplicables a cómo se debía de realizar, y controlar, la acción exterior del Estado. El artículo 6º proclamaba que: “España renuncia a la guerra como instrumento de política nacional”³⁴⁵, tanto es así que de forma concordante en el 77º se recogía que: “El Presidente de la República

³⁴⁴ Francisco Quintana. *La política exterior española en la Europa de entreguerras: cuatro momentos, dos concepciones y una constante impotencia*, en Hipólito de la Torre Gómez. (coord.): Portugal, España y Europa. Cien años de desafío (1890-1990). Madrid: UNED, 1991, p. 59. Citado por José Luis Neila Hernández. *La Política Exterior de la España republicana (1931-1936): Excepcionalismo y normalidad historiográfica*. Ediciones Universidad de Salamanca. Stud. hist., H.^a cont., 22. 2004, pág. 56.

³⁴⁵ La cuestión no es baladí, ya que apenas cuatro años antes se había cerrado una amarga serie de campañas en Marruecos, precisamente en cumplimiento de la legislación internacional, llegando, como no podía ser de otra manera al debate constitucional. “Cabe recordar, con todo, una significativa pregunta planteada por Ángel Ossorio Gallardo, el 23 de septiembre, al final del debate parlamentario sobre el artículo 6 de la futura Constitución: quería saber el prestigioso diputado monárquico sin rey al servicio de la República si una acción española en Marruecos podría entrar en conflicto con la "renuncia a la guerra como instrumento de política nacional" proclamada en tal artículo. La respuesta del presidente de la Comisión constitucional, el socialista Luis Jiménez de Asúa, fue tranquilizadamente negativa, ya que, en tal caso, se trataría de una mera acción de policía.”. Feliciano Páez-Camino Arias. *El Magreb en las relaciones hispano-francesas durante los años treinta*. Ediciones Universidad de Salamanca. Studia Historica. Historia contemporánea, nº 13 – 14. 1995 – 1996, pág. 203.

no podrá firmar declaración alguna de guerra sino en las condiciones previstas en el Pacto de la Sociedad de las Naciones y solo una vez agotados aquellos medios defensivos que no tengan carácter bélico y los procedimientos judiciales o de conciliación y arbitraje [...]”. En suma, toda una declaración de filosofía de la acción política que se manifestaba en un idealismo pacifista que no dejaba de seguir la senda neutralista clásica de la política exterior de la Restauración; en este caso, se hacía de la debilidad virtud.

Sin embargo este idealismo da un paso importante al articular un constructo jurídico para incorporar los pactos internacionales, como un reaseguro a la acción pacífica en el exterior, que lleva a la legislación española a la subordinación a la internacional a través del artículo 7º que señalaba que: “El Estado español acatará las normas universales del Derecho internacional, incorporándolas a su derecho positivo”. El artículo 65º aseguraba la posición de superioridad de la ley internacional y los tratados frente a la legislación nacional al expresar que: “Todos los Convenios internacionales ratificados por España e inscritos en la Sociedad de Naciones y que tengan carácter de ley internacional, se considerarán parte constitutiva de la legislación española, que habrá de acomodarse a lo que en aquellos se disponga [...] No podrá dictarse ley alguna en contradicción con dichos Convenios”. Una muy interesante ilegalización de la diplomacia secreta en el artículo 76º que decía de forma taxativa que: “Los demás tratados y Convenios secretos y las cláusulas secretas de cualquier tratado o Convenio no obligarán a la Nación³⁴⁶”, con lo que se impedía, fundamentalmente, las obligaciones militares de forma que no fueran públicas, lo que las limitaba en la práctica. Es decir, al neutralismo se le une un activismo, al menos hacia dentro, que trata de superar la visión anterior de la política exterior.

Así, la actitud de la República respecto a la Sociedad de Naciones fue totalmente distinta a la que había mantenido el Directorio. Se puede decir que frente a la defensa cerrada de la soberanía nacional en materia de estrategia y política

³⁴⁶ La Constitución de 1876 sancionaba en su artículo 4º que: “En ningún caso los artículos secretos de un tratado podrán derogar los públicos”. Se admitía la existencia de dichas cláusulas pero debía de estar en consonancia con el cuerpo del Tratado.

exterior del Directorio, la República hizo profesión de fe en el multilateralismo y la intervención en asuntos internacionales a través de la Sociedad de Naciones.

Todo este planteamiento ideológico se realiza en un momento histórico en el que el sistema estratégico, tanto a nivel europeo como global, se modificó de forma drástica, retrotrayéndose en el plano geopolítico a las posiciones de partida de 1914. Así, el vector geopolítico que primó, y acabó determinando la existencia del nuevo régimen, fue la componente europea del concepto geopolítico español, por más que este eje ahora haya que incluir el Mediterráneo.

En el escenario africano la República, que recibió un territorio del Protectorado ya pacificado, nunca vio a Marruecos más que como una herencia de la Monarquía que no resultaba ideológicamente muy avenida con el sentimiento anticolonialista que impregnaba a la izquierda española, que venía sosteniendo que la empresa marroquí era un empeño capitalista que habían sostenido con su sangre y sus rentas las clases más humildes³⁴⁷.

Estos sentimiento anticolonialistas llegaron a inquietar seriamente a Francia, que vio con preocupación la posibilidad de una política unilateral de España en favor de la independencia marroquí, sobre todo a raíz de una declaraciones del dirigente socialista Indalecio Prieto³⁴⁸ que no hacía sino expresar el sentimiento

³⁴⁷ "La llegada al poder de la conjunción republicana socialista fue recibida con gran expectación en Marruecos. Los hombres que la dirigían y que constituyeron el Gobierno provisional se habían distinguido desde muy pronto por la oposición frontal a cualquier empresa española en Ultramar y muy concretamente a la implantación del Protectorado y ello permitía suponer que pudieran producirse cambios importantes en la política africana de España." Ramón Salas Larrazábal. *Opus cit.*, pág. 181.

³⁴⁸ "En realidad, la preocupación francesa no nació de ninguna iniciativa española, ni siquiera de un plan de actuación, sino de manifestaciones hechas por Indalecio Prieto, sobre todo del discurso que el dirigente socialista, y miembro del Gobierno provisional, pronunció en Bilbao el 26 de junio de 1931, con ocasión de la campaña electoral para las Cortes constituyentes. El núcleo de la opinión de Prieto era que España haría bien renunciando a su Protectorado en Marruecos y poniéndolo en manos de la Sociedad de Naciones. Tales propuestas fueron reproducidas en la prensa francesa y sembraron cierta inquietud en los medios políticos y en algún sector de la opinión pública, de forma que la Embajada española en París hubo de desmentir que el Gobierno español estuviera desarrollando cualquier actividad en ese sentido. El rumor nacido de las palabras de Prieto se extendió también por los medios británicos y el día 29 de junio la Embajada de España en París hizo pública la siguiente nota: "Una información procedente de Londres anuncia que el ministro de Hacienda español, Sr. Prieto, habría notificado a la comisión de mandatos de la Sociedad de Naciones el deseo de entregar al expresado organismo internacional el territorio que España ocupa en Marruecos. La Embajada de España está autorizada para desmentir, en la forma más enérgica, esta falsa noticia". Feliciano Páez-Camino Arias. *Opus cit.*, págs. 200 – 201.

de la izquierda en este asunto y que enlaza con lo expuesto hasta el momento sobre el pensamiento estratégico republicano y la Sociedad de Naciones, abandonar Marruecos a esta institución, como lo habían sido antiguas colonias alemanas. Si no se hacía era debido al otro factor de la política republicana, la lealtad a lo pactado y también, ideologías aparte, por la presión franco – británica. Curiosamente, incluso se esperaba agradecimiento francés por no abandonar el territorio³⁴⁹. Pronto desaparecieron esas declaraciones y fueron sustituidas por una vuelta a la normalidad y al acuerdo, si bien los franceses no evacuaron determinadas zonas que habían ocupado durante la campaña contra Abd el – Krim.

Las fuerzas sociales y políticas más activas del Protectorado vieron en la llegada del régimen republicano una oportunidad, si no para la independencia, si para una mejora general de las condiciones de vida y del régimen de libertades públicas, lo que no se produjo, manteniéndose la diferenciación entre los regímenes jurídicos aplicados en los territorios de soberanía: Ceuta y Melilla, y el Protectorado, lo que provocó disturbios y una declaración del Estado de Guerra en Tetuán en mayo de 1931. Tampoco la política de reasentamiento de judíos sefardíes era bien vista y también acabó generando desconfianza y protestas.

Esto, junto a la irrelevancia económica y a la no rentabilización económica o estratégica de las posesiones de la costa atlántica africana, pese al interés mostrado inicialmente y que se sustanció en el establecimiento de una colonia penitenciaria, hacía que los gobiernos de cualquier tendencia contemplasen el conjunto de territorios extra peninsulares como un solar a administrar pero no a

³⁴⁹ “La respuesta que el socialista Antonio Fabra Ribas, colaborador de Largo Caballero en el Ministerio de Trabajo, dio a un entrevistador francés, Adolphe de Falgairolle, resume bastante expresivamente la situación: “¿Las colonias? Afortunadamente, ya no tenemos. Mis camaradas y yo somos partidarios de dejar Marruecos. Pero Inglaterra no permitiría a Francia instalarse allí. Italia pretendería... Somos buenos vecinos. No nos marcharemos. Quisiéramos situar a Marruecos bajo el mandato de la Sociedad de Naciones. Pero eso sería crearle un conflicto a Francia. Sus comunistas le dirían: haced otro tanto con Argelia, etc. No lo haremos. Pero, al menos, agradézcannoslo ustedes” *Ibidem*, pág 202.

El autor señala que la última frase, la referida al debido agradecimiento de Francia, apareció en mayúsculas en la prensa francesa, significando el asombro que tales opiniones suscitaban en el país vecino.

integrar en un proyecto nacional. Se ocupó la plaza de Sidi – Ifni³⁵⁰, el 6 de abril de 1934, y una franja de terreno circundante, como lejano cumplimiento final del tratado de paz de Wad – Ras que adjudicaba a España el derecho de ocupación de una nunca bien situada “Santa Cruz de Mar Pequeña” en la costa atlántica marroquí, tradicional punto de aguada y reparación de barcos y aparejos de los pescadores canarios. Esta ocupación vino dada por la presión francesa como reconoció Lerroux en 1937, cuando reivindicaba su acción africana en su obra “*La pequeña historia de España, 1930-1936*”³⁵¹, que seguía sin ver clara la voluntad de España de ejercer sus responsabilidades estratégicas.

En 1931 el orden de Versalles todavía se mantenía en toda su extensión. Los imperios coloniales francés y británico alcanzaban su máxima extensión, Europa parecía pacificada, integrada en el sistema de la Sociedad de Naciones y ninguna contingencia parecía amenazar el *statu quo*, incluso la Unión Soviética había conseguido finalmente integrarse en la Sociedad de Naciones y, por motivos puramente prácticos, se habían recompuesto las relaciones germano - soviéticas. La conferencias de Londres, convocada por el presidente Herbert Hoover para reactivar el comercio mundial, tras el “crak” de 1929 y la consecuente “Gran depresión”, aún no había fracasado ante el abandono por su sucesor Franklin Roosevelt del patrón oro y su negativa a una estabilización concertada de la libra esterlina y el franco francés junto con el dólar, y que supondría un revés para las economías europeas más débiles.

Otro foro internacional fallido durante la República fue la Conferencia internacional de desarme celebrada en Ginebra en 1932 y que sirvió para escenificar que la dialéctica franco – alemana seguía viva y que la desconfianza entre ambas siempre sería un factor de riesgo para la paz en Europa. La llegada

³⁵⁰ “Al final del bienio republicano-socialista, en la segunda semana de agosto de 1933, tuvo lugar un fallido intento de ocupación del territorio de Ifni. La empresa, dirigida por el comandante Cañizares, gobernador general del Sahara, fracasó tanto por defectos de organización como por falta de colaboración por parte de Francia. Así se desprende, al menos, del testimonio escrito de Azaña —que a la sazón presidía el Consejo de Ministros—, aunque el extremo relativo a la actitud francesa resulta dudoso, toda vez que la protesta del Gobierno español ante el embajador francés obtuvo la réplica oficial de que la postura de Francia no era sino de apoyo a la empresa española.”. Feliciano Pérez – Camino Arias. *Opus cit.*, pág. 207.

³⁵¹ Alejandro Lerroux García. *La pequeña historia de España 1930- 1936*. Mitre, Barcelona. 1985, pág. 242.

de Hitler al poder a principios de 1933 acabó con la participación alemana en la Conferencia de Ginebra y en la Sociedad de Naciones.

A pesar de estos acontecimientos, el panorama estratégico europeo no se alteró hasta que a finales de 1932 el partido nacionalsocialista, después de dos mayorías simples en las elecciones alemanas, fue considerado por el presidente Hindenburg como la única alternativa viable para liderar un bloque conservador y llegó al poder en Alemania en enero de 1933³⁵². A partir de ese momento comienza una serie de acontecimientos en el orden mundial que no dejan de afectar a España, que sufrirá las consecuencias de pugnas en el tablero europeo en las que no puede intervenir por falta de capacidad.

El escenario estratégico va a estar dominado, a partir de entonces, por las reivindicaciones alemanas sobre las pérdidas territoriales y restricciones a su soberanía impuestas por el Tratado de Versalles, que acabará abrogado en la práctica con la introducción del servicio militar obligatorio y la creación de una fuerza aérea en 1934. Las reivindicaciones territoriales alemanas se circunscribirán a la recuperación de sus territorios y su hegemonía política y económica en Europa central, sin reivindicar las antiguas colonias alemanas en África, lo que mantiene a este continente, y por consiguiente a los territorios bajo control español en él, fuera de las consecuencias de las tensiones europeas. Sin embargo, dada la falta de fronteras e intereses discordantes, las relaciones no fueron malas con el gobierno nacionalsocialista, llegándose, durante el gobierno de coalición Partido Radical – CEDA, a una propuesta de acuerdo de intercambio de información policial y militar, que no se concretaría por la llegada al poder del Frente Popular.

³⁵² “A lo largo del año 1933 la regresión del clima de confianza y la deriva del sistema internacional deterioró la credibilidad de la Sociedad de Naciones, lo que en el caso de los Estados ex-neutrales, y entre ellos España, cristalizó en un repliegue hacia las nociones tradicionales de neutralidad para ponerse al abrigo de las convulsiones internacionales. Aquel repliegue, del que se haría eco el ministro de Estado J.J. Rocha y que sería defendido a ultranza por José María Gil Robles, alcanzaría su más nítida expresión en el llamado «Grupo de Neutrales» en 1934, en cuya formulación jugaría un papel crucial el diplomático español José María de Doussinague y en el que figurarían Dinamarca, Holanda, Noruega, Suecia y Suiza, además de España. Un viraje perceptible en toda su magnitud a partir de 1935 con motivo de la crisis de Abisinia y al hilo de la cual aflorarían las contradicciones entre el repliegue neutral y el compromiso de la seguridad colectiva.”. José Luis Neila Hernández. *Opus cit.*, pág. 64.

Otra nación que acabará teniendo una participación importante en los asuntos españoles pese a su lejanía es la Unión Soviética. Tutora del creciente movimiento comunista internacional a través de la Komintern a la par que heredera del concepto geopolítico tradicional ruso y de su visión cultural del “peligro occidental”, descubrirá en la Alemania nacionalsocialista un adversario estratégico en Centroeuropa.

Cabe recordar que la concepción geopolítica alemana, liderada por Karl Haushoffer, veía en la alianza con el estado ruso, fuese cual fuese la forma que adoptase, el medio más lógico para que Alemania gobernase la “tierra corazón” que abría la llave al dominio mundial. Esto dará un respiro a la confrontación militar aunque no alivie la ideológica.

El régimen fascista italiano, que hasta 1931 había visto en España un Directorio Militar que lo miraba con simpatía e incluso que había puesto interés en las reformas fascistas para incorporarlas a la legislación propia, se encuentra con un nuevo régimen político hacia el que manifiesta, si no hostilidad, si desconfianza de cuáles pueden ser sus intenciones estratégicas en un espacio geopolítico, el Mediterráneo, en el que Roma aspiraba a la hegemonía en la cuenca oriental sin renunciar a una presencia naval efectiva en la occidental, por más que Francia la considerase vital para el enlace con sus territorios norteafricanos. Roma se convirtió en un foco de conspiraciones contra la República, sopesando la posibilidad de un cambio de régimen en España que le permitiese una influencia sobre el nuevo gobierno y convertir el Mediterráneo en un “lago italiano”.

Francia y Gran Bretaña disfrutaban de su victoria en la Gran Guerra. Sus imperios coloniales alcanzaban las máximas extensiones gracias a las adquisiciones de territorios alemanes y turcos en África y Asia y su solo volumen aseguraba la necesidad de una política de alcance global, participando en diversos sistemas estratégicos. Por lo que a ambas concernía, el cambio de régimen en España podía alejarla o acercarla más a sus órbitas culturales o políticas pero no representaba un problema en el sistema estratégico europeo, cuyo principal problema a partir de 1933 era el mantenimiento de Alemania en el sistema Versalles, evitando la posibilidad de una revancha. La dependencia económica de España de Francia siguió siendo muy acentuada durante la etapa

republicana, no logrando Paris que España abandonase la línea neutralista y tomase un partido más activo, como no lo había hecho en las crisis de comienzos de siglo. La buena vecindad, pese a los ya comentados malos entendidos en Marruecos y la actividad bélica esporádica en el Sahara, siguió siendo la tónica. Con Gran Bretaña siguió, en parte gracias a la labor de Pérez de Ayala en la embajada, una relación de entendimiento, sobre todo en la “cuestión mediterránea”, donde el Reino Unido busca más evitar excesiva proximidad a Italia que la alianza con España³⁵³.

Para completar el cuadro tenemos que referirnos a Portugal. Portugal se convirtió en República, por una revolución violenta, en 1910, que no varió las posiciones estratégicas relativas, y cayó pronto en una serie de gobiernos de signo autoritario a partir de 1926 hasta llegar a la dictadura del Dr. Salazar, manteniendo a la figura del General Antonio de Frago Cardona como presidente, a través de la Constitución de 1933. Salazar veía en la inestabilidad de la vida política española una amenaza por cuanto pudiera propagarse al país vecino y favorecer movimientos izquierdistas.³⁵⁴

A partir de ese momento, la instauración del *Estado Novo*, la desconfianza portuguesa hacia las intenciones de una República que acabó teniendo un gobierno frentepopulista creció, pese a la falta de hostilidad oficial por parte de los gobiernos de izquierdas. El gobierno radical – cedista si intentó una aproximación pero que tuvo una respuesta más basada en presiones británicas en Lisboa, que veían la estabilidad peninsular como un factor a preservar en la nueva situación que se dibujaba en Europa, que en intereses o sentimientos portugueses.

³⁵³ Juan Carlos Pereira. *Opus cit.*, págs. 162 – 163 y 167.

³⁵⁴ “Salazar siempre consideró la República Española fácilmente resbaladiza hacia el comunismo y, aunque en Portugal está firmemente asentado su régimen personalista, cuando estalla el conflicto español, vuelve los ojos hacia su nación y refuerza la dictadura. El Estado Novo necesitaba mantener a distancia cualquier amenaza revolucionaria y utiliza todos los medios a su alcance para mantener el orden social. El mínimo pretexto es utilizado para hacer ver el peligro que supone el comunismo para la nación y dar fundamento a las simpatías por la causa nacionalista.”. Soledad Gomez de las Heras Hernandez. *Portugal ante la Guerra Civil Española* Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, H. Contemporánea, t. V, UNED. Madrid. 1992, pág. 273.

Esta evolución en el panorama mundial llevó al pensamiento político republicano a posiciones más realistas que, sin renunciar a los principios consagrados en la Constitución, fuese creando una alternativa de seguridad propia que asegurase la posición de España en las turbulencias que se aproximaban. No se señalaron nunca adversarios, pero la evolución de los acontecimientos en Europa, sobre todo a partir de 1933, aconsejaba estar preparados para un conflicto, o una serie de ellos, que no dejarían de poner en riesgo la seguridad de España³⁵⁵.

Manuel Azaña, el exponente más destacado de este deslizamiento y centro de controvertidas reformas en el ámbito de la Defensa escribía que:

“La política internacional de cualquier país está determinada de siempre, o por factores invariables, como son, por ejemplo, la posición en el mapa, o por factores de difícil variación, como son los intereses económicos, la ponderación de ciertas fuerzas que no se pueden improvisar ni variar de la noche a la mañana. La política internacional de un país se hereda de régimen a régimen”³⁵⁶.

Toda una declaración de fe en la geografía como factor decisivo de la política exterior, además de reconocer existe algo permanente, pese al cambio de régimen: precisamente esos imperativos geográficos y los sistemas de fuerzas en presencia. Es decir, Azaña declara su convicción de que existe un imperativo geopolítico en la definición de la política exterior y de que éste, junto con la componente de las voluntades de los actores del sistema estratégico, son clave en la articulación de dicha política.

³⁵⁵ “La República —había afirmado Manuel Azaña— se «había tomado en serio a la Sociedad no sólo por motivos altruistas sino porque incorporaba soluciones a los problemas fundamentales de la posición de España en el mundo». El sistema de seguridad colectiva ofrecía una solución atractiva para una «nación desarmada, débil económicamente, pero en vías de progreso y de reconstrucción interior». Sin embargo, la preservación de la independencia nacional no podía cimentarse únicamente en las garantías de Ginebra, sino que requería el adecuado desarrollo de una política de defensa nacional.” José Luis Neila Hernández, *Opus cit.*, pág. 62.

³⁵⁶ Manuel Azaña. *Discurso en el campo de Comillas* (Madrid, 20 de octubre de 1935), en *Obras Completas*, Oásis, México 1968, vol. III. pág. 277 citado en José Luis Neila Hernández, *Opus cit.*, pág. 57.

5.6. 1936 – 1945. Escenarios y Estrategia

5.6.1. Estrategia en España y Europa durante la Guerra Civil

La Guerra Civil ha sido el periodo que más ha marcado el desarrollo posterior de España hasta el presente. Puede verse como el resultado final de una tensión en el cuerpo español que empieza a manifestarse en la Guerra de la Independencia contra la invasión francesa entre 1808 y 1814 y que irá tomando forma para, tras las guerras coloniales de 1898 y las campañas en Marruecos, acabar con la caída del edificio político de la Restauración y llegar en la II República a un callejón sin salida que desemboca en julio de 1936.

Fracasado el plan inicial de un movimiento que en breve plazo doblegase al gobierno del Frente Popular, obligándole a una serie de compromisos para corregir una política que se consideraba revolucionaria de izquierdas, se planteó una guerra civil en la que cada bando aspiraba al colapso militar del oponente. Si descartamos el plano interno, en que ambos bandos mantienen concepciones estratégicas³⁵⁷ no muy distintas y conducentes ambas al fin antes citado, la extensión de la autoridad a todo el territorio español por la fuerza de las armas, en un tipo de conflicto mucho más parecido a la Primera Guerra Mundial que a la Segunda, la geopolítica española permanece inalterada y en este caso el eje dominante será el europeo, a través del cual se canalizarán hacia la Península los intereses enfrentados de los actores del sistema estratégico europeo.

³⁵⁷ “Entre los diversos elementos comunes que gravitaron sobre el origen, el desarrollo y la resolución de la Guerra Civil, afectando a ambos beligerantes aunque de manera muy distinta, podemos agruparla en cuatro grandes categorías:

- La división entre las grandes potencias.
- La supremacía de la dimensión militar.
- Las disensiones político ideológicas en el seno de los beligerantes.
- La dependencia de la ayuda exterior.”

Rafael Calduch (coord.). *Opus cit.*, Rafael Calduch y Gustavo Palomares. Cap. III. *La política exterior durante la Guerra Civil*, pág. 72.

La relación de los beligerantes con los actores del sistema estratégico europeo del momento, de los que dependían para sostener su esfuerzo militar, aparecen como uno de los factores comunes a ambos contendientes y confiere una dimensión de importancia capital a la comprensión geopolítica que cada uno tuvo de la situación.

La España Nacional compartirá esta visión tradicional con un componente africano en su concepto estratégico y su visión geopolítica muy marcado, dado que todas las plazas de soberanía, colonias y el protectorado marroquí quedarán a favor del alzamiento desde los primeros días. Desde el primer momento, la República se quedó sin territorios extrapeninsulares, salvo la isla de Menorca, que pasaron a constituir, en el caso del bando Nacional, su base logística, donde reclutar voluntarios marroquíes en las dos zonas del Protectorado e incluso en Ifni, y mantener relaciones comerciales con las potencias que le eran favorables. De hecho, la España Nacional será la heredera desde los comienzos de la visión geopolítica de la última fase de la monarquía de Alfonso XIII.

La Guerra Civil fue un acontecimiento estratégico de primer orden en Europa, que si no alteró la correlación de fuerzas, si definió las actitudes de todos los actores estratégicos, principales y secundarios, del sistema respecto al nuevo sistema de relaciones de poder que Alemania quería establecer, o más bien restablecer, en el continente, viéndose a sí misma de nuevo como la gran potencia continental que había sido hasta la derrota en la Gran Guerra.

A este revisionismo respondieron Francia y el Reino Unido con la confianza de que el orden de Versalles podía ser matizado pero no subvertido de forma total. Un asunto que va a tener una importancia capital en el alineamiento de fuerzas en Europa es el conflicto Italo – Abisinio entre octubre de 1935 y mayo de 1936. La agresión italiana entraba dentro de la lógica expansionista que buscaba la fundación de un imperio digno de Italia y que la situara en la categoría de potencia de primer orden. La crisis se venía gestando desde diciembre de 1934, cuando tuvo lugar el primer enfrentamiento serio entre tropas etíopes e italianas en el oasis de Walwal. La intervención de la Sociedad de Naciones fue tibia y calificó el suceso de malentendido, sin responsabilizar a ninguna de las partes, lo que mandó un mensaje a Italia de que en realidad una escalada tampoco tendría mayores consecuencias.

En las conversaciones en enero de 1935 entre el ministro de asuntos exteriores francés Laval y Mussolini, éste quedó convencido de que Francia cedía a las pretensiones territoriales italianas. Igual conclusión sacó de las conversaciones de Stresa, donde a cambio de alinearse con Francia y el Reino Unido para garantizar la independencia austriaca y reafirmarse en las condiciones de

Versalles, Mussolini volvió a creer que la empresa abisinia contaba, si no con la aprobación, si con la indiferencia de los dos grandes. Así en mayo de ese año Roma hizo públicos los planes de anexión, solo para encontrarse con la oposición británica en junio, durante la visita del ministro de exteriores Anthony Eden, que comunicó que dadas las vísperas electorales, el gobierno conservador no podía afrontar la situación más que desde un frontal rechazo. Mussolini siguió adelante con unas consecuencias que serían determinantes para los acontecimientos en Europa.

El 3 de octubre de 1935 comenzó la invasión de Etiopía, que tuvo como consecuencia la imposición de sanciones por la Sociedad de Naciones y la, anunciada, retirada de Italia de dicha organización. Gran Bretaña llegó a proponer el embargo de petróleo que finalmente no fue aprobado, lo que enervó las posiciones italianas. Lo más notable fue que el régimen fascista de Roma se encontró como único aliado posible en Europa a Alemania, que seguía siendo su adversaria geopolítica, con la que mantenía una opinión divergente en el asunto de Austria, cuya independencia garantizaba Italia para evitarse un vecino al norte demasiado grande y de intenciones poco claras. El muro que constituían Gran Bretaña, Francia e Italia de norte a sur se desmoronó y Alemania se vio libre para realizar sus designios en lo que antes fuera su aliado austro – húngaro y que ahora formaba parte del sistema destinado a paralizarla.

Viendo los desacuerdos entre los vencedores, sintiéndose libre al sur y habida cuenta que el 13 de enero de 1936 El Sarre, bajo administración de la Sociedad de Naciones a través de Francia desde 1920, había votado abrumadoramente por reintegrarse a Alemania, el 7 de marzo de 1936 Hitler lleva a cabo la remilitarización de Renania³⁵⁸. En esta región fronteriza Alemania tenía prohibido

³⁵⁸. “En cambio, en 1936 las tropas alemanas ocuparon Renania por sorpresa. Consumada la ocupación se dijo que los jefes de las fuerzas alemanas habían recibido la orden secreta de retirarse en caso de que se produjera una reacción militar por parte francesa. Pero Francia estaba frenada por Gran Bretaña y, por otra parte el comandante en jefe francés, Gamelin, había comunicado a su gobierno que no podía actuar a menos que se decretase la movilización general, porque no disponía de tropas suficientes. En consecuencia no hubo reacción por parte de Francia.”. Basil Lidell Hart (Director). *Así fue la Segunda Guerra Mundial*. Constantine FitzGibbon. *El Reich agresivo*. Noguer – Rizzoli – Purnell. Barcelona 1972. Tomo I, pág. 7. En realidad esto no era así todavía, la superioridad alemana era mucho más moral que militar. Si Gamelin y el ministro de defensa Louis Maurin se hubieran decidido Francia contaba con capacidades sobradas para hacer frente a los 30.000 hombres que Alemania empleó en la remilitarización.

estacionar tropas y estaba bajo ocupación militar franco – belga, pero había sido evacuada por los ejércitos francés y belga en 1930, aunque de acuerdo con el Tratado de Paz deberían haber permanecido hasta 1935. Esta acción significaba que por parte alemana quedaba roto el sistema de garantías recíprocas que se había establecido en los Tratados de Locarno en 1925.

Francia repite la misma visión geopolítica de antes de 1914. Creyéndose en inferioridad frente a Alemania, lo que va a explicar actitudes durante la Guerra Civil española, recrea la situación de doble frente que había dividido las fuerzas alemanas destinadas a un primer choque, estableciendo una serie de acuerdos con países del este: Checoslovaquia, Polonia y la Unión Soviética, de forma que cualquier ataque alemán tenga que esperar reacciones de mayor o menor envergadura y obligue a asignar parte de las fuerzas a contenerlas. Francia va a estar ante los acontecimientos en España preocupada de no chocar con Alemania e Italia y, a partir de 1938, desanimada por la actitud británica, marcará claramente distancias con la República española. La actitud británica:

“Más que una política se trataba de un estado de ánimo influenciado por sentimientos de «temor, culpa, superioridad, inseguridad o esperanza de ventajas económicas. En 1936 el apaciguamiento de Alemania era un compendio de varios factores: al sentimiento de justicia y de resarcimiento después de Versalles, se añadían motivaciones de tipo económico, junto con un temor hacia el comunismo y una tendencia de aislacionismo con respecto al resto de Europa. En los años de la guerra civil española la pacificación de Alemania e Italia nacía principalmente con vistas al mantenimiento de los intereses británicos”³⁵⁹.

Es decir, el deslizamiento del gobierno republicano hacia la izquierda más extrema, con la amenaza consiguiente a los intereses económicos británicos en España, junto con el temor a otra guerra que considera en 1936 evitable, van a configurar la posición del Reino Unido frente a los acontecimientos en la Península.

³⁵⁹ Rocío Navarro Comas. *La política anglo – francesa durante la Guerra Civil Española: análisis del acuerdo de No – Intervención*. Studia Zamorensia, UNED Zamora. Segunda etapa vol IV, 1997, pág. 150.

Si la preponderancia de las izquierdas en el régimen republicano había generado desconfianzas en Portugal, el Alzamiento le proporcionó la ocasión de un reequilibrio estratégico en la Península si se instauraba sólidamente en España un régimen amigo que le proporcionase una situación de estabilidad y le permitiese centrarse en la explotación de las colonias. Por este motivo la ofensiva nacional desde el sur, aparte de ensanchar la zona bajo su control y crear un corredor hacia Madrid para las fuerzas procedentes del sur, tuvo como objetivo ir asegurando la frontera portuguesa para crear un espacio por el que se pudiese alimentar el nuevo régimen. De esta manera se creaba un flanco asegurado en el oeste y contaba desde el primer momento con una zona desde la que obtener recursos del exterior. El líder inicial del Alzamiento, el general Sanjurjo, se encontraba refugiado en Portugal y Salazar no puso el menor impedimento a su intento de entrar en España, que contó no solo con la simpatía sino con la complicidad de Lisboa.

Al otro flanco del Alzamiento, el expansionismo italiano en el Mediterráneo veía también al nuevo régimen con preocupación aunque su adversario estratégico principal fuese Francia. Por eso, la desaparición de la Dictadura de Primo de Rivera, que tan buenas relaciones había mantenido con el régimen de Mussolini y la posterior caída de la monarquía, supuso un alineamiento casi inmediato contra la República y el ofrecimiento de apoyo a cualquier movimiento interno contra ella. La finalidad era doble: por una parte eliminar un posible adversario que pudiese reforzar la posición francesa en el Mediterráneo Occidental³⁶⁰; por

³⁶⁰ “Las zonas que demandaban mayor atención en el entorno naval eran aquellas en las que los intereses marítimos de España interaccionaban con los respectivos de las potencias navales mediterráneas: Gran Bretaña, Francia e Italia. Potencias cuya economía y seguridad dependía en gran medida de la libertad de navegación en aguas bajo la influencia española. Estas áreas eran claramente dos: el Estrecho de Gibraltar y, muy especialmente, las islas Baleares. Ambas muy cercanas al territorio nacional.” Ya se ha expuesto la dependencia italiana de las exportaciones para sostener su esfuerzo económico, por lo que tolerar una amenaza desde Cartagena y las Baleares no era aceptable para el gobierno italiano pese a que “...se puede afirmar que España había determinado realizar una estrategia de seguridad defensiva, conservadora en lo territorial y ausente de deseos expansionistas. Debía pues centrarse en realizar una Política Naval que garantizase sus intereses en las áreas marítimas de interés para el país próximas a las costas peninsulares preparando y adecuando su Marina de guerra a la realización de cometidos defensivos.”. Las citas corresponden a: Adolfo Morales Trueba. *La política naval de la Segunda República*. Tesis Doctoral. UNED defendida el 24 de noviembre de 2016.

España distaba de tener una capacidad real de interrumpir el tráfico frente a la flota italiana y solo, de forma muy pobre, podía apoyar con sus instalaciones a una flota aliada.

otra constituir un régimen aliado que debiese su existencia a Roma y que se moviese en su órbita estratégica.

“Italia no quería que el Mediterráneo occidental se convirtiera en un lago francés, sobre todo después de la ambigua actitud adoptada por la Sociedad de Naciones ante el conflicto Italo – Etiópe. Es comprensible que este país no deseara la existencia de dos gobiernos de Frente Popular operando de acuerdo en esta mar, dada la ideología antifascista de ambos, desde luego, un motivo ideológico nada despreciable para su intervención. Pero lo que más interesaba a Italia era la libertad del Mediterráneo («El Mediterráneo es la vida de Italia», dijo Mussolini en el discurso que pronunció en Milán el 2 de noviembre de 1936); por consiguiente resultaba inaceptable para ella el bloqueo franco español. Y si este bloqueo se basaba además en la ideología frentepopulista, era inevitable la intervención en favor de Franco.”³⁶¹.

Estas posiciones se vieron confirmadas a partir del 18 de julio de 1936. Para los sublevados la afluencia de material y voluntarios italianos, con un coste económico elevadísimo para un beligerante sin más recursos financieros que la seguridad del pago de las deudas que iba contrayendo en el caso de victoria, fue desde el primer momento decisiva no solo en plano material, sino en el psicológico, al llevar al bando nacional el reconocimiento internacional.

La participación alemana en la contienda al lado del bando nacional, la más eficiente de todas, fue en su génesis una muestra del grado de desorganización en que vivía el régimen nazi, más allá de la fachada de las grandes celebraciones. Decidida, *in extremis*, por el propio Hitler en persona³⁶² fue, sin

³⁶¹ Basil Lidell Hart (Director). *Así fue la Segunda Guerra Mundial*. Rodolfo Mosca. *Del conflicto Italo – Etiópe a la Guerra Civil española*. Noguer – Rizzoli – Purnell. Barcelona. 1972. Tomo I, págs. 40 - 41.

³⁶² “Franco creyó que lo mejor era una comisión que personalmente pidiera la ayuda que a él le hacía falta. Por ello se formó una comisión integrada por dos nazis y un español, el capitán Arranz, que había sido uno de los pioneros de la aviación española [...] Gracias a los contactos de los nazis integrantes de la expedición, Langheim y Bernhardt (sobre todo de este último), el resultado de la expedición iba a ser positivo.” Jose Mario Armero. *La política exterior de Franco*. Planeta. Barcelona. 1978, págs. 94 y 95.

El relato a partir de aquí puede inducir a error en el libro. No fue el partido Nacionalsocialista, sino la amistad de Bernhardt con Rudolf Hess lo que salva la gestión inicialmente rechazada por el Ministro de Exteriores Von Ribbentrop, quién presenta a Hitler el proyecto de forma favorable. Como el encuentro se realiza en el festival de Bayreuth Hitler no consulta con su Ministro de Asuntos Exteriores, quien se encuentra con el asunto decidido en contra de su parecer. Este tipo de asesoramientos enfrentados, en una carrera por la cercanía y el favor del *Führer* lastraron desde el principio el sistema de toma de decisiones del *III Reich*.

embargo, la más rentable para el participante de cuantas intervenciones extranjeras tuvieron lugar en la Guerra Civil. Alemania no pretendía ninguna presencia en el Mediterráneo, que consideraba como una zona de influencia italiana, pero con vistas a un posible enfrentamiento en Europa, el contar con una España más colaborativa que en la guerra anterior, aunque solo fuese obligando a Francia a un mínimo despliegue defensivo que redujese las fuerzas en la frontera alemana³⁶³ o dando facilidades a la flota alemana en los territorios atlánticos, fundamentalmente las Canarias, podía ser una ventaja importante, llegado el caso.

Para la República, lo que podía haberse convertido en una amenaza efectiva pero controlable, comenzó con el asedio a su capital, itinerante hasta el final de las hostilidades, en el plazo de cuatro meses, y terminó con una guerra de desgaste en la que la pérdida de terreno, consecuencia de los fallos operacionales y tácticos sistemáticos, fue la constante que acabó en una derrota por descomposición interna tanto como por la presión militar enemiga. Consecuencia de esta descomposición, Francia, donde se produjo en 1938 la caída del gobierno de Frente Popular, y Gran Bretaña³⁶⁴, que en principio habrían debido ser las valedoras del gobierno legítimo, acabaron separándose de él y no

³⁶³ “Lo que más interesaban eran las perspectivas estratégicas y económicas que podían sobrevenir de la intervención de Alemania en el conflicto, pues como señala Renouvin (Historia de las Relaciones Internacionales, Madrid 1960, pág. 1022) la España «nacional» podía representar una amenaza en la frontera de los Pirineos y por consiguiente podía servir para debilitar al ejército francés en caso de conflicto; pero, a plazo inmediato, la política alemana deseaba obtener derechos de preferencia en la compra de material de hierro, manganeso, cobre y otros productos para su industria de guerra.” Juan Carlos Pereira. *Opus cit.*, pág. 171.

³⁶⁴ “En un principio, Blum y Cot, Ministro del Aire, estuvieron de acuerdo en enviar material de guerra como lo demuestra la documentación alemana: «He sabido confidencialmente que el Gobierno francés se ha declarado dispuesto a suministrar al Gobierno español considerable cantidad de material de guerra en los próximos días», escribe Welczeck, Embajador alemán, el 23 de julio. Sin embargo, ante las presiones interiores del país, decide viajar a Londres para ejercer una acción conjunta. Allí, Baldwin y Eden le aconsejan que no intervenga por el peligro que puede suponer para Europa. Por estas razones, el 25 de julio el Gobierno francés da una nota declarando que «había decidido no intervenir de ninguna manera en el conflicto interior de España.»” *Ibidem*, pág. 178.

Se ve claramente cómo la política británica está buscando evitar a cualquier precio un enfrentamiento con Italia, fundamentalmente, y espera volver a llevarla al sistema de la Sociedad de Naciones a base de concesiones, como la de la actuación en España y la presencia mediterránea. Por otra parte, Londres desconfió sistemáticamente del gobierno del Frente Popular, desconfianza que fue en aumento con la creciente influencia soviética.

le proporcionaron la ayuda material que le hubiese dado una oportunidad de acabar con la sublevación.

Aparece en este contexto estratégico, aparentemente complicado pero ordenado, un actor inesperado, la Unión Soviética. Inesperado porque carecía de intereses geopolíticos directos en la zona, pero con una estrategia de expansión ideológica que hacía que sostener a un gobierno, en el que cada vez iba teniendo más influencia, resultase una experiencia inmejorable y la posibilidad, caso de la victoria de una República donde el Partido Comunista fuera el actor principal, e incluso único, de situarse en un área con capacidad de influencia geopolítica sobre las principales “potencias burguesas” y de iniciar la idea, no conseguida hasta 1945, de una expansión estratégica en Europa.

Así, una de las características distintivas de la ayuda soviética a la República fue la exigencia, cada vez mayor conforme más dependiente se iba volviendo el gobierno republicano de la ayuda soviética, de una mayor influencia del Partido Comunista de España en la vida política y la organización militar, hecho que no tuvo paralelismo en la ayuda italo – alemana al gobierno de Burgos³⁶⁵.

La actitud de la Unión Soviética hacia España estuvo siempre marcada por sus intereses estratégicos, de los que España no fue más que una pieza. Si bien al comienzo de la Guerra Civil las relaciones con Alemania eran francamente malas, en el transcurso de la contienda mejoraron hasta el punto de que apenas cinco meses después de finalizar, el 23 de agosto de 1939, se firmó el pacto Ribbentrop – Mólotov, que a solo nueve días de comenzar la Segunda Guerra Mundial anulaba el sistema estratégico francés de doble frente que habría impedido, o al menos hecho muy difícil, a Hitler un ataque en el oeste.

Estos ocho actores: el Reino Unido, Francia, Italia, Alemania, la Unión Soviética, Portugal y los dos bandos españoles de la Guerra Civil, iban a conformar durante tres años un sistema estratégico que, pese a la violencia desatada de su dialéctica interna, no iba a representar la principal amenaza a la paz en Europa, como demostraría la Conferencia de Múnich en 1938. Europa Central, el vacío estratégico dejado por el Imperio Austro – Húngaro, que aspiraba a rellenar el nuevo *Reich* alemán, desde la anexión de Austria a la desmembración de

³⁶⁵ *Ibidem*, pág. 176.

Checoslovaquia, era la zona geopolítica que realmente importaba a los cinco actores no ibéricos.

En poco más de un año se demostró la irrelevancia general del escenario español y cómo ambos bandos se quedaban sorprendidos al ver que sus valedores eran capaces de extraños acuerdos, algunos no tanto si se recuerdan las teorías de la geopolítica de la época y la importancia de Haushoffer en ese momento, que tendían puentes entre Berlín y Moscú y que hacían a París y Londres cómplices de la hegemonía alemana en el antiguo solar Habsburgo y del resurgimiento de Italia como país respetable tras la condena por la invasión de Etiopía en 1936.

Se puede decir que España durante su Guerra Civil es un objeto y no un sujeto de la geopolítica en el sistema estratégico europeo de los años treinta. El idealismo multilateralista y lo corto de sus capacidades estratégicas, económicas y militares, hizo que, carente de verdadero peso en el sistema europeo, al desatarse la Guerra Civil todos los actores estratégicos de su entorno, siempre bajo petición de alguno de los bandos, introdujesen el resultado de la misma en sus ecuaciones estratégicas e intentasen, de forma más velada o abiertamente, que fuera el que más les favoreciese.

5.6.2. Estrategia del Régimen de Franco durante la Segunda Guerra Mundial

Cuando finaliza el conflicto, el nuevo gobierno tiene que acometer, entre otras muchas tareas, la de articular un pensamiento estratégico y una visión geopolítica, definiendo los intereses españoles en función de un pensamiento político que todavía estaba en fase de construcción. El bando ganador era una mezcla de corrientes políticas que se identificaban más por el sentimiento de amenaza, en ocasiones física, que habían sentido desde la República como sistema hacía sus posiciones ideológicas, sus intereses económicos o sus libertades básicas. Otra parte era indiferente a la actividad política y lo único que deseaba era un marco de estabilidad política y seguridad jurídica para prosperar en sus asuntos particulares que entendían que, más que la República en sí, el gobierno del Frente Popular les negaba.

En suma, se trataba de un aglomerado cuyo cemento lo constituía la lealtad y el respeto hacia Franco como general victorioso. Carlistas, monárquicos alfonsinos, primoriveristas de la antigua Unión Patriótica, republicanos “de orden” y falangistas conformaban una alianza que forjó la necesidad y luego la imposibilidad de sobrepasar a los otros manteniendo una influencia variable siempre bajo la enérgica égida de Franco, que mantuvo el poder efectivo en sus manos hasta el último momento y que tomó las decisiones más trascendentales de forma personal.

En este contexto el nuevo régimen tuvo que articular un pensamiento político general, mezcla de los idearios de la Falange y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalistas y de los tradicionalistas que habían mantenido el pensamiento decimonónico carlista. El pensamiento del partido era tan ecléctico como sus componentes, pero en el caso del pensamiento estratégico el componente falangista era el fundamental.

Este pensamiento partía de una idea de “Imperio”, de la búsqueda de la posición de España en el mundo buscando el retorno a la dimensión de poder, influencia y extensión de los siglos XVI y XVII que se suponía era la que por derecho le correspondía. Implicaba una vocación de presencia global y de reivindicación territorial, en muchos casos absolutamente trasnochadas, pero que tuvieron, sin embargo, una influencia perdurable en el pensamiento estratégico español hasta el presente por cuanto suponían una aspiración concreta, una misión, una idea directora cuyo alcance se modularía en función de las posibilidades y el entorno.

Hasta que la realidad del desarrollo del conflicto mundial se impuso, la corriente dominante de pensamiento conservadora, tradicionalmente germanófila, más por la idea de que la combinación de las acciones de Francia y el Reino Unido habían supuesto no ya la decadencia, sino la imposición de una situación que hacía imposible la recuperación de un papel digno en la política mundial.

Así, Ramiro Ledesma Ramos, uno de los fundadores de las Juntas de Ofensiva Nacional – Sindicalista, consideraba que:

“Solo existe hoy en Europa una política cuyo futuro difícilmente chocará con el nuestro: es la política de Alemania cuyos pasos internacionales conviene mucho a

España tener presentes por si a lo mejor descubrimos una serie de fecundas interferencias”.

Y en el plano de la visión geopolítica estimaba que:

“...si España venciese su actual crisis interna del lado favorable a su recobro nacional, entonces las perspectivas internacionales resultarían infinitas. España se atrevería a todo, y podría atreverse a todo. A recuperar Gibraltar. A unir en un solo destino a la península entera, unificados con el pueblo portugués. A trazar una línea amplísima de expansión africana (todo el norte de este Continente, desde el Atlántico hasta Túnez, tiene enterradas muchas ilusiones y mucha sangre española). A realizar una aproximación política, económica y cultural con todo el gran bloque hispano de nuestra América. A suponer, en fin, para Europa misma, la posibilidad de un orden continental más firme y justo”³⁶⁶.

Esta era la base de la concepción de la geopolítica en los años inmediatos a la finalización de la Guerra Civil. El desarrollo de la guerra en curso en Europa parecía anunciar la posibilidad de que los sueños de recuperación del control total del Estrecho y aún de expansión africana se convertirían en realidad en poco tiempo. Nótese como el pensamiento profalangista ya establece el retorno a la visión atlántica, sudamericana, en este caso como un regreso a una política de presencia mundial, el Imperio, que recupere el papel internacional de España en los siglos XVI y XVII y, parcialmente el XVIII. Incluso aparece el asunto del iberismo como un anhelo fundado en la proximidad ideológica.

El punto de partida del nuevo Estado para organizar su concepto estratégico y su visión geopolítica era la misma base geográfica de la que disponía el régimen republicano en julio de 1936, pero con unas situaciones económicas y militares completamente distintas. Pese al apaciguamiento de la Conferencia de Múnich, o quizás precisamente por no encarar la amenaza en su fase temprana, la situación en Europa era francamente prebélica, pero en esta ocasión, al contrario que en la anterior crisis general, España estaba ligada al bloque articulado sobre Alemania y opuesto a Francia y el Reino Unido. Lo cierto es que Franco acertó

³⁶⁶ Las dos citas corresponden al libro de Ramiro Ledesma Ramos, *Discurso a las juventudes de España*, citado en José María de Areilza y Fernando María Castiella. *Las Reivindicaciones de España*. Instituto de Estudios Políticos. Madrid. 1941, pág. 49.

a ver la imposibilidad, dada la situación material³⁶⁷, de asumir ninguna empresa bélica ni aún en el caso de que se anunciase de corta duración y de posibles grandes ganancias que permitiesen la materialización de la vocación global antes expuesta.

Tal y como se preveía, el combate se centró en la recuperación de los antiguos territorios del *Reich* y en sofocar definitivamente cualquier desafío al establecimiento de una hegemonía alemana en el continente. La diferencia abrumadora de fuerzas navales a favor de los aliados occidentales limitó inicialmente la acción de las fuerzas alemanas a una guerra al tráfico llevada a cabo tanto con medios de superficie como por una fuerza submarina creciente, no buscándose en ningún caso el enfrentamiento directo de las flotas.

La rapidez de las victorias alemanas, basadas en nuevos conceptos operacionales, sobre todo la derrota de Francia en 1940, creó un escenario estratégico en el que parecía posible que una política expansionista pudiese, al menos en parte, ser factible a costa de París. Pero, como no podía ser de otra manera, se repitió el escenario de 1919. En política internacional nadie premia el no hacer nada, para ganar hay que arriesgar.

Una de las condiciones que Francia puso para negociar el armisticio era la inviolabilidad de las colonias y la flota. Alemania, que acariciaba el objetivo de una victoria definitiva y el establecimiento de un *status quo* aceptable en el largo plazo para sus adversarios, no iba a dar motivo al gobierno de Vichy para lanzarse de nuevo a la lucha, máxime cuando una parte reducida de las Fuerzas Armadas francesas no habían aceptado el fin de las hostilidades y continuaban la lucha apoyadas en una parte de las colonias que se les habían unido.

Aun así en las conversaciones que en 1940 y sobre todo después del ataque alemán a la Unión Soviética, se mantuvieron conversaciones entre Madrid y Berlín para tratar de alcanzar un compromiso de participación española en el bando del Eje. La cuestión de la ampliación de la zona de Protectorado en Marruecos a expensas de Francia e incluso zonas de Argelia o Guinea siempre

³⁶⁷ En Estas circunstancias, los condicionamientos económicos constituyeron una realidad que frenó los impulsos de los sectores del régimen más abiertamente partidarios de la intervención militar y redujo las exigencias de las propias potencias del Eje. Rafael Calduch. *Opus cit.*, pág 110.

fueron parte de las solicitudes españolas, primero como esperanza y luego como excusa para no llegar a ningún acuerdo.

En estos momentos alcanza su importancia álgida en la visión estratégica española el Estrecho de Gibraltar. Nunca, ni en los momentos de mayor cercanía a Gran Bretaña, había España cejado en su reivindicación, más sentimental que efectiva, sobre Gibraltar. Durante la fase de preponderancia del Eje en la Segunda Guerra Mundial pareció que se abría una ventana de oportunidad para la recuperación del territorio y eliminar la ocupación británica, si bien el precio, la hostilidad declarada de Gran Bretaña, podría suponer en otra fase la pérdida de otros territorios, como las Canarias³⁶⁸. Franco estaba convencido de ello y en la entrevista en Bordighera el 12 de abril de 1941 le hizo notar a Mussolini que en cuanto España entrase en la Guerra se perdería Canarias, el Sahara, Guinea y no solo no se recuperaría Gibraltar sino que habría presencia británica en las dos orillas del Estrecho de Gibraltar³⁶⁹.

³⁶⁸ “Para Inglaterra el Atlántico desempeña una doble función: de una parte es el vehículo de importancia vital de su aprovisionamiento y el lazo que une a la metrópoli con el Imperio, y de otra es el arma que permite cortar toda aportación ultramarina a un adversario eventual [...] Una simple ojeada al mapa es suficiente para darse cuenta de lo fácil que resulta efectuar agresiones contra las rutas del Atlántico oriental desde las costas de Francia, Irlanda, España o Portugal. En este respecto, las posesiones insulares hispanas y portuguesas poseen también un particular valor estratégico muy tenido en cuenta por el Almirantazgo británico. Las principales rutas atlánticas pasan por el interior del triángulo formado por Inglaterra, Gibraltar y las Azores; no en vano, las flotas británicas del Atlántico y del Mediterráneo verifican todos los años maniobras en aquella zona. La importancia imponderable de dicho triángulo estratégico engloba en su órbita a los estados ibéricos, como lo demuestra el interés que manifiesta Inglaterra por la utilización de los puertos españoles y portugueses para el caso de que tuviera que abandonar Gibraltar. Es probable que la política británica se lanzaría sin escrúpulos, si lo reclamasen las circunstancias, a la ocupación de los archipiélagos atlánticos cuya situación geopolítica les conceda un valor particularmente grande en estos días como bases navales o aéreas”. Wulf Siewert. *El Atlántico. Geopolítica de un Océano*. Editorial Labor. Barcelona. 1942, págs. 169 – 170. El autor expone claramente el punto de vista alemán de que en caso de que accediesen a Gibraltar los británicos ocuparían Madeira o Canarias para compensar la pérdida. Si tan públicamente se exponía la situación esta no se le ocultaba al gobierno español. Un razonamiento parecido se hace sobre el valor de Cabo Verde como punto de apoyo a la flota británica en la Gran Guerra y apunta a la importancia que podía cobrar Freetown, lo que induce a pensar que nuestras posesiones del Golfo de Guinea hubieran sido también objetivo seguro de la reacción británica a cualquier participación española en la guerra. Por cierto que, según testimonios del General Warlimont, Jefe Adjunto de Operaciones del *OKW*, el *Reich* preparó también planes para la ocupación de los archipiélagos atlánticos, que, lógicamente se abandonaron por inviables para las capacidades alemanas.

³⁶⁹ Luis Suárez Fernández. Franco. *Crónica de un tiempo*. Actas. Madrid. 1997. Tomo II, pág. 296.

Lo cierto es que si hubo declaraciones del Gobierno británico, e incluso de Winston Churchill en el Parlamento³⁷⁰, fue para alabar la posición de neutralidad española y su actitud en relación a la Colonia, a la que nunca se la sometió a bloqueo. Alemania, si bien planeó en detalle la operación de asalto al Peñón nunca ofreció la inmediata incorporación del territorio a España sino la transferencia del mismo al *Reich* que lo devolvería a España cuando la situación operacional lo permitiese, lo que supuso un freno a cualquier entusiasmo en Madrid por la relación coste eficacia de la propuesta alemana.

La otra reivindicación española en el Estrecho había sido desde el establecimiento del Protectorado el gobierno de Tánger. Nunca se entendió la internacionalización de un territorio que suponía una merma a la autoridad española en la zona y se había constituido en un centro de contrabando no solo contra la hacienda marroquí sino, a través del mercado clandestino de armas, en un foco de resistencia a dicha autoridad.

La ocupación de la “Zona internacional” desde 1940, a la caída de Francia y el perigeo estratégico británico, hasta 1944, cuando el mantenimiento de la presencia militar española era un claro desafío a los aliados dado el curso de los acontecimientos, desembarcos en el Marruecos francés en noviembre de 1942 y en Francia en junio de 1944 , muestra un ejemplo de cómo las acciones de prestigio y de afirmación de unos pretendidos derechos tenían el recorrido que los actores con verdaderas capacidades estratégicas querían que tuviesen y como el repliegue se imponía ante la sola posibilidad de enfrentarse a cualquiera de los bandos³⁷¹.

³⁷⁰ “Al concluir el año 1940 muchos de los temores ingleses se habían despejado. Churchill seguía dudando de que pudiera España evitar la guerra; pero ahora estaba seguro que no quería hacerla.[...] Cuando el premier británico se convenció de que ni en Hendaya ni en Berchtesgaden, había conseguido Hitler quebrantar la resistencia española, decidió hacer un gesto verdaderamente amistoso, un encuentro con el duque de Alba, fuera de cualquier protocolo. Churchill explicó que, al principio, había visto con simpatía el alzamiento español del 18 de julio, aunque luego había experimentado desconfianza al ver como obtenía el respaldo de Alemania e Italia. Pero ahora estaba convencido de que Franco estaba Luchando para conservar se neutralidad y por eso el Reino Unido se Inclina a ofrecerle su ayuda económica.”. Luis Suárez Fernández. *Opus cit.*, Tomo II, pág. 277.

³⁷¹ Subsisten dudas sobre si la operación contó con el beneplácito del Reino Unido, o al menos la comunicación previa a Londres para evitar malos entendidos, ya que en esos momentos era

En este mismo orden se inscriben los sucesivos estados de neutralidad, no beligerancia y vuelta a la neutralidad de acuerdo a las alternativas del conflicto y que llegó a su máxima aproximación al Eje con el envío al frente oriental de una división de infantería de voluntarios españoles, la “División Azul” y de una escuadrilla de caza, “Escuadrilla Azul”, que aunque insignificantes en el conjunto del esfuerzo de guerra alemán, fueron un gesto que estuvo a punto de tener muy graves consecuencias al final de la guerra.

En suma, la Guerra Civil creó en los dos bandos una visión estratégica centrada en asegurarse aliados que respaldasen el esfuerzo de guerra. Posteriormente, durante la Segunda Guerra Mundial, se produce una acomodación permanente a las circunstancias del conflicto, pasando de un alineamiento con el Eje a una prudente política de abstención, sobre todo a partir del desembarco aliado en el Marruecos francés que supuso que España tuviese frontera física con ambos bandos y que cualquier error de cálculo pudiera tener consecuencias muy serias, sobre todo para el régimen recién instaurado que hubiese visto su supervivencia gravemente comprometida por cualquier intervención. A partir de la retirada alemana de Francia, se intenta recomponer las relaciones con los aliados preparándose para un entorno cuya hostilidad se estimaba segura pero no hasta dónde ésta pudiese llegar.

Una de las fórmulas para la justificación de las diversas actitudes del Régimen ante el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial la dio Franco con su “Teoría de las tres guerras”. Una entre Alemania e Italia contra los aliados occidentales, en la que España se mantenía neutral; otra en el Pacífico donde España era favorable a la causa aliada después del trato que habían recibido sus nacionales e intereses en Filipinas por los japoneses, y un tercer conflicto en el este europeo contra el marxismo soviético, en el que España no podía permanecer de brazos cruzados. Tan singular constructo estratégico no convenció al enviado del presidente norteamericano Roosevelt ante Pío XII cuando visitó a Franco el 30 de septiembre de 1942.

impensable una reacción militar. De todas formas la reacción británica fue tan contundente que no apoya la especulación. Basil Lidell Hart (Director). *Así fue la Segunda Guerra Mundial*. Manuel Aznar Zubigaray. *Una neutralidad difícil*. Noguer – Rizzoli – Purnell. Barcelona. 1972. Tomo I, pág. VIII.

No obstante lo anterior, y el haber desarrollado planes para la invasión tanto de Portugal como del sur de la Península, los británicos acabaron dando seguridades a España, el 19 de noviembre, que de mantenerse neutral no tenía nada que temer de los aliados, lo que equivalía a decir que nadie la amenazaría seriamente durante la guerra³⁷².

Puede decirse que a partir de los desembarcos aliados en el norte de África en noviembre de 1942, y sobre todo con la recuperación de una Francia unificada, que se consideraba continuadora de la III República, las posibilidades de ver cumplidos los deseos expansionistas españoles desaparecen totalmente y la noción de “Imperio” se convierte en un recurso retórico más que en un principio rector de la estrategia y acaban por desaparecer de cualquier declaración oficial.

Como conclusiones de las circunstancias estratégicas de este periodo para España, pueden resumirse en el alumbramiento de una visión geopolítica global articulada por expertos de prestigio que se va a mantener en el tiempo, con un acompañamiento estratégico y diplomático variable. En segundo lugar, en el orden práctico, fueron seis años de supervivencia ante las más poderosas amenazas que ha sufrido, en el ámbito internacional, España desde la guerra con los Estados Unidos.

Al igual que en la Gran Guerra, los Aliados occidentales buscaban la neutralidad por parte española, la posición de España en el bando germano solo podía traer complicaciones por muy débil que fueran sus capacidades militares. Alemania buscó en esta ocasión la participación activa de España, pero el estado de postración económica tras la Guerra Civil hacía que su inclusión en el Eje añadiese otra complicación económica o militar que no superaría las posibles ventajas estratégicas. Para España tener alternativamente a ambos bandos en la frontera significó que al final estuviese mal vista por ambos, ya que no se cumplieron las expectativas que tenían sobre el comportamiento del Régimen, que, haciendo un balance completo, favoreció más a los Aliados que al Eje.

La condición de España de objeto y no de sujeto en el sistema estratégico europeo y mundial en estos momentos va a acompañarla y a definir la actitud de

³⁷² Para lo referente a las “Tres Guerras” y las garantías británicas consultar. Luis Suárez Fernández, *Opus cit.*, Tomo II, págs. 425 a 427.

los vencedores. En el caso británico lo que más pesó, hacia el final de la Guerra, fue la necesidad de agradar a Stalin en Yalta, debido fundamentalmente a la situación en Grecia y las aspiraciones británicas de control del Egeo, que en realidad constituye un todo geopolítico con Egipto y el Canal de Suez, que a posibles amenazas del Régimen a Gibraltar o a algún otro interés británico. El cambio radical de actitud, que sin embargo jamás llegó a propiciar la oposición armada al Régimen, desconcertó a Franco y le produjo un resentimiento duradero hacia el Reino Unido, de quién esperaba mejor trato.

En el caso francés, la estabilidad de Marruecos, y por ende de Argelia, pesó más que cualquier otra consideración y no se pasó del rechazo público de Franco. Quedó Portugal como único valedor, apoyado siempre por el Reino Unido, que no deseaba crear una situación difícil a su aliado y que siempre ha visto a la Península como un todo y frontera comercial abierta con amplios intereses económicos en ambos países.

Tres actores aparecen en el panorama estratégico español con un papel creciente: Iberoamérica y el Mundo Árabe como salidas comerciales y diplomáticas a un creciente rechazo europeo y la Santa Sede, que va a ejercer una influencia capital en los asuntos de política exterior española al ser el único nexo, aunque muy particular, con el sistema europeo que rechazaba al Régimen.

Desaparecieron definitivamente las aspiraciones mediterráneas, el eje europeo se convirtió en un origen de amenazas y el esfuerzo estratégico se centró al sur, en la conservación de los territorios del Protectorado, en las fronteras del 1939, y en la conservación de los territorios atlánticos, tanto las Canarias como el Sahara y las posesiones en el golfo de Guinea. Sin embargo, una nueva serie de circunstancias, todas externas a las posibilidades de cálculo y acción de Madrid, van a reconfigurar el panorama estratégico mundial y permitiendo la supervivencia del Régimen, que no tenía una contestación apreciable en el interior y para el que el exterior siempre fue el origen de los verdaderos riesgos y amenazas.

De todas formas, el mundo que iba a surgir tras la Segunda Guerra Mundial presentará unas características tan novedosas en los aspectos de distribución geopolítica y estructuras estratégicas que España va a tener que reevaluar todos sus conceptos anteriores.

6. ESTRATEGIA Y GEOPOLÍTICA ESPAÑOLAS. DESARROLLO HISTÓRICO 1945 / 1975

6.1. 1945 a 1975. Nuevos horizontes

6.1.1. La visión desde el aislamiento

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial la situación estratégica de España era desesperada. Se encontraba rodeada en Europa y África por una Francia que quería reconocerse a sí misma como potencia vencedora de pleno derecho y olvidar la sincera colaboración que amplios sectores de su población habían proporcionado a la ocupación alemana. Los norteamericanos y británicos, que vivían una fase de euforia por la victoria por segunda vez en menos de cuarenta años sobre las ansias expansionistas alemanas, veían con desagrado a Franco, pero no querían entrar en conspiraciones para derribarlo. Al este, la URSS seguía considerando a los exiliados republicanos sus patrocinados y esperaba todas las ventajas de revertir la situación política derribando al Régimen y reinstalando en la Península a los derrotados en 1939.

En esa coyuntura España aparecía en 1945 como un astuto aliado del Eje, que había sabido nadar y guardar la ropa, evitando verse involucrado en la guerra pese a haber prestado un apoyo indiscutible, material y en menor medida humano, al *Reich*. Como además ostentaba la condición de ser un régimen autoritario de partido único e inspiración militar, la asimilación con las potencias vencidas resultaba sencillísima. El 5 de julio de 1945 el Partido Laborista británico ganó las elecciones por una de las mayorías más amplias registradas en la historia del Reino Unido y Clement Attlee reemplazó a Winston Churchill como primer ministro. Attlee había sido uno de los más ardientes defensores de la República durante la Guerra Civil³⁷³, así que en nada quedaron los

³⁷³ Si Churchill se hubiese mantenido en el puesto posiblemente las resoluciones respecto a España hubiesen tenido un tono menos tajante y excluyente. Esa es la opinión de K.W.Watkins. *Britain divided: the effect of the Spanish civil war on British political opinion*. Edinburgh. 1963, pág. 205 – 207.

agradecimientos de otros tiempos por la neutralidad y la salvaguardia de Gibraltar³⁷⁴.

Pero Truman reconoce en sus memorias³⁷⁵ que, pese a que ni a él personalmente ni en los círculos del gobierno en Washington Franco gozaba de la menor simpatía, no se iba a intervenir militarmente ni a tratar de reabrir un conflicto civil, apoyándose el “cambio desde dentro”. Por otra parte, los británicos atendían primero a sus intereses geopolíticos y luego a sus preferencias ideológicas, por lo que el permitir que Stalin volviese a tomar un papel en los asuntos de la Península no estaba en sus cálculos³⁷⁶. De esta manera se cerró la única oportunidad real que el exilio tuvo de verse respaldado militarmente, con la Segunda Guerra Mundial aún en marcha. Así, tanto Franco como Carrero Blanco valoraron positivamente la declaración final de la Conferencia que esperaban más hostil de lo que finalmente fue, pese a la condena del Régimen y su exclusión de la Organización de las Naciones Unidas, que estaba todavía por determinar³⁷⁷.

³⁷⁴ “Permitidme que recuerde también el bien conocido tributo rendido a la neutralidad española por Sir Winston Churchill en el debate parlamentario celebrado en día 3 de junio de 1944. No podría transcribir aquí, por falta de espacio, los largos detalles dados por el Premier británico sobre el comportamiento español y sobre los enormes peligros y daños que hubiera traído para la causa aliada una actitud española simplemente indecisa durante la guerra. Citaré solamente estas nobles palabras: «Siempre creeré que España, en aquel tiempo, prestó un servicio, no solamente al Reino Unido, al Imperio Británico y a la Commonwealth, sino también a la causa de las Naciones Unidas. Por tanto, no siento la menor simpatía que piensan que es inteligente e incluso gracioso insultar y ofender al Gobierno de España cada vez que se presenta la ocasión.»”. Citado por Fernando María Castiella en una conferencia en la Universidad de Georgetown, el 24 de marzo de 1960. Lo cierto es que la opinión oficial de Churchill respecto al gobierno español fue bastante más dura que la cita con la se quería blanquear los tradicionales desprecio y hostilidad con que el gobierno británico venía tratando al español.

³⁷⁵ Citadas por Luis Suárez Fernández. *Opus cit.*, Tomo II, pág. 39.

³⁷⁶ “Por su parte, Stalin intentó en la Conferencia de Potsdam imponer un bloqueo diplomático y económico que quedó neutralizado por las autoridades británicas, si bien se apoyaba el veto a su ingreso en Naciones Unidas, y se reiteraba una nueva condena al régimen franquista.” Francisco Sánchez Pérez (coord.). *Opus cit.*, pág. 197.

³⁷⁷ “«Los tres gobiernos se sienten obligados a especificar que, por su parte, no apoyarán solicitud alguna del Gobierno español que pueda presentar para ser miembro de las Naciones Unidas, por haber sido establecido dicho Gobierno con la ayuda de las potencias del Eje y porque, en razón a su origen, naturaleza, historia e íntima asociación con los Estados agresores, no reúne las condiciones necesarias para justificar su admisión.»” Luis Suárez Fernández. *Opus cit.*, pág. 40.

Las consecuencias inmediatas fueron el aislamiento de España por parte de sus vecinos, de los que tradicionalmente dependía económicamente y a cuyas visiones geopolíticas y actuaciones estratégicas se encontraba ligada. La reacción del Régimen fue, inicialmente, un nacionalismo asertivo, que rechazaba como injerencia la condena internacional a la par que se preparaba económicamente para resistir la guerra comercial con una autarquía tan impuesta como buscada. Como gestos para manifestar lo erróneo de su asimilación con las potencias vencidas se promulgaron una serie de leyes que iniciaban el entramado institucional del Régimen³⁷⁸, constituyendo la enunciación de una serie de derechos básicos aunque alejados del catálogo completo que se enunciaban en los sistemas occidentales. La estrategia era la supervivencia política³⁷⁹ y la visión geopolítica se orientó a localizar los centros de influencia y recursos alternativos que pudieran ayudar a dicho fin. Igualmente los personajes públicos de carácter más marcadamente falangista o que se habían distinguido por una germanofilia sin fisuras que los habían llevada a apoyar al III *Reich* hasta el final fueron sustituidos por otros de perfil, generalmente, más identificados con un carácter tradicional cristiano. El caso más representativo y que tuvo más influencia es el del cambio en el Ministerio de Asuntos Exteriores del falangista,

³⁷⁸ Durante la Guerra Civil, en 1938, se había promulgado el 9 de marzo de 1938 el Fuero del Trabajo, en la fase victoriosa del bando nacional y coincidiendo con la aparición en febrero del primer gobierno presidido por Franco como uno de los fundamentos legislativos del nuevo Estado, pero sin ninguna vocación constitucional. Le seguirían la Ley Constitutiva de las Cortes de 17 de julio de 1942, como un guiño a los aliados permitiendo un cierto grado de participación ciudadana en las tareas legislativas pero sin capacidad de mediatizar al Gobierno. El 18 de julio de 1945 se publicaba el "Fuero de los Españoles", en el que se recogían los derechos que se reconocían a los ciudadanos españoles y el 22 de octubre se aprobaba la Ley de Referéndum, que articulaba el procedimiento de consulta popular. A la vez que se definían los poderes se configuraba un entramado organizativo y legal que enunciaba la vocación de permanencia del Estado nacido del 18 de Julio. En el aspecto exterior, si se esperaba que estas dos últimas leyes cambiasen la imagen que tenía el Régimen, el fracaso no pudo ser más absoluto. Solo un relevo en la Jefatura del Estado podía haber supuesto un cambio de actitud de los aliados. La foto de Hendaya perseguirá a Franco hasta su muerte.

³⁷⁹ Como dice Luis Suárez, *Opus cit.*, pág. 77, "Me siento inclinado a creer que antes de que, con la primavera de 1946 se iniciara el gran asalto contra su persona y su Régimen en el debate de las Naciones Unidas, él tenía ya tomadas tres decisiones: no interrumpir el contacto con el conde de Barcelona [...] no preocuparse del Gobierno de la República en el exilio y tratar con mano dura los botes de guerrilla (bandolerismo) en el interior; en modo alguno licenciar a la Falange.". Es decir no ceder a las presiones de reforma, no ceder el mando y resistir por todos los medios posibles.

José Félix de Lequerica por el católico, presidente de la Junta Técnica de Acción Católica, Alberto Martín – Artajo³⁸⁰.

Al igual que en 1898, el vector atlántico se revelaba fundamental, aunque de forma pasiva, para los intereses españoles, al ser los Estados Unidos uno de los poderes emergentes a nivel global en la reconfiguración estratégica de posguerra. A lograr si no su amistad si una benévola condescendencia se aplicó la diplomacia española, si bien con poco éxito. No era que el eje atlántico fuese fundamental para España, es que lo era para los norteamericanos y, como en el caso de la crisis colonial del final del siglo XIX, España se vio afectada por la comprensión atlántica de la geopolítica norteamericana y tuvo que amoldarse a procurar obtener los máximos beneficios de dicha visión y a tratar de cubrirse de los inconvenientes que de ella se derivasen.

Por otra parte, todo estaba a punto de cambiar de forma sustancial en el sistema estratégico europeo e incluso mundial. El tradicional sistema europeo, en el que tan acostumbrados estaban a pensar los decisores estratégicos, incluidos los españoles; se iba a globalizar en una dirección en ese momento difícil de predecir con la aparición de la Unión Soviética como otro actor estratégico de alcance mundial y el relevo de Gran Bretaña por Estados Unidos como potencia hegemónica occidental.

Ya en 1944, se había producido un incidente que había demostrado cómo el cambio de estrategia era inevitable, al menos mientras Franco siguiese en el poder. El 18 de octubre de 1944, cuando el desembarco aliado estaba consolidado y el frente alemán se desmoronaba, Franco remite una carta a

³⁸⁰ Es significativo el cambio de Ministros de Asuntos Exteriores desde la Guerra Civil hasta el reconocimiento del Régimen. El primer encargado fue el general Francisco Gómez – Jordana y Souza, quien ocupó el cargo en el primer gobierno que con este nombre sustituyó a la Junta Técnica de Estado en el bando nacional, el 30 de enero de 1938, si bien venía desempeñando las mismas funciones en el anterior organismo. Significativamente, también sería Vicepresidente del Gobierno. Le sustituyó el 11 de agosto de 1939 el coronel Juan Luis Beigbeder, entre agosto de 1939 y el 16 de octubre de 1940, apenas un año, a quien desplazó Ramón Serrano Súñer, cuñado de Franco, quien sería sustituido en 1942 por Gómez – Jordana y en 1944 por José Félix de Lequerica, político conservador vasco, para encontrar la estabilidad en 1945 en Alberto Martín – Artajo Álvarez, político católico que lo desempeñaría hasta 1957. Los cambios de titular muestran la orientación neutralista, intervencionista o de convivencia con los Aliados, hasta que al final de la guerra hay que recurrir a otro perfil para deshacer imágenes del pasado y romper con el bloqueo.

Churchill expresándole su idea de las relaciones hispano - británicas, presentes y futuras. Lo más relevante son las siguientes ideas:

“Después de la terrible prueba pasada por las naciones europeas, sólo tres pueblos, entre los de población y recursos importantes, se han destacado como más fuertes y viriles: Inglaterra, Alemania y España; más destruida Alemania, sólo queda a Inglaterra otro pueblo en el Continente a que volver sus ojos: España. Las derrotas francesas e italiana y su proceso de descomposición interna, no permitirán probablemente en muchos años edificar nada sólido sobre estos pueblos; hacerlo, acarrearía las mismas trágicas sorpresas que sufrieron Inglaterra y Alemania en la actual contienda. La deducción es clara: ¿es conveniente para Inglaterra y para España su amistad recíproca? No dudo en afirmarlo, y será tanto más imperativa cuanto mayor sea la destrucción que llegue a hacerse de la nación germana” [...]

“Y, por último, creo que debe usted aclarar, ante la acción de los malos españoles que desde fuera de España especulan con la posibilidad de cambios interiores, que sirviendo a su pasión hicieran para Inglaterra más barato este acercamiento, que si por quimérico no debemos siquiera discutir su posibilidad, si hemos de afirmar de una manera rotunda que cualquier cambio hipotético que en este sentido se produjera, sólo serviría al interés de Rusia”

La contestación del primer ministro británico, aparte de la distorsión de la realidad que le provocaba el que el esfuerzo soviético era el que estaba aniquilando materialmente a la *Wermacht*, refleja lo que va a ser la realidad de las relaciones del Régimen con las naciones de Europa. No se le perdona su pasado ni se le va a perdonar en el futuro.

“En la carta de V.E. al duque de Alba hay varias referencias a Rusia que no puedo dejar pasar sin comentario, teniendo en cuenta las relaciones de amistad y de alianza entre este país y Rusia. La induciría a V.E. a serio error si no desvaneciera en su ánimo la idea equivocada de que el Gobierno de S.M. está dispuesto a considerar ninguna agrupación de Potencias en Europa occidental, o en cualquier otro punto, basada en hostilidad hacia nuestros aliados rusos o en la supuesta necesidad de defensa contra ellos. La política del Gobierno de S.M. se funda firmemente en el Tratado anglo-soviético de 1942 y considera la permanencia de la colaboración anglo-rusa dentro de la armazón de la futura organización mundial, como esencial, no solamente a sus intereses sino también a la futura paz y prosperidad de Europa en su conjunto.”

Se deshará con rapidez asombrosa esa colaboración y habrá esa agrupación, pero a España no se le permitirá unirse a ella. A partir de esta contestación:

“La carta de Churchill sirvió para confirmarle en la idea de que las relaciones exteriores de España debían basarse en el futuro en Estados Unidos, ignorando por completo al Reino Unido.”³⁸¹.

Para empezar a desmentir tan curiosa profecía, la relación entre los aliados anglosajones y la Unión Soviética cambió de forma brusca a partir del final de la contienda en Europa. La amarga lucha contra el Eje no había estado exenta de diferencias profundas entre los aliados, primero sobre la mejor estrategia para acortar la guerra y luego sobre la configuración del mundo después de ella. La Unión Soviética mantuvo siempre una visión geopolítica en la que primaba la idea de impedir una nueva invasión desde occidente, barriendo del mapa europeo cualquier poder capaz de lanzarla y creando estados que, como mínimo, no planteasen problemas y a ser posible fuesen colaboradores en la seguridad soviética³⁸², sin olvidar el proyecto de expansión de la ideología comunista.

Desde tiempo de guerra sospecharon de la actitud anglosajona, desde creer que el segundo frente se demoraba para que la URSS soportase pérdidas elevadas que la dejaran militarmente postrada a temer una reacción militar directa que les retrocediese a las fronteras de 1939 o más al este³⁸³ en beneficio de una zona

³⁸¹ Antonio Marquina Barrio. *España en la Política de Seguridad Occidental. 1939 – 1986*. Ediciones Ejército. Madrid 1986, pág. 110. Recuérdense los expuesto en la nota 2 y cómo el tiempo y la oportunidad hizo que esta historia se contase de forma bien distinta.

³⁸² “Como dice el viejo chiste ruso, « ¿Qué frontera rusa es una frontera segura? La que tiene tropas rusas a ambos lados»” Sophia Pugsley y Fredrik Wesslau, *Rusia en las zonas grises*. https://www.ecfr.eu/madrid/post/rusia_en_las_zonas_grises. Consultado el 15 de junio de 2019.

³⁸³ El Estado Mayor británico había recibido en 1945 la orden de Churchill de tener previsto un plan de operaciones contra la Unión Soviética que la obligase a respetar la integridad territorial polaca y a las naciones que estaba ocupando, la denominada “Operación Impensable”. Las conclusiones fueron que: “... los planificadores consideraron que esta era una «empresa peligrosa» en dos «hipótesis». La primera premisa contemplaba un rápido éxito militar suficiente para alcanzar el objetivo político de meter a Stalin en cintura e imponerle la «voluntad» de los Aliados occidentales, que estaban compuestos por fuerzas del Imperio Británico, de Estados Unidos, Polonia y Alemania. Si esto se lograba no sería necesaria ninguna planificación más, ni se analizaría ningún compromiso militar, fuera de mantener la línea del frente. La segunda hipótesis esbozaba, sin duda, un paisaje infernal en el que los Aliados no lograban alcanzar un éxito rápido y se producía una escalada en el conflicto que desencadenaba la «guerra total» o la tercera guerra mundial entre Occidente y el este. Sin embargo, los planificadores añadieron una cláusula escalofriante a sus deliberaciones: «Si deseamos alcanzar nuestro objetivo político de manera fiable y con resultados duraderos, se haría necesaria la derrota de Rusia en una guerra

de seguridad anticomunista de los angloamericanos. Nada más rendirse el *Reich*, en la conferencia de Postdam, la tensión y el desencuentro empezaron una escalada que acabó en febrero de 1946 con el “Telegrama Largo” de George Keenan desde Moscú, origen de la doctrina estratégica de la “Contención”, refrendada por el concepto de “Telón de Acero” de Winston Churchill³⁸⁴ y que desembocan en lo que se ha dado en llamar la “Guerra Fría”.

A partir de ese momento, los vencedores reorientan sus prioridades estratégicas y la distribución de poderes en el globo toma un significado distinto a la unidad que hasta entonces había configurado la bipolaridad Eje – Aliados. Francia, sacudida por un comunismo de matiz étnico en su antigua colonia de Indochina, empieza a recelar de la influencia de Moscú, por grande que sea la influencia del Partido Comunista Francés, y teme que el naciente envite anticolonialista prenda en el norte de África. Gran Bretaña se vuelca en el apoyo a los monárquicos en la Guerra Civil Griega, como parte de la política mediterránea de no permitir amenazas contra el Canal de Suez, necesitando la ayuda norteamericana en armas y entrenamiento, al estar la misma Gran Bretaña tan prostrada tras la guerra que se ha de librar del Imperio de la India, concediéndole la independencia en 1947 para evitar un conflicto que la hubiera desarticulado no solo estratégica sino económicamente. En 1948 será Palestina el avispero a evitar, con los ojos siempre puestos en el Canal, que acabará perdido definitivamente tras el fracaso de la operación combinada con franceses e israelíes en 1956.

En este contexto, las presiones de los exiliados republicanos, indisolublemente unidos a la imagen de Stalin desde la Guerra Civil, empiezan a no encontrar eco

total”. Lo arriesgado de la operación y las grandes probabilidades de que fracasase, sin hablar de la dificultad de convencer a los norteamericanos, hicieron que se desechase el plan. La cita corresponde a: Jonathan Walker, *Operación Impensable*. Planeta, Barcelona. 2015. págs. 49 y 50.

³⁸⁴ En realidad el concepto es de Joseph Goebbels, ministro de Propaganda del III Reich quien en los días postreros de la guerra utilizó el término en un artículo titulado “*El Año 2000*”, publicado el 25 de febrero de 1945 en el semanario *Das Reich*, para referirse, de forma profética, a lo que sucedería tras la victoria soviética. La similitud de conceptos es demasiado grande como para no pensar en que es el antecedente directo de la expresión de Churchill en la conferencia en la Universidad de Missouri en 1946. Para una mejor comprensión del significado de los discursos de Churchill en Fulton y Zurich consultar: Lord Alan Watson, *Two Speeches that changed the World: From Fulton to Zurich*. Comillas Journal of International Relations, nº 07, 010-020. Accesible en <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5766435>. Consultado 30 junio 2019.

en los gobiernos occidentales que dan largas a sus pretensiones de actuación directa y solo se avienen a un bloqueo económico y diplomático a través de una Resolución de la Asamblea General de la ONU, con la esperanza de que el Régimen se tambalee y se acelere el traspaso de poderes a un sistema similar a los anteriores a 1936 o 1931³⁸⁵.

Es difícil saber la capacidad de cálculo que hubo en Madrid en esos años³⁸⁶ y si la decisión de resistir, en las peores circunstancias posibles, fue basada en un análisis acertado de la evolución del entorno estratégico a corto y medio plazo o en una voluntad numantina de quien no tiene alternativa posible. En estas consideraciones interviene de forma decisiva la visión que el Régimen tenía de sí mismo.

Al contrario del Directorio de Primo de Rivera, que siempre fue considerado como una etapa provisional en la búsqueda de la regeneración o reforma de la Restauración, y que cuando intentó su perpetuación perdió muchos de los apoyos que poseía; Franco siempre pensó que su jefatura del Estado debía extenderse en el tiempo mientras fuera humanamente posible. No había otro planteamiento, no se pensaba en la transferencia del poder ni en otro sistema que el del Movimiento Nacional. El 18 de Julio no se veía, desde dentro del sistema, como un golpe partidista, sino como el freno a la destrucción revolucionaria de la esencia de España, desbordando a la legalidad republicana,

³⁸⁵ El 20 de agosto de 1945 Diego Martínez Barrio es elegido Presidente de la República en el exilio en una reunión de las Cortes republicanas en Ciudad de México. con vistas a la organización de un gobierno que pudiese obtener un eventual reconocimiento mundial y, sobre todo, un asiento en las Naciones Unidas. El principal problema para lograr este objetivo no fue que ni siquiera de acuerdo a la legalidad republicana se había obtenido el quorum requerido para dicha elección, sino que solo había diputados frentepopulistas, aunque en el gobierno en el exilio presidido por José Giral no hubiese ministros comunistas, lo que llevó a pensar a los norteamericanos que esta estructura se comportaría de forma subordinada a Stalin, por lo que siguió reconociendo, con reparos, a Franco, al tiempo que le cerraba la ONU sin abrírsele a los republicanos.

³⁸⁶ "A medio plazo, la defensa del régimen de los ataques procedentes del exterior descansaron en una política, en cuya formulación tuvo una especial responsabilidad Carrero Blanco de «dignidad y espera», incidiendo en los perfiles anticomunistas y católicos del mismo, así como en las supuestas injusticias de que es objeto España, urdidas por sus enemigos, en la línea de una profundamente arraigada concepción de la política, compartida tanto por éste como por Franco, basada en la certidumbre de la existencia de una conspiración, de dimensiones fabulosas, empeñada en mantener a España en un estado de decadencia permanente.". Fernando Termis Soto. *Algunas consideraciones en torno a las relaciones hispano-norteamericanas en los años 50*. Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, H." Contemporánea, t. 8. Madrid.1995, pág. 202.

cuyo anticipo había sido la Revolución de 1934. Desde este punto de vista, quedaba mucho camino en la restauración social, política, económica y moral de España.

Por otra parte, todas las fuerzas vencidas en abril de 1939, más un grupo de monárquicos, esperaban que se produjese un cambio al amparo de una intervención militar aliada, o la amenaza de ella, que les facilitase el acceso al poder, conscientes de su nula influencia en el interior. La única formación que mantuvo una oposición continua y relevante en el interior e intentó una acción armada frontal fue, a lo largo de todo el Régimen, el Partido Comunista de España, y su invasión a través del Valle de Arán en 1944 demostró la cohesión de los vencedores y la absoluta falta de voluntad de la población de sumarse a ninguna aventura militar de cualquier signo, amén de la desconexión entre la realidad interior y la cúpula del partido en el extranjero. Por la fuerza de las armas la oposición se encontró con una inoperancia absoluta. Esto llevó a Franco y a su equipo a la conclusión de que el verdadero peligro estaba en el exterior y en su posición de debilidad, por lo que tendrían que aprovechar todas las oportunidades que desde allí se les brindasen.

De forma notable se produce una reconfiguración de los ejes geopolíticos en España que van a determinar no solo la supervivencia del Régimen de Franco, sino la reaparición del eje Atlántico en la visión geopolítica y en la estrategia. Ni Gran Bretaña ni Francia se avienen a restablecer relaciones con España, ni con el gobierno republicano en el exilio, quizás a la espera de una clarificación definitiva del momento político español. Son los años en que ni el mismo De Gaulle se atreve a enfrentarse con el Partido Comunista, que se ha abrogado el relato de la Resistencia. En el Reino Unido los laboristas no renuncian a su pasado antifranquista pero no se deciden a un compromiso con las opciones de recambio que, o por moderadas o por revolucionarias, no convencen a Londres.

Prueba de ello es la cuestión de Tánger, ocupada por las tropas españolas desde el 14 de junio de 1940. Finalizada la contienda en Europa se conminó a España a retirarlas, para lo que no había problemas, y a restituir la administración de la ciudad a la situación anterior, donde surgieron los problemas con la reconstitución de la Administración Internacional, ya que Alemania se encontraba ocupada. Pese a la inicial disposición de De Gaulle a ceder a los

intentos soviéticos, éstos se quedaron fuera de dicha Administración, España permaneció y la situación, tras la evacuación de las tropas españolas el 11 de octubre de 1945, el 7 de enero de 1946 se vuelve a la situación planteada por el acuerdo de 1923 y su modificación de 1928. España, si no conseguía una victoria, si mantenía intacto el eje africano, consciente de que la participación soviética era tan mal vista por los británicos como la presencia alemana antes de la Gran Guerra. El Estrecho de Gibraltar se volvía a revelar como vital y la posición española una baza fundamental en sus relaciones y su estrategia.

Solo los Estados Unidos adoptan una aptitud de cambio, si bien tímido, hacia el Régimen. Valoran su compromiso anticomunista y el peso del voto católico en los Estados Unidos no puede ser desechado por ningún partido. Se inicia una diplomacia de progresivo acercamiento, en la cual Truman, ni su Secretario de Estado Byrnes y luego Acheson, están convencido por sus ideales en los que pesa el asunto de la libertad religiosa y la situación de las comunidades protestantes así como la persecución a la masonería. Ambos temas, por más que parezcan secundarios desde un punto de vista estratégico, lastrarán, mientras dure la administración demócrata, la normalización de las relaciones entre España y los Estados Unidos³⁸⁷.

En el mismo eje geopolítico, las naciones sudamericanas mantenían una actitud dispar. Algunas como México eran absolutamente partidarias de la República y reconocían al gobierno Giral, tanto por proximidad ideológica como para evitar reclamaciones de los valores allí depositados por líderes republicanos y sacados de España de forma ilegal. A él se unieron Paraguay y Panamá; Bolivia cortó relaciones pero no llegó a reconocer al gobierno republicano. La actitud de

³⁸⁷ “El 30 de marzo de 1948, el congresista Alvin. E O’Konski, católico, presentó una enmienda que proponía la inclusión de España en el Plan Marshall, y consiguió que fuera aceptada por una mayoría de 149 votos contra 52. [...] el 1 de abril se supo que el Presidente norteamericano, usando su prerrogativa, había detenido la resolución aprobada al interponer su veto. Los autores de la enmienda habían tenido buen cuidado de obviar una de las causas legítimas de veto – no significaba incremento del fondo común – por lo que Truman hubo de buscar otra apoyatura: en España, dijo, no había libertad religiosa.”. Luis Suárez Fernández, *Opus cit.*, pág. 249. El peso de la libertad religiosa en las relaciones hispano – norteamericanas no está suficientemente establecido, también hay que ponerlo en relación con la importancia que las relaciones con la Santa Sede tuvieron hasta la normalización de relaciones con los Estados Unidos y la negociación del Concordato. Por otra parte la Santa Sede estaba cambiando su actitud en 1949 respecto a la cuestión protestante y estaba más interesada en la «autonomía de la Iglesia en materia de Patronato», como cita Luis Suárez Fernández, *Opus cit.*, págs. 312 y 313.

Estados Unidos era determinante y el 21 de diciembre el embajador norteamericano en Madrid, Norman Armour, viajó a Washington para no regresar, quedando la embajada en manos del primer Secretario, lo que debilitó notablemente la posición de Madrid en las capitales sudamericanas.

Simultáneamente se produce un movimiento de apoyo por parte de algunas naciones sudamericanas, singularmente Argentina, donde en 1945 llega al poder el General Juan Domingo Perón, antiguo agregado militar en Roma y admirador de la estructura mussoliniana del Estado corporativo, que van a conceder a España el resquicio comercial a través del cual evadirse en parte del bloqueo de sus socios tradicionales³⁸⁸. Esta asociación es elevada a la categoría de eje

388 “La crítica situación en España había provocado a fines de 1945 la preocupación de algunos observadores extranjeros por lo que pudiera ocurrir en dicho país. Por ejemplo, el embajador británico señaló que era urgente la adopción de medidas políticas que posibilitaran la provisión adicional de trigo a España, aclarando que si bien era deseable la desaparición del régimen franquista, no lo era la reanudación de la guerra civil o el desenlace de una revolución. El asunto fue discutido en Londres, en noviembre de 1945, mencionándose la necesidad de presionar al gobierno norteamericano para que exportara petróleo a la Argentina, a fin de que ésta pudiera hacer llegar los cereales a sus puertos y éstos ser enviados a otros países, entre ellos España. También se propuso estudiar la posibilidad de la exportación de cereales desde Estados Unidos o Canadá a España. Esta discusión interna adquiere importancia para explicar el hecho de que los países occidentales no dijeran nada en contra de la ayuda argentina a España. Perón presentaba la ayuda a España como un ejemplo de política exterior independiente y como un desafío al boicot de Occidente al gobierno de Franco. Sin embargo, dicha ayuda no habría sido totalmente contraria a los objetivos de las potencias occidentales respecto de España. En la mencionada situación crítica para el gobierno de Franco, luego de haberse producido la elección de Perón para la presidencia argentina, el gobierno saliente -con la anuencia del presidente electo- ofreció a España un crédito de 30 millones de pesos para la compra de cereales argentinos, renunciando la política futura hacia dicho país. El acuerdo fue firmado el 30 de abril de 1946, pero, en demostración de que el tema era delicado ante la comunidad internacional, se decidió no hacer público el texto del acuerdo ni los términos del crédito. [...] El Convenio Comercial y de Pagos fue firmado el 30 de octubre de 1946 en Buenos Aires y ampliamente publicitado. La Argentina concedía a España un crédito rotativo anual de 350 millones de pesos por tres años, con opción a renovarlo por otros dos años. El interés sería de 2,75%. También le era otorgado a España un préstamo de 400 millones de pesos, a ser devuelto en 25 años, que debía ser utilizado para el pago a la Argentina de las importaciones realizadas por España entre 1942 y 1946, una deuda que alcanzaba 225,5 millones de pesos.

Respecto de la venta de cereales, el acuerdo aseguraba a España por lo menos 400.000 toneladas de trigo en 1947 y otras 300.000 en 1948, siempre que el excedente de las exportaciones de trigo argentino no estuviera por debajo de 2,6 millones de toneladas. Si fuera así, la Argentina se comprometía a vender a España al menos 15% del mismo en 1947 y 12% en 1948. Condiciones semejantes se acordaban para el período 1949-1950. Asimismo, se convenía la venta de 120.000 toneladas de maíz en 1947 y otras 100.000 al año siguiente. Hasta 1951, España podría importar también carne, aceite comestible, legumbres y otros productos. El tratado disponía que si España pudiera adquirir trigo, maíz y aceites comestibles de calidad semejante y precios inferiores en otro país, se lo comunicaría al gobierno argentino y en caso de que éste no ajustara sus precios, aquélla podría comprar dichos productos en otro lado. Sin embargo, lo cierto fue que al no tener otras fuentes de aprovisionamiento, España tuvo que aceptar siempre las condiciones de la Argentina. Por su parte, España debía exportar a la Argentina, hasta finales de 1951, cantidades establecidas de palanquilla, chapa negra, plomo, corcho, aceitunas y su excedente de aceite de oliva. También enviaría productos textiles y de madera, zinc y mercurio, maquinaria agrícola e industrial, motores eléctricos y automóviles.”. *Las*

estratégico, en aquel momento lo era, y convertido en el pilar de una especial relación con el continente americano que tratará, si no sustituir, si complementar a la vinculación europea en momentos muy difíciles. Aquí se construye un eje geopolítico activo, en la búsqueda de superar el problema de los abastecimientos y del comercio.

De una forma parecida se va a configurar un difuso nexo con los países árabes, fundamentalmente con las monarquías de Oriente Medio, que no ven en el pasado filo germánico ningún inconveniente, más bien todo lo contrario, y que marcan así las diferencias en política exterior con las antiguas metrópolis. En este aspecto también jugará el sentimiento de simpatía hacia el recuerdo de un Al – Andalus que, en la lejanía histórica y geográfica, resulta evocador para sirios, iraquíes o jordanos. Aunque la limitación de recursos de estos amigos no permita el establecimiento de un sistema comercial alternativo al europeo – americano, si va a conceder un estado de apariencia de normalidad a la política exterior y de apoyo en el entramado de instituciones multinacionales que estaba apareciendo.

Vetado el acceso de España a las Naciones Unidas por la resolución nº 39³⁸⁹ de la Asamblea General de las Naciones Unidas el 12 de diciembre de 1946,

Relaciones de la República Argentina con la España de Franco.

https://www.foroporlamemoria.info/documentos/rel_arg_sp_franq.htm. Consultado el 21 de junio de 2019. Vemos aquí un ejemplo más de la prevención que suscitaba, fundamentalmente en el Reino Unido, un hundimiento repentino de Franco y la llegada de un gobierno favorable a Stalin.

³⁸⁹ La parte dispositiva de dicha resolución expone que: “La Asamblea General convencida de que el Gobierno fascista de Franco en España fue impuesto al pueblo español por la fuerza con la ayuda de las potencias del Eje y a las cuáles dio ayuda material durante la guerra, no representa al pueblo español y que por su continuo dominio de España está haciendo imposible la participación en asuntos internacionales del pueblo español con los pueblos de las Naciones Unidas. Recomienda que se excluya al Gobierno español de Franco como miembro de los organismos internacionales establecidos por las Naciones Unidas o que tengan nexos con ellas, y de la participación en conferencias u otras actividades que puedan ser emprendidas por las Naciones Unidas o por estos organismos, hasta que se instaure en España un Gobierno nuevo y aceptable. Deseando, además, asegurar la participación de todos los pueblos amantes de la paz, incluso el pueblo de España, en la comunidad de naciones. Recomienda que, si dentro de un tiempo razonable, no se ha establecido un gobierno cuya autoridad emane del consentimiento de los gobernados, que se comprometa a respetar la libertad de palabra, de culto y de reunión, y esté dispuesto a efectuar prontamente elecciones en que el pueblo español, libre de intimidación y violencia y sin tener en cuenta los partidos, pueda expresar su voluntad, el Consejo de Seguridad estudie las medidas necesarias que han de tomarse para remediar la situación. Recomienda que todos los miembros de las Naciones Unidas retiren inmediatamente a sus embajadores y ministros plenipotenciarios acreditados en Madrid. La Asamblea General recomienda asimismo que los estados miembros de las Naciones Unidas informen al Secretario General, en la próxima sesión de la Asamblea, qué medidas han tomado de acuerdo con esta

además de por las resoluciones de Yalta, y recomendada la retirada de embajadores y el bloqueo comercial, el Régimen se preparó para resistir una batalla que se anunciaba difícil en el frente interior, por cuanto la prolongación de una situación de escasez pudiese provocar desafección en la población e incluso brotes de revuelta social. La manifestación de adhesión al Régimen convocada para el día siguiente fue el inicio de una respuesta interior. Para el exterior el Régimen se apoyaría en la única institución de peso internacional con la que conservaba buenas relaciones: la Iglesia Católica.

La Iglesia ha mantenido una relación especial con España a través de la historia, fundiéndose durante siglos con su entramado administrativo y político de modo que su participación como institución en la política no era una novedad, pero fundamentalmente centrada en el interior como elemento homogeneizador de la sociedad. Lo que sí constituyó una dimensión nueva fue el empleo de la Iglesia como facilitadora de las relaciones exteriores. En este aspecto hubo un eje geopolítico vaticano inmaterial que actuaba fundamentalmente hacia Europa y, en menor medida, hacia el Atlántico. La Iglesia solo podía usarse para movilizar conciencias, y votos, en aquellas áreas en las que la población fuese mayoritariamente católica, como Bélgica³⁹⁰ o su influencia fuese decisiva, como en algunas naciones sudamericanas. Dicho apoyo fue importante como puente diplomático con las naciones que se adhirieron al bloqueo decretado por la ONU

“El apoyo de la Iglesia en aquellos momentos no era tan solo consecuencia del lógico temor que sentía por un retorno del Frente Popular, sino también por la esperanza que despertaba esa adhesión a los principios cristianos que se contenía en el Fuero de los Españoles. Una línea de conducta que también podía atraer fuertes apoyos en el exterior.”³⁹¹.

recomendación.” <http://www.derechoshumanos.net/memoriahistorica/1946-Resolucion-ONU.htm>, (Resolución 39(I) de la Asamblea General de la OU sobre la cuestión española) Consultada el 20 de junio de 2019.

³⁹⁰ El único asunto pendiente de entidad entre Bélgica y España fue el asilo ofrecido a Leon Degrelle, Jefe del partido Rexista y de las Waffen – SS belgas, que finalmente murió en el sanatorio Parque San Antonio de Málaga en 1994.

³⁹¹ Luis Suárez Fernández. *Opus cit.*, pág. 47.

Lo cierto es que el apoyo de la Iglesia fue importantísimo para contrarrestar la corriente de opinión contra Franco en el exterior y el canal fundamental para evitar el aislamiento de España, a la vez que una influencia poderosísima en la política interior. Este vínculo fue uno de los ejes rectores de todas las políticas, incluida “la Política”, del Régimen del 18 de Julio.

Si había algo que unía a las fuerzas dispares que se agrupaban bajo el mando de Franco era su identificación con la cultura católica tradicional de España por lo que la relación de la Iglesia en España y la Santa Sede en el exterior fue uno de los ejes del quehacer del Régimen. Dicha relación no fue nunca, ni en los momentos supuestamente más “dulces”, una relación fácil. Geopolíticamente es interpretable como el interés en contar con un poder moral que trasciende las direcciones geográficas y que puede ser aplicado a cualquiera donde extienda su prestigio.

6.1.2. Evolución hacia el fin del aislamiento

El año 1947 marcaría un punto de inflexión en la postura de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia respecto a España. Estados Unidos y Francia enviaron a Madrid Encargados de Negocios con atribuciones prácticamente de embajador. En ese mismo año España, via referéndum, se convierte en un Reino, cosa que hasta entonces no estaba definida. Uno de los objetivos exteriores de esta formulación era continuar ampliando la base legal del Régimen y tratar de incluir al conde de Barcelona, de forma diferida, en la dinámica del mismo. La reacción de don Juan, el Manifiesto de Estoril, no tanto el manifiesto del 7 de abril como las declaraciones al diario británico *The Observer*, reproducidas por el norteamericano *New Yorker* el 13 de abril y difundidas por la BBC³⁹², desanimó a los británicos, principales valedores de la restauración en

³⁹² “..los consejeros de don Juan pensaban que la caída de Franco era inminente y que había que adoptar precauciones para no verse arrastrados por ella. En consecuencia urgían a su señor a definir claramente su postura utilizando los medios de comunicación situados fuera de España: la Monarquía liberal, encarnada por él, era lo que necesitaban las democracias para evitar la entrega de un nuevo satélite a la URSS, sin desobedecer las recomendaciones de la ONU [...] El conde de Barcelona, o quien por él escribiese sin ser desmentido, afirmaba que «la continuidad del Régimen actual de España presenta un problema que excede los límites nacionales» y reprochaba a los anglosajones su falta de «comprensión clara de la importancia que su solución

su persona, ya que creó en Londres la percepción de una falta de solidez del proyecto monárquico que éste encabezaba, por cuanto un gobierno provisional de base amplia podría acabar de forma similar a los de Centroeuropa. La lógica estratégica de las declaraciones era que el Régimen llevaría a España a una situación de crisis social, agravada por el aislamiento, que desembocaría en una crisis que sería explotada por la Unión Soviética.

El Departamento de Estado norteamericano no era ajeno a esta preocupación y en ese mismo mes de abril se remitió al embajador en Londres un documento para que se discutiera con las autoridades británicas para recabar su opinión sobre la situación de España y su posible evolución. Comenzaron una serie de consultas en ambas orillas del Atlántico que dieron como resultado el que se desechase definitivamente cualquier intervención en los asuntos españoles y adoptar una actitud de indiferencia que lo sacase de la agenda de las Naciones Unidas. Se trataba de devolver la cuestión desde un espacio muy mediatizado por el creciente enfrentamiento este – oeste a otro más clásico, los usos diplomáticos, donde los de las naciones implicadas, fundamentalmente los aliados anglosajones y otras europeas y sudamericanas de una parte, y España por otra, pudiesen defenderse sin la presión del antifranquismo obligado por las resoluciones de 1946.

Es más, los acontecimientos en el Mediterráneo oriental van encaminando la orientación estratégica de Estados Unidos en el sur de Europa. Gran Bretaña, sustentadora de los monárquicos griegos durante la Guerra Civil, se manifiesta en 1947 incapaz de seguir financiando a sus aliados, y ante el temor norteamericano a que la península helena constituya un pilar de la URSS en aguas libres, decide relevar a los británicos en el apoyo a los anticomunistas y

tiene para toda la política de Occidente». Estaba ante el constante círculo vicioso: nadie era capaz de derribar a Franco desde dentro; los aliados occidentales que podían y debían hacerlo se sustraían a ese cometido. Profundo el contrasentido: una restauración de la Monarquía por la mano de una intervención extranjera como los Cien Mil hijos de San Luis. [...] Pues el conde de Barcelona pedía en sus declaraciones la eliminación de la Falange pero el retorno en cambio de « otros, injustamente apartados de la vida pública». Consideraba deseable la legalización de los partidos que no hubiesen colaborado con el Régimen. Propugnaba la radical separación entre Iglesia y Estado, la transferencia de poderes a las regiones autónomas y la vuelta al parlamentarismo liberal». Luis Suárez Fernández. *Opus cit.*, págs. 188 – 190. Aunque todo el programa de esas declaraciones llegase a concretarse treinta años después, en otras condiciones estratégicas globales y españolas distintas, en aquellos momentos suponían una puerta abierta al retorno del Frente Popular y a la influencia soviética, por lo que el apoyo británico a la restauración se enfrió notablemente, al ver sus intereses de todo tipo amenazados.

empieza a construir un nuevo paradigma estratégico, la denominada “Doctrina Truman”.

Los Estados Unidos reconocen abiertamente las ansias expansionistas de la Unión Soviética mediante la expansión de las doctrinas y los regímenes comunistas, por lo que sostienen que:

“Creo que debemos ayudar a los pueblos a forjar su propio destino [...]. Cada nación debe escoger entre dos modos de vida opuestos. [...] Uno reposa sobre la voluntad de la mayoría y se caracteriza por sus instituciones libres, por un gobierno representativo, por elecciones libres, por la garantía del mantenimiento de las libertades individuales y por la ausencia de cualquier opresión política [...]. El otro reposa sobre la voluntad de una minoría impuesta por la fuerza a la mayoría. Se apoya en el terror y en la opresión, tiene una prensa y una radio controladas, unas elecciones truncadas y la supresión de las libertades personales. Si dejáramos de ayudar a Grecia y Turquía en esta hora decisiva, las consecuencias, tanto para Occidente como Orienta, serían de profundo alcance. Debemos pro ceder resuelta e inmediatamente [...]. Por lo tanto, pido al Congreso autorización para ayudar a estos dos países con la cantidad de cuatrocientos millones de dólares durante el período que termina el 30 de junio de 1948. Además de dichos fondos, pido al Congreso que apruebe el envío de personal norteamericano civil y militar, a Grecia y Turquía, a petición de aquellos países, para cooperar en la tarea de la re construcción y con el fin de que supervise la utilización de la ayuda financiera y material que lleguen a ser otorgadas [...]. Si vacilamos en nuestra misión de conducción podemos hacer peligrar la paz del mundo y, sin lugar a dudas arriesgaremos el bienestar de nuestra propia nación.”³⁹³.

³⁹³ Discurso de Truman al Congreso en Washington D.C. el 12 de marzo de 1947. Como dice Juan Tovar Ruiz en: *Cuatro momentos de la doctrina en política exterior estadounidense: ¿Entre la teoría y la práctica?* Revista CIDOB d'afers internacionals, n.º 95. Barcelona. Septiembre 2011, pág. 168: "Un primer hito fue el discurso lanzado por Stalin el 9 de febrero de 1946, en el cual defendía la necesidad de revigorizar el Estado soviético y afirmaba la superioridad de su organización frente a otro tipo de estados; este discurso fue percibido en Occidente como amenazador y demagógico. Un segundo hito –una consecuencia de los hechos así como una creación de realidades per se– fue la redacción del famoso Telegrama Largo, elaborado por George F. Kennan el 22 de febrero de ese mismo año. Estos planteamiento se clarificaron y expusieron en el famoso artículo del Foreign Affairs, en el que se presentó como Mr. X, que algunos consideran el artículo más importante de toda la Guerra Fría (Muravchik y Walt, 2008)2. Un tercer hito fue el apoyo de la Unión Soviética a diferentes facciones o grupos revolucionarios en diversos puntos estratégicos del planeta como Irán –donde además existían intereses petrolíferos–, Turquía o Grecia, que acabaría con las percepciones estadounidenses de una posible convivencia con la Unión Soviética (Kennan, 1947). La aparición del Informe Clifford-Elsey, leído por Truman el 24 de septiembre de 1946, contribuyó desde el punto de vista de los procedimientos de toma de decisiones a la adopción de dicha estrategia". Como puede

Aunque las referencias de Truman eran a Grecia y Turquía está claro que el razonamiento implicaba que cualquier país que resistiese al comunismo sería apoyado en sus esfuerzos por los Estados Unidos. España quedaba en una posición difusa en la que no era una democracia, pero era anticomunista, lo que la hacía al menos no hostil al pensamiento estratégico norteamericano. Si éste se fundaba en la percepción de una amenaza en el Mediterráneo, la consecuencia lógica fue la petición del Secretario de Defensa, James Forrestal, al Secretario de Estado, George Marshall, de bases en España, entre otros lugares, para una defensa lógica de los intereses occidentales.

La planificación militar norteamericana ya había considerado, desde los borradores elaborados en 1946 y 1947, que la superioridad militar terrestre soviética sería contrarrestada mediante el empleo de armas nucleares que partirían de bases aéreas en la periferia del territorio soviético. Dicho plan constaba de tres fases:

- Movilización, inicio de la ofensiva aérea y detención de la ofensiva soviética.
- Reconquista de los avances iniciales soviéticos y destrucción de la capacidad militar soviética superviviente.
- Retirada de la URSS a las fronteras de 1939 y establecimiento de las condiciones de la estabilidad internacional.³⁹⁴.

apreciarse El Régimen parecía encajar más en aquellos sistemas a los que había que contener que en los que había que ayudar. Nunca la administración Truman, por fuertes que fuese sus sentimientos anticomunistas dejó de considerar a Franco como a un mal menor, que no había que combatir, pero tampoco alentar y todos los pasos hacia la consideración del Régimen como aliado debieron ser duramente dados por la presión militar y económica [...] El presidente Truman, de sólidas convicciones wilsonianas, decía no hacer distinción entre regímenes autoritarios, ya fuesen español, húngaro, alemán, ruso, chino, coreano u otro, e hizo pública su opinión en más de una ocasión. Por otro lado, destacados documentos como el NSC-68 (Informe 68 del Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos) recogían esta visión dicotómica del mundo que, pese a lo que se podría considerar, iba a tener un enorme éxito de cara al futuro, viendo en perspectiva algunas de las doctrinas de administraciones posteriores como las de Ronald Reagan, Bill Clinton o George W. Bush, que envolvieron su política en retórica wilsoniana. La diferencia con algunos de sus sucesores, sin embargo, estuvo marcada por la enorme prudencia demostrada por el presidente Truman, que nunca permitió que esta visión degenerase en “cruzadas por la democracia” o en un apoyo incondicional a gobiernos no comunistas, permitiendo que la estrategia estadounidense se desarrollase de forma selectiva y flexible –pese a las críticas en casos como el de la caída de la China nacionalista.”.

³⁹⁴ Antonio Marquina Barrio. *España en la política de Defensa Occidental, 1939 – 1986*. Ediciones Ejército. Madrid. 1986, pág. 160. El autor sigue exponiendo las diversas alternativas estudiadas por los planificadores de estados Unidos, Canadá y Reino Unido sobre las posibles acciones

Una de las reflexiones que se hacía era que España se consideraba como aliado a defender de la agresión soviética y, por tanto, resultaba lógico el suponer que en, algún momento, aunque solo fuera mediante la cesión de bases, también cooperaría al esfuerzo de contención, por lo que la solicitud de conversaciones para el establecimiento de bases era consistente con los planes.

España volvía a verse inmersa en el complejo estratégico europeo, aunque su posición la hiciese gravitar hacia las apetencias geopolíticas norteamericanas más que a las tradicionales franco – británicas o alemanas de las dos guerras precedentes.

A lo largo de 1948 y 1949 se fue produciendo un vuelco cada vez más acusado de la situación, en que jugaron tres factores: intereses norteamericanos, la Santa Sede y el mundo árabe de forma decisiva para la vuelta de España a la normalidad de las relaciones internacionales plenamente. Es conveniente, para la mejor comprensión de los acontecimientos posteriores, detenerse en estos vértices para entender cómo se genera la visión estratégica del Régimen y como ésta es el fruto muy particular de un momento dado.

Si las indicaciones de Washington modulaban las opiniones y los votos de las cancillerías sudamericanas, salvo México, Uruguay y Venezuela, no por ello el Régimen renunciaba a hacer de Iberoamérica uno de los ejes de su política exterior y de su estrategia de supervivencia. El pensamiento “imperial territorial” inicial, que tenía en el continente africano su zona de expansión, a costa del conflicto inevitable con París que no dejaba de repercutir en el sistema europeo, se vio sustituido, tras la derrota del Eje y la imposibilidad de competir con una Francia que se recuperaba de su postración y había sido admitida entre los

soviéticas, destacándose la defensa del Mediterráneo como puerta de entrada de las fuerzas aliadas para el mantenimiento de las reservas petrolíferas de Oriente Medio, lo que se haría más fácilmente con bases en España, “Plan Halfmoon” y la posibilidad de retirada de las fuerzas americanas, ante la presión soviética, a través de la península, “Plan Trust”. Todos estos planes, redactados en 1948, contemplaban una URSS que iría a la guerra no por su propia dinámica sino por la visión errónea sobre movimientos aliados.

“grandes” de la ONU, por una idea “imperial espiritual”³⁹⁵. Cuando en 1940, todavía con el Eje en su cenit y la expansión africana como posibilidad no descabellada, se crea el Consejo de la Hispanidad, posteriormente Instituto de Cultura Hispánica, en cuya ley fundacional de 2 de noviembre se expone:

“Cuando España alega en este amanecer de su vida futura su condición de eje espiritual del mundo hispánico como título de preeminencia en las empresas universales, no pretende sino valorizar los ideales que le dieron ser en su día, constituyendo aporte generoso al caudal de la civilización...”

La desunión de los pueblos hispánicos hace que el mundo por ellos constituidos viva sin un ideal de valor y trascendencia universales. Y, sin embargo, la Hispanidad como concepto político que ha de germinar en frutos indudables e imperecederos, posee y detenta esa idea absoluta y salvadora [...]”

Se puede apreciar, a pesar del lenguaje ampuloso empleado, la aspiración de liderazgo en Hispanoamérica, basado en unos derechos históricos como ex – potencia rectora. Liderazgo y derechos que no la situación política internacional de un momento, sino la realidad de las existencias separables y separadas que habían llevado España y sus antiguas posesiones americanas, hacían tan utópicos como la expansión africana. Por otro lado la mayor riqueza de muchas de estas repúblicas respecto a España y la posición hegemónica de Estados Unidos en los planos económico y cultural, celosamente salvaguardada por la “Doctrina Monroe”, máxime en una situación de aislamiento internacional española, jugaban en contra de que España jugase un papel preponderante en Hispanoamérica. Más bien fue un apoyo para la supervivencia que una palanca de influencia.

Un acontecimiento exterior que estaba a punto de provocar una cadena de acontecimientos de trascendencia insospechada en el entorno de 1947 - 1948 fue el problema derivado de la independencia del Mandato Británico de

³⁹⁵ “[...] , el punto III (del programa de Falange) sostiene los siguientes principios de política exterior:

Afirmamos que la plenitud histórica de España es el imperio. Reclamamos para España un puesto preminente en Europa. No soportamos ni el aislamiento ni la mediatización extranjera. Respecto de los países de Hispanoamérica, tendemos a la unificación de cultura, de intereses económicos y de poder. España alega su condición de eje espiritual del mundo hispánico como título de preeminencia en las empresas universales.”. Recogido por José Mario Armero. *Opus cit.*, pág. 31.

Palestina. La antigua provincia turca había permanecido treinta años en manos británicas y sobre ella se estaba volcando la emigración judía, primero a través de las agencias sionistas como un asentamiento alternativo a la inestable condición de los judíos en Europa, especialmente en el este y posteriormente, tras la Segunda Guerra Mundial, como consecuencia de los deseos de los supervivientes del Holocausto de abandonar países que ya no consideraban suyos. Esta emigración creó una creciente tensión con la población palestina originaria que empezó a desconfiar de las compras masivas de tierra y el asentamiento de colonos.

Cuando a la finalización de la Guerra el Reino Unido decidió evacuar un territorio que solo le aportaba gastos y desgaste militar en el intento de mantener la paz entre palestinos y judíos, el estatus final del territorio fue objeto de discusión en las Naciones Unidas. Palestina era, en origen, un Mandato de la Sociedad de Naciones y el Reino Unido solo la potencia administradora. Decidida la partición en dos estados, uno Judío y otro Palestino, árabe y cristiano como el vecino Líbano, los árabes no aceptaron dicha situación y comenzaron una serie de guerras entre el recién nacido Estado de Israel y sus vecinos árabes que se han extendido hasta el presente, manteniendo Líbano y Siria el Estado de Guerra con Israel. España, que no podía permanecer ajena a un asunto mediterráneo aunque fuese en su extremo oriental, no encontraba ninguna ventaja en apoyar al Estado de Israel, por más que el Régimen se hubiese comprometido con la salvación de los judíos en la medida de sus posibilidades y siguiese ofreciendo amparo a la comunidad sefardí. Sin embargo, sí vio en el conflicto la oportunidad de sumar a su causa un número de votos importante entre las naciones árabes en las futuras deliberaciones de las Naciones Unidas si respaldaba las pretensiones árabes.

No obstante los dos bloques en los que España pretendía basar su retorno al escenario diplomático resultaron ser, en ocasiones, antagónicos, como en las votaciones para la partición de Palestina o mantener un único estado en el que tuviesen que convivir todas las comunidades. El 4 de octubre de 1947 la delegación polaca en la ONU había presentado un proyecto de resolución, al cabo justo del año de la condena de 1946, para que se endureciera el régimen de sanciones económicas contra España, prohibiéndose cualquier relación

diplomática, económica o financiera con el Régimen de Franco³⁹⁶. La propuesta no fue aprobada al no haber quorum, 21 votos a favor de las sanciones pero 6 en contra y 20 abstenciones.

“Los delegados árabes dijeron a Aznar (Ministro Plenipotenciario en Washington) que su intención había sido votar a favor de España, pero habían tenido que conformarse con la abstención para no coincidir con países como Argentina y Cuba que propugnaban la creación del Estado de Israel [...] De hecho Iraq se adelantó a proponer el restablecimiento pleno de las relaciones diplomáticas, mientras que Turquía y Egipto advertían en Washington que iban a volver sus embajadores”³⁹⁷.

La apuesta árabe, como la sudamericana, fue indiscutiblemente rentable en el plano diplomático, ya que sirvió para exhibir un creciente nivel de relaciones exteriores, con visitas de soberanos exóticos a Madrid que daban un cierto aire de importancia a lo que hasta más tarde no fue una normalización completa de relaciones diplomáticas con los países de Europa occidental, e incluso con algunos de la oriental en las últimas fases del Régimen, pero que nunca dispuso por parte de aquéllos un cierto rechazo moral.

En 1949 se sustancian dos asuntos de la máxima importancia estratégica de nivel global que van a afectar a España de manera directa o indirecta. El primero tenía que ver con la situación de enfrentamiento en Europa. En febrero de 1948 la presión soviética había ido en aumento con el golpe de estado de Checoslovaquia y la toma del poder por los comunistas. Aunque la peor crisis tuvo lugar entre el 24 de junio de 1948 y el 12 de mayo de 1949, cuando se produjo el episodio del bloqueo de los sectores de ocupación norteamericano, británico y francés de Berlín, lo que había exigido el abastecimiento de la ciudad mediante un puente aéreo para evitar forzar el establecimiento de un corredor terrestre y el posible enfrentamiento armado con los soviéticos. La respuesta occidental a esta situación, en un periodo de reconstrucción económica y social tras la destrucción y la desorganización de la guerra, será la “Defensa Colectiva”.

³⁹⁶ Seguimos el relato que del acontecimiento hace Luis Suárez Fernández en *Opus cit.*, pág. 226 a 230. Dicha propuesta compartía consideración con otras dos alternativas. Guatemala, que reconocía al gobierno republicano de Giral, solo contemplaba las sanciones económicas y El Salvador, representando los intereses de los Estados Unidos, abogaba por devolver el asunto al Consejo de Seguridad y “congelarlo”.

³⁹⁷ Luis Suárez Fernández en *Opus cit.*, pág. 229 y 230.

La Unión Europea Occidental se fundó en marzo de 1948 con el compromiso de respuesta militar automática en caso de ataque a un de sus miembros, pero al ver la magnitud del desafío soviético y la inferioridad de los recursos disponibles se buscó atraer a Estados Unidos con un compromiso permanente, lo que llevó al establecimiento de la Organización del Tratado del Atlántico norte el 4 de abril de 1949 que, sin embargo, no incluía tal cláusula y se contentó, y lo hace hasta el presente, con manifestar la voluntad de respuesta solidaria pero sin la obligación expresa de que ésta sea por las armas³⁹⁸.

Franco, en principio, mostró su deseo de integrar a España en ese sistema defensivo. Por una parte creía que se iba a recibir ayuda con la que mejorar el lamentable estado de las Fuerzas Armadas y por otro suponía un espaldarazo al Régimen, al compartir foro de decisiones con todos los países europeos libres y los Estados Unidos. Suponía ligar el vector europeo de la geopolítica al Atlántico en vías de reconstrucción para integrar a España en una visión única de defensa y alianza, al menos defensiva, con todas las potencias con las que había tenido tradicionalmente una relación estratégica, pero ahora bajo la égida de Estados Unidos.

La idea inicial fue asociar a Estados Unidos y Canadá con la Unión Europea Occidental, incorporando a Italia, Portugal, Dinamarca, Noruega e Islandia. La lógica estratégica indicaba que España debía estar en el acuerdo si se querían bases para operar en el Mediterráneo y el norte de África, en una época en que la ausencia de tecnología de misiles hacía que los únicos vectores para las armas nucleares fuesen los bombarderos. Sin embargo, ni la Casa Blanca, ni el presidente Truman y su círculo de asesores civiles, ni algunos aliados, especialmente Gran Bretaña y sobre todo Francia, veían con buenos ojos la incorporación de España. Washington por la reserva moral que les producía

³⁹⁸ La Constitución de los Estados Unidos ha sufrido interpretaciones variadas respecto al poder de decisión de la fuerza militar mediante la formalidad de la declaración de guerra entre el Congreso y el Presidente. Un acuerdo del tipo de la Unión Europea Occidental con su cláusula de automatismo de respuesta militar se entendía que erosionaba la posición constitucional del Congreso, por lo que tuvo que aprobarse previamente la Resolución Vanderberg el 11 de junio de 1948, que sentaba las bases de la interpretación constitucional del futuro Tratado de Washington, que no otorgaba el automatismo de respuesta militar. En el caso de un ataque el recurso a la autodefensa del artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas se considera de aplicación automática, interviniendo en ayuda, sin especificar cuál, del aliado agredido. El trámite constitucional se refiere a la capacidad del Presidente de celebrar acuerdos militares en tiempos de paz.

considerar aliado a un régimen que había contado con la ayuda del III *Reich* y la Italia fascista en sus orígenes, y los europeos veían cómo la contribución norteamericana a la Alianza en todos los órdenes haría que la Península se sustrajese a su influencia e intereses.

Significativamente, Portugal fue invitado a unirse al tratado, pero España no. Portugal, que compartía con España un régimen autoritario y que durante la Segunda Guerra Mundial había mantenido las relaciones con el III *Reich* hasta el último momento, había rendido un significativo servicio a los Aliados al permitir el establecimiento de una base aeronaval en las Azores y no se podía despreciar su imperio colonial en África y su posesión en Macao que flanqueaba a Hong – Kong en la desembocadura del Río de las Perlas. Ahora recogía los frutos de su posición vital sobre las rutas atlánticas que unen Gran Bretaña y Estados Unidos y era invitado a participar en la defensa colectiva. España seguía recibiendo un calculado rechazo por parte de Francia y Gran Bretaña.

Portugal mantenía, con la lógica geopolítica de considerar a la Península como una unidad geográfica en el plano estratégico, un Tratado de No Agresión y Buena Vecindad con España, denominado comúnmente como “Pacto Ibérico”. No solo ambos países reconocían sus fronteras, sino que acordaban no apoyar a terceros agresores contra el otro, por lo que España contaba con que una hipotética acción británica no contaría con el apoyo portugués, y Portugal que no se volvería a repetir el permiso a una potencia continental de libre paso por España para atacarle. La ideología del Régimen del 18 de Julio y del *Estado Novo* eran tan similares, sobre todo en su anticomunismo, que la coincidencia de objetivos garantizaba la vigencia del Pacto y las buenas relaciones.

La no invitación a España para unirse a la Alianza Atlántica planteaba el problema de la disolución o no del Pacto o de la reclamación de su cumplimiento por España. Portugal se resistió e incluso amagó con poner la solidaridad ibérica por encima de la atlántica si se le obligaba a elegir. Con inteligencia política y estratégica se comunicó a Estados Unidos y a Portugal que España no ponía objeciones, ya que consideraba que Portugal podía hacer frente a ambos

compromisos de forma simultánea³⁹⁹. Portugal entró en la OTAN y el Pacto Ibérico siguió vigente hasta 1978.

La no invitación a España, según el Secretario de Estado norteamericano Acheson, se debía a que de los tres criterios para formar parte de la organización, unanimidad en la inclusión de cada estado miembro, solidaridad con los principios de la misma y capacidad efectiva de ayuda, España apenas cumplía el segundo. Inmediatamente hubo unas declaraciones del ministro de Asuntos Exteriores francés, Robert Schuman, en el sentido de que los regímenes totalitarios no tenían cabida en la Alianza. Lo cierto es que Francia nunca ha renunciado, ni puede, a influir en España, y la pertenencia de España a la OTAN habría supuesto un cierto plano de igualdad en las decisiones estratégicas que afectasen a Francia que Paris no estaba dispuesto a admitir.

Sin embargo, el camino de la no inclusión había sido complejo⁴⁰⁰. Los norteamericanos mantuvieron dos corrientes de opinión distintas, una basada en el Departamento de Defensa, que era partidaria de la inclusión de España y de la normalización de las relaciones con el Régimen lo más pronto posible; otra, centrada en el departamento de Estado, siempre puso condiciones como la de una “apertura” del régimen, clemencia hacia los vencidos y gestos en la cuestión de la libertad religiosa, amén de temer que cualquier concesión a Franco supusiese un encontronazo con Paris y Londres. Lo cierto es que éstos fueron constantes, ya que las delegaciones norteamericanas que visitaban España se entrevistaban con Franco, como el senador Chan Gurney el 29 de septiembre de 1948, que creó alarma con sus declaraciones y por la supuesta petición de los norteamericanos a los españoles de que acondicionaran las principales bases

³⁹⁹ “Con arreglo al convenio hispano – portugués de 1939 y a su protocolo adicional de 1940, renovados en septiembre último, se han celebrado conversaciones entre los Gobiernos español y portugués para estudiar la situación que se deriva de la próxima conclusión del Pacto del Atlántico Norte y de la aceptación, en su caso, por parte del Gobierno portugués de la invitación que le ha sido hecha para firmar dicho Pacto. En estas conversaciones ha quedado confirmado una vez más los compromisos de amistad y no agresión vigentes entre España y Portugal, que continúan demostrando su eficacia para la defensa de los intereses comunes. Las conversaciones transcurrieron en todo momento dentro del espíritu de amistad que caracteriza las relaciones entre los dos países”. Nota de la oficina de Información Diplomática el 29 de marzo de 1949. Citado por Luis Suárez Fernández, *Opus cit.*, pág. 296.

⁴⁰⁰ Seguimos aquí el relato de Antonio Marquina Barrio, *Opus cit.*, Capítulo 4.

aéreas para el servicio de los B – 29⁴⁰¹, únicos aviones que en ese momento podían lanzar armas nucleares, lo que no dejaría de hacerse sin concesiones norteamericanas en equipo o créditos. El desmentido oficial no quitaba para que se esperase que, de ganar las elecciones los republicanos en ese año de 1948, las relaciones se normalizarían de forma acelerada, aunque de momento se hiciesen todos los esfuerzos para evitarlo.

Aunque Franco creyese que la principal oposición europea era la británica, lo cierto era que Schuman seguía opinando que había que mantener la situación de aislamiento, aunque seguía un acercamiento en aspectos concretos, ya que compartían fronteras en Europa y África y no se podía vivir de espaldas a esa realidad sin perjuicio para Francia. Al final Bevin y Schuman, ministros de exteriores británico y francés, decidieron lo que sería la tónica de estos años, enterrar el caso español y llegar a un entendimiento en cuestiones prácticas, evitando posicionamientos políticos. Por otra parte, Francia temió, en su momento, que la inclusión de España, junto con Portugal, en la Alianza y el rearme del Ejército español supusiesen que en la planificación norteamericana, se diera por perdida a Francia en caso de una ofensiva victoriosa soviética, estableciéndose como barrera principal de la defensa no la línea Rin – Ijssel, asumida como una herencia del planeamiento de la Unión Europea Occidental, sino los Pirineos, renunciándose así a dar la batalla por el territorio metropolitano francés⁴⁰². La cuestión se prolongó hasta la entrevista de Franco y Salazar en

⁴⁰¹ Desde el 2 de diciembre de 1944, en plena II Guerra Mundial, pero con el *Reich* luchando a la desesperada en sus fronteras, España firmó un convenio de Transporte recíproco para permitir las operaciones aéreas de los aparatos del mando Aéreo de Transporte (*Air Transport Command, ATC*) del Servicio Aéreo del Ejército de los Estados Unidos. En él se definían tres rutas de sobrevuelo: Nueva York – Lisboa – Madrid – Barcelona – Marsella; Nueva York – Lisboa – Madrid – Argel y Nueva York / Miami – Sudamérica – África Occidental – Villa Cisneros – Marruecos Francés – Sevilla – Madrid – Barcelona – París. La reciprocidad era a discreción americana y se tuvieron que acondicionar los aeropuertos de Torrejón, Gando, Los Rodeos, Villa Cisneros y El Prat para permitir la operación de aviones cuatrimotores. El 19 de febrero de 1945 se amplió el permiso a los aviones procedentes de Washington en vuelo hacia París y Roma. Todo ello sin inspección de carga por las autoridades españolas. El supuesto acuerdo para los B 29 no era una prolongación más del anterior, pero en este caso enfocado a posibilitar ataques incluso con armas nucleares.

⁴⁰² Antonio Marquina Barrio. *Opus cit.*, pág. 308. En 306 y ss. el autor detalla los sucesivos planes que desde *Halfmoon* se barajaron para contener la posibilidad de un ataque soviético. Uno derivado de aquél, que insistía en la línea del Rin, y otro *Offtackle* que acabó de desarrollarse por los Grupos de Planeamiento Regionales y que contemplaba el desencadenamiento de las hostilidades en el verano de 1954. Significativamente, el empleo de armas nucleares era reservado a la decisión de los norteamericanos, ya que dado el escaso número de armas soviéticas su empleo se consideraba solo como una posibilidad.

el Pazo de Meirás en septiembre de 1950, debiendo explicar a su finalización los norteamericanos a franceses y británicos que no había un plan conjunto entre España, Portugal y Estados Unidos para establecer la línea de defensa en los Pirineos.

En noviembre de 1948 Franco realizó unas declaraciones a *New York Times* en las que manifestaba que España esperaba créditos de Estados Unidos directamente o de algún banco norteamericano pero:

“No quería participar en el Programa de Recuperación Europeo porque otras naciones que participaban no les querían, y parecía como si ellos fueran a robarles la comida”

El toque de dignidad se sumaba al de mostrar una cierta independencia que le permitiese resistir las presiones de liberalización a cambio de créditos, cosa que había percibido que los norteamericanos, al menos las grandes corporaciones, no le iban a imponer. Respecto a la OTAN, Franco consideraba a España parte de Occidente y por tanto de su defensa.

“Las naciones que estaban bañadas por el mismo mar y los mismos océanos debían reforzar sus posiciones”.

En suma, no merecía la pena discutir sobre el hecho de que, en caso de agresión soviética, que Franco consideraba más probable como acción subversiva, ideológica y política que como militar, España lucharía, ya lo estaba haciendo, contra la infiltración o la agresión armada procedente de la URSS.

Paralelamente, en el mismo mes, ofrece otra entrevista a *Newsweek* en la que manifiesta públicamente su opinión de que es el Reino Unido⁴⁰³ quien está detrás de los fracasos de los sucesivos intentos de acercamiento con los Estados Unidos. Reitera que España no necesitaba el Plan Marshall, porque el control gubernamental sobre la economía es mayor y tenía menos necesidad de ayuda.

Las entrevistas revelan que Franco sospechaba que no iba a ser incluido en ninguno de los dos mecanismos y si acaso lo era tendría que realizar

⁴⁰³ Como en los Estados Unidos, los militares eran partidarios de algún tipo de entendimiento estratégico al que el Secretario de Estado para Relaciones Exteriores entre marzo de 1945 a julio de 1951, el laborista Ernest Bevin, siempre se negó.

concesiones más importantes que las elecciones municipales de noviembre y diciembre de 1948, por lo que se desvinculó de ambos, no sin el convencimiento de que así ganaba en libertad de acción exterior pese a ser el derrotado en una batalla diplomática. Además en 1948, contra todo pronóstico, Truman fue reelegido y Acheson pasó a Secretario de Estado, con lo que habría que esperar que seguiría una fuerte oposición a cualquier medida de colaboración por parte de la Casa Blanca.

Franco ya no volvió a presentar su candidatura a la Alianza, al contrario que más adelante con la integración en las Comunidades Europeas. Cuando se hiciese sería con la Constitución de 1978 en vigor y como muestra de normalidad democrática, más que por verdadero cálculo estratégico. De todos modos el comportamiento no obstruccionista de Madrid tuvo tres consecuencias:

“Un mayor apoyo de los occidentales en la ONU, donde se podía calcular con seguridad los 2/3 que se necesitaban, una radical oposición de Francia e Inglaterra a cualquier otro «psefisma» contra España; una ayuda económica americana a la maltrecha economía española.”⁴⁰⁴.

En suma, se reforzó su postura en los círculos militares de Washington, estrechó los lazos con Portugal y transformó cualquier futura relación de España en la Defensa Colectiva de Occidente en un asunto bilateral con los Estados Unidos, alejándola de cualquier planteamiento europeísta.

Sin embargo, el comienzo del final definitivo de los problemas exteriores de Franco se empezó a fraguar en Asia. Inicialmente Chiang Kai-shek se había declarado enemigo acérrimo del Régimen y tras la derrota del Japón, en 1946, se había ocupado la embajada española en Beijing con la excusa de que era la representación ante la administración títere de Japón. Con estos gestos Chiang pretendía inútilmente aplacar a Stalin y evitar la preferencia de éste por Mao, su pupilo ideológico, al que llevaba años alimentando. En 1949 el gobierno nacionalista chino colapsó militarmente. En enero se rindió Beijing y en octubre se proclamaba la República Popular, lo que había supuesto para Estados Unidos un fuerte golpe estratégico y emocional. La defensa de sus intereses en China

⁴⁰⁴ Luis Suárez Fernández. *Opus cit.*, pág. 296.

frente a las ambiciones japonesas era lo que había desencadenado la tensión que había finalizado con el ataque japonés el 7 de diciembre de 1941 y la consiguiente entrada en la Segunda Guerra Mundial. Ahora, todo ese esfuerzo por mantener sus intereses económicos y la penetración cultural en China, convirtiéndola en el aliado asiático de referencia⁴⁰⁵, se había venido abajo y Stalin había conseguido, por el contrario, un aliado que le permitía amenazar las posiciones coloniales europeas en Asia, en claro retroceso, y a los países que iban surgiendo y permanecían en la órbita occidental.

No era ni mucho menos la primera advertencia seria de que Stalin no pensaba reconocer los compromisos exteriores y que el pensamiento estratégico soviético estaba dominado por una mezcla de expansionismo político y temor a todos los países que no fuesen comunistas. Otro acontecimiento significativo fue que el 29 de agosto de 1949 los soviéticos detonaban su primera arma nuclear de fisión, una copia de la que los norteamericanos habían lanzado sobre Nagasaki. Tras cuatro años, la supremacía nuclear de los Estados Unidos, única garantía de que en un enfrentamiento convencional en Europa la URSS podía ser contenida, había desaparecido. Es difícil exagerar el impacto que esto tuvo sobre los planificadores estratégicos americanos.

Al año siguiente, con el apoyo soviético y la aquiescencia de Mao Zedong, que veía cómo los norteamericanos seguían apoyando a Chiang en su refugio de Taiwan, quien seguía bombardeando el territorio continental chino, Corea del Norte invadió a su vecina del sur y comenzó la Guerra de Corea, lo que exacerbó las posiciones anticomunistas en la administración norteamericana y la

⁴⁰⁵ “El hecho de que nuestra política respecto China no pueda independizarse de nuestra política ante el imperialismo (se refieren los autores a los imperialismos europeos en Asia, fundamentalmente el británico) ni de nuestra política ante Rusia, es una prueba más de que ya no vivimos en el mundo del «problema europeo» [...] Desde ahora vivimos en un mundo donde solo hay aspectos locales del problema mundial”. Owen y Eleanore Lattimore. *Breve Historia de China*. Austral, Madrid 1966, pág. 207. El libro original fue publicado en Estados Unidos en 1944 y refleja la visión norteamericana de China, sustentada por misioneros y empresarios. Pese a todos los informes que desde la lucha contra la invasión japonesa avisaban de la corrupción e incapacidad de Chiang para gobernar de otra forma que no fuera con mano de hierro, los norteamericanos siguieron trabajando hasta el final para que la victoria se inclinase de su lado, intentando a finales de 1945 la mediación del General Marshall con los comunistas, lo que obviamente no resultó. Es difícil evaluar todo el impacto que en la política norteamericana tuvo la caída del gobierno de Nanjing, pero alentó la conciencia del peligro comunista, llevándose a la práctica políticas como el establecimiento de “comités de lealtad”.

percepción de amenaza global a los Estados Unidos por parte de la Unión Soviética.

Corea significó una crisis estratégica y política de primer orden para Estados Unidos. Demostró que en cinco años el ejército se había quedado obsoleto en sus materiales y en el entrenamiento del personal. Que había desgastado o vendido una flota inmensa pero que había mantenido menos de lo necesario y, sobre todo, que China era un adversario a tener en cuenta, con una capacidad militar en la que las cantidades abrumadoras aplastaban a las calidades reducidas de los occidentales. Se quebró la confianza entre las Fuerzas Armadas y la administración, demostrando los puntos débiles de un sistema de toma de decisiones que se estaba convirtiendo en inoperante y, sobre todo, mostró la dificultad de crear una estrategia nueva y coherente capaz de integrar las armas nucleares como factor de disuasión o ventaja efectiva en el campo de batalla. Reflejo de todo lo anterior fue el conflicto entre el Comandante de las fuerzas en el teatro de operaciones y el Presidente como nunca antes había existido⁴⁰⁶.

La posición española fue de calculada indiferencia. Era la confirmación práctica del discurso oficial del Régimen: la Unión Soviética es una amenaza que no renuncia a ningún método para expandir el comunismo con el objetivo de una república soviética mundial, enfrentarse a esta amenaza es fundamental y la agresión en Corea es la prueba palpable.

“Un documento diplomático recoge, por ejemplo, como hecho destacado la repercusión que tuvo en Estados Unidos la reacción del ministro Suances, quien al ser preguntado por la opinión del Gobierno español ante la guerra de Corea contestó que «España se encuentra con todo corazón y con toda su alma» al lado de las Naciones Unidas. Es digna de mencionarse también la nota de prensa que hizo pública la representación diplomática (oficiosa) de España en Washington, en la que se indicaba, entre otras cosas, que España «sabe que solamente en la preparación espiritual y material de las naciones pacíficas y en la resistencia armada si se produce la agresión,

⁴⁰⁶ “A los efectos de nuestro estudio, destacaremos que la guerra de Corea consumirá los arsenales preparados durante años, comprometerá buena parte de las fuerzas norteamericanas, impidiendo despliegues alternativos, se incrementaron las dificultades logísticas y no se generarán las fuerzas convencionales suficientes para el mantenimiento de las líneas de defensa, volviendo a considerarse por parte norteamericana la necesidad de mantener una cabeza de puente en Europa. Esto explicará el cambio de política norteamericana con respecto a España, que acabará plasmándose en 1951.”. Antonio Marquina Barrio. *Opus cit.*, pág. 309.

como ahora han hecho los Estados Unidos, está el remedio contra esa amenaza», indicando a continuación que «España se reserva su libertad de acción, pero siempre dispuesta a sacrificios semejantes a los suyos». ¿Quería esto decir que España estaba dispuesta a entrar en guerra ayudando a Estados Unidos en su lucha contra el comunismo en Asia? Según Suárez, Luis Carrero preparó un estudio sobre la situación internacional en el que preconizaba, entre otras cosas, que España no debía integrarse en la OTAN y si, en cambio, firmar algún acuerdo con Estados Unidos. Los documentos depositados en el archivo de Franco indican que en Estados Unidos aumentaron las presiones, especialmente del Pentágono, para integrar a España en el sistema de seguridad occidental. «Nos necesitan», telegrafió Lequerica desde Washington⁴⁰⁷.

Consecuencia directa de la situación, la recomendación de aislamiento diplomático y comercial contra España en la Naciones Unidas no se renovó en 1950. De España llegó un momento en que lo mejor era no hablar para evitar romper consensos en momentos difíciles en los que el empeño en combatir al comunismo en el campo de batalla no se compadecía con aislar a uno de los sistemas más anticomunistas, máxime cuando Corea había puesto de manifiesto la clase de gobierno que se había estado manteniendo en Seúl. La nueva situación supuso una cómoda indefinición en la que intereses estratégicos y económicos se movieron con comodidad y aseguraron a Franco que la supervivencia del Régimen contaba con un pilar fundamental en la conciencia norteamericana de que cualquier enemigo del comunismo sería bien tratado. Además, el conflicto supuso la pérdida total del crédito de los demócratas, desgastados por casi dos décadas de poder y el acceso a la Casa Blanca de los republicanos, con muchos menos problemas de conciencia para admitir a Franco en todos los ámbitos.

La administración Truman, con la acusación constante del Partido Republicano de no haber hecho lo suficiente en China y no estar haciéndolo en Corea, se ve forzada a realizar concesiones importantes, En enero de 1950 Dean Acheson reconoce en una carta al *New York Times* que la política del bloqueo ha fracasado en su objetivo de propiciar un cambio de régimen en España y que, dadas las circunstancias, los Estados Unidos tendrían que cambiar favoreciendo

⁴⁰⁷ Antonio Fernández García y Juan Carlos Pereira Castañares, *La percepción española de la ONU (1945-1962)*. Cuadernos de Historia Contemporánea, nº 17. Servicio de Publicaciones. Universidad Complutense. Madrid, 1995, pág. 133.

el restablecimiento de relaciones diplomáticas de los países con España y levantando las sanciones económicas, aunque insistía en el repudio moral que le producía Franco. No puede sorprender el cambio radical de la situación a partir de este momento, cuando en las Naciones Unidas en octubre el Comité Político recomienda la revocación de sanciones, el establecimiento de relaciones diplomáticas y la admisión de España en los organismos técnicos de la ONU y, el 4 de noviembre de 1950, la resolución 386 levanta las sanciones. El resultado es el fruto de los votos de los hispanoamericanos y los árabes, Estados Unidos vota a favor⁴⁰⁸ y Gran Bretaña y Francia se abstienen. Truman, frustrado consigo mismo, dice que “pasará mucho tiempo antes de que Estados Unidos envíe un embajador”, pero solo seis días después se presentó al gobierno español la propuesta y el 1 de marzo 1951, cinco meses después de la Resolución, el nuevo embajador, Stanton Griffis, presentaba sus cartas credenciales a Franco.

La percepción del “Inspector de Embajadas” Lequerica era cierta. Los Estados Unidos estaban convencidos de la necesidad de incorporar a España al sistema de defensa que estaban construyendo no solo en Europa, sino en todo el globo, destinado a enfrentarse a una URSS cada vez más agresiva. Tan era así que el siguiente proceso de normalización que se inicia es el de la negociación bilateral con Estados Unidos, que en suma va a representar una incorporación a la OTAN y al Plan Marshall por la puerta de atrás, con otros nombres y con sus particularidades, sobre todo con unas condiciones y prestaciones mucho menos atractivas, pero al fin y al cabo el nexo con la seguridad y la economía del bloque occidental. La incorporación a la ONU como miembro de pleno derecho se dejó para más adelante⁴⁰⁹.

⁴⁰⁸ Como diría el Ministro español de Exteriores Martín Artajo ante las Cortes el 4 de diciembre de 1950: “El sincero aunque tardío proceder norteamericano en las Naciones Unidas para con España hace posible, por lo que a nosotros se refiere, esa fecunda reconciliación. Pero no se olvide que la amistad, como el amor, tiene su razón histórica, pasada la cual son infecundos.”. Alberto Martín Artajo, *La política de aislamiento de España seguida por las naciones aliadas durante el quinquenio 1945-1950*, Madrid, Oficina de Información Diplomática, 1950, págs. 44-50. Las relaciones tendrían la complicación de darse entre la primera potencia mundial y uno de los países más débiles de Occidente.

⁴⁰⁹ “El 12 de noviembre de 1950 se formula por parte de los Gobiernos francés, británico y norteamericano la invitación a España para que ingresara en la FAO, a lo que el Gobierno español respondió afirmativamente. Poco a poco los máximos representantes de otros organismos formularon la misma solicitud a España. En esta primera etapa los resultados de este proceso se pueden observar en el siguiente cuadro:

Sin embargo, no todos necesitaban a España de la misma manera. Para el Reino Unido, en todo el proceso de corte y reanudación de relaciones diplomáticas formales, siempre se había mantenido como un valor a mantener el volumen de las inversiones y negocios que tradicionalmente las empresas británicas mantenían en España. Si para los Estados Unidos lo primero era lo militar y lo económico se evitaba, para Londres lo militar no se contemplaba, y únicamente lo económico primaba. Por eso, cuando se propone para embajador español a Fernando Maria Castiella, coautor con Jose María de Areilza de “*Reivindicaciones de España*”, en el que se vertían duros juicios sobre el Reino Unido a costa de la reivindicación de Gibraltar, se le negó el *placet*. Gibraltar va a ser el factor de distorsión, hasta el día de hoy, de las relaciones hispano – británicas, que siempre van a tener en el Estrecho su punto de fricción más importante.

6.1.3. El proceso militar

Las percepciones sobre España en las secretarías norteamericanas de Estado y Defensa, como se ha apuntado anteriormente, llevaban tiempo siendo divergentes. En noviembre de 1949 (menos de un año después del inicio del segundo mandato de Truman) un memorándum interno de la Sección de planes y Operaciones a la Junta de Jefes de Estado mayor insistía en que:

- “La situación interna y el clima internacional era adecuado para la normalización de relaciones entre España y los países occidentales.
- La firma del Tratado del Atlántico Norte había cambiado considerablemente las relaciones de Estados Unidos con los países de Europa Occidental [...] Por ello se vería menos empujado a oponerse a la

LA PRIMERA ETAPA DE INTEGRACIÓN EN EL SISTEMA DE NACIONES

Unión Postal Universal	27-I-1951
Organización Meteorológica Mundial.....	27-II-1951
Unión Internacional de Telecomunicaciones.....	8-III-1951
FAO	6-IV-1951
Organización Mundial de la Salud.....	28-V-1951
Organización Internacional de Aviación Civil.....	18-VI-1951
UNESCO.....	30-1-1953
UNICEF.....	7-V-1954”

Antonio Fernández García y Juan Carlos Pereira Castañares. *Opus cit.*, pág. 135.

normalización de relaciones [...] Una de las grandes ausencias del Tratado del Atlántico Norte era España y había llegado el momento de cerrar el hueco.

- Los planes militares a largo plazo presuponían, entre otros asuntos, la normalización de relaciones con España. *No existía conformidad entre la actividad diplomática y la actividad militar.*
- Las informaciones diplomáticas de que se disponía indicaban que la razón de la visita reciente del general Franco a Portugal era el intento de iniciar la inclusión de España en el Tratado. Por ello parecía que el general Franco sería receptivo a ciertas condiciones que se le pusieran para el reconocimiento del régimen.
- Si se podía conseguir un acuerdo entre el secretario de Estado, el secretario de Defensa y el presidente [...] el secretario de Defensa probablemente desearía hacer algún tipo de sondeo exploratorio con los demás ministros de Defensa el 1 de diciembre (de 1949) en París.⁴¹⁰

Resulta sorprendente el reconocimiento del desenganche entre los dos departamentos y que parece imposible en una administración como la norteamericana, y que recuerda a los peores hábitos políticos de la Alemania Guillermina, pero que explica actitudes y resultados. Asimismo es notable la falta de información sobre el funcionamiento del Régimen y la mentalidad de Franco.

En enero de 1950 se presentó una contestación de la Secretaría de Estado que se alineaba básicamente con las tesis de Defensa, reconociendo que el aislamiento había supuesto privaciones para el pueblo español sin erosionar en lo más mínimo la posición de Franco. Se encargó al almirante Souers, del Consejo de Seguridad Nacional, el coordinar la posición con Defensa y al secretario de Estado Acheson de hacer lo propio con los líderes de las Cámaras. Truman introdujo personalmente una cláusula de libertad religiosa como condición para ser un miembro de la comunidad occidental.

Los generales Omar Bradley y Robert Burns remitieron a Souers el 11 de enero de 1950 una aclaración, enfatizando la importancia de España por: su situación

⁴¹⁰ Antonio Marquina Barrio. *Opus cit.*, pág. 310.

geográfica, deseo de lucha, relaciones con Portugal e Hispanoamérica y anticomunismo. Pedían que el informe definitivo lo hiciese público la Secretaría de Estado y no el Presidente y algunos cambios de redacción para que no fuese ofensivo para nadie⁴¹¹. El 12 de enero Truman aprobó la redacción definitiva y lo remitió a Acheson para que lo hiciese público y lo remitiese al Congreso, pero como documento del Departamento de Estado y no suyo. La opinión era la de buscar la forma de mantener relaciones sin “blanquear” a Franco. Se trataba de un gesto de *Realpolitik* ante una situación mundial que se complicaba, Hoyer – Millar, ministro consejero de la embajada británica en Washington, creía que todo el cambio de opinión de forma, embajador, que no de forma, Franco no, solo era una maniobra para aliviar la presión del Congreso ante los acontecimientos en China y Taiwan⁴¹².

Acheson era consciente de la inconsistencia de la actitud hacia Chiang kai – Shek, cuyo régimen en Taiwan no podía ser calificado de democrático en ningún sentido, y la mantenida con Franco, otro general anticomunista cabeza de un gobierno autoritario anticomunista y que si había ganado su guerra civil. Esto por no hablar del reconocimiento de la URSS y de las “democracias populares” del este de Europa. A esto se sumaba una opinión, si no mayoritaria si con presencia en las cámaras de militares, anticomunistas, católicos y empresarios con intereses en posibles negocios en España y que necesitaban que se autorizasen créditos para que Madrid pudiese comprar productos norteamericanos⁴¹³. A esto había que añadir el lobby formado por el “Inspector de embajadas” Lequerica.

⁴¹¹ El párrafo en cuestión quedaría: “España, por razones dimanantes de la naturaleza origen e historia del Gobierno español presente, es todavía inaceptable para muchas naciones europeas como un socio en tales proyectos cooperativos, como el proyecto de Recuperación Europeo y el Consejo de Europa.”. Antonio Marquina Barrio. *Opus cit.*, pág. 313.

⁴¹² *Ibidem*, pág. 314.

⁴¹³ Para una descripción de estos grupos ver: Manuel Espada Burgos, *Franquismo y Política Exterior*, RIALP, Madrid 1988, págs. 188 y 189. Finaliza su exposición en esta última página diciendo que: “Como resume Viñas, «característico de este *spanish lobby* es que en él coexistían miembros, más o menos destacados, de los grandes partidos políticos, que tenían connotaciones que excedían las divisiones religiosas, económicas y de grupos, que abarcaban un amplio espectro de la *élite* con peso en las decisiones de política exterior y que contaba con un amplio respaldo bipartidista en términos parlamentarios».”.

La carta de Acheson iba en la dirección antes apuntada de que España era un país occidental, concesión a los militares; si bien con un sistema no democrático que había que procurar cambiar pero desde dentro, ya que, por el momento, no se veía ninguna oposición mayoritaria ni alternativa creíble. Las relaciones económicas debían situarse aparte, guiño a los empresarios; pero España debía de realizar cambios legislativos en materia económica para hacer posible la inversión norteamericana. De forma sorpresiva para España, los senadores McCarran y Brewster presentaron una solicitud de ayuda por cien millones de dólares que supuso incluso la intervención del embajador británico para evitar que se aprobase y dejase al gobierno laborista en una situación desairada, a través del presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, Thomas Connally. De todas formas, los asuntos económicos y militares estaban íntimamente ligados, no en vano una parte sustancial de la ayuda se suponía que se emplearía para reequipar al Ejército español, que atravesaba una época de absoluta penuria, a la vez que se aprovisionaba al país de medios de subsistencia que reactivasen la economía e impidiesen una crisis social.

Como no era posible el expediente del crédito directo, Charles S. Dewey, presidente del Comité Conjunto de Ayuda Económica Exterior, pensó en la posibilidad de establecer un puerto franco en el Mediterráneo, preferentemente Cartagena⁴¹⁴. Aunque la fórmula nunca se materializase, en la práctica en la Casa Blanca se pensó que estas instalaciones servirían tanto como punto de llegada de los bienes norteamericanos como base para la armada y sintomáticamente siempre se pensó en un puerto del Mediterráneo, ya que para la geopolítica norteamericana España era vista más como una plataforma mediterránea que atlántica, función que ya desempeñaba Portugal.

El Estado Mayor Conjunto norteamericano siguió presionando para que se hiciera efectiva la recomendación de normalizar las relaciones con España, y

⁴¹⁴ “Cartagena podía servir como centro de almacenamiento y distribución para el comercio dirigido al este y al oeste y entre Europa y África. Dada la posición estratégica de España podían establecerse astilleros para la reparación de buques mercantes y de guerra. Los equipos requeridos para el desarrollo de un puerto moderno permanecerían en España, sirviendo de ayuda para la recuperación económica. La financiación del proyecto sería realizada por el Ex – Im Bank e implicaría la constitución de una autoridad del puerto y una administración independiente del Gobierno español. Los pagos de derechos posteriores se bloquearían y se utilizarían para hacer frente al crédito para la construcción.”. Antonio Marquina Barrio. *Opus cit.*, pág. 320.

Acheson seguía con las dudas de la respuesta que tal medida provocaría en los franco - británicos. El informe del Consejo de Seguridad Nacional que revisaba la política sobre España se discutió el 15 de junio de 1950. El NSC 72/1 volvía a incidir en todo lo expuesto hasta el momento en el NSC 72, el documento que recogía la política norteamericana hacia España. La cooperación militar con España presentaría dificultades políticas con los aliados europeos tanto si se tratase de incluirla en la OTAN, como si se realizase de forma bilateral; el fantasma de la línea defensiva en los Pirineos representaba para algunos países, no solo para Francia, una señal de falta de compromiso real norteamericano en la defensa de sus territorios. Vistos los desacuerdos se marcó una siguiente reunión para coordinar los puntos de vista de Estado y Defensa el 8 de julio. También hay que tener en cuenta que en estos momentos se estaba creando la República Federal Alemana y que este asunto, así como las oportunidad de rearmarla o no, y de en qué medida hacerlo, ya tenían bastante divididos a los Aliados como para lanzarles además el “problema español” encima de la mesa.

El 25 de junio Corea del Norte invadió el sur y el panorama cambió repentinamente, las presiones sobre la Casa Blanca se redoblaron en favor del restablecimiento no solo de relaciones diplomáticas, lo menos importante, sino de relaciones militares que pudiesen añadir valor a los planteamientos de la defensa de Occidente. Solo la conocida oposición de Truman y su círculo por la cuestión de la libertad religiosa de los protestantes en España retrasó hasta el momento inevitable el inicio de las conversaciones oficiales, aunque se llevasen a cabo contactos indirectos, como el del general francés René Fonck, viejo as de caza de la Gran Guerra, a quien el Jefe del Estado Mayor del Ejército del Aire norteamericano, Vandenberg, encargó sondear sobre las necesidades españolas.

Por otra parte, el Estado Mayor Conjunto norteamericano veía cada vez más clara la necesidad de definir una línea de defensa en los Pirineos y no solo defender cabezas de playa en Algeciras, otra vez el Mediterráneo, el Estrecho de Gibraltar, y Oporto. Igualmente Vandenberg hizo llegar a Martín Artajo que disponía de fondos, pocos, y armamento, de los que que podía disponer legalmente sin dar cuenta a su tío el senador Vandenberg.

La situación explotó en la Casa Blanca el 30 de junio de 1950. El Senador Kenneth Wherry, líder de la minoría republicana en el Senado, preguntó a Truman sobre el caso de España, a lo que este respondió que:

“... ya había dado una respuesta a Bridges con anterioridad, que le dejase un par de semanas y luego resolvería.”⁴¹⁵.

Wherry perdió la paciencia con el presidente y le dijo:

“Hemos sido compañeros en el Senado y tengo amistad contigo, pero si por tu terquedad personal y no prever a tiempo el rearme de España, se crea un día una situación grave para estados unidos en Europa, yo te acusaré formalmente de ser responsable personal de lo que suceda.”⁴¹⁶.

A partir de ese momento, Truman, cuyo estilo de presidencia era la de asumir las responsabilidades y costes personales de los cargos públicos, dejó de invocar la cuestión religiosa o ideológica contra Franco, pasando a una postura de obstruccionismo dentro de lo que en la política norteamericana se denomina “filibusterismo”. El Departamento de Estado siguió advirtiendo del grave perjuicio que se iba a causar al gobierno laborista británico con la apertura de cualquier clase de negociaciones, pero la opinión militar prevaleció a partir de este momento.

La crisis de Corea extendió la creencia de que la guerra en Europa era inminente. De hecho existía la intención de proporcionar a España el material necesario en caso de crisis sobre todo en el aspecto de fuerzas aéreas. Incluso se llegó a preguntar a Lequerica sobre la disposición de España para el envío de unidades de combate al conflicto⁴¹⁷, cosa que éste condicionó a la aceptación por parte de

⁴¹⁵ Antonio Marquina Barrio. *Opus cit.*, pág. 334.

⁴¹⁶ *Ibidem*, pág. 335.

⁴¹⁷ “En un almuerzo en la embajada, al que asistían el almirante Sherman, su yerno Fitzpatrick y el general Vaughan, ayudante del presidente Truman, este hizo a Lequerica una descripción de lo abrupto y montañoso que era el territorio coreano, donde no vendría mal como la caballería mora que tenía España a su disposición” Antonio Marquina Barrio. *Opus cit.*, pág. 337. La conversación debió ser sorprendente para Lequerica. Vaughan demuestra desconocer de lo que estaba hablando o solo pretendió agradar a su anfitrión valorando capacidades obsoletas, de glorioso recuerdo. Si lo estaba pensando en serio, Francia, miembro de la OTAN y que desplegó en Corea podía proporcionar tropas montadas de Argelia con más facilidad que España.

los países beligerantes. Sin ella, España se arriesgaba a ver su ofrecimiento bloqueado por los europeos, quedando en un lugar próximo al ridículo. En su momento Martín Artajo le ordenó a Lequerica que diese apoyo y proximidad sin comprometer ni un solo hombre.

Sin embargo, estas conversaciones reflejaban un cambio de actitud unido a unos intentos de acercamiento, como cuando el jefe de Asuntos Políticos para España y Portugal, O'Shaghnessy, manifestó al ministro consejero Eduardo Popper de Callejón⁴¹⁸ que Estados Unidos no haría más críticas al Régimen ni llamamientos para que se emprendiesen reformas. Pese a todo, Truman y Acheson mantuvieron la actitud obstruccionista, especialmente en lo concerniente a créditos. No se oponía a que el *Ex – Im Bank* (Banco de Exportación e Importación, una institución oficial de crédito para favorecer el comercio norteamericano) estudiase un crédito, que contase con los suficientes avales, pero se descartaba totalmente la inclusión de España en el mecanismo de la Administración de Cooperación Económica.

Al final se llegó a un callejón institucional sin salida. Truman se vio en la disyuntiva de bloquear el crédito aprobado por el Congreso, la enmienda Mac Arran, o, como advertía un memorándum de 31 de agosto Peyton Ford, vice Fiscal General, caer en la inconstitucionalidad. El 6 de septiembre de 1950 Truman pareció, por segunda vez, dar su brazo a torcer. Lo que se hizo fue que el crédito aprobado fue dirigido a proyectos específicos y empresas concretas y no a la discreción del Gobierno español. El asunto no se solucionaría satisfactoriamente y la ayuda sería calculadamente lenta incluso tras el restablecimiento de las plenas relaciones diplomáticas.

Todo este proceso entorpecía el de la cooperación militar. Portugal seguía clamando por la presencia española en la OTAN. Consideraba que era necesaria junto a tres divisiones de Estados Unidos para que la defensa del territorio metropolitano portugués fuese posible. Si no era posible que España estuviese dentro, por el rechazo político, por lo menos que se estableciese un mecanismo

⁴¹⁸ Eduardo Popper de Callejón fue uno de los representantes diplomáticos españoles reconocidos internacionalmente por salvar judíos, en su caso franceses, durante la Segunda Guerra Mundial. Fue declarado "Justo entre las Naciones" por la organización Yad Vashem en 2007.

de coordinación. El 14 de septiembre de 1950, Acheson contestó con el recurrente argumento de que la línea principal de defensa se mantendría tan al este como fuera posible para evitar el desánimo entre los europeos, que es lo que produciría la coordinación con España. Por otra parte, los aliados vinculaban el “caso español” a la solución, al menos, de la pertenencia a la ONU.

Los gobiernos británico y francés empezaron a encontrarse en sus parlamentos con la misma corriente que en el Congreso norteamericano, ¿Por qué España estaba fuera de la defensa de Occidente? Si tan grave era la amenaza soviética ¿no sería mejor sumar cuantos más países mejor, habida cuenta que se acababa de sumar Turquía? Si había quien opinaba que incluir a Franco en el sistema atlántico era dar alas a la propaganda soviética, otros consideraban que de todos modos ya se recibía esa propaganda con distintos argumentos, y que mientras había territorio y fuerzas a las que se renunciaba de forma irresponsable.

Como todo proceso de planeamiento militar seguido con criterios profesionales, el norteamericano era objeto de una actualización constante, introduciendo las variables de la nueva situación internacional creada por la Guerra de Corea y la posesión soviética de armas nucleares. En este proceso, se llegó a una revalorización del sistema de bases. No se trataba solo de facilidades portuarias para fuerzas navales o de instalaciones para el alojamiento de fuerzas. Las operaciones aéreas de bombardeo nuclear exigían, dada la autonomía de los aparatos de la época, que los aparatos que partían hacia un objetivo tuviesen una base donde tomar tierra, distinta de la que partían. Para evitar la acción enemiga, esas bases de origen o destino tenían que ser lo más numerosas posibles.

Consecuente con este proceso, el Consejo de Seguridad Nacional procedió a redactar el documento NSC 72/2⁴¹⁹, “Política de Estados Unidos respecto a España”, que se puso en circulación en los medios gubernamentales norteamericanos el 15 de enero de 1951. Este documento, al igual que los estrictamente militares tenía en cuenta el momento internacional con la Guerra de Corea como acontecimiento más significativo, que incrementaba el riesgo de

⁴¹⁹ Se puede consultar el texto completo, en inglés en la página del Departamento de Estado de los Estados Unidos, en: <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1951v04p1/d353>. Consultado el 4 de junio de 2019.

una guerra entre bloques. Aparecía por primera vez, gracias a la activa labor de Lequerica, el riesgo de que en ese caso España, pese a su anticomunismo, y por la seguridad que le proporcionaba tener a la OTAN al Noreste, de cuya resistencia podría aprovecharse sin contrapartidas, se declarase neutral por tercera vez. Si los soviéticos llegaban a los Pirineos, a España le daría igual lo que hiciese la OTAN o los norteamericanos. Una España neutral, que se negase a los sobrevuelos, las entradas en puerto o el tránsito de tropas y material a través de su territorio era algo que, en la situación de 1951, preocupaba enormemente a los planificadores del Pentágono. Si España había sido capaz de permanecer neutral en dos guerras mundiales no había motivo para pensar que no se repitiese en una tercera mientras la línea del frente estuviese lejos. Lo cierto es que el temor era infundado: si los soviéticos llegaban a los Pirineos la suerte estaría echada para el Régimen.

Las conclusiones del documento eran que había que desarrollar la potencialidad de España en su contribución a la defensa de Occidente mediante la inclusión de España en la planificación OTAN y no solo pensando en la defensa de la Península, y coordinar dichos planes con el Gobierno español. Como consecuencia había que actuar en un doble sentido, obteniendo bases aéreas y navales en España y mejorando las capacidades de las Fuerzas Armadas españolas en todos los órdenes. Finalmente había que mejorar las relaciones de España con la OTAN como organización y con sus miembros, para lo que resultaba imprescindible primero llegar a un acuerdo sobre el asunto con británicos y franceses, los más interesados y los más contrarios a cualquier idea de aproximación o colaboración, y luego, con una postura conjunta entre los tres, presentarla a los demás. El último objetivo de todo esto sería la integración de España en la OTAN.

Como era de esperar los informes desde París y Londres fueron negativos. Nadie quería ver ni la defensa retrasada ni a Franco “blanqueado” a través de la OTAN ni por acuerdos bilaterales. Esta situación, y las observaciones del Secretario de Defensa Marshall, llevaron a la redacción de los documentos NSC 72/3 y NSC 72/4, que recogían los puntos de vista de Defensa. El resultado fue que cuando el nuevo embajador, Griffin, llegó a Madrid no tenía más instrucciones que

presentar cartas credenciales, ya que la postura conjunta entre Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia estaba aún por decidirse.

Por otra parte, a finales de febrero Sir John Balfour, nuevo embajador británico tras el bloqueo, recibió como instrucciones atender a las relaciones comerciales pero informar de cualquier acuerdo bilateral de defensa de España con Estados Unidos, así como disuadir a España de intervenir en Oriente Medio. Gran Bretaña se oponía a las aproximaciones españolas al problema de Israel / Palestina, que apoyaba los intentos vaticanos de internacionalización de Jerusalén, donde incluso se pretendía un puesto en una futura administración internacional. Los franceses se consideraban maltratados, porque, al tener fronteras comunes con España, cualquier modificación de la posición estratégica de ésta les afectaba y deseaban ser consultados en cualquier proceso negociador.

Así las cosas, las negociaciones para el establecimiento de acuerdos bilaterales comenzaron con la visita a Madrid del almirante Sherman y su entrevista con Franco el 16 de julio de 1951⁴²⁰. El 22 de agosto siguiente, el general Spry llegó a España para una evaluación sobre el terreno de las realidades, posibilidades y necesidades.

El proceso va a ser largo y complejo ya que el asunto más importante, el material, debido a las cuestiones coreana y alemana, el rearme del ejército del nuevo estado federal no estará disponible de forma inmediata y los créditos para realizar las compras de armas y repuestos necesarios y llevar a cabo el mantenimiento, así como los entrenamientos necesarios, tanto de personal español en los Estados Unidos como para la presencia de personal norteamericano en España, se irán posponiendo y revisando sucesivamente. Lo

⁴²⁰ Lo más significativo es la opinión que Franco vierte sobre su equívoco vecino: “Sherman dejó escrita la opinión vertida por Franco: «No lucharán contra los rusos, sino que, en el caso de que los rusos ocuparan el resto de Europa, los franceses se prepararán, bajo un nuevo gobierno, para luchar contra España». La idea del pueblo francés aliado a los rusos y enemigo de España preocupaba tanto al jefe del Estado español que la repitió varias veces. En este punto Franco fue muy reiterativo y cada vez «hizo una cuidadosa distinción entre el gobierno francés y el ejército francés»”. https://foroporlamemoria.info/documentos/2005/epozuelo_26072005.htm. Consultado el 7 de julio de 2019. En la mente de Franco está la tradicional rivalidad estratégica franco – española, el amargo recuerdo de la postura de Francia en Marruecos de abstenerse de ayudar a España preparándose para recoger el fruto de sus fracasos y la preeminencia social y política del Partido Comunista Francés junto a la actitud general hacia España desde 1945.

cierto es que Estados Unidos pensaba en una defensa conjunta y no solo de la Península, con lo que, lógicamente, las prioridades en la asignación de armamento no pasaban por ésta, ya que era más importante la construcción de bases aéreas y navales⁴²¹.

Por otra parte, al ser 1952 año electoral y no presentarse Truman como candidato demócrata, éste prefirió retrasar más las negociaciones para que su nombre no quedase asociado a ningún espaldarazo internacional a Franco, como resultaron ser los acuerdos. Finalmente, las autoridades españolas se dieron cuenta de que su posición negociadora era de inferioridad y acabaron por aceptar las condiciones de equipamiento y despliegue que les ofrecían los norteamericanos, aunque el tema de la soberanía de las bases fue uno de los asuntos más espinosos⁴²², quedando saldado por un estatuto de extraterritorialidad para el personal norteamericano muy conveniente.

6.1.4. Resultados geopolíticos

Tras la Segunda Guerra Mundial el mundo sufrió una reconfiguración de proporciones y carácter desconocidos. Hasta ese momento Europa había estado dominada por las luchas por la hegemonía entre actores estratégicos que, o bien aspiraban a reconstruir la unidad geopolítica del Imperio Romano, o bien trataban de evitar que eso se fraguase al considerarlo como una amenaza. Alemania había intentado lo primero en dos ocasiones, de forma infructuosa, y como consecuencia de ello aparecieron unos actores que relegaron a un papel secundario a los hasta ese momento protagonistas del “gran juego”.

⁴²¹ Una descripción a la vez breve y completa del proceso negociador se puede encontrar en: Carlos Escudé *¿Cuánto valen esas bases? El tira y afloja entre Estados Unidos y España, 1951-1953. Cuadernos de Historia Contemporánea* Universidad Complutense de Madrid 2003, volumen 25, págs. 61-81.

⁴²² “A finales de noviembre de 1952 las negociaciones entre España y Estados Unidos se hallaban suficientemente avanzadas y el ministerio de asuntos exteriores envió a todas las representaciones en el extranjero una nota confidencial comunicando que muy pronto se haría pública la firma de los acuerdos, pero debían estar advertidas, para sus relaciones con la prensa y con las colonias españolas en los respectivos países, de que las facilidades militares que se iban a otorgar «no constituían en modo alguno, abdicación de los atributos de nuestra soberanía, ni transferencia o arriendo de bases.»”. Luis Suárez Fernández. *Opus cit.*, pág. 518.

El intento desesperado de Alemania por desestabilizar a Rusia y poder obtener la ventaja definitiva en el oeste se saldó con la aparición de la Unión Soviética. Un actor con una geopolítica global determinado a emplear todos los procedimientos para la extensión de la ideología marxista – leninista. Por otra parte, los intereses norteamericanos en Extremo Oriente acabaron llevándolo a la guerra con Japón y a involucrarse en Europa por segunda vez, con la consecuencia del enfrentamiento con la URSS en el que no cabía el recurso del retorno al aislacionismo como tras la Gran Guerra, por el carácter global de dicho enfrentamiento, la aparición de las armas nucleares y el surgimiento de un nuevo paradigma estratégico, o anti estratégico.

Ya no era una simple pugna por la hegemonía en un determinado sistema estratégico regional cuyas implicaciones se extendían por otras regiones. Era un sistema que abarcaba a todo el planeta y, por tanto, que involucraba en mayor o menor medida a todos los actores, ahora, el sistema de convivencia, o coexistencia, afectaba a todos los actores estratégicos. Aunque un estado no se interesase por el sistema, el sistema tenía un interés seguro en él.

España se vio afectada por este cambio de forma notable. Durante la Guerra Civil y los primeros compases de la Segunda Guerra Mundial, el mundo pareció encaminarse a una fase de renovado imperialismo europeo, quizás con una distribución de cuotas de poder diferentes, pero con una concepción “clásica” de los actores. Ni siquiera la doliente situación de Francia hacía presumir que fuese a perder su estatus de potencia colonial. Pero los acontecimientos de 1943 a 1949 demostraron que todo el orden anterior estaba en un profundo proceso de cambio. Las visiones de anteguerra quedaron desfasadas y el nivel de toma de decisiones, en España muy reducido, tuvo que adaptarse sobre la marcha a acontecimientos que superaban la experiencia de sus homólogos en la mayoría de los países. Reinventiones constantes y malabarismos ideológicos fueron las constantes de esta época.

España tuvo que abandonar su intención de desempeñar un papel activo, cuya ventana de oportunidad, si es que existió, se cerró con la derrota alemana, para resignarse a seguir jugando el papel pasivo que había venido desempeñando en la estrategia europea y ahora en el sistema global. Los sueños de un imperio colonial en África, cuya riqueza apoyase un despegue económico y asentara una

posición de prestigio, tuvieron que ser abandonados. La particularidad que hubo que afrontar fue el encaje del sistema político español del momento en el entorno al que pertenecía.

El anticomunismo del Régimen orientaba su posicionamiento estratégico hacia las naciones que no estuviesen en la órbita de Moscú, que, a su vez, veían con antipatía, salvo Portugal, el origen y la orientación política del Movimiento Nacional. España, que tradicionalmente había vivido a la sombra estratégica de Francia y el Reino Unido, se veía rechazada por ambas, que, a su vez, estaban impotentes para imponerle sus propias agendas, dada su postración económica, política y militar tras la “victoria”. Al contrario que en las ocasiones en que se había alentado, y aún impuesto, a España unos determinados hechos estratégicos, el Protectorado en Marruecos y la neutralidad compasiva hacia los aliados en la Gran Guerra, las potencias de referencia de la geopolítica española estaban en un ocaso estratégico.

Solo quedaba en el bando de las naciones opuestas a Moscú una gran potencia capaz de liderar el conjunto de los países que en el Hemisferio Norte no habían caído en la órbita soviética: los Estados Unidos. Éstos acogieron a España por cálculo estratégico. Aunque no les agradase Franco, veían la necesidad de contar con la posición de España respecto al bloque oriental en el enfrentamiento en que se encontraban envueltos ambos grupos de naciones. Era una acertada visión geopolítica, que conectaba con la estrategia de contención de Keenan y que, ayudada por los acontecimientos en Asia, llevaría a una aceptación del valor de la posición de España, que merecía transigir con su sistema político. Esta posición abarcaba la Península e incluso el territorio del Protectorado, ya que desde él se podían lanzar incursiones aéreas contra el sur de Europa en caso de invasión soviética⁴²³.

En esta ocasión España supo sacar partido de las necesidades de uno de los bloques enfrentados no ya a nivel europeo, sino global, en el que la neutralidad era prácticamente imposible, aunque amenazase con ello, ni durante el periodo de tensión entre ellos ni, mucho menos, en un hipotético enfrentamiento armado.

⁴²³ En el caso de Francia se establecieron bases aéreas en el Protectorado Francés, cosa que nunca se materializó en el supuesto español.

España no buscó inicialmente entrar en la órbita norteamericana, la empujaron a ella Gran Bretaña y Francia.

Se configura una nueva geopolítica en la que, durante la vigencia del Régimen del 18 de Julio, desaparece el vector europeo, salvo para temer que una arremetida soviética pudiese llegar en forma de tropas o de armas nucleares al territorio español, y reaparece como eje fundamental el vector atlántico. Estados Unidos e Iberoamérica constituyen el principal escenario de donde Madrid va a extraer prestigio interno, y algo de internacional, y va a constituir la referencia estratégica.

El mundo árabe y mediterráneo en estos últimos años cuarenta y primeros cincuenta está en formación, en el curso de una descolonización que no dejará de afectar a España en breve; pero o bien carece de relevancia estratégica o bien carece de capacidad económica para convertirse en un socio comercial capaz de sustituir a los que habían decretado el bloqueo y luego negaban los créditos necesarios para paliar la escasez de divisas.

España se ve lanzada a una geopolítica atlántica que, como demostrarán acontecimientos futuros, no va a generar los beneficios esperados. El desequilibrio entre participantes es tan abrumador que, siendo extremadamente ventajoso para los Estados Unidos, apenas va a resultar provechoso para España. Mientras no hubo acontecimientos destacables el Régimen se benefició de una pátina de legitimidad sobre todo interior y le granjeó el reconocimiento, siquiera jurídico, de la comunidad occidental. Pero cuando los acontecimientos empezaron a precipitarse en África se vio, por espacio de veinte años, que el interés que suscitaba España en Washington era siempre menor que el que despertaba Marruecos. Nunca Washington trató de contrapesar la influencia francesa en la zona. Al igual que Londres anteriormente, siempre que el tránsito por el Estrecho de Gibraltar se mantuviese libre lo que sucediese en la orilla sur se veía con complacencia. Es más, como los británicos antes, recelaban de una presencia española demasiado poderosa en la zona.

Se va a configurar así un sistema entre Estados Unidos, Francia, España y Marruecos que se mantiene hasta el presente con distintas ponderaciones de los lazos recíprocos. Estados Unidos consigue bases en España y el Marruecos

francés; Francia vería reconocido sus intereses en el norte de África y su territorio no se vería abandonado a la acometida soviética en los planes de defensa del continente europeo, preocupación ésta que le llevó a bloquear, tras una pantalla de corrección política, la presencia de España en la OTAN. España ve como su territorio se convierte en objetivo de las armas nucleares soviéticas pero finalmente se evita el compromiso de enviar fuerzas más allá de los Pirineos y ve confirmada su situación en Marruecos, sin haber conseguido su tradicional reivindicación sobre Tánger. Al enfocarse la geopolítica hacia el Atlántico se obvió el sur y sus posibles complicaciones con Francia. Este intento español por escapar del sur se va a manifestar no solo fallido, sino extremadamente peligroso.

Finalmente, el Régimen se consolidó en esta operación. Sin oposición relevante en el interior, con un exilio dividido que además daba muestras constantes de no comprender el cambio en la situación internacional que se había operado en pocos años y que los hacía inconvenientes para los planes de los nuevos aliados occidentales, y con el respaldo de la nación líder de Occidente, el camino a la institucionalización era imparable.

6.2. 1953 a 1959. La lenta retirada

6.2.1. El final del Protectorado en Marruecos

Si en 1945 la posición estratégica española se encontraba en las horas más bajas, el supuesto espaldarazo de los acuerdos con Estados Unidos en 1953 no la habían elevado más que a un nivel de supervivencia. Ciertamente era que ya nadie, ni siquiera en el bloque soviético, trabajaba activamente para desestabilizar el Régimen, pero la negociación había demostrado que la alternativa norteamericana estaba muy lejos de suponer un alivio definitivo a las necesidades españolas, máxime cuando éstas iban a sufrir las consecuencias de las interacciones estratégicas con Francia.

España abandonaba su tradicional posición de neutralidad para unirse, bien que de forma particular, a uno de los bloques que se enfrentaban en un enfrentamiento ideológico – estratégico a nivel global, pero sus intereses estratégicos directos se encontraban en el Mediterráneo occidental y el norte de África donde se encontraba sin apoyos efectivos y a merced, como desde principios del siglo XX, de las necesidades estratégicas francesas y, en menor medida, británicas.

El principal problema a que se enfrentaba Francia en este momento era la violenta descomposición de su imperio colonial en Asia y África, lo que había tenido notables implicaciones políticas en la metrópoli. Empeñada en retomar las colonias que habían sido fieles a Vichy, se encontró con que Indochina, una de las joyas de la corona, se encontraba tan lejana que tuvo que ser liberada por fuerzas británicas, quienes tuvieron inicialmente que poner los antiguos ocupantes japoneses a mantener el orden ante la ausencia de efectivos europeos. Iniciada la contienda en 1946, se mantuvo con alternativas para ambos bandos. En noviembre - diciembre de 1953 tenía lugar la costosa victoria francesa de Na San, que llevó al general Navarre a volver a plantear el mismo esquema en Dien Bien Phu, con el resultado de un desastre no solo táctico, sino político, pues en medio de las conversaciones para la descolonización, la derrota

francesa supuso la salida de Indochina de la órbita estratégica y económica francesa. Francia se encontró en África con que se le sumaban los problemas de Túnez y de Marruecos. En ambos territorios se pasó de intentar apoyarse en élites locales favorables a la administración francesa al diálogo, buscando fórmulas de “interdependencia” y liberó, en el caso tunecino, a Burguiba de su detención en la isla de la Galita e hizo retornar a Mohamed V de Marruecos desde Madagascar. El objetivo estratégico era prepararse para la defensa cerrada de Argelia, cuya guerra de independencia empieza en 1954.

Atrapada en una guerra mundial contra el colonialismo de dimensiones globales, Francia opta por decisiones que repercuten sobre una España que se encuentra a la zaga de los acontecimientos, a la vez que quedan claras las deficiencias organizativas de un Régimen que gobernó siempre “hacia adentro”. La expresión de Franco en el discurso del Primero de Octubre de 1953 refiriéndose a los acuerdos con Estados Unidos y la Santa Sede como “La hora de la plenitud de nuestra política exterior”, demuestra una complacencia con la meta de alcanzar un grado de reconocimiento internacional, al que quedaban dos años para ser completo con el ingreso en las Naciones Unidas, que obviaba los acontecimientos que se venían desarrollando en Marruecos.

El sultán Mohamed V llevaba desde los desembarcos aliados de 1943 escuchando promesas, no de Francia, sino de Estados Unidos y del Reino Unido, de recuperar la soberanía plena que no se concretaban en nada por parte de Francia. El principal partido independentista, el Istiqlal, era, al contrario que sus correspondientes argelinos y tunecinos, conservador y monárquico y apoyaba el establecimiento de la plena autoridad del sultán⁴²⁴, recibiendo el reconocimiento del Comité de Liberación del norte de África en 1947, año en que el discurso del sultán en Tánger marcó el comienzo de las reivindicaciones oficiales. A partir de este momento la actitud de Francia fue de firmeza, envió al general Juin como nuevo Residente General quien lanzó una amplia campaña contra el Istiqlal y el Partido Comunista Marroquí, pequeño pero comprometido en la lucha anticolonialista según las órdenes de Moscú. Las relaciones se fueron haciendo complicadas entre Mohamed V y París. A mayor abundamiento, el problema de

⁴²⁴ Manuel Espadas Burgos. *Opus cit.*, pág. 208.

Marruecos había sido llevado por la Liga Árabe a las Naciones Unidas en octubre de 1951, donde España todavía no tenía representación, por lo que todas las miradas estaban sobre Francia. Mohamed V lejos de separarse del Istiqlal, fue aproximándose más a sus tesis en sucesivas apariciones públicas. La reacción francesa a esta actitud alcanzó su punto álgido el 20 de agosto de 1953, cuando el sultán fue obligado a abdicar, siendo sustituido por Muley ben Arafa, y se le envió al destierro, primero en Córcega y luego en Madagascar⁴²⁵.

La actuación de España fue ambivalente. En abril de 1952 una delegación española había realizado una gira por varias capitales árabes buscando reforzar el sentimiento de simpatía que había llevado a estos países a votar contra la renovación de las sanciones a España 1950, con vistas a la futura candidatura española a las Naciones Unidas. De forma ingenua, el ministro español de Asuntos Exteriores, Martín Artajo, expuso en la sede de la Liga Árabe en El Cairo que:

“[...] España no era una nación colonial y que su misión en Marruecos era fraternal. Dijo que España se encontraba en Marruecos solo por el hecho de que Francia estaba allí.”⁴²⁶.

Esta actitud era muy peligrosa, pues reconocía la debilidad histórica frente a Francia y el papel subordinado que se jugaba en el norte de África y sonaba a disculpa por la presencia española en esas tierras. Definitivamente el imperio había sido enterrado y el papel secundario en el sistema estratégico europeo reconocido, por más que se esperaba situarse en una nueva posición respecto a él. Sin embargo, la situación no dejaba de ser paradójica. Por una parte, era impensable que si los nacionalistas del sur alcanzasen sus objetivos España pudiera permanecer en el Protectorado; por otra, la opinión antifrancesa, ampliamente extendida en los círculos conservadores españoles, hizo que el general García Valiño, Alto Comisario, siguiera una política de acogimiento a los

⁴²⁵ Ver al respecto Manuel Espada Burgos. *Opus cit.*, pág. 209.

⁴²⁶ Manuel Aragón Reyes (dir.). *El Protectorado español en Marruecos. La Historia trascendida. Vol III.* Mohamed Larbi Messari. *Antagonismo hispano – francés con relación al protectorado en Marruecos.* Iberdrola. Bilbao. 2013, pág. 220.

elementos nacionalistas que escapaban a la Zona española para huir de las autoridades francesas.

No solo eso: se permitió regresar a Abdeljalak Torres⁴²⁷, a quien el general Varela, antiguo Alto Comisario, había impedido su entrada desde la Zona Internacional de Tánger a su regreso del Cairo por las actividades en favor del nacionalismo marroquí; se permitieron las actividades del Partido Reformista Nacional (PRN) y se autorizó la edición de *Al Oumma*, el órgano de expresión de dicho partido. Esto provocó desavenencias con el Jalifa, Hassan Ben el Mehedi Ben Ismael, que era partidario del sultán Ben Arafa⁴²⁸, colocado por los franceses tras la destitución de Mohamed V. Francia, con razón, interpretó la postura española como una venganza por la posición francesa contra el acceso de España a las organizaciones internacionales y siguió adelante con sus designios estratégicos en el norte de África sin consultar a España. Lo cierto es que Abdeljalak Torres había estado informando tanto a Franco como a Garcia – Valiño de las intenciones francesas y de que su propósito de derrocar al sultán era un incumplimiento flagrante de los tratados internacionales que avalaban el Protectorado.

Las declaraciones públicas del Alto Comisario en este sentido crearon un clima de apaciguamiento entre España y los nacionalistas marroquíes tanto del PRN como del Istiqlal, favoreciendo las visitas a Madrid de representantes de la Liga Árabe. La zona española del Protectorado se convirtió en el refugio de aquellos nacionalistas que eludían la detención por las autoridades francesas. Incluso

⁴²⁷ Torres era nieto del representante marroquí en la Conferencia de Algeciras. En 1931 se opuso a las declaraciones de Indalecio Prieto en que reclamaba el abandono de Marruecos, ya que, argumentaba, Francia no permitiría un fideicomiso de la Sociedad de Naciones, sino que maniobraría para hacerse cargo de la Zona Española, lo que consideraba negativo para las aspiraciones marroquíes. Siguió siendo un firme defensor de la independencia.

⁴²⁸ Como muestra de lo difícil de las relaciones baste recordar el lamentable episodio que tuvo lugar durante la visita de la hija de Franco al Protectorado en 1955. Aunque sin ningún cargo oficial la pugna por su alojamiento reflejaba discrepancias más profundas: “Al día siguiente cual no fue su sorpresa al enterarse de que la marquesa estaba en Tetuán alojada en el Messuar. Valiño llamó al Jalifa y le dijo que el sitio donde debía estar la hija del Caudillo es en la Alta Comisaría. La marquesa de Villaverde comunicó a Valiño que no pensaba cambiar de alojamiento por tener decidido volver a Madrid al día siguiente” Francisco Franco Salgado – Araujo. *Mis conversaciones privadas con Franco*. Planeta, Barcelona 2005, Tomo I, pág. 142. En la misma obra se refleja cómo Franco nunca actúa contra Garcia - Valiño pese a que sabe que está llevando una política peligrosa de apoyo al nacionalismo marroquí. Los condicionantes internos del Régimen siempre fueron un factor en la toma de decisiones, o mejor dicho, en la no toma de decisiones.

llegó el PRN a favorecer la entrada de armas para la incipiente Guerra de Argelia en 1954 desde Nador y Quebdana. Si recordamos que es en este año cuando se produce la crisis de Indochina, queda claro la importancia que en las decisiones francesas tuvieron los acontecimientos en ambos extremos del mundo, Asia Oriental y el Magreb. El 20 de julio de 1954, el gobierno de Mendès France firmaba en Ginebra el acuerdo por el que se dividía Viet Nam y se ponía fin a la dominación francesa. El 31 de julio del mismo año, anunciaba de forma unilateral el inicio de conversaciones preparatorias para la autonomía de Túnez, que desembocará en su independencia. La recomposición estratégica francesa estaba en marcha y Marruecos fue su siguiente etapa. En 1955, con el gobierno de Edgar Fauré, socialista como el de Mendès France, regresó Mohamed V. La política siguió la senda de la unilateralidad entre ambos países protectores, con la consecuencia esta vez que lo que se empezó a negociar era un cambio de estatuto para Marruecos que pasaría de Protectorado a “interdependencia” con Francia.

Las protestas españolas ante el gobierno de París fueron rechazadas con el argumento de que era un asunto bilateral franco – marroquí donde España no tenía nada que ver. Para los marroquíes introducir una tercera parte en las negociaciones suponía una complicación innecesaria, pues siendo Francia la potencia dominante, y resultando la presencia española vicaria de ésta, difícilmente se podría España negar a aceptar la situación que resultase de las conversaciones en marcha. Por otra parte, el razonamiento español para rechazar el destronamiento de Mohamed V expresado por Garcia – Valiño:

“Nada se puede hacer en Marruecos de tipo político sin contar con la aquiescencia de España⁴²⁹”

hizo que los marroquíes llegaron a temer que España quisiera desarrollar un proceso similar pero separado en la zona norte⁴³⁰ que pudiese dar origen a dos

⁴²⁹ Manuel Aragón Reyes (dir). Mohamed Larbi Messari. *Opus cit.*, pág. 226. Se sigue, en general, el relato del proceso de independencia marroquí de este autor, aunque hay que tener en cuenta el punto de vista nacional.

⁴³⁰ “Hoy termina el año (1955) y muchos problemas preocupan al Caudillo en estos momentos, en especial el de Marruecos, que corre a la independencia de una manera vertiginosa. Lo malo será que nuestro Marruecos se agregue al francés y se pierda nuestra influencia en este territorio tan importante en el mundo.”. Francisco Franco Salgado – Araujo. *Opus cit.*, pág. 196.

estados independientes, cosa que nunca estuvo en los planes españoles, que solo querían que se mantuviese el tratado de 1912 hasta el final, y que, en caso de querer extinguirlo o sustituirlo por parte de Francia, España fuese consultada. El verdadero temor de España era verse desplazada del norte de África apareciendo en su flanco sur un aliado de Francia. Pero para la clase política francesa del momento era poco menos que imposible llegar a ningún acuerdo con Franco, cuyo régimen reconocía como un hecho consumado, pero no con un igual con el que tratar.

Por lo que respecta a los nacionalistas, las declaraciones de la Alta Comisaría sobre un proyecto de autonomía avivaron los temores a una independencia separada que llevase a una situación de resultados imprevisible. La justificación por parte española era la de preparar el territorio para la independencia sin dejar resquicio al comunismo. Así en enero de 1956 se autoriza en el Boletín Oficial del Estado al Alto Comisario a reorganizar la administración del Protectorado. España se da cuenta demasiado tarde de lo fuera de lugar de sus planes cuando el 2 de marzo de 1956 Francia reconoce la independencia de Marruecos⁴³¹.

El golpe para España fue amargo. La euforia del reconocimiento norteamericano y de la amistad hispano – árabe era templada por un baño de realidad. Ya en 1955 el Secretario de Estado norteamericano Foster Dulles había advertido a Franco sobre la conveniencia de que cesaran las actitudes españolas de apoyo a los nacionalistas magrebíes⁴³². La estrategia española no solo era vicaria del eje atlántico⁴³³, sino que tampoco se había deshecho de la subordinación a los

⁴³¹ La llegada de la Independencia fue un hecho inesperado para las autoridades españolas. Es bien conocido el apoyo dado por el Alto Comisario, García Valiño a los independentistas marroquíes, y cómo la rectificación francesa al error de sustituir al sultán legítimo Mohamed V, por Ben Arafa, un títere de las autoridades de la Residencia en Rabat, dejó al Gobierno español sorprendido y sin capacidad de reacción. De este modo, España perdió, en unas semanas, todo el crédito obtenido por su comprensión hacia los independentistas marroquíes, tanto a los ojos de los marroquíes, como a los del resto del Mundo Árabe. Jesús Albert Salueña. *Repliegue del Ejército español de la Zona Norte del Protectorado Marroquí*. Anales de Historia Contemporánea. Nº. 23. 2007 (Ejemplar dedicado a: *Las relaciones de España con el Magreb siglos XIX y XX*), pág. 202.

⁴³² Manuel Espada Burgos. *Opus cit.*, pág. 212.

⁴³³ "El Departamento de Estado, en una carta a Guy Mollet, felicitaba al Gobierno francés, por el feliz resultado de las negociaciones con Marruecos, y daba su entera aprobación a la declaración conjunta que consagraba la independencia del Imperio jerifiano. Franco supo interpretar el mensaje, tanto más cuanto que el embajador de Estados Unidos en Madrid, en una conversación con Franco, le había hecho saber que el presidente Eisenhower vería con agrado la

intereses franceses. Las capacidades estratégica y económicas eran tan dispares entre ambos países que hasta un satélite de París, hasta hacia poco enfrentado con él, era capaz, con la voluntad francesa de su parte, de torcer los designios españoles, que todavía esperaban estar unos veinticinco años más en Marruecos y ampliar la zona de seguridad de las plazas de soberanía⁴³⁴. La combinación de los intereses norteamericanos, a los que España se había sumado, franceses, a cuya suerte se había unido al abrazar el bloque atlántico y marroquíes, a quienes había favorecido de forma irresponsable, acabaron sacando a España de Marruecos con la misma facilidad y poca atención a sus intereses con la que había sido introducido en 1912.

El relato de la firma está lleno de retórica irónica:

“El 31 de marzo, Alcover, cónsul general de España en Rabat, transmitía a Mohamed V la invitación de Franco. Antes de que el avión despegara el 4 de abril de 1956 rumbo a Madrid, el rey transmitía un mensaje al pueblo marroquí, en el que rendía homenaje a «[...] la noble actitud del Gobierno español en favor del trono y de la soberanía de Marruecos, particularmente durante los últimos años [...] y la solidaridad

independencia total de Marruecos, que el presidente Roosevelt había en cierto modo prometido a Sidi Mohamed ben Yusef durante la entrevista de Anfa, así como en un intercambio posterior de correspondencia entre los dos jefes de Estado.”. Maria Rosa de Madariaga. *Marruecos ese gran desconocido. Breve historia del protectorado español*. Alianza Editorial, Madrid. 2013, pág. 342.

⁴³⁴ “24 de enero de 1956. [...] Esta mañana he hablado con el Generalísimo de varios asuntos. Especialmente de Marruecos. Me ha dicho: «El Alto Comisario (García Valiño) no está bien impresionado de la entrevista que tuvo con el alto comisario francés (10 de enero de 1956) [...]» Me ha leído un carta que le ha escrito a García Valiño en la que se queja de su actuación y de las desconsideraciones que ha tenido con Su Alteza el Jalifa [...] El Caudillo me ha dicho: «García Valiño se ha pasado de rosca alentando mucho las aspiraciones de los marroquíes, permitiendo que la radio de Tetuán jalease la independencia sin considerar que todo ha de afectar a nuestra zona, muy especialmente la rebeldía de las *kábilas*. Soy partidario de la independencia de Marruecos concedida por etapas, poco a poco, sin grandes precipitaciones. Esto ha de ser mejor para el porvenir y desenvolvimiento del futuro estado. Lo que más me preocupa es la propaganda y filtración comunista dentro del protectorado francés, que más tarde podría infiltrarse y extenderse al español.»

¿Cuándo crees que Marruecos puede ser independiente, sin tener que recibir auxilios de Francia ni estar supeditado a esta nación?, pregunté a Franco. Me contestó:

«En veinticinco años estará el país preparado, con personal y medios suficientes para llenar todos los servicios que requiere una administración totalmente autónoma, y libre de la menor intervención de otras naciones. Espero que España pueda conseguir alrededor de las plazas de soberanía un *hinterland* un poco amplio para tener fuerzas y bases suficientes para poder garantizar siempre la independencia marroquí, y que el estrecho no lo domine nunca el comunismo.”. Francisco Franco Salgado – Araujo. *Opus cit.*, págs. 201 y 202. De hecho el 13 se había dado el visto bueno en el Consejo de Ministros a la independencia, siempre que fuese formalmente solicitada por Mohamed V y no supusiese una humillación al ir a remolque de Francia, sino un acto de lógica política, al parecer, como que las dos potencias protectoras estaban de acuerdo.

que los responsables de la política española, tanto en España como en Marruecos, testimoniaron al pueblo marroquí en la adversidad»

Aunque Mohamed V sabía perfectamente que las razones de «esa solidaridad» con él no eran otra cosa que el deseo de García Valiño (y de Franco) de incordiar a Francia y ganar el apoyo del mundo árabe en las instancias internacionales, como hábil diplomático había pronunciado las palabras que convenía decir en aquellas circunstancias. Y las adornó aún más, añadiendo que esa «solidaridad» era la que cabía esperar de un pueblo al que los marroquíes estaban unidos [...]

Al acto de la firma asistieron los miembros de las dos delegaciones antes mencionadas, a los que vinieron a sumarse por parte española otras personalidades como el general José Díaz de Villegas, director general de Marruecos y Colonias. En cambio, el hecho llamativo fue que García Valiño no participase en las negociaciones ni asistiese a la ceremonia de la firma de los documentos.⁴³⁵

Esto último provendría de los intentos postreros de Alto Comisario de conservar algún resquicio del Protectorado⁴³⁶, ya que había fracasado cualquier acuerdo de “asociación” o cualquier otra fórmula para mantener la influencia española en la zona norte.

Quedaban los territorios de soberanía en la misma situación de antes de 1912, había que devolver la zona sur del Protectorado, Cabo Juby, asunto que se resolvería tardíamente en 1958 y se mantenía sin idea de cambio en su situación el territorio de Ifni y el Sahara español.

6.2.2. Conflictos iniciales con Marruecos. Ifni y el Sahara

El resurgimiento de Marruecos como estado plenamente independiente se hizo, como su desaparición, en un momento internacional complicado. La descolonización del continente africano estaba empezando a tomar forma con unas potencias coloniales en pleno declive en sus posiciones internacionales en

⁴³⁵ Maria Rosa de Madariaga. *Opus cit.*, pág. 343.

⁴³⁶ “En marzo de 1956, Marruecos consigue la independencia de Francia, a lo que García Valiño responde con un intento de independizar el califato de Tetuán que no prosperó.”. Fernando Termis Soto. *Opus cit.*, pág. 227.

medio de la Guerra Fría. Francia y el Reino Unido empezaron a deshacerse de sus posesiones de administración más costosa y conflictiva, o que menos ventajas estratégicas le reportase. Así, las fronteras intercoloniales, muchas veces establecidas de forma artificial en función de la política europea, provocaban desavenencias entre los nuevos países o entre éstos y sus antiguos regidores, que deseaban mantener territorios o enclaves que consideraban valiosos. Surgió un expansionismo en algunas naciones que pretendían redibujar fronteras basadas en hecho políticos remotos o solidaridades étnicas o religiosas. Los conflictos de ese orden abundan en África, donde países independientes se han unido y dividido como Etiopía y Eritrea, otros han mantenido largas disputas fronterizas como la de Argelia y Marruecos, o han visto cómo sus ambiciones superaban a sus posibilidades, como la toma del control del tercio sur del Sahara por Mauritania y su posterior devolución al control marroquí ante la imposibilidad de sostenerse frente al Frente Polisario.

Marruecos ha mantenido desde su independencia un maximalismo territorial basado en la pasada extensión que los poderes magrebíes han alcanzado, tomando como referencia la dominación territorial de los almohades y los meriníes, tanto al sur como al este; considerándose con derecho a todos los territorios limítrofes españoles, desde las plazas de soberanía del norte hasta el límite sur de Mauritania con Senegal. Frente a este expansionismo territorial se alzaban varias realidades territoriales y políticas. Por una parte, las colonias francesas de Argelia, Mauritania y Mali limitaban el hipotético avance marroquí, aunque ya independientes ambos países se llegaría al conflicto armado en las zonas desérticas de Tinduf y Béchar en las que Francia había modificado en la época colonial las fronteras en favor de Argelia⁴³⁷. El otro freno eran los territorios bajo administración española de Ifni, Cabo Juby y el Sahara Occidental.

La estrategia de Marruecos consistió en aprovechar la situación de agitación en que se encontraba el Magreb, con la guerra de independencia argelina en plena escalada, para disimular sus movimientos a través de organizaciones

⁴³⁷ Francia llegaría a ofrecer a Mohamed V la rectificación de las fronteras a su estado original si cesaban las facilidades al Frente de Liberación Nacional argelino durante la guerra de independencia. Mohamed V se negó para evitar aparecer como un colaboracionista ni frente a los argelinos, de cuya victoria estaba convencido y con quienes deseaba alcanzar una buena vecindad y que no perdonarían este canje en el futuro, ni frente a la Liga Árabe.

paramilitares, amparadas por la corona, que evitasen al recién nacido estado la tesitura de un conflicto militar abierto con sus antiguas potencias protectoras, sobre todo teniendo en cuenta que debido a lo precipitado para España del proceso, todavía había numerosas unidades militares españolas presentes en el territorio marroquí⁴³⁸, lo que podía degenerar en una crisis que Rabat pretendía evitar y que se podía revolver contra Mohamed V, habida cuenta que en el Istiqlal había un sector revolucionario, liderado por Ben Barka, que no sería eliminado, ambos Barka y sus partidarios, hasta el siguiente reinado.

Marruecos inició sus reivindicaciones de modo inmediato a través de las Naciones Unidas, de las que España era miembro de pleno derecho desde el 14 de diciembre de 1955, apenas seis meses antes de la independencia, por lo que ambos países se estrenaron con el duelo por los “Territorios No Autónomos” (TNA). Marruecos protestó en la XII Asamblea General de la ONU de la lista que España había entregado porque consideraba que no se trataba de territorios distintos al suyo propio, reclamando incluso a Francia que no incluyese a Mauritania, ya que ésta también debía de ser parte de Marruecos.

Conviene recordar que si bien el derecho a la posesión de Ifni había sido reconocido por los tratados que siguieron a la Guerra Hispano – Marroquí de 1859 – 1860, la ocupación efectiva se había demorado hasta tiempos del Protectorado, por lo que a ojos de los nacionalistas marroquíes se trataba de un territorio sujeto a los mismos condicionantes jurídicos que aquél, un simple enclave de la zona española en la francesa y que, llegados los acuerdos de la independencia, debía desocuparse. España, sin embargo, aspiraba a que se acabase convirtiendo en otro territorio de soberanía como las plazas, islas y peñones del norte y que fuese así reconocido internacionalmente y por el propio Marruecos. Sin embargo, en el caso de Ifni, el primer problema venía de la

⁴³⁸ “El tamaño de este Ejército, su carácter de fuerza de ocupación y las características de sus unidades, fijadas al terreno y mal dotadas de medios de transporte, así como la imposibilidad de alojar en un breve plazo, dentro de territorio metropolitano, tanto a las unidades como a las familias de los cuadros de mando, impedían un repliegue inmediato. En una palabra, este ejército se veía abocado a los mismos problemas que treinta y cinco años después, tras la caída del muro, viviría el ejército soviético para abandonar sus guarniciones de Alemania del Este.”. Jesús Albert Salueña. *Opus cit.*, pág. 202.

política de complacencia con la insurgencia contra Francia⁴³⁹, que había establecido lazos entre la población local y miembros de aquella huidos de la zona francesa. Esto, unido a una errónea política fiscal, que intentó aumentar los impuestos directos sobre los consumos a una población con un nivel cercano a la simple subsistencia, había deteriorado la inicial armonía entre ésta y las autoridades españolas desde el inicio de la administración española⁴⁴⁰.

El conjunto de los tres territorios: Cabo Juby, Ifni y el Sahara (las antiguas colonias de la Saguia el Hamra y Río de Oro), se había estructurado administrativamente desde el 20 de julio de 1946 en una denominada “África Occidental Española”, al igual que la homóloga francesa que la rodeaba. Con poca fortuna, su gobernador se constituía en delegado del Alto Comisario⁴⁴¹, por lo que a todos los ojos, se reforzó en la mentalidad marroquí la continuidad de un espacio geográfico único desde Tánger hasta el límite sur de Río de Oro con Mauritania.

El procedimiento por el que Marruecos intentó operar militarmente sobre estos territorios españoles fue el utilizar a los contingentes irregulares,

⁴³⁹ “No estuvimos acertados al otorgar refugio a los huidos, al permitirles su deseo de establecerse en el Protectorado, en Ifni o en el Sahara. En Ifni se acoge a un número considerable de ellos que desde el primer momento fueron el elemento o levadura originaria del nacimiento y proliferación de un sentimiento independentista entre los baamaramis, confundidos por una propaganda de que su anexión a Marruecos no estaba lejana [...] Estos refugiados crearon un clima de tensión al producirse la independencia de Marruecos en 1956, fomentando una fobia antiespañola [...] Nuestra pasividad y el terror impuesto – Marruecos facilitaba armamento a los refugiados – hicieron sentir su influencia y he hizo su aparición el “Yis et Taharir”, llamado Ejército de Liberación que llegó, en algún momento, a tener incluso su oficina establecida en Ifni .”. Ramiro Santamaría Quesada. *Ifni – Sahara. La guerra ignorada*. Ediciones Dyrsa. Madrid. 1984, págs. 66 y 67.

⁴⁴⁰ Tanto Salas Larrazábal como Espadas Burgos coinciden en esta apreciación. Para comprender la instauración del impuesto hay que tener en cuenta que de unos gastos en el África Occidental de 57.435.500 pesetas solo 7.708.600 procedían de las rentas del territorio; el resto, casi cincuenta millones de pesetas, eran sufragadas por la metrópoli, es decir, que unos territorios que aprovechaban nada en ningún sentido en ese momento eran ruinosos para España.

⁴⁴¹ “Poco después de la ocupación de Ifni, por decreto de 29 de agosto de 1934, se creó el «Gobierno político – militar de Ifni y Sahara y Delegación del Alto Comisario en la Zona sur del Protectorado», antecedente del Gobierno del África Occidental Española. El cargo recayó entonces en el general Capaz, pero el Alto Comisario pasaba a ser Gobernador General de Ifni, Sahara y Río de Oro, con sendos delegados de su autoridad en esos territorios. En 1946 el cargo tenía que recaer necesariamente «en un General o Jefe de los Ejércitos de Tierra, Mar o Aire, que tendría el mando político y militar», este en dependencia del Ministro del Ejército a través de la Capitanía General de Canarias, en la que recaía el mando unificado de las fuerzas terrestres, navales y aéreas».”. Ramón Salas Larrazábal. *Opus cit.*, pág. 289.

autodenominadas Bandas Armadas de Liberación (BAL) que habían actuado como brazo armado de Istiqlal durante el conflicto con Francia. Existe un debate sobre el grado de control de estos elementos por parte de Rabat, pero los hechos parecen apuntar a que estaban perfectamente controlados y sus acciones correspondían a una acción coordinada. Además, desde el primer momento no solo se realizaron acciones armadas sino que se trató de atraer a la población local, especialmente a los saharauis, hacia posiciones pro – marroquíes y en la implicación en los ataques a las posiciones españolas, algo en lo que obtuvieron éxito, llegando los insurgentes a alcanzar 6.000 hombres en armas.

Las autoridades españolas del África Occidental esperaban que el anuncio de la independencia fuese el detonante de disturbios, sin embargo, el 7 de abril de 1956 transcurrió con normalidad, aunque comenzó la propaganda buscando el apoyo a la “marroquinización” del territorio y comenzaron los incidentes aislados con la población local. El inicio de las reivindicaciones se retrasó hasta junio de 1957, cuando empezaron las presiones diplomáticas para que se abandonasen los territorios del sur con la promesa de mantener los derechos a las pesquerías, concretadas en una nota diplomática marroquí del 26 de octubre. Dicha nota fue contestada el 5 de noviembre por España indicando que Marruecos definiera cuáles eran los que consideraba sus límites territoriales en el sur, donde se insistía en mantener bases para proteger el flanco de las Islas Canarias, origen de la presencia española en la costa oeste africana.

No fue hasta los meses de agosto y septiembre de 1957 cuando los incidentes en el perímetro fronterizo de Ifni se incrementaron en número e intensidad hasta que en la madrugada del 23 de noviembre se empezó a perder la comunicación con los puestos que constituían la red de defensa del territorio, llegándose a tener que combatir para evitar la entrada del Ejército de Liberación en Sidi Ifni. Dado lo escaso de la guarnición de la capital se optó por ordenar resistir a toda costa a los puestos que sobrevivieron y esperar a que llegasen refuerzos para socorrer a los asediados, pudiendo anunciarse el 4 de diciembre que la agresión había sido completamente rechazada, aunque dados los problemas logísticos

que planteaba la ocupación total del territorio⁴⁴² se decidió mantener solo el perímetro defensivo de Sidi Ifni.

En este momento en que la aviación es la pieza clave tanto para el abastecimiento como para el apoyo de fuego España descubre que no puede hacer uso del material de “ayuda americana”, cuyo empleo fuera del caso de guerra en Europa estaba sujeto a cláusulas restrictivas⁴⁴³, habiendo de recurrirse a modelos anticuados de la Segunda Guerra Mundial fabricados en España. No obstante, ante la nula oposición aérea obtuvieron una supremacía condicionada a los problemas mecánicos y de rendimiento. El 6 de enero de 1958 una agrupación naval encabezada por el crucero “Canarias”, compuesta por buques más bien venerables, pero de indiscutible capacidad artillera, realizó una demostración sobre Agadir. El gobierno marroquí quedó impresionado por la amenaza de escalada.

Rechazadas en Ifni las operaciones de las fuerzas irregulares marroquíes se desplazaron al Sahara. Las fuerzas españolas, en una primera fase, se concentraron sobre El Aiuún y Villa Cisneros y Güera y sus aeródromos, abandonando el territorio interior a las “Bandas de Liberación”. Posteriormente, apoyadas por la aviación francesa, realizaron una serie de operaciones entre los días 10 y 28 de febrero de 1958 aniquilando al enemigo y rechazándolo hacia

⁴⁴² En Sidi Ifni no había puerto, las operaciones de carga de los buques habían de realizarse mediante transbordo a embarcaciones de reducido calado, lo que condicionaba éstas al estado de la mar y, en todo caso, las hacía muy lentas. El puerto, proyectado para 1965, antes del ataque marroquí, nunca se construyó.

⁴⁴³ En el Convenio Relativo a la Ayuda para la Mutua Defensa: “En el artículo I, se establece que cada gobierno pondrá a disposición del otro u otros que se pudieran acordar el equipo, materiales, servicios u otras asistencias que se puedan convenir. Su uso será concordante con la Carta de las Naciones Unidas, y exclusivamente para los fines de afirmación de la paz y seguridad internacionales. *Su uso para fines distintos requiere el previo y mutuo consentimiento, como también lo requiere la transferencia a terceros.* Se tomarán las medidas adecuadas compatibles con la seguridad para mantener informada a la opinión pública de las disposiciones de ejecución del convenio.”. Fernando Termis Soto. *Opus cit.*, pág. 232. El texto del Art.1.1. del Convenio defensivo dice: “Por parte de los Estados Unidos, el apoyo del esfuerzo defensivo español, para los fines convenidos, mediante la concesión de asistencia a España en forma de suministro de material de guerra... *tal apoyo estará condicionado, como en el caso de las demás naciones amigas, por las prioridades y limitaciones derivadas de los compromisos internacionales de los Estados Unidos y de las exigencias de la situación internacional,* y supeditado a las concesiones de crédito por el congreso.”. Franco, el general Juan Vigón (Jefe del Alto Estado Mayor), quien sería el firmante de los tratados por España y Artajo, en 1953, no pensaron en ningún escenario que no fuese el de una confrontación abierta en Europa contra la Unión Soviética. El hecho de un Marruecos independiente no se contemplaba y menos aún que fuera un estado expansionista; así que de forma un tanto ingenua se pensó que las fuerzas armadas contaban con un material moderno con el que actuar en cualquier escenario.

territorio marroquí. Las fuerzas españolas enlazaron con las francesas procedentes de Fort Trinquet, actual Big Moghreïn en Mauritania, en Hagunía, completando la limpieza de elementos de las BAL, frustrando, de momento, el movimiento anexionista marroquí.

Más allá del relato de las vicisitudes tácticas, a nivel estratégico y geopolítico esta situación implicó a los dos sistemas estratégicos a los que pertenecía España: el mediterráneo, España, Francia y Marruecos, y el atlántico africano dominado por Estados Unidos y sus intereses en la otra orilla desde Francia hasta el Sahara y el Magreb hasta Libia. Para España, el mantenimiento de una presencia en el norte de África era consustancial no solo a su unidad territorial, sino al núcleo de su visión geopolítica, ya que si desde el norte podían venir presiones económicas o diplomáticas, el sur había demostrado la capacidad de generar complicaciones de todos los géneros incluidas las bélicas y siempre existió el temor de cómo podría afectar un contencioso hispano – marroquí a las relaciones con el mundo árabe, que hasta entonces habían sido tan útiles a España, decisivas en el caso del levantamiento de las sanciones y del ingreso en la ONU. De hecho, no se colaboró inicialmente con Francia en el Suroeste de Argelia, donde desde el Sahara se podía haber actuado contra el contrabando de armas para el Frente Nacional de Liberación argelino procedente de Marruecos. Y, en febrero de 1957, dado que el servicio exterior marroquí estaba en formación, España accedió a representar a los intereses de Rabat en los países iberoamericanos.

Por otra parte, Marruecos se hacía cargo del problema del Rif, con un Abd el – Krim exiliado en Egipto, donde Nasser lo había heredado como protegido del depuesto rey Faruk junto al Gran Mufti de Jerusalén, que no cejaba en su empeño secesionista respecto al territorio. De hecho, no accedió a reconocer a Mohamed V como soberano y persistió en sus ideas de organización republicana para el Noreste marroquí. Incluso había intentado en agosto de 1956 convencer a Muñoz Grandes de la conveniencia para España de un Rif independiente de Marruecos que siempre estaría interesado en mantener la amistad con España para contrarrestar los seguros intentos de *Majzen* para reincorporarlo a su territorio.

Por motivos parecidos, mantener un perfil anticolonialista ante sus aliados árabes y mantener la base de Kenitra ante su amigo marroquí, los Estados Unidos, no estaban interesados en ningún tipo de escalada entre los dos países que aseguraban la embocadura del Estrecho de Gibraltar y aseguraban el acceso a la costa opuesta en caso de ofensiva soviética contra Europa o el norte de África. Para Washington era primordial asegurar la permanencia de Marruecos en el bando occidental en un momento en la que la influencia soviética, amén de la panarabista, en la insurgencia argelina era notoria.

En una rara torpeza la diplomacia soviética se permitió el 13 de diciembre de 1957 amenazar veladamente a España por sus compromisos con Estados Unidos. Además de aumentar la autoestima del Régimen, el regreso a la escena internacional era tan arrollador que incluso la URSS tenía en cuenta a España, lo que sirvió para responsabilizar a un ubicuo activismo comunista de todos los problemas de España en África.

Antes de la cumbre de la OTAN de diciembre de 1957, Franco hace llegar a su hermano Nicolás, embajador en Portugal, las impresiones de España sobre los sucesos de Ifni para que, a través de su aliado ibérico, el punto de vista español se conozca en la Alianza. El documento más que incidir en las causas verdaderas, el nacionalismo irredentista marroquí y la debilidad de su recién restaurada monarquía frente al Istiqlal, pretendía incidir en el avance del comunismo al socaire de la descolonización y en que España era el verdadero dique para este proceso en el norte de África. Se lamenta de la conexión entre la cúpula del Istiqlal y el príncipe heredero Hassan y se reafirma la conexión estratégica entre Ifni y Canarias. Pone también como ejemplos de la intromisión soviética en el mundo árabe los casos de Egipto y Siria⁴⁴⁴.

En su visita a España el 17 de diciembre de 1957, al regreso de dicha cumbre atlántica en París, donde España seguía vetada, el Secretario de Estado norteamericano Foster Dulles le pidió a Franco que moderase la respuesta armada a Marruecos, ya que temía que una acción española contundente

⁴⁴⁴ Para la URSS, como para su sucesora la Federación Rusa, la posesión de bases en el Mediterráneo oriental es primordial en su visión geopolítica. Al salir de los Dardanelos o prepararse para cruzarlos en viaje de retorno a la patria, una flota rusa siempre necesita reabastecimiento y reparaciones. Por eso lanzó la guerra civil griega, por los archipiélagos y el puerto del Pireo, y por eso siempre ha aspirado a disfrutar de facilidades en Alejandría y Latakia.

desestabilizase a la monarquía alauita o la empujase hacia el bloque oriental. La respuesta de Franco fue que mientras continuasen las agresiones no se podía hablar, a riesgo de debilitar la posición española. Es más, Ifni se va a convertir durante un tiempo en la moneda de cambio para salvaguardar la posición de las plazas de soberanía españolas. Franco trata de aunar la obsesión anticomunista con el “africanismo” más tradicional⁴⁴⁵.

Estados Unidos seguirá insistiendo, hasta su materialización, en que España debe abandonar todos los territorios del sur, para evitar frustraciones a Marruecos que lo llevasen a cambiar de bando. Parte de esa prevención venía de la visita que Mohamed V había realizado a Washington, a invitación de Eisenhower en 1957, en la que aquél se había quejado del apoyo español a la causa francesa en Argelia, fundamentalmente distrayendo la atención con el contencioso del sur de Marruecos. Además, como en todo el proceso de descolonización de África, las simpatías norteamericanas nunca estuvieron con los europeos, fuesen estos los que fuesen y a los ojos de los analistas de Washington era plausible que la colaboración entre colonialistas europeos diera al traste con uno de los pocos gobiernos árabes favorables a Occidente, por eso, aunque aceptaba la premisa del peligro comunista en el norte de África, no captaba la conclusión de que la solución fuese apoyar a España. Franco no tenía donde ir pero Mohamed, en caso desesperado, podía jugar la baza soviética o verse desalojado por cualquier versión de socialismo árabe.

Para la monarquía marroquí, que había cambiado el título de sultán por el rey en el momento de la independencia, el objetivo seguía siendo el reconocimiento de su expansión hacia el sur en una conferencia tripartita Marruecos – Francia – España que despejase el camino a su irredentismo sahariano.

Todavía el 17 de abril de 1959 siguió insistiendo Foster Dulles en una nota a Franco sobre el asunto marroquí, que tuvo como respuesta por parte de Franco

⁴⁴⁵ Para comprobar cómo en la mentalidad del Régimen esto fue así basta leer el libro de Ramiro Santamaría Quesada ya citado, *Ifni – Sahara, la guerra ignorada*. El autor, destacado periodista de la cadena de prensa del Movimiento en Marruecos, presenta las operaciones de 1957 – 1958 como un episodio de la infiltración comunista en África y su lucha contra la España de Franco en connivencia con Marruecos. El libro representa la visión del conflicto desde la perspectiva de la parte más próxima al Ejército de África y de la Falange y contrasta con otras visiones como las de Luis Suárez o Ramón Salas Larrazábal, más centradas en la intervención marroquí y en las repercusiones del conflicto de Argelia, ninguno de los cuales son sospechosos de desafección a Franco.

más de lo mismo; la independencia argelina es un polvorín que puede estallar en las inmediaciones de España, situando a un aliado de la URSS a pocas horas de la costa sur de España. Como el Istiqlal no es Marruecos y éste es el principal instigador de las BAL, España continuará su acción hasta la derrota de estas pero sin invadir Marruecos. Por fin el 30 de junio de 1958 se llega un “alto el fuego” formal.

En toda la crisis Marruecos ha buscado, como lo seguirá haciendo, corregir una difícil situación interior mediante un éxito exterior y las dificultades no procedían del ala izquierda del Istiqlal o de los comunistas sino del Rif. Desde antes del verano de 1958 el cónsul en Tetuán Sangro advirtió del comienzo de la agitación en el norte y que parte de las declaraciones agresivas de las autoridades marroquíes eran fruto del intento de apoderarse del discurso nacionalista, comenzando uno de los temas de conflicto recurrentes, las licencias de pesca. La cuestión rifeña comenzó a alarmar en España cuando el 24 de octubre de 1958 se presentaron ante el cónsul unos marroquíes que se dieron a conocer como oficiales del Ejército de Liberación del Rif en busca de armas españolas. La revuelta, que fue liderada por el hijo de Abd el – Krim, Abd al – Salam el – Jatabi, fue fácilmente aplastada por las autoridades marroquíes.

La no participación española en los disturbios sirvió para mantener el prestigio de que gozaba España en la Liga Árabe y cuando Marruecos presentó el caso de Ifni y del dominio español en Ceuta y Melilla a finales de 1958 no obtuvo respaldo de los miembros dicha organización. Hay que tener en cuenta que el plan inicial de Marruecos era conquistar Ifni y Sahara y presentarlo en la ONU como insurgencias “espontáneas” triunfantes frente al no cumplimiento de la retirada española, de forma que quedasen legalizados los hechos consumados. Lo que sí consiguió Marruecos fue la retirada española de la zona de Cabo Juby en 1958, con lo que Marruecos consiguió asomarse al Sahara que no dejaba de ambicionar y, lo más importante para la estrategia española en ese momento, se mostró a Estados Unidos la buena voluntad española para apaciguar a Mohamed V y mantenerlo en la órbita occidental, como Foster Dulles había solicitado.

Mientras estos hechos se desarrollaban en los territorios bajo soberanía española, Francia estaba envuelta en el conflicto argelino, conflicto que ha marcado su historia reciente, que llevó a la caída a la IV República en mayo de

1958 por la amenaza de un golpe militar si no se cumplían las exigencias del general Massu, jefe del ejército en Argelia y que De Gaulle volviese a la presidencia y no se cediese a la insurgencia argelina. Esta crisis múltiple en las colonias principales francesas africanas, Marruecos, Túnez y Argelia, hizo que debido a la sensación de impotencia francesa se produjese un incremento de los contactos entre ambos países, sin que en ningún momento fuese más que una actitud coyuntural y Paris y Madrid mantuviesen sus recelos políticos mutuos durante todo el tiempo.

El concepto que merecía a España la actitud francesa está reflejada en un documento elaborado por Fernando María Castiella⁴⁴⁶ que Franco recibió el 27 de enero de 1959 en el que se acusaba a Francia de atender a sus intereses⁴⁴⁷ sin apreciar los esfuerzos españoles en el terreno y en la ONU que podrían erosionar la imagen de Madrid ante los árabes, que constituían un bloque de especial atención para el Régimen. Continúa el documento afirmando que el “ensayo” de colaboración es fruto de los acontecimientos y no de un plan, ya que Francia solo acude a España cuando los acontecimientos la obligan. El documento incluye el temor de que, finalmente, Francia acabe creando un área de cooperación reforzada en el Magreb que suponga la exclusión de España, la “interdependencia” propuesta por Francia a Marruecos y Túnez⁴⁴⁸ como forma de prolongar su influencia política y estratégica más allá de la independencia. Afortunadamente para España este nivel de cooperación post – independencia no se produjo en ningún caso. Para España la “ayuda” francesa es un estorbo, ya que las relaciones con Marruecos son de vecindad, mientras que con París

⁴⁴⁶ Luis Suárez Fernández, *Opus cit.*, Tomo IV, pág. 318.

⁴⁴⁷ “El vicecónsul en Melilla llegó a expandir el rumor de que España no había intervenido en el fracasado levantamiento del Rif por una advertencia francesa, justificando esta tesis con la presencia de unidades navales francesas en la costa marroquí del Rif para apoyar al rey de Marruecos.”. Luis Suárez Fernández. *Opus cit.*, Tomo IV, págs. 319 – 320.

⁴⁴⁸ En el caso tunecino, el apoyo de Burgiba a los argelinos produjo primero el incidente del bombardeo por la aviación francesa de la localidad de Sakiet Sidi Youssef como represalia por el secuestro de cuatro militares franceses y su cautiverio por el FLN en tierras tunecinas y la negativa de Burgiba de negociar con Francia, lo que produjo a la postre la destitución del Presidente del Gobierno Felix Gaillard. París retiró sus tropas, salvo la base naval de Bizerta, que, a consecuencia de unos incidentes en 1961 que terminaron con el bombardeo de la ciudad por la flota francesa, motivaron la intervención de la ONU y la salida definitiva de Francia en 1963.

siempre serán de ex – potencia a ex – colonia y no conviene que España se vea asociada en el futuro con el vínculo colonial.

6.2.3. Repliegue y geopolítica

Después de alcanzar la zona de confort que le supuso el restablecimiento del eje atlántico en su dirección principal, Estados Unidos, y secundario, los países iberoamericanos que, suplía su aislamiento junto con el eje global del Vaticano, redescubrir el sur supuso la vuelta a la realidad geopolítica para España.

El sur había sido desatendido porque desde la desaparición de la amenaza turca en el Mediterráneo con sus bases en Argel y Túnez, España no había sentido ningún peligro, hasta que se vio obligada, más allá de los sueños de las sociedades africanistas, a tomar un papel asignado por el juego estratégico europeo en Marruecos. Desde la pacificación en 1927 el Marruecos español se había visto como un activo estratégico, nunca económico, que precisaba solo de una paternalista atención para rendir unos beneficios que no acababan de llegar. La esperanza de que las Canarias, Villa Cisneros o Villa Bens se transformasen en puntos de escala en los vuelos trasatlánticos desapareció con la capacidad de las nuevas generaciones de cuatrimotores, capaces de realizar la travesía hasta Europa sin mayores problemas.

La descolonización apresurada de Marruecos supuso recobrar la conciencia de que el vector europeo, por lo menos Francia y Gran Bretaña, seguían teniendo una capacidad de influencia en los asuntos españoles y podían, si no condicionar, si influir en su estrategia. La de España tenía una contradicción entre apoyar y apoyarse en Francia para sostener las posesiones saharianas y no aparecer ante los países árabes como colaboradora de los colonialistas. No obstante dada la fortaleza francesa en África, el mantenimiento de las posiciones españolas pasaba necesariamente por la cooperación con Francia, al menos con las autoridades coloniales. Por otra parte, la situación de Francia llegaría a ser tan desesperada en el plano interno, que cualquier alivio, o no agravamiento, era aceptado por París aunque viniese de un régimen político a duras penas tolerado.

Esta contradicción entre Occidente y el arabismo era compartida con Estados Unidos, lo que constituyó una nueva realidad desagradable. El gran aliado que sostenía la proyección internacional podía, según las circunstancias y sus intereses, apoyar a un enemigo de España que le reportase más ventajas⁴⁴⁹.

Así surgió un actor estratégico nuevo que cambió, hasta el presente, el concepto de España del eje geopolítico sur, con sus componentes africano, atlántico y mediterráneo. España encuentra un estado que le hace frente tanto como forma de afirmación interna como a través de la búsqueda de espacios y recursos de los que hasta ese momento había disfrutado casi en solitario. Esto va a conformar el pensamiento estratégico español en dos planos: uno lejano, centrado en la confrontación este – oeste, que va a ser siempre donde jugará de forma adecuada su tradicional y cómodo papel de actor secundario de un sistema estratégico; y otro cercano en el que el espacio entre el Mediterráneo occidental más próximo, el Magreb y las Islas Canarias conforman un área donde las decisiones pueden ser más comprometidas y donde se evitará la confrontación abierta, a costa de renunciar a sucesivas posiciones económicas y territoriales. Resumiendo, sin alterar los vectores que se habían visto afectados por los *agreements* con los Estados Unidos, europeo y atlántico, resurge un vector que se consideraba subsumido en el europeo, pero que ahora retoma una existencia autónoma. Las independencias de los países ribereños del sur del Mediterráneo supusieron la reactivación de un espacio que no supuso una amenaza comunista, como se pensaba en el Régimen de forma ubicua, sino la relación con nuevos centros de poder que exigía la conformación de una

⁴⁴⁹ El propio almirante Carrero Blanco expresaba las dudas, en 1960, que al respecto le producían los convenios: “Por último, y como muestra de los últimos cambios en el entorno internacional de España, se pregunta: ¿nos han puesto los Estados Unidos en condiciones de defendernos de una agresión de la URSS? *¿Debe entenderse como tal una agresión de una potencia limítrofe armada y alentada por aquella, aunque se cubra con el disfraz de reivindicaciones territoriales absurdas?* Si ambas preguntas tienen un no por respuesta, y si en la segunda, so pretexto de acción anticolonialista eso no se estima como previsto en los Convenios, quizás fuera más convenientes cancelarlos. Respecto de esta última afirmación, recibido efectivamente el no a las dos preguntas que se hacía Carrero, se puede decir que el precio político a pagar por prescindir del padrino político, era excesivamente elevado, y los días en que España era el Estado paria de Europa estaban demasiado próximos como para que el régimen se atreviera a dar un paso tan grave.”. Fernando Termis Soto. *Opus cit.*, pág. 240. La potencia limítrofe es claramente Marruecos y la queja de Carrero es que España ha hipotecado su defensa frente a una agresión real con la contribución a la defensa de los Estados Unidos de una agresión posible.

Geopolítica española. De los orígenes al retorno al sur en el siglo XXI

estrategia para la zona, aunque tuviese que tener en cuenta la opinión de París, Washington y, en alguna medida, Londres, sobre las acciones a tomar.

6.3. 1959 a 1975. Un valor menguante

En 1959 España se encontraba en el comienzo de una nueva etapa. A los seis años de la firma de los acuerdos con Estados Unidos, el valor de las bases, por el avance de la tecnología de las armas nucleares, se había relativizado. No era que el valor intrínseco de la posición de la Península Ibérica hubiese disminuido⁴⁵⁰, pero la situación entre los bloques y el armamento con el que se enfrentaban había evolucionado.

Si la llegada de Mao Zedong al poder en China y la Guerra de Corea habían supuesto el punto de inflexión en las opiniones en Estados Unidos respecto a España, el final de este conflicto y, sobre todo, la muerte de Stalin, ambos hechos acontecidos en 1953, el año de la firma de los acuerdos, supusieron una reevaluación de la amenaza soviética por los norteamericanos. El armisticio de Panmunjom, fruto de las tablas operacionales entre las fuerzas de las Naciones Unidas, básicamente norteamericanas, y las de Corea del Norte y China, redujo las posibilidades de un enfrentamiento en Asia y relajó la tensión a la que estaba

⁴⁵⁰ "España se sitúa en la periferia inmediata del área de desconexión de Barnett caracterizada por su conflictividad. Es pues, una posición avanzada, ajena a los conflictos, desde la que se tiene capacidad tanto para monitorizar como para intervenir. De este modo, ofrece una proximidad inmediata y segura a ellos (desde la seguridad ciudadana hasta la fiabilidad de su compromiso), con estándares de vida occidentales y con una meteorología benigna que permite operar durante todo el año (a diferencia del Reino Unido) y capacidad para acceder directamente al norte de África y a su costa atlántica sin quedar constreñida al Mediterráneo –como le sucede, por ejemplo, a Italia instalada en su centro– o verse imposibilitada de entrar en él. España se situaría en una posición intermedia de la ruta central de acceso desde Estados Unidos a Oriente Medio, lo que le confiere la posibilidad de bascular en cualquier momento cualquiera de las otras dos; y también desde el norte de Europa al poniente y el norte africano. El país es, pues, una encrucijada estratégica a caballo de las zonas de interés para los Estados Unidos y también para España. Aún es más, los intereses son convergentes. España está comprometida con la estabilidad del norte de África y la región saheliana y también con Oriente Medio.". Federico Aznar Fernández - Montesinos. *Una aproximación a los acuerdos entre España y EE.UU.* Tribuna Norteamericana /nº21, marzo 2016. Accesible en:

http://www.ieee.es/Galerias/fichero/OtrasPublicaciones/Nacional/2016/FAFM_TribunaNorteamericana_Espana-EEUU_marzo2016.pdf. Consultada el 31 de julio de 2019.

El autor expresa su visión, más desde el punto de vista norteamericano que español. La meteorología de las Islas Británicas pudo afectar a la navegación aérea en el pasado; hoy es irrelevante para la mayoría de las misiones con o sin tripulación; y el Estrecho de Gibraltar sigue condicionando el despliegue naval español, máxime con Gibraltar en manos británicas. Sin embargo para los Estados Unidos este problema no existe y es, fundamentalmente, el punto de apoyo hacia los despliegues en Oriente Medio.

sometido el sistema de decisiones en Washington. Igualmente, el proceso de “desestalinización” emprendido por Beria y continuada por Nikita Jrushchov en su etapa como Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) entre 1953 y 1964, aunque su verdadero liderazgo no se consolidase definitivamente hasta 1955, alentó esperanzas de que se podría evitar la confrontación en Europa.

Parecía que, justo al firmarse los acuerdos con los Estados Unidos, éstos encontrasen la posición de España menos apetecible. Desde el punto de vista militar los desarrollos en armamento nuclear, fundamentalmente en vectores de lanzamiento de las armas que se perfeccionaban continuamente en potencia y letalidad, habían trasladado el plano del enfrentamiento a los territorios continentales de las dos potencias más que al teatro europeo.

En la Unión Soviética se estaban produciendo cambios en su doctrina militar. A la muerte de Stalin, con la llegada del mariscal Zuhov al ministerio de Defensa, el pensamiento militar soviético evoluciona desde la presunción de la superioridad por el hecho de ser socialista y la búsqueda del enfrentamiento terrestre decisivo, con las armas nucleares como un apoyo de fuego más, a valorarlas como centrales en un concepto estratégico que se funda en la sorpresa como medio de evitar las consecuencias desastrosas de un enfrentamiento prolongado, sobre todo con armas nucleares, lo que inevitablemente introdujo el concepto de acción preventiva. En 1956 entraron en servicio los primeros bombarderos intercontinentales soviéticos, con lo que ni el territorio norteamericano ni la Península estaban a salvo y se entraba en una fase de vulnerabilidad. Si en 1953 el ataque soviético requería de la invasión de una parte de territorio europeo para poder alcanzar España, ahora podían ser objeto de un ataque sin previo aviso y casi por sorpresa. En 1957 los soviéticos probaban con éxito el primer misil balístico intercontinental (ICBM), ni siquiera era necesario que los bombarderos soviéticos sobrevolasen los objetivos y la defensa aérea, por medios tradicionales, contra estos ingenios se hizo prácticamente imposible. A finales de los años cincuenta y principios de los sesenta ambos bandos estaban dotados de misiles estratégicos (SS – 4 / 5 / 6, soviéticos y los Thor y Atlas norteamericanos de menor alcance), de hecho fue un SS – 6 el que puso en órbita el Sputnik, con lo que los planificadores

norteamericanos empezaron a estar tan preocupados por el impacto de un conflicto en su territorio⁴⁵¹ como por el que pudiera desarrollarse en Europa.

A su vez, en el campo occidental el pensamiento militar no había parado de evolucionar. Fundamentalmente había un problema económico: no podía sacrificarse el nivel de vida de la población en aras de la supremacía militar, como se hacía en el bloque socialista. Lo que sí impactó en el desarrollo de los acuerdos fue el recorte en el gasto de defensa de los Estados Unidos a partir de 1953, fruto del paso del concepto de defensa convencional apoyada por armas nucleares, lo que exigía una constante producción de armamento convencional y el mantenimiento de un número elevado de hombres en servicio activo, a otra basada en el empleo de las armas nucleares desde el momento en que el mando militar lo creyese necesario:

“La adopción de una estrategia nuclear presagiaba una racionalización de las necesidades de la defensa y un recorte en el componente más caro de la estructura militar: los soldados.”⁴⁵².

Sin embargo, el documento que daba forma a esta “Nueva Óptica”, el NSC - 162/ 2 de 30 de octubre de 1953 señalaba que:

“[...] la importancia de los aliados para suministrar fuerzas, proporcionar bases y para colaborar en la dirección general de la guerra fría.”⁴⁵³.

Es decir, en el momento de la redacción del documento, 1953, se daba importancia a las bases, desde las cuales tendrían que operar los vectores de lanzamiento de las armas nucleares que iban a abaratar los costes de la guerra. Esto, a su vez, generaba una profecía autocumplida. Si se reducían las fuerzas convencionales, la superioridad del bloque oriental implicaba el necesario

⁴⁵¹ “Ningún hecho ha centrado la atención popular en la vulnerabilidad de Estados Unidos a un ataque exterior en mayor medida que el lanzamiento por los soviéticos del primer satélite artificial de la Tierra, el Sputnik I, el 4 de octubre de 1957. La hazaña puso de manifiesto que Estados Unidos había dejado de ser invulnerable a los desastres de la guerra. [...] Antes de que la adquisición de la capacidad para destruir Estados Unidos aportase a los soviéticos los medios para ejercer la represalia, los europeos occidentales habían servido de rehenes. Ahora los americanos comenzaban a sentir también la incómoda sensación de ser candidatos a la aniquilación en caso de guerra.”. Lawrence Freedman. *Opus cit.*, pág. 181.

⁴⁵² Lawrence Freedman. *Opus cit.*, pág. 113.

⁴⁵³ *Ibidem*, pág. 114.

recurso a las armas nucleares desde las etapas iniciales de cualquier enfrentamiento abierto.

A partir de 1957, el ya señalado despliegue de los ICBM soviéticos forzó a repensar el papel de la aviación estratégica y del despliegue de los correspondientes misiles norteamericanos.

En este contexto el valor de las bases con que los Estados Unidos había circunvalado la Unión Soviética como medio de contención cambió: se podía bombardear la unión Soviética desde el mismo territorio norteamericano, sin contar con que los primeros prototipos de submarinos con capacidad de lanzamiento de misiles se estaban desarrollando en este momento.

Estas circunstancias no dejaron de preocupar al Régimen. Si la posición de la Península dejaba de ser interesante para los norteamericanos, éstos podían retirar en el futuro su presencia y devolver la posición internacional de España, si no al año 1945, si a un 1950 mejorado. Este va a ser el temor en las negociaciones para las sucesivas prórrogas de los Acuerdos.

“La década de los años sesenta va a registrar cambios estratégicos significativos. Las bases avanzadas de bombarderos atómicos quedarán progresivamente obsoletas, haciendo su aparición los ICBM y los submarinos atómicos como sistemas fundamentales de disuasión nuclear. España, cuando nadie los quería, aceptó sin contrapartida la presencia de submarinos nucleares en Rota, en una cesión del general Muñoz Grandes, de la que no tuvo conocimiento hasta más tarde el Ministerio de Asuntos Exteriores. Asimismo, dentro de las importantes cesiones norteamericanas a la Unión Soviética, tras la crisis de los misiles de Cuba, Estados Unidos retiró los misiles de alcance intermedio Thor y Júpiter de Turquía. En su lugar se desplegará la 401 táctica con misiones nucleares de alerta rápida OTAN en tiempo de guerra. Torrejón acogió este ala, que rotaría en el futuro entre Aviano e Incirlik hasta el final de la guerra fría, si bien con nuevos aparatos.”⁴⁵⁴.

⁴⁵⁴ Antonio Marquina Barrio. *Las negociaciones entre España y los Estados Unidos (1953-1982): algunas cuestiones centrales en retrospectiva*. UNISCI Discussion papers. Octubre 2003, pág. 7. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4958825> Consultada el 20 de julio de 2019. El autor, aunque en líneas generales plantea correctamente el tema, hace afirmaciones que no se corresponden con la realidad, como cuando dice en la página 5 que: “La falta de una absorción adecuada de los suministros militares por los Ejércitos españoles, sobre todo en el caso del Ejército de Tierra que siguió la política de almacenar y no utilizar buena parte de los suministros, haciéndose así obsoletos en el almacén.” El Ejército de Tierra tuvo en el material americano la única posibilidad de modernizar un material lamentablemente anticuado. Los carros de combate

Pero otros problema amenazaba al valor de las bases, si la “desestalinización” conducía a una rebaja del enfrentamiento este – oeste y una era en que el enfrentamiento militar ya no fuese visto como inmediato o al menos inevitable, las bases podían representar una apuesta incómoda para una futura administración norteamericana que no quisiese verse asociado con regímenes poco recomendables en Occidente. Pero:

“La percepción que de la evolución política y militar de la Unión Soviética tuvieron los centros de planeamiento estratégico en los años siguientes, impediría la temida devaluación del valor estratégico de España y sus bases. Las dimisiones de Mikoyan y Malenkov en febrero de 1955, serían interpretadas como el fracaso de la línea política marcada por éste último, que preveía un aumento del nivel de vida de la población incluso a costa de la industria pesada”.⁴⁵⁵.

En opinión de Jose María de Areilza, embajador en Washington en aquellos momentos de duda, la solución debería acometerse por dos caminos. Por uno, forzar la máquina del ingreso en la OTAN que vinculase a España a la defensa occidental más allá de cualquier bandazo de la política norteamericana. La segunda sería en el plano económico y consistiría en un crédito a largo plazo por parte de los Estados Unidos, que evitase el lento proceso de las ayudas, estuviera desvinculado de la cuestión de las bases y supusiese un auténtico empujón a la economía española⁴⁵⁶.

Sin embargo, los cambios en la Unión Soviética no llegaron, en el plano estratégico, mucho más allá del cambio de cúpula en el Partido Comunista. Prueba de ello es el acontecimiento que iba a reforzar el papel de las bases

y la artillería autopropulsada de procedencia norteamericana fueron los únicos que podía alinear, así como la artillería remolcada de 155 mm, por no decir del material de transmisiones, todos los cuales se prolongaron en servicio hasta finales de los ochenta cuando eran tan obsoletos como los de la Guerra Civil que habían sustituido. Baste recordar el material automóvil que se mantuvo en servicio hasta los primeros años noventa fuera de toda garantía de seguridad.

⁴⁵⁵ Fernando Termis Soto. *Opus cit.*, pág. 225.

⁴⁵⁶ “[...] si nos aferramos a la tesis bases por ayuda y que ésta es insuficiente, podremos encontrarnos un día con que las bases han perdido valor, como nuestro argumento. Por añadidura, la ayuda no se prolongará mucho. Puede finalizar este año o el que viene. Vivir pendiente de la cuantía de ésta es mal sistema para hacer planes económicos. Aparte de que en realidad, consiste en acumular miles de millones de pesetas en España a semi - disposición del gobierno norteamericano, origen de futuras discordias [...]porque si esa identificación nos fue en un momento dado indispensable, puede sernos a la larga perjudicial mezclar cosas como el cambio de la peseta con la defensa del mundo libre.”. Fernando Termis Soto. *Opus cit.*, pág. 224.

españolas: la “Crisis de Cuba”. En 1962 los vuelos de reconocimiento norteamericanos sobre Cuba descubren que se están emplazando rampas de lanzamiento para misiles soviéticos con capacidad nuclear. La distancia de la isla al continente hacía que no hubiese tiempo de reacción desde el lanzamiento al impacto, lo que alarmó sobremanera a los norteamericanos. Lo cierto es que sus emplazamientos de misiles en Turquía estaban en las mismas condiciones respecto a la Unión Soviética.

Tras un peligroso tira y afloja, una de las consecuencias de la retirada de los misiles soviéticos fue la reciprocidad en la de los norteamericanos de Anatolia. Esto situaba a los vectores de las armas nucleares norteamericanas situados en la Península Ibérica casi en primera línea. Además, resultaba fundamental la capacidad de apoyo mediante reabastecimiento a los bombarderos en patrulla, que aseguraban una capacidad de respuesta constante frente a la posibilidad de ataque por sorpresa y, también mediante el sostenimiento que proporcionaba Rota a los submarinos nucleares armados con misiles cada vez más precisos y a los buques y aviones destinados a enfrentarse a una “5ª *Eskadra*” soviética en el Mediterráneo que de testimonial se estaba convirtiendo en un rival al nivel de la 6ª Flota norteamericana.

Otro acontecimiento a tener en cuenta fue la retirada de Francia en 1966 de la estructura militar de la OTAN. Según el presidente De Gaulle, se trataba de “modificar la forma de nuestra Alianza sin alterar el fondo”, pero, para Estados Unidos, fue una muestra de lo que podía pasar con aliados que se podían permitir el lujo de plantear posiciones autónomas, cosa que para España estaba totalmente fuera de su alcance. El valor de algunas bases puede que no fuera el mismo, pero en general el de la posición de la Península se mantenía intacto y con un aliado que mantenía un elevado grado de inestabilidad política y estratégica, más valía mantener a otro que permitía una alternativa para el refuerzo de Europa continental en caso de necesidad.

6.3.1. Los “restos”

En estos momentos, aparte de la situación interior, la estrategia española se encontraba con tres problemas, fruto de la falta general de planificación en la expansión y gestión colonial que ya se expuso en el capítulo anterior. Guinea Española, Ifni y el Sahara esperaban un estatus y un futuro dentro o fuera de España.

El general Díaz de Villegas trataba de darle un sentido estratégico al conjunto insertándolo en el marco de una guerra global entre el comunismo y Occidente⁴⁵⁷. Aparece en su razonamiento una idea que se repetirá después de la caída del Muro de Berlín, el desplazamiento de la Península Ibérica de retaguardia a vanguardia del bloque occidental.

“Si España y Portugal fueron las potencias que aseguraban antaño la retaguardia europea, hoy resultan, al revés, ser potencias de primera línea. Ocurre como si Europa entera hubiera sido sometida al movimiento de una colosal placa giratoria. El desplazamiento ha terminado poniendo a las dos naciones ibéricas en primera línea cuando antes estaban en la última.”

En realidad esta perspectiva era más local que general. Lo cierto es que si durante los primeros tiempos de la Guerra Fría el centro de la estrategia española habían sido los Pirineos, evitar que una ofensiva soviética los cruzase, a partir de la independencia marroquí era el sur, Ifni y Sahara donde se podían esperar problemas de índole militar. Además, la defensa de las Islas Canarias estaba indisolublemente unida a la estabilidad en la costa africana, dada la imposibilidad de refuerzo rápido desde la Península y la proximidad de aquella, que permite el ataque por sorpresa. Concluía el citado estudio que:

⁴⁵⁷ José Díaz de Villegas y Bustamante. *África española en la geopolítica y geoestrategia nacionales*. Instituto de Estudios Africanos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid. 1967, págs. 25 a 27. Es curioso que el estudio, obra del Director General de Plazas y Provincias Africanas, aparezca en el momento en que comenzaba el proceso de independencia de Guinea, lo que da una idea de la coordinación, o de su ausencia, que existía en el seno de la estructura de asesoramiento y toma de decisiones.

“Ifni y Sahara forman, con Canarias, un triángulo estratégico que domina el mar interior comprendido entre el archipiélago y el continente. Constituyen estas provincias continentales cabezas de puente y cobertura territorial de las Islas.”

Lo que siendo cierto en su filosofía estratégica ya no era realista en su concreción. La resolución 2072⁴⁵⁸ de la Asamblea General de las Naciones Unidas había señalado ya un final de la presencia española en los territorios de la costa occidental africana. La defensa de Canarias se debía basar en un entendimiento diplomático a nivel general entre España y Marruecos que remitiese cualquier amenaza a las exteriores procedentes del ámbito global, de difícil materialización.

El argumento de la Guerra Fría, que daba soporte a todo el pensamiento político y estratégico del Régimen, basado en el principio del anticomunismo y en el continuo histórico entre la Guerra Civil y el enfrentamiento este – oeste, no estaba respaldado por los Estados Unidos, todo lo contrario. Éstos buscaban, como en el momento de la independencia y del primer conflicto con España, que Marruecos se sintiese cómodo en su órbita y eliminar cualquier motivación a los nacionalistas del Istiqlal para un enfrentamiento con la corona, cosa por otro lado

⁴⁵⁸ “La Asamblea General,

Habiendo considerado los capítulos de los informes del Comité Especial encargado de examinar la situación con respecto a la aplicación de la Declaración sobre la concesión de la independencia a los países y pueblos coloniales referentes a Ifni y el Sáhara español,

Recordando la Declaración sobre la concesión de la independencia a los países y pueblos coloniales contenida en su resolución 1514 (XV), de 14 de diciembre de 1960,

Considerando que la Declaración se inspira en el vivo deseo de la comunidad internacional de poner fin al colonialismo en todas partes y en todas sus formas,

1. Aprueba lo dispuesto en la resolución referente a Ifni y al Sáhara español aprobada el 16 de octubre de 1964 por el Comité Especial encargado de examinar la situación con respecto a la aplicación de la Declaración sobre la concesión de la independencia a los países y pueblos coloniales;

2. Pide encarecidamente al Gobierno de España, como Potencia administradora, que adopte inmediatamente todas las medidas necesarias para la liberación de los Territorios de Ifni y del Sáhara español de la dominación colonial y que, con ese fin, emprenda negociaciones sobre los problemas relativos a la soberanía presentados por estos dos Territorios;

3. Pide al Comité Especial que informe sobre el cumplimiento de la presente resolución a la Asamblea General en su vigésimo primer periodo de sesiones;

4. Pide al Secretario General que transmita la presente resolución a la Potencia administradora. 1398a. sesión plenaria. 16 de diciembre de 1965.”

http://www.umdraiga.com/documentos/ONU_resolucionesasambleageneral/A_RES_2072_1965_es.htm Consultada el 6 de agosto de 2019.

improbable debido al férreo control político que el entonces rey Hassan II ejercía sobre todas las fuerzas políticas.

El 10 de enero de 1958 Ifni se había convertido, junto con el Sahara, en provincias, teóricamente al mismo nivel que el resto de otras demarcaciones españolas. Pese a ello, un dictamen del Consejo de Estado del 7 de diciembre de 1968 reconocía que dicho decreto carecía del rango legal necesario para la armonización territorial y autoriza, en base a la Resolución de la ONU antes mencionada, al inicio de conversaciones con Marruecos para la “retrocesión” del territorio⁴⁵⁹. De hecho, la ley 8 / 1961 de 19 de abril, Boletín Oficial del Estado nº 95 de 21 de abril de 1961, incluye, con toda una serie de cautelas, al Sahara como provincia sin ninguna mención al territorio de Ifni. Tras unas conversaciones con Marruecos, el 4 de enero de 1969 se firmó el acuerdo de retrocesión que “retrocedía” el territorio cedido por Marruecos según el artículo 8 del Tratado de Paz de Tetuán de 26 de abril de 1860 y que había dado carta de legitimidad a la ocupación efectiva del territorio en 1934. Franco exigió que las Cortes ratificaran el acuerdo, lo que se hizo el 22 de abril, de manera que no pareciese una decisión exclusiva suya. El 30 de junio de 1969 el ejército marroquí se hizo cargo de la ciudad y del perímetro defensivo, ya que el control del territorio lo ejercía desde el fin de las hostilidades en 1958.

La finalización de una presencia de solo treinta y cinco años viene a demostrar que ni se pensó razonablemente en por qué hacer valer unos derechos a los setenta y siete años de adquirirlos ni por qué se abandonaban. En el mismo Boletín Oficial del Estado en el que se ratificaba el Tratado de Fez, se hacía lo

⁴⁵⁹ “En ese momento la descolonización a escala global era ya un proceso muy avanzado y, especialmente, el foro de Naciones Unidas era particularmente firme a este respecto. Con todo, en el seno del régimen franquista existían importantes divergencias en cuanto a si era conveniente para los intereses de España aceptar la descolonización de Ifni y Sahara. Ciertamente existían importantes voces en contra, tanto por razones geoestratégicas, pues *la costa sahariana era considerada fundamental para la seguridad de las Islas Canarias; como económicas, pues se explotaba una importante riqueza pesquera, en un momento en que no se descartaba, además, el descubrimiento de otras riquezas minerales en la zona.* Así se explica la actitud de determinados elementos del régimen franquista y su falta de realismo ante la patente evolución de la opinión internacional acerca de la persistencia de territorios no autónomos en África. Todo ello alimentaba las reticencias españolas a la hora de decidir la descolonización de estos territorios y tensaba, por tanto, las relaciones hispanomarroquíes.” Ana Torres García. *La negociación de la retrocesión de Ifni: contribución a su estudio.* Norba Revista de Historia. Universidad de Extremadura. Vol. 29-30. Cáceres. 2016-2017, pág. 186. <http://www.historiauex.es/data/catalogues/864/docs/1530296787.pdf> Consultado el 7 de agosto de 2019.

propio con uno de pesca con Marruecos, con lo que aparece el verdadero motivo tanto de la presencia española, como de la ocupación y de la entrega, el borde norte del caladero saharauí, uno de los motores de la economía de las Canarias, teóricamente asegurado éste por el tratado. Quedaba pues como guardaflanco de Canarias, a partir de 1969, únicamente el Sahara, según la doctrina geopolítica del propio Régimen, aunque en Madrid ya se había interiorizado que más pronto que tarde habría que abandonar el territorio.

Parecida fue la suerte de Guinea Ecuatorial. El mismo general Díaz de Villegas invocaba al general norteamericano James M. Gavin en su obra "*Guerra y Paz en la era del espacio*"⁴⁶⁰ con el siguiente razonamiento:

"Decididamente el centro de gravedad de la defensa de Europa y de África se ha claramente desplazado hacia el sur [...] En 1965 (el libro estaba escrito en 1958) resultará esto evidente que África constituye la clave de la defensa de Europa occidental"

Lo que daba pie al autor para concluir que:

"El Sahara en toda su magnitud, pero sobre todo el occidental, servirá, a su vez, para el asentamiento de cohetes medios [...] mientras que la selva virgen, en la gran región ecuatorial africana, se instalarán, perfectamente ocultos, sin necesidad de cavar profundos "silos", los cohetes de gran alcance."

Es decir, una cierta visión geopolítica en Madrid pretendía que las posesiones subsaharianas cobrarían una gran importancia en una futura guerra con el bloque soviético al permitir una defensa en profundidad basada en los fuegos nucleares que anularían las ventajas tácticas que la superioridad convencional pudiese proporcionar a la URSS y sus aliados. Curiosamente, a esta visión que concedía una importancia capital a África se superponía otra que veía en el proceso descolonizador la mano del comunismo internacional⁴⁶¹ y en el futuro del continente una incertidumbre poco apta para el despliegue con el que se esperaba poner en valor las posesiones españolas. La infiltración comunista aparecía como una fuerza imparable en África a la que había que oponerse con

⁴⁶⁰ Citado en José Díaz de Villegas. *Opus cit.*, págs. 28 y 29.

⁴⁶¹ José Díaz de Villegas. *África en la postguerra*. Instituto de Estudios Africanos. Madrid. 1961, págs. 17 a 24.

la misma determinación que a la amenaza a lo largo del Telón de Acero. Resulta significativa la importancia que se asigna a la “penetración” china en África, en esos momentos, primeros años sesenta, puramente testimonial. Este pensamiento era compartido por el Ministerio de Asuntos Exteriores, cuyo titular en 1960, Fernando María Castiella, proclamaba en una conferencia en Estados Unidos que⁴⁶²:

“Sin embargo, actualmente España ve que el mismo problema de seguridad, pero con otras dimensiones se plantea ahora para Europa en África, debido a los intentos de Rusia y China de infiltrarse en esas regiones. Nosotros creemos que hay que comprender las aspiraciones de los pueblos africanos y que hay que ayudarles en su lucha por el bienestar y progreso”.

Frente a esta visión verdaderamente geopolítica que trataba de poner en valor la posición de las posesiones españolas en el golfo de Guinea y se veían, como un constante valladar contra el expansionismo comunista, otra más pragmática se desarrollaba en el Ministerio de la Presidencia, verdadero centro de decisión sobre las posesiones españolas más allá de los círculos militares o diplomáticos. En octubre de 1962 el almirante Carrero Blanco, ministro de la Presidencia, giró una visita a las dos provincias de Fernando Poo y Río Muni. La consecuencia del mismo fue el diseño de un proceso que debería desembocar en la independencia del territorio. El primer paso fue un referéndum para aprobar un sistema autonómico como primer paso hacia el autogobierno que fue aprobado mayoritariamente en el continente, pero rechazado por la minoría que vivía en las islas y que temían ser gobernados por la etnia *fang*. El pensamiento del propio Franco al respecto, en 1962, resulta clarificador:

“Podría decirse que la Península es la colonia de Guinea. Absorbe a un alto precio el café y el cacao que allí se produce. Si por el alejamiento por sus especiales características humanas quisieran un día modificar su estatuto actual, y su mayoría se dirigiese por ese camino, España no crearía ningún obstáculo para concertar con esas provincias su futuro”⁴⁶³.

⁴⁶² Fernando María Castiella. *Política Exterior de España (1898 – 1960)*. Sin datos de edición. 1960. pág. 13.

⁴⁶³ Manuel Espadas Burgos. *Opus cit.*, pág. 234.

Como, por otra parte, España estaba en esos momentos involucrada en una batalla diplomática por Gibraltar en Naciones Unidas, deseaba demostrar su voluntad descolonizadora y el cumplimiento de las resoluciones en este sentido no solo cuando le fuesen favorables, finalmente el 12 de octubre de 1968, ante una comisión presidida por el ministro de Información y Turismo Manuel, Fraga Iribarne, Guinea Ecuatorial accedió a la independencia. Pese a la transición modélica hasta la independencia, pronto los países africanos empezaron a ver la deriva despótica del gobierno guineano y Liberia, Zambia, Burundi, Egipto, Camerún y Etiopía requirieron a España para que actuase cerca de Macías N'Guema a fin de evitar las purgas que se sucedían entre los políticos de la oposición. La situación degeneró tras una serie de incidentes con la excusa de la presencia de la bandera española en las dependencias consulares en febrero de 1969, que se saldaron con la expulsión de diplomáticos y funcionarios españoles. Tuvo que organizarse la evacuación de los residentes españoles y de las fuerzas de la Guardia Civil que aún permanecían en el territorio bajo la cobertura de la Armada y con la supervisión de la ONU y de la Organización para la Unidad Africana (OUA).

El resultado final fue el abandono de Guinea a su suerte y a una influencia creciente de la URSS y China. Curiosamente los vaticinios del sector más "geopolítico" del gobierno español se habían cumplido, aunque no con la expansión del marxismo sino con la desaparición de la influencia occidental en el país hasta el presente. A partir de abril de 1969, el flanco canario estaría cubierto solo por el Sahara.

Los seis años que se extienden entre los ceses de la administración española en Ifni y Guinea Ecuatorial y el abandono del territorio saharauí en 1975 son los de un camino similar al de aquéllos. Las posibilidades de explotación rentable de recursos mineros en el territorio nunca estuvieron claras, truncadas por unas urgencias marroquíes que demostraron una visión estratégica acertada en sus directrices, pero de ejecución muy mejorable. Que España iba a seguir las directrices de la ONU era indudable. Quedaba esta vez la posibilidad de establecer unos lazos con el territorio que resultasen más duraderos y fructíferos que los que habían fracasado en Guinea.

Queda un resto, aunque no español, para completar la ecuación geopolítica española en los sesenta y primeros setenta: Gibraltar. La posesión de la colonia no fue más que una anécdota histórica y estratégica mientras España tuvo un imperio en América y su vector atlántico fue dominante estratégica y económicamente, situación que apenas duró un siglo, el que marcó precisamente los infructuosos intentos de recuperación, tanto más inexplicables en su fracaso como que Menorca, con una posición defensiva más sólida, por su situación insular, sí pudo ser recuperada a corto plazo.

A partir del final de la Guerra de la Independencia, con la desaparición prácticamente del vector atlántico y el aislamiento por parte de las potencias europeas, la sensación de inferioridad y la voluntad de no irritar a uno de los principales inversores en España aconsejó que no se manifestase la necesidad de recuperación, máxime cuando la situación de inestabilidad interna se manifestaba en las guerras carlistas. A la finalización de éstas la debilidad crónica se extendió durante el siguiente siglo en una situación de inferioridad respecto a Gran Bretaña que impedía el más leve planteamiento de recuperación, exceptuando las declaraciones de los políticos en tono menor. Ni siquiera en los momentos de mayor tensión de la Segunda Guerra Mundial se atrevió Franco a convertir el regreso del Peñón a España como moneda de cambio con ningún bando pese a que Alemania le ofreciese su recuperación para tentar a España a la entrada en la guerra a su favor⁴⁶⁴. De todas formas, Gibraltar siempre figuró en el imaginario irredentista del Régimen, junto a Tánger y otras

⁴⁶⁴ Se produjo en 1953 un incidente diplomático cuando en una entrevista publicada el 4 de agosto en el diario madrileño *Arriba*, órgano de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, Franco, refiriéndose a Gibraltar, reprochó al Reino Unido no cumplir con sus promesas durante la guerra y amenazó con usar “todos los medios” para recuperar el territorio. El gobierno británico, presidido a la sazón por Winston Churchill, recabó del Foreign Office toda la información disponible para saber si se hubiese formulado alguna promesa en un momento desesperado, con el resultado de que salvo el ofrecimiento de conversaciones de forma general sobre temas de interés común tras la guerra, hecha en 1940, no había nada concreto. Lo cierto es que en caso de victoria el Reino Unido no iba a necesitar discutir la posesión de Gibraltar y en caso de derrota lo habría perdido definitivamente. El Gobierno español contestó en 1954 con una nota en la que ofrecía su interpretación de las aclaraciones británicas que no recibió contestación oficial. La información referida a la desclasificación del documento PREM/6801953-54 se puede encontrar en: https://www.foroporlamemoria.info/documentos/2004/wopp_02012005.htm, que reproduce literalmente el artículo del diario El País accesible en: https://elpais.com/diario/2005/01/02/domingo/1104641555_850215.html y en la página de la BBC. http://news.bbc.co.uk/2/hi/uk_news/4117495.stm. Consultadas el 16 de agosto de 2019.

descabelladas pretensiones territoriales en África⁴⁶⁵ que se fueron diluyendo, como hemos ido describiendo, hasta que al final solo quedó Gibraltar como reivindicación inevitable.

Hay que tener presente que este asunto siempre ha sido un obstáculo formidable en el establecimiento de unas relaciones fluidas y normales entre el Reino Unido y España. Siempre ha sido aprovechado por los sectores más nacionalistas de ambos países para tratar de galvanizar a la opinión pública, como en las manifestaciones de estudiantes de 1954⁴⁶⁶ en Madrid, que acabaron siendo disueltas por los mismos que las organizaban.

El contencioso marcó los primeros pasos de España en las Naciones Unidas, que quedó desilusionada ante las pretensiones británicas de poner la voluntad popular de los gibraltareños por encima de las recomendaciones del Comité de Descolonización.

Hay que tener cuenta que, aun siendo Gibraltar una colonia, hecho jurídicamente nunca desmentido ni siquiera por la legislación británica, esta circunstancia hay que entenderla como la constitución de un asentamiento sobre un territorio del que se ha expulsado a su población original, como así fue en 1705 cuando los pocos habitantes originales que quedaban fueron expulsados. Tras sucesivas repoblaciones se puede afirmar que el gobierno británico no se ha ejercido permanentemente sobre ningún civil que no lo admitiera de forma voluntaria. De hecho, tras la Segunda Guerra Mundial todas las reivindicaciones españolas han tratado de recuperar el territorio ofreciendo un estatuto más o menos ambiguo a sus habitantes, a sabiendas de que era imposible incorporarlos sin más como ciudadanos españoles. Por el lado británico el estatus político de los gibraltareños fue escalando posiciones, otorgándoseles el derecho a voto y un

⁴⁶⁵ Areilza y Castiella. *Opus cit.*, A lo largo del Capítulo IV, dedicado a Orán, se trasluce el sentimiento reivindicativo respecto a la costa argelina. No en vano dicho capítulo es presentado con la frase de Cánovas “Orán es nuestra Alsacia – Lorena”.

⁴⁶⁶ El origen de dichas manifestaciones fue la visita en viaje de Isabel II a Gibraltar los días 10 y 11 de mayo de 1954 durante una gira a los territorios de ultramar y de la *Commonwealth*. El 30 de abril se retiró por parte de España al Cónsul en el Gibraltar, ya que como decano del cuerpo diplomático en el territorio le habría correspondido saludar públicamente a los soberanos británicos.

gobierno local representativo⁴⁶⁷ amparado en una Constitución, consultándoles sistemáticamente sobre todas las decisiones que pudiesen afectarles.

Las Naciones Unidas, en sus resoluciones número 2231, de 1966, y 2353, de 1967, instaban a los dos países a iniciar conversaciones para resolver la solución colonial, respetando los derechos de los habitantes. Fue precisamente la convocatoria de una consulta por Judith Hart, la ministra de la *Commonwealth Office*, el 10 de septiembre de 1967, para sondear la opinión gibraltareña sobre su destino, la que provocó la reacción española de cortar las comunicaciones terrestres para vehículos el 24 de octubre, seguida de la prohibición total el 8 de junio de 1969 al entrar en vigor la Constitución gibraltareña. Para España la cuestión, sin embargo, ha estado siempre ligada al territorio y al Tratado de Utrech, que no reconoce otras posibilidades que la soberanía británica o la española salvo renuncia por Madrid. España vio que el nuevo estatus jurídico de *Territorio Británico de Ultramar* era una burla a las resoluciones antes citadas y un subterfugio para evadir la realidad colonial. Se llegaron incluso a barajar por el ministro de Exteriores Castiella soluciones hostiles como una barrera de globos cautivos, que fueron rechazadas por Franco y el resto del gobierno. Esta situación de bloqueo fronterizo y de contactos se mantendría hasta la Transición.

En suma, si por un lado se abandonaban casi todos los territorios, menos el Sahara, por el otro no se completaba la recuperación de la integridad peninsular; si bien hay que reconocer que perdida la condición de gran potencia por el Reino Unido, su influencia sobre la estrategia española fue menguante. España ha podido desarrollar su presencia en el Mediterráneo sin tener en cuenta la presencia británica, aunque ésta haya sido activa. Las estrategias de las dos naciones han coexistido en planos separados que nunca se han interferido dada la divergencia de intereses y capacidades.

⁴⁶⁷ El primer partido político gibraltareño se denominó "Asociación para el Progreso de los Derechos Civiles", y se creó durante el reasentamiento forzoso de la población gibraltareña en las Islas Británicas en la Segunda Guerra Mundial, cuando se forjó un sentimiento de desconfianza hacia el gobierno de Londres que les negaba derechos que reconocía a súbditos no europeos.

6.3.2. El final de una era

El periodo que podemos denominar como del tardofranquismo se extiende, en su versión política, desde la designación de don Juan Carlos como sucesor a título de Rey en 1969 hasta la muerte de Franco el 20 de noviembre de 1975. Estratégicamente se extiende desde la primera renovación de los acuerdos con los Estados Unidos hasta la finalización de la “Operación Golondrina” de entrega del Sahara a Marruecos y Mauritania y repliegue de la presencia civil y militar española entre el 10 de octubre de 1975 y el 26 de febrero de 1976. Básicamente se mantuvo el estado de anclaje asimétrico, militar y político, con Occidente⁴⁶⁸, España se vería involucrada en cualquier conflicto que arrastrase a la OTAN contra los soviéticos, pero sin capacidad de decisión ni reciprocidad en los apoyos en caso de un conflicto en el norte de África, como se había visto en la liquidación del África Occidental Española.

La visión geopolítica española se convirtió en casi exclusivamente atlántica, pues en las relaciones con los Estados Unidos, por desfavorables que fuesen las condiciones de los acuerdos, estaba la única posibilidad de encaje de España en un mundo occidental que le seguía siendo hostil en otros aspectos. Nunca hubo ninguna posibilidad real de entrada española en la OTAN ni en las instituciones europeas surgidas de los Tratados de París de 1951 y de Roma de 1957 o alguna de las instituciones europeas de carácter político. Sin embargo el propio Régimen, especialmente el almirante Carrero Blanco y su círculo, eran conscientes de las deficiencias de dichos acuerdos y se intentó desde el principio, con ningún éxito, y sobre todo en las sucesivas renovaciones, la mejora

⁴⁶⁸ “En el preámbulo del Convenio Defensivo se contiene su misma justificación: expresamente se advierte de la existencia de un peligro para el mundo occidental, que aunque no se menciona, no puede ser otro que la Unión Soviética. Una vez más, se alude al deseo de contribuir al mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales mediante la adopción de medidas que contribuyan a aumentar la capacidad defensiva propia y la de las demás naciones dedicadas a **los mismos fines** [...] Las alusiones contenidas en el preámbulo a terceros países, en la práctica son una vinculación de la política defensiva española a la de todo el bloque occidental, hecho éste que los propios responsables del régimen no tendrían nunca ningún inconveniente en reconocer. Pero lo que sí se puede destacar de esta cuestión, es que los países de Europa occidental, que a efectos prácticos son los aludidos, se beneficiaban de la protección añadida que suponía la presencia norteamericana en España sin tener que pagar el precio político de la colaboración directa con el régimen español.”. Fernando Termis Soto. *Opus cit.*, págs. 236 y 237.

de las contrapartidas a recibir por la presencia norteamericana. A principios de los años 60, cuando ya se empezaba a vislumbrar la negociación, anotaba el almirante:

“[...] ¿nos han puesto los Estados Unidos en condiciones de defendernos de una agresión de la URSS? ¿Debe entenderse como tal una agresión de una potencia limítrofe armada y alentada por aquella, aunque se cubra con el disfraz de reivindicaciones territoriales absurdas? Si ambas preguntas tienen un no por respuesta, y si en la segunda, so pretexto de acción anticolonialista eso no se estima como previsto en los Convenios, quizás fuera más convenientes cancelarlos.”⁴⁶⁹.

Aunque para el Régimen era imposible cancelarlos por muy desfavorable que le pareciesen, siempre intentó convertirlos en algo menos desfavorable y, sobre todo, en un documento donde las obligaciones de Estados Unidos fuesen algo más concreto en forma y plazo. Pero, sobre todo, se ve la queja por la dificultad que suponen los convenios para una eficaz defensa al sur. No se pretende ya ninguna expansión, solo el mantenimiento de la mejor manera posible de las plazas de soberanía norteafricanas y de las Canarias y los ejemplos de actuación norteamericana no aportaban esperanzas de apoyo. Como consecuencia se generó una política de diversificación, en lo posible, de origen del armamento para evitar otro fiasco como el de Ifni.

Gran Bretaña fue reacia a vender material a España por la cuestión de Gibraltar. La Armada española llevaba desde principios de siglo en la estela tecnológica de la británica y, aunque los buques se construyesen en España, los diseños se realizaban en Reino Unido. Aunque las nuevas entradas en servicio a partir de los años 50 fueron buques de “ayuda americana”, la necesidad imperiosa de modernización llevó a que, tras barajar varias posibilidades europeas para evitar otro bloqueo americano al empleo en África, en 1963 se entró en conversaciones con el gobierno conservador del Reino Unido para la construcción de fragatas clase *Leander*, que posiblemente abrirían el paso a los destructores clase *County* y a los submarino clase *Oberon*. El 16 de junio de 1964 el líder laborista Harold Wilson preguntó si se iba a “vender planos y detalles de fragatas a un gobierno

⁴⁶⁹ *Ibidem*, pág. 240.

fascista por unos pocos millones de libras” y si habría una contrapartida española en Gibraltar. El 30 siguiente el gobierno español dio por canceladas las conversaciones y se iniciaron los contactos con los Estados Unidos para la clase de fragatas “Balears”. Con todo fue Francia la beneficiaria de la diversificación de las fuentes de equipo militar, ya que no puso ninguna objeción para la construcción en España de submarinos, la adquisición de cazas o de carros de combate. Evidentemente el vector europeo estaba prácticamente cerrado en cualquier visión geopolítica en esta etapa.

6.3.2.1. La prórroga de los Acuerdos

Casi desde la firma de los acuerdos de cooperación con Estados Unidos se empezó a intentar mejorar las desventajas que se habían tenido que aceptar. Se consideraba que las contrapartidas económicas y militares ofrecidas por los norteamericanos eran escasas para el riesgo. Evidentemente las bases condenaban a Madrid, Zaragoza, Sevilla y Cádiz a ser objetivos de los ataques soviéticos. El temor aumentó a raíz del lanzamiento del Sputnik, lo que evidenció de forma pública las capacidades soviéticas en el campo de los misiles, pese a que los norteamericanos siempre la habían relativizado. Siendo esto cierto, no lo era menos que los acuerdos no eran un tratado de alianza, que las obligaciones consignadas a los Estados Unidos se estaban cumpliendo escrupulosamente por su parte, y que una vez roto el aislamiento exterior por el Régimen, el objetivo inicial fundamental, éste aspiraba a más. El gobierno español se encontraba con una serie de hechos que desde 1953 habían empezado a ser tenidos en cuenta en cualquier evaluación estratégica:

- El fenómeno de la descolonización, que en España era visto como una oportunidad, si no como una consecuencia directa, para la influencia comunista en África y que había hecho surgir una amenaza clara en el sur.
- El inicio de la política de distensión por Kruschchev.
- Un intento de acercamiento general a Europa.

Estos dos puntos eran consecuencia uno del otro: si se aproximaba una situación en la que disminuiría el riesgo militar en Europa, España valdría menos para los Estados Unidos y era conveniente buscar cómo diversificar los apoyos, y por último, y como consecuencia del desarrollo de los acuerdos, la disminución paulatina de la ayuda norteamericana⁴⁷⁰.

En el plano militar Estados Unidos avisó de que a partir de 1960 solo suministraría el material que España fuera capaz de mantener y emplear, lo que, en última instancia, suponía decidir qué material y qué composición orgánica debían tener las Fuerzas Armadas españolas para encajar en el sistema norteamericano, como de hecho había sucedido en 1957 cuando tres divisiones equipadas con dicho material empezaron a convertirse al modelo “pentómico” pensado para la guerra en ambiente nuclear. Sin embargo, con la llegada de la administración Kennedy el concepto estratégico pasó de uno basado en el empleo de armas nucleares a otro basado en la “respuesta flexible”, lo que iba a dar el máximo valor a las bases aéreas y aeronavales⁴⁷¹ y disminuir el de las exclusivamente aéreas, ya que se pretendía abaratar costes sustituyendo escuadrones de bombarderos estratégicos por unidades de misiles intercontinentales incrementando la capacidad de disuasión. Esta flexibilidad implicaba también que las bases, más que para lanzar ataques nucleares, se usarían para operaciones de contingencia con las que detener cualquier crisis mundial⁴⁷².

⁴⁷⁰ De toda la ayuda en los seis primeros años, que constituyó el 90% del total del primer periodo, el 30 % tuvo relación con la economía española, el 60% se empleó en la construcción de las bases y el 10% se empleó en gastos de administración de dichas bases.

⁴⁷¹ “Implicaba contar con suficientes barcos, al no existir otras alternativas para el movimiento de grandes fuerzas. Implicaba contar con el tiempo menor posible para proyectar y aplicar la fuerza militar, y con rutas, terminales y bases a través de las que las fuerzas pudieran moverse y desde las que pudieran ser apoyadas en combate.”. Antonio Marquina Barrios. *Opus cit.*, pág. 745.

⁴⁷² Cuando en 1958 los Estados Unidos se desplegaron en el Líbano, ni Francia ni Italia permitieron la escala de los aviones norteamericanos a Oriente Medio; sin embargo las bases españolas permitieron el despliegue, con lo que su valor se reveló en la dimensión práctica y no solo en hipótesis. La Península Ibérica se convertirá en el escalón hacia los despliegues en Oriente hasta el momento presente.

Sin embargo, el problema creciente con que se encontraba España era Marruecos. El reino alauita tenía una posición geoestratégica similar a la de España para los Estados Unidos, desde ambos países se podía proyectar el poder nuclear norteamericano tanto sobre el territorio europeo controlado por Moscú como sobre un previsible teatro de operaciones contra las fuerzas del este. Ya se ha explicado cómo durante todo el proceso de repliegue y reclamación posterior a 1956, Estados Unidos siempre actuó como mediador ante España favoreciendo las posiciones marroquíes porque, más que las bases, no quería perder un aliado en la costa atlántica africana.

España fue entendiendo, a medida que se sucedían los acontecimientos, que había surgido en el sur un poder que solo representaba una amenaza para ella, puesto que no era visto como una amenaza por ningún otro país. Esa amenaza no compartida se va a convertir de aquí, primeros años sesenta, hasta la actualidad en el principal, y casi único problema estratégico al que se van a enfrentar los sucesivos regímenes y gobiernos en Madrid. Así, el 21 de febrero de 1961 el almirante Carrero Blanco remitía a Franco un memorándum en el que se afirmaba que con los acuerdos Estados Unidos había resuelto un problema de seguridad mientras que España no, más bien le había aparecido uno inesperado, y se recordaba la necesidad de defender todo el territorio español, no solo el peninsular, expresando la preocupación por las plazas del norte de África, las Canarias y el Sahara, nada de lo cual estaba garantizado por los acuerdos, que solo manifestaban la voluntad de contribuir a la defensa en una dirección, cerrar el paso a la Unión Soviética, pero que dejaban sola a España en otras, como se había visto en Ifni.

A mayor abundamiento, se temió que el empeño norteamericano por atraerse a Marruecos supusiese el suministro de material de guerra que pusiese a las Fuerzas Armadas Reales Marroquíes (FAR) en un paulatino pie de igualdad con las españolas, pero sobre todo que la sensación del respaldo desde Washington diese a Rabat alas a una política aún más agresiva en lo referente a las reivindicaciones territoriales pendientes.

Con todo, las objeciones españolas se aparcaron durante la presidencia Eisenhower con quien se quiso mantener siempre la impresión de sintonía que había producido su visita a Madrid. Con la administración Kennedy, además de los cambios militares hacía la respuesta flexible ya expresados, España, por la Ley de Desarrollo Internacional, salió de la lista de países a los que les correspondía algún tipo de ayuda económica, lo que supuso un motivo más de recelo hacia el compromiso con los Estados Unidos.

El 25 de septiembre de 1962⁴⁷³ se iniciaron las negociaciones para la prórroga de los acuerdos. Hay que recordar que la “Crisis de los Misiles” en Cuba fue en octubre y durante toda ella las bases estuvieron preparadas para intervenir, por lo que a efectos de la negociación se podía poner de relieve el riesgo real que aceptaba España en su solidaridad occidental y el valor de la contribución con las bases en relación con las escasas prestaciones económicas, y a estas alturas políticas, que recibía. Sin embargo, el proceso de sucesivas prórrogas de los acuerdos estuvo lleno de incertidumbres y a punto estuvo de desembocar en el abandono de las mismas por las fuerzas norteamericanas. Lo que desde Madrid se veía como un asunto capital era necesario ponerlo en un contexto global por los Estados Unidos. España era, junto con Gran Bretaña, los únicos países con infraestructuras para permitir un refuerzo norteamericano en Europa y tampoco se la iba a abandonar, pero la idea norteamericana era la de llegar a la prórroga y nada más, no renegociar puesto que no querían ofrecer mucho más.

Por parte española, el embajador Antonio Garrigues y Díaz Cañabate acertó a predecir que no habría compensaciones económicas o grandes envíos de material militar, por lo que recomendó hacer de la negociación sobre las bases palanca para solucionar Gibraltar y el acceso a Europa, en la creencia que la situación geográfica de España, la irrupción de la armada soviética en el

⁴⁷³ Según el texto publicado en el Boletín Oficial del Estado nº 275 de 3 de octubre de 1953, en el Artículo III, párrafo 5º: “El presente Convenio entrará en vigor el ser firmado y estará vigente por una duración de diez años, automáticamente prorrogados por dos períodos sucesivos de cinco años cada uno, de no seguirse el procedimiento de cancelación que a continuación se detalla. A la terminación de los diez años iniciales o de cualquiera de las dos prórrogas de cinco años, cualquiera de los dos Gobiernos puede informar al otro de su propósito de cancelar el Convenio, iniciándose con ello un periodo de consultas de seis meses. En caso de no haber conformidad sobre la prórroga, este Convenio caducará al año de concluir el periodo de consultas.”.

Mediterráneo y el aumento de la influencia de la URSS en el Magreb revalorizaban aún más la posesión de las bases para Washington, pero a cambio el gobierno español tendría que:

“haciendo los cambios necesarios en el sistema político, liberalizando la cuestión religiosa, eliminando las apariencias de signo fascista y definiendo claramente la sucesión, problema este último que preocupaba grandemente en Washington.”⁴⁷⁴ .

Lo cierto es que lo que se pedía, o escapaba a la capacidad de los norteamericanos, o a su voluntad. Estados Unidos nunca iba a comprometer las relaciones con Gran Bretaña, en aquellos momentos su primer socio estratégico, por la cuestión de las bases españolas. Por otra parte los norteamericanos no tenían capacidad para presionar políticamente en Europa, menos en un asunto como el español que se les podía volver en contra en el aspecto de la propaganda. Una cosa era sostener dictaduras más o menos corruptas en Asia o África, cosa que las antiguas metrópolis europeas practicaban asiduamente, y otra patrocinar abiertamente a un régimen asociado a los perdedores de la última guerra mundial y ocupantes poco amables de los socios del Mercado Común. Con todo, el problema que marcó la negociación fue el de Marruecos.

El 17 de diciembre de 1962, al regreso de las reuniones de la OTAN, como era habitual, el Secretario Adjunto de Defensa para Asuntos de Seguridad Internacional, Paul Nitze, dejó claro que no se elevaría el rango del tratado, con lo que España seguía apoyando a los Estados Unidos en su enfrentamiento con la Unión Soviética, pero aquéllos se desentendían de los problemas de España, estaba claro que en el norte de África. Sin embargo, el 28 Garrigues presentó su proyecto en Washington: no habría más bases por nada. España insistió, interesadamente, en la posibilidad de infiltración comunista en el Magreb, que era la zona donde la geopolítica española veía sus intereses amenazados.

Significativamente, el Subsecretario de Estado para Asuntos Políticos, George Mc Ghee, ofreció las excusas de por qué España, aparte de su situación política, no obtendría un fácil acceso a la OTAN y el Mercado Común. Noruega, Dinamarca, Bélgica y Holanda, éstas últimas en los dos bloques, se cerraban a la presencia española. Pero, significativamente, lo que molestó fue un editorial

⁴⁷⁴ Antonio Marquina Barrio. *Opus cit.*, pág. 761.

del diario *Ya* en el que se apoyaba la incorporación de España al incipiente eje París – Bonn. Es decir, si el eje atlántico fallaba no se veía más alternativa que volver al viejo sistema europeo para defender los intereses españoles. Los norteamericanos veían con preocupación que España saliese de su órbita, no porque fuese a la de Europa oriental, las relaciones comerciales con el este no eran más que un gesto sin trascendencia, sino porque fuera de su “control” podía tener reacciones inconvenientes para los designios norteamericanos en el Magreb, como en 1958, cuando se apresuraron a presionar para que la derrota de Marruecos en Ifni – Sahara fuera “dulce” y no desestabilizara al reino. Si, como en aquella ocasión, Francia, cada vez más díscola en la OTAN, era capaz de atraer a España, el liderazgo de Washington en el bloque occidental podía resentirse. Estados Unidos veía en la naciente unidad europea una amenaza contra ellos, política y económica, más que un refuerzo de la defensa frente a la URSS.

En mayo de 1963 se llegó a un punto muerto. La Secretaría de Estado creía que España necesitaba los acuerdos más que Estados Unidos y no cedía ni un ápice en sus términos. Garrigues dio por terminada su misión y regresó a Madrid poniendo su cargo a disposición de Castiella y de Franco, que le apoyó sin reservas. Garrigues continuó como embajador y al cargo de las negociaciones. Pero el Régimen tenía sus propias dinámicas y el 17 de diciembre de 1962 el general Muñoz Grandes autorizó el ataque en Rota de los submarinos armados con misiles Polaris, lo que arruinó la posición negociadora del embajador. A esto hay que sumar que elevar el compromiso norteamericano exigía un tratado formal y su discusión en el Senado, donde sería casi seguramente rechazado. El 26 de septiembre de 1963 el ministro Castiella firmaba la prórroga de cinco años prevista, sin modificaciones. Se hacía la concesión retórica de reconocer la importancia de España para la seguridad, bienestar y desarrollo del Atlántico y del Mediterráneo. Un párrafo señalaba, en clara concordancia con los términos de la OTAN, que las amenazas a cualquiera de los dos, y específicamente a las bases, serían respondidas dentro del marco de “sus normas constitucionales”, lo que equivalía a ningún compromiso firme. Se mantuvo por tanto la cláusula secreta de activación de las bases sin aviso al gobierno español en caso de urgencia.

Los acontecimientos se sucedieron en el Mediterráneo. En 1961 Albania rompía relaciones con una Unión Soviética a la que consideraba apartada de la ortodoxia comunista, lo que supuso una reducción de la presencia soviética, compensada con las facilidades obtenidas en Egipto. Aunque los norteamericanos veían con preocupación el creciente poderío de la Quinta *Eskadra* en relación a los países como Argelia, que estaban recibiendo cada vez más material militar soviético. La preocupación para España era doble. Por una parte se veía con más alarma a los submarinos soviéticos; por otra el gobierno de Argel, desde la “Guerra de las arenas” con Marruecos, entre el 8 de octubre y el 4 de noviembre de 1963, podría convertirse en una fuente de problemas si intentaba derribar a la monarquía de Rabat, a la que consideraba demasiado pro – occidental, y crear un foco de inestabilidad en el sur que retrotraería al gobierno de Madrid a los peores momentos de la anarquía en Marruecos a principios de siglo.

Por su parte, Marruecos siguió planteando la reivindicación sobre Ceuta, Melilla, las Chafarinas y los Peñones tanto en la entrevista que mantuvieron en Barajas en junio de 1963 Franco y Hassan II como en la visita de Manuel Fraga Iribarne, ministro de Información y Turismo, los días 10 y 11 de julio, pero siempre enmarcándola en un acuerdo general en la cuestión del Estrecho, lo que dice mucho de la visión geopolítica de Rabat. Pero para Marruecos lo más importante era la cuestión del Sahara. Según el razonamiento marroquí, si Argelia era tan poco fiable y tan inclinada a la Unión Soviética, dado que España no se oponía por principio a la descolonización, lo coherente sería entregar el territorio a un amigo de Occidente como Marruecos. La presencia militar española y los fosfatos serían tema de acuerdos para mantener la salvaguardia de Canarias y los intereses mineros españoles. El almirante Carrero Blanco, a la sazón vicepresidente del gobierno, se opuso a cualquier cesión territorial y el asunto quedó pospuesto, creando una fricción permanente durante una década con Marruecos.

También en la década de los sesenta se inició un acercamiento a Europa. País a país, salvo el contencioso de Gibraltar con el Reino Unido, que nunca había enturbiado los lazos económicos, el deshielo había comenzado y en el caso francés, las coincidencias en el Magreb habían suavizado mucho las posiciones de la inmediata posguerra mundial de rechazo e incluso de cierre de fronteras.

Si estratégicamente Europa, Europa occidental en aquellos momentos, estaba subordinada estratégicamente a Estados Unidos, estaba usando los beneficios de dicha dependencia para un fortalecimiento económico notable y había iniciado, a partir de los Tratados, un camino de armonización, al menos económico. La economía española tiene en Europa su espacio natural de comercio y a asegurarlo se dirigieron los esfuerzos una vez que el Plan de Estabilización dio sus frutos. Se podía no depender estratégicamente de Francia o no estar inmersos o afectados por los juegos de poder entre las potencias continentales, pero no se podía obviar el nexo y aún la dependencia económica.

En 1961 el Reino Unido solicitó su adhesión al Mercado Común e iniciaron conversaciones Turquía e Israel. Quedar fuera de esta zona era impensable para España, máxime cuando casi la mitad de sus exportaciones eran a la naciente zona comunitaria. Se temía competir en inferioridad de condiciones con otros países de la zona mediterránea, como ya sucedía con Italia en el aspecto agrícola, y que eso significase un retroceso económico inasumible⁴⁷⁵. Tras el informe Birkelbach del 19 de diciembre de 1961⁴⁷⁶, la cuestión política apareció

⁴⁷⁵ “La nueva política económica del régimen vino a coincidir en el tiempo con la creación en Europa occidental de las dos zonas de libre comercio que determinarían la evolución económica del continente en los años siguientes: la CEE y la EFTA. Este hecho planteó un dilema a las autoridades franquistas, que no querían ver comprometidos sus planes aperturistas por una posición desfavorable en los mercados europeos, pero que tampoco parecían tener muy claro hacia cuál de estas dos nuevas estructuras de integración económica era más conveniente aproximarse. El régimen vacilaba además ante las implicaciones políticas que tal aproximación pudiera acarrearle. [...] La llegada de la solicitud española de febrero de 1962 causó cierta impresión en las esferas comunitarias europeas. Se trataba de la primera petición proveniente de un régimen dictatorial y en ella, además, el gobierno español abogaba por una “asociación susceptible de llegar en su día a la plena integración”. La tesis que se expondrá a continuación plantea que la solicitud española abrió por primera vez en el seno de las Comunidades Europeas el debate en torno a los límites políticos de los acuerdos de asociación y adhesión suscritos en nombre de éstas, la a menudo llamada “condicionalidad política”, y que si bien las circunstancias de la época —la puesta en marcha de las fases transitorias fijadas por el tratado de Roma y el marasmo de las primeras crisis políticas internas de la CEE— relegaron el asunto a un segundo plano, de forma tal que en el caso de España se llegó a una solución intermedia de conveniencia que resultaría en el Acuerdo Preferencial de 1970, los argumentos entonces manejados contribuirían a la evolución de los postulados comunitarios en torno a esta cuestión, los cuales no serían fijados en su forma jurídica definitiva hasta varias décadas después.”. Victor Fernández Soriano. *Las Comunidades Europeas frente al franquismo: problemas políticos suscitados por la solicitud española de negociaciones de 1962*. Cuadernos de Historia Contemporánea, vol. 32, págs. 155 y 156.

⁴⁷⁶ Texto en francés disponible en :

https://www.cvce.eu/obj/informe_de_willi_birkelbach_sobre_los_aspectos_politicos_e_institucionales_de_la_adhesion_o_de_la_asociacion_a_la_comunidad_19_de_diciembre_de_1961-es-2d53201e-09db-43ee-9f80-552812d39c03.html

como insalvable y como el presidente francés De Gaulle pensaba que Europa era una cuestión europea y no atlántica, vetando la entrada de Gran Bretaña por haber aceptado el primer ministro Mac Millan en la reunión de las Bahamas en diciembre de 1962 la subordinación del programa nuclear británico al norteamericano, estaba claro que no habría posibilidad de incluir el apoyo norteamericano a la candidatura española en más negociaciones. España tendría que abrirse camino en Europa ella sola y únicamente lo haría sin problemas con el cambio de régimen político. Sin embargo, la OTAN, la CEE y Gibraltar saldrían a relucir, siempre inútilmente, en todas las negociaciones con Estados Unidos.

En 1967 se abordó la siguiente negociación con Estados Unidos. Se lanzaron maniobras de diversión a costa de la renovada cercanía a De Gaulle y de la publicación del “Libro Rojo” sobre Gibraltar. El embajador en Washington, Merry del Val, llegó a decir que Occidente no tenía garantizado el apoyo español en las circunstancias del momento. Sin embargo, y para sorpresa de Madrid, el 2 de enero de 1963 18 buques de la VI Flota norteamericana atracaron en Gibraltar. Si España necesitaba una indicación de hasta dónde llegaba la solidaridad atlántica y las posibilidades de obtener un rédito internacional de las bases en aquellos momentos ahí la tenía claramente. De forma ingenua se iniciaron contactos con Moscú para mejorar las relaciones comerciales.

Las negociaciones se prolongaron desde julio de 1968 a junio de 1969. Hay que señalar que si en los inicios fueron las Cámaras norteamericanas el ámbito de su administración más favorable a los acuerdos con España, ahora eran el ambiente más hostil. De hecho hubo muchas reticencias en la negociación por parte del Comité de Relaciones Exteriores, motivo por el que tampoco en esta ocasión se elevó la categoría del acuerdo a Tratado, evitándose la consiguiente discusión y la eventualidad de un rechazo que habría obligado a partir de cero.

Lo cierto es que España tampoco había ayudado. El Congreso norteamericano no iba a extender una garantía a España sobre Gibraltar contra el Reino Unido ni a comprometerse por España en el norte de África cuando estaba en plena guerra en Viet Nam. El resultado fue la prórroga del convenio hasta el 26 de septiembre de 1970 y así dar tiempo a un análisis en profundidad de los acuerdos. Si no había entendimiento, a partir de esa fecha comenzaría la retirada

norteamericana. No se llegó a tal y el 6 de agosto de 1970 se firmaban⁴⁷⁷. El Convenio de Amistad y Cooperación, que trataba de múltiples aspectos, dedicándose solo un capítulo, el VIII Cooperación para la defensa, a los aspectos militares. La duración se estableció en cinco años prorrogables por otros cinco si no había mayores inconvenientes. El aspecto más significativo era que desaparecía la capacidad norteamericana de uso sin aviso en caso de crisis, debiendo “consultarse urgentemente” cualquier medida militar que procediera de las bases. De forma significativa en este año se conceden facilidades pesqueras a los soviéticos en Canarias, con el doble objetivo de intimidar a Marruecos, introduciendo un actor nuevo y ajeno al tradicional sistema euro – africano en la zona y perjudicar a la economía gibraltareña, que tenía en los suministros a los pesqueros soviéticos una fuente de ingresos. Este deshielo llegará al máximo en 1973 con el establecimiento de oficinas comerciales en Madrid y Moscú⁴⁷⁸.

Cuando la estrategia española parecía estar encarrilada: Convenio con los Estados Unidos, compra de aviones Mirage III y conversaciones de estados mayores con Francia y al menos un Acuerdo Preferencial con CEE, aconteció la crisis final, demostrando que el Régimen dependía de las personas que lo dirigían. El asesinato del almirante Carrero Blanco en 1973, recién nombrado presidente del gobierno por Franco en el inicio de su decisivo declive físico, marcó el comienzo de estos problemas.

En 1974 se produce un enfrentamiento serio con la Santa Sede a cuenta del caso del obispo de Bilbao, Antonio Añoveros Ataún, en el marco de un resurgimiento del nacionalismo vasco y de las acciones de la organización terrorista ETA, entre ellas el reciente atentado contra Carrero Blanco. El arresto domiciliario del obispo y la posición de la Conferencia Episcopal, cuyo presidente Vicente Enrique y Tarancón, se enfrentó con el gobierno llegándose a la amenaza de excomunión, demuestra lo lejos que se había llegado en el desencuentro entre Iglesia y estado confesional, cuya sintonía había sido una de

⁴⁷⁷ Publicado en el BOE nº 231 de 26 de septiembre de 1970, fecha de la entrada en vigor. <https://www.boe.es/boe/dias/1970/09/26/pdfs/A15915-15918.pdf>.

⁴⁷⁸ Juan Carlos Pereira. *Opus cit.*, págs. 190 y 191.

las características del Régimen y el único canal de comunicación exterior en los años iniciales del aislamiento tras la Segunda Guerra Mundial.

Otro aspecto de la crisis fue la “Revolución de los Claveles” que el 25 de abril de 1974 supuso la caída del régimen del *Estado Novo* en Portugal. Cayó no solo un socio estratégico firme, que había defendido siempre la integración de España en la OTAN, sino que se inició un apresurado proceso de descolonización que afectó al proyecto español de transferencia de soberanía del Sahara. Aunque sin la trascendencia de Portugal, la caída del “Régimen de los Coroneles” en Grecia tras el fracaso de la anexión de Chipre y la intervención turca, el 24 de julio de ese mismo año, dejó a España como único país del Occidente europeo con un sistema autoritario. Las negociaciones para la extensión del Convenio con los Estados Unidos también empezaron con los consabidos fracasos.

En septiembre, y vista la debilidad de la posición española, el rey Hassan II lanza una ofensiva diplomática para la anexión del Sahara, llevándola al Tribunal de La Haya para solicitar devolución, y no el referéndum de autodeterminación como había pedido la ONU, en virtud de los lazos que ligarían al territorio con Marruecos. La inesperada recuperación de Franco, quien había tenido que ceder temporalmente la jefatura del Estado al príncipe don Juan Carlos, atemperó el ímpetu marroquí, que tampoco deseaba un enfrentamiento abierto. Hassan II, que había sufrido sendos atentados en 1971 y 1972, veía ahora la ocasión de un gran golpe de efecto que restaurase su prestigio entre la población y, sobre todo, entre las fuerzas armadas.

La situación de aislamiento internacional de España que recordaba a la de 1946 tras la ejecución de las condenas a muerte a terroristas de ETA y del Frente Revolucionario Antifascista y Patriótico (FRAP), junto a la fase terminal de la enfermedad de Franco, constituyó una ventana de oportunidad que Marruecos no iba a desaprovechar⁴⁷⁹. Sabiendo que el Tribunal de La Haya no iba a refrendar sus tesis, y temiendo que España acelerase el proceso del referéndum, Hassan II lanzó la idea de la “Marcha Verde”, una invasión civil del territorio

⁴⁷⁹ “De lo que no cabe duda es que Hassan II no vaciló en aprovechar la aguda crisis que sufría España con la aguda enfermedad de Franco. Parece que cuando don Juan de Borbón le telefoneó para testimoniarle su honda preocupación por el riesgo en que la cuestión del Sahara ponía a la transición española, el monarca marroquí le respondió «Dígame que otro momento sería mejor para plantearlo».”. Manuel Espadas Burgos. *Opus cit.*, pág. 260.

saharai. España estaba sola. Los conflictos contra Marruecos habían sido desalentados en el pasado por Estados Unidos y ahora sucedería lo mismo. Se daba por seguro que los norteamericanos cortarían el suministro de piezas de recambio y municiones en caso de guerra, a pesar de lo cual siempre se pensó que una victoria rápida era posible. Francia, por el contrario, mantuvo el canal de venta de material durante toda la crisis, llegando en aquellos días los primeros carros de combate no norteamericanos en veinte años.

España se enfrentó, por primera vez, a una alternativa imposible. Si se llegaba a la confrontación militar con Marruecos, dado que las posibilidades de victoria eran muy elevadas, el conflicto podía suponer la caída de la monarquía marroquí y una situación de inestabilidad de consecuencias impredecibles que podían afectar a todo el Magreb, por no hablar de la más que posible implicación en la zona durante un tiempo prolongado, con el consiguiente coste económico, y político tanto en el exterior como en el interior. Todo ello en el momento de máxima incertidumbre política en España. Evidentemente la apuesta marroquí era arriesgada, pero sabedores que si no rebasaba ciertos límites y no trataba de humillar a España, no sería cubierta por el gobierno de Madrid tampoco era, estratégicamente hablando, un salto en el vacío.

Asumida de nuevo la jefatura del estado, el príncipe don Juan Carlos consiguió evitar un conflicto militar sin herir la susceptibilidad de unas Fuerzas Armadas que iba a poner a prueba durante la próxima Transición, y el control del territorio se entregó a Marruecos y Mauritania para que procediesen a realizar el referéndum ordenado por la ONU.

6. 4. Consideraciones geopolíticas

El periodo de 1945 a 1975 define unos cambios en el sistema geopolítico mundial que forzosamente van a afectar al español.

En primer lugar el final de la Segunda Guerra Mundial supuso el fin de una alianza entre la Unión Soviética y las potencias occidentales, tan extraña como la que ésta había mantenido con el III *Reich*, y el inicio de una pugna que se ha denominado la Guerra Fría en el que el enfrentamiento militar fue sustituido por una intensa labor de propaganda ideológica y política; una carrera de armamento, fundamentalmente nuclear, sin parangón y una cadena de conflictos menores. Las características de un posible enfrentamiento militar directo incluían un creciente empleo de armas nucleares, cuya tecnología, despliegue y posibilidades mantuvieron el umbral de enfrentamiento en las tipologías antes enunciadas. La posibilidad de que un error de cálculo o un accidente desencadenasen una serie de acciones con armas nucleares hasta la virtual aniquilación de los contendientes alimentó el autocontrol, pero nunca la renuncia al posible empleo de dichas armas.

La geopolítica alcanzó una comprensión global porque el alcance inicialmente limitado de los vectores que transportaban las cabezas nucleares, y lo impreciso de los procedimientos de ataque, hacían que el ocupar localizaciones que permitiesen el empleo rápido de dichos vectores y una adecuada dispersión que evitase su destrucción en un ataque sorpresa generasen, desde ambos puntos de vista, una serie de localizaciones geográficas vitales como origen de acciones sobre el adversario. Así, la Península Ibérica se vio revalorizada hasta el punto que su posición para originar represalias contra fuerzas soviéticas terrestres que invadiesen Europa occidental, atacar el territorio occidental soviético o cerrar a las fuerzas navales enemigas el Estrecho de Gibraltar o incluso apoyar el esfuerzo aliado en una hipotética batalla del Atlántico, se consideró vital para la estrategia norteamericana.

Por otra parte, la estimación general de que una guerra general entre los bloques encabezados respectivamente por los Estados Unidos y la Unión Soviética sería

de unas características que impedirían que una declaración de neutralidad al uso evitase a cualquier país sufrir sus consecuencias, al menos de forma pasiva en forma de contaminación nuclear, hicieron que España no tuviese razones para mantener la tradicional política de neutralidad entre alianzas, más o menos matizada, que había observado en los conflictos anteriores.

Surgió así una perspectiva geopolítica atlántica asimétrica entre España y los Estados Unidos. Para España se trataba de insertarse en el mundo occidental y la manera más fácil de sortear el rechazo que suscitaba el régimen político fue la de, en virtud del anticomunismo, ofrecerse como plataforma, dadas las ventajas antes expresadas, sin que la recompensa material fuese comparable a la recibida por otros países. Por desfavorables que fuesen los acuerdos hispano – norteamericanos en otros aspectos, en el aspecto político constituyeron el eje central de la política exterior de Franco, y desde este punto de vista rindieron unos resultados excepcionales, significando el final de cualquier opción para la oposición externa, fuese cual fuese su ideología. Si el líder del mundo occidental avalaba con su reconocimiento a la España de Franco ninguno de sus aliados tenía motivo para, al menos, no mantener las formas con el gobierno de Madrid.

Se restauró así un mínimo del Eje norte que desde, el Congreso de Viena, había supuesto un desequilibrio en favor de Francia y Gran Bretaña similar al que ahora se producía en el Atlántico. Sin la capacidad de influencia de antaño, el desinterés por España en el marco de las relaciones intra - europeas fue total y la voluntad de no depender de un solo aliado se frustró.

En segundo lugar el proceso de descolonización, por el agotamiento franco – británico tras su victoria sobre Alemania, no solo acabó con el breve sueño imperial español. Generó un poder en el sur que no fue comprendido en su capacidad al inicio de su existencia. Se trataron de retomar las relaciones en el punto en que se habían dejado en 1912, lo que era imposible después de la experiencia del Protectorado y la situación mundial de la Guerra Fría. Con una lógica geopolítica impecable los Estados Unidos establecieron una relación privilegiada con Marruecos dentro del Mundo Árabe que les asegurase la complacencia de la costa opuesta del Atlántico a ambos lados del Estrecho. Por este motivo, y como de las dos potencias protectoras España era la más débil y la más cercana, Marruecos obtuvo casi todas sus reivindicaciones en el plazo de

poco más de veinte años. Y se revivió una situación que no se conocía desde hacía siglos, una potencia en el sur que chocaba en sus ambiciones territoriales, búsqueda de recursos y de influencia con España.

Por otra parte, ni en el Mediterráneo ni en Hispanoamérica se realizó una labor más allá del establecimiento de una sólida red diplomática que sería de utilidad con posterioridad. La capacidad de influencia se demostró de corto radio y la capacidad de acción exterior siempre estuvo modulada por la situación interna. España acabó en 1975 como empezó en 1945, aislada. Afortunadamente, se trataba de una situación que se revertiría rápidamente, pero que demuestra la dificultad para articular una estrategia por el carácter particular del Régimen del 18 de Julio desde su inicio. Mientras que al Régimen le fue extremadamente sencillo identificar y combatir a sus enemigos: el comunismo tanto en su versión soviética como en la oposición en el interior y los partidarios de volver a un régimen de partidos que legalizase la posición de aquél, le fue mucho más difícil identificar aliados. Con una capacidad de conocer el sistema global de la Guerra Fría bastante notable, no fue capaz de desenvolverse en el subsistema de Europa occidental.

7. ESTRATEGIA Y GEOPOLÍTICA ESPAÑOLAS. DESARROLLO HISTÓRICO 1975 / 2010

7.1. La Estrategia de la Democracia

En los primeros diez años tras la muerte de Franco, el sistema político evolucionó mediante un paso sin sobresaltos, mediante una inteligente labor de reforma del sistema desde dentro, a una democracia homologable a cualquiera de las que existían en los países europeos no dominados por los soviéticos. Las cuestiones de índole interno: arquitectura política con especial incidencia del sistema territorial, terrorismo, ajuste económico e involución centraron los esfuerzos políticos sin que se hiciera otro esfuerzo exterior que el de mostrar la nueva realidad y el uso de las organizaciones multinacionales, como el Consejo de Europa⁴⁸⁰, que tenían criterios políticos de pertenencia, para avalar de cara al interior la marcha del proceso de reforma.

Sin embargo, el primer desafío geopolítico que hubo que afrontar fue el que se planteó en el sur con el peligroso juego emprendido por una organización independentista canaria, el Movimiento por la Autodeterminación e Independencia del Archipiélago Canario (MPAIAC), movimiento marginal que, sin embargo fue empleado por Argelia en su enfrentamiento por el Sahara Occidental, al considerar que España la había traicionado al no oponerse militarmente a Marruecos. La idea argelina era desequilibrar el flanco marroquí con un gobierno favorable en un hipotético estado independiente en las islas⁴⁸¹. Lo más grave fue el eco que dicho movimiento, apoyado por el gobierno del presidente argelino Houari Boumédiène, tuvo en la Organización para la Unidad

⁴⁸⁰ España entró a formar parte de dicha organización en 1977, en pleno proceso de reforma y sin una constitución democrática propiamente dicha en vigor. Se trató más de un gesto de ánimo y de respaldo al proceso que otra cosa.

⁴⁸¹ "La independencia cuenta con cierto apoyo, especialmente entre los partidos de izquierda, pero su éxito es improbable en un futuro próximo debido al alto de integración cultural y política de las islas con el territorio continental.". Jocelyn Murray. *África. El despertar de un continente*. Círculo de Lectores, Barcelona, 1989. pág. 124. El libro, originalmente publicado en el Reino Unido el año anterior, refleja cómo caló el episodio independentista en algunos círculos intelectuales europeos.

Africana (OUA), que llegó a crear un comité *ad hoc* para el caso canario. Este asunto implicó incluso una gira del rey Juan Carlos I para explicar la postura española y la realidad del archipiélago.

Aunque el asunto no tuvo más recorrido y en 1978 Argelia le retiró al MPAIAC las facilidades para emitir propaganda radiofónica, reveló que el Eje sur debía de ser atendido y que el conflicto entre Marruecos, Mauritania, Argelia y el Frente Polisario iba a exigir una participación española activa para ir desactivando todas las ocasiones de conflicto que los diversos actores iban a ir tendiendo a Madrid buscando que se involucrara o se abstuviera.

Pero lo más importante era, aparte de episodios como el de Canarias o el recurrente conflicto con Marruecos por la pesca, el desconcierto general de la administración respecto al papel internacional de una España democrática y qué rumbo tomar. El afán por parecer diferentes a Franco, fundamentalmente de cara al interior, llevó a vacilaciones iniciales, como la presencia del presidente del Gobierno Adolfo Suárez en la cumbre de los No Alineados en La Habana en 1979.

El análisis estratégico / geopolítico señalaba que los vectores de interacción con poderes externos seguían siendo los mismos con Franco o sin él. Al norte, el sistema europeo, que había dejado de ser un espacio de confrontación armada para transformarse en uno de colaboración económica con una voluntad de una indefinida aspiración de integración política donde la pugna era por el liderazgo del grupo, al que España ni se planteaba optar. Al oeste el sistema atlántico de relaciones económicas y estratégicas con Estados Unidos que se superponía con el europeo en la defensa común frente al expansionismo soviético y al sur el que marcaba la presencia de un renovado grupo de naciones en el Magreb de reciente independencia, con una conflictividad tanto interna como entre ellas y una serie de contenciosos de todo orden con España. Refugiarse en un neutralismo inocente no era una opción realista y no se tomó ese rumbo. Sin embargo, había una corriente favorable a una postura particular que mantuviera una política exterior centrada en el Mundo Árabe e Hispanoamérica.

El 15 de junio de 1980 se anunció que al año siguiente comenzarían conversaciones para el ingreso de España en la OTAN, que comenzaron

efectivamente en junio para anunciarse el ingreso el 30 de mayo de 1982. Más allá de que prácticamente no había alternativa estratégica y que era una muestra de aceptación por parte de una comunidad que había rechazado al anterior régimen de forma sistemática, el procedimiento, la falta de gran acuerdo previo al debate parlamentario, lastró de forma innecesaria el debate sobre política de defensa y las mismas condiciones de pertenencia⁴⁸².

Como en el caso de los acuerdos con los Estados Unidos, la existencia de los territorios españoles del norte de África supuso una renuncia en la negociación. España se veía obligada a un tipo indeterminado de respuesta frente a un ataque a cualquier territorio europeo o americano de sus aliados, pero su principal área de conflicto, el sur, estaba fuera de cobertura, repitiéndose la situación de 1953. Marruecos seguía estando en el mismo bando de la Guerra Fría y nadie de ese bando quería tener que asumir aunque fueran sanciones comerciales contra el reino alauita o el apoyo a España en un hipotético conflicto entre ambos. Las amenazas a la seguridad en el sur acabarían siendo oficialmente asumidas como la “amenaza no compartida” y seguirían siendo la fuente principal de preocupaciones en materia exterior⁴⁸³. La pesca a diario y el telón de fondo de las reivindicaciones sobre las plazas africanas fueron los escenarios en que se desarrollaron las relaciones hispano – marroquíes.

A esto hay que sumar que en los momentos de la adhesión de España a la OTAN el flanco sur se consideraba algo secundario a la batalla fundamental que se esperaba en la llanura centro europea con un seguro intento de involucramiento del Pacto de Varsovia por el norte. La dificultad de movimiento para el tipo de guerra convencional que se esperaba en el flanco sur, formado por una serie

⁴⁸² Votaron a favor en el Congreso la UCD, Coalición Democrática (antecesor de Alianza Popular), CiU, UPN y PNV, y en contra del PSOE, el Partido Comunista, el Partido Socialista Andaluz, Euskadiko Ezkerra, Esquerra Republicana de Catalunya, el Partido Aragonés Regionalista y Unión del Pueblo Canario.

⁴⁸³ Como dice el Artículo 6 del Tratado de Washington: “A efectos del artículo 5, que señala la obligación de apoyo colectivo frente a las agresiones a un miembro de la alianza, se considera ataque armado contra una o varias de las Partes: un ataque armado contra el territorio de cualquiera de las Partes en Europa o en América del Norte, contra las fuerzas de ocupación de cualquiera de las Partes en Europa, contra las islas bajo jurisdicción de cualquiera de las Partes en la región del Atlántico norte al Trópico de Cáncer o contra los buques o aeronaves de cualquiera de las Partes en la citada región.”. Gustavo Suárez Pertierra (Compilador) *Legislación Básica de Defensa*. Tecnos Madrid, 1994, pág. 225. Se salvaban las Canarias pero no el norte de África.

discontinua de Penínsulas desde Anatolia a la Ibérica, lo convertían en el escenario secundario⁴⁸⁴.

El procedimiento de entrada en la OTAN supondría una crisis interna para el Partido Socialista Obrero Español⁴⁸⁵. El programa para las elecciones que le llevarían al poder por primera vez en 1982 incluía la no integración en la estructura militar y la convocatoria de un referéndum a la vez que se abogaba por una relación más “equilibrada” con los Estados Unidos. No obstante, en una reunión en Santo Domingo en agosto de 1982 en la que participaron, entre otros, el futuro presidente del gobierno Felipe González y el futuro embajador norteamericano en Madrid Thomas Enders, el primero aseguró que los intereses norteamericanos en España no estarían en riesgo en el caso de su victoria⁴⁸⁶.

En el Consejo Atlántico del 9 de diciembre de 1982, el nuevo ministro socialista de Asuntos Exteriores, Fernando Morán, anunció que se suspendía la integración de España en la estructura militar de la OTAN, creándose una comisión interministerial en España para el estudio de la modalidad de inserción de España en la Alianza. La cuestión era que se cumplieran al máximo las condiciones en las que el Congreso había autorizado la adhesión:

- No permitir, sin autorización, el almacenamiento o instalación de armas nucleares de la Alianza.
- Garantía de seguridad para todo el territorio español peninsular o extrapeninsular y vincular la pertenencia a la recuperación de Gibraltar, la negociación de entrada en la Comunidad Económica Europea y el fortalecimiento de la defensa y la soberanía sobre toda España.

⁴⁸⁴ Para un análisis militar de los primeros momentos de la pertenencia española a la OTAN sirva como ejemplo la obra de Eduardo Munilla Gómez. *Estrategia Militar Española*. Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército. Madrid. 1984, págs. 162 a 165.

⁴⁸⁵ El Partido Comunista encabezó una confluencia de fuerzas de izquierda opuestas a la pertenencia a la OTAN y que propiciaban el No en el referéndum de 1986 que fue el germen de Izquierda Unida. La postura más sorprendente fue la de Alianza Popular solicitando la abstención, lo que propició, junto a unos desfavorables resultados autonómicos en el País Vasco, el fin del liderazgo de Manuel Fraga.

⁴⁸⁶ Rafael Calduch (Coordinador). *Opus cit.*, Antonio Marquina Barrio. *La evolución de la Política de Seguridad española (1982 – 1992)*, pág. 370.

La segunda parecía más llamada a hacer descarrilar cualquier negociación que a llevar el proceso a buen puerto. Además se pretendía que los acuerdos con Estados Unidos mantuviesen un carácter bilateral y no se subordinasen a la OTAN, para lo que se redactó un protocolo, negociado con los norteamericanos, que consagraba la desvinculación de los acuerdos con Estados Unidos de la pertenencia a la OTAN, y se posibilitaba la revisión o modificación en cualquier momento, especialmente si España abandonaba la Alianza. Como en el régimen anterior, la visión de la situación en materia de política exterior y de defensa estaba alejada de la realidad.

Esa bilateralidad exclusiva en los acuerdos era imposible y modificar los acuerdos para que esto sucediese poco menos que técnicamente imposible. Las bases siempre habían sido: “Bases para la defensa de Europa, no de España, compromiso español de apoyo militar en caso de conflicto en Europa”⁴⁸⁷. Además, se cometía el mismo error de asociar a una negociación militar con otros países problemas políticos exclusivamente españoles. La OTAN llevaba desde 1949 sin España y podía seguir sin ella, pero la situación española, el intento del golpe de estado del 23 de febrero de 1981 así lo atestiguaba, exigía un anclaje institucional al grupo de países democráticos de Europa lo más rápido y completo posible.

Continuando con la definición de una política de seguridad y defensa, sobre la que siguió sin existir consenso, el 23 de octubre de 1984 el presidente del gobierno presentó en el Congreso un “Decálogo” sobre el asunto en el que aparecían referencias al pensamiento tradicional del PSOE sobre neutralismo y ajuste de las relaciones con Estados Unidos con la inevitabilidad de la pertenencia a la OTAN. Este decálogo sirvió de base para la política de defensa y seguridad hasta el final de la hegemonía del PSOE. De forma resumida venía a decir:

1º. No se pone en duda la pertenencia de España a la OTAN.

⁴⁸⁷ *Ibidem*, págs. 371 y 372.

2. No incorporación a la estructura militar de la OTAN.
3. Progresiva menor presencia de fuerzas norteamericanas en España.
4. No nuclearización de España.
5. Consideración de la firma del TNP en el futuro.
6. Adhesión a la Unión Europea Occidental.
7. Mantenimiento de la reclamación de la soberanía de Gibraltar.
8. Continuar trabajando en la Conferencia Europea de Desarme y presentar su candidatura al Comité de Desarme de la ONU.
9. Red de acuerdos bilaterales de Defensa con los países de Europa occidental.
10. Conseguir un consenso para un Plan Estratégico Conjunto.

La consecuencia fue que se negoció una forma “a la carta” de pertenencia sin incluir a España en la estructura militar. Mediante unos “Acuerdos de Coordinación” las Fuerzas Armadas españolas se comprometían, básicamente, a la defensa del territorio español, lo que ya era su misión constitucional y venían realizando como contribución a la causa occidental en el marco del Convenio con los Estados Unidos⁴⁸⁸. Significaba a efectos prácticos que se armonizaban una serie de características técnicas en los equipos y en las tácticas, técnicas y procedimientos militares, lo que el Ejército del Aire, fundamentalmente, y la Armada, ya venían haciendo desde los años cincuenta.

⁴⁸⁸ Los Acuerdos de Coordinación se refirían a los siguientes temas: defensa de la integridad territorial española; defensa del espacio aéreo español; defensa y control del estrecho de Gibraltar y sus accesos; operaciones navales y aéreas en el Atlántico oriental; operaciones navales y aéreas en el Mediterráneo occidental; y provisión de territorio e instalaciones para recepción de refuerzos en tránsito y apoyo logístico, aéreo y marítimo a dichos refuerzo. La participación española en cada caso, salvo en la defensa del territorio, espacio aéreo y mar territorial que se suponía sería acometida con la totalidad de las capacidades militares, sería discutida y establecida en cada caso concreto, evitándose así la pertenencia a estructuras de mando aliadas y la subordinación de fuerzas militares españolas a estas.

Fueron significativos los resultados de la primera legislatura del PSOE en cuanto a la arquitectura de compromisos en política exterior para alcanzar un doble objetivo: primero el reconocimiento de España como una democracia europea más y su inserción en las estructuras económicas, políticas y de seguridad de la Europa democrática y segundo un calculado distanciamiento de los Estados Unidos en las formas, manteniendo el anclaje atlántico a través de la OTAN más que con los acuerdos bilaterales. Fue representativo de esta perspectiva la decisión de integrarse en la Unión Europea Occidental (UEO), que efectivamente acabó integrándose en la estructura comunitaria como la base de su pilar de defensa, pero cuyo compromiso era mucho más directo que en el caso de la OTAN, puesto que no se hablaba de coordinar respuesta sino de contribuir a una respuesta militar automática⁴⁸⁹ y ello sin merecer la oposición frontal que había recibido la OTAN, quizás porque el calificativo de “europeo” imponía una barrera a la crítica. Hay que destacar que se ingresó con los mismos condicionantes que en la OTAN:

“Una vez que España confirmó su permanencia en la OTAN en 1986, y accediendo a las peticiones del Ejecutivo presidido por Felipe González, el Consejo de Ministros de la UEO acordó en abril de 1988 iniciar las negociaciones con el Gobierno de Madrid que iban a llevar a España a ingresar como miembro de pleno derecho en la organización defensiva europea. Al mes siguiente comenzaron en Londres —Reino Unido ostentaba la Presidencia de turno— las conversaciones que giraron en torno a la desprotección en la que quedaban tanto Canarias como Ceuta y Melilla, pues el Tratado de Bruselas sólo protegía el territorio continental europeo. La desnuclearización de Europa, la asunción por parte de Madrid de la Plataforma de La Haya y la forma de tratar el contencioso de Gibraltar fueron otras cuestiones a tratar.”⁴⁹⁰.

⁴⁸⁹ “Art. V. En el caso de que una de las Altas Partes Contratantes fuere objeto de de una agresión armada en Europa, las otras, de acuerdo con lo dispuesto en el artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas, le prestarán ayuda y asistencia por todos los medios a su alcance, tanto militares como de otra índole”. En el Artículo 5 del Tratado de Washington la formula dice que “[...] cada una de ellas [...] asistirá a la Parte o Partes así atacadas, adoptando seguidamente, individualmente y de acuerdo con las otras Partes, las medidas que juzgue necesarias, incluso el empleo de la fuerza armada para restablecer y mantener la seguridad en la región del Atlántico Norte”. Como puede apreciarse el compromiso en la OTAN es más suave. Texto de los Tratados de: Gustavo Suárez Pertierra (Compilador). *Opus cit.*, Respectivamente págs. 243 y 225.

⁴⁹⁰ Francisco José Rodrigo Luelmo. *La adhesión de España a la UEO* http://www.cvce.eu/obj/la_adhesion_de_espana_a_la_ueo-es-7a3c69b6-cfcb4793-af45-256a865d62c6.html. Consultado el 03 de septiembre de 2019.

Por otra parte, la “tradicional amistad con los países árabes” empezó a rendir frutos económicos, principalmente en el área del Golfo Pérsico, al igual que el vínculo con Hispanoamérica. Los dos bloques de interés político en los cincuenta se transformaron en áreas de interés económico en los ochenta, colaborando de forma notable en el despegue de la economía española.

Una muestra de hasta qué punto era importante el anclaje europeo es la nota que el Ministerio de Asuntos Exteriores español dirigió al británico en el que se le comunicaba que:

“Siguiendo las instrucciones de mi Gobierno, tengo la honra de hacer constar, en relación con la firma y posterior ratificación del Tratado relativo a la Adhesión del Reino de España a las Comunidades Europeas y la aplicación de la normativa comunitaria al territorio de Gibraltar, en los términos convenidos en el acta relativa a las condiciones de adhesión, que dicha adhesión no implica por parte del Reino de España ninguna modificación en su posición con respecto a Gibraltar y no afecta al proceso negociador bilateral establecido de conformidad con lo dispuesto en el Comunicado conjunto acordado con vuestra excelencia en Bruselas el 27 de noviembre de 1984.”⁴⁹¹.

Desde el 7 de diciembre de 1982 se había reabierto la verja al tráfico peatonal, con lo que, de hecho, se había renunciado a la principal herramienta de presión en bien de las negociaciones para el acceso a dichas Comunidades, evitándose el veto británico. Se había aprendido la lección de las negociaciones con los norteamericanos y ya no se trataba de pedir precios por la presencia en la OTAN, sino de aceptar el sistema de seguridad occidental con todas las consecuencias. Aquí, el “Decálogo” demostró la poca solidez de algunos de sus propósitos.

Cuando en 1985 España firmó el Tratado de Madrid y accedió a las Comunidades Europeas no se quiso asociar la OTAN con la CEE, al menos de cara al público, aunque ambas admisiones tenían una relación evidente. Por lo demás creció el consenso sobre el decálogo, excepto en lo referente a la retirada norteamericana, que no era bien vista por los conservadores. Finalmente se celebró el referéndum sobre la permanencia, o no en la OTAN el 12 de marzo de 1986, siendo aprobada por una mayoría cómoda del 52,54% frente a un 39,83% en contra y un 6,54% de votos en blanco. Como se puede apreciar, toda la

⁴⁹¹ BOE nº 291, de 5 de diciembre de 1985, páginas 38508 a 38508. Disponible en https://www.boe.es/diario_boe/txt.php?id=BOE-A-1985-25452

atención está puesta en el eje geopolítico europeo que era en el que España tenía volcadas todas sus esperanzas, no solo de defensa sino de garantía democrática, al establecerse un nexo cuyo corte sería tan costoso que imposibilitaría cualquier involución. Se pretendía también que la relación con el eje atlántico se enmarcase en el europeo para buscar un equilibrio en la relación.

7.2. España en el mundo Post – Soviético

Así se llegará al hito más importante de la segunda mitad del siglo XX, la desaparición de la Unión Soviética y, por tanto, de la posibilidad real de una confrontación militar a gran escala en Europa. España se encontró, como todo Occidente, en una disyuntiva estratégica. No había amenazas directas contra el territorio OTAN, la nueva Federación Rusa estaba sumida en un marasmo económico y político que permitió incorporar a los países del antiguo Pacto de Varsovia a la OTAN y a la Unión Europea. El vector estratégico europeo se institucionalizó de forma definitiva, integrándose España como uno de los países con más fe en un futuro de integración europea en el que, por otra parte, se esperaba que se disolviesen las tensiones territoriales.

El 27 de marzo de 1992 el presidente del gobierno firmó la Directiva de Defensa Nacional I/92 que consagraba tres campos de actuación:

- El “derivado de la propia soberanía”.
- El que venía dado por la “interdependencia con las naciones del entorno español” con especial atención a las dimensiones europeas y Atlántica. Es decir a los compromisos que surgieran de la OTAN y la UEO.
- El que se derivase de la actuación como miembro “solidario” de la ONU.

Se inicia aquí una visión de “cajón de sastre” en la que la indefinición estratégica pos – Guerra Fría del mundo hace que se esté dispuesto a intervenir en cualquier parte con cualquier país amigo – aliado. Se busca un nuevo neutralismo que resulta de unas posibilidades de intervención tan amplias que acaban en ninguna. Las “operaciones de paz” resultan una popular alternativa a la participación en conflictos aunque su impacto en el sistema estratégico propio del Mediterráneo occidental y el Magreb es nulo. Baste como ejemplo el veto marroquí a la participación de militares españoles en la misión de las Naciones Unidas en el Sahara Occidental MINURSO.

Con la victoria del Partido Popular en las elecciones de 1996 esta aspiración estratégica global se generaliza, y ante la parálisis estratégica europea se busca una mayor coordinación con los Estados Unidos, que en esos momentos, tras el fin de la Guerra Fría y la victoria en la Guerra del Golfo de 1991, se había convertido en el hegemón indiscutible. El panorama estratégico parece que va decantándose hacia una hiperpotencia, los Estados Unidos, unos campeones regionales: Rusia, China y la Unión Europea; y los que como la India, Israel o Irán destacan en sistemas estratégicos específicos. España aspira a convertirse en el aliado de referencia en la Europa continental, buscando repetir pautas militares británicas. Lo cierto es que la respuesta británica a estas pretensiones fue siempre muy negativa, Francia se sintió hondamente preocupada por cuanto el respaldo anglosajón pudiera suponer que España optara por una presencia en el Magreb que amenazase los intereses y la influencia de París, lo contrario de lo ocurrido con la incorporación española al Eurocuerpo que era un proyecto percibido en Washington como una forma de debilitar a la OTAN.

Un acontecimiento importante para ver la sistematización de las ideas estratégicas en aquel momento fue la publicación del *Libro Blanco de la Defensa 2000*. En él se encuentra la base del posterior desarrollo del modelo estratégico a que aspiraba el gobierno del momento. La introducción⁴⁹² ofrece la visión de una España que, como ya no está aislada, “ha vuelto a ocupar un lugar importante en la comunidad internacional”, por esa razón pertenece al sistema defensivo occidental.

Es el primer documento en el que de manera oficial se definen los ejes geopolíticos españoles aunque enmarcados en una voluntad de proyección global. Empieza diciendo que:

“En primer lugar, el escenario estratégico actual, caracterizado por el fenómeno mundial de la globalización, nuestra posición geopolítica confiere indiscutiblemente una orientación universalista a la percepción y consiguientemente a la protección de nuestros intereses, a nuestra presencia en el mundo y a nuestros esfuerzos de cooperación internacional en apoyo a la paz y la estabilidad.

⁴⁹² Ministerio de Defensa. *Libro Blanco de la Defensa*. Secretaría General Técnica del Ministerio de Defensa. Centro de Publicaciones. Madrid 2000, pág. 23.

No obstante, históricamente España ha tenido una mayor presencia y proyección en tres ámbitos geopolíticos: europeo, mediterráneo y atlántico, que continúan siendo de especial relevancia para la acción exterior española. Desde el siglo XVI, el eje europeo proyectaba el poder, la cultura y la influencia española en el mismo corazón de Europa a través de Flandes. El eje mediterráneo se afirmaba hacia Levante en la prolongación de España que representaba el Reino de Nápoles y de las Dos Sicilias, y el eje atlántico proyectaba a España hacia el Nuevo Mundo y llegaba hasta las Islas Filipinas en las puertas del Oriente.”⁴⁹³.

Como se puede ver los “ámbitos”, que en este estudio se han denominado ejes o vectores, no comprenden uno hacia el sur, sino hacia el este. La idea mediterránea se proyecta hacia Italia pero no se amplía hacia el Magreb. Sin embargo más adelante se firma que:

“Los intereses vitales son, en realidad, los elementos constitutivos del Estado que deben preservarse de cualquier agresión: el territorio peninsular y extrapeninsular con sus accesos aéreos y marítimos, la población, el ordenamiento constitucional, la soberanía y la independencia.

Son intereses estratégicos aquellos que aportan seguridad a nuestro entorno y cuya protección contribuye decisivamente a la defensa de los intereses vitales. Destacan entre ellos los que se derivan de la situación geográfica y condición marítima de España. Por su trascendencia y permanencia, reciben particular atención de nuestra Política Exterior. Puesto que el territorio español comprende territorios extrapeninsulares, el ejercicio de la soberanía depende de que se asegure el libre uso de las vías de comunicaciones tanto marítimas como aéreas entre las distintas partes del territorio. España defiende la idea de conseguir una Europa más integrada y estable, interés que comparte con los socios y aliados y extiende al ámbito euroatlántico. Por condicionantes geográficos, España tiene especial interés en la zona del norte de África cercana a nosotros que, con sus aguas atlánticas y mediterráneas adyacentes, forma parte de nuestro entorno geoestratégico natural. Por ello, España dedica atención preferente al Mediterráneo, particularmente al área del Mediterráneo Occidental, y a la del Estrecho de Gibraltar y sus accesos.

España considera prioritaria cualquier medida enfocada a mantener la paz y la estabilidad en el Mediterráneo, y por ello participa activamente en la aplicación de

⁴⁹³ *Ibidem*, pág. 57.

medidas de cooperación y de fomento de la confianza, aspecto al que dedica especial atención y esfuerzo, en particular en sus relaciones con los países del norte de África.⁴⁹⁴

Como se deduce, la idea es que, puesto que el territorio español presenta una discontinuidad geográfica de este a oeste, la soberanía depende de la seguridad en las comunicaciones entre sus partes en vez de la preservación de la integridad territorial mediante la capacidad de asegurar la Península y proyectar capacidades defensivas hacia la zona extrapeninsular. No parece que el párrafo esté bien articulado, salvo que se quiera evitar mencionar de forma explícita la necesidad de vigilancia e intervención si fuese necesario en unas zonas de África, terrestres y marítimas que no se especifican salvo el Estrecho de Gibraltar⁴⁹⁵.

Según el último párrafo mencionado, se aspiraba a aplicar al área del Magreb el mismo modelo que se había establecido en Europa con la Conferencia para Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE) que luego desembocó en la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa OSCE. En el Magreb, ni se daban ni se dan, por ahora, las condiciones para la creación de ese ámbito de confianza. Las diferencias culturales y por ende de cultura política no permitían avanzar fácilmente en ese sentido.

Como ejemplo de lo anterior, la crisis del islote de Perejil con Marruecos en 2002, en mitad del mandato del segundo gobierno presidido por José María Aznar, demostró fundamentalmente la fragilidad del sistema de toma de decisiones de Marruecos, lo que constituía una prueba de su debilidad institucional y la

⁴⁹⁴ *Ibidem*, págs. 69 y 70.

⁴⁹⁵ Es curioso ver la evolución que el Estrecho ha tenido en el pensamiento estratégico español, desde pretender dominarlo para poder evitar el paso a hacerlo para mantener la libertad de navegación a través de él. Esto se puede deducir del párrafo que dice " Junto a estos intereses de carácter geoestratégico hay que destacar también la libertad de intercambios y comunicaciones, que es el propio fundamento de la economía mundial y, muy particularmente, de la de los países comprendidos en la amplia región euroatlántica en la que se sitúa España [...] España, constituida como democracia avanzada y con una economía muy dependiente del exterior en recursos energéticos y en materias primas, tiene un conjunto de intereses que, en gran medida, rebasan a la defensa del territorio y de la soberanía. España necesita tener asegurado el suministro de recursos básicos para mantener el bienestar y fomentar la prosperidad del pueblo español. Cualquier acción de fuerza que pusiera en peligro ese suministro con riesgo de colapso para nuestra economía constituiría una amenaza que sería necesario contrarrestar." *Libro Blanco de la Defensa 2000. Opus cit.*, pág. 70.

posibilidad de que conflictos internos marroquíes desembocasen en situaciones de riesgo para la seguridad de España. Toda la política de apaciguamiento anterior, buena vecindad y colaboración se demostró ineficaz⁴⁹⁶. Pese a lo reducido de los contingentes implicados y lo diminuto del territorio que produjo la disputa, la reacción de apoyo europeo careció de contundencia y la de Estados Unidos fue, como en 1958, la de rebajar tensiones y evitar una situación irreversible entre sus aliados a los dos lados del Estrecho de Gibraltar, con lo que se volvió a demostrar la poca utilidad de un eje atlántico sólido en los problemas del sur.

El 11 de septiembre de 2001 marcó un antes y un después en el concepto estratégico norteamericano y por ende de la OTAN. Por primera vez un país de la Alianza invocaba el artículo 5, pero no contra una potencia extranjera sino contra una organización terrorista, Al Queda, con la que había estado jugando al gato y al ratón por África y Asia desde 1993. Las guerras contra el gobierno islamista de Afganistán en 2001, a renglón seguido de los ataques en Nueva York y Washington, y contra el régimen de Sadam Hussein en Irak en 2003, fueron intentos de aislar a los terroristas islamistas de cualquier país que abierta o supuestamente les diera refugio y que contaron con el entusiasta respaldo del gobierno español. El efecto interno de estos apoyos, sobre todo a la intervención aliada en Irak, fue que se rompió el consenso en materia de Seguridad y Defensa que se había logrado desde el referéndum de la OTAN y que había permitido incluso el cambio del modelo militar español de la tropa de reemplazo a una progresiva profesionalización.

⁴⁹⁶ “Así y todo, posiblemente la gran sacudida social no estuviera determinada por los atentados de Bin Laden, sino por el desagradable y súbito reconocimiento de que tropas de Marruecos habían ocupado el islote Perejil en julio del año 2002. Tras años de creer imposible una agresión militar contra España, por limitada que fuera en este caso, la pesadilla se hizo realidad: o se recurría al empleo de la fuerza, toda vez que las negociaciones no llegaron a resultado alguno, o se perdía la dignidad y la credibilidad internacional [...] Pero Perejil significaría algo más aún que ver hecha realidad una agresión marroquí contra suelo patrio. Pondría de relieve la falta de solidaridad de algunos de nuestros tradicionales aliados, en particular Francia, quien vetaría inicialmente la condena por parte de la UE de la ocupación por la fuerza marroquí y marcaría, tras su mediación, el papel que EE.UU. puede jugar en la zona a nuestro favor. De Perejil y no de Irak provienen algunos de los más importantes malentendidos españoles con sus socios europeos.”. Julia García y Rafael García de Castejón (editores), *Perspectivas exteriores 2004. Los intereses de España en el mundo*. Rafael Bardají y Florentino Portero. *España y la reconfiguración del orden mundial*. Edición conjunta: Estudios de Política Exterior, Fundación para las Relaciones Exteriores y el Diálogo Exterior. Real Instituto Elcano, Biblioteca Nueva. Madrid. 2004, pág. 63.

Aparecía así un vector indefinido en geopolítica en el sentido de que aun cuando necesitaba, como todas las actividades humanas, una localización geográfica, sus acciones no se dirigían contra una nación o naciones para disputar el poder sobre un espacio físico o sobre unos recursos, sino sobre los sistemas de creencias religiosas, morales y culturales de esas naciones a los que consideraba como contrarios al modo de vida que propugna como un valor absoluto. Cualquiera que cayese en la categoría de enemigo del Islam a criterio de la dirección de Al Queda, podía recibir ataques terroristas en su territorio o contra sus intereses a lo largo del mundo.

Si bien no se puede circunscribir el fenómeno terrorista a un territorio específico, aunque sea utilizado por algunos países como un vector de proyección de poder en su visión geoestratégica, en nuestro entorno geográfico la experiencia histórica reciente, desde la Guerra Civil de Argelina de 1991 a 2002 a los atentados en Marruecos o Túnez o la lucha del Ejército mauritano contra los combatientes islámicos, es que los países del Magreb sufren la presencia y la actividad de los más variados grupos terroristas de carácter islamista. La cercanía y facilidad de acceso al territorio español lo convierten, para estos grupos, en un área de operaciones accesible, con una población inmigrante entre la que disimularse y con una repercusión internacional que no lograrían con acciones en sus países de origen salvo en atentados contra intereses extranjeros. Se sustancia así una amenaza, que aunque en realidad puede provenir de todo el mundo, en el caso de España tiene un origen marcado por la geografía.

7.3. Consideraciones geopolíticas

Desde el advenimiento de la democracia España, antaño aislada, ha regresado de forma progresiva al escenario internacional con la voluntad de ser un miembro solidario de las tareas de construcción y mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, en la que está vivamente interesada, tanto por motivos estratégicos como económicos.

Por primera vez en su historia ha habido un verdadero debate político sobre las cuestiones de seguridad y defensa y la construcción de visiones estratégicas y geopolíticas formuladas en público lo cual, más allá de cualquier opinión, es un acontecimiento enormemente positivo.

Como no podía ser de otra manera, los grandes ejes geopolíticos se han mantenido constantes, porque las capacidades de España, aunque hayan ido mejorando de forma sustancial, tampoco permiten la articulación de una estrategia global, por más que España se vea influida en los más diversos ámbitos: político, económico, social, cultural y estratégico por las corrientes y enfrentamientos globales.

El Eje norte, el que relaciona a España con Europa, se ha institucionalizado. España es parte de un proyecto político que aspira a constituirse en un actor global, pero en cuyo seno las tensiones entre los estados que forman el sistema europeo superan las sinergias en su acción exterior conjunta.

España ha sido participante menor del “eje” París - Bonn / Berlín, por cuanto la influencia francesa en la política exterior española siempre ha sido determinante por razón de la posición relativa de ambas naciones y la superioridad francesa durante la mayor parte de esa relación. Como los celos alemanes para tener una participación activa en la acción exterior, por no decir a la intervención militar, dejan el liderazgo estratégico en manos franco – británicas.

Para España es indiferente, en el plano geopolítico, que el Reino Unido permanezca o no en Europa. Su presencia se deja sentir a través de Gibraltar, aunque no sea tan determinante como en el pasado. No porque Gibraltar haya

perdido importancia sino porque la capacidad de proyección geoestratégica británica se redujo de forma notable desde el final de la Guerra Fría. La capacidad de influencia estratégica del Reino Unido sobre la Península en general y sobre España en particular ha disminuido, pero su asociación estratégica con Francia permanece más allá de las desavenencias en otros ámbitos y la capacidad de intervención de ambas en asuntos del Magreb y el Mediterráneo continúa siendo importante, como lo demuestra lo decisivo de la intervención de ambas en 2011 en la intervención de la OTAN para derribar al líder libio Muamar el Gadafi.

Se puede decir que la relación con Europa es el resultado inevitable de la geografía. Es extraordinariamente difícil que España alcance en este eje una capacidad de influencia relevante porque las diferencias económicas, demográficas, de capacidades militares y de intereses estratégicos particulares con los países más poderosos son casi insalvables.

El Eje Atlántico establece tanto el vínculo con los Estados Unidos, como con los países hispanoamericanos. Las relaciones estratégicas permanecen aquí más desequilibradas que en el caso europeo. Desde 1975 se ha demostrado por la vía de los hechos que la relación con los norteamericanos no ha supuesto la compensación de la debilidad de España en los otros ejes geopolíticos. España ha seguido prestando su posición a cambio de cada vez menos, aumentando los costes internos en cada alineamiento decidido con decisiones norteamericanas percibidas como arriesgadas o que han servido de palanca para que la oposición del momento desgaste al gobierno, como en el caso de la invasión de Irak en 2003.

Las únicas bases activas: Rota y Morón, se relacionan principalmente con tránsitos y preposicionamiento de fuerzas para actuación en Europa, como en el caso del sistema antimisiles. Sin negar el valor de la posición para Estados Unidos, no es de esperar que se les pueda hoy sacar rédito estratégico cuando en un pasado más favorable no fue posible. Eso sin contar con que en Hispanoamérica la capacidad de influencia española es muy limitada al ser la herencia española motivo de contestación por una fuerte corriente indigenista y haber cada vez más actores económicos dispuestos a invertir en las oportunidades de negocio, a pesar de un ambiente de inseguridad jurídica, o

quizás por el hecho de que, al partir de posiciones de fuerza en el más amplio sentido de la palabra, pueden minimizar las tentaciones de cambiar las condiciones a mitad de inversión como a veces le ha ocurrido a empresas españolas.

El Eje sur se ha demostrado como el único capaz de proporcionar verdaderos problemas: irredentismo marroquí, inmigración ilegal, tráfico de estupefacientes, inestabilidad política y social y terrorismo. Y ninguno de los dos ejes anteriores ha servido para aumentar la capacidad de proyección de poder a lo largo de éste para contrarrestar las amenazas antes enumeradas, aunque en el aspecto económico el que la negociación sea a través de Bruselas no ha dejado de ser beneficioso.

Sin embargo, los márgenes de maniobra en los Ejes oeste y norte son sustancialmente más reducidos que en el sur. Hay que tener presente que, si bien los ejes europeo y atlántico están altamente institucionalizados y hoy no se imagina una relación a través de ellos que no sea de integración o de amistad, con todos los matices que proporciona el hecho de ser un actor menor en ambos, el Eje sur está abierto a todas las vicisitudes estratégicas posibles.

En este Eje encontramos el sistema estratégico marroquí – argelino en el que la irregular descolonización del Sahara ha llevado a un conflicto que se prolonga hasta hoy, y en el que Argel ha utilizado al Frente Polisario como eficaz fuerza interpuesta para desgastar económica y militarmente a Rabat.

Al sur, el sistema mauritano – maliense, países cuyo desarrollo y estabilidad son prioritarios para conformar un escenario viable al norte, mantiene una lucha de intensidad variable, con el apoyo hispano - francés, con grupos armados de las más variadas motivaciones, desde criminalidad organizada a luchas étnicas y religiosas, pasando por las más variadas combinaciones de los tres.

El problema de la inmigración irregular es común a los dos sistemas y a través de ellos se articulan diferentes rutas que confluyen en Europa a través de territorio español. Se trata un problema que se repite en las tres penínsulas del sur de Europa y que es aprovechado por los países de la ribera africana y asiática para mantener una presión en cualquier tipo de negociación con la Unión Europea. Esto hace que el interés en este Eje se refuerce. Lo único que puede

hacer que disminuya el flujo migratorio irregular es que los países que atraviesa se comprometan en su control, lo que difícilmente sucederá sin una presencia española constante en la zona y una capacidad de influencia determinante en todas las esferas de dichos estados.

8. Conclusiones

Los resultados de la investigación desarrollada se pueden agrupar en dos categorías. Por un lado, los correspondientes al Marco teórico, referentes al concepto mismo de geopolítica, y por otro, los correspondientes al intento de responder a la Tesis en el caso específico español.

En el aspecto conceptual, la geopolítica, y cualquiera de las disciplinas que aparecen encabezadas con el prefijo “geo” (geoeconomía o geoestrategia) quedan encuadradas como elementos de análisis de la realidad. Una realidad, la de la experiencia de las sociedades humanas que se asienta en un territorio, que necesita unos recursos y que interaccionan entre sí. Lo que la geopolítica aporta es una perspectiva desde el análisis de las posiciones relativas en el espacio entre sociedades y como afecta a las dinámicas que se producen entre ellas.

Estas dinámicas se organizan en lo que se ha denominado sistemas estratégicos, conformado por una serie de actores, sociedades políticamente organizadas, que interactúan y con unos procesos internos que explican sus objetivos y decisiones. En ellas, cada actor es, a su vez, un sistema complejo, en el que los factores físicos y humanos van afectándose unos a otros y en el que la toma de decisiones acaba afectada no por un racionalismo estricto sino por las percepciones que proporcionan la cultura, la historia y la conciencia de las capacidades propias y enfrentadas.

Si la palabra estrategia se ha degradado al emplearse para designar simples procedimientos operativos, el término geopolítica se ha “vulgarizado” a través de titulares, conferencias y reportajes hasta convertirse en un sinónimo de estrategia y adquirir, en determinados ámbitos políticos, un significado negativo similar a “maquiavélico” o “agresivo”, siempre vinculado a posiciones conservadoras. De ahí la importancia de restaurar un significado más preciso del término en el ámbito académico.

Definir la disciplina y acotar su ámbito de conocimiento y los resultados que de su aplicación pueden lograrse en otros espacios es una de las aproximaciones a las que se ha llegado. Por supuesto, esta Tesis no pretende agotar el tema, sino abrirlo a nuevas contribuciones y servir de base a un debate que parece necesario tanto al conocimiento geográfico, como al histórico o a la ciencia política.

La novedad que aporta el enfoque geopolítico es que, aun cuando estas comunidades y sus organizaciones varían a lo largo del tiempo, los espacios geográficos mantienen las relaciones de interés y competición entre los actores que van ocupando las mismas posiciones. El análisis recíproco, las visiones desde las perspectivas originadas en el lado contrario arrojan los mismos resultados. A lo largo del tiempo, las dialécticas franco-española y anglo-española se han mantenido independientemente de los cambios políticos que se han ido produciendo en las tres naciones. Las acciones se han modulado en cuanto a su naturaleza. De la alianza al enfrentamiento bélico y del intervencionismo económico y político a la amplia colaboración, pero siempre el interés de unos por otros se ha mantenido en niveles en los que, como poco, se ha prestado una particular atención al desarrollo de la vida en el otro en todos los órdenes.

Si se estudiase la perspectiva geopolítica de Francia o del Reino Unido, el vector sur, la relación con la Península, sería significativamente recíproca del análisis presente. En cualquier cálculo estratégico francés o británico la Península tiene una importancia si no decisiva nunca pequeña. Eso quizás sirva para entender las actitudes que si no manifiestan una abierta hostilidad sí representan la competición por posiciones de preeminencia económica, estratégica o de influencia internacional.

Aunque el vínculo entre posición relativa entre los actores estratégicos y conflicto parece lógico. El desarrollo tecnológico ha hecho que las posibilidades entre dos actores estratégicos de entrar en pugna haya aumentado y se manifieste de formas diversas, diferentes del tradicional enfrentamiento armado, pero que reflejan la pugna por un mismo objetivo buscado desde perspectivas de intereses diferentes. Así se ven batallas en las redes sociales o en internet que se prolongan en el tiempo, de forma silenciosa y sin pérdidas de vidas

humanas, pero afectando, en ocasiones, a las sociedades objetivos de forma tan demoledora como un ataque físico. Sin embargo, a pesar de las capacidades de acción a distancia, esta se emplea fundamentalmente sobre actores que habrían sufrido acciones de otro tipo.

Puede pensarse que la globalización de la economía, la estrategia es global para las grandes potencias desde el siglo XVII, ha llevado a una situación en la que al enfrentarse posiciones que abarcan el mundo no dependen de la geografía. Sin embargo, la importancia variable de las materias primas y la misma esencia de las relaciones comerciales, con una variabilidad de productores y consumidores, que se ha ido moviendo con las sucesivas etapas del desarrollo tecnológico, no han modificado los hechos geográficos clave. Se puede cambiar de proveedor, o incluso de modelo productivo y esto implicar la búsqueda de alianzas y el encuentro de competidores en zonas lejanas que pueden conformar visiones estratégicas. Pero siempre la posición relativa de estos, respecto al actor considerado y sus adversarios, por lejana que sea, ayudará a construir modelos que ayuden a la gestión de la realidad.

Sin embargo, reconocer y analizar la importancia de la posición no excluye el estudio interno de los actores. La estructura y funcionamiento de cada uno de ellos le lleva a cómo y en que medida se relaciona con su entorno. A lo largo de la historia diversos poderes en el mismo emplazamiento y han desarrollado diferentes estrategias para adaptarse a entorno cambiantes. La principal conclusión es que el entorno estratégico es sumamente dinámico. Para una correcta evaluación es necesario analizar el interior del mecanismo de toma de decisiones de cada actor. Como analiza su posición, si es que lo hace, su capacidad de adaptación a nuevas circunstancias y su capacidad de supervivencia a las adversidades.

Los sistemas sociales y políticos de cada actor estratégico le confieren un particular sistema de toma de decisiones que va de los más personalistas a los más participativos y que frecuentemente cuentan con la intervención de cuerpos de expertos con participación variable. Normalmente, el mayor desarrollo económico y tecnológico de una sociedad va implicando unas estructuras de toma de decisiones más complejas por cuanto el número de variables es mayor y se van complicando los procesos y es más difícil que un número reducido de

personas, por instruidos e informados que estén, puedan tomar decisiones oportunas y acertadas.

Esa complejidad en los datos es la que hizo surgir la geopolítica como herramienta de análisis. Sus comienzos, como los de cualquier disciplina, estuvieron influenciados por la época en que se empezó su sistematización. Sus primeros empleos fueron tanto para la construcción de teorías posicionales, lo que constituye su esencia, como para apoyar concepciones erróneas del sentido de la historia humana. La comprensión del fenómeno evolutivo, uno de los grandes descubrimientos científicos del siglo XIX, es compleja y, pese a la evidencia general de su certeza, todavía es discutida en su comprensión más completa. En su formulación más simplista llegó a emplearse para justificar el expansionismo territorial como una inevitabilidad de la existencia de los estados, y de paso como la justificación del mismo en determinados casos, todo ello asociado a una mezcla de conceptos biológicos y políticos sin ningún sentido. Afortunadamente, el tiempo ha vuelto a colocar a la geopolítica como una disciplina auxiliar que puede servir a otras en la comprensión de los fenómenos que se derivan de la relación entre las sociedades humanas y su entorno.

Acorde con lo anterior, para su aplicación a la particularidad del caso español se ha efectuado un recorrido por las entidades políticas asentadas en la Península Ibérica, para determinar cuáles han sido las constantes estratégicas determinadas por la geografía y la historia, junto con otros condicionantes como el desarrollo tecnológico.

Al combinarse las variaciones en los actores y los territorios se aprecia cómo unos y otros interactúan configurando actores que se han visto inmersos en sistemas en los que han que disputar su existencia e intereses con otros actores. La complejidad social interna y sus valores y forma propia de entender la realidad, así como el grado de desarrollo tecnológico propio y en comparación con los otros miembros de los sistemas estratégicos a los que pertenecían, han contribuido también a formar la percepción, aspiraciones y posibilidades dentro de esos sistemas.

En la Antigüedad, el mundo mediterráneo fue estableciendo en la Península sucesivas prolongaciones de sus entidades más importantes, de forma que la

relevancia estratégica de ésta lo fue en relación a conflictos entre actores estratégicos cuyos centros no estaban situados en su suelo. La caída del Imperio Romano de Occidente supuso el nacimiento de entidades políticas peninsulares que no respondían a poderes exteriores, caracterizando esta época el nacimiento de los Pirineos y del Estrecho de Gibraltar como barreras diferenciadoras, por más que no se cortasen los contactos con los sistemas estratégicos al otro lado de ambos obstáculos. La Península misma siguió siendo objeto de atención por parte de Bizancio cuando este aspiró a recrear el sistema romano del “Mare nostrum”. Aparece aquí la tendencia clara de pertenencia a una esfera mediterránea de la que no es posible escapar y que va a aparecer siempre, a veces en los momentos menos oportunos.

La aparición de los musulmanes y la continuación en la Península de la serie de sus conquistas africanas creó un sistema estratégico con el sur que conformaría la dialéctica en la que se desarrollarían los actores estratégicos pertenecientes a la civilización cristiana – occidental, residuales primero en el norte peninsular, y luego cada vez más fuertes, y que conformarían un subsistema con sus propias dinámicas entre ellos hasta la definitiva determinación del mapa político peninsular.

Esta acción sur – norte, que casi elimina la civilización occidental de la Península, conforma durante casi ocho siglos un sistema estratégico peninsular en el que van a forjarse todas las realidades políticas y culturales que se asientan sobre ella como hoy se conocen. El ámbito mediterráneo se modula con el establecimiento de un poder al sur que ya se va convertir, en sus diferentes mutaciones políticas y extensión geográfica, en el compañero indisoluble de España hasta el presente.

Cabe preguntarse por qué Portugal, que comenzó su expansión extrapeninsular con una clara voluntad de expansión en África, cedió la costa marroquí. La explicación hay que buscarla en la escasez de recursos propios y la nula brecha tecnológica con los sultanatos norteafricanos, que impidió que la expansión lusa tuviese el mismo éxito que, por ejemplo, frente a los reinos musulmanes e hindúes del Índico, donde su capacidad naval y artillera si fue decisiva y compensó una superioridad local mayor aún que la que exhibía frente a Portugal el sultanato marroquí.

La evolución política en Europa atrajo a los reinos ibéricos, especialmente a la Monarquía Católica, como un todo, hacia un sistema estratégico del que no habían participado sino de forma secundaria en el Mediterráneo. El sur se eclipsa por la debilidad de los actores musulmanes, que solo consiguen actuar de forma discontinua sobre la Península, ya que se inicia para los actores norteafricanos una época de “empate” en la que ni son capaces de lanzar grandes ofensivas sobre la orilla norte ni ninguna potencia europea asentarse de forma extensa en la orilla sur. Las distancias entre la Península y el Imperio Otomano, la complejidad del sistema estratégico mediterráneo y la tecnología militar de la época hacen que las confrontaciones navales no sean ni sistemáticas ni definitivas. De esta época España va a obtener una frontera africana discontinua pero eficaz, si se atiende militarmente, para incardinarse en el sistema estratégico del sur mediterráneo.

Europa, más concretamente los Países Bajos, formaron una posesión excéntrica y difícilmente comunicadas con los otros territorios de la Corona Española. El sistema estratégico hispánico, en virtud de lo discontinuo de los territorios y de las limitaciones impuestas por la tecnología de la época, significó un imposible en sí mismo. No había forma de atender a los dos Ejes, Mediterráneo y Europeo, a la vez, y se prefirió jugar la baza europea, el prestigio, antes que la norteafricana y mediterránea. Las sucesivas conquistas y pérdidas de plazas en la costa sur mediterránea se prolongarán hasta el siglo XVIII sin llegar a ninguna posición resolutive aquí y con la pérdida total de los territorios europeos, que supone la expulsión de hecho de España de la estrategia continental.

La época de los descubrimientos supone la apertura de un eje estratégico atlántico que servirá para alimentar, de forma limitada, el escenario europeo y donde las capacidades de la tecnología militar de la época no permiten a ningún actor europeo desalojar a España de sus posesiones, salvo casos menores, que, sin embargo, acabarán reproduciendo modelos de evolución social y política que habían llevado a las colonias británicas a la independencia. Un alejamiento físico que nunca vio un proyecto estratégico coherente, debido a la imposibilidad de coordinar posiciones extendidas a lo largo del globo. Las actividades de conservación y exploración, durante mucho tiempo además unida ésta al descubrimiento, señalan la dificultad de articular una comprensión geopolítica de

un mundo que se iba dibujando a la vez que se asentaban las posesiones y se combatían los intentos de asentamiento ajenos. Hasta mediados del siglo XVIII no se pudo articular una comprensión general de las dimensiones, posición y estructura política, social y militar de la totalidad de los dominios españoles.

La evolución del sistema estratégico europeo llevó a España a una progresiva disminución de su capacidad de influencia, perdiendo el control de territorios en el Mediterráneo y Flandes primero y en América posteriormente. De forma inesperada, lo que empezó como una alternativa más del sistema estratégico europeo, degeneró en el ciclo de guerras napoleónicas que llevó a España a la salida definitiva del juego hegemónico en el continente y desencadenó la independencia de las colonias en América.

Al igual que en las colonias británicas del norte no hubo un ataque externo, el desarrollo social de los colonos blancos hizo innecesario el lazo con la metrópoli que llegó a ser visto como un lastre antes que una ventaja. Paradójicamente, el dominio europeo en América murió de éxito. Sin necesitar la cobertura por parte de las potencias europeas y sin amenazas indígenas sustanciales las independencias fueron una consecuencia, no inevitable, de la envidiable posición de las colonias. Ni se podían enviar ejércitos capaces de retenerlas, por las dimensiones territoriales y la desproporción de población, ni sin sus recursos podían las monarquías europeas sostener el mantenimiento.

Desaparecida prácticamente la capacidad de actuación tanto en el Atlántico como en Europa, y no teniendo enemigos al sur, España cae en una atonía estratégica, primero impuesta y luego voluntaria, que le lleva a una peligrosa actitud de indiferencia, basada en una falsa sensación de seguridad frente a los acontecimientos exteriores, buscando en la inacción la complacencia de las potencias que pudieran tener capacidad de acción en sus intereses. Con un conjunto discontinuo de territorios, una de las características recurrentes de la geografía española, que se encontraban en posiciones globales importantes para el naciente poder norteamericano, la incapacidad económica de defenderlos y, más preocupante todavía, de crear una red de alianzas, un sistema estratégico defensivo en el que encontrar una defensa activa, era solo cuestión de tiempo que aquéllos le fueran arrebatados.

La reactivación del Eje Atlántico con la aparición de los Estados Unidos como potencia estratégica con aspiraciones globales devolvió a España a los juegos de alianzas en Europa y la carrera de armamentos, llevándola a tener que involucrarse, aunque con unos círculos de decisión reticentes, en el sistema estratégico europeo, lo que implica asumir de nuevos los tres ejes, ya que la cuestión colonial en general y la africana en particular son inseparables del sistema estratégico europeo. España se ve inevitablemente atraída a un sistema Hispano – Franco – Marroquí que le es consustancial y en el que se integrarán, con diversas alternativas, los distintos sistemas políticos de la primera mitad del siglo XX.

Ante la falta de capacidades económicas y, por ende militares, la solución estratégica, sobre todo en la segunda mitad del siglo XX será intentar compensar un Eje con otro buscando el apoyo de los actores estratégicos principales en cada uno para contrarrestar los poderes hostiles en los otros. Esta búsqueda de atraer aliados, fracasada en el siglo XIX, tuvo un éxito relativo en el XX, puesto que ninguno de los poderes hegemónicos aparentemente interesado en la posición de la Península se movió por un sentimiento de apoyo a España sino de propio interés, como así lo hicieron sucesivamente Francia, Alemania y los Estados Unidos.

Este mecanismo de equilibrio se ha revelado infructuoso a la hora de compensar entre Ejes. Para Francia la amistad española no fue más que un medio de apaciguar a Alemania en el asunto de Marruecos con el visto bueno de Gran Bretaña y luego fue un forcejeo constante para arrebatarse mutuamente las zonas de Protectorado. El breve acceso de Alemania al sur se saldó con la decepción de que no aspiraba a integrar a España en una alianza, sino a sustituir a Gran Bretaña en el control del estrecho de Gibraltar, sin permitir el control de éste por España. Ni en la Guerra Fría, cuando el interés norteamericano por la posición geográfica española superó sus reticencias hacia el régimen político del momento y el Eje Atlántico significó un aporte significativo a la estrategia española al devolverla al sistema de relaciones internacionales, hubo por parte norteamericana, en los enfrentamientos hispano - marroquíes, otra cosa distinta a la voluntad de apaciguamiento.

Es el Eje sur el que ha determinado las amenazas más recurrentes al poder peninsular a lo largo de la historia y el más difícil de obviar. En los momentos de debilidad ha sido posible el aislamiento respecto al Atlántico e incluso respecto a Europa. Los Pirineos siempre han dividido y el Mediterráneo ha unido. Una de las actitudes más comunes en los ámbitos de decisión estratégico españoles ha sido el de suponer que los periodos de debilidad de los actores del sur del Mediterráneo son permanentes o que permiten obviar su potencial acción sobre la Península.

El análisis del registro de conflictos y sistemas estratégicos avala que los momentos de falta de atención al Eje sur suelen acabar con sorpresas estratégicas graves para el poder peninsular. Más allá de cualquier reivindicación territorial o flujo irregular de personas o estupefacientes, los países del Magreb y del Sahel que constituyen las fronteras próximas y remotas de España han estado y siguen sometidos a tensiones que en caso de degenerar en conflictos internos pueden alcanzar con facilidad cualquiera de los territorios españoles, península, archipiélagos o plazas norteafricanas. Mientras que en los Ejes Atlántico y Europeo los riesgos son de tipo político o económico aquí, existiendo estos, se extienden a los campos de la seguridad y la defensa.

Al ser actores que pertenecen a un orden cultural diferente sus procesos de configuración y evolución social son difíciles de evaluar, y a veces incluso de apreciar. El sur había estado ausente de las preocupaciones españolas durante largo tiempo, entre el comienzo del declive otomano y el comienzo del siglo XX, hasta que emergió, de una de las reorganizaciones de los actores occidentales, un actor estratégico, Marruecos, que sorprendiendo a un régimen político cuya cúpula estaba formada por militares con amplia experiencia en esa área geográfica y que no apreciaron, inicialmente, la capacidad de generar vectores geoestratégicos que poseen los actores de la orilla sur del Mediterráneo en general y este en particular.

Si para los poderes peninsulares el sur es un condicionante estratégico que viene de la geografía, para todos los poderes establecidos en el área del Magreb la Península Ibérica es, con la misma lógica, una parte fundamental de su visión estratégica. Al contrario de para el sistema europeo con sus dinámicas más volcadas hacia el este y el norte para el entorno Magreb / Sahel, amén de las

dinámicas internas del sistema estratégico que estos países conforman, el Eje hacia y a través del Mediterráneo ha sido y es fundamental. Si se recapitula lo visto desde la perspectiva del sur, la extensión, número y fortaleza de sus actores estratégicos entre el Mediterráneo, el Atlántico, el río Níger y el macizo de Tibesti y el Atlas Tiliano ha sido variada y muy volcada hacia sí mismos por la naturaleza del medio geográfico, dominado por la extensión sahariana y los condicionantes que impone al desarrollo de las sociedades humanas. Su ruta de expansión lógica es al norte en cualquier sentido, demográfico, cultural o militar.

El barón de Jomini pudo adivinar las intenciones de Napoleón viendo el despliegue de su ejército en el mapa. De igual manera se puede ver la importancia del Eje geopolítico sur y cómo la geografía nos conduce a él. Ninguna estrategia española, en el sentido de comprensión de las necesidades y aspiraciones de la comunidad nacional, la evaluación de los actores y factores que se oponen a su obtención y consecución y la estimación de los medios y recursos para conjurar dichas amenazas, estará completa si no se mantiene una atención constante al Eje sur.

Cabe preguntarse la duración en el tiempo de las conclusiones referidas al Eje sur. Mientras no cambie la actual distribución de actores en la Península, Europa y el norte de África, es lógico suponer que la importancia de este Eje se mantendrá. Y hay razones para creer que va a ser aquí donde la estrategia española encontrará una modulación de cualquier relación con el norte y el Atlántico.

El actor estratégico del sistema integrado por la Península Ibérica y los países del Magreb, incluida Mauritania, con el que las interacciones serán determinantes es, sin duda, Marruecos. La disputa actual se centra en el secular conflicto que representa el mantenimiento por España de territorios de soberanía en el norte de Marruecos. Marruecos siempre ha buscado una combinación de presión y atracción para conseguir integrar dichos territorios, lo que ha determinará el curso a corto y medio plazo de sus relaciones con España.

De todos los países del Magreb, posiblemente Marruecos sea el que presente un mayor grado de proximidad estratégica con el mundo occidental, especialmente con Francia y Estados Unidos. Esto permite a Marruecos realizar

contraofertas ante cualquier intento por parte de España de mantener una posición de fuerza en las negociaciones de cualquier tipo con los Estados Unidos y, a su vez, de influenciar en los países de la Unión Europea en los que se asientan importantes poblaciones emigrantes marroquíes o que mantienen fuertes inversiones en él.

Las apetencias marroquíes por los recursos de las aguas entre sus costas y las islas Canarias es una tendencia que se intensificará mientras Marruecos piense que hay un posible beneficio en la explotación de recursos que, consideraciones medioambientales fundadas en la industria turística canaria, España no está en condiciones de afrontar.

Las posibilidades de contrarrestar esta política a través de las diferencias y suspicacias que, en otros asuntos, despierta la posición marroquí con sus vecinos Argelia y Mauritania se presenta, por ahora, como limitada. Ninguno de estos actores posee influencia en la política europea ni en la visión estratégica norteamericana como para poder ser usado como un contrapeso efectivo. Mantener unos lazos tan estrechos como sea posible con ambos es vital desde el punto de vista económico y estratégico. Los combustibles fósiles y las rutas de la inmigración irregular atraviesan estos dos estados y los procesos de transición energética y estabilización y desarrollo del África Subsahariana se extenderán durante el suficiente tiempo como para convertir a Argelia y Mauritania en piezas clave de cualquier visión estratégica española.

No se debe obviar la presencia, por reducida que parezca, del Reino Unido debido a su posesión del enclave de Gibraltar. Aunque esté fuera de la estructura política de la Unión Europea, Gran Bretaña es un país europeo y un actor en numerosos sistemas estratégicos en todo el mundo gracias a una serie de discretas pero muy bien escogidas posesiones a lo largo del globo. Su capacidad de influencia bilateral con Francia y Alemania no puede pasarse por alto y la prevención estratégica que siente hacia España por los intentos de recuperar Gibraltar y los roces constantes con las autoridades del Peñón, le harán emplear esa influencia mantener su posición en caso cualquier de clase de conflicto en el entorno del Estrecho. Si para conservar esa posición tuviese que erosionar la de España, fundamentalmente por procedimientos indirectos, lo intentaría sin dudar.

Uno de los factores a tener en cuenta en todo análisis es de los “cisnes negros”, los acontecimientos inesperados que trastocan toda la evolución esperada por los desarrollos propios de un sistema y aún la presuntamente dirigida por las actividades de alguno de sus componentes para moverla en la dirección de sus intereses.

Una de estas situaciones sería un conflicto entre Argelia y Marruecos, que forzosamente se desarrollaría en las proximidades de Melilla y la costa sureste española pudiese manejarse por parte española de forma que al finalizar, la situación estratégica fuese favorable. Cualquier foco de inestabilidad más o menos permanente siempre es origen de dificultades en el comercio y fomentaría un flujo de refugiados.

Otro escenario de alto impacto en la estrategia española sería el de una desestabilización en Marruecos que llevase al colapso del actual sistema político. La ola de refugiados que pudiese producir desbordaría, con seguridad, las capacidades españolas de acogida y la inseguridad en las inmediaciones de los territorios de soberanía podría obligar a tomar medidas militares. Lo anterior sin descartar intervenciones auspiciadas por organismos multinacionales que podrían llegar a incluir el establecimiento de zonas seguras para la posible población desplazada.

Cualquiera de las situaciones anómalas expuestas movería, por otra parte, intereses y esfuerzos de grandes potencias hacia la zona, lo que haría más insegura la situación española. Ni la competición franco – alemana en Marruecos trajo nada bueno para España en los comienzos del siglo XX, ni ningún otro duelo entre potencias en la misma área lo traería en el futuro.

Cabe la objeción de que parecidas situaciones ya se han producido recientemente sin grandes consecuencias. El conflicto permanente del Sahara, saldado para España desde la evacuación del territorio con algunos ataques a pesqueros canarios, y que, enquistado desde 1975, ha desaparecido de los horizontes informativos, pese a involucrar a Marruecos y a Argelia, amén de a un Frente Polisario convertido, por ahora, en un juguete roto estratégico. No ha sido mérito propio el llegar a este estado de cosas que, en el fondo, no es más que una victoria marroquí, por incompleta que parezca.

Igualmente, Argelia sufrió una insurgencia a cargo del Grupo Islámico Armado, a partir de 1992, que no puede afirmarse que haya acabado, ya que la organización original se ha ido reinventando y escindiendo hasta la actualidad. Curiosamente, la lucha contra la amenaza islamista recibió una colaboración activa de Marruecos, por lo que la situación relativa de los actores estratégicos permaneció inalterable. No puede compararse estos casos con ninguna de las dos propuestas como generadoras de cambios que pueden volcar el equilibrio del sistema magrebí. En ambos casos se han tratado de guerrillas locales que han sido contenidas en sus objetivos estratégicos por las Fuerzas Armadas respectivas, pero que han tenido la opción de amenazar gravemente a los sistemas políticos de Argel y Rabat, pese al coste humano y económico que han supuesto para ambos.

Aparece así, en forma casi de experimento mental, el principal argumento a favor de la hipótesis. ¿En qué zona un conflicto, de cualquier tipo, sería más preocupante para los intereses de España? Hemos asistido al derrumbamiento social y económico de países en Hispanoamérica donde los intereses económicos españoles eran, y en ocasiones son, importantes y donde existe una muy numerosa población con la ciudadanía española, con una repercusión limitada, por decir algo, en España. En el comienzo de este siglo han sucedido conflictos entre estados en el este de Europa, anexiones territoriales incluidas, con escasa repercusión salvo por el esfuerzo presupuestario que ha supuesto el desplazar y mantener unidades del Ejército sobre el terreno en el Báltico. En ninguno de los dos casos la opinión pública se ha movilizad ni el gobierno ha tenido que atender a marejadas parlamentarias. ¿Sería lo mismo en el caso de los “cisnes negros” antes mencionados?

Si la respuesta es no, la hipótesis habrá quedado respondida afirmativamente. El Eje geopolítico sur va a ser vital para España en el siglo XXI.

9. BIBLIOGRAFÍA

Agnew, John A. *Geopolítica: una re-visión de la política mundial*. Editorial TRAMA. Madrid. 2005.

Albi, Fernando. *La política en el Mediterráneo en la postguerra*. Tipografía Quiles. Valencia. 1931.

Acaso Deltell, Salvador. *Una Guerra Olvidada. Marruecos 1859 – 1860*. Inédita. Barcelona. 2007.

Alcalá-Zamora y Torres, Niceto. *Memorias de un ministro de Alfonso XIII*. La Esfera de los Libros. Madrid 2013.

Alonso Baquer, Miguel. *¿En qué consiste la Estrategia?* Secretaría General Técnica del Ministerios de Defensa. Madrid. 2000.

Albert Salueña, Jesús. *Repliegue del Ejército español de la Zona Norte del Protectorado Marroquí*. Revista de Anales de Historia Contemporánea, número 23. Universidad de Murcia. Murcia. 2007.

Allen, Paul C. *Felipe III y la Pax Hispánica. 1598 – 1621. El fracaso de la gran Estrategia*. RBA. Barcelona. 2006.

Allendesalazar, José Manuel. *La diplomacia española y Marruecos, 1907 - 1909*. Biblioteca Diplomática Española. Ministerio de Asuntos Exteriores. Madrid. 1990.

Aznar Fernández – Montesinos, Federico. *Una aproximación a los acuerdos entre España y EE.UU.* Tribuna Norteamericana /nº21, marzo 2016. Universidad de Alcalá de Henares. Madrid. 2016.

Aragón Reyes, Manuel (dir.). *El Protectorado español en Marruecos. La Historia trascendida*. 3 Volúmenes. Iberdrola. Bilbao. 2013.

Armero, Jose Mario. *La política exterior de Franco*. Planeta. Barcelona. 1978.

Rumeu de Armas, Antonio. *Los reinos hispánicos y la hegemonía en África*. Archivo del Instituto de Estudios Africanos. Madrid. 1958.

Bachoud, André. *Los españoles ante las campañas de Marruecos*. Espasa. Universidad. Madrid. 1988.

Balfour, Sebastian. *El Fin del Imperio Español (1898 – 1923)*. RBA. Barcelona. 2006.

Barnet, Corelli. *Las Riendas de la Guerra*. Ediciones Ejército. Madrid. 1989.

Bayly, Christopher A. *El Nacimiento del Mundo Moderno. Siglo XXI*. Madrid. 2010.

Beaufre, *Introducción a la estrategia*. Ediciones Ejército. Madrid. 1980.

- Beneyto, Juan. *Historia Geopolítica Universal*. Aguilar. Madrid. 1972.
- Bengtson, Hermann. *Historia de Grecia*. RBA. Barcelona. 2005.
- Bernal, Rafael. *El Gran Océano*. Fondo de Cultura Económica. México. 2012.
- Berthelet, Arlette y Chavaillon, Jean. *Los Orígenes de la Humanidad*. Espasa. Madrid. 2004.
- Burguière, André. *Diccionario de Ciencias Históricas*. Akal. Madrid. 1986.
- Bushnell, David y Macaulay, Neill. *El nacimiento de los países latinoamericanos*. Editorial Nerea. Madrid. 1989.
- Caillaux, Joseph. *Mes mémoires*. PLON, Paris 1943.
- Carrero Blanco, Luis. *España y el Mar*. Editorial Nacional. Madrid. 1941.
- Calduch, Rafael (Coordinador). *La Política exterior española en el siglo XX*. Ediciones Ciencias Sociales. Madrid. 1994.
- Clark, Christopher. *Prusia, el reino de hierro*. La Esfera de los Libros. Madrid. 2006.
- Cánovas del Castillo, Antonio. *Apuntes para la Historia de Marrueco*. Imprenta de la América. Madrid. 1860.
- Castiella, Fernando Maria. *Política Exterior de España (1898 – 1960)*. Madrid. 1960.
- Christian, David. *Mapas del Tiempo*. Crítica. Barcelona. 2007.
- Comellas, Jose Luis (Coordinador). *Historia de España*. 3 Volúmenes. RBA. Barcelona. 2009.
- Cánovas del Castillo. RBA. Barcelona. 2007.
- Conde de Limpias (Ramón del Rivero y Miranda). *Las alianzas y la Política Exterior de España a principios del siglo XX. Apuntes para un estudio*. Sucesores de Rivadeneira. Madrid. 1914.
- Conde de Romanones. *Notas de una vida (1868 – 1912)*. Aguilar. Madrid. 1945.
- Coutau-Bégarie, Hervé. *Geoestrategia del Pacífico*. Ediciones Ejército. Madrid. 1990.
- Chandler, David G. *Austerlitz 1805*. Ediciones del Prado. Madrid. 1994.
- Churchill, Winston. *La Crisis Mundial. 1911 – 1918*. De Bolsillo. Barcelona. 2014.
- de Areilza, Jose María y Castiella, Fernando Maria. *Reivindicaciones de España*. Instituto de Estudios Políticos. Madrid. 1941.
- de Madariaga, Maria Rosa. *Marruecos ese gran desconocido. Breve historia del protectorado español*. Alianza Editorial. Madrid. 2013.

de la Torre del Río, Rosario. *La prensa madrileña y el discurso de Lord Salisbury sobre las “naciones moribundas” (Londres, Albert Hall, 4 mayo 1898)*. Cuadernos de Historia moderna y Contemporánea. Editorial Universidad Complutense. 1985.

de la Torre Gómez, Hipólito, *Antagonismo y fractura peninsular. España – Portugal 1910 – 1919*. España Universitaria. Madrid. 1963.

Diamond, Jared. *Armas, gérmenes y acero*. Debate. Barcelona. 2006.

Díaz de Villegas y Bustamante, José.

Geografía Militar de España. Talleres del Servicio Geográfico y Cartográfico. Madrid. 1940.

África española en la geopolítica y geoestrategia nacionales. Instituto de Estudios Africanos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid. 1967.

África en la postguerra. Instituto de Estudios Africanos. Madrid. 1961.

Dixit, Avinash K. y Nalebuff, Barry J. *Pensar Estratégicamente*. Antoni Bosch Editor. Barcelona. 1992.

Elliot, John.

Imperios del Mundo Atlántico. Taurus / Santillana. Madrid. 2006.

El Conde – Duque de Olivares. Crítica. Grialbo – Mondadori. Barcelona. 1998.

Eiroa, Jorge Juan. *Nociones de Prehistoria General*. Ariel Prehistoria. Barcelona. 2009.

Escudé, Carlos. *¿Cuánto valen esas bases? El tira y afloja entre Estados Unidos y España, 1951-1953*. Cuadernos de Historia Contemporánea. Universidad Complutense de Madrid. 2003.

Escudero, Juan Antonio. *Los orígenes del Consejo de Ministros en España. La Junta Suprema de Estado*. Editorial Nacional. Madrid. 1979.

Escuela Superior del Ejército. Escuela de Estado Mayor.

Introducción a la Estrategia. Madrid. 1995.

Geopolítica y Geoestrategia. Madrid. 1995.

Espada Burgos, Manuel. *Franquismo y Política Exterior*. RIALP. Madrid. 1988.

Espiñeira Castelos, Maria Isabel. *Apuntes de Historia Contemporánea de Portugal*. Bubok Publishing S.L. Madrid. 2010.

Feijoo, Ramiro. *Corsarios Berberiscos*. Belacqva. Barcelona. 2003.

Fernández Álvarez, Manuel.

Isabel la Católica. Círculo de Lectores. Barcelona. 2003.

Carlos V. El César y el Hombre. Espasa. Barcelona. 1996.

Fernández García, Antonio y Pereira Castañares, Juan Carlos. *La percepción española de la ONU (1945-1962)*, Cuadernos de Historia Contemporánea, nº 17, Servicio de Publicaciones. Universidad Complutense. Madrid. 1995.

Fernández Rodríguez, Manuel. *España y Marruecos en los primeros años de la Restauración (1875-1894)*, C.S.I.C. Madrid. 1985.

Fernández Soriano, Víctor. *Las Comunidades Europeas frente al franquismo: problemas políticos suscitados por la solicitud española de negociaciones de 1962*. Cuadernos de Historia Contemporánea. 2010.

Frade Merino, Fernando. *Introducción a la Geopolítica*. Compañía Bibliográfica Española. Madrid. 1969.

Ferril, Arther. *Los orígenes de la guerra*. Ediciones Ejército. Madrid 1987.

Flint, Colin. *Introduction to Geopolitics*. Routledge. New York. 2006.

Fox, Robin Lane. *El Mundo Clásico*. Editorial Crítica. Barcelona. 2007.

Franco Salgado – Araujo, Francisco. *Mis conversaciones privadas con Franco*. (2 Volúmenes). Planeta. Barcelona. 2005.

Freedman, Lawrence.

Estrategia, Una Historia, Esfera de los Libros. Madrid. 2016.

La Evolución de la Estrategia Nuclear. Secretaría General Técnica. Ministerio de Defensa. Madrid. 1992.

Fuller, JFC.

Batallas Decisivas del Mundo Occidental. Ediciones Ejército. Madrid. 1979.

La Dirección de la Guerra. Ediciones Ejército. Madrid. 1984.

Gaddis, John Leis. *Grandes Estrategia*. Taurus. Barcelona. 2019.

García, Julia y García de Castejón, Rafael (editores), *Perspectivas exteriores 2004. Los intereses de España en el mundo*. Rafael Bardají y Florentino Portero. *España y la reconfiguración del orden mundial*. Edición conjunta: Estudios de Política Exterior, Fundación para las Relaciones Exteriores y el Diálogo Exterior, Real Instituto El Cano, Biblioteca Nueva. Madrid. 2004.

García Hernán, Enrique y Maffi, Davide (Editores). *Guerra y Sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa moderna, 1500 – 1700*. 2 volúmenes. Ediciones del Laberinto. Madrid. 2006.

Gilbert, Martin. *La Primera Guerra Mundial*. La Esfera de los Libros. Madrid. 2004.

Goldthorpe, John H. *La sociología como ciencia de la población*. Alianza Editorial. Madrid,. 2017.

Gómez de las Heras Hernández, Soledad. *Portugal ante la Guerra Civil Española* Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, H. Contemporánea, t. V. UNED. 1992.

González Doria, Fernando. *Historia de las Constituciones Españolas de Godoy a Suarez*. Editorial Cometa. Madrid. 1986.

González Duro, Enrique. *Fernando VII el Rey Felón*. Anaya. Madrid. 2006.

Heinen, Hein. *Historia del Helenismo*. Alianza Editorial. Madrid. 2007.

Herrin Judith. *Bizancio*, Editorial Debate. Barcelona. 2009.

Herring, George C. *From Colony to Superpower: U.S. Foreign Relations Since 1776*. Oxford University Press. New York. 2008.

Hofschroer, Peter. *Leipzig 1813*. Ediciones del Prado. Madrid. 1994.

O'Donell y Duque de Estrada, Hugo (Coordinador). *Historia Militar de España*. Secretaría General Técnica. Ministerio de Defensa. Madrid. 2009.

Imber, Colin. *El Imperio Otomano 1300 – 1650*. Vergara. Barcelona. 2002.

Jiménez Redondo, Juan Carlos. *Primo de Rivera y Portugal, 1923-1931: del "peligro español" a la nostalgia de la España autoritaria*. Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea. 2017.

Jordan, John .*Guía Ilustrada de la Armada Soviética*. Ediciones Orbis. Barcelona. 1987.

Jover Zamora, Jose Maria. *La era isabelina y el sexenio democrático*. (2 Volúmenes). RBA. Barcelona. 2005.

Kamen, Henry. *El Gran Duque de Alba*. La esfera de los libros. Madrid 2004.

Kaplan, Robert. *La venganza de la Geografía. Cuando los mapas condicionan los destinos de las naciones*. RBA. Barcelona. 2012.

Keegan, John. *El rostro de la Batalla*. Ediciones Ejército. Madrid. 1990.

Historia de la Guerra. Editorial Planeta. Barcelona. 1993.

Kennedy, Hugh. *Las grandes conquistas árabes*. Crítica, Barcelona. 2007.

Kennedy, Paul. *Auge y Caída de las Grandes Potencias*. Plaza y Janés. Barcelona. 1995.

Kinder, Hermann y Hilgemann, Werner. *Atlas Histórico Mundial*. Editorial Istmo. Madrid. 1983.

Laborda Barceló, Juan. *En guerra con los berberiscos. Una historia de los conflictos en la costa mediterránea*. Turner Publicaciones. Madrid. 2018.

Laín Entralgo, Pedro y Seco Serrano, Carlos (Coordinadores). *España en 1898*. RBA. Barcelona. 2005.

Laparra López, Emilio. *Fernando VII, Un rey deseado y detestado*. Tusquets Editores. Barcelona. 2018.

Lendon, J.E. *Soldados y Fantasmas*. Editorial Ariel. Barcelona. 2005.

Lerroux, Alejandro. *La pequeña historia de España, 1930-1936*. Mitre. Barcelona. 1985

León y Castillo, Fernando. *Mis tiempos*. Editorial del Cabildo Insular de Gran Canaria. 1978.

Lidell Hart, Basil (Director). *Así fue la Segunda Guerra Mundial*. 6 Volúmenes. Noguer – Rizzoli – Purnell. Barcelona. 1972.

López Castro, Jose Luis. *Hispania Poena*. RBA. Barcelona. 2006.

Lowry, Bullit. *El indefendible peñón: Inglaterra y la permuta de Gibraltar por Ceuta, de 1917 a 1919*. Revista de Política Internacional. Nº 153. Madrid. 1977.

Lynch, John.

La España del Siglo XVIII. RBA. Barcelona. 2005.

La Revolución Hispanoamericana 1808 – 1826. RBA. Barcelona. 2005.

Mallada, Lucas. *Los males de la Patria y la futura revolución española*. Alianza Editorial. Madrid. 1969.

Man, Michael. *Las fuentes del poder social*. Alianza Editorial. Madrid. 1991.

Marañón, Gregorio. *El Conde – Duque de Olivares. La pasión de mandar*. Espasa Calpe. Madrid. 1977.

Marín Arce, José María. *El Gobierno de la concentración liberal: el rescate de prisioneros en poder de Abd-el-Krim*. UNED. Madrid. Revista de la Facultad de Geografía e Historia, núm. 1. 1987.

Martin Artajo, Antonio. *La política de aislamiento de España seguida por las naciones aliadas durante el quinquenio 1945-1950*. Oficina de Información Diplomática. Madrid. 1950.

Marqués de San Felipe. *Comentarios de la Guerra de España e Historia de su Rey Felipe V el Animoso*. Ediciones Atlas. Madrid. 1957.

Marquina Barrio, Antonio.

España en la política de Defensa Occidental, 1939 – 1986. Ediciones Ejército. Madrid. 1986.

Las negociaciones entre España y los Estados Unidos (1953-1982): algunas cuestiones centrales en retrospectiva. UNISCI Discussion papers. Octubre. 2003.

Maurice, Jacques, y Serrano, Carlos. *Joaquín Costa: crisis de la Restauración y populismo (1875-1911).* Siglo XXI. Madrid. 1977.

McPherson, James M. *Battle Cry of Freedom. The American Civil War.* Penguin Books. London. 2006.

Meléndez Meléndez, Leonor. *Cánovas y la Política Exterior española.* Instituto de Estudios Políticos. Madrid 1944.

Mendoza, Luis; Rivero, Isabel y Villena, Carmen. *Historia de España en sus Documentos.* Ediciones Globo. Madrid. 2007.

Mommsen, Theodor. *Historia de Roma.* (4 Volúmenes). RBA. Barcelona. 2006.

Morales Trueba, Adolfo. *La política naval de la Segunda República.* (Tesis Doctoral). UNED. Defendida el 24 de noviembre de 2016.

Morales Lezcano, Víctor. *El Colonialismo hispano francés en Marruecos (1898 – 1927).* Siglo XXI de España Editores S.A. Madrid. 1976.

Morris, Ian. *Guerra ¿Para qué sirve?* Ático de los libros. Barcelona. 2017.

Mousset, Alberto. *La Política Exterior de España. 1873 – 1989.* Biblioteca Nueva. Madrid. 1918.

Munilla Gómez, Eduardo. *Estrategia Militar Española.* Ediciones Ejército. Madrid. 1984.

Murray, Jocelyn. *África. El despertar de un continente.* Círculo de Lectores. Barcelona. 1989.

Navarro Comas, Rocío. *La política anglo – francesa durante la Guerra Civil Española: análisis del acuerdo de No – Intervención.* Studia Zamorensia, UNED. Zamora. 1997.

Neila Hernández, José Luis. *La Política Exterior de la España republicana (1931-1936): Excepcionalismo y normalidad historiográfica.* Ediciones Universidad de Salamanca. Studia Historica. Historia contemporánea, nº 22. 2004.

Norwich, John Julius. *El Mediterráneo.* Ático de los Libros. Barcelona. 2018.

Núñez Seixas, Xosé M. *¿Protodiplomacia exterior o ilusiones ópticas? El nacionalismo vasco, el contexto internacional y el Congreso de Nacionalidades Europeas (1914-1937).* Cuadernos de Sección. Historia-Geografía 23. San Sebastián. 1995.

Olier Arenas, Eduardo. *Geoeconomía.* Prentice Hall. Madrid. 2013.

Pabón y Suárez de Urbina, Jesús.

El 98 acontecimiento internacional, Ministerio de Asuntos Exteriores, Escuela Diplomática. Madrid. 1952.

Cambó. (3 volúmenes). Alpha. Barcelona. 1952 – 1969.

Páez-Camino Arias, Feliciano. *El Magreb en las relaciones hispano-francesas durante los años treinta*. Ediciones Universidad de Salamanca. Studia Historica. Historia contemporánea, nº 13 – 14. 1995 – 1996.

Parker, Geoffrey. *El Rey Imprudente*. Planeta. Barcelona. 2015.

España y la rebelión de Flandes. Nerea. Madrid. 1989.

Pausanias. *Descripción de Grecia*. Gredos. Madrid. 2002.

Platón. *Diálogos. Fedón o de la inmortalidad del alma*. Espasa Calpe Mexicana. México. 1982.

Perea Ruiz, Jesús. *Guerra submarina en España (1914-1918)*. UNED. Espacio, Tiempo y Forma Serie V. 2004.

Pereira, Juan Carlos. *Introducción al estudio de la política exterior de España (siglos XIX y XX)*. Akal. Madrid. 1983.

Pomeroy, Sarah; Burstein, Stanley; Dolan, Walter y Roberts, Jennifer Tolbert. *La Antigua Grecia*. Crítica. Barcelona. 2011.

Puga García, María Teresa. *Fernando VII*. Ariel. Madrid 2004.

Reynolds, David. *Cumbres, seis encuentros de líderes políticos que marcaron el siglo XX*. Ariel. Barcelona. 2008.

Roberts, J.M. *Historia Universal*. RBA. Barcelona. 2008.

Rodríguez Esteban, José Antonio. *Geografía y colonialismo en Joaquín Costa*. Anales de la Fundación Juan Costa nº 27. 2013.

Rogan. Eugene. *Los árabes*. Crítica. Barcelona. 2010.

Salas Larrazabal, Ramón. *El protectorado español en Marruecos*. Editorial MAPFRE. Madrid. 1992.

Salcedo, Angel. *Historia de España e Historia gráfica de la civilización española*. Editorial Saturnino Calleja. Madrid. 1914.

Santamaría Quesada, Ramiro. *Ifni – Sahara. La guerra ignorada*. Ediciones Dyrsa. Madrid. 1984.

Siewert, Wulf. *El Atlántico. Geopolítica de un Océano*. Editorial Labor. Barcelona. 1942.

Sánchez Pérez, Francisco (coord.). *La España del siglo XX Síntesis y materiales para su estudio*. Alianza Editorial. Madrid. 2015.

Saz, Ismael. *La política exterior de la Segunda República en el primer bienio (1931 – 1933): Una valoración*. Revista de Estudios Internacionales. Madrid. 1985.

Seco Serrano, Carlos. *La España de Alfonso XIII*. RBA. Barcelona. 2005.

Sokolovsky, Vasili Danilovich. *Estrategia Militar Soviética*. Ediciones Ejército. Madrid 1981.

Solís Santos, Carlos y Sellés García, Manuel. *Historia de la Ciencia*. Espasa. Barcelona. 2013.

Spier, Fred. *El Lugar del Hombre en el Cosmos*. Crítica. Barcelona. 2011.

Strachan, H.E.W. *Ejércitos Europeos y la conducción de la Guerra*. Ediciones Ejército. Madrid. 1985.

Suárez Fernández, Luis.

La Europa de las Cinco Naciones. Ariel. Barcelona. 2008.

Franco. Crónica de un tiempo. 6 volúmenes. Actas. Madrid. 1999.

Los Reyes Católicos. RBA. Barcelona. 2005.

Suárez Pertierra, Gustavo (Compilador) *Legislación Básica de Defensa*. Tecnos. Madrid. 1994.

Sueiro Seoane, Susana. *La política mediterránea de Primo de Rivera: el triángulo Hispano-Italo-Francés*. UNED, Revista de la Facultad de Geografía e Historia, núm. 1. Madrid. 1987.

Tengarrinha, José (Coordinador). *História de Portugal*. Editora da Universidade do Sagrado Coração (EDUSC). Sao Paulo. 2000.

Termis Soto, Fernando. *Algunas consideraciones en torno a las relaciones hispano-norteamericanas en los años 50*. Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, H." Contemporánea. Madrid. 1995.

Thomas, Hugh. *El Imperio español*. RBA. Barcelona. 2004.

Thompson, Edward Arthur. *Los Godos en España*. RBA. Barcelona. 2006.

Torres García, Ana. *La negociación de la retrocesión de Ifni: contribución a su estudio*. Norba. Revista de Historia de la Universidad de Extremadura, Vol. 29-30. Cáceres. 2016 - 2017.

Tovar Ruiz, Juan. *Cuatro momentos de la doctrina en política exterior estadounidense: ¿Entre la teoría y la práctica?* Revista CIDOB d'afers internacionals, n.º 95. Barcelona. 2011

Tucídides. *Historia de las Guerras del Peloponeso*. Alianza Editorial. Madrid. 1989.

Tuchman, Barbara. *Los Cañones de Agosto*. Péninsula. Barcelona. 2004.

Valdeón Baruque, Julio. *Alfonso X el Sabio*. Ediciones Temas de Hoy. Madrid. 2003.

Valluy, General Jean Etienne. *La Primera Guerra Mundial*. Carrogio Ediciones. Barcelona. 1986.

Vallvé, Joaquín. *El Califato de Córdoba*. RBA. Barcelona. 2005.

Vicens Vives, Jaime. *España, Geopolítica del Estado y del Imperio*. Editorial Yunque. Barcelona. 1940.

Villacañas Berlanga, Jose Luis. *La Monarquía Hispánica*. Espasa Calpe. Madrid. 2008.

Von Clausewitz, Carlos. *De la Guerra*. Ediciones Ejército. Madrid. 1980.

VV. AA. *Estado del Mundo 2002*. Editorial Akal. Madrid. 2001.

VV. AA. Ministerio de Defensa. *Libro Blanco de la Defensa*. Secretaría General Técnica. Ministerio de Defensa. Centro de Publicaciones. Madrid. 2000.

Watkins, K.W. *Britain divided: the effect of the Spanish civil war on British political opinion*. Edinburgh. 1963.

Watson, Lord Alan. *Two Speeches that changed the World: From Fulton to Zurich*. Comillas Journal of International Relations, nº 07. Madrid. 2016.

Wool, David S. *Abd el – Krim y la Guerra del Rif*. Oikus – Tau. Barcelona. 1971.

WEB.

Amigo del pueblo saharai.

- http://www.umdraiga.com/documentos/ONU_resolucionesasambleageneral/A_RES_2072_1965_es.htm

Arte Historia

<https://www.artehistoria.com/es/contexto/la-primera-guerra-árabe-israelí>

Departamento de Estado. Estados Unidos de América.

- <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1951v04p1/d353>.

European Council on Foreign Relations.

- Pugsley, Sophia y Wesslau, Fredrik. *Rusia en las zonas grises*. https://www.ecfr.eu/madrid/post/rusia_en_las_zonas_grises

Foro por la Memoria.

- https://www.foroporlamemoria.info/documentos/rel_arg_sp_franq.htm
- https://foroporlamemoria.info/documentos/2005/epozuelo_26072005.htm
- https://www.foroporlamemoria.info/documentos/2004/wopp_02012005.htm

Fundación Acción por los Derechos Humanos.

- <http://www.derechoshumanos.net/memoriahistorica/1946-Resolucion-ONU.htm>

Universidad de Alicante.

- <http://www.artic.ua.es/biblioteca/u85/documentos/1828.pdf>

Universidad de Luxemburgo.

- https://www.cvce.eu/obj/informe_de_willi_birkelbach_sobre_los_aspectos_politicos_e_institucionales_de_la_adhesion_o_de_la_asociacion_a_la_comunidad_19_de_diciembre_de_1961-es-2d53201e-09db-43ee-9f80-552812d39c03.html
- http://www.cvce.eu/obj/la_adhesion_de_espana_a_la_ueo-es-7a3c69b6-cfcb4793-af45-256a865d62c6.html.